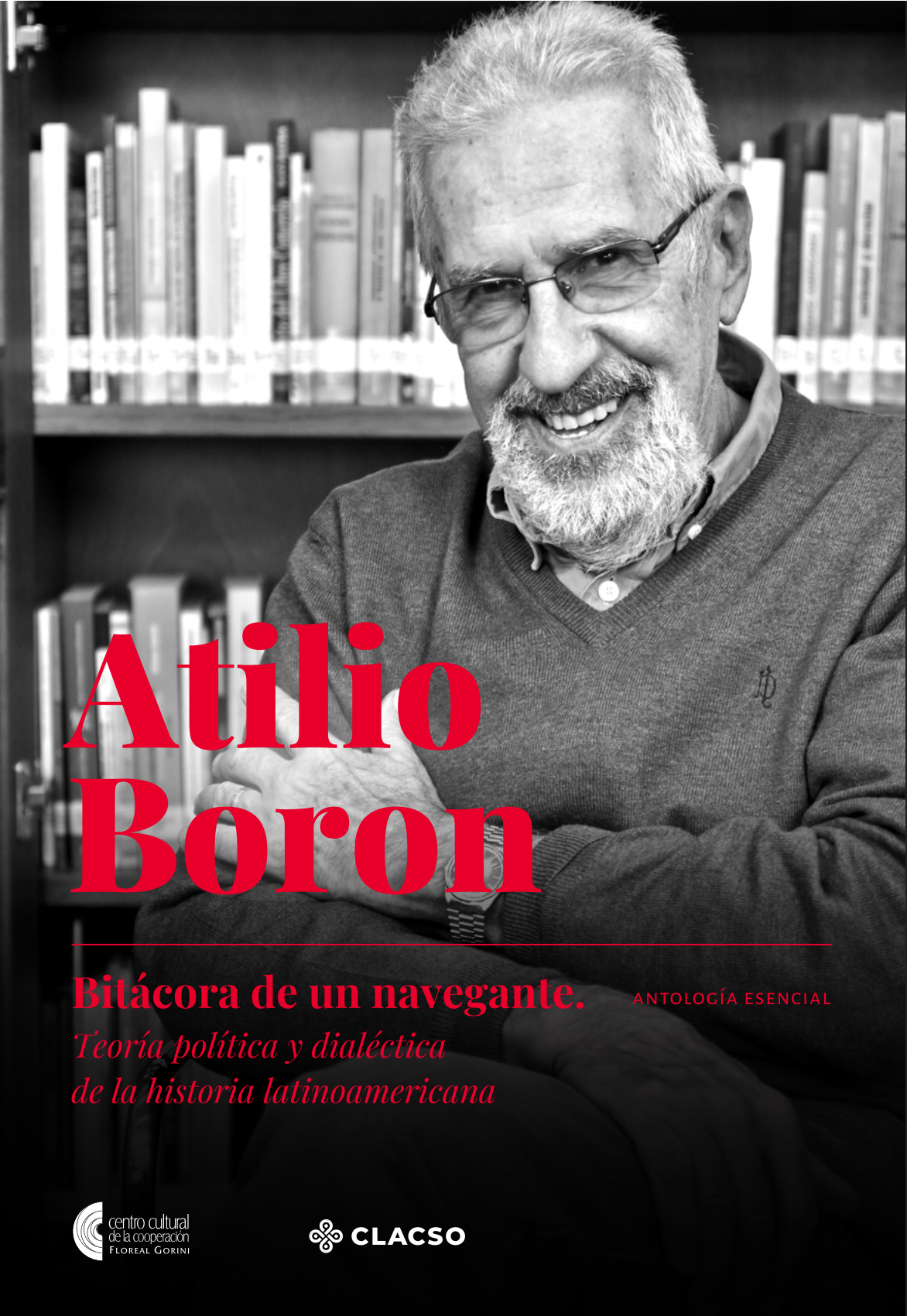

Atilio Boron

Bitácora de un navegante.

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Teoría política y dialéctica de la historia latinoamericana

centro cultural de la cooperación Floreal Gorini

CLACSO

Atilio Boron

Bitácora de un navegante

Teoría política y dialéctica de la historia latinoamericana

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Boron, Atilio Alberto
Bitácora de un navegante : Teoría política y dialéctica de la historia latinoamericana : antología esencial / Atilio Alberto Boron ; prólogo de Sabrina González. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.
Libro digital, PDF - (Antologías)
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-722-711-6
1. Marxismo. 2. Análisis Político. I. González, Sabrina, prolog. II. Título.
CDD 320.5322

Otros descriptores asignados por CLACSO:
Marxismo / Teoría Política / América Latina / Historia / Imperialismo / Estado / Capitalismo / Revolución / Teoría social / Praxis

Atilio Boron

Bitácora de un navegante
Teoría política y dialéctica de la historia latinoamericana

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Estudio introductorio y selección de ***Sabrina González***

centro cultural de la cooperación Floreal Gorini

CLACSO

CLACSO
Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva
Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones
Lucas Sablich - Coordinador Editorial
María Leguizamón - Gestión Editorial
Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Diseño de colección - Gabriela Corrales · Estudio Namora
Diseño de tapa - Alejandro Barba (en base a diseño de Estudio Namora)
Fotografía de tapa - Lara Otero
Corrección - Licia López de Casenave

LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES
CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

ISBN 978-987-722-711-6
© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.
El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor. La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Índice

Virtú y fortuna de un intelectual público marxista entre el infierno y la Biblia 9
Por *Sabrina González*

Breves notas para esta *Antología esencial* 41
Por *Francisco López Segrera*

Agradecimientos 47

Primera parte • Estado, Mercado e Imperialismo 51

Mi camino hacia Marx.
Breve ensayo de autobiografía político-intelectual 53

Clases populares y política de cambio en América Latina 99

Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile 137

La formación y crisis del Estado oligárquico-liberal en la Argentina, 1880-1930 207

La verdad sobre la democracia capitalista 265

Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional 309

Siete tesis sobre reformismo, revolución y contrarrevolución en América Latina 333

Populismo: una digresión sobre la experiencia reciente 361

Segunda parte • Teoría social y praxis política 381

Maquiavelo y el infierno de los filósofos 383

Filosofía política y crítica de la sociedad burguesa.
El legado teórico de Karl Marx 397

Federico Engels y la teoría marxista de la política 449

Lenin y la actualidad del *¿Qué hacer?* 477

Rosa Luxemburgo y la crítica al reformismo socialdemócrata 537

Fidel: introducción a *La historia me absolverá* 617

De académicos, intelectuales y mercenarios 629

La pequeña Biblia de la Crisis 667
Por *Fidel Castro*

De la guerra infinita a la crisis infinita 675
Por *Atilio A. Boron*

Tercera parte • Revolución en *Nuestra América* 695

Fidel: ¡Hasta la Victoria siempre! 697

La revolución bolivariana de Hugo Chávez 703

Sobre los autores y la autora 721

Virtú y fortuna de un intelectual público marxista entre el infierno y la Biblia

Por Sabrina González

El silencio se apodera del nutrido grupo de estudiantes que colmábamos el Aula Magna. Alto, de barba y bigote sumamente cuidados, con un impecable traje azul, Atilio Boron[1], deja su maletín sobre el escritorio, toma *El Príncipe* (1513) entre sus manos y lee, con voz clara y pausada, una de las metáforas más contundentes sobre la fortuna:

> Yo la suelo comparar a uno de esos ríos torrenciales que, cuando enfurecen, inundan los campos, tiran abajo los árboles y edificios, quitan terreno de esta parte y lo ponen en aquella otra; los hombres huyen ante él, todos ceden a su ímpetu sin poder plantearle resistencia alguna. Y aunque su naturaleza sea ésta, eso no quita, sin embargo, que los hombres, cuando los tiempos están tranquilos, no puedan tomar precauciones mediante diques y espigones de forma que en crecidas posteriores o discurrirían por un canal o su ímpetu ya no sería ni tan salvaje ni tan perjudicial. Lo mismo ocurre con la fortuna: ella muestra su poder cuando no hay una virtud organizada preparada para hacerle frente y por eso vuelve sus ímpetus allá donde sabe que no se han construido los espigones y los diques para contenerla (Maquiavelo, 1992, p. 117).

1. Siendo Boron un apellido de origen italiano no corresponde el acento ortográfico.

La atmósfera cambia al ritmo de este profesor que camina mientras nos habla y, al hacerlo, nos traslada desde la ciudad porteña de los años '90 –(¡del siglo pasado!)– hacia otra más distante en tiempo y espacio. En el corazón de la Florencia renacentista la pluma de Nicolás Maquiavelo (1469-1527) escribe consejos, sin adulaciones ni decorados, dedicados al mandatario; discursos inspiradores (¿*o conspiradores*?) ofrendados a sus compañeros de tertulias[2]; comedias, sátiras y epístolas plagadas de mordaces e incisivas aseveraciones. El aire se puebla de la vulgaridad de los de abajo que no quieren ser oprimidos, de la presunción de los grandes que detestan ser gobernados, de la desunión entre ambos fuente de toda libertad republicana. También, paradójicamente, de los avatares y los sinsabores que consagrarían el apellido del florentino como adjetivo descalificativo de la política.

Una suerte de melodía compuesta de palabras y de acciones nos inscriben en el riesgoso terreno en el que miden fuerzas el filósofo y la ciudad. Repentinamente, nos convertimos en testigos privilegiados de la crónica de dos muertes anunciadas. Boron nos presenta a Sócrates como el filósofo por *excelencia*, amante de la duda y de los interrogantes, del diálogo y la crítica, del pensar que no deja huella escrita porque no aspira a la inmortalidad. En la antigua Atenas, capital intelectual, política y artística de toda Grecia, ninguna de aquellas características era, *per se*, delictiva. Sin embargo, estábamos en medio de un juicio: la democracia acusa al filósofo de corromper a sus jóvenes y este, lejos de amedrentarse, se compara con los vencedores olímpicos y pide por sus servicios ser absuelto y premiado. Como el escorpión del cuento popular, la polis condena a Sócrates a beber la cicuta y, en ese mismo movimiento, clava sobre sí su propio aguijón inoculándose el veneno que la corroe y precipita en su propia crisis terminal.

De la geografía griega al esplendor y el cenit de la *civitas romana*, Boron recorría el programa de Teoría Política y Social I en un ir y venir

2. *Il príncipe* (1513), originalmente, dedicado a Giuliano de' Medici, finalmente, fue ofrendado a Lorenzo di Piero de Médicis, duque Urbino, nieto de Lorenzo el Magnífico, en un encuentro datado entre el 15 de mayo y el 3 de julio de 1515 en Florencia (Connell, 2015). *Discorsi sopra prima deca di Tito Livio* (1513-1520) los obsequia a los jóvenes Zanabi Buondelmonti y Cosimo Rucellai, este último anfitrión en los famosos jardines de los *Orti Oricellari*.

entre el pasado y el presente. Todo lo cual, suponía descubrir, sacar velos, exhibir, los legados de las mentes más preclaras de la filosofía política antigua en su complejidad. Del aburrido oscurantismo medieval poco o nada quedó en pie, luego de repasar las *Confesiones* del atribulado pecador que fuera Agustín, obispo de Hipona; los secretos amores entre Eloísa y Abelardo; las persecuciones contra herejes y brujas; el surgimiento de las universidades y de las bibliotecas. Boron demolía, una a una, las afirmaciones convencionales, los lugares hipócritas, los fetiches sacralizados a veces por ignorancia, otras por vagancia y, en no pocas oportunidades, por connivencia intelectual y política.

En la pionera Inglaterra, espejo invertido de otra isla, la de *Utopía*, enfrentamos al capitalismo con el comunismo. Del Londres dominado por las ovejas, nebuloso y triste, viajamos al Caribe, soleado y revolucionario, del Che y de Fidel. Y el debate se dispara, las pasiones se encienden, los desencuentros se agudizan y perdemos la cabeza junto con Tomás Moro por decisión de Enrique VIII. La clase se aproxima a su final pero nadie se mueve del lugar que ocupa por *virtú* o por fortuna (se trate de un banco de madera, un escalón o el alfeizar de una de las ventanas). En ese momento Boron menciona al escritor argentino Jorge Luis Borges, conocido amante de las bibliotecas, esos 'gabinetes mágicos' protectores de los grandes espíritus de la humanidad, y nos invita a incluir en las nuestras *República* de Platón, *Política* de Aristóteles, *El Príncipe* y *Discursos* de Maquiavelo… Leerán esos textos, aseveró, en más de una ocasión y dialogarán con esos inmensos pensadores desde sus propias preocupaciones y sus proyectos vitales. Anoten en los márgenes de esas páginas, nos aconsejó, las observaciones que cada nueva lectura les susciten. Con el correr del tiempo, esos libros de hojas amarillentas se convertirán en cuadernos de bitácora de cómo navegaron sus propias biografías.[3]

Aquella primera clase que tan vívidamente recuerdo ha sido como el hilo que Ariadna le ofreció a Teseo para adentrarse en el laberinto de Creta y vencer al Minotauro. A ella he regresado toda vez que la complejidad de la tarea me sumía en el dilema de elegir ciertos textos y dejar

3. Esta propuesta de enseñanza y aprendizaje, intensa y vitalicia, también puede leerse en *La filosofía política clásica y la biblioteca de Borges* (Boron, 1999a).

otros atrás para componer esta *Antología esencial* (en adelante *AE*). La componen solo dieciocho artículos –seleccionados de entre una treintena de libros, un centenar de capítulos, numerosas conferencias y ponencias y cuantiosas editoriales y notas de opinión[4]– representativos de la continuidad de las preocupaciones, así como también, de la diversidad y complejidad de una prolífera producción que, por lo demás, sigue en acelerado aumento. La división entre Estado, mercado e imperialismo (I parte de); Teoría social y praxis política (II parte) y; Revolución en *Nuestra América*[5] en homenaje a Fidel Castro Ruz y Hugo Chávez Frías (III parte), puede conmoverse, descomponerse y componerse de otro modo siempre que se atienda que, fiel al legado de su maestro Don Adolfo Sánchez Vázquez (2000), para Boron ser marxista hoy es contribuir –teórica y prácticamente– a la realización de una alternativa social al capitalismo (Boron, 2014).

Golpe a golpe, verso a verso[6]

Esta *AE* inicia con *Mi camino hacia Marx: breve ensayo de autobiografía político-intelectual* (2010), texto en el que Boron deja jugar sus dedos sobre el ordenador (él dice, mucho más poéticamente, *…escribir al correr de la pluma sin pretensiones académicas…*) y nos permite conocer al niño precozmente politizado en los acalorados debates peronismo-antiperonismo de una red familiar de inmigrantes italianos; al joven estudiante que toma distancia de las teorías consensualistas parsonianas y de la modernización hegemónicas influenciado por *El pensamiento de Carlos Marx* del jesuita Jean-Ives Calvez y *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad* de Ralf Dahrendorf y; al académico y militante comprometido con las

4. De reciente aparición, *El Hemisferio Izquierdo. Aportes para el pensamiento crítico* (Boron, 2019) recopila artículos periodísticos publicados principalmente en el diario argentino *Página/12* entre el 2002 y el 2019 como *Memorias del capitalismo salvaje. Argentina de Alfonsín a Menem* (Boron, 1991b) compilara los referidos a la fragilidad de la democracia, el poder militar y la ofensiva neoliberal entre 1988 y 1991.

5. José Martí refiere a Nuestra América sin ignorar que "América" era un nombre que se nos había impuesto desde fuera (Fernández Retamar, 2006, p. 19).

6. *Cantares de Proverbios y cantares* de Antonio Machado Ruiz (1875-1939).

esperanzas revolucionarias de los setenta que, junto con su familia, enfrenta el camino de un largo exilio marcado, golpe a golpe, por el mortal proyecto correctivo de las dictaduras en el Cono Sur.

Clases populares y políticas de cambio en América Latina es una ponencia que fuera pensada para debatir en la comisión "América Latina en el año 2000" en el marco del VII° Congreso de la Sociedad Interamericana de Planificación (Lima, 1968). Todo un hallazgo debido a que resultará, con mínimas correcciones, su primer artículo publicado. En este escrito de juventud aparece una preocupación que atravesaría, luego, toda su producción intelectual: ¿cómo lograr políticas de cambio que incorporen a los sectores populares de forma duradera en un orden social más justo y equitativo? A contramano de las posiciones dominantes, Boron desconfía de las clases medias como actor promotor de un cambio perdurable en esta dirección dado que en ellas termina primando el temor al protagonismo plebeyo del cual, demás está aclararlo, no se sienten parte. Carecen, entonces, del progresismo que se les adjudica, nos dice, porque si bien, en una primera fase, se suman a los sectores populares en contra del *statu quo*, tan pronto logran participar legítimamente en el sistema, en una segunda etapa, cambian, se alían a los sectores oligárquicos y desalientan los cambios convalidando –activa o tácitamente– los golpes de Estado en la región bajo estricta supervisión estadounidense.

En consonancia con estas primeras percepciones, *Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile* (1975) abreva en los materiales que logró salvar de la destrucción de su casa en Santiago destinados originariamente a sustanciar una tesis sobre la evolución democrática chilena hacia el socialismo que fue derrocada antes de ver la luz. Aborda el ajustado triunfo electoral de la Unidad Popular y la posterior caída de Salvador Allende a partir de tres ejes de análisis: 1) las contradicciones y conflictos generados por la industrialización desde los años treinta; 2) los cambios producidos en la estructura de clases de Chile; y 3) la lenta pero irresistible ampliación de las bases sociales del Estado que culminaría con la victoria de la Unidad popular (1970). La muerte del mandatario chileno en la Casa de la Moneda (golpe de Estado de 1973) prueba de forma elocuente que toda movilización política es reversible si las demandas redistributivas de los sectores populares resultan excesivas

para una burguesía dispuesta a todo –incluso, a destruir la legalidad de la democracia burguesa– para recuperar el Estado.

El país del poeta Pablo Neruda enmudece, verso a verso, se torna cada vez más siniestro. En cambio, la Universidad de Harvard florece con la recepción de académicos del más amplio espectro político: Gino Germani, Karl Deutsch, Barrington Moore Jr., John Rawls, Samuel P. Huntington, Louis Hartz, Alexander Gerschenkron, Seymour M. Lipset, Daniel Bell, Talcott Parsons y Jack Womack, entre muchos otros. La Biblioteca Widener se convierte en el gabinete mágico de un Boron que escribe su tesis doctoral sobre un nuevo tema: *La formación y crisis del Estado oligárquico-liberal en la Argentina, 1880-1930.* Compuesta por casi 700 páginas, fue presentada el 26 de julio de 1976 (como un primer homenaje a la Revolución cubana –dice él–; como uno de los tantos puñales clavados en el ego del imperio –decimos nosotros–). Han sido traducidas alrededor de 30 carillas para ser publicadas, por primera vez, en esta *AE: Gobiernos radicales, crisis hegemónica e intervención militar* y el epílogo. En estas páginas, Boron analiza la primera etapa democrática argentina luego de la sanción de la Ley Sáenz Peña (1912). Desde su perspectiva, las administraciones radicales de Hipólito Yrigoyen (1916-1922; 1928-1930) y Marcelo T. de Alvear (1922-1928) ofrecen por común denominador la implementación de políticas de *laissez faire* favorables al modelo de acumulación "oligárquico-dependiente" de una burguesía agraria ligada a las exportaciones y al mercado externo, en detrimento de una burguesía industrial nacional débil y de sectores medios y populares favorecidos con modestas redistribuciones de los ingresos, cuando la bonanza económica lo posibilitaba sin comprometer las ganancias de aquella. El radicalismo, aun el yrigoyenismo plebeyo, accede al aparato del Estado gracias a una coalición heterogénea que deviene clase política sin pretensión de convertirse en clase hegemónica. El golpe de Estado que derroca a Yrigoyen en su segundo mandato (1930), en la lectura boroneana, expresa una profunda crisis de hegemonía, es decir, la ruptura de los lazos entre la clase gobernante a cargo del Estado y las clases dominantes determinadas a mantener sus prerrogativas, en un escenario de crisis económica como el que se desencadenó con la Gran Depresión de 1929.

Entre agosto de 1976 y febrero de 1984, Boron se instala en México, refugio del pensamiento crítico, donde se especializará en la enseñanza de la filosofía política, y, gradualmente, en política latinoamericana. Regresa a la Argentina, luego de dieciocho años de exilio, en plena "primavera democrática alfonsinista". Las bondades hippies y estacionales de la denominación no alcanzan a ocultar el complejo y doloroso proceso de institucionalización de la democracia que el presidente Raúl Ricardo Alfonsín (1983-1989) encaró al decidir juzgar a las Juntas militares por las violaciones perpetradas contra los derechos humanos durante la dictadura (1976-1983) en contraste con las transiciones democráticas negociadas de Brasil, Chile, Uruguay, entre otros (Boron, Bayer y Gambina, 2011). La crisis económica aumentaba en virulencia al compás de las sucesivas insurrecciones militares. Durante estos primeros años la inserción laboral para este argentino recién retornado no fue fácil. Junto a un grupo de colegas, Boron decide crear el *Centro de Investigaciones Europeo-Latinoamericanas* (EURAL). Más tarde concursará exitosamente la titularidad de Teoría Política y Social I y II, asignaturas troncales de la carrera de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA), e incluso será vicerrector de esa alta casa de estudios (1990-1994).[7]

Llegaron los años al frente de la Secretaría Ejecutiva del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Entre 1997 y el 2006, Boron conjuga fuerte y decididamente la gestión, la enseñanza y la investigación académica. Los textos seleccionados condensan tres líneas de análisis que, originadas en sus días de argenmex[8], se profundizan y consolidan, con tonalidades maquiaveliano-gramscianas, hasta sus publicaciones más recientes. La primera, el marxismo debe caracterizar

7. Actualmente es director del Centro de Complementación Curricular de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV); director del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED) del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini (CCC), profesor consulto de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) e investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC). Recientemente se retiró en calidad de investigador superior del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

8. Denominación con la que suele referirse a los argentinos recibidos por México gracias a las políticas solidarias con las víctimas de las dictaduras del presidente Luis Echeverría Álvarez (1970-1976).

de manera adecuada a los adversarios y a los enemigos de clase para no incurrir en diagnósticos erróneos y frustraciones derrotistas. La segunda, el entusiasmo por el derrumbe de las dictaduras no puede derivar en la ilusión del feliz matrimonio entre democracia y capitalismo (Boron, 2000, 2003; Cueva, 1986; Meiksins Wood, 2000). La última, de cuño martiniano, *trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra,* el futuro de los proyectos emancipatorios depende de una inteligencia articulada capaz de batallar contra los *think-tanks* del gran capital monopólico[9] (Boron, 2008; Boron, 2012; Boron y Vlahusic, 2009).

En *La verdad sobre la democracia capitalista* (2006), Boron pone en evidencia el contenido clasista de este régimen. Democracia y mercado[10] funcionan conforme incompatibilidades básicas fáciles de corroborar: 1) la lógica ascendente vs. descendente de la legitimación del poder; 2) la dinámica incluyente y participativa vs. la excluyente y segmentada; 3) el ánimo de justicia y equidad vs. el ansia de ganancia y lucro; y 4) los ciudadanos sujetos de derechos vs. los consumidores. La célebre fórmula de Abraham Lincoln, la democracia como el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, encubre, el gobierno del mercado, por el

9. La racionalidad neoconservadora ha logrado agotar la democracia en su aspecto formal y reconvertir a la sociedad civil en función de la lógica reproductiva del capital gracias a una apología plausible del capitalismo que circula profusamente por los medios masivos de comunicación y tracciona el espectro político hacia la derecha. El informe de la Comisión Trilateral (Huntington *et al.*, 1975) que diagnosticó una profunda crisis de gobernabilidad en las democracias, producto de un Estado sobrecargado de demandas resume, desde entonces, una y la misma receta: redefinir la articulación entre Estado y sociedad civil sofrenando los impulsos igualitaristas y participativos, achicando el gasto público, diluyendo la responsabilidad en el anónimo e impersonal mercado autorregulado, en suma, absolviendo al capital (Boron, 1981; 1991).

10. En *Política, mercado y sociedad en América Latina y el Caribe a fines de siglo XX,* curso de formación a distancia dictado por Boron en el Campus Virtual de CLACSO (2002), los tópicos centrales de este texto se trabajaban en el marco más amplio de un programa que abarcó: 1) la inclusión de la metáfora de la mano invisible del mercado como figura retórica junto al antecedente de *La Fábula de las Abejas* de Bernard de Mandeville (1714) en el complejo contexto de la naciente sociedad burguesa; 2) el hiato entre Adam Smith y las posteriores teorizaciones neoclásicas de Milton y Rosa Friedman y Friedrich Hayek; 3) el salto, definitivo, entre la teoría de éstos últimos y el funcionamiento de los mercados realmente existentes; 4) el estructuralismo latinoamericano de Raúl Prebisch, Celso Furtado, Aníbal Pinto y Osvaldo Sunkel de la segunda postguerra y; finalmente, 5) las doctrinas neoliberales del Consenso de Washington, su contrapropuesta, Consenso de Buenos Aires, los alcances de la globalización y las nuevas aristas del imperialismo.

mercado y para el mercado. Una miríada de empresas transnacionales, al modo de *nuevos Leviatanes* (Boron, 2000, pp. 103-132), admiten el voto periódico de la ciudadanía para disimular el voto diario, calificado y, lamentablemente, muchas veces definitivo del mercado tramitado a través de la bolsa de valores, en la cotización de las monedas, en los rumores de pasillos y en las cocinas de los Chief Executive Officer (CEO), excelentes guisadores de los sinsabores de una concepción sustantiva de democracia.

Merece una referencia especial *Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional* (2003)[11] por tratarse del discurso de clausura que Boron brindó ante la III Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales: "Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales" (La Habana, Cuba). Fidel Castro Ruz, Francisco de Oliveira, Samir Amin, Noam Chomsky, Robert Dahl, Perry Anderson, Armando Hart Dávalos, Roberto Fernández Retamar, Fernando Martínez Heredia y Abel Prieto, directores de Centros Miembros del Consejo, investigadores y militantes de los movimientos sociales, entre ellos Evo Morales Ayma, formaron parte de las intensas jornadas de debate que tuvieron lugar en esa isla rebelde azotada por los huracanes del imperio. En aquel particular escenario, Boron celebra que el pensamiento crítico y las prácticas de los movimientos sociales y los sujetos colectivos del cambio (AAVV, 1998) se dieran cita allí para analizar y conjugar esfuerzos ante la emergencia de un sistema imperialista internacional con un gendarme solitario, Estados Unidos, como nunca antes preparado para criminalizar a los movimientos sociales, los partidos, los sindicatos y las organizaciones populares que osaran luchar contra el avance y los alcances genocidas y predatorios de su hegemonía. Afortunadamente, desde entonces, CLACSO no ha cejado de propiciar el encuentro entre académicos, militantes y movimientos sociales; la articulación entre teoría y praxis, el debate crítico y la trandisciplinariedad. Como puede constatarse con Karina Batthyány, actual secretaria ejecutiva del Consejo, sus distintos programas han consolidado, profundizado y ampliado la agenda académico-política contestataria en temas

11. Para ampliar los argumentos centrales de esta intervención ver Boron (2002a).

acuciantes de esta centuria desde el cambio climático y los bienes comunes hasta los feminismos y las políticas de género, las juventudes y la infancia, la afrolatinidad, el racismo y el mundo pospandemia. En cuanto a Boron, el Consejo lo ha distinguido con el Premio Latinoamericano y Caribeño a las Ciencias Sociales en el marco de su VIII Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales (2018).

El centenario del aniversario de la Revolución de Octubre, como no podía ser de otro modo, ofrece la oportunidad de un balance que Boron ensaya en *Siete tesis sobre reformismo, revolución y contrarrevolución en América Latina* (2017) y *Populismo: una digresión sobre la experiencia reciente* (1918). Homenaje en espejo a *Siete tesis equivocadas sobre América Latina* [1965] del sociólogo y antropólogo Rodolfo Stavenhagen, Boron ofrece siete tesis *¿correctas?* para discutir sobre las experiencias del ciclo progresista[12] de *Nuestra América*: 1) cualquier reforma en América Latina y el Caribe, dada su importancia estratégica para el imperio, desencadena una brutal contrarrevolución burguesa; 2) la oposición de los ricos y poderosos, como lo observó Maquiavelo, siempre será conspirativa y destituyente, nunca leal; 3) todo proceso que cuestione la omnipresencia del imperialismo en el sistema-mundo capitalista desencadena una respuesta internacional; 4) un proceso refundacional requiere de una organización política con visión integral del proyecto emancipatorio –el príncipe colectivo gramsciano–; 5) la estabilidad de un proyecto contra-hegemónico depende de la concientización de los sectores medios y populares –el *boom* consumista de la redistribución, aunque necesario, no es concluyente–; 6) fortalecer el protagonismo y la democracia de las bases es imprescindible y, finalmente; 7) el acceso al gobierno no supone la conquista del poder del Estado –*deep state*– controlado por el capital a nivel de las condiciones materiales del proceso de acumulación y de su reproducción simbólica desde el poder mediático que construye

12. Por progresista aludimos a una serie de gobiernos que adoptaron políticas económicas que se apartaban de los lineamientos del Consenso de Washington y de la Organización de los Estados Americanos (OEA) en procura de un capitalismo humanizado (Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay) o hacia un socialismo del siglo XXI (Bolivia, Ecuador y Venezuela), encarando proyectos y acuerdos regionales –Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), TeleSUR– para la construcción de la unidad de los países latinoamericanos y caribeños. Para ampliar ver (Arkonada y Klachko, 2016; Boron y Klachko, 2016).

la trama de creencias de la sociedad civil. En sintonía con las lecciones extraídas de los procesos emancipatorios recientes, Boron lamenta el retorno del concepto de populismo como cáscara vacía y sin contenido. Incursiona en la historia del concepto, recuerda el debate latinoamericano entre exponentes como Gino Germani, Torcuato S. Di Tella, Silvio Frondizi, Fernando H. Cardoso, Francisco Weffort, Octavio Ianni, Aníbal Quijano, Julio Cotler, Agustín Cueva, Edelberto Torres Rivas, Pablo González Casanova y Arnaldo Córdova, entre otros, así como también, al peronismo, el varguismo, el rojaspinillismo, el ibañismo y el aprismo, esto es, los movimientos, los liderazgos, en suma, los enclaves concretos de aquella experiencia. En cambio, el retorno del populismo, en uno de sus principales teóricos, Ernesto Laclau, deviene mera forma política con resonancias schmittianas[13] que decanta en una insustancial oposición nosotros-ellos. En la perspectiva boroneana, la distinción propuesta desde Washington entre un populismo constructivo (la Colombia de Álvaro Uribe) y otro destructivo asociado al terrorismo, el narcotráfico y el crimen organizado (la Venezuela de Chávez y Maduro, la Bolivia de Morales y Linera, el Ecuador de Correa) debería ponernos en la pista de una incorrección. En suma, si se pretende el empoderamiento de los sectores populares y vulnerados no es populismo: ¡es socialismo!

Los condenados de la tierra[14]

Sospecha profunda y estado de alerta ante el retorno de conceptos, el revisionismo de condenas y la profusión conmemorativa. La filosofía política fue condenada a muerte (Easton, 1953; Laslett, 1956) y, poco después, rehabilitada (Bobbio, 1971; Held, 1991; Parekh, 1996). *Teoría de la Justicia* de John Rawls (1971)[15] marcó el reingreso de sus típicos temas normativos

13. Ver sobre la moda intelectual del regreso de Carl Schmitt (Boron y González, 2004).

14. *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon (1925-1961).

15. Boron reconoce las buenas intenciones de John Rawls, no obstante, su contractualismo, su silencio respecto de un régimen social basado en la propiedad privada y la supuesta racionalidad de actores con desigual acceso a la información lo inscribe en una matriz de pensamiento liberal (Boron, 2002b; Boron y Lizárraga, 2014).

a la agenda académica: la individuación de la mejor forma de gobierno –*ordo iustitiae*–, el fundamento de la obligación –*ex natura, ex delicto, ex contractu*–, la determinación de la categoría de lo político. Junto con la caída del Muro de Berlín (1991) expiró el marxismo que el *Times Literary Supplement* y la revista *New Yorker* revivió con motivo del 150 aniversario de la publicación del *Manifiesto del Partido Comunista* en una nota de tapa –"*Not dead yet*"– y una cobertura que interrogaba si Marx no sería el pensador del siglo XXI, respectivamente.

Todo retorno, enseña Boron, requiere ser examinado en función de qué es aquello que regresa, cómo lo hace, con qué objeto y quién lo (re) significa. La filosofía política ha regresado, sin embargo, en muchos casos convertida en una profesión contemplativa, autocomplaciente, entretenida en infinitos juegos del lenguaje e inagotables e inabordables lecturas interpretativas, pertrechada en una supuesta asepsia valorativa, obsesionada por las diversas modas intelectuales. Un marxismo canónico, sacro, momificado, convencido de encontrar en su corpus teórico la totalidad de los conceptos, las categorías y los instrumentos metodológicos, necesarios y suficientes, para comprender la realidad es muestra de una omnipotencia teórica no tan solo anacrónica sino funcional a la preservación de un *statu quo* que se considera profundamente injusto e inequitativo y desigual.

La filosofía o teoría política, según la concibe Boron, es una tradición de discurso de significados extendidos a lo largo del tiempo, con continuidades y rupturas, que permite un diálogo creativo entre pasado y presente, con foco en los interrogantes y las preocupaciones comunes antes que en las respuestas y los resultados (Wolin, 1993, p. 33). El oficio del filósofo ha sido, subraya Boron, tradicionalmente peligroso porque una reflexión crítica sobre el presente, en tiempos de crisis, es vivida como subversiva por los poderes establecidos (Boron, 2001). El propósito de toda filosofía política, subraya Boron, es contribuir con la construcción de una "buena sociedad" (Strauss, 1982, p. 12; Wolin, 1993, p. 11), por tanto, no puede prescindir de abrir juicio frente a la realidad sin traicionar su propia identidad. A contracorriente del saber convencional, en palabras de Boron:

> La recuperación de la filosofía política, y su necesaria e impostergable reconstrucción, dependen en gran medida de su capacidad para absorber y asimilar ciertos planteamientos teóricos fundamentales que solo se encuentran presentes en el corpus de la teoría marxista (Boron, 1999b).

Desde Maquiavelo y Marx hasta Fidel Castro y Hugo Chávez Frías cabe interrogarse: ¿quién es el condenado? ¿por qué se lo condena? ¿quién lo juzga y dicta sentencia? En *Maquiavelo y el infierno de los filósofos* (2000) Boron embate contra la leyenda negra, hipócrita y gratuita, que pesa sobre el florentino. Provoca al lector preguntándole si existe quién responsabilice al Premio Nobel Robert Koch de inventar el bacilo de la tuberculosis ante lo cual resalta que no son pocos los que aseveran que Maquiavelo inventó el engaño, la violencia y el simulacro en política. El canciller florentino era un hombre de acción y, cuando esta le fue vedada, de elocución que tomó distancia de aquella tradición filosófico política que sólo se dirigía en latín a los cultos, concibió el arte del buen gobierno republicano sustentado en el apoyo del pueblo y valoró la estabilidad política sin paranoias frente al conflicto entre los grandes y el pueblo porque "la libertad nace de la desunión entre ambos" (Maquiavelo, 1987, p. 42). Maquiavelo tuvo la osadía, subraya Boron, de observar y descubrir cómo los hombres hacen política y no cómo deben o dicen hacerla. El pasaje más atractivo, a nuestro leal entender, es aquel en el que la *veritá effettuale delle cose*, cobra expresión en un relato onírico que dignifica la política –en clave maquiaveliana– al tiempo que resignifica infierno y paraíso. Junto a Platón, Plutarco, Tácito, Alejandro Magno y su tutor, Aristóteles, Maquiavelo elige caminar condenado hacia el infierno antes que entre santos y beatos andar hacia el salvífico aburrimiento paradisíaco.

Otro que se ha ganado un sitial privilegiado entre los condenados de la filosofía política, es el joven de Tréveris, una vez más, por descubrir, no por inventar, la doble cara de la política, alienante y contestataria. Boron sostiene en *Filosofía política y crítica de la sociedad burguesa: el legado teórico de Karl Marx* (2000) que no puede haber una teoría política marxista porque para el marxismo ningún aspecto de la realidad social se entiende al margen de la totalidad. En contrapunto con el politólogo

turinés, Norberto Bobbio (1976), Boron resalta que aquello que sí existe es una "teoría marxista" de la política que desenmascara la auto-enajenación humana, denuncia la dominación y la hegemonía burguesas que sustancia el modelo hegeliano del Estado y se revela como espada de Damocles que pende sobre la burguesía en la medida en que el proletariado genere un proyecto contrahegemónico. Eliminada la apropiación desigual de la propiedad y la distribución inequitativa de la riqueza, la sociedad sin clases, afirma Boron, posibilitaría el florecimiento de las diferencias de género, opción sexual, étnicas, culturales, religiosas, etcétera, junto a nuevas prácticas a las que no les cabría, estrictamente hablando, el nombre de "política".

¿Qué ocurre con quien fuera su *alter ego* intelectual y político y que le sobreviviera lo suficiente para comprobar la extraordinaria capacidad de recuperación del capitalismo? En *Friedrich Engels y la teoría marxista de la política* (1996) Boron encuentra a un intelectual que logra trascender las limitaciones de su época en torno a dos temas cruciales: los tiempos para subvertir al capitalismo y el sufragio "universal" masculino. En el imaginario de izquierda pervivía el recuerdo de una jornada crucial, repetición demorada de los eventos de 1789, con minorías conscientes liderando a masas inconscientes en ataques sorpresivos. En su "Introducción" a *La lucha de clases en Francia de Karl Marx* (Engels, 1966) nos dice Boron, anticipa al Antonio Gramsci que en sus *Cuadernos de la cárcel* concluye que el proletariado tendrá que avanzar lentamente, de posición en posición, y prepararse para una larga y perseverante lucha por la conquista de la conciencia de los sectores populares y las capas intermedias de la sociedad. En el sufragio, Engels identifica un arma de doble filo: de un lado, útil para los sectores subalternos en sus alcances propagandísticos, para la medición de fuerzas propias y adversarias e incluso como forma de aprendizaje en el parlamento que, de otra parte, tiene por función contener a los de arriba para que no pretendan restaurar sus privilegios cancelando los procedimientos electorales y a los de abajo, a fin de que se abstengan de demandar emancipación social. Ni Marx ni Engels, enfatiza Boron, concibieron la democracia electoral como un sustituto de la revolución. Lamentablemente, la dirigencia de la socialdemocracia alemana (SPD) publicó un extracto de aquella

introducción que Edouard Berstein, suerte de secretario y albacea testamentario de Engels, interpretará como el abandono de la revolución y la bienvenida al gradualismo parlamentario sintetizándolo en una metáfora náutica por demás elocuente: la transición del capitalismo al socialismo sería en el futuro algo tan imperceptible como el cruce de la línea ecuatorial en alta mar. Los siguientes dos estudios introductorios de Boron, *Lenin y la actualidad del ¿Qué hacer? (QH)* (2005) y *Rosa Luxemburgo y la crítica al reformismo socialdemócrata* (2010) trazan desencuentros y encuentros entre Lenin y la Rosa roja en torno al debate Berstein que, en la lectura boroneana, ofrecen tópicos sobre los cuales la izquierda latinoamericana se debe una reflexión crítica: de un lado, respecto de su dirigencia teórica y los nuevos modelos organizativos para la acción, de otro, respecto de la lucha por la consecución de reformas sociales en tanto *medios* que conduzcan a la revolución social siempre como *fin*.

No podía faltar en esta *AE* el estudio introductorio que Boron dedica al conocido alegato *La historia me absolverá* en la que un Castro, joven revolucionario, enfrenta el tribunal de la dictadura de Fulgencio Batista (1953). En efecto, la justicia es, para Boron, un tema crucial de la filosofía política porque su causa es política y, en tanto tal, no tiene fecha de vencimiento. Algunos rasgos son aterradoramente premonitorios para la crisis de nuestras repúblicas. No son los textos, libros, panfletos –¿*twits* o *retwittes de trolls*?– los que hacen la historia, hombres y mujeres hacen la historia articulando las ideas con sus luchas. Fidel y Batista no se equivocaron: aquel era un juicio trascendental. Frente al chantaje de la dictadura, Fidel invoca el legítimo derecho a la rebelión y no clama por venganza, las vidas de sus compañeros no tienen precio que pueda pagarse con la muerte del opresor, tampoco pide clemencia para sí. ¿Cuánto significa la condena individual cuando se busca la absolución colectiva que mueva a la lucha? Pueden construirse repúblicas y republiquetas. La historia nos absolverá o condenará a vivir en ellas.

Recapitulando, ¿qué puede ofrecer el marxismo hoy? En primer lugar, una visión de la totalidad como síntesis de múltiples determinaciones y, por lo tanto, unidad de lo diverso. En segundo término; una aproximación a la complejidad y el carácter abierto y no predeterminado de la historia. Finalmente, vitalidad acicateándola para relacionar teoría y

praxis; crítica y utopía (Boron, *et al.*, 2006). En esta línea, *De académicos, intelectuales y mercenarios* (2017-2019) resulta una síntesis de la opción boroneana por consolidarse como un "intelectual público" (Jacoby, 2000; Said, 1996).[16] El temor ante la página en blanco, si es que Boron siente algo parecido, lo supera hablando con ella, dialogando, antagonizando y generando controversias a través de ella. Escribir forma parte de una cotidianeidad en la que hablar, viajar por rutas –terrestres, aéreas e informáticas–, brindar entrevistas televisivas y radiales, enseñar o actualizar su blog se articulan con la premura impuesta por una coyuntura que no da tregua. Aun en los escritos concebidos bajo los cánones de la academia, Boron expone con claridad, insiste en la repetición de ideas, interroga y confronta con la ortodoxia e incorpora el barro de la calle al interior de los sacrosantos claustros. Trasunta su producción, por tanto, la intención de concretar una pedagogía de la igualdad contra toda colonización del saber y del poder (Lander, 2000), luego, Boron *habla de*, pero muy en especial, busca *dialogar con* los pobres, los marginados, los vulnerados en sus derechos, las organizaciones, los movimientos, los partidos, los gobiernos populares. En *La pequeña Biblia de la crisis*, puede leerse a un Fidel Castro que considera su ponencia *De la guerra infinita a la crisis infinita* (Boron, 2009) una síntesis de la crisis civilizatoria que el ciudadano haría bien en aprender de memoria y llevar en el bolsillo para protegerse del asedio de anuncios publicitarios, noticias, novelas y ficciones que le confunden y malinforman.

En Atilio Boron madura, paulatinamente, un académico marxista de tonalidades maquiaveliano-gramscianas, un docente, un investigador, un escritor prolífico, pero, muy peculiarmente, un hacedor de espacios de diálogo con proyección emancipadoras entre e intergeneracionales. Leal al florentino, recomienda volver sobre las acciones de los grandes profetas armados que proyectaron la Patria Grande –Bolívar, San Martín, Artigas– estimando la larga experiencia de los procesos revolucionarios en la dialéctica de la historia que cobra la forma de un espiral que sabe de avances, de estancamientos, de retrocesos y de nuevas

16. Una radiografía de la kafkiana metamorfosis de un intelectual que elige someterse a los poderes fácticos del neoliberalismo puede leerse en *El hechicero de la tribu. Mario Vargas Llosa y el liberalismo en América Latina* (Boron, 2018).

ofensivas pero nunca de regreso al punto de partida. *Virtú* y fortuna hacen de este momento histórico una oportunidad inédita para la lectura de un intelectual público marxista que conversa de política en el infierno y ensaya una herética escritura. Bien mirada, en esta *AE* se dan cita varios condenados que sobrevuelan el laberinto, procurando interpretarlo en sus encrucijadas para, así, poder transformarlo.

De cultivos y siembras

Cultivo una rosa blanca
en junio como enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Si en las primeras páginas de este escrito mencioné la responsabilidad y el desafío que me implicó seleccionar los textos de esta *Antología esencial*, ahora llega el momento de reconocer el enorme privilegio que significó estar a cargo de esta tarea. Siempre llevaré en mi recuerdo una tarde en su oficina del Centro Cultural de la Cooperación (CCC). Sentados frente al índice provisorio (uno de los tantos que existieron), en uno de esos escasísimos momentos libres, entre viaje y viaje, entrevista y llamada telefónica, discutiendo sus ideas con los acordes jazzeros de Patricia Grinfeld como telón de fondo. Y de allí, a tomar un rico té en el Gato Negro, plena Avenida Corrientes, a seguir conversando sobre los vaivenes de la política argentina. Si la vida vale la pena, es por esos lujos, esos momentos que se saben únicos en el mismo instante en que pasaron. En tiempos de pandemia, escribir sobre la obra de mi maestro, Atilio, ha sido un bálsamo para mitigar la añoranza de pisar aquellas calles nuevamente.

Y si esto me sucede, promediando estas páginas, consideré una mezquindad que solo mi voz expresara el reconocimiento, el afecto y la admiración que Atilio sabe cultivar. Y fue así que la polifonía de voces y la policromía de vivencias fue haciéndose grafía…

Javier Amadeo (Universidade Federal de São Paulo, Brasil). Atilio Boron continúa cumpliendo un papel fundamental en la formación académica de muchos estudiantes, estimulando iniciativas, acicateando y desafiando recorridos intelectuales y militantes. Varios de nosotros agradecemos su respaldo para proseguir nuestra formación en el exterior y contar con su presencia precursora en los procesos de integración académica y política de América Latina.

Carmen Bohórquez (Licenciada en Filosofía Universidad de Zulia, Venezuela). Atilio Boron se convirtió en la voz más clarividente del pensamiento crítico latinoamericano y, por ende, en un gran forjador de esa conciencia crítica necesaria para hacer valer el derecho de los pueblos ante lo que es hoy la más mortal pandemia de la humanidad: el voraz capitalismo neoliberal. No hay palabra suya que no sea útil en esta batalla por la supervivencia, ya no solo de Nuestra América sino de la propia especie humana.

Marilena Chauí (Profesora de la Universidade de São Paulo, Brasil). América Latina le debe a Atilio Boron una de las obras más significativas e importantes de reflexión y análisis histórico-político no solo del pensamiento de izquierda, sino que también enfatiza la perspectiva socialista democrática en la comprensión de nuestro continente, encuadrado en el ámbito económico, social y político del imperialismo neoliberal.

Noam Chomsky (Profesor emérito de lingüística en el Instituto Tecnológico de Massachusetts). Durante 50 años, Atilio Boron nos ha proporcionado análisis profundos y precisos acerca de los principales acontecimientos en el orden mundial. Esta compilación constituye un importante aporte para comprender el mundo en que vivimos, sus males y agonías, y el camino hacia un futuro mejor.

Alejandra Ciriza (Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina). Me une a Atilio una amistad larga, entrañable, fructífera. Encontrarlo, a inicios de la década de 1990, fue hallar un interlocutor valioso, interesado en la filosofía y en el marxismo, una mezcla casi inexistente por esos

días de brutal hegemonía neoliberal. Conservo una deuda intelectual y política con sus libros de aquellos años sobre capitalismo y democracia. Incansable impulsor de revistas, publicaciones, grupos, actividades, debates de ideas; me invitó, entre otras cosas, a la escritura del prólogo a El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, uno de esos textos que una escribe y luego no se arrepiente. Admiro en él su infinita capacidad de trabajo, su alegría de vivir, su generosidad. Ese impulso intelectual y moral que lo ha llevado a escribir sin pausa, a discutir sin ambages, a pronunciarse sin dudar en cada instante de peligro para nuestro continente, a generar espacios institucionales, a construir incansablemente.

Piedad Córdoba (Abogada, exsenadora de Colombia). Atilio Boron es como aquel faro iluminador de grandes navegaciones que llegan a buen puerto trayendo nuevas esperanzas y su obra una bitácora urgente y necesaria para los pueblos que batallan en búsqueda de paz y libertad. En hora buena esta antología sale a la luz para seguir acompañándonos e iluminando nuestros caminos.

Rafael Correa (Presidente de Ecuador 2007-2017). Atilio Boron es de aquellos raros académicos que logran unir la reflexión con el más alto rigor académico, junto a la acción con el más profundo compromiso por las causas justas. La Antología esencial de sus obras no es solo necesaria, sino también urgente, en un mundo en crisis y de reconstitución ineludible.

Plinio de Arruda Sampaio Jr. (Profesor del Instituto de Economía de la Universidad de Campiñas (UNICAMP), Brasil). La obra de Atilio Boron rescata y actualiza lo más fructífero de la tradición del pensamiento crítico latinoamericano y el materialismo histórico. Consciente de los desafíos de su tiempo, su pensamiento es la expresión de un intelectual orgánico refinado y totalmente comprometido con la lucha contra el imperialismo y los privilegios aberrantes que se han perpetuado desde la época colonial. Su enorme contribución a la comprensión de la realidad latinoamericana debe ser estudiada y debatida por todos los que luchan contra la barbarie.

Liliana Demirdjian (Universidad de Buenos Aires, Argentina). Compartí con Atilio años de incansable labor docente en su cátedra de Teoría Política y Social I (UBA) y como coordinadora del Programa de Comunicación Audiovisual (CLACSO). La libertad y la mirada atenta, el consejo oportuno y la pasión de cada momento dedicado al trabajo constituyen, sin duda, marcas indelebles de todos esos años. Desde entonces, me ha ayudado en tiempos difíciles a continuar avanzando con compromiso y determinación hacia los días por venir.

Silvia Demirdjian (Universidad de Buenos Aires, Argentina). Presencié el discurso de Atilio un 1º de mayo de 2005 en la Plaza de la Revolución de La Habana. En representación de la red de Intelectuales en Defensa de la Humanidad se dirigió al honorable pueblo cubano, a Fidel y a un gran número de militantes en un contexto de cardinal importancia para Nuestra América. En aquel evento encontré, como tantas otras veces, al intelectual comprometido con su tiempo histórico. Conservo el recuerdo de muchos momentos compartidos, de su generosidad en momentos difíciles, de sus enseñanzas como alumna y luego del honor de acompañarlo como docente en su cátedra de Teoría Política y Social I (UBA). Atilio ha sabido articular su vida y su obra sustentándose en el compromiso, que pocos asumen, con una praxis humanista y política emancipadora.

Ana Cecilia Dinerstein (Profesora (PhD), Universidad de Bath, Reino Unido). No es posible entender ni la teoría política ni la economía política de América Latina sin leer la obra de Atilio Boron. Esta Antología es realmente esencial.

Martín Gené (Universidad de Buenos Aires, Argentina). Cuando empecé la facultad en 1992, Atilio brillaba como un referente contrahegemónico. No hacía una arqueología de vitrina con el pensamiento antiguo y moderno, te lo hacía explotar como si esos clásicos estuvieran interpelándote en ese presente perpetuo. En las reuniones de cátedra era imprevisible. Podía enfocarse en los acontecimientos de un solo día de varias revoluciones, sobrevolaba 900 años de teoría política o nos divertía con alguna

vivencia mística de juventud, porque como buen marxista, había sabido tener primero una formación religiosa. Lo que no sorprendía, porque es su marca, era su facilidad para articular una reflexión a una situación política concreta y a actores políticos precisos. Nada babélico, nunca se limpiaba el barro de la historia. Y lo siguió haciendo. Para bien de los que lo leemos y discutimos. ¿Alguna vez me habrá fastidiado su inconformidad con las salidas posneoliberales de Argentina y Brasil? Sí. La verdad es que no se equivocaba en algunas advertencias. A la proximidad del afecto le sumo una convergencia política en la discusión argentina. Con matices, como se tienen siempre con quienes tienen un pensamiento conceptualmente denso y una convicción ideológica inquebrantable. Pero, en las cosas importantes, estamos del mismo lado. Le estoy muy agradecido como docente y como profesional.

Paula Klachko (Coord. Cap. Argentina. Red de Intelectuales, Artistas y Movimientos Sociales en Defensa de la Humanidad). Atilio es maestro de muchxs, ejemplo de miles. Como todx grande de la historia insurgente, él sabe estar tanto en los detalles del afecto y el cariño de sus amigxs y seres queridxs, como en la fina y aguda lectura de las relaciones de fuerza de cada situación en cada rincón de Nuestra América (y de la otra también). No solo se posiciona sin medias tintas del lado de los pueblos, sino que nos brinda herramientas imprescindibles contra el imperialismo. Nos muestra con altavoces que la disputa por el poder del estado es la pieza clave de la construcción revolucionaria, y que por eso hay que defender los procesos populares que han logrado acceder al gobierno y, desde esa trinchera, avanzar y profundizar la disputa de poder. Con su pluma libra batallas a cada instante para cimentar críticamente esa construcción y solidificar el arsenal teórico de la lucha de clases. Nos llena de argumentos y fundamentos asequibles que alimentan la conciencia necesaria para unir, combatir y vencer. Su energía y alegría de vivir contagia a cada paso instándonos a crecer y producir contando con su confianza y apoyo permanentes. Para mí es un privilegio histórico poder trabajar, escribir, compartir, aprender y enseñar a su lado. Gracias Atilio por tanto.

Néstor Kohan (Universidad de Buenos Aires, Argentina). En el comienzo no fue el verbo, sino la desconfianza. Nuestro refranero criollo nos alerta: "En la cancha se ven los pingos". Engels, elegante, recomendó: "El budín se prueba, comiéndolo". Nunca me sedujeron, a priori, las "figuras importantes". Leí varios libros de Atilio. Circulaban por ellos Marx y toda su descendencia. Pero la vida me enseñó que eso no alcanza, si no hay un mundo cotidiano que acompañe y sostenga la palabra. Hasta que lo conocí en persona. Una alegría. Esa primera intuición se volvió certeza una noche en La Habana. Los chistes de Abel Prieto, por entonces ministro de Cultura de Fidel, nos hacían reír. Hasta que llegó el vino –tinto, si no recuerdo mal– y, como suele suceder, se disminuyen las corazas y la gente se muestra tal cual es. Entonces me encontré cantando con Atilio y Abel –y con muchos otros y otras compañeras de Nuestra América– canciones comunistas. De Cuba, de la guerra civil española, de la resistencia italiana, de la insurgencia chilena. Atilio no era solo sus libros, su verbo universitario, sus vínculos académicos o institucionales. Lo sentí entonces como un comunista convencido. Cuando el entusiasmo de los vinos se disipó, pensé: ¡Atilio hizo el camino inverso! Muchos intelectuales comienzan en la izquierda y terminan desilusionados, cansados, cruzando a la vereda opuesta. Atilio, egresado de Harvard, que inició su vida política con la juventud católica, hoy es una de las principales plumas comunistas del mundo revolucionario latinoamericano. Aunque me gustaría reflexionar sobre sus obras, por razones de espacio me quedo con tres palabras: amigo, compañero y camarada.

Fernando Lizárraga (Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, Argentina). Desde un férreo e incansable marxismo abierto y no-dogmático (y con un genuino sentido federal), Atilio promovió a jóvenes investigadores en temas como la dimensión normativa del socialismo, sus principios fundamentales y su radical horizonte igualitario. Mi profundo agradecimiento y reconocimiento por su acompañamiento en ese camino.

Michael Löwy (Profesor de la École des hautes études en sciences sociales, París, Francia). Como viejo trotskista, siempre tuve algunos

desacuerdos con mi amigo, Atilio Boron. Pero tengo un gran respeto y admiración por su compromiso con la teoría marxista, y con la lucha de los pueblos de América Latina en contra del imperialismo. Esta colección de sus escritos durante medio siglo es una hermosa contribución al rearmamento intelectual y político de la juventud.

Carolina Mera (Universidad de Buenos Aires, Argentina). Restaurada la democracia, Atilio Boron asumió como profesor titular de Teoría Política y Social en la carrera de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales, espacio desde el cual formó a muchas generaciones de jóvenes. Actualmente sigue enalteciendo esta casa de estudios como profesor consulto e investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC). Su actividad académica y proyección internacional valorizan la educación superior y la investigación pública en las luchas por la construcción de sociedades más inclusivas, igualitarias y justas.

Juan Carlos Monedero (Universidad Complutense, España). Atilio Boron es esa voz que nos enseña a incorporar en la lectura de la democracia el papel del imperialismo sin dejar de analizar el papel de las élites y la importancia de la organización popular y la correlación de fuerzas. Con su pensamiento, la democracia dejó de ser una excusa de los vencedores de la globalización y la guerra fría. Cuando solo se podía hablar de Hobbes, Rousseau, Maquiavelo, Weber o de Marx desde el Norte, Atilio Boron trajo una mirada que rescataba el pensamiento político como una herramienta para ensanchar la democracia desde el Sur. El Imperialismo pasaba a ser una variable esencial pero eso no liberaba de responsabilidad ni a las élites ni a los pueblos sometidos. Boron recuperó una idea esencial de la ciencia política: la correlación de fuerzas dentro de un análisis de clase. Y nos enseñó que la correlación de fuerzas es determinante y que nunca es permanente.

Sergio Morresi (Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina). Cuando era poco más que adolescente, a finales de la década de 1980, leía con fruición las columnas que Atilio Boron escribía en un diario porteño. Un par de años más tarde ingresé a la facultad y lo conocí como

profesor. Desde entonces, Atilio fue para mí no solo mi modelo de docente, sido un gran orientador de estudios, un buen amigo, un guía generoso y hasta compañero de emprendimientos académicos y políticos. Hoy, acordando y desacordando con él, Atilio sigue siendo mi maestro.

Alicia Naveda (Universidad Nacional de San Juan, Argentina). Excelente iniciativa de CLACSO la publicación de esta Antología Esencial porque el aporte de Atilio a las ciencias sociales derriba muros disciplinares al tiempo que construye, clarifica y organiza cuerpos teóricos y metodológicos que ordenan las hojas de ruta de generaciones de cientistas sociales en todo el mundo. Además de tesista doctoral, fui su alumna en cursos a distancia que, en coherencia con su lucha contra las desigualdades e injusticias de todo tipo, Atilio organizaba como secretario ejecutivo de CLACSO abriendo posibilidades extraordinarias para quienes no vivíamos en los centros de circulación del conocimiento. Siempre vanguardista y transformador, intelectual público, alma generosa, militante. Su praxis académica, política, humanitaria abre caminos abonados por su buen humor, ternura y afectividad, aún frente a las calamidades que atravesamos. Trabajador incansable por un mundo mejor, analista de una lucidez extraordinaria, Atilio es lo que Brecht llama: "Un Imprescindible".

María Rosa Palazón Mayoral (Universidad Nacional Autónoma de México). Estamos en una reunión, café de por medio, junto a mi maestro Adolfo Sánchez Vázquez y Atilio Boron. Como soy imaginativa (demasiado) quedé hipnotizada; imaginé aquel alto, vigoroso y sencillo argentino, grande entre grandes liberadores, metido en una botella que pudiera arrojarse a los mares de la Tierra. Así su temperamento liberador se divulgaría por todo el mundo. Evidentemente, no soy rica sino un tanto loca. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta el presente, ha habido una guerra tras otra y, además, una pandemia con muchos miles de muertos. El panorama es triste, pero algunos ricos carecen de la capacidad creadora que sana. No se mueren, están muertos. Son borregos de oro, el peso les dobla las patas. Carecen de imaginación, mezcla de entendimiento, amor, sociabilidad y utopía a favor del más

necesitado. Por eso imaginé a un luchador de peso completo, a sus puñetazos ideológicos rompiendo las murallas que nos impiden meternos en el futuro del presente, a sus teorías y prácticas divulgándose desde Alaska hasta Ushuaia. ¡Caramba con CLACSO y esta Antología de Boron! Léanla, no esperen a la botella.

Adolfo Pérez Esquivel (Premio Nobel de la Paz). Atilio Boron es el sembrador del pensamiento y la palabra que genera conciencia en todo el continente despertando valores, identidad y pertenencia y señalando caminos de liberación; toda su obra va dejando huellas del hacer emancipador que fue y es el sueño de los pueblos de América en los caminos de unidad de la Patria Grande.

Abel Prieto Jiménez (Asesor político de Raúl Castro, Cuba). Marx, Engels, Lenin, Gramsci, Rosa Luxemburgo, todos los que hoy llamamos "clásicos" de la izquierda auténtica, han encontrado en Atilio un intérprete hondísimo y leal, capaz de revivirlos y de colocarlos en la primera línea de combate en las batallas del presente. Atilio no se ha acercado jamás a las figuras del rico y vigente patrimonio de la emancipación, tan odiadas por oligarcas e imperialistas, como quien recorre un museo. Todo lo contrario, las ha defendido del olvido, de caricaturas y tergiversaciones, y ha luchado por ellas y junto a ellas. Por supuesto, ha enriquecido con textos admirables, esenciales, muy lúcidos, ese patrimonio. Fui testigo de la amistad entrañable que Fidel construyó con Atilio. Una amistad basada en incontables afinidades; en un diálogo intelectual fraterno, riguroso y cómplice; en principios y utopías compartidos. Y a Chávez lo unió un vínculo muy similar. Claro, es que la Obra con mayúscula de Atilio va más allá de sus investigaciones y ensayos tan agudos y convincentes. Ha formado parte, sin ninguna duda, de esa vanguardia intelectual revolucionaria que no hizo jamás concesiones ni perdió la fe ni el rumbo durante estos años tan turbulentos. De los "imprescindibles" de Brecht, siempre entregado a la misión que en los peores tiempos nos dio a todos Fidel: luchar, luchar hasta el final, sembrando ideas, sembrando conciencia.

Cícero Romão Resende de Araújo (Universidade Federal de São Paulo, Brasil). Atilio Boron jugó un papel muy importante en la expansión de las bases académicas de CLACSO en Brasil. Con su competente y generosa participación, organizamos memorables encuentros internacionales de teoría política, que tuvieron lugar en Buenos Aires y São Paulo entre 2002 y 2005. Además, a través de un intercambio de posgrado, Atilio promovió la aproximación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y el área de Ciencias Políticas de la Facultad de Filosofía de la Universidad de São Paulo. Con este intercambio, varios de sus alumnos más brillantes vinieron a realizar el curso de doctorado en São Paulo. Desde entonces se han establecido excelentes relaciones intelectuales y una profunda amistad, sin mencionar el hecho de que algunos de ellos se convirtieron en profesores de universidades públicas brasileñas. Activo intelectual de causas democráticas y progresistas en América Latina, Atilio Boron es también un gran constructor de instituciones. Tengo los mejores recuerdos de él.

Miguel Ángel Rossi (Universidad de Buenos Aires, Argentina). Muchos aspectos destacaría de mi vínculo con Atilio, pero hay dos que son insoslayables. El primero, Atilio siempre apostó, para decirlo en términos de Spinoza, a la potencia de mi potencia y, en tal sentido, trabajar tantos años con él, siempre fue motivo de gran alegría. El segundo, su gran capacidad de escucha y su magia para ayudar a visualizar caminos cuando las circunstancias parecen complicadas.

Göran Therborn (Profesor en la Universidad de Cambridge, Reino Unido). Atilio Boron, quien siempre ha estado del lado del pueblo contra el capital y el imperialismo, es uno de los grandes intelectuales latinoamericanos de los últimos cincuenta años.

Mabel Thwaites Rey (Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Universidad de Buenos Aires, Argentina). Atilio fue de quien aprendí a ser docente universitaria. Sus deslumbrantes clases en la FLACSO de la década de 1980 se convirtieron en un modelo que marcó mi trayectoria académica. Era muy estimulante escucharlo explicar

con pasión, rigurosidad y claridad a los teóricos marxistas y, sobre todo, verlo desplegar generosamente y de modo horizontal sus conocimientos y reflexiones. Por suerte, la vida nos mantuvo próximos y pude seguir beneficiándome de la riqueza de sus aportes intelectuales.

Martín Unzué (Instituto de Investigaciones 'Gino Germani', Universidad de Buenos Aires, Argentina). Atilio es, sin dudas, un profesor fundamental para muchos de nosotros. Siempre recordaré sus teóricos de comienzos de los 90 en la por ese entonces prometedora Carrera de Ciencia Política de la UBA, donde sintetizaba los aportes de Platón, Rousseau y Marx con un halo que logra perdurar hasta hoy. Ese Profesor también mostraba el papel que puede tener un intelectual con voz pública, que no temía meterse en el barro de la realidad ocupando el vice-rectorado en la universidad, escribiendo desde el EURAL, lanzando su candidatura a diputado nacional y luego asumiendo la gestión al frente de CLACSO, donde pude acompañar algunas de sus inquietudes por desarrollar una nueva política editorial para difundir el papel crítico que cumplen las ciencias sociales.

Tomás Várnagy (Universidad de Buenos Aires, Argentina). En los tiempos de la dictadura debí dedicarme a oficios técnicos para ganarme la vida. Luego, con el regreso de la democracia inicié mi formación de posgrado y en esa transición conocí a un joven profesor que llegaba del exilio. Atilio Boron cambió sustantivamente mi vida, me invitó a formar parte de sus cátedras de Teoría Política y Social en la Facultad de Ciencias Sociales y ese ofrecimiento me permitió descubrir mi vocación docente, el entusiasmo por la enseñanza y el compromiso renovado con la realidad.

Sonia Winer (Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC), Universidad de Buenos Aires, Argentina). Atilio Boron para mi es palabras de aliento, luchas por la justicia y generoso referente. El que sostiene en los malos momentos, antimperialista inclaudicable y amoroso con su pueblo. En mi juventud, acompañando aprendizajes, risas compartidas, sustancia en los procesos. Atilio en mi presente, devino

cita obligada, alivio cuando las broncas, revolucionario que siente nuestros padecimientos. Atilio Boron es, por sobre todas las cosas, un querido y gran maestro.

Al presente, en Atilio Boron pervive la rebeldía y la utopía, el doloroso recuerdo de sus conocidos, amigos, colegas cuyas vidas truncó el terrorismo de Estado, el reconocimiento hacia quienes le tendieron una mano solidaria en los tiempos oscuros, el compromiso con las luchas de los pueblos contra quienes se ensañan los golpes del mercado. En él convive el gusto por la diversidad de colores, sabores, sonidos, costumbres y paisajes que, durante el exilio forzado o los viajes con placer aceptados, supo permitirse conocer. De él se apropia el entusiasmo por el buen jazz y, también, la pasión por Boca Juniors y, en general, el disfrute por ese fútbol que, recordando al escritor uruguayo Eduardo Galeano, permite al hombre volver a ser niño, descarado, carasucia, pura gambeta, libre, por puro goce del rato.

Claro, en todo transitar, hay aciertos y errores, amores y desamores, aliados y adversarios. Para aquellos que piensan distinto, para quienes no comulgan con estos decires, fieles a las enseñanzas martinianas que Atilio ha sabido inculcar, tan solo resta decirles…

cardo ni ortiga cultivo;
cultivo la rosa blanca.[17]

Buenos Aires, 20 de junio de 2020

Bibliografía

AAVV. (1998). *Pensamiento crítico vs pensamiento único*. Le Monde Diplomatique edición española. Barcelona: Editorial Debate.

Arkonada, Katu y Klachko, P. (2016). *Desde abajo, desde arriba. Desde la resistencia a los gobiernos populares en América Latina.* La Habana: Editorial Caminos.

17. *Versos sencillos, Nº* XXXIX de José Martí (1891).

Bobbio N. (1971). *Considerazioni sulla filosofia politica*. Publicado por Cambridge University Press, 14, Junio, 2019. DOI: https://doi.org/10.1017/S0048840200013605

Bobbio, N. (1976). Esiste una dottrina marxista dello stato? en N. Bobbio *et al. Il Marxismo e lo Stato. Il dibattito aperto nella sinistra italiana sullae tesi di Norberto Bobbio*. Roma: Quaderni di Mondoperaio.

Boron, A. (1981) La crisis norteamericana y la racionalidad neoconservadora. *Cuadernos Semestrales. Estados Unidos: perspectiva latinoamericana.* Centro de Investigación y Docencia Económicas. Nº 9, 31-58. Primer Semestre, México.

Boron, A. (1991a). Capitalismo monopólico e involución autoritaria: algunos comentarios sobre la teoría neoconservadora de la democracia. *Cuadernos de Marcha,* II, Nº 12, Marzo-Abril.

Boron, A. (1991b). *Memorias del capitalismo salvaje. Argentina de Alfonsín a Menem.* Buenos Aires: Imago Mundi.

Boron, A. (1999a). La filosofía política clásica y la biblioteca de Borges. En *La Filosofía Política Clásica. De la Antigüedad al Renacimiento* (15-35). Buenos Aires: CLACSO/EUDEBA.

Boron, A. (1999b). Introducción. El marxismo y la filosofía política. En *Teoría y Filosofía Política. La tradición clásica y las nuevas fronteras*. (13-37). Buenos Aires: CLACSO/EUDEBA.

Boron, A. (2000). *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Boron, A. (2002a). *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri.* Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2002b). Justicia sin capitalismo, capitalismo sin justicia: una reflexión acerca de John Rawl. Boron, A. y De Vita, A. *Teoría y Filosofía Política. La recuperación de los clásicos en el debate latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2003 5ta edición corregida y aumentada). *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2008). *Consolidando la explotación. La academia y el Banco Mundial contra el pensamiento crítico.* Córdoba: Espartaco.

Boron, A. (2009). *De la guerra infinita a la crisis infinita* [Ponencia]. XI Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo, La Habana, Cuba.

Boron, A. (2012). *América Latina en la geopolítica del imperialismo.* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Boron, A. (2014 edición corregida y aumentada). *Socialismo siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Boron, A. (2018). *El hechicero de la tribu. Mario Vargas Llosa y el liberalismo en América Latina.* México: Akal.

Boron, A. (2019). *El Hemisferio Izquierdo. Aportes para el pensamiento crítico.* Buenos Aires: Artefacto.

Boron, A. y González, S. (2004). ¿Al rescate del enemigo? Carl Schmitt y los debates contemporáneos de la teoría del Estado y la democracia. Boron, A. (Comp.) *Filosofía Política Contemporánea. Controversias sobre civilización, imperio y ciudadanía* (135-159). Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A.; Amadeo, J. y González, S. (Comp.) (2006). *La teoría marxista hoy.* Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. y Vlahusic, A. (2009). *El lado oscuro del imperio. La violación de los derechos humanos por los Estados Unidos*. Buenos Aires: Red de intelectuales y artistas en defensa de la humanidad.

Boron, A., Bayer, O. y Gambina, J. C. (2011). *El Terrorismo de Estado en la Argentina: Apuntes sobre su historia y sus consecuencias.* Buenos Aires: Instituto Espacio para la Memoria.

Boron, A. y Lizárraga, F. (Comp.) (2014). *El liberalismo en su laberinto: renovación y límites en la obra de John Rawls*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg

Connell, W. J. (2015). Datación de *El Príncipe*: inicio y culminación en T. Várnagy y M. A. Rossi (Comp.). *Pensar la política desde Maquiavelo.* (53-79). Buenos Aires: Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP) y Aurelia Rivera Libros.

Cueva, A. (1986). La democracia en América Latina: ¿novia del socialismo o concubina del imperialismo? En *Estudios Latinoamericanos*. México: UNAM. julio-diciembre.

Easton, D. (1953). *The Political System*: *An Inquiry into the State of Political Science.* Nueva York: Knopf.

Fernández Retamar, R. (2006). *Pensamiento de nuestra América. Autorreflexiones y propuestas*. Buenos Aires: CLACSO.

Held, D. (Comp.). (1991). *Political Theory Today*. Cambridge: Polity Press.

Huntington, S. P., Crozier, M. J. y Watanuki, J. (1975). *The Crisis of Democracy. Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*. Nueva York: University Press.

Jacoby, R. (2000). *The Last Intellectuals. American Culture in the Age of Academe*. Nueva York: Basic Books.

Lander, E. (Comp.). (2000). *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.

Laslett, P. (1956). Introduction en *Philosophy, Politics and Society*. Oxford: Oxford University Press.

Maquiavelo, N. (1987) [1513-1520]. *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*. Buenos Aires: Alianza Editorial. Traducción, introducción y notas: Ana Martínez Arancón.

Maquiavelo, N. (1992) [1513]. *El Príncipe*. Buenos Aires: Alianza Editorial.

Meiksins Wood, E. (2000). *Democracia contra capitalismo. La renovación del materialismo histórico*. México: Siglo XXI.

Parekh, B. (1996). Algunas reflexiones sobre la filosofía política occidental contemporánea. *La Política. Revista de Estudios sobre el Estado y la Sociedad*. Barcelona/Buenos Aires: Paidós.

Said, E. W. (1996). *Representaciones del intelectual. Ensayos sobre literatura clásica*. Barcelona: Paidós. Traducción de Isidro Arias.

Sánchez Vázquez, A. (2000). *Entre la realidad y la utopía. Ensayos sobre política, moral y Socialismo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México y Fondo de Cultura Económica.

Sastre, A. (2005). *La batalla de los intelectuales: o nuevo discurso de las armas y las letras*. Buenos Aires: CLACSO.

Strauss, L. (1982). ¿Qué es la filosofía política? Madrid: Guadarrama.

Wolin, S. (1993). *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*. Buenos Aires: Amorrortu.

Breves notas para esta *Antología esencial*

Por Francisco López Segrera

La combinación de la descripción y los datos con generalizaciones teóricas relevantes y sintéticas, y un manejo ágil de fuentes claves en varios idiomas con un estilo directo y hermoso propio de la mejor ensayística, le permiten llegar a buen puerto, no solo en ensayos breves de carácter prospectivo o bien propios de la batalla de ideas; sino también en obras medulares como: *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina* (1991); *Tras el Búho de Minerva: mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo* (2000); *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (2002) o bien en *América Latina en la geopolítica imperial* (2012), que obtuvo en 2013 el Premio Libertador al Pensamiento Crítico, instituido por el presidente Hugo Chávez en 2004.

La obra de Atilio alterna denuncias y análisis del pensamiento único, de la desigualdad, de la crisis de nuestra educación y de nuestras universidades, del neoliberalismo, y de la pobreza en nuestra región, con profundos análisis geopolíticos y prospectivos acerca de la dominación imperialista de Estado Unidos en América Latina y el Caribe y a nivel mundial.

Es capaz, en forma rápida y certera de apoyar las causas revolucionarias de "Nuestra América" –como la denominó José Martí–, bien sea la revolución cubana, la bolivariana o bien los procesos posneoliberales de Bolivia, Ecuador, Argentina y Brasil. A la vez que denuncia, en análisis medulares, los ascensos tramposos de las "nuevas derechas" en estos

países, mediante traiciones como la de Lenin Moreno en Ecuador, golpes de Estado como en Honduras, Paraguay, Bolivia y Brasil, o bien mediante elecciones como en Argentina, en trabajos como "Asalto al poder en Brasil"[1], "Tambores de guerra en Venezuela"[2], "La tentación de una dictadura parlamentaria"[3] o bien "La Argentina de Macri y la involución democrática"[4], todos ellos escritos en 2016.

Pero Atilio no se ha dejado desanimar por los reveses de los procesos posneoliberales y nos provoca buscando aprender de aquellos con una reflexión crítica como muestra en "Siete tesis sobre reformismo, revolución y contrarrevolución" (2017) y Populismo: una digresión sobre la experiencia reciente (1918). Se ha mantenido fiel al legado de Bolívar, Martí, Fidel, el Che y Chávez, actualizando sus enseñanzas acorde con los nuevos tiempos.

De especial interés es también su valiosa obra sobre filosofía política, en especial, su perspectiva sobre Marx y su crítica al denominado post-marxismo, de enorme valor teórico, resultan claves en la lucha política contra dogmáticos y desencantados. En su visión de las ciencias sociales está muy cercano al paradigma de Wallerstein sobre la necesidad de "impensarlas".

Tal vez nada sea tan relevante en la obra de Atilio como su fidelidad a los principios que debe seguir un académico, convirtiéndose en un intelectual público que toma partido en los temas claves de nuestro tiempo. Su vida y su obra se caracterizan por su condición de intelectual comprometido y su crítica a la "neutralidad" y "equidistancia" de los académicos del *mainstream*.

Él siempre ha sido un intelectual comprometido con las causas revolucionarias de la región, de ahí su crítica a la dictadura argentina y a las dictaduras latinoamericanas, su exilio en México y su condición de asesor y colaborador con los principales procesos y líderes revolucionarios latinoamericanos en las dos últimas décadas. Estuvo muy cercano a

1. Disponible en: https://atilioboron.com.ar/asalto-al-poder-en-brasi/

2. Disponible en: https://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-297143-2016-04-17.html

3. Disponible en: https://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-289718-2016-01-07.html

4. Disponible en: https://www.telesurtv.net/bloggers/La-Argentina-de-Macri-y-la-involucion-democratica-20160604-0001.html

Fidel y a Hugo Chávez, que mucho lo valoraban, y también a Evo Morales y Rafael Correa, entre otros líderes.

Mientras muchos intelectuales latinoamericanos se dejaron confundir por la avalancha mediática y los *fake news* y se convirtieron en críticos y fiscales de procesos revolucionarios como el cubano y el venezolano, Atilio, sin dejar de reconocer defectos en esos procesos, siempre se percató de que el verdadero enemigo eran el neoliberalismo en su dimensión de globalización financiera capitalista, en especial tras la desregulación que se produjo con las políticas de la Thatcher y Regan; las oligarquías rapaces de la región y las políticas genocidas e intervencionistas de Estados Unidos, recrudecidas por la administración Trump que carece de toda ética.

Atilio pertenece a una pléyade de intelectuales latinoamericanos –Paulo Freire, Ruy Mauro Marini, Theotonio Dos Santos, Pablo González Casanova, Eduardo Galeano…– y de otras latitudes –Immanuel Wallerstein, Andre Gunder Frank, Samir Amin, Federico Mayor Zaragoza, Noam Chomsky, Ignacio Ramonet, Boaventura de Sousa Santos…– que han mantenido su compromiso con los "condenados de la tierra" de quienes habló Franz Fannon y que nunca han confundido el enemigo.

En su artículo "De académicos e intelectuales: notas a propósito de la crisis de las ciencias sociales y el papel de la universidad" (2018), Atilio nos ilustra acerca de la ética que deben tener los intelectuales comprometidos de nuestra época. Es por eso un texto medular que lo define y al cual ajusta con coherencia su labor política e intelectual, como viajero incansable, como bloguero imprescindible, como profesor y maestro. En ese artículo nos exhorta a luchar en "la batalla de ideas" que inauguró Fidel a fines de la década de 1990 y nos dice: "esa batalla es más actual hoy que ayer, cuando el «pensamiento único» que amalgama posmodernismo con el individualismo neoliberal se ha instalado con inusual intensidad en las humanidades y las ciencias sociales". Y luego señala: "¿Será posible concretar este imprescindible proyecto de renovación teórica en el seno de la academia? Mi respuesta, la de un hombre formado desde muy joven en el mundo académico, es pesimista. Y esto se debe a que las universidades y los centros de investigación –regidos por los cada vez más intrusivos e inflexibles códigos de las burocracias

internacionales como el Banco Mundial desde finales del siglo XX– han sufrido un proceso involutivo que las hizo refractaria a todo pensamiento crítico, a toda heterodoxia, y que solo admite, respalda y promueve a quienes, con razón y mucha ironía, el gran dramaturgo español Alfonso Sastre denominara "intelectuales bienpensantes".

En dicho artículo se acoge a la definición de intelectual del pensador palestino Edward Said: "un intelectual es alguien que plantea preguntas molestas, que confronta toda ortodoxia y todo dogma y que, presumiblemente, no será fácilmente cooptado por gobiernos o corporaciones". Ese personaje, continúa Said, "siempre tendrá una opción: o bien ponerse del lado de los más débiles, los olvidados, los ignorados, los que no tienen voz, o hacerlo junto a los más poderosos".

No deja de sorprenderme la enorme capacidad de trabajo de Atilio Boron, su vivacidad, se certeza y su maestría pedagógica, al iluminarnos las maniobras del Imperio y de las "nuevas derechas" en tiempo real con un periodismo de lujo. Por eso no dejo de visitar su blog –bloqueado al menos una vez por semana–. Ahí podemos encontrarnos con nuevos libros, artículos excelentes y videos didácticos de enorme valor actual. Hace unos días pude disfrutar de su video de 7 minutos "El mundo después del coronavirus". Un resumen brillante del siglo XX e inicios del XXI que utilizaré en mis cursos. También hay videos que denuncian al gobierno de Estados Unidos por mantener el bloqueo a Cuba y a Venezuela, pese al coronavirus, causando muertes a sus poblaciones por impedir la llegada de material sanitario imprescindible.

Me he mantenido vinculado a Atilio con una gran amistad desde que lo conocí en la década de 1970 en su exilio de México. Hemos colaborado intensamente cuando yo desempeñaba el cargo de consejero regional de Ciencias Sociales de UNESCO y de director de UNESCO-IESALC y Atilio el de secretario ejecutivo de CLACSO, donde desarrolló una obra extraordinaria. Luego nos hemos encontrado en congresos en Argentina, Cuba y otros países. Su aporte a las ciencias sociales y a la educación superior es inestimable.

No puedo terminar estas breves líneas sin enfatizar su humildad y sencillez. En ocasiones, cuando le he hecho en forma respetuosa una observación crítica sobre algún texto suyo, siempre la ha valorado en

forma positiva y sin presunciones de ninguna índole. Tal vez por esa humildad es que no tiene ni poses académicas ni prosa académica –ese a los múltiples y merecidos reconocimientos recibidos– y si un rigor analítico y una profundidad envidiable en todos sus textos y videos.

En más de una ocasión le insistí en la importancia de reunir su valiosa obra dispersa en una antología. Por eso me llena de alegría que, con la ayuda de Sabrina González, y gracias al compromiso de CLACSO con la luchas emancipatorias, nos haga este valioso regalo, que nos permite consultar con facilidad su legado, que se continuará enriqueciendo.

Junio de 2020

Agradecimientos

Un libro, un artículo, suele llevar la firma de quien lo escribió, y esto sugiere una autoría individual. Pero la realidad es bien distinta, ya que oculta los nombres de mucha otra gente que, sin saberlo, ayudó a escribirlo. No exagero un ápice si digo que la gran mayoría de los libros son empresas colectivas que al final de la jornada son rubricadas por la firma de una persona. Y esto es así porque el escritor, salvo que sea un ermitaño, vive en permanente contacto con personas de diversa índole que le transmiten sus vivencias cotidianas, comparten sus angustias y sus esperanzas, lo interpelan, lo critican y, a veces, le prodigan su afecto. Todo eso constituye parte de la materia prima del escritor: el bloque de mármol que con paciencia y destreza deberá cincelar hasta convertirlo, si puede, en una bella escultura. Otros componentes de su creación son, claro está, su propia biografía, sus investigaciones y su conocimiento y reconocimiento de la labor de previas generaciones de mujeres y hombres que lo dotaron de un enorme legado cultural.

Es debido a lo anterior que quisiera dejar sentado mi más profundo agradecimiento a tantas personas que de distintas maneras y sin saberlo me ayudaron a escribir los textos que hoy se reúnen en esta Antología esencial. Y muy especialmente a quienes me acompañaron en los años en que ocupé la Secretaría Ejecutiva de CLACSO entre 1997 y 2006. Un acompañamiento intelectual y también afectivo y práctico, creando las condiciones requeridas para el estudio y la reflexión. Recuerdo esos años como una febril y creativa colmena en donde los más diversos temas de la realidad nacional e internacional eran permanente motivo de examen y discusión. Nada quedaba fuera del ámbito del debate: desde el naciente ciclo progresista latinoamericano y sus perspectivas hasta el mundo que crearían las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, pasando por una infinidad de temáticas puntuales. Aquellos fueron largos años de siembra y cosecha durante los cuales tuve el privilegio de compartir mis ideas con quienes trabajaban junto a mí, cada cual en su medida y a su modo, razón por la cual es un acto de estricta justicia expresarles mi gratitud en la esperanza de que encuentren en las

palabras y argumentos reunidos en este volumen resonancias y ecos de las conversaciones y discusiones que mantuvimos por aquellos tiempos.

Un agradecimiento especial, permítaseme dedicarle a Karina Batthyány, actual secretaria ejecutiva de CLACSO, quien con mucho afecto y generosidad decidió publicar esta *Antología esencial*. Por su intermedio, asimismo, un reconocimiento especial a su extraordinario equipo de trabajo, en particular, a Nicolás Arata, María Fernanda Pampín y Lara Otero quienes con paciencia, compromiso y enorme profesionalismo lograron que esta Antología esencial vea la luz en tiempos tan complejos como estos.

En un reconocimiento de este tipo no podría dejar de mencionar a las instituciones académicas en las cuales estudié, enseñé o investigué. La Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) –particularmente sus sedes de Argentina, Chile y México– ocupa un lugar muy especial porque encontré colegas formidables y brillantes alumnos con los cuales trabé una amistad que, en muchos casos, llega hasta hoy. Lo mismo cabe decir del Departamento de Gobierno de la Universidad de Harvard que me ofreció un ámbito de estudio y reflexión estimulante y desafiante a la vez. Polemicé con la mayoría de mis profesores, pero varios de ellos: Barrington Moore, Gino Germani y Karl Deutsch me alentaron para que perseverase en mis extravagantes (para la ortodoxia harvardiana) desvaríos intelectuales y me defendieron a pie firme de los ataques del *mainstream* conservador que prevalecía entre sus colegas.

El Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) fue, junto a la División de Estudios de Posgrado de dicha facultad, otro ámbito excepcionalmente enriquecedor. Allí se congregó un notable grupo de intelectuales de *Nuestra América* entre quienes agradezco muy sentidamente las enseñanzas con que me beneficiaron Sergio Bagú, Gregorio Selser, Pablo González Casanova y Adolfo Sánchez Vázquez (en la certeza de que relego injustamente a tantos otros). Otras instituciones mexicanas que también me acogieron en sus aulas son merecedoras de mi reconocimiento: el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), El Colegio de México, la

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco (UAM-X) y la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa (UAM-I).

Mal podría concluir esta enumeración sin expresar mi sincero y profundo agradecimiento a la carrera de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, quien durante casi treinta años me encomendó el dictado de las cátedras de Teoría Política y Social I y II y en diversos cursos de posgrado. Mención especial merecen los integrantes del equipo docente que me acompañó durante todos esos años, sobre todo quienes fueron mis adjuntos durante tanto tiempo: Tomás Várnagy, Eduardo Grüner, Rubén Dri y Miguel Ángel Rossi y la labor excepcional de un entusiasta grupo de docentes, a riesgo de olvidar alguno, recuerdo a Marcelo Altomare, Javier Amadeo, Hernán Borisonik, Paula Delfino, Liliana Demirdjian, Silvia Demirdjian, Anabella Di Tullo, Edgardo García, Juan Martín Gené, Sabrina González, Daniel Kersffeld, Carlos Moreira, Sergio Morressi, Bárbara Pérez Jaime, Inés Pousadela, Gonzalo Rojas, Antonio Sanles, Romina Smiraglia y Patricio Tierno. Agradecer también a les estudiantes que con sus preguntas y cuestionamientos estimularon mi reflexión sobre los grandes temas de la teoría política y a mis colegas con quienes mantuve extensas polémicas pero que me honraron eligiéndome vicerrector de esa alta casa de estudios. Nombrarlos a cada uno extendería desmesuradamente estas líneas y me enfrentaría con el riesgo de cometer la injusticia de algún olvido.

Por supuesto que todo lo anterior no hubiera sido posible sin el apoyo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), que me admitió en la carrera de Investigador científico y de la cual me retiré con el cargo de investigador superior después de casi treinta años de labor. La estabilidad profesional que el CONICET supo garantizar a pesar de las crónicas crisis de financiamiento a lo largo de su historia fue decisivo para dedicarme con cuerpo y alma a la docencia, la investigación y la extensión; o sea, a socializar mis conocimientos compartiéndolos con el resto de la sociedad a través de algunos medios masivos de comunicación.

El Centro Cultural de la Cooperación 'Floreal Gorini' (CCC) que, una vez concluida mi larga gestión en CLACSO, me abrió sus puertas de par en par para continuar con mis labores de investigación

y docencia, desarrollar y dirigir el Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED) y continuar aportando al pensamiento y la práctica de las izquierdas a escala continental. Finalmente, mi agradecimiento al Departamento de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV) por ofrecerme la oportunidad única de dirigir el Ciclo de Complementación Curricular de Historia de América Latina para profesores de las ciencias sociales en los cruciales institutos de formación terciaria de nuestro país.

Quiero agradecer especialmente a Emilio Taddei, quien fue secretario académico de CLACSO durante 9 años y mi mano derecha a lo largo de todo el trabajo realizado al frente del Consejo.

A Francisco López Segrera, a colegas, amigas y amigos, que me honraron con sus palabras sobre mi trayectoria, mi producción, mi persona vaya también mi gratitud por sus más que generosos comentarios. Por último, y muy especialmente, a Sabrina González, mi interlocutora intelectual, que asumió la extenuante –y por momentos interminable– tarea de seleccionar los textos que componen esta Antología esencial. Y, por supuesto, a las distintas editoriales y revistas que publicaron la primera edición de varios de los textos que la integran, en particular a *Ediciones Luxemburg* cuya colección "Batalla de Ideas" tengo el honor de dirigir.

Las palabras, sin lugar a dudas, más sentidas son las que merecen mi familia: aquellas que en diferentes momentos de mi vida fueron mis compañeras y madres de mis hijos, y muy especialmente Andrea Vlahusic por su cariño y camaradería intelectual y política. Mis hijas e hijos, Gabriela, Pablo, Tomás, Andrés y Sophia, y, mis adorables nietas, Lucía y Abril, cuyas incesantes exploraciones en torno al don maravilloso de la vida fueron y siguen siendo una inagotable fuente de interpelación cuyos ecos se escuchan aún en mis más abstractas elucubraciones. A todas, todos y todes infinitas gracias porque sin su acompañamiento la empresa intelectual ahora plasmada en estas páginas jamás podría haber sido siquiera iniciada.

Buenos Aires, 20 de Julio de 2020.

Primera parte

Estado, Mercado e Imperialismo

Mi camino hacia Marx

Breve ensayo de autobiografía político-intelectual*

Politización precoz y lucha de clases en el primer peronismo

Mi interés por la política y el mundo de las ideas comienza muy tempranamente. Nacido en 1943, en los albores del peronismo, fui criado en un hogar de inmigrantes italianos que seguía con gran interés las transformaciones que se estaban produciendo en el país. Era un hogar especial dentro de lo que los sociólogos denominaban como "el aluvión inmigratorio": una familia en vías de asentarse en el mundo de los sectores medios donde todos los días llegaban dos periódicos, *La Nación* y *La Prensa*, y la radio estaba permanentemente encendida. En otras palabras, mi familia de origen pertenecía a lo que podríamos llamar una baja clase media que poco a poco fue ascendiendo social y económicamente hasta llegar a consolidarse en una posición socioeconómica relativamente acomodada y segura. Ese hogar estaba abierto a las comunicaciones gráficas y radiales y además era parte de una extensa red familiar de inmigrantes italianos en la cual el peronismo había introducido una cuña que originaba, cada tanto, en las reuniones familiares, acaloradas discusiones sobre la naturaleza del nuevo régimen, sus logros y sus limitaciones. También, sobre los peligros que entrañaba para el país.

---

* Extraído de Boron, A. (2010). *Utopía y Praxis Latinoamericana. Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*. Año 15, 43, abril-junio, 69-96. Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos (CESA), Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FCES), Universidad del Zulia: Maracaibo-Venezuela. Lo que sigue es una narración despojada de cualquier pretensión académica. Escrita al correr de la pluma, para usar un modismo condenado a la obsolescencia por la utilización de los ordenadores, he optado por corregir algunos pocos errores tipográficos e introducir un par de notas al pie que, diez años después de la redacción original de este texto permiten una mejor comprensión.

Yo recuerdo esas discusiones como la fuente de una precoz politización que dejaría profundas huellas en mi conciencia social, y sería un poderosísimo acicate que me llevaría inexorablemente a avanzar en un proceso de radicalización política que continúa hasta hoy. Una politización que se potenciaba, además, al escuchar por la radio los vibrantes discursos pronunciados por Juan Domingo Perón y Eva Perón en donde la apelación a la justicia social y a luchar contra la oligarquía y el imperialismo eran un dato permanente de sus alocuciones. Otra cosa que me intrigaba era una consigna que para desgracia de la izquierda y de la Argentina se popularizó en las jornadas de 1945: "libros sí, alpargatas no". Los libros representando a las capas medias y la oligarquía, y para el pueblo las alpargatas sin libros, es decir, mantenido en la ignorancia. La respuesta del otro bando no fue demasiado constructiva que digamos: "alpargatas sí, libros no", anticipando las enormes dificultades de una sociedad como la argentina para alcanzar algunos consensos básicos. En fin, cosas que en aquel momento nunca pude comprender del todo, excepto el daño que habrían de producir en las décadas sucesivas.

En suma, lo que aprendí en esos años como niño de hogar inmigrante fue, en lenguaje coloquial, lo que luego me enseñarían mis lecturas de la filosofía política, desde Platón hasta John Rawls, pasando naturalmente por Marx, Engels y toda la tradición marxista: que la justicia es la virtud primera de cualquier formación social. La intensificación de la lucha de clases durante el peronismo y su turbulento y violento final no solo acentuaron mi politización sino que, ya desde ese momento, sembraron de perplejidades mi percepción sobre el peronismo en los umbrales mismos de mi adolescencia: movimiento de una indiscutible raigambre popular pero, al mismo tiempo, conducido por un liderazgo –no solo Perón sino también el Partido Peronista y la Confederación General del Trabajo– que en las decisivas jornadas de 1955 que preanunciaron su caída se abstuvo de llamar al pueblo a las calles para defender su gobierno e impedir el triunfo de lo que ya desde ese entonces me sorprendía por la incoherencia de su nombre: "Revolución Libertadora". Así se llamó al golpe militar que derrocó al peronismo sin que nadie del pueblo, mucho menos de las organizaciones peronistas, salieran a la calle para frustrar

la intentona golpista o para reaccionar de modo distinto a como lo hacían los líderes del movimiento.

Ya desde mis tiempos de estudiante secundario mi vocación por las humanidades y, especialmente, la historia era muy marcada. Mientras cursaba cuarto año, en 1958, ya había decidido estudiar Sociología. El intento de estabilización democrática que aparentaba venir de la mano del gobierno de Arturo Frondizi y las grandes luchas desencadenadas en torno a la llamada *Ley Domingorena* –cuyo artículo 28 abriría las puertas a las universidades privadas en la Argentina– profundizaron de manera irresistible y perdurable mi atención y mi interés por la política. Ese año 1958 fue memorable no solo por el fin de la dictadura militar y el triunfo de Frondizi, en tácita alianza con el peronismo, sino sobre todo por las grandes movilizaciones populares provocadas por el debate entre la "enseñanza libre", que así se llamaba el proyecto privatizador del gobierno en materia universitaria, y la "enseñanza laica". En esa coyuntura reapareció otro rasgo que me impresionó: la confusión con la que en la Argentina se designaban distintos hechos de la vida política, vicio que persiste hasta hoy. En realidad, la "enseñanza libre" era un proyecto de la Iglesia para impedir tal cosa y reafirmar la imposición de su dogma sobre la creciente población universitaria; la discusión real era entre un Estado que debía ser laico, sobre todo en un país con la heterogeneidad étnica y cultural de la Argentina posterior a la inmigración masiva, o un Estado que, so pretexto de la "libertad de enseñanza" propiciara la aparición de universidades católicas y, luego, todo tipo de universidades privadas.[1]

Poco después, ese gobierno acentuaría su derechización al reprimir severamente varias huelgas obreras y de empleados que se oponían a las políticas de ajuste que, ya desde ese entonces y por inspiración del Fondo Monetario Internacional (FMI) se estaban implementando en la

1. Esta perplejidad ante el hiato entre las palabras y las cosas se intensificó durante los años en que la "Revolución Libertadora" prohibió, por obra del absurdo Decreto Ley 4.161, la mención del nombre de Perón (o de expresiones tales como "peronismo", "Eva Perón", etc.) en cualquier sitio público o medio de comunicación. Jamás en la historia argentina una norma fue violada tantas veces como esta, monumento insuperable a la estupidez de quienes querían superar históricamente al peronismo ¡prohibiendo la mención del nombre de su fundador!

Argentina. La traición de Frondizi al pacto sellado con Perón me indignó (menos por Perón que por el pueblo peronista) y lo mismo la actitud complaciente de los jefes políticos y sindicales del peronismo, para ni hablar de la que exhibían los principales dirigentes de las autodenominadas "fuerzas democráticas", muy especialmente el radicalismo en sus distintas variantes y el partido socialista. Esto era una reiteración del mismo sentimiento que se había apoderado de mí en junio de 1955 cuando la salvaje polarización "peronismo-antiperonismo" hizo que las fuerzas reunidas bajo este último no condenaran enérgicamente el criminal bombardeo que los militares rebeldes efectuaron sobre la Plaza de Mayo, dejando una estela de destrucción y un saldo de más de trescientas personas muertas e innumerable cantidad de heridos. Lejos de condenarlo se encerraron en un ignominioso silencio.

Cumplidos escasos dieciséis años, y finalizando el quinto año del colegio secundario, mis esperanzas de estudiar Sociología sufrieron un rudo golpe. Al intentar inscribirme en el recién creado Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA) se me informó que debido a que egresaba de una escuela comercial y no de un bachillerato humanístico, para ser admitido en la Facultad debía rendir doce materias de equivalencia en el Colegio Nacional de Buenos Aires entre las cuales sobresalían, amenazantes, varios latines, griegos, lógicas y otras cuya sola mención me paralizaba por completo.

La solución surgió de manera inesperada, al enterarme, casi de casualidad, que a finales de 1959 se estaban abriendo los cursos de ingreso de la Universidad Católica Argentina (UCA), y entre sus ofertas académicas se contaba la carrera de Sociología. Me costó superar mi desconfianza hacia esta alternativa porque, como buen hijo de la educación pública, jamás había pisado un instituto privado. Si bien mis padres eran muy católicos, siempre me habían dicho que las escuelas privadas, incluyendo las católicas, eran un simple negocio en donde, por añadidura, nada se aprendía. Todavía recuerdo la sentencia de mi padre: "allí van los hijos de los ricos, vagos que son promovidos año a año gracias a las billeteras de sus padres". Por eso se comprende que sintiera una instintiva desconfianza hacia todo lo que fuera universidad privada y,

también, ante cualquier cosa regenteada por la Iglesia y su reaccionario Episcopado, cuya activa participación en el golpe militar que derrocó a Perón y la demagogia y manipulación practicada impunemente en los debates en torno a la *Ley Domingorena* estaban muy frescas en mi memoria. Pero la sola perspectiva de tener que perder un año preparando doce materias completamente desconocidas para mí, y nada menos que en el mítico Colegio Nacional Buenos Aires, fueron el aliciente decisivo que necesitaba para momentáneamente dejar de lado todos mis reparos. Me inscribí a regañadientes en la UCA, rendí con un magnífico promedio las cuatro materias exigidas para el ingreso y en marzo de 1960 iniciaba mis estudios de Sociología.[2]

La vida académica y el clima intelectual de la década de 1960

Un cúmulo de circunstancias fortuitas hizo de mi paso por la UCA una experiencia inolvidable. Insisto en lo de "fortuitas" porque el proyecto que tenía quien por ese entonces era su rector, monseñor Octavio Nicolás Derisi, no podía estar más alejado de mis intereses y de mis juveniles aspiraciones políticas. Derisi (y detrás de él todo el Episcopado) concibió a la UCA como una escuela de formación de los dirigentes católicos que el país necesitaría en muy corto tiempo, una vez que la frágil y engañosa primavera democrática llegara a su fin y el país volviera a ser regido por la cruz y la espada, tal como lo mandaban las Escrituras. La tenebrosa España de Franco era el faro que alimentaba las alucinaciones de estos fanáticos, empeñados en reconstruir en la Argentina el paradisíaco orden de la cristiandad diabólicamente destruido a partir

2. Para una familia de inmigrantes y comerciantes como la mía, estudiar Sociología era casi lo mismo que autocondenarse a la desocupación permanente y convertirse en un paria social. El proyecto familiar, amorosamente elaborado para mi persona, era estudiar Contaduría y Administración de Empresas y hacerme cargo del pequeño comercio familiar. Por eso, mantuve en secreto mi ingreso a la UCA y, en cambio, mostré orgulloso la libreta universitaria de la UBA que me acreditaba como estudiante de la Facultad de Ciencias Económicas. En ella seguí durante un año y medio varias materias, en la carrera de Economía Política (y no en las que me había destinado el mandato familiar), a la sazón dirigida por la doctora Rosa Cusminsky, de muy grato recuerdo y con quien me reencontré, muchos años después, en el exilio mexicano. De su mano inicié mis primeros estudios en Economía, algo que he seguido haciendo hasta hoy.

del Renacimiento y la Modernidad. Pocos años después, la mal llamada "Revolución Argentina", otro dislate semántico al igual que su predecesora, iría a confirmar el oportunismo de este proyecto de formar "dirigentes católicos" para la renovación de la patria, renovación que venía de la mano de "la última aristocracia", como Leopoldo Lugones dio en llamar al ejército. La repugnancia que sentía Derisi –una supuesta autoridad mundial en el estudio de la filosofía tomista– por el pensamiento científico y por toda reflexión filosófica que se apartara de las enseñanzas de la Iglesia y del tomismo era visceral y difícil de explicar en la época actual. Pese a ello, su ambicioso proyecto de formar una nueva camada de dirigentes imbuida de los ideales de la cristiandad medieval lo forzaban a aceptar, claro que a regañadientes, la creación, en el seno de la UCA, de una Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Confió la dirección de esa facultad a un laico socialcristiano y un hombre de buenas intenciones, Francisco Valsecchi, y dentro de esa Facultad admitió la creación de una carrera de Sociología a cuyo frente puso a José Enrique Miguens –un hombre culto e inteligente, aunque a veces un tanto obcecado– quien había realizado algunos cursos de posgrado con Talcott Parsons en Harvard y que era tolerado por la jerarquía católica debido a su elevado origen social. Derisi intuía que la nueva dirigencia que requeriría la Argentina debería irremediablemente contar con sociólogos y economistas católicos capaces de encauzar a nuestro país por el rumbo correcto.

Pero la Argentina de comienzos de la década de 1960 era un país que, luego de la frustración ocasionada por el gobierno de Frondizi, entraba en un proceso de creciente activación y movilización políticas que haría saltar los pesados cerrojos medievales con que Derisi había querido aislar a "su universidad". Para su desgracia, los vientos de cambio arreciaban por doquier y azotaban también a la Iglesia Católica. El breve pontificado de Juan XXIII sacudió hasta sus cimientos a esa organización y el temblor desencadenado por el Concilio Vaticano II se sintió de manera muy intensa en la Argentina, precipitando una acelerada radicalización de jóvenes y no tan jóvenes que veían en el diálogo entre cristianos y marxistas y la opción preferencial por los pobres propiciados por el Pontífice las señales de un cambio ideológico y político de extraordinaria envergadura.

La Teología de la Liberación, en el plano teórico pero también práctico, y la proliferación de grupos tales como Sacerdotes por el Tercer Mundo, Cristianismo y Revolución, Economía y Humanismo, entre otros, fueron la expresión de este intenso período de cambios que, por un tiempo, arrasó con lo que quedaba de las vetustas y vacías estructuras eclesiales y laicas como, por ejemplo, la Acción Católica Argentina o la Juventud Obrera Católica. Deberían transcurrir dos décadas para que, con el advenimiento de Juan Pablo II, ya en la década de 1980, se constituyera con Margaret Thatcher y Ronald Reagan, un trío apocalíptico destinado a restaurar el orden perdido y lanzar una contrarreforma cuyos dañinos efectos se sienten todavía hoy.

Las profundas transformaciones de la década de 1960, por supuesto, se manifestaban mucho más allá de las vetustas estructuras eclesiales: es la época de la descolonización de África y Asia y de la Revolución Cubana, cuando Fidel y el Che se proyectan como figuras heroicas que encenderían para siempre la imaginación juvenil. Son también los tiempos de la invasión de Estados Unidos a la República Dominicana; de la heroica lucha del pueblo vietnamita que derrocaría primero a los franceses y luego a los estadounidenses; son los años en donde se consume liberación nacional en Argelia y surgen los No-Alineados; del Mayo de 1968 en Francia y toda Europa; de la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos; del inicio de la carrera espacial entre Estados Unidos y la Unión Soviética, entre tantos otros acontecimientos y procesos de similar portada. Y, también, de la irrupción del rock, los Beatles, el *boom* de la literatura latinoamericana, la minifalda, el pelo largo y la liberación sexual, todo entrelazado con un fenomenal y acelerado desarrollo tecnológico y científico que creó un mundo que no podía siquiera ser imaginado, en la peor de las pesadillas de Derisi y compañía, apenas quince años atrás. En ese contexto, profesores como el nombrado Miguens, Francisco Suárez, Eduardo Zalduendo, Justino O'Farrell, José Luis de Imaz, Antonio Donini, Janine Puget, Raúl Usandivaras, Floreal Forni y tantos otros encontraron allí un espacio sumamente receptivo para difundir sus renovadoras ideas. El fecundo diálogo entre cristianos y marxistas, que repugnaba a la mentalidad de Cromagnon imperante en la conducción de la UCA, fue el que me abrió la puerta para el estudio del

marxismo y mi posterior, intensa e inclaudicable, adhesión esa teoría y esa cosmovisión. Un papel esencial en este tránsito que me permitió salir de la caverna, a la cual se refiere *Platón* en su República, y poder ver la luz del sol y la realidad, además del clima ideológico de esa década, lo tuvieron dos influencias puntuales: mi familiaridad con la obra realizada por varios jesuitas argentinos nucleados en el Centro de Investigación y Acción Social (CIAS), preclaros heraldos de la Teología de la Liberación y, sobre todo, la lectura de un texto maravilloso del jesuita francés Jean-Ives Calvez, recientemente fallecido. Jean-Ives, a quien con el correr de los años pude conocer y disfrutar de su amistad y su sabiduría, escribió *El pensamiento de Carlos Marx*, originariamente publicado en Francia en 1956 y que llegó a la Argentina a mediados de la década de 1960. Ese texto ejerció una influencia enorme entre muchos de mi generación. En lo que a mí respecta me franqueó definitivamente la puerta para internarme y nutrirme en la tradición marxista. El de Calvez es un libro extraordinario que merece leerse todavía hoy, puesto que allí se demuestra irrefutablemente la superioridad del análisis social de Marx y su método de investigación para el estudio de la sociedad capitalista. En otro plano, otro libro importante que fue una especie de quinta columna dentro de una academia que –tanto en Estados Unidos como en las nuevas escuelas de Sociología que comenzaban a proliferar por América Latina– rechazaba visceralmente al marxismo fue *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, de Ralf Dahrendorf. Sin plegarse por completo a las conclusiones del filósofo de Tréveris, Dahrendorf tuvo el mérito de derribar la columna central de las teorías hegemónicas en el campo de las ciencias sociales –que giraban en torno a la gran síntesis realizada por Parsons en las décadas de 1950 y 1960– al plantear que era el conflicto de clases y no el consenso sobre los valores fundamentales lo que constituía la columna vertebral de las sociedades contemporáneas. Recordar que en aquellos años no se hablaba del capitalismo. Por lo tanto, "contemporáneas".[3]

3. Traducido al castellano por la editorial española RIALP, en plena época del franquismo, la edición que llegó a manos del público hispanoparlante ¡no incluía el último capítulo de la obra tal cual se registra en le edición original en lengua inglesa! Esto sirvió para que muchos reaccionarios dentro de la academia la descalificasen porque, efectivamente, los cabos sueltos que allí se ataban no estaban presentes en la

A finales de 1964, casi cinco años luego de haber ingresado, rendía mi última materia en la UCA. Pocos meses más tarde, en abril de 1965, entregaba mi Tesina de Licenciatura sobre los conflictos sociales en la década de 1930 en la ciudad de Buenos Aires. Meses después era contratado por el Departamento de Sociología como auxiliar docente, trabajando en la cátedra de José Enrique Miguens y dando comienzo, de ese modo a mi carrera académica. Ya por entonces había tomado contacto con los cursos que desde la UBA ofrecían en el Departamento de Sociología, lo que me había permitido familiarizarme con la obra de Gino Germani, Torcuato Di Tella y Jorge Graciarena y sus discípulos, entre otros. No podía hacerlo regularmente porque no era alumno de la UBA, pero nada impedía que me sentara a sus clases, asistiera puntualmente a todos los eventos que allí se organizaban y, muy tempranamente, comenzara a familiarizarme con la nueva sociología latinoamericana. Por otra parte, desde 1962 me había vinculado con el Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Di Tella trabajando como ayudante de investigación de Eduardo Zalduendo y, en 1965, fui invitado a participar en un proyecto dirigido por Torcuato Di Tella sobre las estructuras ocupacionales y de clase en países latinoamericanos. Gracias a este nuevo trabajo, que requería un pormenorizado análisis de los materiales censales de varios países de la región, pude comenzar un proceso de "latinoamericanización intelectual" que prosigue sin pausas hasta hoy. El proyecto estaba alojado en lo que por entonces se llamaba Centro de Sociología Comparada del Instituto Di Tella, a la sazón dirigido todavía por Gino Germani poco tiempo antes de su voluntario exilio en Harvard. Esos fueron años muy fecundos para mi formación porque me permitieron completar el valioso bagaje intelectual adquirido en la UCA con los enfoques y perspectivas predominantes en la UBA. Pude comprobar, no sin sorpresa, que las diferencias entre unos y otros eran bastante menores de lo que se suponía. La razón era bien simple: a pesar de las discrepancias que pudieran existir en el plano de las ideas políticas entre ambos departamentos, el peso de la sociología norteamericana era tan fuerte

traducción creando una serie de confusiones y perplejidades que la derecha intentó capitalizar. Pero ya era demasiado tarde. El férreo cascarón dentro del cual nos aprisionaban se había irreparablemente agrietado.

en la Argentina (y en América Latina) de comienzos de la década de 1960 que hacía que aquellas pasaran a un segundo plano. Los autores estudiados eran los mismos, como iguales eran las teorías y los conceptos que aprendíamos de nuestros profesores. En la UBA, sin dudas, había algunos profesores que enseñaban un poco más de marxismo y el debate teórico era más fuerte, en parte por la presencia de un vigoroso movimiento estudiantil. Pero las materias troncales de la formación sociológica reproducían fielmente el pensamiento norteamericano en la materia. No obstante, la crítica a esa sociología ya brotaba por todos lados y a la obra de C. Wright Mills –especialmente su libro *La imaginación sociológica*– se le sumaba una creciente andanada crítica proveniente de la intelectualidad radicalizada de América Latina de aquellos años, en donde sobresalían los nombres de Pablo González Casanova, Florestán Fernándes y su discípulo Fernando Henrique Cardoso (que extraviaría su rumbo una vez convertido en político y, luego, presidente de Brasil), Aníbal Quijano, Octavio Ianni, Edelberto Torres Rivas y, en la Argentina, el propio Di Tella, Silvio Frondizi y, de modo más atenuado, en la obra de Gino Germani. Una gran conferencia, organizada por Germani en 1964 en el Instituto Di Tella, me permitió conocer personalmente y establecer un contacto permanente a muchos de ellos. Con el correr de los años varios serían mis maestros en la FLACSO, cuando la serie de golpes de estado iniciada en Brasil en 1964 nos reuniría a todos en Santiago de Chile.

En lo que hace a mi experiencia política esta todavía era muy limitada: desde 1961 había acompañado una iniciativa promovida por un grupo de cristianos radicalizados, ya muy influidos por la Teología de la Liberación. Varios grupos se conformaron al calor que irradiaba este nuevo enfoque: uno de ellos era Cristianismo y Revolución; otro el Centro Argentino de Economía Humana, una agrupación inspirada en las prácticas del dominico francés Joseph Lebret (fundador junto a François Perroux de *Economía Humana*) en los barrios populares de las grandes ciudades de algunos países de Europa y América Latina. Esto me permitió participar en el dictado de algunos cursos sobre temas económicos y sociales en la Confederación General del Trabajo (CGT), que ya desde 1964 había comenzado un plan de lucha que culminaría con la ocupación de miles de fábricas y un hostigamiento cada vez mayor al

gobierno de la época. Un componente de ese plan era el fortalecimiento de la educación de los militantes y dirigentes de base. Visto en perspectiva histórica el plan de lucha decretado en contra del gobierno de Arturo Umberto Illia fue un serio error porque pese a sus limitaciones y a su ilegitimidad de origen (había ganado las elecciones presidenciales de 1963 en las cuales las Fuerzas Armadas impusieron la proscripción del peronismo) toleró la insurgencia obrera a la vez que daba claras señales de querer legalizar al peronismo, cosa que no se correspondía con los planes del jefe del movimiento, por entonces exiliado en Madrid, que prefería mantener la proscripción de su movimiento hasta el momento en que tácticamente resultara oportuno cambiar de posición. Lo que sí ocurrió fue que la insurgencia obrera –que no planteaba la expropiación de los patronos ni el control obrero de las fábricas sino que se limitaba a ocuparlas, en un típico gesto de ambivalencia peronista– abrió paso al golpe militar que se consumaría poco más tarde, en 1966. Es preciso recordar que a diferencia de los anteriores, ese golpe contó con la complacencia y complicidad precisamente del sector más reaccionario de la dirigencia sindical peronista, que no veía con buenos ojos los cursos de formación que se estaban impartiendo a lo ancho y a lo largo del país. Los principales capitostes de la CGT, encabezados por su líder Augusto Timoteo Vandor, participaron, para su eterno deshonor, en la jura del nuevo presidente golpista en la Casa Rosada, hijo putativo de la Escuela de las Américas y el Opus Dei.

Aquella experiencia educativa, facilitada por la división que se estaba produciendo en el seno de la CGT entre el sindicalismo peronista tradicional y uno de nuevo cuño y que promovía este proceso formativo –entre los cuales figuraban dirigentes como Raymundo Ongaro, Agustín Tosco, Atilio López y otros similares– me permitió conocer al movimiento obrero en sus propias raíces: la generación de los delegados de base, gracias al dictado de innumerables conferencias y cursos breves en diferentes provincias de la Argentina.[4] Me convenció de que lo que luego se pasaría a denominar "la burocracia sindical" tenía raíces muy profundas y,

4. Entre los compañeros que participaron de ese empeño destacan Héctor Abrales, desaparecido durante la dictadura militar; Floreal Forni, Gonzalo Cárdenas, Héctor Goglio, Héctor Cordone, Juan Carlos Iorio y Félix Herrero, entre otros.

además, muy democráticas en su origen, a pesar de la degeneración que se iba produciendo a medida que los líderes emergentes ascendían en la pirámide del poder sindical. Me convenció también que la estrategia que luego seguirían los Montoneros para combatir a los jerarcas sindicales estaba irremisiblemente condenada al fracaso: creían, como algunos sectores de la izquierda sectaria de ayer y de hoy, que existía un "impulso revolucionario" de las masas que era abortado y traicionado por una dirigencia corrupta, y que bastaría con eliminarla para que aquel floreciera con fuerza. La prueba es que por cada uno que eliminaban surgían, como en la hidra de mil cabezas, nuevos jefes dotados con las mismas cualidades e igualmente propensos a traicionar los intereses y objetivos históricos de las clases trabajadoras.

Golpe de Estado y el comienzo de un largo exilio

Mi carrera académica y mi experiencia política práctica se vio abruptamente interrumpida por el golpe de estado de 1966 que puso fin al gobierno de Arturo Illia, un hombre honesto, un médico de un pueblito perdido en el norte de la provincia de Córdoba y de corazón progresista, que había desafiado al imperialismo (sin que su propio partido, la Unión Cívica Radical, tuviese el valor de acompañarlo) al negarse a colaborar y condonar la invasión de la República Dominicana en 1965, promover una nueva política en materia de medicamentos que afectaba a intereses norteamericanos y proponer una revisión de los contratos petroleros que Frondizi había firmado según el dictado de "la Embajada". Una escena imborrable, que me daría una lección imperecedera sobre la ingratitud en la política, tal como lo había teorizado Maquiavelo, fue la solitaria salida de la Casa Rosada del presidente Illia, sacado literalmente a empellones por un pelotón del Ejército y acompañado apenas por cinco o seis militantes que solo atinaban a gritar su repudio a la nueva dictadura. Sintiendo que de la mano de Juan Carlos Onganía, el nuevo espadón golpista, había llegado su hora, Derisi aprovechó para desmantelar y desaparecer el Departamento de Sociología, cuna de tantas herejías que, en otro tiempo, hubieran merecido la hoguera.

De la noche a la mañana me encontré sin trabajo en la UCA, con la UBA intervenida luego de una brutal represión que pasó a ser conocida como "La noche de los bastones largos", y por lo tanto, sin salida laboral alguna a la vista. Sobreviví haciendo algunos trabajos como encuestador para algunas firmas privadas pero con la firme decisión de continuar mis estudios de posgrado lo antes posible. Ya estaba casado y tenía una hija recién nacida, y mi precaria situación laboral era bastante angustiante. Además, poco antes del golpe había comenzado a recibir amenazantes llamadas telefónicas por mi creciente protagonismo en la UCA, que se intensificaron notablemente una vez que los militares se instalaron en la Casa Rosada, lo que tornaba sumamente aconsejable abandonar por un tiempo el país hasta que el clima aclarase. Pero, carente de recursos, tenía que ser admitido en algún posgrado que se hiciera en el extranjero y, además, obtener una beca. Casi simultáneamente con el golpe había recibido una mala noticia: la Universidad de California/Berkeley había rechazado mi solicitud de admisión para hacer allí mis estudios doctorales. Pero la fortuna, esa que según Maquiavelo gobierna la mitad de nuestras vidas, poco después me sonreiría: me enteré, gracias a Torcuato Di Tella que la gente de FLACSO vendría a Buenos Aires a reclutar estudiantes para su recién creada Maestría en Ciencia Política que se impartía en Chile. La entrevista, a cargo de Werner Ackerman, resultó muy exitosa y a fines de año me llegaba la carta de admisión. En febrero de 1967 ya estaba en Santiago. Sinceramente, creo que a la luz de los acontecimientos posteriores, esa entrevista me salvó la vida. Prácticamente la mitad de mis compañeros de curso en la UCA murieron o desaparecieron en la lucha armada de la Argentina de la década de 1970, y las probabilidades de que yo, que convivía a diario y trabajaba políticamente con ellos, hubiera podido sustraerme al involucramiento directo en la guerrilla sin correr su misma suerte eran prácticamente inexistentes.[5]

5. Entre ellos cabe mencionar a Juan Carlos "Lalo" Alsogaray, Patricio Biedma, Fernando Perera, Hugo Perret, Rafael "Palito" Olivera, Nora Rodríguez Jurado, José Luis Dios y Raúl Julián Castro Olivera, en una lista que está muy lejos de ser exhaustiva porque en total fueron veinte, incluyendo los de otras facultades. Otros, como el cineasta Federico Urioste, se salvaron milagrosamente y continúan su lucha desde otros lugares.

En FLACSO tuve la suerte de integrarme a un grupo notable de jóvenes científicos sociales de América Latina y de recibir orientación y consejo de un conjunto no menos destacado de profesores. Entre los segundos quiero destacar al ya mencionado Fernando H. Cardoso; Ricardo Lagos, quien luego sería presidente de Chile; Francisco Weffort, posteriormente ministro de Cultura del Brasil; Aníbal Pinto y Osvaldo Sunkel, dos notables economistas chilenos; Glaucio A. Dillon Soares, Carlos Fortín, Enzo Faletto, Johan Galtung, a todos los cuales habría que agregar un distinguido equipo de docentes extranjeros que FLACSO trajo a Chile para impartir algunos cursos. Sobresalían en este grupo Gino Germani (por entonces radicado en Harvard); Hayward Alker (MIT); Karl W. Deutsch (Harvard); Robert Dahl (Yale), Adam Przeworski y Natalio Botana, que recién retornaba luego de su doctorado en Lovaina y tomó a su cargo los cursos de Filosofía Política. Recuerdo con nostalgia esos años en donde Botana, aclarando explícitamente que su perspectiva política era la del constitucionalismo liberal (a diferencia de tantos colegas que, aún hoy, ocultan su punto de vista y su ideología, y posan de "neutrales" ante sus estudiantes) se trababa en interminables discusiones sobre la libertad, la democracia y la justicia con muchos de nosotros, ya ganados por el marxismo u otra perspectiva crítica y entusiasmados por los avances del movimiento popular en Chile.[6]

Fue luego de dos intensos años de estudios de Maestría que mis intereses intelectuales comenzaron a perfilarse de modo muy definido.

6. Menciono a algunos de mis compañeros de esos años: José Miguel Insulza, Oscar Cuellar, Angel Flisfisch, de Chile; Luiz Alberto Gómes de Souza, Deodato Rivera, Edmundo Fernández Días, Orlandina de Oliveira y Edimilson Biselli, de Brasil; Ricardo Cinta y Humberto Muñoz, de México; Joaquín Duque y Ludgerio Camúes, de Colombia; Fernando Lecaros, de Perú; Rolando Franco, del Uruguay; José Luis Najenson, Jorge Padua, Carlos M. Vilas y Ernesto Cohen, de Argentina; Patrick Arguello Ryan, de Nicaragua; Víctor Wallis y Paul Ouquist, de Estados Unidos, entre otros. Sus trayectorias posteriores no podrían haber sido más disímiles: Flisfisch, uno de los más radicales, se acercó (demasiado) a la ciencia política norteamericana y se convirtió en un funcionario de alto rango de diversos gobiernos de la Concertación chilena; Najenson abandonó su preocupación por los debates en torno a los soviets de 1905 y 1917 y abrazó el sionismo; Gómes de Souza siguió fiel a su visión radical inspirada en la Teología de la Liberación y su labor junto al "obispo rojo" de Brasil, don Helder Cámara; Insulza, llegó a ser canciller de Chile y secretario general de la OEA, y para su orgullo el primero electo y reelecto sin el apoyo de Estados Unidos, y Arguello Ryan termina su vida como guerrillero de las causas nicaragüense y palestina, secuestrando en 1970 el avión de El Al junto a Leila Khaled y muerto en esa operación. Arguello Ryan e Insulza habían nacido en 1943; Patrick en marzo, José Miguel en junio. Toda una síntesis de nuestra generación.

Hasta ese momento mi preocupación se inscribía en lo que de modo un tanto laxo podía definirse como la sociología política. Mi formación de base había sido la de un sociólogo, aunque siempre inclinado hacia la problemática sociopolítica y con un creciente dominio de la literatura marxista clásica, sobre todo, la obra de Marx y Engels, a partir del estímulo recibido por la lectura del texto de Calvez. Los dos años transcurridos en Chile, 1967 y 1968, me habían otorgado una sofisticada formación en ciencia y filosofía política y los grandes problemas de estas disciplinas comenzaban a ocupar un lugar central en mi agenda de trabajo. Mi tesis de magíster en FLACSO versó sobre el comportamiento electoral en Chile entre los años 1920 y 1967, y en ella hacía uso de un sofisticado aparato metodológico y cuantitativo en donde el análisis factorial y las ecuaciones de regresión y sus diferentes coeficientes se combinaban cada vez con mayor frecuencia con preocupaciones filosóficas más profundas referidas al buen gobierno, a la buena sociedad, la justicia y la democracia, cuestiones estas que remitían directa o indirectamente a la influencia que el pensamiento marxista ya ejercía con mucha fuerza sobre mi persona. Uno de los méritos principales de ese estudio, que lamentablemente fue publicado en diversos fragmentos, fue el de haber sido la base histórica y empírica que me permitió predecir, contra prácticamente todos los pronósticos de la época, el triunfo de Salvador Allende en las elecciones presidenciales chilenas de 1970. Solo el abogado y sociólogo español Joan Garcés compartía mi optimismo. Recuerdo con claridad que hasta el círculo íntimo de Allende, inclusive los socialistas y comunistas que estaban en FLACSO, veían ese pronóstico como una imposibilidad histórica. Entre ellos, uno que me honró con su amistad, Clodomiro Almeida (quien luego sería el brillante canciller de Allende) que pocas semanas antes de las elecciones del 4 de septiembre de 1970 aconsejaba desde las páginas de *Punto Final* –esa referencia imprescindible, ayer y hoy, para todo el pensamiento de izquierda de América Latina– "abandonar definitivamente el ilusionismo electoral". Don Clodo se equivocó, como poco después lo reconocería con su conocida hidalguía.

Al concluir mis estudios de maestría, las autoridades de FLACSO me invitaron a unirme a su planta docente. En marzo de 1968 me designan

como instructor y, dos años más tarde como profesor asistente. Ya para entonces había presentado mi solicitud para culminar mis estudios doctorales en Ciencia Política en Harvard, obedeciendo a las sugerencias de las autoridades de la FLACSO y los buenos consejos que durante su estancia en Chile me dieran Gino Germani y Karl Deutsch. En 1969, y a modo exploratorio, asistí a los cursos de verano ofrecidos en la Universidad de Michigan por el *Inter-University Consortium for Political Research*. Durante las ocho semanas de duración del curso me sumergí por completo en las más avanzadas técnicas cuantitativas de análisis en virtud de las cuales el ICPR había adquirido fama internacional. El resultado fue una duradera desilusión con este tipo de instrumental, altamente sofisticado para la medición de cuestiones triviales, pero incapaz de ofrecer respuesta alguna a preguntas muy significativas como las que ocupaban mi atención por esos años. Todo esto, naturalmente reforzó mi apreciación de los méritos del enfoque metodológico y epistemológico del marxismo, impulsándome a desoír definitivamente los cantos de sirena del positivismo y de la seudo rigurosidad del pensamiento dominante en la academia. Al ser aceptado por Harvard, el inédito desarrollo de la lucha de clases en Chile desde mediados de la década de 1960, la certeza que abrigaba del inminente triunfo electoral de la Unidad Popular me alentaron a solicitar una prórroga de la beca. Sin embargo, luego de dos postergaciones sucesivas y habiendo sido rechazada mi tercera solicitud, Harvard me enfrentó con un dilema de hierro: o me hacía presente para iniciar mis cursos doctorales o me cancelaban definitivamente la beca. Por eso, a comienzos de 1972 partí hacia los Estados Unidos. Cerré mi casa en Chile y se la dejé a unos amigos y, excepto unos pocos libros que me llevaría conmigo, dejé todo en su lugar. Mi plan era cursar todas las materias obligatorias del doctorado en un año, tomar medio año más para rendir los temidos "exámenes generales" y regresar a escribir mi tesis en Chile y sobre la inédita experiencia liderada por ese hombre ejemplar, Salvador Allende, que confiaba en poder construir el socialismo –o al menos iniciar la transición hacia– a través de las fisuras que exhibía la institucionalidad burguesa. Todavía está por escribirse la biografía política de ese latinoamericano ejemplar, que cuando arreciaba el aislamiento impuesto a Cuba jugó

todo su inmenso prestigio nacional e internacional y, asumiendo la presidencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), le brindó una mano amiga a la revolución cubana, cosa que Fidel recuerda con emoción hasta hoy. La derecha chilena, reaccionaria hasta la médula en todas sus variantes –desde el conservadorismo hasta la democracia cristiana– y el imperialismo jamás le perdonaron a Allende ese gesto. El diario *El Mercurio* fue el mercenario mediático que no cejó de zaherir y difamar ni un solo día a ese patriota latinoamericano, especialmente luego de la creación de la OLAS. El infausto golpe del 11 de septiembre de 1973 me obligaría a permanecer en Cambridge, Massachusetts, hasta agosto de 1976, período de intenso y, por momentos, desgarrado aprendizaje al tener ante mi vista la inexorable descomposición de la vida pública argentina. Ya no solo no podía regresar a Chile, habiendo sido mi casa saqueada por los militares y mis libros quemados en la calle, sino que tampoco podía hacer lo propio en Argentina. Me dediqué a colaborar en la lucha por tratar de salvar la vida de muchos de mis amigos que quedaron en Chile y, en uno de esos actos de solidaridad con el pueblo chileno y repudio al golpe pinochetista organizados en la zona estratégica de Harvard Square tuve "el placer" de conocer a los hermanos Piñera, cuando se acercaron a tratar de desbaratar nuestro acto con un grupo de choque, lo que originó un violento incidente que, por suerte, no frustró nuestros propósitos de denunciar los crímenes que estaba cometiendo Pinochet. Uno de ellos, José, fue luego ministro de Pinochet y el artífice de la privatización (hoy quebrada) del sistema de seguridad social chileno; y el otro, Sebastián, acabó siendo elegido presidente de Chile en enero de 2010.

En Harvard mis intereses académicos y mi identidad política marxista terminaron de definirse, si bien menos por méritos de la universidad (que sería absurdo menospreciar) que por la acelerada descomposición que se estaba registrando en la vida política latinoamericana. Tuve la fortuna de llegar en un momento en donde el florecimiento intelectual de Harvard era impresionante debido a una inédita apertura que permitía la convivencia de académicos conservadores, liberales, social demócratas e inclusive marxistas. Nunca antes se había experimentado algo igual y, lamentablemente, a partir de la reacción neoconservadora

que se abatiría sobre los Estados Unidos desde finales de la década de 1970, nunca más iría a recrearse ese riquísimo ambiente universitario animado por la presencia de figuras de una talla intelectual insuperada desde entonces. Grandes profesores como los ya mencionados Germani y Deutsch alternaban con Barrington Moore Jr., Carl Friedrich, Harvey Mansfield Jr., John Rawls, Samuel P. Huntington, Seymour M. Lipset, Daniel Bell, Talcott Parsons, Alexander Gerschenkron, John Womack, Louis Hartz, Joseph Nye y tantos otros de su mismo nivel, algunos de ellos en el MIT como Hayward Alker y Suzan Berger. Un ambiente en donde el pensamiento de izquierda había logrado establecerse con fuerza, y en donde quienes no compartían esa perspectiva adherían mayoritariamente a versiones más o menos democráticas y tolerantes del ideario liberal. No exageraría si dijera que mis años en Harvard marcaron definitivamente mi agenda intelectual, coronando un proceso iniciado en Buenos Aires en la Universidad Católica y en el Di Tella, y continuado en el Chile turbulento y tremendamente movilizado de finales de la década de 1960. Esos años en Harvard, depositaria de un deslumbrante acervo sobre el pensamiento socialista y heredera de la biblioteca de León Trotsky, fueron absolutamente decisivos en mi consolidación como un pensador marxista: ya no como un sociólogo o politólogo sino como un intelectual de amplio espectro, fiel a la tradición de Marx que fue a la vez filósofo, sociólogo, historiador y economista, aparte de otras aficiones a las cuales también les dedicaba cierto tiempo. Recorrí los pasillos de la inmensa Biblioteca Widener de arriba abajo durante cada día de mi estancia en Harvard, y siempre aprendía algo nuevo.

Tal como lo dijera, mi plan original en Harvard era continuar y profundizar mis estudios sobre la evolución política chilena. Esta decisión se basaba –aparte del atractivo de estudiar la política de un país como Chile, con divisiones ideológicas y partidarias tan nítidas que contrastaban, aún hoy, con la confusión ideológica que el peronismo introdujo en la vida política argentina– en el hecho de que FLACSO quería que al terminar mis estudios regresara a ocupar mi puesto en el plantel docente de la institución. Dado que las perspectivas que ofrecía la Argentina no eran para nada halagüeñas, mi tendencia natural fue a aceptar el ofrecimiento y adecuar mi agenda de investigación a lo que sería mi próximo

destino académico. Sin embargo, cuando el 11 de septiembre de 1973 se produce el golpe de estado en Chile y en los días subsiguientes la televisión estadounidense transmitía las imágenes de la represión del régimen sentí que las propias premisas de mi investigación se derrumbaban tan estruendosamente como el Palacio de la Moneda. ¿Qué sentido podía tener estudiar un proceso de evolución democrática y electoral hacia el socialismo cuando el mismo había desembocado en la instauración de una sanguinaria dictadura militar? En medio de mis cursos dejé de lado el proyecto original, escribí un largo artículo sobre el proceso político chileno que, poco después, fue publicado por *Foro Internacional*, la revista de El Colegio de México, bajo el título "Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile" (Boron, 1975, incluido en esta antología) y archivé definitivamente los materiales que había traído de Santiago para sustanciar mi tesis. Chile me dolía demasiado como para poder dedicarle dos o tres años de intensa labor investigativa para sustanciar mi disertación.

Este vuelco, unido al acelerado deterioro de la situación argentina, me convencieron de dos cosas: en primer lugar, la necesidad de buscar un nuevo tema para mi tesis doctoral. En segundo lugar, que ante la clausura sufrida por FLACSO bajo el gobierno militar chileno mi futuro laboral se veía ensombrecido, y a esa altura ya era padre de una niña y un niño que tenían necesidades concretas que no podían ser satisfechas con mi mera curiosidad intelectual y mi cultivo de la tradición marxista. Lo que hice entonces fue concentrarme totalmente en mis estudios con el propósito de terminar mi doctorado lo antes posible. Preocupado por el destino de la Argentina (obsesión que me persigue hasta hoy) decidí estudiar el período fundacional de la Argentina moderna, que comienza con las jornadas de octubre de 1945 y la aparición del peronismo. Pero para ello se hacía necesario examinar la naturaleza del período previo, que había sentado las bases de un modelo oligárquico-dependiente sumamente exitoso pero marcado a fuego por un notable grado de inequidad e injusticia sociales y que, luego de la Gran Depresión de la década de 1930, se enfrentaba a su inexorable ocaso. Se trataba, en otras palabras, de un prolegómeno necesario para el estudio más profundo y detenido sobre los orígenes del peronismo y su desempeño histórico,

que revelaba una doble incapacidad: una, para desarrollar el capitalismo y sacar a la Argentina de su secular estancamiento; y dos, habida cuenta de lo anterior, construir una alternativa socialista. La urgencia por desentrañar el origen y destino de este enorme movimiento de masas –sin dudas el más importante de la historia argentina y, probablemente, de Latinoamérica– profundamente popular pero a la vez totalmente comprometido con el mantenimiento de la sociedad capitalista se tornó imperiosa cuando a su regreso, en 1973, el general Perón consintió el funcionamiento de la "Triple A", ese infame grupo paramilitar dedicado a exterminar izquierdistas y que, seguramente, había asesinado a varios de mis amigos.

Para desentrañar la tragedia en que se estaba sumiendo la Argentina era imprescindible examinar el suelo histórico en el cual había crecido ese fenómeno tan peculiar de mi país y que no existe, con igual intensidad y tan larga perdurabilidad, en ningún otro de Nuestra América. Solo que ese estudio introductorio del régimen oligárquico se transformó, como suele ocurrir, en un objeto independiente que terminó postergando lo demás. Obedeciendo a un sabio consejo de Gino Germani me propuse hacer la tesis durante mi estancia en Estados Unidos porque, según el viejo profesor, al menos en aquella época ocho de cada diez retornados a América Latina sin su tesis aprobada jamás la terminaban de escribir y yo no podía darme ese lujo. Y aceptando otro consejo, igualmente útil, esta vez de Barrington Moore y Karl Deutsch, me obligué a redactar mi tesis doctoral en inglés, para evitar la tarea de Sísifo de escribir no una sino dos veces la disertación: una en castellano y, luego de su traducción al inglés a cargo de alguna otra persona, una nueva redacción en esta lengua. Estos consejos fueron sumamente útiles y me permitieron terminar todos mis cursos, rendir los exámenes comprehensivos que se requerían para ser declarado "Ph. D. Candidate" (y sortear los temibles *Generals*) y completar mi tesis doctoral –un mamotreto de 696 páginas sobre la *Formación y Crisis del Estado Oligárquico-Liberal en la Argentina: 1880-1930*–[7] en escasos cuatro años y medio. A finales de

7. Tesis doctoral presentada a y aprobada en la Universidad de Harvard cuyo capítulo final y epílogo pueden leerse en esta antología (1976).

julio de 1976, exactamente el 26 de julio, como un primer homenaje intelectual a la Revolución Cubana, entregaba mi tesis doctoral y pocas semanas después partía rumbo a México. Corresponde mencionar que la misma jamás fue publicada. La Harvard University Press se ofreció a hacerlo, pero me exigían reducir su tamaño a la mitad. Por supuesto, rechacé cortés pero firmemente un ofrecimiento que, en mi fuero íntimo, era un insulto. Luego la traduje al español pero mi traslado a México y la inevitable redefinición de mi agenda de preocupaciones en el nuevo contexto en que me hallaba me obligaron a postergar indefinidamente la revisión final que necesitaba para su publicación. Se trata de una asignatura pendiente que, tal vez, en los próximos años pueda finalmente aprobar.

La etapa mexicana

Ya había tenido antes la oportunidad de visitar a México, país que me cautivó ni bien puse pie en tierra. El México de 1976 estaba profundamente marcado por la fuerte orientación tercermundista que le había impreso el presidente Luis Echeverría Álvarez, la solidaridad con las víctimas y la resistencia a las dictaduras y por el entusiasta apoyo a la gesta de los sandinistas, que culminaría con su gran victoria en 1979. En ese marco, poco me costó sumergirme de lleno en los debates precipitados por la coyuntura con un polémico artículo en donde criticaba a quienes utilizaban equivocadamente, a mi juicio, el concepto de fascismo para caracterizar a las sangrientas dictaduras de la región. Estas, a diferencia de aquel, no tenían ni intención ni capacidad alguna de movilización y activación de los sectores medios para convertirlos en baluartes de sus regímenes; tampoco tenían condiciones para encarar un proyecto que potenciara la gravitación de sus "burguesías nacionales" en una fase del capitalismo signada por su acelerada internacionalización y el predominio indiscutido de las grandes transnacionales, que habían dado cristiana sepultura a lo que, con su habitual sarcasmo, el Che denominaba "burguesías autóctonas", porque de nacional no tenían nada. Además, tal cual lo dije en repetidas ocasiones en varias mesas redondas organizadas en México,

bajo las dictaduras del Cono Sur, Antonio Gramsci no hubiera sobrevivido ni un par de días bajo Videla o Pinochet. Eran todavía peores que el fascismo, y la consigna no servía porque replicaba mecánicamente una caracterización que había sido justa para algunos países europeos en el período de entreguerras pero que el desarrollo del capitalismo había enviado al museo de antigüedades (Boron, 1977, incluido en esta antología).

En los días inmediatamente posteriores al golpe chileno, los esbirros de Pinochet habían irrumpido en las instalaciones de FLACSO y, sin más trámite, fusilaron a dos de nuestros estudiantes, no por casualidad los dos procedentes de Bolivia. Ese crimen paralizó a la institución durante varios años, y ante la imposibilidad de seguir ofreciendo sus programas de posgrado en Chile y la descomposición de la vida intelectual (además de social y política) de la Argentina de mediados de la década de 1970, que impedía a la sede de FLACSO en Buenos Aires desempeñar normalmente sus actividades, la institución había aceptado un ofrecimiento del presidente Luis Echeverría Álvarez para instalar una nueva sede de FLACSO en Ciudad de México. Esta decisión, fulminante y extemporánea, venía a complicar mis planes. A comienzos de 1976, el Departamento de Sociología de Yale me había invitado a unirme a su cuerpo docente ni bien terminase mis estudios doctorales en Harvard. No quería radicarme en Estados Unidos, pero la negra noche de las dictaduras en América Latina me cerraba prácticamente todas las puertas, salvo la mexicana. Además, la oferta de Yale era difícil de rechazar, pues llevaba implícita una posición definitiva en esa universidad con lo cual mi situación económica futura quedaría resuelta de una vez para siempre. Acordadas todas las formalidades del caso, a las dos semanas de firmado el contrato de trabajo con esa universidad recibo un urgente llamado del secretario general de FLACSO de aquellos años, Arturo O'Connell, comunicándome que se abriría una nueva sede en México y que quería que yo me integrara a ella, aportando no solo la experiencia recogida durante mis años en Chile sino también la que cosechara en Harvard. No dudé un instante en aceptar su ofrecimiento, aunque sabía que estaba dejando de lado una oportunidad que, tal vez, jamás se me volvería a presentar en mi vida. Pero sentía que debía hacerlo y que si en la academia norteamericana mi presencia no haría diferencia alguna,

en FLACSO/México podría contribuir a la rigurosa formación crítica de una nueva generación de estudiantes latinoamericanos, retomando las labores que interrumpiera para realizar mis estudios doctorales a fines de 1976.

Permanecí en México por casi ocho años, entre agosto de 1976 y febrero de 1984. En esos momentos ese país era el más formidable refugio del pensamiento crítico que jamás haya existido en América Latina y dudo que en cualquier parte del mundo. Allí me encontré con algunos de los más brillantes intelectuales de la región y, además, forjé amistades entrañables con mis amigos mexicanos y con esa noble nación, a tal punto que me identifico como un "argenmex" de pura cepa y siento por México un amor tan grande como el que tengo por la Argentina. Nombrarlos a todos sería imposible, pero no podría dejar de mencionar, en una provisoria enumeración, a Pablo González Casanova, Sergio de la Peña, Adolfo Sánchez Vázquez, Rodolfo Stavenhagen, Carlos Payán (fundador de *La Jornada*), don Arnaldo Orfila Reynal, (genio creador de Siglo XXI), don Sergio Bagú, John Saxe-Fernández, José María Calderón, Huzo Zemelman, Lucio Oliver, Raquel Sosa, Estela Arredondo, Lilia Bermúdez, Agustín Cueva, Gerard-Pierre Charles, Suzy Castor y tantos otros, algunos de ellos colegas, otros alumnos. Con algunos seguimos transitando por el mismo sendero en pos del socialismo; no pocos, lamentablemente, abandonaron el combate y se plegaron a distintas iniciativas, algunas controversiales y otras francamente detestables pero que no viene al caso examinar aquí. En todo caso, debo decir que en México aterricé en la FLACSO, permaneciendo en dicha institución hasta agosto de 1979, cuando junto con Alfredo Monza y Mabel Piccini fui despedido sin causa alguna y como producto de las protestas que suscitaba entre nosotros la creciente influencia de algunos funcionarios del gobierno mexicano –a la sazón gobernado por el PRI, pero habiendo abandonado la línea tercermundista de Echeverría Álvarez– en la conformación del Plan de Estudios de la Maestrías (en Sociología y Ciencia Política) y en el proceso de selección del cuerpo de profesores, y ante la cual el director de FLACSO/México, el sociólogo boliviano René Zavaleta Mercado, no oponía la resistencia que pensábamos debía ofrecer. Lamentablemente esa tendencia no hizo sino

acentuarse con el paso del tiempo, al punto que de haber sido un núcleo orientador y promotor del pensamiento crítico en la región, FLACSO fue conquistada y colonizada por el saber convencional de las ciencia sociales, como con toda claridad lo denunció en un brillante discurso el presidente Rafael Correa del Ecuador en ocasión de celebrarse, en Quito, en el año 2007, el cincuentenario de la creación de FLACSO.[8]

En FLACSO/México me especialicé en la enseñanza de la filosofía política de la mano del maestro Adolfo Sánchez Vázquez, uno de los grandes filósofos marxistas del siglo XX, y, paulatinamente, en política latinoamericana. Luego de mi despido y dado que, a esa altura, mi reputación académica estaba bien establecida en México no tuve problema alguno en recibir de inmediato una invitación del Centro de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, donde permanecí como profesor de tiempo completo durante varios años investigando y ejerciendo la docencia de grado y posgrado en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Poco después me incorporaría también como profesor-investigador del Centro de Investigaciones y Docencia Económicas (CIDE), en donde colaboré en la creación de su Departamento de Política Internacional y en el desarrollo del Instituto de Estudios de Estados Unidos, primero en su género en América Latina, bajo el liderazgo de Luis Maira y acompañado por Carlos Rico y José Miguel Insulza. Permanecí en el CIDE hasta 1984, los últimos dos años compartiendo mi tiempo con la FLACSO –en donde fui rehabilitado poniendo fin a aquella injusta expulsión– y por supuesto, la UNAM, a la sazón convertida en mi *alma mater*. En febrero de 1984, consumado ya el triunfo de Raúl Alfonsín y la derrota del peronismo, retornaba a la Argentina.

Como anticipaba más arriba, los años de México me permitieron ahondar en mis estudios sobre dos grandes líneas de trabajo: por un lado, la problemática del estado, sus diversos regímenes políticos (dictadura, democracia, populismo, etc.) y la cuestión de la ciudadanía; por otro, me permitieron involucrarme crecientemente en el estudio de la

8. Hubo y hay excepciones, y no todas las FLACSO cayeron en ese pecado al mismo tiempo y en todas sus sedes. Pero la tendencia general señalada más arriba aún conserva en todas ellas notable vigor, así como se observa al mismo tiempo la debilidad –no digo total ausencia pero sí debilidad– del pensamiento crítico en sus diversas sedes y programas.

filosofía política, que había iniciado de modo sistemático durante mi paso por Harvard. Otra valiosa herencia de mi paso por ese país fue la ampliación de mi perspectiva comparativa. Si antes de llegar a México esta se reducía a los países del Cono Sur, especialmente Argentina, Chile y, en cierta medida Brasil, mi estancia en México "latinoamericanizó" mi horizonte interpretativo, permitiéndome conocer de primera mano no solo la rica trayectoria política mexicana sino también la de numerosos países de la región.

El difícil retorno a la Argentina

Esta experiencia habría de ser volcada años después, cuando a comienzos de 1984 regresara a la Argentina. En efecto, no me fue fácil encontrar trabajo al regreso de casi dieciocho años de exilio. En FLACSO, la recepción inicial fue, por decirlo diplomáticamente, fría; la UBA, por su parte, estaba iniciando un difícil proceso de normalización luego de casi veinte años de inestabilidad e intervención militar. Además, no existían todavía una carrera de Ciencia Política ni una Facultad de Ciencias Sociales. En la administración pública, mi independencia de criterio y mi ya por entonces muy conocida identificación con la tradición del pensamiento marxista generaban suspicacias que terminaron por cerrarme todas las puertas del Estado. Sin desanimarme por estos inconvenientes pensé que la mejor solución sería juntar fuerzas con otros retornados y crear un instituto dedicado a estudiar una problemática de gran actualidad a mediados de la década de 1980: las relaciones europeo-latinoamericanos. El resultado fue la creación del Centro de Investigaciones Europeo-Latinoamericanas (EURAL), que habría de funcionar durante una década y serviría como fecundo semillero a numerosos jóvenes estudiosos argentinos de la problemática internacional, muchos de los cuales, con el correr de los años, completarían su formación doctorándose en algunas de las universidades más prestigiosas del extranjero. Durante esos años el énfasis de mi labor intelectual estuvo puesto necesariamente en estos temas y, a partir de mi incorporación a la carrera de Ciencia Política de la UBA, en los contenidos clásicos de la filosofía política, toda

vez que, poco después, ganaría los concursos de profesor regular titular de Teoría Política y Social I y II en la recientemente creada Facultad de Ciencias Sociales.

En mayo de 1990 un heteróclito conjunto de grupos de izquierda representado en el Consejo Superior de la UBA me designó como vicerrector de esa casa de estudios, cargo que desempeñé hasta abril de 1994. Ese fue un período de intensa actividad en materia de gestión institucional, en donde pude promover algunas iniciativas que habían sido postergadas por mucho tiempo, como la reactivación de EUDEBA, la gran casa editorial fundada durante el rectorado de Risieri Frondizi, y que paralizada por falta de fondos y por las amenazas de los militares, que envalentonados por la crisis de la Semana Santa de 1987, se oponían a la reedición del *Nunca Más*. Esto dificultaba la labor de difusión de los organismos defensores de los derechos humanos que requerían ese libro para la realización de sus diversas actividades. También se logró avanzar en otros terrenos, como la promoción de un amplio programa de becas de investigación para estudiantes y jóvenes profesores, además de otros asuntos de menor trascendencia. Pero la situación que enfrentaba la UBA era muy delicada porque sus relaciones con el gobierno nacional eran pésimas y los conflictos latentes, siempre a punto de estallar, estaban a la orden del día y absorbían gran parte de mis tareas. La asfixia presupuestaria a que nos sometía el gobierno de Menem era implacable. Una muestra de la tosquedad de la percepción que este tenía de la UBA la reveló uno de sus principales ministros cuando me dijo; sin sonrojarse, que "la UBA es la CGT de los radicales. ¡Cómo quiere que los ayudemos!". Pese a todos estos inconvenientes logramos evitar los planes de Menem y Cavallo, que no eran otros que poner a la UBA de rodillas, asfixia financiera mediante e imponer, como lo había hecho Pinochet con la Universidad de Chile, la privatización de nuestra universidad introduciendo un régimen de arancelamiento y limitando el financiamiento público a una cantidad apenas marginal.

A medida que avanzaba la década de 1990, la problemática de la dependencia externa y el renacimiento de la cuestión del imperialismo aparecían como asuntos cada vez más cruciales para los países de América Latina y que no por casualidad estaba ocupando un sitial de privilegio

en los debates en los principales centros académicos de los países industrializados. Hacia allí comencé a dirigir mis esfuerzos, a la vez que mantenía mi preocupación por los temas del estado y la democracia.

Fue en esos años cuando intenté, con algunos amigos y colegas, crear una nueva opción política para librar batalla contra el rampante neoliberalismo de la década menemista, convencidos que la oferta electoral de la desperdigada y débil izquierda argentina mal podía enfrentar con éxito la arrolladora hegemonía del menemismo en esa fatídica década de 1990, signada por el apogeo del neoliberalismo global. Junto a Eduardo Grüner, Mabel Bellucci, Ana María Fernández, Emilio Taddei, Marcelo Matellanes, Jorge Muracciole, Marcelo Rodríguez, Inés Izaguirre, Ivana Brighenti, José Seoane, Jorge Mákarz, Ricardo Zambrano, Clara Algranati, Javier Amadeo, Gonzalo Rojas, Luis Zas, Gabriel Vitullo, Ricardo Romero, Valeria Pita, Jorge Cabezas, Carlos Jáuregui, Flavio Rapisardi, Cayetano Mazzaglia, Juan Ferrante, Dora Coledescky, Juan Ferrante, Domingo Quarracino, Jorge Yabkowsky, Angel Fanjul, Norberto Sessano y otros más dimos vida al Frente por la Democracia Avanzada, participamos en dos elecciones y si bien la respuesta del electorado fue bastante más parca de lo esperado, al menos logramos establecer en la agenda pública algunos temas de gran importancia: reforma tributaria, distribución del ingreso, defensa de la educación, salud pública, salud reproductiva, derechos civiles iguales para las minorías sexuales, algunos de los cuales serían retomados, casi con un retraso de veinte años, por los principales partidos políticos de la Argentina.

De esta época data uno de mis libros más importantes: *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*, originalmente publicado en castellano pero casi simultáneamente traducido al inglés y portugués, con varias ediciones en todos estos idiomas. Este libro, que sintetiza buena parte de mis trabajos de la primera mitad de la década de 1990, plantea una crítica radical a algunas de las teorizaciones más importantes del saber convencional, partiendo de una crítica a las caracterizaciones de los regímenes autoritarios de la década de 1970 y comienzos de la siguiente, y pasando luego a examinar en la articulación entre teoría económica y teoría política en el pensamiento liberal siguiendo un recorrido que arranca en Adam Smith, sigue con Alexis de Tocqueville, pasa por Karl

Marx y culmina en la obra de Milton Friedman y Friedrich von Hayek. El libro combina no solo un análisis muy minucioso de las diferentes teorías sino que, en su segunda parte, se dedica al análisis de las experiencias concretas de reconstrucción democrática en América Latina.

La segunda mitad de la década de 1990 refleja la maduración de estas preocupaciones y un salto cualitativo en la capacidad de implementarlas gracias a que en noviembre de 1997 fui electo secretario ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Bajo mi dirección, el Consejo abandonó su tradicional academicismo y propició a través de múltiples iniciativas, el desarrollo y la expansión del pensamiento crítico. Este se encontraba cada vez más arrinconado en nuestras universidades debido a la hegemonía del modelo norteamericano de trabajo en las ciencias sociales incesantemente impulsado por el Banco Mundial y entronizado en nuestros países por las "contrarreformas" universitarias aprobadas por los gobiernos de la región en la década de 1990; segundo, por una activa política de vinculación y convergencia, cada vez más estrecha, con las necesidades y agendas de los movimientos sociales que comenzaban a florecer por toda América Latina en la segunda mitad de esa década y con los nuevos gobiernos de la región, comenzando por el de Hugo Chávez en Venezuela, que se preparaban para enfrentar al gran proyecto de subordinación económica y política de América Latina, el ALCA. Rompiendo una anacrónica tradición, CLACSO comenzó a incorporar a sus filas a centros de estudios pertenecientes a sindicatos y organizaciones populares de diverso tipo que contribuyeron decisivamente a fecundar una producción que, encerrada en las cuatro paredes de la academia, se volvía cada vez más esotérica e irrelevante. El muy activo involucramiento de CLACSO en el Consejo Internacional del Foro Social Mundial y en los diversos foros realizados en América Latina es prueba elocuente de ese cambio de orientación. Tercero, mediante una decidida política de apertura e incorporación de numerosas instituciones académicas fuera del reducido eje Buenos Aires-Santiago-Montevideo a que había quedado limitado el Consejo en los años precedentes. El resultado de este cambio de rumbo fue calificado en un informe de auditoría académica elaborado por un equipo internacional de expertos integrado por Rodrigo Arocena, actual rector de la Universidad de la República;

Rosemary Thorp, de la Universidad de Oxford y Eric Hershberg, a la sazón *chairman* del Social Science Research Council de Estados Unidos, como el más exitoso avance en el plano regional jamás logrado por las ciencias sociales en toda su historia, especialmente teniendo en cuenta la expansión de los centros afiliados, el número de cursos ofrecidos desde CLACSO por la vía de su campus virtual, el número de publicaciones y su extraordinaria difusión por toda América Latina y el Caribe, el número de sus becarios y grupos de trabajo y sus formas efectivas de colaboración con colegas de África y Asia .

Electo por unanimidad en 1997 y reelecto por unanimidad y aclamación en otras dos oportunidades, mi fuerte compromiso con la gestión (al punto tal que en un reportaje periodístico cuando me interrogaron sobre cómo me definiría profesionalmente respondí "como un empresario cultural") no me impidió avanzar en mis proyectos teóricos si bien tuve que alternar las preocupaciones de la agenda teórica y práctica del marxismo con otras más acotadas derivadas de mi modesto rol de divulgador como compilador y prologuista de libros de terceros vinculados a CLACSO. Con todo, en el año 2000 logré publicar un texto que hasta hoy considero el más logrado teóricamente: *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra Democracia en el Capitalismo de Fin de Siglo*, publicado en Buenos Aires por Fondo de Cultura Económica. Escrito en medio de las convulsiones que estaba generando la reestructuración regresiva del capitalismo argentino, generador de un proceso aún inconcluso de exclusión social de masas y vaciamiento democrático, el libro se aboca a la realización de un minucioso examen de las diferentes teorías que dan cuenta de la relación entre mercado y democracia, tanto las del marxismo clásico como las posmarxistas y las liberales. El libro, sin embargo, va más allá de la mera crítica y propone los lineamientos generales de una teorización novedosa sobre la crisis de los mecanismos de representación democrática y su debilidad para sobreponerse a los dictados de los mercados. Al mismo tiempo, a lo largo de sus páginas se fundamenta persuasivamente el carácter insalvable de las contradicciones que oponen irreconciliablemente la lógica descendente y jerárquica del mercado con la lógica ascendente e igualitaria de la democracia. En el marco de sucesivos proyectos de investigación pude elaborar más detalladamente

estos contenidos, los que finalmente se sintetizarían en un largo artículo, "*The truth about capitalist democracy*" (2006, incluido en esta antología) y una revista académica inglesa de inspiración marxista lo publicó como uno de sus artículo centrales. Una edición en lenguas española y portuguesa del citado artículo fue publicada poco después.

Pasión por la polémica

Mi vida ha sido, hasta hoy, una interminable serie de polémicas. Primero, con los trogloditas del tomismo, que tergiversaron la obra de Tomás de Aquino de modo aún más grosero que lo que Stalin hiciera con Marx. Aquellos transformaron la obra de un pensador original, incisivo y fecundo en un cofre lleno de pergaminos resecos y privado del menor signo vital. Convirtieron al hombre que introdujo, para escándalo de los académicos de su tiempo, las enseñanzas de Aristóteles en la Universidad de París en un mojigato que, en materias profanas, decía nimiedades. Tomás de Aquino fue un revolucionario para su tiempo, y la Iglesia no hizo absolutamente nada para aclarar las extrañas circunstancias que rodearon su imprevisto, sospechosamente accidental, fallecimiento. En lugar de eso lo entronizó con el título de "Doctor Angélico" y archivó el asunto, cuando todo hace suponer que fue víctima de un envenenamiento.

Posteriormente comenzó mi polémica con la sociología y la ciencia política norteamericanas, y su incurable conservatismo. Esto me insumió largos años. Recuerdo hasta hoy el rostro burlón de Samuel Huntington cuando, en un seminario que teníamos los estudiantes graduados, me criticó diciendo palabra por palabra que "para usted la lucha de clases no surge como un resultado de su investigación sino que es un prejuicio que se abstiene de someter a verificación empírica". Responder a aquella pregunta fue una obra titánica, que por cierto llevé a cabo, por varias razones: primero, porque no era sencillo establecer una conexión teórica entre el marxismo y el pensamiento burgués como para explicar el papel que la teoría y sus presupuestos tienen en cualquier matriz de pensamiento, cosa que la visión tradicional de las ciencias sociales

soslaya salvo en unas pocas excepciones. Y, en segundo lugar, porque en esa época, recién llegado a Harvard, mi inglés carecía de la sutileza necesaria como para dar una contundente respuesta a mi interlocutor, lo cual me obligó a un doble esfuerzo. Pero lo hice.[9]

Como lo dije anteriormente, mi llegada a México me instaló en otra polémica acerca de la caracterización de las dictaduras, aunque no por eso abandoné mi vocación de salir a disputar el terreno con Milton Friedman, Friedrich von Hayek y sus voceros en nuestros países. En correspondencia con las crecientes expectativas que planteaba un eventual retorno a la democracia en América Latina y con el ánimo de combatir las ilusiones que despertaba la posibilidad de fundar una genuina democracia en el marco del capitalismo, me fui involucrando en un áspero debate sobre el legado gramsciano. Para esa época México era receptor de un aluvión de académicos europeos –principalmente italianos, españoles y franceses– portadores de una nueva interpretación según la cual Gramsci aparecía como el mentor intelectual de la fallida política del "compromiso histórico" entre el Partido Comunista Italiano (PCI) y la Democracia Cristiana y, peor aún, como una suerte de profeta de lo que luego se conocería como el Pacto de la Moncloa en España, pacto que, siempre me pareció no había sido otra cosa que la vergonzante capitulación ante el franquismo por parte de los principales partidos políticos españoles. La mejor réplica de ese pacto en nuestras tierras, producida en Chile, no arrojó mejores resultados como lo demuestra el triunfo de Sebastián Piñera en las recientes elecciones.[10]

---

9. En su carta en la que me comunicaba que había recibido el grado de Ph.D., el por entonces director del Departamento de Gobierno de Harvard, Harvey Mansfield, se congratulaba de la alta calidad de los estudios en esa universidad porque mi tesis reunía los máximos estándares de calidad que Harvard exigía para conceder sus doctorados ¡a pesar de las limitaciones derivadas de un marco teórico inapropiado (el marxismo)!

10. En esos años me enfrasqué en una áspera polémica con los cultores de la "transitología", que en los años inmediatamente posteriores a la caída o, siendo más precisos, las "salidas programadas" de las dictaduras instauraron un canon inapelable que veía a la transición democrática desde una perspectiva teleológica en donde luego de una inicial fase de indefinición política debido a la resistencia de los partidarios del orden autoritario la consolidación de la democracia sería un desenlace tan inevitable como el día que sigue a la noche. Critiqué duramente esas interpretaciones que veían a la democracia como un simple algoritmo político totalmente independizado de la lucha de clases y del imperialismo, y admitiendo sin decirlo que no había incompatibilidad alguna entre capitalismo y democracia sino que, por el contrario, esta podía crecer y profundizarse ilimitadamente dentro de los marcos de aquel, aún en el

En otras palabras, prevalecía casi sin contrapesos la visión de un Gramsci irreductiblemente anti-leninista (pese a que en el pasado algunos de quienes ahora sostenían esa interpretación lo habían considerado un aventajado discípulo de Lenin), teórico de una concepción *light* (o descafeinada) de la hegemonía que se independizaba por completo de la lucha de clases y la contradicción entre trabajo asalariado y capital y se remontaba, irresistiblemente, hacia el plano celestial del discurso y los juegos de lenguaje. Yo percibía que esta interpretación, ya no socialdemócrata sino simplemente liberal de Gramsci, más pronto que tarde remataría en una rendición incondicional ante la ideología burguesa, en una secuencia según la cual primero se despojaba a los análisis del fundador del PCI de toda referencia a la vida material y la lucha de clases; luego se construía una noción de hegemonía como un significante vacío o flotante; más tarde se fetichizaba a la mal llamada democracia burguesa llamándola democracia a secas –es decir, sin su matriz clasista de dominación– y finalmente se imponía la resignación y se admitía –aunque sin afirmarlo explícitamente– que el capitalismo era el fin de la historia y la democracia liberal representativa la culminación del desarrollo democrático. Es decir, se partía de una relectura social-liberal de Gramsci y se terminaba en brazos de Francis Fukuyama. Por supuesto, me opuse tajantemente a tamaña tergiversación del riquísimo legado gramsciano, lo que me granjeó no pocas enemistades y "problemas" laborales, porque los apóstoles de la nueva democracia, el pluralismo y la tolerancia no suelen practicar esos principios a la hora de participar en un debate político o de ejercer el poder en algún instituto universitario. Algunas de mis intervenciones en contra de esas nefastas lecturas de Gramsci, que desarmaron ideológicamente a los movimientos populares en

caso de los países de la periferia capitalista. A partir de mis concepciones teóricas siempre sostuve que el "caso chileno", expuesto *ad nauseam* como la réplica más feliz de la "exitosa" transición española, era una farsa y que estaríamos "transitando" por décadas sin avanzar un centímetro porque el capitalismo y la democracia se repelen mutuamente. Por sostener estas tesis fui acerbamente criticado y marginado de muchos seminarios y conferencias, pero seguí firme en mi postura. Al cabo de unos años la frustración de los avances democráticos en América Latina, un continente que en democracia se hizo cada vez más desigual e injusto, y el desastroso e irreparable derrumbe del "modelo chileno" sentenció que la razón estaba de mi lado. Hace ya unos cuantos años que los cultores de la "transitología", impulsada con tanta fuerza por la academia norteamericana en las décadas de 1980 y 1990, se llamaron a prudente silencio.

momentos en que se producía la redemocratización de América Latina, fueron recogidas en diversas revistas; y una explícitamente dedicada a la distorsión que el pensamiento gramsciano sufría en la obra de Ernesto Laclau fue incorporada como uno de los capítulos de mi *Tras el Búho de Minerva.*

El común denominador de estos visitantes, cuyos acólitos en México eran muy numerosos (entre mexicanos y exiliados latinoamericanos por igual) era la interminable prédica sobre la "crisis del marxismo". Mi fastidio aumentaba proporcionalmente con la constatación de que un número creciente de estos apocalípticos profetas de la crisis del marxismo habían sido, años atrás, dogmáticos adherentes a esa teoría. Un ejemplo muy claro entre tantos otros lo constituye Manuel Castells, que cuando en 1968 llegó a Santiago de Chile para incorporarse a FLACSO dejó un verdadero tendal de proyectos de tesis de maestría por el camino porque ninguno era lo "suficientemente marxista" para colmar los peculiares criterios establecidos por su marxismo *ad usum* Althusser. A la vuelta de los años lo encontraría entre la legión de "ex marxistas" que entonaba los himnos fúnebres de la teoría en cuyo nombre había acerbamente criticado tantos proyectos de tesis. No era el único, por supuesto, que había dado ese *tour de force*, pero la enumeración aún incompleta de los que experimentaron esa metamorfosis ideológica se extendería demasiadas páginas y además son historias conocidas por casi todos. En tiempos de crisis como estos los renegados proliferan, sobre todo entre aquellos que en el pasado habían hecho del marxismo un dogma. Mi indignación, además, llegaba casi al paroxismo cuando leía a autores que, en un gesto que parecía francamente una broma de mal gusto, proponían superar la pesada herencia teórica supuestamente dejada por el marxismo apelando a las sabias elaboraciones de un prominente miembro del sistema judicial de la Alemania hitlerista y activo militante de sus organizaciones como Carl Schmitt.[11] Todo esto me llevaba a plantearme dos series de

11. Hay que consignar que, a diferencia de otros, Schmitt jamás se arrepintió por su participación en el régimen Nazi y se negó sistemáticamente a cumplir con las exigencias de la "desnazificación" impuestas en la República Federal Alemana a la salida de la Segunda Guerra Mundial. Murió siendo racista, antisemista y partidario del despotismo político. A un personaje con esas ideas acudieron Giacomo Marramao y Chantal Mouffe, entre tantos otros, ¡para "superar" la crisis del marxismo! Con razón Umberto Cerroni

argumentos: uno, que la relación entre el marxismo y la Unión Soviética (y su inglorioso) final, no era distinta a la que existía entre el cristianismo y el régimen nazi o entre el liberalismo de John Stuart Mill y el gobierno de Ronald Reagan. Así como los horrores del hitlerismo y su violento derrumbe no significaban la obsolescencia del mensaje contenido en el Sermón de la Montaña, la implosión de la URSS mal podía ser concebida como una refutación histórica y definitiva del valor de la teoría de Marx para explicar la estructura y dinámica de la sociedad burguesa. Solo a causa de mucha superficialidad en el análisis, o de mucha mala fe, podía establecerse una conexión de ese tipo. Por otra parte, pensaba, si para resolver los problemas del marxismo había que recurrir a un teórico del nazismo como Schmitt, o algún otro pensador de la derecha, entonces sí el marxismo estaba definitivamente muerto. Afortunadamente para esta teoría (y para mi equilibrio emocional) esta última hipótesis demostró ser absolutamente falsa.

Los tumultuosos comienzos del nuevo siglo fueron inclinándome a estudiar más detenidamente la problemática, resurgida como el ave Fénix, del imperialismo y de las relaciones de poder internacionales.

Las razones detrás de su resurrección son bien claras y ahorran demasiados argumentos: en los Estados Unidos había cobrado fuerza, desde la implosión de la Unión Soviética, una corriente teórica que por fin había asumido el carácter imperial de ese país. Lo que antes era desechado como una crítica, a veces arcaica, de una izquierda sectaria y refractaria ante los evidentes cambios económicos que a lo largo del siglo XX había experimentado el capitalismo, aparecía al promediar la década de 1990 como una reafirmación, ahora positiva, de la responsabilidad de los Estados Unidos como nuevo "pueblo elegido por Dios" para sembrar la libertad, la justicia y la democracia en el mundo. Representativos pensadores de la "nueva derecha" norteamericana, desde Robert Kagan hasta Samuel P. Huntington, pasando por Zbigniew Brzezinski, Charles Krauthamer y el grupo reunido en torno al tanque de pensamiento denominado "Nuevo siglo americano" reconocían ahora el carácter

se refirió a este tipo de intelectuales como "saltimbanquis de la política". Ver sobre este tema el trabajo en coautoría con Sabrina González, "¿Al rescate del enemigo? Carl Schmitt y los debates contemporáneos de la teoría del Estado y la democracia" incluido en esta antología.

imperialista de los Estados Unidos, solo que al igual que ocurriera durante la Inglaterra en tiempos de la reina Victoria, el imperialismo era asumido como una impostergable obligación moral y civilizatoria, la "responsabilidad del hombre blanco", encarnada ahora en la grotesca y sangrienta figura de George W. Bush.

No hace falta insistir demasiado en el enorme impacto que esta reformulación tuvo sobre el medio académico norteamericano y, por extensión, mundial. Pero lo que ciertamente me movió a estudiar cuidadosamente el asunto fue la aparición del libro de Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire* (2000). En este caso se trataba de dos autores de conocido linaje socialista que, sorprendentemente, asumían en lo esencial los argumentos de la "nueva derecha" y de los teóricos de la globalización. Añadían, eso sí, un argumento fideísta: aparecía en su teorización una vaporosa "multitud" que, tarde o temprano acabaría con el imperio aunque sin que se nos dijera cómo o por qué, sobre todo después de repudiar con soberbia toda cuestión relacionada con la organización del campo popular, la necesidad de formular adecuadas estrategias y tácticas para librar la lucha de clases y la necesidad de preservar la dialéctica como el marco epistemológico crítico indispensable para enfrentar, ya en el terreno de las ideas, el dominio del capital.

El libro de marras despertó en mí una mezcla de estupor, furia e indignación: lo primero, porque la trayectoria de Negri como un profundo pensador marxista autorizaban a esperar de una obra de esa envergadura y sobre esa temática un análisis penetrante del capitalismo en su fase actual, cuando el imperialismo se ha vuelto más agresivo que nunca antes. Furia, porque la tesis central del libro, "un imperio sin imperialismo" me pareció (y parece todavía) insanablemente reaccionaria y desmovilizadora, un obsequio exquisito para la clase dominante imperial para seguir engañando a las masas. Indignación, finalmente, porque en su libro ignoran por completo las significativas contribuciones que para el estudio del imperialismo fueron hechas por pensadores, intelectuales y políticos del Tercer Mundo, como lo hice notar en un pequeño libro que publiqué como respuesta: *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*. En ese sentido, *Imperio* es un libro que refleja la menopausia intelectual de gran parte del mundo académico

europeo y norteamericano y su deriva reaccionaria, más allá de que su retórica y el léxico utilizado en sus textos remiten en la superficie –pero tan solo en la superficie– a un argumento supuestamente radical. Además, si hay algo que largos años de exposición a las contribuciones de europeos y norteamericanos ha logrado irritarme hasta límites que asombran a quienes saben de mi templanza y, por suerte, de mi buen humor, es la insoportable arrogancia del "eurocentrismo" o, en este caso, el "atlantismo". Sobre todo cuando, en este caso, esto significa un llamado a deponer las armas en la "batalla de ideas" y desmoralizar a los pueblos que luchan por su emancipación. Como lo digo en mi libro, por algo habrá sido que para celebrar la aparición de esta obra la edición dominical del *New York Times* le dedicó la portada y dos páginas de su suplemento cultural. Esto demuestra irrefutablemente de qué lado se encuentran aquellos dos sembradores de confusiones y pesimismo en la lucha de clases internacional. A Noam Chomsky, en cambio, el *New York Times* en cincuenta años jamás le publicó siquiera una carta de lectores. ¿Hace falta algún argumento más? Por suerte, el entusiasmo por la obra de Hardt y Negri, que tanto daño hizo en un par de ediciones del Foro Social Mundial y que mucho impresionó a algunos dirigentes de izquierda, se ha extinguido casi por completo (Boron y Vlahusic, 2009).[12]

Fidel: marxismo teórico y marxismo práctico

Mal podría terminar estas páginas sin una referencia a Fidel y el pensamiento marxista latinoamericano, principalmente Mariátegui y el Che Guevara. Quisiera comenzar diciendo que en mis años formativos el marxismo latinoamericano era casi por completo ignorado, aún por los propios marxistas, excesivamente influenciados muchos de ellos por el marxismo soviético y sus deplorables manuales; u obsesionados con el stalinismo, como los trotskistas, lo que les impedía apreciar lo que se

12. Una suerte de segunda versión de esta crítica a las teorizaciones de Hardt y Negri se encuentra en el libro escrito conjuntamente con Andrea Vlahusic (2009). Allí se demuestra, en base a una amplia serie de datos concretos, el carácter norteamericano del imperio que aquellos autores consideran como un pacto global, desnacionalizado y desterritorializado de dominación.

producía más allá o más acá de Moscú. El resultado era el mismo: aportes cruciales como el de Mariátegui –sobre el "etapismo" de los manuales soviéticos, la debilidad de las burguesías nacionales, la crucial importancia de los pueblos originarios en muchos países de la región– fueron mayormente soslayados hasta mediados de la década de 1980 (Boron, 2009c). La obra de Guevara, en cambio, circuló mucho más, pero ella misma no estaba exenta de sospechas y no resultaba sencillo acceder a sus distintos discursos e intervenciones políticas.

Afortunadamente, esta situación cambió radicalmente. Pero cuando iniciaba mi lento y empinado camino hacia Marx tales aportaciones eran poco valoradas. La izquierda oficial era insanablemente "eurocéntrica" y pensaba que lo único que valía la pena discutir era la producción intelectual europea. Para el enrarecido mundillo académico ni Mariátegui ni el Che podían aspirar a ocupar un lugar legítimo en el debate universitario. De modo que, atrapado por estas tenazas, mi ruta comenzó por una lectura muy cuidadosa de los textos fundadores de Marx y Engels: *El Manifiesto Comunista*, *Los Manuscritos*, *La Ideología Alemana*, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, *La Guerra Civil en Francia*, *El Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* y los estupendos textos políticos y de coyuntura que Marx y Engels escribieron a lo largo de tantos años. Luego le llegaría el turno a *El Capital* y los *Grundrisse*, especialmente sus segmentos epistemológicos donde Marx exponía luminosamente su método de investigación y las diferencias entre este y el método de exposición. Es decir, una ruta clásica que solo tardíamente se abriría al estudio de aquellos autores que en un incisivo texto Perry Anderson llamaría "el marxismo occidental". El paso siguiente, dado con toda resolución durante mis años en Chile, fue el estudio de Lenin y Gramsci, facilitado en el caso de este último por el hecho de poder leer sin ninguna dificultad sus originales en lengua italiana que, gracias a contactos familiares, me hice enviar ni bien advertí algunos problemas en las diversas traducciones al español que llegaban a mis manos. Desde ese momento me propuse tratar de leer a los clásicos en sus idiomas originales: inclusive, ya en México, llegué a tomar clases de alemán para poder leer las obras del marxismo clásico en su propia lengua. Avancé lo suficiente como para poder acceder a algunos artículos de Marx que no habían sido

traducidos en esa época. Recuerdo la enorme satisfacción cuando pude, con mucho esfuerzo, traducir "El Rey de Prusia y la Reforma Social. Por un prusiano", un brillante texto poco conocido de Marx.

Con la lectura de los principales textos de Lenin y Gramsci el marxismo ya me pareció un sistema teórico sumamente elaborado y con un grado de complejidad que permitía captar las sinuosidades del capitalismo contemporáneo, comprender su lógica de funcionamiento y, sobre esa base, colaborar en la construcción de una alternativa superadora del marasmo en que nos hallábamos. En otras palabras, honrar el mandato de Marx en la Tesis Onceava sobre Feuerbach. Y que desmentía, rotundamente, las acusaciones de la derecha y de las ciencias sociales convencionales acerca del supuesto simplismo y determinismo de esa tradición teórica. Cuando, también en México comencé con Hugo Zemelman un proyecto de revisión teórica centrado no ya en Marx, Engels, Lenin o Gramsci sino en otras figuras del universo marxista, como Rosa Luxemburg, León Trotsky, Karl Kautsky, Nicolai Bujarin, Gyorg Lùkacs, Karl Korch, Ernst Bloch y otros la impresión anterior se reforzó considerablemente: estábamos ante un imponente edificio teórico, inacabado, por supuesto, porque el marxismo es una empresa teórico-práctica en permanente construcción, pero incomparablemente superior y de mayor capacidad heurística que cualquiera de las teorizaciones y las modas intelectuales que proliferaban en el enrarecido clima de las aulas universitarias. Pero, obviamente, era un pensamiento muy corrosivo que una academia, cada vez más domesticada por los gobiernos y el Banco Mundial, difícilmente trataría de estimular (Boron, 2008a).

Pero había algo que le faltaba a esta formación, y era lo que iría a surgir de la influencia que Fidel y la Revolución Cubana ejercerían sobre buena parte de nuestra generación (Boron, 2009b). Mi contacto con Fidel comenzó durante su visita a Chile, a finales de 1971. Inmerso en una multitud fascinada por la claridad y la elocuencia de sus discursos pude escuchar en numerosas ocasiones de su propia voz sus vibrantes alegatos, en los cuales insistía una y otra vez en la naturaleza dialéctica de las revoluciones que, contrariamente a una opinión muy difundida en esa época (y todavía hoy, lamentablemente) no eran eventos o acontecimientos que comenzaban en un día y a una hora determinada sino

procesos que iban madurando en el seno de una sociedad como producto de sus contradicciones, de los avances y las conquistas populares y como respuesta a la reacción de las clases dominantes y el imperialismo. En esos procesos, decía Fidel, se imponía fortalecer la unidad más amplia posible del campo popular y de las fuerzas revolucionarias; aprender lo más rápidamente posible –más rápido que las clases dominantes– las enseñanzas que iba dejando la historia de la lucha de clases; y desarrollar la conciencia política de las clases y capas subalternas. Por eso, repetía, la revolución cubana solo se convierte en tal recién después de la derrota infligida al imperialismo en Playa Girón, el 16 de abril de 1961. "Hasta ese día", decía a los estudiantes de la Universidad de Concepción durante su visita a Chile, "todavía no era una revolución socialista (…) era un avance, pero no una revolución socialista". Por supuesto, en ese marco las posibilidades de entablar un diálogo personal con Fidel eran nulas; pero solo el escucharlo y verlo, quedando atrapado de su discurso, era una experiencia extraordinariamente enriquecedora. Las chances de un contacto personal tampoco fueron mejores en el caso de su discurso de despedida en el atiborrado Estadio Nacional de Santiago, el 2 de diciembre de 1971, en donde reiteró las grandes líneas de su interpretación sobre el proceso chileno. Aún retumban en mis oídos aquellas palabras, sin dudas inspiradas en Lenin: "no hay nada que enseñe a los pueblos tanto como un proceso revolucionario. Todo proceso revolucionario enseña a los pueblos en unos meses lo que a veces dura decenas de años en aprender". Pero advertía a quienes abonaban una interpretación lineal de la crisis pensando que esta necesariamente se resolvería a favor del campo popular: "Hay una cuestión: ¿quién aprende más y más pronto, quién tomará más conciencia y más pronto: los explotadores o los explotados (…) el pueblo o los enemigos del pueblo?".

Sin poder entablar un diálogo directo con él, los discursos de Fidel durante su maratónica visita a Chile fueron un nutriente decisivo en mi formación y la de toda una generación de marxistas latinoamericanos para quienes los manuales soviéticos y las fantasmagóricas construcciones del marxismo althusseriano –un aberrante marxismo sin sujetos ni historia– resultaban tan indigestas e inoperantes como fuera la *vulgata* socialdemócrata en los años de la Primera Guerra Mundial. Con

Fidel, en cambio, reaparecía un marxismo viviente, abierto y encarnado en protagonistas concretos: obreros, campesinos, mineros, mujeres, jóvenes, estudiantes y una amplia gama de trabajadores enfrentados a la oligarquía, la burguesía y el imperialismo. Y, sobre todo, un marxismo convertido en efectiva guía para la acción y las luchas emancipatorias de nuestros pueblos. En sus múltiples discursos, no solo en los pronunciados durante su visita a Chile sino en todos ellos, desde su célebre alegato en el Juicio del Moncada, la buena sociología y el análisis económico marxista desplazó a los manuales y la mala filosofía, abriendo así el camino para una interpretación acertada de nuestras sociedades y ofreciendo una herramienta indispensable para su efectiva transformación (Boron, 2005, incluido en esta antología).

No exagero un ápice si digo que desde ese momento (1971) mi visión y mi interpretación del marxismo cambió definitivamente, dejando atrás los inevitables (para un joven estudiante) *divertimentos* del ámbito académico abstraído en los meandros seudofilosóficos del estructuralismo y, después, del posestructuralismo, el "giro lingüístico" y la nebulosa posmoderna, enfrentándome bruscamente ante la realidad de un corpus teórico que era, a la vez, la guía ideológica de un genuino proceso revolucionario, como el cubano, y también ante la necesidad de estudiar la proteica anatomía de la sociedad civil a la que tantas veces aludiera Marx; en nuestro caso, la anatomía del capitalismo latinoamericano. Ambas cosas, a su vez, demostraban el indisoluble nexo entre teoría y práctica; la fecundidad que la segunda otorgaba a la primera y la esterilidad de toda reflexión teórica desvinculada del quehacer práctico.[13]

Mi acercamiento ya señalado a Lenin y Gramsci fue decisivamente impulsado por los discursos pronunciados por el Comandante en su gira por Chile y, a consecuencia de eso, por mi exploración sistemática de sus discursos y escritos antes y después de esa visita. También, por la gesta del Che en Bolivia y el conocimiento de su *Diario* y la recuperación de su

13. ¿Qué mejor radiografía del capitalismo latinoamericano que la *Segunda Declaración de La Habana*? Compáresela con los análisis alternativos ofrecidos en el campo de las ciencias sociales y se comprobará la indiscutible superioridad de la primera por encima de los esquematismos del estructural funcionalismo de aquellos tiempos o el economicismo desarrollista de la CEPAL, para no citar sino las dos principales usinas teóricas de América Latina en esos años.

mensaje a la Tricontinental, su notable intervención en la Conferencia de Punta del Este y, por cierto, su *El socialismo y el hombre en Cuba*. En fechas recientes se ha publicado un libro conteniendo las glosas críticas de Guevara (2006) al *Manual de Economía de la Academia de Ciencias de la URSS*, en donde el guerrillero heroico demuestra, una vez más, ser un analista excepcionalmente perceptivo y lúcido, que anticipó treinta años el derrumbe de la Unión Soviética. En relación a Lenin debo decir que durante gran parte del siglo XX fue considerado, en el mejor de los casos, como un genial revolucionario y un gran tacticista, pero un escritor de "panfletos" de batalla como *El Estado y la Revolución* o *El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo* que poco o nada agregaban al *corpus* de la teoría marxista. Esta era la interpretación canónica que surgía del marxismo italiano y, en general, europeo, cuya influencia era fuertemente sentida en América Latina, tributo a nuestro acendrada colonialidad que nos postra indefensos ante cualquier tontería escrita en buen inglés o francés. Gramsci, a su vez, era caracterizado como un pensador sospechoso de estar mortalmente contaminado por una variedad italiana del idealismo hegeliano, enfermedad que habría adquirido a través de la influencia difusa pero penetrante que Benedetto Croce, el gran organizador de la cultura burguesa de ese país a comienzos del siglo XX, ejerció sobre todo el campo intelectual italiano. Pero la encendida y proteica prosa de Fidel pudo más que aquellos prejuicios y me impulsó inexorablemente a estudiar la obra del revolucionario ruso y comprobar que en su "análisis concreto de la realidad concreta" (la Rusia de su tiempo), Lenin combinaba magistralmente el análisis económico marxista, el estudio de las condiciones sociales, la gravitación de los factores internacionales con una rarísima capacidad para "leer" con una precisión notable, y con una no menos envidiable anticipación, los rápidos movimientos de la coyuntura política. Bastó que me enfrascase en la lectura de los textos leninistas para caer en la cuenta de que Fidel era el Lenin latinoamericano, reforzada esta conclusión con la insistencia en que ambos señalaban que "el marxismo no es un dogma sino una guía para la acción".

Pero, como decía más arriba, la influencia intelectual de Fidel me estimuló para transitar también por otro camino: Gramsci. Si Lenin era

el teórico de una revolución triunfante, la primera que en el plano nacional convertía al proletariado en clase dominante luego del fugaz y heroico ensayo parisino de la Comuna, Gramsci era el punto más alto de una reflexión marxista desde la derrota. La hacía, además, sin caer en el derrotismo y sin que aquella lo precipitara a una indecorosa capitulación o le indujera a pasarse al bando contrario como ocurriría con tantos intelectuales desilusionados o arrepentidos luego de la implosión de la Unión Soviética a comienzos de la década de 1990. En efecto, Gramsci aportaba herramientas intelectuales para ayudar a descifrar algunos de los más acuciantes interrogantes de Fidel: ¿quién aprenderá más rápido de las crisis?, ¿cuál es el nivel de la conciencia posible de las clases y capas subalternas en un momento dado de su desarrollo histórico? El tema de la hegemonía, central en la construcción teórica gramsciana, reaparecía en nuestra región gracias a Fidel como un dato fundamental para intentar explicar por qué en el continente más injusto del planeta la Revolución Cubana seguía debatiéndose heroicamente en soledad. Es más, años más tarde pude descubrir que la convocatoria del Comandante a librar con todas nuestras fuerzas la "batalla de ideas", anticipada con excepcional clarividencia por José Martí, era la creativa y original maduración de las preocupaciones gramscianas en el suelo de Nuestra América.

Los discursos de Fidel, pronunciados tanto en Cuba como afuera, así como las decisivas intervenciones públicas del Che Guevara y la lectura de Mariátegui se convirtieron desde ese momento en un alimento indispensable, un cable a tierra permanente para controlar cualquier tentativa de fuga hacia la moda intelectual de la época que, lamentablemente, tiempo después se convertiría en la antesala de una vergonzosa estampida de sus principales exponentes hacia el nihilismo posmoderno y el neoliberalismo. Los nombres de estos ex marxistas que en su deplorable *aggiornamiento* se pasaron –consciente o inconscientemente– a las filas del enemigo son de sobras conocidos como para insistir sobre el tema en esta ocasión.

Estos fueron los hitos principales de mi largo camino hacia Marx. Creo no exagerar si digo que, como en muchos otros casos, el mío presenta ciertas particularidades que revelan lo trabajoso que ha sido ese

tránsito. Lo que hubo fue un paulatino descubrimiento del marxismo, una lenta pero irreversible apropiación de un excepcional legado teórico que no heredé gratuitamente como muchos de los que luego se desprendieron alegremente de él sino que lo fui atesorando, paso a paso, como un arma imprescindible para poder cumplir ese sueño de justicia y democracia que anidaba en mi pecho desde mi niñez. Pero fue un marxismo mediatizado, en mi apropiación personal de esa teoría, por las luchas sociales que caracterizaron a Nuestra América a lo largo de toda mi vida. Mi llegada a Marx es impensable, y hubiera sido imposible de haber nacido en Suiza o Luxemburgo. Fue la brutal realidad de la explotación y la opresión capitalistas que comencé a conocer desde niño la que me impulsó irreversiblemente hacia él. Por eso mi defensa del marxismo no tiene fisuras, como tampoco la tiene mi defensa de la Revolución Cubana, que marcó decisivamente mi conciencia política y que sigue siendo ese faro irreemplazable de cuanto proceso de emancipación social, económica y política tiene lugar en los más apartados rincones del planeta.

Sé que mi generación cumplió un papel muy especial. Nos tocó una época muy singular, como pocas veces se vio en la historia, y las respuestas que se ensayaron no todas fueron las correctas. Pero, más allá de nuestros errores, creo que a las mujeres y hombres de esa generación nos movía poderosamente un impulso utópico que es preciso valorar y cultivar y que hoy, inmersos en el decadentismo de un capitalismo ya desahuciado y corroído por la exaltación del egoísmo, el inmediatismo y la inescrupulosidad hecha sistema, aquella búsqueda afiebrada de la utopía hace más falta ahora que nunca. No hay nostalgia alguna en todo esto, porque junto con heroicas tentativas y vidas puestas al servicio de una noble causa el número de "herejes y renegados" de mi generación, para usar la expresión de Isaac Deutscher, es demasiado grande como para ignorar los problemas que nos abrumaron y las frustraciones que sufrimos (Boron, 2019). Si en los comienzos quienes manifestaban su adhesión al marxismo o a la izquierda en general parecían ser mayoritarios dentro del grupo que quería cambiar a nuestras sociedades, con el paso del tiempo muchos desertaron; otros debilitaron su impulso hasta tornar su acción completamente inefectiva, refugiándose, como

aquellos "marxistas occidentales" estudiados por Anderson, tras los estériles muros universitarios o cruzando lanzas en yermas rencillas escolásticas; muchos también fueron muertos o desaparecidos, y unos pocos hemos quedado en pie resguardando sus banderas históricas. Por un tiempo se nos dio por muertos, o fuimos motivo de burlas y escarnios. Se nos llamó dinosaurios que vanamente intentábamos sobrevivir en los nuevos y luminosos tiempos de la globalización neoliberal. Y no hay nostalgias, decía, porque sabemos que tenemos un relevo, que nuevos jóvenes vienen a ocupar nuestro lugar. Aquellas descalificaciones se esfumaron al calor de la nueva crisis general del capitalismo, en donde la tradición marxista y sus grandes exponentes en América Latina: Fidel, el Che, Mariátegui, y tantos otros vuelven a ocupar el centro de la escena. Tal vez fracasamos en nuestra apuesta revolucionaria de las décadas de 1960 y 1970, pero cuarenta años más tarde el socialismo reaparece una vez más como una alternativa al holocausto social y ecológico del capitalismo. En realidad, como la única alternativa, teniendo en cuenta, como lo hemos dicho en múltiples oportunidades, que este socialismo del siglo XXI se caracteriza por la originalidad de sus expresiones históricas y por la inexistencia de un "modelo" a imitar. Lo dijo Simón Rodríguez: "o inventamos o erramos", y lo ratificó Fidel: "cada vez que copiamos nos fue mal (Boron, 2008b)". En este tiempo, y derrotado el ALCA en el 2005, los pueblos de Nuestra América están "inventando": en Cuba, en Venezuela, en Bolivia, en Nicaragua, en Ecuador, en Paraguay, a su modo en Brasil, Argentina y Uruguay. Por doquier están velando las armas para una nueva ofensiva política, cultural y social. ¿No será que, por una de esas astucias de la historia, que tanto le atraían a Hegel, nuestra hora haya llegado precisamente ahora?

Bibliografia

Boron, A. (1975). Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile. *Foro Internacional*, 16(1), 64-121, Chile.

Boron, A. (1976). Formación y Crisis del Estado Oligárquico-Liberal en la Argentina: 1880-1930. [Tesis doctoral presentada a y aprobada por la Universidad de Harvard].

Boron, A. (1977). El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, XXXIX(2), 481-528.

Boron, A. (2003, 5ta. edición corregida y aumentada). [1997]. *Estado, capitalismo y democracia en América Latina,* (153-178). Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2000). *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo,* (103-132). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Boron, A. (2002). *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri.* Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2005). Presentación a Fidel Castro en *La historia me absolverá*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Boron, A. (2006). The truth about capitalist democracy en C. Leys y L. Panitch (Comp.). *Socialist Register 2006: Telling the truth.* Londres: Merlin Press.

Boron, A. (2008a). *Consolidando la explotación. La academia y el Banco Mundial contra el pensamiento crítico.* Córdoba: Espartaco.

Boron, A. (2008b). *Socialismo Siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Boron, A. (2009a). *Aristóteles en Macondo. Notas sobre el fetichismo democrático en América Latina.* Córdoba: Espartaco.

Boron, A. (2009b). *Crisis civilizatoria y agonía del capitalismo. Diálogos con Fidel Castro.* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Boron, A. (2009c). Prólogo en J. C. Mariátegui. *7 Ensayos de Interpretación de la realidad peruana*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Boron, A. (2019). *El Hechicero de la Tribu. Mario Vargas Llosa y el liberalismo en América Latina*. Madrid, México, Buenos Aires: Akal.

Boron, A. y Vlahusic, A. (2009). *El lado oscuro del imperio. La violación de los derechos humanos por los Estados Unidos.* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Guevara, E. (Che). (2006). *Apuntes críticos a la economía política:* La Habana: Ciencias Sociales.

Hardt, M. y Negri, A. (2000). *Empire.* Cambridge, Mass.: Harvard University Press. Traducción al español de Alcira Bixio: (2002). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.

Clases populares y política de cambio en América Latina*

Estamos aproximándonos a los tramos finales de la década del desarrollo y las tímidas metas propuestas en Punta del Este en 1960 distan aún mucho de ser alcanzadas. En el ámbito latinoamericano resuenan voces pesimistas, y no sin fundamento: la tasa de crecimiento del Producto Bruto Interno (PBI) por habitante se mantuvo durante las dos décadas de la posguerra sin superar el 3,2 registrado para el período 1945-1950 pese al sensible incremento en el volumen físico de las exportaciones latinoamericanas, lo que señala la persistencia y agravamiento de una relación de intercambio desfavorable a los países de la región. La distribución del ingreso no muestra signos alentadores que permitan suponer la existencia de un programa redistributivo en marcha; las oportunidades de empleo crean perspectivas "francamente abismantes", según la opinión de Osvaldo Sunkel (1967a), tesis compartida por Celso Furtado quien observa que mientras la tasa de crecimiento del producto industrial alcanzó el 6,2% en la década de 1950, la ocupación industrial se comprimió a una tasa del 1.6% (Furtado, 1966, p. 19). La introducción de una tecnología relativamente avanzada aumenta la relación producto-mano de obra, lo que agrava considerablemente los problemas del empleo y desempleo renovados anualmente con la incorporación al mercado de trabajo

* Boron, A. (1969). Estudios de la Escuela Latinoamericana de Ciencia Política y Administración Pública. Cuaderno 4. Trabajo que fuera preparado para la comisión que examinaba las perspectivas de "América Latina en el año 2000", VII° Congreso de la Sociedad Interamericana de Planificación (Lima, octubre de 1968).

–sobre todo en los sectores menos productivos y dinámicos– de más de dos millones de personas (Lederman, 1967). Signos de estancamiento se advierten en otros sectores: la vulnerabilidad externa de las economías de la región, lejos de reducirse, se agudiza cada vez más en sus múltiples dimensiones: estructura de las exportaciones e importaciones, destino y origen de las mismas, precios internacionales, financiamiento externo, inversiones extranjeras, etcétera.

Este panorama de estancamiento económico, al que se le agrega la crisis política que ha llegado a afectar inclusive a los países caracterizados hasta poco tiempo atrás por su estabilidad, y el deterioro generalizado que en términos relativos ha sufrido América Latina, ha llevado a muchos estudiosos a detectar en la situación de dependencia de las naciones latinoamericanas, en su carácter de áreas periféricas subordinadas a los movimientos de un centro hegemónico, la razón principal de su situación actual. De ahí la importancia que han asumido los estudios sobre la dependencia, y la aparición de numerosos trabajos sobre dicha materia que arrojan luz a los problemas del subdesarrollo latinoamericano, sobre todo en sus aspectos económicos. El objetivo de nuestro trabajo apunta básicamente en el sentido de intentar una caracterización de los aspectos políticos de la situación de dependencia, la estabilidad o inestabilidad de sus modelos de organización política y delinear en grandes rasgos el tipo de régimen político necesario para superar tal situación. No es nuestra ambición considerar todas las variables, conceptos y categorías que pudieran incluirse si quisiéramos presentar un trabajo acabado sobre el tema. Solo tomaremos en cuenta algunas especialmente relevantes para establecer la vinculación entre regímenes políticos, sistema de estratificación internacional y situación de dependencia. Creemos que toda disgregación sobre las perspectivas políticas de América Latina debe contemplar necesariamente el problema central de la región; cualquier intento de caracterizar el futuro de la política latinoamericana al margen de la situación de dependencia y la ubicación de sus países en la estratificación internacional carece de validez histórica y se revela insuficiente para rescatar la especialidad de la situación latinoamericana.

Notas para una caracterización del proceso de Cambio Social en Latinoamérica

La política de los países de la región no ha sido objeto de numerosas investigaciones, pese a lo cual es fácil percatarse de la cantidad de elaboraciones teóricas que se han aplicado para intentar su explicación y predicción. Como es de esperar, los resultados no son muy satisfactorios, pudiendo señalarse la existencia de vacíos y deformaciones conceptuales demasiado pronunciadas, el uso rígido y mecánico de categorías y teorías elaboradas a partir de contextos distintos, y la casi inexistencia de investigaciones empíricas en el campo de la política que faciliten, en la medida en que la investigación puede hacerlo, la tarea de construir una teoría de la política (o políticas) latinoamericana edificada sobre los problemas reales y propios de la región. No se trata aquí de extender el ámbito de teorías elaboradas para explicar otras situaciones, práctica que lamentablemente goza de envidiable popularidad entre los cientistas sociales, sino desarrollar un conjunto de hipótesis tendientes a explicar la naturaleza de los procesos políticos del área, hipótesis condicionadas por la selección de un núcleo de categorías básicas significativas y relevantes en términos de las particularidades de la política del continente. No queremos entrar en los detalles pertinentes a la elección de esas categorías ni a la estrategia concreta de construcción de teoría y el rol de la investigación en esta tarea. Tan solo pretendemos llamar la atención sobre el hecho, pues la orientación usual entre los cientistas sociales ha sido la de caracterizar los sistemas políticos de la región (y también sus estructuras sociales) como "retrasados" en su marcha a lo largo del proceso secular recorrido en el pasado por los países centrales. Aparte del supuesto fuertemente etnocéntrico que subyace a toda esa corriente de teorización, el contenido determinista, dogmático y unilineal es inaceptable para cualquier estudioso crítico y riguroso de los problemas del desarrollo latinoamericano. El contenido específico de esta línea de teorización consagra una "ideología del desarrollo", en la cual este sería el efecto necesario de la adopción de las instituciones

y estructuras que lo posibilitaron en los países hoy desarrollados.[1] No creemos que sea necesario detenernos a cuestionar la falacia de la "vía necesaria" al desarrollo. La experiencia histórica demuestra la fragilidad de la argumentación y la existencia de múltiples vías alternativas de desarrollo. Además, se olvida la posición que ocupan los países latinoamericanos en la estratificación internacional y el carácter de su vinculación con el centro hegemónico. ¿Pueden ser semejantes las estrategias de desarrollo de países que inician el proceso en contextos estructurales tan distintos? Bastaría recordar algunas características del proceso en los países centrales y contraponerlas a las notas particulares de América Latina para desechar cualquier intento de extensión indebida de la teoría del desarrollo social, económico y político de los países centrales. A título simplemente ilustrativo, mencionaríamos las siguientes:

a) *El contexto económico, social y político internacional.* Los países centrales nunca fueron subdesarrollados, ni se insertaron en relación de dependencia en el mercado internacional, adoptando un papel pasivo y subordinado. Por el contrario, fueron esos países quienes organizaron el mercado internacional de acuerdo a sus intereses y los que lo reglaron en términos de su hegemonía internacional. Bien distinta es la situación de América Latina, integrada al mercado en calidad de productora de materias primas y alimentos y consumidora de manufacturas, y cuyas posibilidades de desarrollo tenían y tienen aún un límite estructural determinado por su posición en el mercado internacional, aún en el caso de países relativamente privilegiados dentro de la región.

b) *Las características del proceso de movilización social.* La urbanización, la transferencia ocupacional, el acceso a la educación, la extensión de derechos políticos, civiles y sociales fueron procesos que se desenvolvieron a lo largo de varias centurias, en tanto que en América Latina ocurrieron en un plazo muchísimo más breve. Además, es bueno recordar que no solo hubo diferencias notorias con Europa en lo relativo a la velocidad de

1. Ver sobre esto el excelente trabajo de Fernando Henrique Cardoso (1968).

cada uno de estos subprocesos, sino que también se dieron discrepancias muy pronunciadas en la secuencia temporal entre ellos.[2]

c) *El sistema político de los países europeos contó con una eficiente válvula de escape:* la emigración de más de 60.000.000 de personas, la mayoría de ellos desocupados o personal sin calificación para tareas industriales, que se dispersaron en distintas áreas; en la región, sobre todo en Argentina y Brasil. América Latina no puede, por razones que escapan a nuestra posibilidad material tratar aquí, "exportar" sus desempleados y marginales, los que se acumulan en las ciudades principales (que en su mayoría carecen de actividad industrial significativa) y le asignan una particularidad más a su política y al proceso de formación de la clase obrera y su correspondiente partido político.

d) *El grado de desarrollo tecnológico* de la industrialización europea requería la utilización intensiva de mano de obra. En los países latinoamericanos, el sistema productivo fabril posee un grado de tecnología comparativamente más desarrollado que el contexto socioeconómico sobre el que se inserta. Ella, que no es la tecnología más reciente sino una relativamente moderna, es sustitutiva de mano de obra, y sus efectos inmediatos se registran en la escasa absorción de mano de obra del sector manufacturero en los países de la región. Las consecuencias no paran allí, pues desde el punto de vista de la formación de la clase obrera y de sus estructuras organizativas, los efectos de una masa creciente de desocupados que presionan sobre el mercado de trabajo tiende a reducir los salarios, debilitar el poder negociador de los sindicatos y obstaculizar el desarrollo de la conciencia de clase y su expresión política.

e) Una última nota distintiva de la industrialización europea no podría faltar en una enumeración que no pretende ser completa: *los países en cuestión hallaron en las colonias de Asia y África una fuente adicional para la financiación de su desarrollo,* y para sustentar su tendencia redistributiva del ingreso. En este sentido, la clase obrera de esos países también recibió

2. Ver Gino Germani (1962, pp. 200-208).

su parte en la empresa colonialista. América Latina no tiene imperios coloniales, pero tal como González Casanova (1963) lo ha sugerido, existe el colonialismo interno que permite en parte financiar el "desarrollo" de las regiones "modernas". Con todo, la analogía plantea agudamente el contraste entre los países europeos y los latinoamericanos: en el primer caso, el colonialismo es externo, integra a la clase obrera y le refuerza su poderío económico; en el segundo, es interno, fragmenta a las naciones y obstaculiza la organización y el desarrollo de la conciencia de la clase obrera y reduce el potencial de cambio derivado de la existencia de un poderoso partido "obrero".

Es evidente que este listado, necesariamente incompleto, a lo largo de algunas dimensiones del desarrollo histórico de los dos continentes, resalta el error de las teorizaciones sobre la vía unilineal y necesaria de desarrollo, siguiendo el modelo "occidental". Incluso cabría preguntarse con Romano Ruggiero acerca del significado del término occidental: ¿quiere decir que el mismo modelo se aplicó en Francia, Alemania, Canadá, Japón, Estados Unidos, Gran Bretaña y Suecia? Evidentemente que no (Ruggiero, 1964).

Consideraciones semejantes llevaron a algunos cientistas políticos americanos a la convicción de que los países latinoamericanos no podrían ser adecuadamente interpretados con las categorías surgidas de la experiencia europea, y propusieron la asimilación de la política de la región a las pautas explicativas empleadas para los países afroasiáticos (*non-western political process*). Nos llevaría mucho tiempo comentar con algún detalle esta nueva orientación que decididamente implica un retroceso en la tarea de la construcción de una teoría de la política latinoamericana puesto que las diferencias entre el proceso y las estructuras políticas de los países del área en relación a los europeos o Estados Unidos no autoriza a suponer su identidad con los de otras regiones (Martz, 1966).

Dimensiones para el Análisis de la Política Latinoamericana

Un intento de elaborar un modelo de análisis político para América Latina ha sido iniciado por Horacio Godoy y Carlos Fortin (1967) quienes sugieren la necesidad de caracterizar estructuralmente a la política de la región, haciendo referencia no solo a variables internas, sino también externas, ya que estas últimas son usualmente descartadas en los análisis sociológicos o políticos. Ellas serían: a) La integración nacional, o sea, la proporción de la población que tiene conciencia de la existencia de la nación como unidad política, y que reconoce a la comunidad nacional como la instancia adecuada para plantear y resolver los conflictos. Esa población estaría además incorporada al flujo de transacciones de todo tipo que se llevan a cabo en la arena nacional y manifiesta un *minimum* de lealtad hacia la comunidad política. b) Legitimidad del régimen político y del gobierno, esto es, el grado y la proporción de la población que acepta los rasgos más generales del sistema político: sus valores, normas, reglas de juego, estructuras de autoridad y el propio gobierno constituido de acuerdo a ellos. c) La diferenciación de la estructura social, entendida como el grado en que una sociedad ha superado el simple esquema dicotómico élite-masa. d) La participación política, esto es, la intensidad con que los distintos estratos y clases de una población se integran activamente en el proceso político y alcanzan a tener alguna influencia en las decisiones. e) La dependencia externa, entendida como el grado de autonomía que dispone un sistema político para adoptar decisiones sobre cuestiones centrales.

Estas variables no agotan las preguntas básicas que un observador pudiera plantearse sobre el continente. Más los propios autores indican que este análisis estructural solo adquiere real significado cuando se lo inserta en un modelo de desarrollo del tipo centro-periferia, tanto para describir y explicar el proceso interno de los países como sus relaciones con otros.

Teniendo en cuenta las indicaciones del párrafo anterior, y con el objeto de agregar nuevos elementos a la caracterización de la política latinoamericana, creemos conveniente introducir en este momento,

algunas elaboraciones en torno a la relación entre sistema político y desarrollo económico.

David Apter ha presentado en varios de sus escritos una tipología de regímenes políticos, clasificados según su capacidad para generar y absorber cambios. Distinguió tres tipos, con las siguientes características: el tipo "movilización", en el cual el énfasis del sistema político está puesto en la promoción acelerada de la revolución nacional y la lucha sistemática contra todos los factores del atraso y el subdesarrollo. El tipo "reconciliación" describe fundamentalmente la situación de los sistemas políticos preocupados por reforzar el compromiso entre distintos grupos sociales con semejante peso en la estructura social, descuidando el aspecto relacionado con la elaboración de políticas de transformación. El último tipo lo constituye la "autocracia modernizante" que moderniza lo tradicional sin cuestionar la estructura de poder (Apter, 1963). Esta tipología, con sus correspondientes hipótesis ha sido reelaborada por el sociólogo Jorge Graciarena (1967), refiriéndola especialmente a Latinoamérica (pp. 71-106).

Según Graciarena, los sistemas políticos pueden ser caracterizados en términos de dos orientaciones básicas: una *orientación hacia el desarrollo,* que concentra todos los recursos societales en la promoción del desarrollo social, económico y político de una nación, a través de una alteración radical de su régimen político que le posibilite la asunción de dicha empresa. Este tipo posee una alta potencialidad de desarrollo y el costo de mantenimiento del sistema político es sumamente bajo. La segunda es la *orientación hacia el compromiso,* cuyos esfuerzos apuntan a la manutención y la estabilidad del régimen político, constituyendo sus autoridades tan solo el punto de convergencia de un conjunto de grupos antagónicos que se hallarían en una situación de "empate social". Este tipo dispone de una baja potencialidad de desarrollo, y un alto costo de mantenimiento. La política de compromiso, es según Graciarena el tipo predominante en América Latina. Coincide con Apter también en la caracterización de Cuba como el único país latinoamericano que actualmente sería clasificado como orientado hacia el desarrollo, o modelo de movilización.

¿Qué particularidades asume el funcionamiento real del modelo de compromiso en los países de la región? Obviamente la respuesta no pretende sino señalar algunas pautas comunes pero siempre teniendo presente que se trata de una caracterización global y con solo algunas referencias aisladas a título puramente ilustrativo. Por último, conviene no olvidar que, pese a que los países latinoamericanos sean clasificados en su mayoría como sistemas políticos orientados hacia el compromiso, subsisten importantes diferencias internas entre ellos. Así, el proceso político en Chile es distinto del nicaragüense; el de la Argentina también lo es en relación al de Ecuador, etc. La categorización a lo largo de una dimensión (compromiso-desarrollo o ruptura) no implica que otras dimensiones no sean necesarias para aumentar nuestro conocimiento de los sistemas políticos. Por ejemplo, los países tipo "compromiso" podrían subdividirse según el grado de desarrollo económico y social, y los distintos subtipos resultantes evidenciarán diferencias sustanciales, pero dentro del mismo modelo general. Dentro de esta línea de razonamiento, la elaboración de criterios relevantes para la construcción de tipologías políticas asume una importancia crucial. En el trabajo antes citado de Godoy y Fortín se sugieren algunos, a los que se podrían agregar los siguientes:

a) *El tamaño de los diferentes estados nacionales*, una vieja variable que ya los clásicos griegos habían incorporado como una de las categorías centrales en el modelo del sistema político democrático y que recientemente se ha visto reintegrada al cuerpo teórico de la ciencia política desde una perspectiva comparativa por Stein Rokkan (1967) y en la investigación de Robert A. Dahl y Edward Tufte (1974). Es indudable que tanto Colombia como Costa Rica podrían ser correctamente incluidos en el grupo de sistemas políticos orientados hacia el compromiso, para utilizar la expresión de Graciarena; sin embargo, la población del país sudamericano es más de diez veces superior a la de Costa Rica, al tiempo que su área geográfica es veinticinco veces más grande. Toda la población de Costa Rica es equivalente a la de la ciudad de Bogotá. Esta comparación sugiere de modo inmediato la necesidad de incorporar en los esfuerzos de elaboración de tipologías políticas a la variable "tamaño" (tanto en población

como en área geográfica) por cuanto parecería plausible suponer que la dimensión cuantitativa, el tamaño de un sistema político puede adquirir en ciertas coyunturas una importancia decisiva.

b) *Existencia de partidos políticos de izquierda dotados de capacidad movilizadora de las masas populares.* Nuevamente un ejemplo nos servirá para aquilatar la importancia de esta variable: si bien Colombia y Chile pueden ser correctamente interpretados dentro de un modelo de "compromiso", no caben dudas que la capacidad de articulación de demandas populares y de movilización de esos estratos en Chile es significativamente mayor que en Colombia, lo que introduce una distinción fundamental en la estructura y funcionamiento concreto de dos sistemas políticos que en cierto nivel de generalidad son adecuadamente asimilados bajo una categoría.

c) *Tradición política de las Fuerzas Armadas.* En esta línea de análisis, se trataría de ubicar a las fuerzas armadas de los distintos países a lo largo de un *contínuum* cuyos puntos extremos podrían ser el "profesionalismo", por un lado, y "golpismo", por el otro. Aquí la pregunta a formular sería aproximadamente así: ¿Cuáles son los intereses socioeconómicos que en caso de ser amenazados provocarían una inmediata intervención militar? O dicho en otros términos, ¿qué grado de radicalidad pueden tener ciertas decisiones encaminadas a alterar las normas relativas a la posesión de los medios de producción y la distribución de la riqueza para que no sean vetadas por las Fuerzas Armadas? Está claro que no todos los militares de América Latina reaccionan de igual modo. Es probable que ante una serie de decisiones sucesivas relativas a la realización de reformas radicales en la posesión de los recursos productivos, decisiones que podrían ordenarse por su grado creciente de radicalidad, los militares brasileños reaccionen antes que los argentinos mientras que los militares chilenos reaccionarían tal vez en los grados más avanzados de radicalidad. Es decir, que habría umbrales de reacción, que en el caso de los militares brasileños estos umbrales serían traspuestos por decisiones que para otros militares (por ejemplo, los chilenos) estarían lejos de ocasionar tendencias al golpe militar. Es indudable que estamos

simplificando mucho la presentación, por cuanto es difícil hablar de los militares de un país desconociendo que no constituyen un bloque monolítico sino que, hasta cierto punto, existen grupos con un cierto grado de conflicto entre sí. En todo caso, esta variable relativa a la tradición nacional en lo relativo al rol político de las Fuerzas Armadas introduce otra nota de discriminación al interior de una categoría de sistemas políticos ("compromiso") y es, por lo tanto, correcto sostener que hay países que se caracterizan por poseer una tradición "profesionalista" en sus Fuerzas Armadas (Chile) mientras que hay otros que poseen una clara tradición "intervencionista" (Brasil y Argentina). En este punto, no estaría demás señalar que esas tradiciones nacionales pueden haber cambiado en los últimos años a raíz de la socialización política a que han sido sometidas las fuerzas armadas de los países latinoamericanos a partir de la creciente ayuda e intercambio militar experimentado con los grupos militares norteamericanos. Una de las probables consecuencias de esta interacción es una creciente sensitividad ideológica de los grupos militares y la difusión de actitudes negativas en relación a los cambios socioeconómicos y políticos.

La utilización de estas y otras dimensiones (como, por ejemplo, tipo concreto de situación de dependencia, características de la estructura de clases, tradición de conflictos políticos y su resolución, etc.) permitiría introducir distinciones posteriores en sistemas políticos que pese a ser básicamente semejantes en cuanto a algunas características muy generales, revelan importantes diferencias una vez descendido de ese nivel de análisis. De todos modos, conviene tener presente que una tipología, un conjunto de proposiciones taxonómicas, pueden constituir un buen punto de partida para investigaciones fecundas, y no el punto de llegada que cristalice y rigidice la variante y compleja cualidad de lo real.

Hecha esta salvedad, prosigamos con nuestra tarea de rescatar algunas características salientes del proceso político latinoamericano:

a) El sistema político es limitado, en el sentido de que son pocos los intereses sociales y económicos que logran ingresar a la arena política. Por supuesto, hay variaciones amplias en lo relativo al margen de intereses

excluidos en los distintos países, pero ajustándose a la pauta general, las demandas de los sectores populares tienen muy pocas probabilidades de ingreso. El modo concreto en que esto se manifiesta es muy variable: obstáculos organizativos que imposibilitan la expresión de los intereses de los sectores populares (trabas burocráticas y reglamentarias), legalidad de las estructuras organizativas de la clase obrera (partidos y sindicatos, sobre todo), cooptación y control "desde arriba" de las demandas populares, etcétera.

b) La participación política, entendida como la respuesta activa de individuos, grupos, sectores y clases sociales que tratan de influir en las decisiones de la autoridad es muy reducida dentro de los límites de la política del compromiso. En parte porque muchos actores están excluidos del juego político, y entonces, o no participan, o no lo hacen fuera de las reglas del juego (el caso de las guerrillas). Otra situación es cuando no hay exclusión, pero la participación "posible" dentro de las reglas del juego es insuficiente para influir en ciertas decisiones, lo que conduce a una baja de los niveles de participación.

Claro está que hay que tener siempre en cuenta que en un modelo de compromiso, la modalidad básica de la participación es el voto; esto es, una de las varias alternativas posibles, lo cual constituye una limitación estructural a la participación y a las posibilidades de influir efectivamente en las decisiones políticas. A veces se ha propuesto considerar a la sindicalización como un modo alternativo de participar en política, lo cual si bien en lo fundamental es correcto, plantea problemas en cuanto se pretenda utilizar la sindicalización como un índice comparativo de participación política; ello debido a las diferentes características de las estructuras sindicales en los diferentes países de la región, y los distintos criterios legales que determinan que un individuo en un país concreto sea "sindicalizable". En cuanto a las características estructurales de la organización sindical, hay que retener muchos elementos particulares antes de intentar una comparación: carácter voluntario o compulsorio de la sindicalización, grado de control estatal, autonomía y control obrero sobre el aparato sindical, tipos de trabajadores reclutados, etc. Estas precauciones no implican el abandono del análisis de la sindicalización

como un modo de participar en política, sino que quieren llamar la atención sobre los problemas que presenta su empleo. Pero aún aceptando su utilización cuidadosa, también resulta ostensible que la participación por ese canal es minoritaria e intermitente. El grado de legitimidad de los sindicatos es bastante bajo en América Latina, y existe una preocupación especial de las autoridades para que sus demandas se limiten estrictamente al plano de las reivindicaciones salariales. Cualquier exigencia más global y de mediano o largo plazo implica que "los sindicatos actúan en política" y con ello pierden en muchos casos su estatus legal. Resumiendo, en un modelo de compromiso, la participación política (sea por el voto, sea por la afiliación sindical) es baja. El bajo nivel puede ser resultante del carácter tradicional del sistema político (en donde aún no se ha producido un proceso de movilización política con sus efectos de una demanda de participación o mayor participación de las masas antes excluidas), o puede ser consecuencia de la "desmovilización" de los sectores populares, que ven reducidas drásticamente sus tasas de participación en distintas actividades y desmanteladas sus estructuras organizativas. Pero este punto será visto más adelante.

c) El régimen de partidos se constituye en torno a las normas de la "democracia pluralista representativa": dos o más partidos compiten electoralmente para ganar el apoyo de la mayoría de la ciudadanía, quien por medio del ejercicio del sufragio universal y secreto decide quién será el encargado de tomar las decisiones. Como es fácil advertir, el tipo de partido compatible con el marco institucional "democrático representativo" es muy diferente del adecuado a un contexto alternativo. En el caso que nos preocupa, el contacto entre los líderes partidarios y la base ciudadana es efímero y ocasional, circunscripto a las épocas preelectorales, sobre todo. El partido se organiza sobre la base de comités, dirigidos y financiados por algunos notables y los cuadros permanentes y profesionales, quienes gozan de una autonomía bastante acentuada de la voluntad de la "clientela electoral", situación esta que facilita la "oligarquización" (en el sentido de Michels) del partido. El sistema de partidos puede ser bipartidario o multipartidario, puede aceptar o rechazar coaliciones partidarias y además, puede variar –entre otras cosas– en

cuanto al tipo de representación de los partidos en el Parlamento y órganos colegiados (sistema de mayoría y minorías, proporcional, etc.). Con todo, la efectividad del funcionamiento de un modelo de régimen político pluralista se funda en ciertos parámetros, básicos, algunos de los cuales serán tan solo enunciados a continuación: el número de participantes, que debe comprender a toda la población adulta, sin limitaciones, basadas en criterios educacionales, biológicos o económicos. Es bien sabido que en los países latinoamericanos (nuevamente, con diferencias importantes entre ellos) este requisito no se cumple. En muchos países no votan los analfabetos, los menores de veintidós años, el voto femenino es opcional, o inexistente, etc. Aparte, la práctica burocrática de la inscripción electoral y la concurrencia a las urnas suele introducir importantes desviaciones que desalientan u obstaculizan la expresión de los sectores populares (sobre todo en zonas rurales). Una segunda limitación es que la competencia electoral supone que todos los intereses se hallan representados, cosa que obviamente no ocurre en los países del área, en los cuáles no se han legitimado los intereses de las clases populares. Esta situación refuerza la sensación de "formalismo" del régimen de partidos en la región: se imitan las prácticas formales de la democracia pero desprovistas de su contenido real. Ese rasgo de formalidad se agrava aún más ante la certeza de que los resultados electorales no constituyen la última palabra en la competencia partidaria: siempre cabe la esperanza de que los sectores que detentan el poder real veten el resultado de las urnas, lo que constituye una nueva violación de los supuestos "clásicos" de las reglas del juego democrático. Las experiencias de anulación de elecciones, seguidas por nuevas convocatorias en donde se tenía la seguridad de que "el pueblo no se equivocaría nuevamente" han sido muy frecuentes en los años recientes de la historia política de los países del continente. En relación con esto, hay que señalar que el cohecho (en sus variadísimas formas) junto con la práctica de la anulación de las elecciones y la proscripción de ciertos partidos son factores agravantes del cuadro que hemos presentado. Por último, la experiencia concreta del funcionamiento de un régimen de partidos como el descripto se ha mostrado incapaz de cumplir con las funciones de socialización política supuestas en el modelo clásico, esto es, no ha generado en la ciudadanía un

conjunto de normas, actitudes, valores, ideologías y conocimientos que provean de mayor racionalidad al proceso político y de mejores dirigentes a la comunidad política.

d) Las características de la autoridad central en el modelo de compromiso se revelan como eminentemente coordinadoras, manteniendo al nivel mínimo las funciones necesarias para la supervivencia de la comunidad política. Su preocupación básica es que los actores hegemónicos no se excedan en el logro de sus intereses sectoriales, puesto que eso podría ocasionar una profunda crisis que comprometería seriamente la estabilidad del sistema. La autoridad debe evitar todos los conflictos entre esos grupos, suavizar sus relaciones e impedir un enfrentamiento entre ellos, pues si llegara a ocurrir, sería impotente para resolverlo, dado que su capacidad de negociación es mínima, ya que no está apoyada por una legitimación masiva y una adhesión constante de la mayoría de la ciudadanía que se sienta expresada por la autoridad. No debemos engañarnos al pensar en algunos de los llamados gobiernos "fuertes" de Latinoamérica: la fortaleza de la autoridad tiene muy poco que ver con el ejercicio de la coerción para mantener el "orden interno". La violencia aplicada contra estudiantes, obreros o campesinos es un indicador poco válido de la solidez de la autoridad. Un modo rápido de responder a esa pregunta podría obtenerse empleando las categorías de Almond (1967) para evaluar las "capacidades de un sistema político", esto es, su perfomance, sus efectos sobre el conjunto de la sociedad. ¿Qué capacidad tiene la autoridad de extraer recursos materiales y humanos del medio ambiente? ¿Qué capacidad tiene de regular y controlar el comportamiento de individuos, grupos, y otras naciones? ¿Qué capacidad posee de distribución de bienes, servicios, estatus y recompensas a individuos o grupos sociales? ¿Qué capacidad tiene de crear un flujo efectivo de símbolos cuyos efectos movilicen apoyo hacia la autoridad, aumenten el grado de asentimiento a la extracción, obediencia a la regulación o aceptación de la distribución? ¿Qué demandas son las respondidas por la autoridad, y quiénes las originan? La respuesta a estos interrogantes nos permitiría presentar una medida operacional de la debilidad o solidez de las autoridades en los sistemas políticos orientados hacia el

compromiso, pero no es nuestra intención desarrollar esa tarea aquí, sino que deseábamos presentar algunos criterios específicos de medición. En una primera aproximación, parece claro que las "capacidades" del modelo de compromiso lo son en un grado muy reducido. De ahí que no sea de extrañar su carácter de coordinador, su vulnerabilidad interna y externa y la precariedad de la estabilidad política de los países cuyo sistema político se acerca al tipo general del compromiso. Esto a su vez nos retrotrae a la temática de la dependencia, que no debe ser interpretada como una variable externa, sino que como un dato interno en el análisis de la estructura. En palabras de Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto (1967): "el análisis de la dependencia significa que no se la debe considerar ya como una variable externa, sino que es dable analizarla a partir de la configuración del sistema de relaciones entre las distintas clases sociales en el ámbito mismo de las naciones dependientes" (p. 32). Esto implica una situación de dominación interna, en donde los intereses oligárquicos se confunden con los del centro hegemónico, que tiende a estructurar y consolidar un cierto tipo de estructura económica y social.[3] La función de la autoridad en un modelo de compromiso es preservar a la formación económica-social de alteraciones que perturben la "normalidad del proceso". Como ya veremos más adelante, la tarea de la autoridad ejercida a través del aparato del Estado consistirá en desmontar la estructura de la dominación interna como primer paso para superar definitivamente la situación de dependencia y subdesarrollo. Pero no será el estado, coordinador de los intereses de distintas fracciones de la oligarquía el encargado de esa empresa. Es un nuevo estado creado sobre un nuevo sistema político. Esta discusión será retomada más adelante.

Agotamiento y crisis del modelo político reformista en América Latina

Dentro de los límites de nuestro trabajo, la enunciación de las perspectivas a corto o mediano plazo del proceso político latinoamericano, se

3. Ver el interesante análisis de Claudio Véliz (1963).

reducirá a una presentación general de algunas proposiciones acerca del tipo de régimen político necesario para emprender la tarea de superar definitivamente la situación de dependencia y subdesarrollo imperante entre los países de la región.

Es innegable que los países latinoamericanos han experimentado en las últimas décadas un proceso de movilización política que en algunos casos ha sido acelerado (Chile a partir de 1962). Nuevamente se debe insistir que en este aspecto las variaciones entre los países de la región son muy marcadas; Argentina y Uruguay tuvieron una muy temprana movilización, a partir de la primera década del siglo. Pero en términos generales para la región, el proceso se desencadena a partir de 1930 en algunos casos y luego de la Segunda Guerra Mundial en otros. Este fenómeno, análogo a la democratización fundamental de Mannheim y a la extensión de derechos civiles, políticos y sociales analizada por T. H. Marshall para Inglaterra, y Bendix y Rokkan para los países europeos, tiene una de sus muchas manifestaciones en el incremento de la participación política, registrada al menos en su dimensión electoral. Está claro que otras dimensiones del fenómeno de la movilización política pueden no haber sufrido una transformación semejante, dado el carácter asincrónico del proceso. Ahora bien, ¿qué efectos tiene sobre el sistema político un proceso relativamente acelerado de movilización política, entendido como la incorporación de sectores de la población que antaño se hallaban excluidos por las reglas del juego político?[4]

Es notorio que en todo sistema político, por tradicional y elitario que sea, siempre existe al menos un grupo que se halla movilizado y que exige –y de hecho lo hace– participar en política, aún cuando este círculo se agote en la pequeña élite dominante. Pero, procesos de cambio económico y social que afectan a la estructura total de la sociedad, generan demandas de participación que se extienden a las más diversas capas y sectores de la población, quienes se integran a la estructura política adquiriendo derechos que en un tiempo eran monopolio exclusivo de la minoría participante. El efecto multiplicador de este fenómeno afecta no solo a los distintos grupos y clases sociales, sino que también a

4. Consultar Gino Germani (1962, pp. 208-216, 1963) y Adam Przeworski (1966).

diferentes esferas de comportamiento, las que en distintos "tiempos" y ritmos mudan sus características tradicionales. Por consiguiente, la movilización política puede ser considerada como un proceso expansivo, cuya difusión abarca más y más sectores y grupos sociales que antiguamente se hallaban en una situación de aislamiento y exclusión, y afecta una variada constelación de actitudes y comportamientos, creencias y normas. Al mismo tiempo, este proceso es –a largo plazo– irreversible, toda vez que es muy improbable una regresión a las pretéritas pautas de comportamiento. Vamos a tratar de ahondar un poco más en las características del asunto considerado. Cuando se dice que con la movilización política se produce el ingreso de grupos, sectores y clases sociales que hasta ese entonces se hallaban ausentes del juego político, ello significa que esos grupos disponen de una posibilidad institucionalizada (a través del sufragio secreto y universal, por ejemplo) de participar al menos electoralmente en la vida política. Pero la sola existencia del recurso legal no basta para inferir a partir de ahí la existencia de un proceso de movilización política. No solo no es condición suficiente, sino que –en algunos casos– ni siquiera es necesaria. Es la práctica concreta de ese derecho, manifestada en el apoyo o surgimiento de un partido representativo de los intereses de los sectores recientemente movilizados lo que permite hablar de movilización política. Claro está que existe un hiato entre la movilización política y la formación de un partido que capte ese nuevo electorado disponible, aún cuando, en algunos casos, preexisten partidos o estructuras que son los canales de integración de los nuevos grupos participantes. En el caso en que se produzca el hiato, el comportamiento activo de los recientemente integrados, procurando su expresión en el sistema político, es un indicio claro de su movilización e ingreso a la política de modo activo.

Los receptores del aporte electoral de los sectores de reciente incorporación fueron, en la experiencia europea, los diversos tipos de partidos socialistas. En Latinoamérica, los beneficiarios fueron las coaliciones populistas, lo cual tuvo una serie de repercusiones sobre los modos de articulación de los intereses de los sectores populares en los sistemas políticos de la región.

Volviendo a retomar el hilo de la discusión, recalcamos entonces la necesidad de distinguir integración formal de movilización política objetiva. Lo primero puede limitarse tan solo a la sanción de una ley de sufragio universal y secreto, la cual, en virtud de las reglamentaciones anexas a ella misma, y debido a las características peculiares de la estructura económico-social de las distintas reglones del país (sobre todo si existen agudas discontinuidades internas) permite la ejecución de prácticas tales como el cohecho y todas las anomalías propias del proceso electoral viciado: compra de votos, voto cantado, robo de urnas, voto de ausentes y difuntos, votos múltiples, y muchas variantes más, observadas no solo en América Latina, sino también en las primeras etapas de la movilización política de Estados Unidos y Europa (Ostrogorski, 1903). La movilización política objetiva la encontramos cuando los sectores puestos en disponibilidad asumen un comportamiento activo, expresado en múltiples formas, una de las cuales es el voto, y que suele canalizarse en los partidos de "protesta", opositores de los partidos tradicionales. El carácter universal determina una masiva entrada de nuevos actores, y la garantía del secreto electoral independiza a los sujetos económicamente dependientes, de modo que pueden oponerse a las preferencias políticas de sus patrones, lo que también evita sanciones a quien no vota de acuerdo a sus compañeros de trabajo.[5]

La pauta de ingreso de los nuevos sectores a la vida política fue, en los países centrales, muy gradual, mediando largos plazos entre la integración de las clases medias, los estratos aristocráticos de la clase obrera, y por último, los obreros migrantes y marginales. En la política latinoamericana, el desfasaje fue mucho menor; si el hiato europeo se extendió por algo más de un siglo, en la región difícilmente llegó a más de treinta años, y en algunos países, el ingreso de algunos sectores de la clase obrera se produce casi simultáneamente con la de la clase media (Argentina y Uruguay, por ejemplo).

El carácter irreversible de la movilización política puede ser a *prima facie* objeto de críticas generalizadas, que fundamentarían su certeza en el hecho de que muchos países latinoamericanos han sufrido serios

5. Ver Thomas Humphrey Marshall (1965), Reinhard Bendix y Stein Rokkan (1962).

retrocesos y regresiones en los últimos años, siendo paradigmáticos los casos de Argentina y Brasil. En otros países, la inestabilidad y la crisis latente del sistema político no coadyudan al sostenimiento de la hipótesis de la irreversibilidad del proceso. En aquellos, los gobiernos militares han suprimido los derechos políticos de la clase obrera, liquidando sus estructuras organizativas, disminuido sus salarios reales y su influencia en las distintas esferas de la sociedad. Sin embargo, y sin pretender negar la gravedad y el significado real de estos intentos "desmobilizadores",[6] puede argumentarse que esos intentos son de corta duración. Es decir, que la regresión a niveles pretéritos de participación política (y económico-social) son sumamente inestables, pues las tensiones y el costo de mantenimiento de un sistema político de este carácter son muy elevados, de modo que al poco tiempo se llegue a una transacción de la línea "dura", a fin de que algunos sectores "blandos" negocien un statu-quo más aceptable con algunos grupos opositores. Esta situación puede asumir formatos cíclicos, en donde alternan gobiernos golpistas militares, desmovilizadores, seguidos de gobiernos civiles liberales, los que obligados a otorgar algunas garantías a los sectores populares, caen víctimas de la dinámica propia del proceso movilizador, y una nueva intervención militar viene a cortar abruptamente la continuidad política, ante la amenaza de que los actores populares recuperen o incrementen su nivel de participación en la política. La historia política reciente de muchas naciones latinoamericanas no es sino la repetición de este círculo vicioso, que mantiene excluida del juego político a la masa recientemente movilizada.

Es lícito preguntarnos acerca de la estabilidad de un sistema político basado en la exclusión de una amplia categoría de su población adulta. José Nun (1966) sostiene que la intervención militar refuerza coercitivamente a la dominación oligárquica, deteriorada por las continuas demandas de los sectores populares. Las clases medias, incapaces para realizarse como burguesía, no pretenden cambiar el proyecto oligárquico, sino que se conforman con que se reconozca su derecho a participar plena y legítimamente en él. Cuando las demandas obreras rebasan los límites del proyecto oligárquico, las clases medias se amparan en

6. Sobre las características que asumen estos procesos, ver José Nun (1966) y Gino Germani (1968).

un estrato protector, las fuerzas armadas, las que recurrentemente intervienen para evitar una alteración en el precario equilibrio político (p. 398). A conclusiones semejantes arriba también Martín Needler (1966), quien en un artículo de reciente aparición demuestra que: a) la intervención militar toma cada vez más la forma de una tentativa encaminada a mantener el statu-quo; b) es cada vez más dirigida en contra de presidentes electos y regímenes constitucionales; c) los golpes se producen cada vez con mayor frecuencia para prevenir el resultado de elecciones o la inauguración de políticas reformistas; d) la resistencia popular a los militares aumenta, pues los golpes conducen más y más al conflicto abierto, con grado variable de violencia. El período considerado por Needler comprende desde 1935 a 1964, a lo que habría de agregar el golpe de junio de 1966 en Argentina (p. 616).

Si aceptamos que la política del compromiso no garantiza la creación de las condiciones sociales y políticas más propicias para superar la situación de dependencia, y si también se acepta que los intentos desmovilizadores son factores de congelamiento del statu-quo, está claro que se requieren nuevas alternativas políticas que corrijan las limitaciones del modelo de compromiso. Podríamos ampliar el marco de nuestra pregunta, e inquirir si lo que se cuestiona no solo es el modelo político, sino también la viabilidad del desarrollo económico latinoamericano en el modelo económico capitalista. No vamos a intentar una respuesta aquí pues ella excedería con creces los objetivos propuestos para este trabajo. Solo mencionaremos que en la opinión de muchos estudiosos del asunto, el estancamiento político y social y la crisis económica de la región, son síntomas de la crisis de un proyecto de organización social. Osvaldo Sunkel (1967b) afirma que "la cuestión fundamental que plantea una política nacional de desarrollo no es, sin embargo, lograr la viabilidad del tradicional modelo centro-periferia, sino por el contrario, *superarlo definitivamente*" (p. 61, énfasis nuestro). Igualmente, Furtado (1966) afirma que "el proyecto del gobierno de Estados Unidos para el desarrollo de la América Latina, en base a la acción de las grandes empresas norteamericanas y el control preventivo de las "subversiones", no parece tener ninguna viabilidad, excepto como técnica de congelamiento del statu-quo social". Y desde el punto de vista político la hegemonía que

Estados Unidos ejercen en América Latina constituye un serio obstáculo al desarrollo de la mayoría de los países de la región, al reforzar excesivamente las estructuras anacrónicas de poder" (p. 56).

Estas conclusiones de los economistas Sunkel y Furtado, enfrenta a los cientistas sociales ante un dilema teórico fundamental: ¿la superación definitiva de un modelo de desarrollo capitalista (que en el contexto de los países que iniciaron tardíamente su industrialización, es *necesariamente dependiente*), no implica acaso el abandono del modelo de desarrollo político correspondiente? La respuesta es afirmativa, puesto que la autonomía funcional del sistema político con respecto a un marco económico y social dado es muy limitada, de modo que el agotamiento de un modelo económico provoca, aún cuando con un cierto retraso, la crisis del sistema político. Esta situación, es preciso reconocerlo, no es nueva en América Latina. Veamos algunos antecedentes. Cuando algunos países latinoamericanos se insertaron en el mercado internacional, a mediados del siglo XIX, se produjo una sensible alteración en el sistema político: liquidación de los regionalismos aislacionistas; incorporación territorial a cargo del estado a fin de ampliar las bases de la economía de exportación; ascenso de una élite "ilustrada" europeizante, deseosa de emular la trayectoria histórica británica, suficientemente esclarecida como para organizar el país de modo tal que se asegurase el flujo de sus productos de exportación hacia el centro, cuya demanda crecía continuamente, y dispuesta a garantizar las inversiones y los negocios de las empresas extranjeras en la nación. La crisis de 1929, que marca el agotamiento del modelo de crecimiento hacia afuera, provoca en los países más avanzados de la región, la emergencia de profundos cambios políticos, muy diferentes en cada nación, pero asimilados en la categoría omnicomprensiva de "populismo". Nuevamente nos encontramos con otra crisis, que se manifiesta a partir de 1955, desencadenada por el agotamiento del ciclo de sustitución de importaciones. ¿Por qué suponer que ella, a diferencia de las anteriores, no provocará también el abandono del modelo político de compromiso? ¿No sería pecar de un prejuicio antihistórico el suponer que el modelo político contemporáneo es el definitivo? Es evidente que no existen fundamentos materiales ni lógicos para postular la permanencia del sistema político propio de la

mayoría de los países de la región. La crisis profunda en que han entrado (algunos países más intensamente que otros) revela que estamos en las vísperas de un cambio significativo en el carácter de la política latinoamericana.

Advertencia metodológica

Como es fácil notar, la caracterización del régimen político en vías de estructuración en Latinoamérica, no plantea frontalmente el problema de la posibilidad de predicción en ciencias sociales, sea a mediano o largo plazo. No vamos a entrar a una discusión epistemológica sobre el significado y alcance de la predicción en las disciplinas humanistas, y sus posibilidades reales en este momento histórico concreto del desarrollo de las ciencias sociales.[7] Tampoco cuestionaremos la legitimidad de la predicción; si una ciencia ha de tener leyes o invariantes teóricas, luego es legítimo predecir.

Pero debe tenerse en cuenta que la posibilidad de predecir en el largo plazo, con un margen de indeterminación aceptable, en el estadio actual de las ciencias sociales, parece ser mínima. Se impone adoptar un sano escepticismo metodológico que nos prevenga contra la tentación de gestar un modelo prospectivo de la política que no resista la crítica de una metodología científica, y que exprese muy poco más que nuestras preferencias políticas personales. Además, hay varios factores que conspiran contra la posibilidad de realizar predicciones muy rigurosas a largo plazo: a) la carencia de datos básicos a nivel nacional e intranacional (incluyendo materiales secundarios de origen administrativo, como censos, estadísticas varias, registros, catastros, etc., e investigaciones en ciencias sociales realizadas o bien utilizando aquellos datos secundarios o creando datos de primera mano); b) la complejidad necesaria que debe tener un modelo global, que implica el manejo de un gran número de variables, que prácticamente se incrementan en progresión geométrica a medida que vamos extendiendo el plazo de la predicción. Cabe señalar

7. Ver Mario Bunge (1967, pp. 66-65) y Oscar Kaplan (1940).

que el problema no radica en el gran número de variables, puesto que los modernos computadores se hallan capacitados para hacerlo. La dificultad consiste en la determinación de las variables significativas y en la especificación del tipo de función matemática (lineal, curvilineal, etc.) que las vincula, tanto en el momento inicial como en los tramos más alejados temporalmente desde el punto de iniciación de la predicción. También se debe tener en cuenta la influencia recíproca entre las variables, lo que puede resultar en la creación de otras no contempladas en la predicción inicial; c) además, aún cuando se desarrolle un modelo harto complejo, con gran número de variables, el computador tendrá en cuenta solo las variables almacenadas en su memoria, de modo que sus proyecciones, en la mayoría de los casos, se asemejarían a las elaboradas por Kahn y Wiener (1967) en el Hudson Institute, o sea, *surprise free projections*. Pero la historia no ocurre sin sorpresas, sin emergentes imprevistos, anómalos, desviados de una supuesta "normalidad" esperada. ¿Quién hubiera predicho en 1870 que Japón sería cincuenta años después una de las más grandes naciones industriales, a pesar de su tradición agraria? ¿Quién hubiera previsto en la Primera Guerra Mundial que Rusia, a la sazón uno de los países más atrasados de Europa inauguraría en menos de cincuenta años, la carrera por la conquista del espacio exterior? ¿Quién hubiera predicho a fines de siglo pasado, que la hegemonía inglesa tocaría a su fin muy próximamente? ¿Quién aventuró la predicción, poco antes de 1929, que los países más prósperos de América Latina, prosperidad derivada del éxito del modelo de crecimiento hacia afuera, se embarcarían a partir de 1930 en un rápido proceso de industrialización que transformaría sustancialmente algunos aspectos de su realidad social, económica y política? d) un inconveniente adicional, que tampoco han salvado los autores del Hudson Institute al elaborar predicciones a largo plazo. Hay que retener un supuesto fundamental: no es legítimo predecir a partir de la proyección de las tasas de crecimiento o transformación de variables mensuradas en una *etapa histórica determinada*. Suponer que se puede predecir en base a la proyección de tasas transhistóricas, constantes e inmutables en todas las etapas del desarrollo histórico es un error muy grueso. Sabemos, que las tasas de crecimiento de las economías dependientes suelen ser más elevadas que las

de los países centrales, pero esto es válido en algunos momentos; pues traspasado cierto umbral, las economías periféricas que alcanzaron un grado de diversificación y mejoramiento del aparato productivo, entran en una situación de estancamiento. Conclusión: la predicción final variará sustancialmente en función del momento histórico que se tome como base. Y como la historia no es una sucesión de incrementos infinitesimales que se orientan en una misma dirección, sino un conjunto de ciclos o etapas, intercalados por puntos de inflexión, con rupturas que vinculan una etapa con otra, cada cual con su propia lógica interna, distinta y a veces contradictoria con la precedente, la distinta legalidad que rige cada etapa histórica debe ser introducida en el modelo predictivo, si queremos llegar a conclusiones fundadas.

De ahí entonces que la validez de las proyecciones a largo plazo, como herramientas capaces de anticiparnos el futuro, puede ser muy cuestionada: ellas pueden transformarse en una suerte de *wishful thinking* robustecido en la apariencia, por el rigor formal de la proyección matemática. Nuestra crítica no debe interpretarse como una negación radical de la posibilidad de predicción, sino como una reflexión preliminar acerca de las precauciones teóricas y metodológicas que deben ser tenidas en cuenta, tanto en la predicción como en cualquier otra práctica científica.

Una última acotación antes de terminar con nuestra discusión sobre el tema: el reconocimiento de las importantes repercusiones que podría tener una predicción sobre la experiencia concreta de los próximos años de la historia latinoamericana, nos previene de la posibilidad que ocurra en el campo de las relaciones internacionales lo que Merton ha denominado en otro ámbito la *self fullfilling prophecy*, o sea, que un hecho ilusorio percibido como real, sea real en sus consecuencias. Así, proyectar al año 2000 la actual estratificación internacional, sacralizando y eternizando una configuración de relaciones esencialmente dinámicas, implica dos cosas: por un lado, un desconocimiento de la historia de las relaciones internacionales, o, en la peor alternativa, un intento de legitimar anticipatoriamente una situación que para los latinoamericanos constituye uno de los obstáculos principales para su realización nacional y continental, y que a fuerza de ser prevista como inevitable, terminará siéndolo así

en la realidad; sobre todo, si la *intelligentzia* latinoamericana asume una actitud ingenua, encandilada por la formalidad matemática de la predicción. Por lo tanto, la responsabilidad "política" del estrato intelectual en nuestro continente debe concretarse en una crítica sistemática de las elaboraciones prospectivas. Pero, entiéndase bien, no una crítica desde afuera, condenatoria *in toto*, indiscriminada, sin reparar en la calidad del esfuerzo prospectivo. La opción real, y políticamente fecunda, consiste en una tarea crítica desde el interior de la disciplina, aplicando el rigor de la metodología científica para descartar la producción viciada de nulidad, detectar y distinguir el trabajo científico de la pura ideología de legitimación del statu-quo tanto internacional como nacional, y construir modelos prospectivos alternativos, en donde Latinoamérica no aparezca como un continente subordinado, sino como una región autónoma, creativa y capaz de construir su propio futuro, y el orden mundial deje de ser el presente diferido "ad infinitum".

Antecedentes para la definición del nuevo régimen político

Si tal como habíamos afirmado más arriba, se podía constatar en América Latina el agotamiento de un modelo de desarrollo capitalista y de organización política "democrático-liberal", el paso siguiente debiera ser la especificación de las líneas distintivas del modelo alternativo. No pretendemos ir tan lejos, sino tan solo caracterizar en trazos generales –simplificando y uniformando las posibles variaciones que se den en la realidad– y de manera muy tentativa al modelo político de reemplazo.

a) La concreción de un proyecto de reorganización de las sociedades latinoamericanas solo será posible si se produce el ingreso y la legitimación de los intereses de las clases populares a la arena política, y esos intereses pasan a ser hegemónicos sobre el resto de los demás grupos y clases sociales. Además, los intereses de las antiguas clases dominantes, que controlaban el aparato productivo nacional serán excluidos o subordinados a los populares, dado que ambos son contradictorios, y representarían un obstáculo para el desarrollo de una política de promoción acelerada del desarrollo.

Los intereses de las clases populares se expresarían a través de las estructuras propias, cuyas formas específicas pueden ser muy variadas.

b) El nuevo régimen político supone una marcada alza en el nivel de participación de los sectores populares. En este sentido, creemos oportuno referir una reflexión de Jorge Ahumada, quien resalta el carácter necesario de la participación popular en un régimen revolucionario: "ninguna revolución se hace ni se consolida sin la organización y la movilización del pueblo para la conquista y defensa de su revolución. El pueblo que recibe una revolución desde arriba, o desde afuera, no es solidario con la revolución, y cualquier enemigo la hace desaparecer de una plumada" (Neeley, 1968). En un artículo de reciente aparición, Richard Fagen (1966) demuestra nítidamente el fenómeno de la movilización masiva en la Revolución Cubana, organizado en torno a los Comité de Defensa de la Revolución, aún cuando existan otras estructuras equivalentes, pero que no revisten la importancia de los comités, tales como las milicias armadas, la militancia partidaria, y las escuelas de instrucción revolucionaria. En todo caso, lo que queremos destacar es que existen múltiples canales de participación política, que aseguran el apoyo activo de la población al régimen político y las autoridades.

El régimen de partidos se organiza sobre la base de un sistema de partido único o alguna otra variante de los sistemas no-competitivos: partidos hegemónicos (que coexisten con partidos menores que no compiten con él) o partidos dominantes (que coexisten con algún pequeño partido opositor pero que tampoco compite con él).[8] Es decir, que el partido que está en el poder se reserva el monopolio de la actividad política legítima, de las posiciones estratégicas del estado y controla los accesos de nuevos grupos. En cualquiera de sus variantes, la oposición no está institucionalizada, sobre todo la que se realiza "fuera" del partido. Pero no se puede por ello sostener que no existe el control al no existir oposición, pues esta no es condición suficiente para el control efectivo, ni es condición necesaria para ejercer cualquier tipo de control (Wiatr y Przeworski, 1966).

8. Una tipología más compleja en Jerzy Wiatr (1964).

El control sobre la autoridad, en un régimen de partido como el que estamos tratando, se ejerce desde el interior del propio partido gobernante, puesto que su estructura incluye una amplia gama de intereses sectoriales, es decir, que reproduce un cierto pluralismo, pero interno al partido. Además, un grado relativo de control también se genera fuera del partido gobernante, por la acción de algunas estructuras que en ciertos momentos, pueden adquirir alguna autonomía del partido gobernante: ejército, sindicatos, juntas populares, etcétera.

Dos observaciones acerca de los regímenes unipartidarios. La primera, referida a las modalidades de acceso al poder. Esta es una discusión que ha tenido creciente divulgación en los últimos tiempos en los círculos radicales del continente. ¿Es adecuada la vía electoral para un movimiento social del tipo que estamos estudiando aquí? ¿No resulta la lucha armada, por medio de guerrillas, la única alternativa viable? Es obvio que carece de sentido sentar una fórmula universal, puesto que las condiciones específicas de la sociedad en la que se montará el escenario del conflicto político reconoce en nuestro continente importantes desniveles.

Además, la vía no-electoral no es una táctica monolítica, sino que implica una serie de opciones muy distinta en cuanto a sus efectos sobre el sistema político; por ejemplo, una insurrección general es bien distinta a la guerrilla desarrollada a partir de un "foco" revolucionario. ¿No sería arriesgado descartar de antemano la posibilidad que una coalición gobernante, llegada al poder a través de elecciones, experimente un proceso acelerado de radicalización, desencadenada por una cantidad de factores internos o externos? No pretendemos ni siquiera plantear el problema en los términos necesarios para su adecuado tratamiento, pues ello prolongaría en demasía el presente trabajo; solo quisimos señalar la existencia de un debate, de un tema digno de controversia, y cuya exploración sería sumamente beneficiosa.[9]

La segunda observación se refiere a la relación entre partido único y democracia. Duverger (1957) ha señalado que "acoplar los términos de

9. Téngase en cuenta las reacciones suscitadas por *Revolución en la Revolución* de Régis Debray (1967) en los círculos de la izquierda latinoamericana.

partido único y democracia, parecerá a muchos un sacrilegio. No importa. El único problema está en saber si ese acoplamiento corresponde en alguna ocasión a la verdad. Toda ciencia comienza con sacrilegios" (p. 301).

¿Es la existencia de un sistema bi o multipartidario condición suficiente o necesaria de la democracia? Es evidente que la respuesta es negativa, a menos que consideremos como democracia a la dominación oligárquica, la que desde los tiempos helénicos, fue considerada como una degeneración de la forma pura. No es un tipo particular de estructura de acceso de las diferentes categorías y clases sociales al sistema político lo que define la democracia. Existen equivalentes estructurales que desempeñan las mismas funciones y satisfacen los mismos requisitos. Además, ¿no es la democracia un concepto cambiante? Recordemos que para los griegos la esclavitud era compatible con ella. Hoy nadie sostendría que ello fuera posible. Más recientemente, en los siglos XVIII y XIX, en Europa, la ideología democrática restringía tan solo a los notables la capacidad legal de participar en proceso político; nuevamente, en nuestros días, tal concepción resulta anacrónica. No pretendemos ahondar más en el detalle de esta candente controversia; solo queremos precavernos de la tentación de asociar partido único con totalitarismo, y pluralismo formal con democracia. Esta actitud, lejos de beneficiar, perturbaría el análisis del significado de tales conceptos en la presente etapa del desarrollo histórico latinoamericano.

c) La autoridad central en un modelo político como el que estamos discutiendo en estos momentos, debería reunir las siguientes particularidades. En primer lugar, concentración del poder en los órganos centrales, de carácter ejecutivo. En segundo término, autonomía negociadora con respecto a grupos nacionales e internacionales. Las distintas organizaciones y asociaciones se hallan estrechamente vinculadas a la autoridad central. En tercer lugar, la autoridad central es fuertemente intervencionista en las distintas actividades de la sociedad y ella asume prácticamente la totalidad de las tareas productivas y administrativas.

El estado, se convierte así, en la instancia suprema de la autoridad, y el único grupo nacional capacitado para negociar e imponer su voluntad a los grandes superpoderes económicos y políticos del mundo

contemporáneo. Se trata entonces de consolidar un centro de decisiones autónomo, impulsado por el logro de objetivos "nacionales" y no sectoriales y basados en un movimiento político de carácter popular que sea partícipe principal del proceso.

Podríamos finalizar introduciendo las categorías de Almond, tal como se hizo al discutir los efectos de la autoridad en el modelo político de compromiso. Ellas nos permitirán resaltar más nítidamente las diferencias entre ambos modelos. Desde el punto de vista de la capacidad extractiva, es obvio que la movilización de recursos materiales y humanos de la autoridad central es muy grande en este caso. No se trata aquí de potenciar los recursos no implicados en el arreglo entre los grupos dominantes, sino que la totalidad de los recursos son los que entran en juego (por ejemplo, una situación típica en un modelo de compromiso, es la existencia de tierras fértiles, aptas para la producción, dejadas sin explotar, para favorecer el mantenimiento de un precio elevado del producto que de ellas se obtiene. Lo mismo, en otro aspecto, se puede decir acerca de los efectos negativos que tiene para el conjunto de la sociedad, el "bias" clasista de la educación, en todos sus niveles. Estos dos ejemplos patentizan los contrastes y las conductas alternativas de la autoridad en ambas situaciones: en un caso, subutilización de los recursos; en el otro, utilización plena).

La capacidad regulativa del comportamiento de los actores sociales internos y externos se incrementa sensiblemente en este modelo, en donde la autoridad deja de ser el agente coordinador de las actividades de los grupos que detentan el poder real, para convertirse en una estructura monolítica, con capacidad efectiva de regular el comportamiento del resto de los actores. Lo mismo vale para su capacidad distributiva, no obstaculizada por los intereses sectoriales, lo que le permite una amplia libertad de movimientos en la adjudicación de recompensas y sanciones.

En cuanto a las capacidades simbólica y de respuesta, está claro que en un modelo como el que estamos considerando, la autoridad responde a una gama más amplia de intereses sociales, los cuales se hallan activamente integrados por medio de distintas estructuras organizativas,

lo que acentúa su grado de legitimidad y el poder político real de la autoridad.

Esta caracterización preliminar que hemos ofrecido está muy lejos de ser enteramente satisfactoria. Ella tan solo pretende señalar, a un nivel de generalidad muy alto, algunas pautas relevantes de un sistema político orientado hacia el desarrollo, según la expresión de Jorge Graciarena. No creemos que nuestra enumeración haya agotado todas sus particularidades; se trataba antes que nada de debatir en torno de algunas características que asumen una importancia excepcional, pero sin suponer que ellas describen íntegramente el modelo. Por otra parte, la creencia de que se puede definir un régimen político del tipo que estamos estudiando aquí en términos muy precisos comporta un riesgo demasiado grande y un progreso teórico bastante discutible.

¿Por qué? Porque así como es ingenuo sostener en el debate económico, la existencia de una única vía al desarrollo, igualmente ilegítimo sería postular "el modelo sociopolítico del desarrollo". La variabilidad de formas políticas que han acompañado al desarrollo es enorme; recordemos Japón y Francia, Inglaterra y Alemania, la Unión Soviética y Estados Unidos, China y Suecia. Ante la evidencia, ¿no puede pecar de bizantinismo pretender ir mucho más lejos en la caracterización del modelo? Admitiríamos, eso, sí, explorar en detalle, con mayor profundidad, algunas otras características muy generales del modelo; el resto, nos parece que es ocioso. Entre otras cosas, por las diferencias tan marcadas entre los países de América Latina. ¿Tendrá un modelo sociopolítico la misma validez en Honduras y en Brasil, en Argentina y Bolivia, en Chile y Haití? La respuesta parece obvia.

Comentarios finales acerca del rol político de las clases medias y el "factor externo"

No podríamos haber dado por concluido nuestro trabajo pasando por alto dos temas omnipresentes en cualquier discusión sobre la política latinoamericana. No pretendemos iniciar ahora un examen sistemático,

sino tan solo plantear algunas reflexiones que enriquezcan y tornen más complejo el cuadro presentado en las páginas precedentes.

Se ha insistido repetidamente, que uno de los indicadores del cambio de las sociedades latinoamericanas es la modificación experimentada en su estructura de clases. En efecto, se observa que la antigua imagen dicotómica ha sido sustituida por una de múltiples divisiones, a veces un tanto borrosas; nuevas clases han emergido y su existencia y actividad han comenzado a transformar la fisonomía de los países de la región: la burguesía industrial, el proletariado urbano, y –las que serán tratadas aquí– las clases medias.[10]

La emergencia de las clases medias fue recibida calurosamente por muchos observadores de la escena latinoamericana, los que vieron en ella el agente mesiánico que habría de guiar al continente hacia las tranquilas aguas de la sociedad "moderna" ¿Qué los hacía tan optimistas? Básicamente, el comportamiento de las clases medias en algunos países anglosajones (no digamos europeos, pues en ese caso cómo se explica la notoria ausencia de los casos alemán e italiano entre los antecedentes históricos de la euforia "mesocrática") y –conviene no olvidarlo– algunas orientaciones reformistas e igualitarias demostradas por las clases medias en los países de la región muchas décadas atrás.

Con respecto al primer punto, el optimismo se fundaba en el recuerdo del perfil de orientaciones valorativas de la clase media europea, fiel a la ética puritana, disciplinada en el trabajo, capaz de ahorrar y postergar las gratificaciones, desprovista de las tradiciones señoriales de las clases "autóctonas" de la región y generadora constante de innovaciones y progreso en los más diversos órdenes. Sin embargo, las clases medias latinoamericanas, no reprodujeron el modelo de sus análogas europeas y era obvio que ello no ocurriera, puesto que sus condiciones económicas y sociales particulares como clase, y las características estructurales de la sociedad en la que actuaban eran completamente distintas de las imperantes en las primeras etapas del capitalismo clásico en los países centrales. La teoría "unilineal" no encuentra una explicación satisfactoria ante esta "desviación" anómala del modelo ideal,

10. Sobre todo, véase Torcuato Di Tella (1966) y Luis Ratinoff (1967).

no obstante ello, investigadores latinoamericanos han avanzado en su exploración en torno a las clases medias, mejorando sensiblemente la riqueza del análisis.

Di Tella y Ratinoff, trabajando separadamente, han llegado a conclusiones semejantes, que podrían sintetizarse como sigue: en las primeras etapas del desarrollo económico y social, la principal línea del conflicto de clases pasa entre los sectores oligárquicos, por un lado, y las clases medias y los sectores populares, por el otro. En esos momentos, determinadas condiciones económicas y sociales posibilitan el desarrollo y crecimiento de las clases medias, quienes tratan de obtener un conjunto de derechos cívicos, políticos y sociales (como, por ejemplo el sufragio universal y secreto, libertad de asociación para partidos y sindicatos, acceso a la educación, a cierto tipo de actividades económicas, a cargos dentro de la ¡burocracia estatal, etc.) que no implican –como correctamente lo señalara Nun– un cambio del proyecto oligárquico, sino una participación legítima y plena en él. En esta fase de ascenso, las clases medias muestran una cierta agresividad ante el statu-quo, y logran buena parte de sus objetivos de "democratización" de la sociedad. Mas una vez concluida esta etapa, su coalición con los sectores populares se torna insostenible, y las clases medias, integradas ya al sistema apoyan entusiastamente el mantenimiento del establishment. En estos momentos, la línea de clivaje pasa entre los sectores oligárquicos y las clases medias, por un lado, y los sectores populares por el otro.

¿Pueden ser las clases medias, entonces, los agentes de cambio de la sociedad en América Latina? La experiencia histórica de los países de la región (sobre todo en aquellos en los que el proceso de desarrollo económico y social se halla más avanzado). Invalida las tesis de los creyentes en el carácter dinámico y progresista de las clases medias. No solo han mantenido las bases de la dominación oligárquica sino que se han constituido en los principales soportes estructurales de los regímenes desmovilizadores de la región. En efecto, los golpes militares orientados a asegurar la continuidad del statu-quo contaron con el apoyo activo –o al menos con la aprobación tácita– de las clases medias. ¿Cuáles son entonces las bases históricas o teóricas existentes para imputar a estos sectores el liderazgo en la gran transformación de Latinoamérica? ¿Es

posible conciliar su conformismo y su vocación "desmovilizadora" con la racionalidad económica y política necesaria para conducir un proceso de desarrollo nacional?

Las últimas reflexiones que quisiéramos volcar, se relacionan con un largo debate –que por supuesto no pensamos reproducir aquí– acerca del poder de veto que pudiera ejercer el centro hegemónico sobre cualquier país de la región que intentara desarrollar una política de cambio estructural. En ese sentido, las experiencias de Santo Domingo, la política exterior norteamericana con respecto a Cuba, la participación del Pentágono en el golpe militar de Brasil (1964), el creciente asesoramiento militar para la lucha antiguerrillera, para citar algunos casos de especial interés, evidencian que tales cambios no serán efectuados sin el riesgo de una intervención abierta de Estados Unidos. Ante tal situación, ha adquirido predicamento una tesis fatalista, que sostiene que los países de la región deben aceptar la actual estratificación internacional, su situación de dependencia y su grado de "retraso" relativo puesto que el veto externo es incontestable. No iniciaremos una polémica en torno a la hipótesis fatalista, fundamentalmente porque la creemos poco seria y muy viciada ideológicamente de conservatismo e inmovilismo. Solo nos limitaremos a afirmar que una coalición política orientada hacia el desarrollo, con las características que hemos visto en páginas anteriores, puede resistir la presión del centro hegemónico y realizar su proyecto de reconstrucción social. Claro está que la modalidad específica que asumirá en cada caso concreto dependerá del juego de numerosas variables internas y externas, de contexto internacional, las que en conjunto plasmaran un modelo político original.

Bibliografía

Almond, G. (1965). A developmental approach to political systems. *World Politics*, 17(2), 183-214.

Apter, D. (1963). System, process and politics of economic development en B. F. Hoselitz y W. E. Moore (Eds.). *Industrialization and Society*. Mouton: UNESCO.

Bendix, R. y Rokkan, S. (1962). The extension of national citizenship to the lower classes: a comparative perspective. [Ponencia V Congreso Mundial de Sociología, Washington].

Bunge, M. (1967). *Scientific Research II.* Berlin Heidelberg-Nueva York: Springer-Verlag.

Cardoso, F. H. (1968). Análisis sociológico del desarrollo económico. *Cuestiones de Sociología del Desarrollo.* Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Cardoso, F. H. y Faletto, E. (1967). Dependencia y Desarrollo en América Latina. (Ensayo de interpretación sociológica). *Instituto de Estudios Peruanos,* marzo, 1-37. http://www.repositorio.iep.org.pe/bitstream/IEP/1027/1/Cardoso_Faletto_Dependencia-desarrollo-Am%C3%A9rica-Latina.pdf

Dahl, R. A. y Tufte, E. (1974). *Size and Democracy (The politics of the smaller European democracies)*. Stanford: Stanford University Press.

Debray, R. (1967). *Revolución en la Revolución*. La Habana: Cuadernos de la Revista Casa de las Américas.

Di Tella, T. (1966). *La teoría del primer impacto del crecimiento económico.* Rosario: Universidad del Litoral.

Duverger, M. (1957). *Los Partidos Políticos.* México: Fondo de Cultura Económica.

Fagen, R. (1966). Mass Mobilization in Cuba. *Journal of Interamerican Affairs,* 20(2), 254-271.

Furtado, C. (1966). *Subdesarrollo* y *estancamiento en América Latina.* Buenos Aires: EUDEBA.

Germani, G. (1962). *Política y Sociedad en una época de transición.* Buenos Aires: Paidós.

Germani, G. (1963). Los procesos de movilización e integración y el cambio social. *Desarrollo Económico,* 3(3), octubre-diciembre, 403-422.

Germani, G. (1968). Hacia una teoría del fascismo. *Revista Mexicana de Sociología,* 30(1), enero-marzo, 5-34.

Godoy, H. y Fortin, C. (1967). Some suggestions for a typology of Latin America political systems. Publicación Interna ELACP/FLACSO.

González Casanova, P. (1963). Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo. *América Latina,* 6(3), julio-septiembre.

Graciarena, J. (1967). *Poder y Clases sociales en el desarrollo de América Latina*. Buenos Aires: Paidós.

Kahn, H. y Wiener, A. J. (1967). *The Year 2.000*. Nueva York: McMillan.

Kaplan, O. (1940). Prediction in the social sciences. *Philosophy of Science*, 7(4), 492-498, 1 de octubre. http://www.jstor.org/stable/184546

Lederman, E. (1967). Los recursos humanos y el desarrollo en América Latina. *NU. CEPAL. Cuadernos del Ilpes. Serie II. Anticipos de investigación*. 9, 1-77. https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/8449/S6900416_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Marshall, T. H. (1965). *Class, Citizenship and Social development.* Nueva York: Doubleday.

Martz, J. (1966). The place of Latin America in the study of comparative politics. *The Journal of Politics*, 28(1), 57-80.

Needler, M. (1966). Political Development and military intervention in Latin America. *American Political Science Review*, 60(3), 616-626.

Neely, C. (1968). *Cambios Políticos para el Desarrollo.* Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Nun, J. (1966). América Latina: la crisis hegemónica y el golpe militar. *Desarrollo Económico*, 6(22-23), 355-415.

Ostrogorski, M. I. (1903). *La democratie et l'organisation des partis politiques.* Calmann-Lévy: París.

Przeworski, A. (1966). *Towards a Theory of Political Mobilization.* Washington: Washington University.

Ratinoff, L. (1967). Los nuevos grupos urbanos: las clases medias en S. Lipset y A. Solari (Comp.). *Elites y Desarrollo en América Latina.* Buenos Aires: Editorial Paidós.

Rokkan, S. (1967). *The structuring of mass politics in the smaller european democracies: a developmental typology*. Conferencia en VII° Congreso Mundial de la International Political Sience Association, Bruselas.

Ruggiero, R. (1964). Caracterización histórica del desarrollo económico. *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, 7, 297-298. Rosario: Universidad Nacional del Litoral.

Sunkel, O. (1967a). El trasfondo estructural de los problemas del desarrollo latinoamericano. *Trimestre Económico*, 133, enero-marzo, 11-58.

Sunkel, O. (1967b). Política nacional de desarrollo y dependencia externa. *Estudios Internacionales*. 1(1), 43-75.

Véliz, C. (1963). La mesa de tres patas. *Desarrollo Económico,* 3(1/2), abril-septiembre, 231-247.

Wiatr, J. J. (1964). The One-party System en E. Allardt y Y. Littunen. *Cleavages, ideologies and party systems*. Helsinski: The Academic Bookstore.

Wiatr, J. J. y Przeworski, A. (1966). Control Without Opposition en *Government and Opposition*, 1(2), enero, 227-239.

Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile*

El triunfo de la Unidad Popular en las elecciones presidenciales de septiembre de 1970 y la puesta en marcha, por parte del gobierno de Salvador Allende, de un vasto programa de transformaciones revolucionarias actualizaron vivamente las discusiones relativas a los problemas y perspectivas de una transición pacífica hacia el socialismo en Chile.[1] Con anterioridad a los comicios la mera posibilidad de la victoria electoral había sido considerada, por grupos muy influyentes dentro de la *intelligentzia* revolucionaria, como una ilusión que se desprendía de la incapacidad teórica para reconocer el carácter de clase del Estado chileno. Después de que las urnas revelaron que Allende se había impuesto, aunque por estrecho margen, a los otros dos candidatos, no tardaron en aparecer interpretaciones *postfactum* que pretendían explicar ese resultado en términos de insondables y enigmáticos "accidentes históricos" o apelando a otras fórmulas equivalentes de pensamiento mágico. Muchos intelectuales y facciones políticas de la izquierda, tanto en Chile

* Boron, A. (1975). Foro Internacional. México, XVI, 1(61) 64-121, julio-septiembre. El autor quiere expresar su agradecimiento a Juan Durán, Nora Elichiry, Julio Faúndez, Guillermo O'Donell, Víctor Pérez-Díaz y Elisa Reiss por las valiosas críticas y comentarios que formularon sobre una versión preliminar de este trabajo. Demás está decir que las opiniones aquí vertidas son de exclusiva responsabilidad del autor.

1. Vano sería el pretender citar de manera más o menos exhaustiva la gran cantidad de libros, artículos y panfletos dedicados a escrutar y entender "la vía chilena". Entre los más importantes publicados fuera de América Latina podríamos mencionar a los siguientes: Dale J. Johnson (1973), Alain Labrousse (1972), Gatherine Lamour (1972), Maurice Najman (1974), Paul Sweezy y Harry Magdoff (1974), Alain Touraine (1973) y J. Ann Zammit (1972).

como en otros países, se han adherido a estas opiniones que, según nuestro entender, revelan una incomprensión alarmante de la especificidad histórica de la coyuntura política por la que estaba atravesando Chile en 1970. Un buen ejemplo de este tipo de interpretaciones es proporcionado por los ensayos de Régis Debray y Miles Wolpin, ampliamente difundidos en América Latina e igualmente ilustrativos de las deficiencias teóricas de la tesis que, con ligeras variantes, sustentan ambos autores.[2]

En su Introducción a la *Conversación con Allende*, Debray (1971) procura presentar al lector un esquema de la evolución histórica chilena a fin de suministrar los antecedentes necesarios para comprender el intrigante carácter de la situación política imperante en las vísperas de la decisiva contienda electoral. Sin embargo, a pesar de su correcto propósito fracasa en su empresa por cuanto, luego de repasar los rasgos más sobresalientes de la evolución histórica nacional desde mediados del siglo XIX, concluye afirmando que, en el momento en que arreciaba la ofensiva de las masas populares, "*interviene uno de esos accidentes aparentemente irracionales de la Historia y que le sirven de ingredientes la clase dominante se da el lujo costoso, como se ha dicho ya, de exhibir a la luz del día sus contradicciones y sus dramas ideológicos* dejando subsistir, al lado del representante del Orden, la Ley y la Paz en el hogar a un vocero convencido de la vía no-capitalista de desarrollo y de la sociedad comunitaria, nutrido en encíclicas de Juan XXIII, en Maritain y en Emmanuel Mounier, al día con el resto del pensamiento contemporáneo" (pp. 37-38).[3] Y luego, más adelante en el diálogo con el presidente, persiste en su error al sostener que, para explicar el triunfo popular, "¡quizá habría que inventar una nueva ley de la historia –o una antiley– que sería la ley de las sorpresas!: *cuando sucede algo importante en la historia es siempre por sorpresa*". Esta intervención del ensayista francés provocó la inmediata réplica de Allende, percatado de la errónea conclusión a que había llegado su interlocutor: "Por sorpresa, no. Sobre

2. Régis Debray (1971), Miles Wolpin (1968). Este trabajo fue reproducido en *Pensamiento Crítico*, mayo de 1969, con el siguiente título: "La izquierda chilena: factores estructurales que impiden su victoria en 1970". En Chile, la revista *Punto Final* en su edición número 88 de septiembre de 1969 reprodujo el artículo tal como fuera publicado por una revista de La Habana. Miles Wolpin (1972, pp. 453-496).

3. Obviamente, el candidato del "Orden, la ley y la paz en el hogar", era Jorge Alessandri. Su oponente era Radomiro Tomic. (Énfasis nuestro).

las *condiciones de fondo* inciden circunstancias particulares y temporales" (p. 118, énfasis nuestro).

En esta misma perspectiva "accidentalista" hallamos dos ensayos de Miles Wolpin, uno de los cuales –publicado dos años antes de las elecciones presidenciales de 1970– adquirió notoria difusión dentro de la izquierda. En dicho trabajo, Wolpin (1968) enunciaba meticulosamente todos los factores que, a su juicio, impedirían el triunfo de los partidos populares en las próximas elecciones presidenciales: el control de la burguesía sobre los medios de comunicación de masas; el papel anticomunista de la Iglesia católica; la abismante desigualdad existente en los recursos financieros disponibles para las campañas electorales; el empleo de las prerrogativas y facilidades del gobierno con fines electorales; la autoridad del Congreso para elegir al presidente en caso de que ninguno de los candidatos hubiese obtenido mayoría absoluta; la probabilidad de la intervención militar; la extensión y variedad de las injerencias de Estados Unidos en el sistema sociopolítico "abierto" de Chile y la existencia de fuertes prejuicios anticomunistas en la opinión pública. El efecto conjunto de todos estos factores obraría como una barrera insalvable para las aspiraciones electorales de la izquierda (p. 68). Ahora bien, una vez conocidos los resultados de los comicios que –para asombro de algunos intelectuales y desconsuelo de la burguesía– proyectaron a Salvador Allende y al movimiento popular chileno a las alturas del aparato estatal –aun cuando el control que se tenía del mismo era más bien precario– un segundo ensayo de Wolpin justificaba la bondad de sus análisis anteriores argumentando que la victoria de la Unidad Popular se debió al "*exceso de confianza, los malos cálculos y la desunión de los burgueses*". Una serie de "factores fortuitos" –tales como la arrogancia de Frei, el excesivo entusiasmo de Tomic, amén de otros por el estilo– debilitaron y dividieron a la burguesía e hicieron así posible el triunfo de la izquierda (Wolpin, 1972, pp. 494-495, énfasis nuestro).

No es el propósito de este trabajo realizar una crítica puntual del argumento teórico y la evidencia empírica aportada por estos autores. Antes bien, nos interesa discutir globalmente esta interpretación de la coyuntura política chilena, cuyo mérito principal reside en el hecho que, en sus términos más generales, coincide con los análisis teóricos y las

posturas políticas que en la práctica concreta asumieron muchos intelectuales y fracciones políticas de la izquierda chilena. Por otra parte, el trágico final del gobierno de la Unidad Popular y la instauración de una brutal y sangrienta dictadura militar han contribuido, aparentemente, a dotar a la tesis que estamos criticando con un halo de exactitud que en realidad no tiene. Lo cierto es que se trata de una tesis errónea. Huelga anotar, sin embargo, que nuestro desacuerdo con las interpretaciones "accidentalistas" del triunfo electoral y de la propia experiencia del gobierno popular no significa que postulemos que tales acontecimientos constituían una "necesidad histórica" inexorable. Digamos más bien que, sin poseer ese raro don de la inevitabilidad, ellos se hallaban dentro de la estrecha franja de alternativas históricas que se abrían en la encrucijada a que había llegado Chile a fines de la década de 1960. No hay lugar, entonces, para sorpresas o "accidentes históricos" sino que se trata de comprender y explicar lo ocurrido teniendo en cuenta los muchos determinantes que, en tan particular coyuntura, influyeron para que ese y no otro hubiera sido el resultado.

Ciertos rumbos históricos habían sido claramente sobrepasados por el continuo avance en la movilización política de las clases populares y por el desenvolvimiento de una economía que había exasperado las contradicciones existentes entre las propias clases dominantes. Una experiencia populista era impensable frente a la madurez alcanzada por el proletariado; el reformismo burgués acababa de fracasar en el sexenio freísta; la fórmula liberal de viejo cuño había sido declarada obsoleta y ruinosa hasta por la misma burguesía; la "vía armada" era una ilusión voluntarista de algunos espíritus románticos, una extrapolación mecanicista y abstracta –y por lo tanto no marxista– de experiencias históricas realizadas en otros países en condiciones muy distintas a las imperantes en el Chile de 1970. Por lo tanto, para ensayar la variante populista o la reformista o la liberal era necesario desandar un camino, retrotraer la historia chilena a un pasado que las clases populares con su creciente movilización se habían encargado de liquidar. Eran falsas opciones que requerían elementos muy diferentes a aquellos con los cuales se estaba tejiendo la historia contemporánea; eran anacrónicas en el más puro sentido de la palabra. Por esto es que, sin hablar de "inevitabilidad

histórica" o de la presencia en el destino chileno de un determinismo inexorable que conducía irresistiblemente hacia el socialismo, es preciso reconocer que hay pocos elementos para justificar teóricamente la estupefacción y perplejidad de muchos observadores ante la elección de Salvador Allende como presidente y los decididos pasos en dirección al socialismo que se dieron en su breve y turbulenta gestión de gobierno.

Ahora bien, en este trabajo se pretende llamar la atención acerca de lo que consideramos un serio equívoco latente en las distintas versiones de la tesis qua subraya el carácter accidental, o fortuito del período histórico inaugurado el 4 de diciembre de 1970 y violentamente interrumpido por el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973: la negación –o la subestimación, en el mejor de los casos– de las raíces históricas y estructurales sobre las cuales se afirma la reciente movilización política de las clases populares, "condiciones de fondo" que tan correctamente señalara Allende a Debray. La equivocada apreciación de la importancia de estas determinaciones obliga a los muchos sostenedores de aquella tesis a acudir a expedientes metafísicos –del tipo de las "sorpresas históricas", "los lujos costosos de las clases dominantes" o los "factores fortuitos"– a fin de explicar lo que le resulta inexplicable. Pero el hecho de que una teoría se revele incapaz de dar cuenta satisfactoriamente de cierta práctica social no debería causar demasiada extrañeza. Lo curioso y paradójico, sin embargo, es encontrar tales afirmaciones en autores que emplean un vocabulario y una fraseología extraída de algunos textos clásicos del marxismo. La razón por la que se produce este fracaso teórico es clara: el análisis se realiza como si la coyuntura de 1970 se constituyera de manera autónoma en relación a la totalidad del proceso histórico y a las múltiples contradicciones resumidas en ese momento de su desarrollo. En otras palabras, a pesar de la retórica no hay análisis marxista. Marginada de la totalidad histórico-estructural, la coyuntura se independiza de sus condicionamientos y sus determinaciones se diluyen haciéndose necesario entonces recurrir a los eventos circunstanciales que la caracterizaron a fin de poder explicar su existencia misma. Demás está decir que esto no implica negar la distinción analítica que debe establecerse entre las condiciones histórico-estructurales de largo plazo y los factores inmediatos que obran como precipitantes del proceso histórico. Al

contrario, tal distinción es necesaria, lo que se debe evitar es que a partir de la misma se pierda de vista la interrelación dialéctica existente entre ambos órdenes de factores.[4] Es cierto que la división de las clases dominantes hizo posible, junto con otras causas, naturalmente, el triunfo electoral de Salvador Allende, pero el problema no radica ahí sino en explicar por qué las diferentes fracciones de la burguesía y la oligarquía terrateniente fueron incapaces de transar sus diferencias y reconstituir su unidad política e ideológica en vísperas de una decisiva batalla electoral. Es decir, una vez identificado uno de los elementos particulares que conforman la coyuntura crítica de 1970 se hace imprescindible explorar los lazos que lo ligan a la totalidad histórica en la cual se constituye. En el caso que estamos examinando parece claro que las clases dominantes no pudieron aglutinarse en una única fuerza política porque fueron incapaces de hallar una fórmula aceptable para conciliar dos proyectos antagónicos de dominación burguesa. Como es de imaginarse, la existencia de estos proyectos no emanaba de la personalidad de los candidatos ni de las tácticas electorales de los partidos sino que era el resultado de la evolución económica que había tenido lugar en el país en los últimos años y que produjo, por un lado, una exacerbación de los antagonismos existentes entre distintas fracciones de la burguesía y los grandes intereses agrarios y, por el otro, la ruptura de la precaria alianza de clases que –forjada aceleradamente ante las perspectivas inmediatas de un triunfo popular en 1964– había volcado todo el peso de su poder e influencia en favor de la candidatura de Frei.

Lo propuesto en estas páginas se puede plantear entonces en los siguientes términos: el examen de la coyuntura política de 1970 debe

4. Ver el lúcido análisis de Gramsci (1966) relativo al nexo existente entre lo que él llama "movimientos y hechos orgánicos" y "movimientos y hechos coyunturales". Aun a riesgo de extender demasiado estos comentarios, creemos que vale la pena reproducir sus palabras: "El error en que a menudo se cae en los análisis histórico-políticos consiste en no saber hallar una relación justa entre lo que es orgánico y lo que es ocasional: se llega así a exponer como inmediatamente operantes causas que lo son, en cambio, mediatamente, o a afirmar que las causas inmediatas son las únicas causas eficientes; en el primer caso se tiene el exceso de 'economismo' o de doctrinarismo pedante; en el otro, el exceso de 'ideologismo'; en un caso se sobrestiman las causas mecánicas, en el otro se exalta el elemento voluntarista e individual" (pp. 42-43). La necesidad de distinguir entre condiciones "de larga duración" y los precipitantes del proceso histórico ha sido objeto de preocupación por parte de diversos autores en fecha relativamente reciente. Ver Lawrence Stone (1966, p. 164), Robert Forster y Jack P. Greene (1970).

realizarse a partir de la evaluación de tres órdenes de factores condicionantes: a) las contradicciones y conflictos generados por la industrialización desde la década de 1930 y, muy particularmente, por su carácter dependiente y monopólico tan agudizado en la década de 1960; b) los cambios producidos en la estructura de clases: constitución de un proletariado industrial; diferenciación de distintas fracciones de la burguesía: expansión de las capas medias; aparición de "masas populares urbanas"; decadencia del inquilinaje y surgimiento de un proletariado rural; además, las transformaciones sufridas por el conjunto de la sociedad tales como los cambios demográficos y la urbanización: por ejemplo, también deben ser integradas en el marco teórico del análisis; c) el proceso de ampliación de las bases sociales del Estado, con sus consecuencias para las diversas alianzas de clase constituidas en su seno; las ideologías legitimadoras de su dominación y el carácter de la movilización política de las clases populares. La coyuntura de 1970 resume así, en un punto crítico, las contradicciones generadas a lo largo de varias décadas de desarrollo económico, cambios sociales y transformaciones políticas. Por ello es que se torna necesario integrar estas determinaciones histórico-estructurales en la explicación del "momento actual" del conflicto de clases, tal como este se había constituido en Chile al finalizar la década de 1960. Si aquellos determinantes no se integran en la base misma del análisis, las explicaciones que resulten tenderán casi fatalmente a exaltar el papel del azar o de las grandes personalidades en el proceso histórico y el Estado se transforma en un etéreo y remoto escenario sobre el cual los conflictos políticos se suceden en caprichosa indeterminación.

Los antecedentes económicos en vísperas del triunfo de la Unidad Popular han sido repetidamente señalados por diversos estudiosos que, de una manera y otra, han subrayado la magnitud y naturaleza de los cambios que tuvieron lugar durante el transcurso de la industrialización: lentitud en el proceso de crecimiento, persistente retraso de la agricultura, incapacidad para generar empleos en la medida requerida por el aumento demográfico, tendencias regresivas en la distribución del ingreso, constitución de un sector industrial monopólico y dependiente y, finalmente, necesidad de ampliar continuamente la intervención del Estado en la economía a fin de imprimir un cierto dinamismo

al conjunto.[5] Tales transformaciones –y sus implicaciones sociales– modificaron de manera decisiva la correlación de fuerzas existente en el interior del Estado: progresivo deterioro de la capacidad de dominio de los intereses terratenientes tradicionales; ascenso de una burguesía industrial estrechamente vinculada al capital extranjero; expansión de las capas medias y diferenciación de sus órganos de representación política en relación con los de las clases dominantes; consolidación del movimiento obrero y los partidos proletarios e irrupción de las masas populares urbanas y el campesinado en la arena política. No abundaremos en estos aspectos por cuanto ellos han sido examinados prolijamente, entre otros, por Aníbal Pinto, Enzo Faletto, Joan Garcés, Sergio Aranda, Alberto Martínez y Eduardo Ruiz.[6] Antes bien, lo que nos interesa aquí es proporcionar alguna evidencia relativa a las tendencias a largo plazo en la movilización política de las clases populares, especialmente en lo que respecta al fortalecimiento de sus organizaciones, su capacidad de lucha contra las clases dominantes y su creciente radicalización. Desafortunadamente estos tópicos no han sido suficientemente explorados, aun por aquellos que adoptan una perspectiva teórica que privilegia el papel de las determinaciones histórico-estructurales. Así, al estudiarse el significado político del movimiento popular, mucho tiempo y esfuerzo ha sido dedicado al examen de los resultados electorales más recientes, descuidándose otros aspectos tal vez menos llamativos pero no por ello de inferior relevancia. En las páginas que siguen se tratará de aportar algunas reflexiones sobre los mismos y sobre el contexto histórico en donde se originan los elementos políticos que se conjugaron en la coyuntura crítica de 1970. Esperamos así contribuir a enriquecer las explicaciones relativas al ascenso de la Unidad Popular y llamar la atención hacia la lenta constitución de las condiciones socioeconómicas y políticas que hicieron posible ese fenómeno.[7]

5. Ver Sergio Aranda y Alberto Martínez (1970, pp. 55-172).

6. Aníbal Pinto (1970a y b), Sergio Aranda y Alberto Martínez (1970), Joan Garcés (1970), Enzo Faletto y Eduardo Ruiz (1970), Enzo Faletto, Eduardo Ruiz y Hugo Zemelman (1971).

7. Esta pérdida de perspectiva histórica se torna más comprensible al constatar el reducido número de estudios existentes sobre la evolución del movimiento obrero y los partidos de izquierda en el siglo XX.

Movilización política: clase, partido y crisis hegemónica

Antes de proseguir con el tratamiento de nuestro tema se torna imprescindible hacer un breve paréntesis a fin de plantear de modo inequívoco el significado que reviste para nosotros el concepto de movilización política. A pesar de su importancia teórica y de su cada vez más frecuente utilización en la literatura académica y política contemporánea, dicho término está lejos de haber sido bien definido y, mucho menos, adecuadamente integrado en, un discurso teórico más amplio. Sin pretender desviar la atención hacia una revisión crítica de las conceptualizaciones y teorizaciones existentes –tarea que reservamos para otra ocasión– creemos que es necesario por lo menos explicitar el concepto de movilización política que vamos a utilizar. Este se inserta y adquiere significado en el interior de la teoría marxista del Estado, especialmente tal como fue desarrollada en las obras de Antonio Gramsci. En esencia, aquel concepto representa la aparición de un nuevo sujeto histórico que irrumpe en la escena política y produce una ruptura crítica en la capacidad hegemónica de la clase dirigente. Se trata, por lo tanto, de una irrupción de las masas en el Estado burgués, de una insurgencia reveladora de una insostenible "presión desde abajo" que ya no se puede desbaratar con los métodos tradicionales de control político: "dirección intelectual y moral", cooptación, exclusión o represión. El propio Gramsci (1966), al examinar la constitución' de las situaciones de crisis orgánica, afirmaba que ellas sobrevenían:

> ya sea porque la clase dirigente ha fracasado en alguna de sus grandes empresas políticas para la cual había demandado o impuesto por la fuerza el consenso de las masas (como en la guerra) o bien porque grandes masas (especialmente de campesinos y pequeños burgueses intelectuales) han pasado bruscamente de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su conjunto inorgánico constituyen una revolución. Se habla de crisis de autoridad y es esta precisamente la crisis de hegemonía, o crisis del Estado en su conjunto (p. 50).

Alessandro Pizzorno ha hecho valiosos comentarios sobre los textos gramscianos, en los cuales llega inclusive a establecer ciertas equivalencias a nivel conceptual entre las teorizaciones actuales de la movilización social –tal como se las encuentra hoy en las ciencias sociales– y las elaboraciones de Gramsci. Por su parte, Gino Germani también ha insistido en las semejanzas que existen entre su propia teoría de la movilización y la noción de "crisis orgánica" que ocupa un papel tan central en el pensamiento gramsciano (Pizzorno, 1970; Germani, 1973, p. 487). En todo caso, y sin entrar en este momento a efectuar un análisis de las correspondencias teóricas que existirían entre las elaboraciones de Gramsci y las formulaciones más recientes, vale la pena subrayar aquí dos elementos cuya importancia ha sido particularmente señalada por aquel.

En primer lugar, Gramsci habla de una irrupción de las masas que se produce en el interior de un Estado caracterizado por una correlación de fuerzas sociales que refleja una fase específica de su desarrollo. Esta "relación de fuerzas" es inmediatamente alterada por el surgimiento de un nuevo sujeto histórico (o más de uno, en el caso de una movilización simultánea del proletariado industrial y el campesinado, por ejemplo). La integración de esta nueva clase al Estado, no ya a través de su pasiva sumisión al dominio de las clases dirigentes sino como protagonista activo que lucha por sus intereses, origina una redefinición del carácter de clase del Estado, deteriora el sistema de alianzas y coaliciones preexistentes y, por último precipita una crisis hegemónica. Por lo tanto, la concepción gramsciana de la movilización política no se agota en la sola comprobación de que hay más gente expuesta a la modernidad o que hay más individuos que concurren a votar el día de las elecciones; lo que se pregunta Gramsci es si las clases subalternas cuestionan o no la legitimidad del Estado y si ese cuestionamiento se traduce en una lucha política encaminada hacia la conquista del poder estatal. No se trata entonces de un problema relativo a la mayor o menor participación política de los individuos sino que lo que está en discusión es el surgimiento de una clase como sujeto histórico: las "unidades de análisis" son clases sociales (o fracciones de clase) y no individuos aislados. La proporción de adultos que participan en el proceso político (en sus distintas fases y

niveles) puede aumentar o disminuir, pero el significado de tales variaciones solo se descifra luego de establecer su relación con los cambios habidos en el modo de inserción de las diferentes clases en el Estado. Es por ello que en el pensamiento gramsciano se detecta una ruptura allí donde las ciencias sociales modernas postulan una continuidad: su idea de la movilización implica un cambio cualitativo, y que además ocurre bruscamente, en el modo de integración de las clases populares al Estado. Por esto la movilización política es el preludio de la crisis hegemónica. La propia noción de ruptura o discontinuidad, esencial en el discurso teórico gramsciano, se halla ausente en la gran mayoría de las formulaciones relativas al tema de la movilización: esta aparece como una sucesión incremental de cambios merced a los cuales segmentos crecientes de la población van siendo asimilados y asemejándose cada vez más a los grupos sociales que ya están "integrados" dentro del sistema. En otras palabras, es un proceso mediante el cual se homogeniza una población, limándose las diferencias que separaban a la periferia marginada del centro integrado, llegándose así a un "hombre moderno" poseedor de una serie de rasgos comunes independientemente de su lugar de residencia, ocupación, educación o clase social. Por ello es que se postula el carácter continuo de la movilización y sus consecuencias uniformadoras e integradoras ejercidas sobre las distintas clases y estratos de la sociedad.[8] En Gramsci, en cambio, hay una ruptura, y el resultado, lejos de producir la asimilación de los grupos recientemente movilizados, produce exactamente lo opuesto: su diferenciación. A través de la movilización, las clases populares adquieren conciencia de sí mismas, descubren su inserción en lo que aquel llamaba la "compleja grandiosidad del Estado" y se aprestan a luchar para poner fin a una explotación secular. Gramsci sostenía que en Italia, por ejemplo, el campesinado meridional solo después de su movilización alcanzó a diferenciarse de los señores de la tierra y de la pequeña burguesía intelectual de la aldea. Antes se hallaba prisionero en la maraña ideológica con la cual las clases dominantes habían legitimado su dominio y era incapaz de

8. La elaboración más completa desde esta perspectiva se encuentra en Reinhard Bendix (1964, pp. 1-104) y en el ensayo de T. H. Marshall (1965).

cobrar plena conciencia de su identidad como clase. En otras palabras, la movilización política implica entonces una capacidad para negar y contestar la dirección intelectual y moral que el Estado ejerce sobre las clases subordinadas. Es precisamente por esta desintegración de la unidad político-ideológica de la sociedad burguesa que se puede hablar de la formación de un nuevo sujeto histórico y de crisis hegemónica.[9]

En segundo lugar, para Gramsci (1966) el fenómeno de la movilización se halla íntimamente ligado a la emergencia de un partido revolucionario y el desarrollo de las organizaciones de clase. Esto implica entonces que no solo se produce la "irrupción de las masas" sino que, además, esa súbita entrada de las clases subalternas va acompañada por la aparición o fortalecimiento de diversas organizaciones representativas de sus intereses. Claro está que el surgimiento de estas organizaciones va a estar profundamente influido por la naturaleza misma del proceso de movilización; por las contradicciones específicas que definen la coyuntura política en el momento en que se produce la movilización por la estructura del Estado y por las características de las distintas alianzas y bloques que se acomodan en su interior. No hay una secuencia única ni estadios uniformes en la constitución de los organismos de representación de las clases subalternas: las características que asumirá en cada país estarán condicionadas por el contexto socioeconómico y por las tradiciones políticas y organizativas dentro de las cuales se originan el partido y los demás órganos de representación popular. Pero, cualesquiera que sean las circunstancias particulares bajo las cuales ellos se desarrollen, sin su existencia la pura irrupción de las masas no llegará a trascender los marcos de la protesta desarticulada y carente de valores históricos de reemplazo. Solo el partido, como aparato organizativo y como "intelectual

9. Vale la pena destacar aquí que la teoría de la movilización elaborada por Gino Germani –referida a un campo de fenómenos más amplio que el que aquí nos ocupa– contiene ciertos elementos que retienen el carácter traumático de muchos procesos de movilización social. Se trataría de ver, entonces, hasta qué punto una *teoría general del cambio social y de la movilización* puede iluminar ciertos aspectos que no entran dentro del campo teórico del análisis gramsciano del *Estado capitalista*. Ver, por ejemplo, una aplicación al caso del peronismo en Germani (1963, pp. 403-421; 1968, pp. 65-96; 1973). Una teorización alternativa sobre el problema de la movilización social se encuentra en Karl W. Deutsch (1961, pp. 493-514). Sobre la teoría marxista del Estado, ver Nicos Poulantzas (1969) y Ralph Miliband (1970).

colectivo", puede plasmar en un actor histórico la insurgencia del proletariado (p. 5).[10]

A partir de estos criterios teóricos sugeridos por la lectura de Gramsci es posible identificar tres elementos definitorios de un proceso de movilización política: a) la irrupción de las masas; b) el desarrollo de las organizaciones de clase (partidos y sindicatos) y c) crisis de hegemonía de las clases dominantes. Es de suma importancia insistir en la necesidad de que se conjuguen estos tres elementos al hablar de un proceso histórico de movilización política. No basta la sola entrada de las clases populares a la arena política para concluir que se ha desencadenado un proceso de movilización. La "rebelión de las masas" –tal como desde una perspectiva elitista fue atestiguada con mucha alarma por Ortega y Gasset– es uno de los requisitos, pero está muy lejos de satisfacer *per se* a los demás. En otras palabras, la insurgencia de las clases populares es una condición necesaria pero no suficiente de la movilización política. Para que esta exista se requiere que las otras condiciones también se cumplan, es decir, que se desarrollen las organizaciones de clase –especialmente el partido del proletariado, al cual no por azar Gramsci le adjudicó el papel del "príncipe moderno"– y que, por otra parte, todo este proceso adquiera un significado político tal que las clases dirigentes resulten impotentes para mantener su hegemonía sobre el proletariado.[11]

El descuido en la consideración unitaria de estos tres elementos componentes de la movilización política es responsable de no pocas confusiones en las ciencias sociales modernas: al reducir el fenómeno complejo de la movilización a uno de sus elementos, la entrada de las masas en la arena política, procesos distintos aunque aparentemente semejantes han pasado a ser considerados como idénticos. Un caso típico es el frecuente tratamiento de la extensión del sufragio como sinónimo de la movilización política, a pesar de las claras diferencias que median entre ambos. La extensión del sufragio, concebida como la concesión

10. Sobre la concepción del partido en Gramsci, ver Giorgio Bonomi (1973) y María Antonieta Macciocchi (1974, pp. 82-88, 276-283).

11. Es claro que estos tres elementos: irrupción de las masas, formación del partido y crisis hegemónica no se originan simultáneamente. Su maduración es distinta y su génesis histórica también. La simultaneidad se refiere a la coyuntura concreta en que se produce la movilización política.

de derechos políticos a clases y estratos de la población que carecían de los mismos, y el ejercicio concreto de esos derechos expresados a través de la movilización electoral no necesariamente son indicios de un proceso subyacente de movilización política. La extensión del sufragio –concesión del *estatus* de ciudadano a nuevos sectores de la población– y la movilización electoral –práctica de los derechos de la ciudadanía que eventualmente podía resultar de la primera– revelan que hay una ampliación de las bases sociales del Estado pero nada nos dicen acerca de la naturaleza misma de esa incorporación. Puede ser tanto el resultado de la movilización política del proletariado como el corolario de una decisión de las clases dominantes orientada a producir su asimilación preventiva al *statu quo*. En un caso, el crecimiento en el número de individuos habilitados para ejercer los derechos políticos y los sucesivos aumentos en el tamaño del electorado es la consecuencia de la movilización popular; en otros casos puede ser la realización de una estrategia de las clases dominantes dirigida a impedir la movilización popular y, a través de ciertas concesiones oportunas y marginales en términos de su costo, consolidar el régimen político existente. ¿Cómo se sabe cuál es el significado de la extensión del sufragio y la movilización electoral en un cierto país y en un momento dado? ¿Cómo decidir si se trata de una manifestación de la movilización popular o de una estrategia de cooptación de las clases dominantes? Resolver esta contradicción solo es posible si se toma en cuenta la totalidad del momento histórico en el cual se produce. Si tiene lugar en un contexto signado por la intensificación de la lucha de clases, en donde vastos sectores populares han comenzado a plantear demandas que el sistema no está en condiciones de absorber sin efectuar concesiones de importancia y que comprometan su supervivencia y si, al mismo tiempo, tales exigencias son articuladas a través de un partido proletario y de organizaciones populares que encuadran tales reivindicaciones dentro de una ideología revolucionaria, pocas dudas caben que nos hallamos ante una situación de crisis hegemónica en donde la movilización electoral es solo uno de sus aspectos más visibles. Sin embargo, si la ampliación de la base electoral tiene lugar en un contexto caracterizado por el dominio sin contrapeso de las clases propietarias, en donde los instrumentos de dirección ideológica son suficientes

para regular las escasas y aisladas demandas populares, y si, además, no hay partidos u organizaciones populares o estos carecen de los recursos necesarios para cuestionar y enfrentar a las clases dominantes, en tal caso la movilización electoral, por drástica y acelerada que parezca, no es sino un intento de asimilación "desde arriba" de las clases populares destinado precisamente a frustrar su movilización. Que dicho intento tenga éxito o fracase ya es otro punto; si ocurre lo primero, el sistema se consolida y las perspectivas de una transformación radical se postergan por mucho tiempo. Se perpetúa la exclusión de algunas clases (el campesinado, por ejemplo), se practica cierta demagogia con las masas populares urbanas (políticas paternalistas en relación a los "marginales") y se efectúan algunas concesiones a los sectores obreros organizados, especialmente con aquellos cuya inserción en la economía nacional los hace potencialmente peligrosos en caso de conflicto. En resumen, se excluye a unos, se manipula a otros y se coopta a la "aristocracia obrera" al paso que se impide la constitución de organizaciones autónomas y unitarias del proletariado. Sin embargo, si esta estrategia no tiene éxito es probable que la apertura formal y "desde arriba" del juego político produzca un efecto exactamente opuesto a lo esperado y la asimilación preventiva se transforme en un proceso incontrolable para las propias clases dirigentes, desencadenando la movilización política de las masas.

Chile. La movilización política de las clases populares

Así planteada, en sus rasgos más generales, la noción de movilización política utilizada en este trabajo, pasemos ahora a examinar algunos materiales referidos a la experiencia chilena. En primer lugar estudiaremos los cambios habidos en la participación electoral y su significado dentro del contexto de una teoría de la movilización política. Luego nos concentraremos en la evolución del movimiento obrero y las tendencias observadas en las huelgas y los conflictos económicos.

a) Extensión del sufragio y participación electoral

Durante los años de gobierno del Frente Popular se percibió un notorio fortalecimiento de los partidos de izquierda. Su creciente poderío se reflejaba fácilmente en la aritmética electoral tanto por el aumento de votantes que año tras año engrosaban el electorado socialista y comunista como por el creciente número de bancas parlamentarias que eran conquistadas por los candidatos de estos partidos. Además, el afianzamiento de la izquierda se producía también en otros niveles que contribuían a dotar de una cierta estabilidad y persistencia al apoyo recibido en cada elección: nos referimos aquí al desarrollo de un aparato organizacional firmemente asentado en ciertos núcleos obreros, diseminados en distintas regiones del país, y en una intelectualidad pequeño burguesa desarrollada en el ámbito universitario.[12] Sin embargo, la experiencia del Frente Popular finalizó con una verdadera catástrofe para la izquierda y las clases populares. En 1947, el presidente González Videla inició una violenta campaña cuyo objetivo era desmantelar las organizaciones del proletariado. Al año siguiente el gobierno propuso y obtuvo del Congreso la sanción de la ley de Defensa Permanente de la Democracia bajo cuyos enunciados todos los individuos sobre los cuales recaía la sospecha de ser militantes o simplemente simpatizantes del Partido Comunista fueron eliminados de los registros electorales. Por este expediente, cerca de 26.000 personas fueron privadas de sus derechos políticos e incapacitadas para asociarse a los sindicatos. Más aún, no pocos líderes y activistas del Partido Comunista fueron confinados a regiones remotas del país. Otros fueron desterrados. Las organizaciones de la clase obrera destruidas y todo grupo que pudiera representar una amenaza potencial contra las clases dirigentes podían ser juzgados como "comunistas" –según la amplia y elástica definición legal de dicho término– y en consecuencia susceptibles de recibir las sanciones contempladas por la ley.[13] En una palabra, la política seguida por González Videla produjo

12. Consultar Robert J. Alexander (1957, pp. 177-210) y Frederick Pike (1963, pp. 257-305).

13. Ver James Petras (1969, pp. 128-132), Federico Gil (1969, p. 90), Jorge Barría (1971, pp. 101-103), Hernán Ramírez Necochea (1970, pp. 281-282), Robert J. Alexander (1957, pp. 199-205). Merece ser destacado que el Partido Comunista había obtenido 16,5% de los votos en las elecciones municipales de 1947.

un severo retroceso en el movimiento popular y desmovilizó temporalmente aquellos sectores de la clase obrera que habían logrado darse una organización. Al mismo tiempo, esta ofensiva antiobrera marcó el fin de una década de coaliciones –inestables y efímeras, pero recurrentes– entre los partidos de base obrera y los representativos de las capas medias y ciertas fracciones emergentes de la burguesía. El colapso y la violenta ruptura de esta coalición –inaugurada en 1938– fueron acelerados por una variedad de factores. Algunos domésticos: la atenuación del ritmo de la industrialización; la consolidación de los sectores medios y la adopción de una serie de decisiones de corte conservador y tendientes a restablecer un compromiso con las clases dominantes. Otros de carácter internacional, como las presiones norteamericanas generadas por la necesidad de contar con "gobiernos amigos" en una época de guerra fría.[14]

La represión de esos años perjudicó seriamente las actividades del Partido Comunista y de la izquierda en general. Una profunda desorganización se produjo en las filas del socialismo a consecuencia de lo cual se multiplicaron las divisiones en fracciones y microfracciones cuyas rivalidades impedían coordinar los más elementales esfuerzos para la defensa de las clases subalternas. La caída del movimiento popular alcanzó su foso más profundo en las postrimerías de la década de 1940 y los primeros años de la siguiente. El triunfo del ex dictador Carlos Ibáñez del Campo, a la cabeza de una vasta y amorfa coalición de fuerzas políticas que contó con el respaldo entusiasta de las masas populares desorientadas y sin vanguardia, es una buena indicación de la decadencia a que habían llegado las organizaciones políticas y sindicales del proletariado. Pero el fracaso del experimento populista iniciado por Ibáñez y el abandono de una política represiva contra la izquierda (aun cuando el Partido Comunista siguió siendo considerado ilegal hasta 1958) hicieron posible la recuperación y reorganización del movimiento popular. Esto culminó el 1 de marzo de 1956 con la creación del Frente de Acción Popular (FRAP), constituido como una coalición de varios partidos políticos de orientación izquierdista. Cada uno de ellos

14. Ver, por ejemplo, la declaración del presidente González Videla del 23 de octubre de 1947 y reproducida en Alexander (1957, pp. 203-204).

mantenía sus propias organizaciones, dirigentes, afiliados y órganos de financiamiento y difusión pero actuaban como bloque en el Congreso, presentaban una lista común de candidatos en las elecciones nacionales y desarrollaban sus campañas electorales de manera concertada (Petras, 1969, pp. 174-178; Chelén Rojas, s/f, pp. 141-174). Demás está decir que la columna vertebral del FRAP eran los partidos Comunista y Socialista, el último de los cuales había surgido en julio de 1957 a raíz de la reunificación del Partido Socialista de Chile y el Partido Socialista Popular, fusión que, valga notarlo, fue precipitada por la formación del FRAP. En lo que respecta al movimiento obrero, el relajamiento producido por el ascenso del ibañismo facilitó la labor de distintos grupos de sindicalistas y militantes que pugnaban por recomponer sus cuadros luego de la ofensiva reaccionaria lanzada por González Videla y para dotarlos de la unidad y coherencia que tanta falta les hacía. Tales esfuerzos, indisolublemente unidos al nombre de Clotario Blest, prosperaron rápidamente al punto que el 12 de febrero de 1953 quedó formalmente constituido la Central Única de Trabajadores de Chile (CUT). La creación de la CUT, a pesar de que no produjo resultados espectaculares desde el punto de vista de la expansión cuantitativa del movimiento obrero, significó un gran paso hacia adelante dado por el proletariado. Se mejoró su capacidad de negociación y se efectuaron notables progresos en la coordinación y efectividad de las luchas reivindicativas de los distintos sindicatos y federaciones, tal como queda evidenciado por el éxito de las huelgas generales de 1954 y 1955. Además, la creación de la CUT y el papel preponderante que les cupo a los partidos marxistas contribuyó a reforzar en el movimiento obrero una ideología socialista que gradualmente pasó a ser adoptada por segmentos cada vez más numerosos de las clases populares.[15]

El resurgimiento de los partidos de izquierda y la consolidación de un movimiento obrero unitario orientado por la ideología marxista revelaban que las clases subalternas eran capaces de resistir los duros ataques de que habían sido objeto durante el último lustro y que la política

15. Ver la narración de un protagonista principal de los hechos: Clotario Blest (1973). También consúltese Chelén Rojas (s/f, p. 132) y Barría (1971, pp. 108-109).

"desmovilizadora", aplicada por González Videla y la coalición reaccionaria de gobierno, no había rendido los frutos que las clases dominantes esperaban con tantas ilusiones. De hecho, la fase represiva sufrida por el movimiento popular chileno le otorgó una madurez y una conciencia que antes no tenía y lo templó para su definitiva aparición sobre la escena política en un papel protagónico y no ya como la masa electoral de las aventuras políticas de la pequeña burguesía. En este sentido, luego de muchos años, la movilización política de las clases populares comenzaba a llegar a un punto de no retorno a partir del cual ya sería imposible gobernar en Chile sin introducir cambios de importancia en las condiciones socioeconómicas y políticas bajo las cuales había funcionado el sistema en su conjunto. Con el correr de los años, el fenómeno que con mucha intuición observó Alberto Edwards Vives alrededor de 1920 y que culminó con la crisis de la dominación oligárquica se había generalizado y en su expansión afectó a distintos segmentos del proletariado que tradicionalmente permanecían ajenos a los intentos de organización promovidos por la izquierda. Lo que Edwards Vives (1966) señalaba era que "La crisis de 1920 no era un simple problema electoral, como algunos hoy todavía lo imaginan. Algo muy hondo y fundamental había dejado de existir: *la obediencia pasiva de la masa del país ante los antiguos círculos oligárquicos*" (p. 215, énfasis nuestro). Esta rebeldía de los sectores populares la percibía Edwards entre los trabajadores mineros y algunos núcleos obreros de las grandes ciudades. Un caso paradigmático lo planteaba el departamento de Lautaro, caracterizado por la existencia de un fuerte núcleo proletario ocupado en los yacimientos carboníferos de la zona. Hasta 1915 dicho distrito había sido un baluarte del antiguo Partido Nacional y los mineros se limitaban sencillamente a obedecer las órdenes de los grupos dominantes y votaban por los candidatos que se les indicaba. Sin embargo, a partir de 1918, anota Edwards Vives, lo único imposible en Lautaro era la elección de un candidato de la derecha (p. 210). Ahora bien, tal incapacidad para lograr la obediencia de las clases subalternas –uno de los componentes básicos de la movilización política–, había rebasado los límites estrechos de lo que podría llamarse la "aristocracia obrera" y se estaba manifestando ya desde los fines de la década de 1940 en segmentos cada vez más amplios del proletariado

industrial, las masas populares urbanas y hasta en algunas fracciones del campesinado. Un indicio de meridiana claridad lo dio la pauta de la votación agraria en las elecciones presidenciales de 1952 en donde, por primera vez en la historia chilena, la oligarquía terrateniente fue impotente para controlar el sufragio de sus inquilinos y asalariados quienes brindaron un inesperado apoyo a la candidatura populista de Ibáñez. De esta manera, los grandes terratenientes comprobaron cómo uno de los pilares sobre los cuales reposaba su hegemonía sobre la sociedad agraria –y de la cual dependía su permanencia en el bloque dominante del Estado– había comenzado a derrumbarse. En 1952 los campesinos dijeron ¡no! a sus patrones y votaron por Ibáñez. Pero en 1958 sus preferencias iban a orientarse de modo más definido hacia la izquierda, sustituyendo la pura protesta expresada en el voto populista por una acción afirmativa que se manifestaba en su apoyo a los candidatos socialistas y comunistas. Sin entrar ahora a un análisis detenido sobre la radicalización política del campesino, valga señalar como un indicador de la misma las cifras de las elecciones presidenciales de 1952, 1958 y 1964 en algunas de las comunas más rurales de Chile (con más del 80% de la población activa ocupada en actividades agrícolas): en San Fabián y San Nicolás, por ejemplo, la candidatura de Allende en 1952 no había atraído mucho más del 1% del total de votos válidos masculinos; en 1958, en ambas comunas sobrepasó con holgura el 20% y llegó a más del 42% en 1964. Esta situación, lejos de ser excepcional fue más bien típica dentro de la evolución de la votación campesina en esa época.[16]

Los años de Ibáñez dieron oportunidad para que la izquierda se reorganizara, reactivara políticamente al proletariado industrial y minero y, además, ampliara considerablemente sus efectivos gracias a la incesante movilización y radicalización de los trabajadores agrícolas. Así, Salvador Allende, como candidato presidencial del FRAP, estuvo a punto de ganar las elecciones presidenciales de 1958, lo que no llegó a ocurrir debido a ciertos confusos episodios nunca del todo aclarados y a la sospechosa maniobra divisionista consumada poco tiempo antes

16. Sobre la votación campesina ver Petras (1969, pp. 165-167); Alexander (1957, p. 209); Gil (1969, p. 95); Zemelman (1964, pp. 50-60). Sobre el campesinado como clase ver la obra de Almino Affonso *et al.* (1970) y Zemelman (1971, pp. 84-115).

del comicio por un ex sacerdote, popularmente conocido como "el cura de Catapilco", que le restó a Allende el puñado de votos necesarios para triunfar.[17] En todo caso, el surgimiento del FRAP como una de las más poderosas fuerzas políticas de Chile coincidió con otras manifestaciones de la redoblada presión popular ejercida sobre el Estado con el propósito de democratizar el proceso político. Ya lo había planteado la CUT en su primer congreso en 1953 y ahora, en marzo de 1958, la insatisfacción con los procedimientos electorales y la representatividad de los cargos electivos en las distintas ramas del aparato estatal dieron origen a una coalición parlamentaria denominada Bloque de Saneamiento Democrático. Integraban ese grupo los partidos Socialista, Comunista, Radical, Demócrata Cristiano y pequeñas agrupaciones políticas, entre las que debe mencionarse una fracción del oficialista Partido Agrario Laborista. La acción de este bloque contribuyó a sancionar una serie de reformas legislativas que permitió mejorar drásticamente la honestidad de las elecciones y democratizar el proceso político, obviamente dentro de las limitaciones de la democracia burguesa. Mención especial entre tales reformas merecen la que estableció la "cédula única" y la que derogó la Ley de Defensa Permanente de la Democracia. Por la primera se sustituyó la antigua papeleta de votar, emitida por cada partido político, que permitía la práctica generalizada del cohecho, por una boleta única emitida por el Estado. Por la segunda se legalizaron la existencia y actividades del Partido Comunista y se posibilitó la reinscripción de sus afiliados en los registros electorales. Tales innovaciones, acompañadas por algunas otras de menor cuantía en la legislación y prácticas electorales, fueron sucedidas por otras modificaciones de mayor importancia en el año 1962. Estas últimas instituyeron la inscripción obligatoria en los registros electorales e introdujeron cambios en los procedimientos burocráticos, hasta ese entonces increíblemente complejos y desalentadores, que finalmente hicieron posible a las clases populares ejercer los derechos políticos que tenían según las leyes. También, en virtud de

17. Si todos los votos de Zamorano hubieran ido a Allende, cosa lógica de esperar, este se hubiera impuesto a Alessandri por 8.000 votos. Zamorano obtuvo 41.304 votos de agricultores pobres y habitantes de poblaciones marginales, los cuales en 1957 lo habían elegido diputado bajo la bandera del FRAP, según Gil (1969, pp. 98-99).

las reformas de 1962, la inscripción electoral adquirió un carácter permanente, suprimiéndose de esta manera la intencionada necesidad de su periódica renovación. Integradas "formalmente", pero excluidas en la práctica concreta, las clases populares alcanzaron condiciones reales de "participación" y de hacer oír su voz solo después de removidas esas prácticas burocráticas que no por azar se habían alzado como una barrera formidable a su voluntad política. Por último, la reforma constitucional de 1970 rebajó los límites de edad requeridos para el ejercicio del sufragio de 21 a 18 años y suprimió el requisito de la alfabetización, permitiendo de esta manera que todos los chilenos mayores de 18 pudieran tomar parte en las elecciones que se convocaran con posterioridad a ese año.

De esta manera, las reformas electorales de 1958, 1962 y 1970 contribuyeron efectivamente a la remoción de los innumerables escollos interpuestos para limitar la participación política de las clases populares: sus resultados fueron, en primer lugar, una enorme ampliación del electorado y, en segundo término, un no menos llamativo desplazamiento del centro de gravedad del sistema partidista hacia la izquierda.

Masificación y radicalización del electorado son dos conceptos que resumen muy bien las características de la historia política reciente en Chile: el sentido de los mismos, claro está, fue dado por la aceleración e intensificación de un proceso de movilización política cuya gestación, progresos y retrocesos se habían venido desenvolviendo por varias décadas y cuyos resultados, al nivel político-electoral, se resumían de esa manera. La crisis del Estado burgués, esa crisis de hegemonía de que hablaba Gramsci, se había finalmente constituido en los últimos años de la década de 1960, contemporáneamente con el fracaso de las tentativas reformistas ensayadas por la Democracia Cristiana. Es muy importante subrayar aquí que esa crisis no se precipitó debido al resultado de las elecciones presidenciales de 1970, sino que fue precisamente la existencia de la propia crisis en la capacidad hegemónica de las clases dirigentes chilenas la que "explica" el resultado electoral. Este reflejaba tan solo la punta del *iceberg* y no la totalidad del mismo. Por ello, *al igual que en 1920, estamos en presencia de una crisis del Estado. Pero antes era a consecuencia de la revuelta de los sectores medios; ahora por la rebelión del proletariado. Crisis*

de la dominación oligárquica en 1920, crisis de la dominación burguesa en 1970 y entre ambas la movilización política de los diferentes estratos del proletariado.

Los efectos electorales de dicha movilización política quedan demostrados en el cuadro 1.[18]

Cuadro 1. Tendencias en la inscripción electoral, en la votación total y en la radicalización política del electorado, 1952-1973

Año	Electores inscriptos		Electores que votaron		Votos de izquierda		
	Número absoluto	Índice 1952-100	Número absoluto	Índice 1952-100	Número absoluto	Índice 1952-100	% sobre votosválidos
1952	1.105.029	100.0	957.102	100.0	51.975	100.0	5.5
1953	1.497.902	135.6	1.250.350	130.6	356.493	685.9	28.9
1964	2.915.121	263.8	2.530.697	264.4	977.902	1.881.5	38.9
1970	3.539.747	320.3	2.954.799	308.7	1.075 600	2.069.5	36.6
1973	4.538.851	410.7	3.661.898	382.6	1.589 025	3.057.3	44.0

Fuente: Dirección del Registro Electoral, Resultados Oficiales de las Elecciones Presidenciales de los años 1952, 1958, 1964 y 1970 y la Elección de Diputados del año 1973.

Nota: Bajo la denominación "votos de izquierda" se ha computado los sufragios emitidos en favor de Salvador Allende en las cuatro elecciones presidenciales que se está considerando. Para la elección de diputados del año 1973 se han incluido todos los votos recibidos por los partidos integrantes de la Unidad Popular, es decir, los partidos Socialista, Comunista, Radical, Mapu, Izquierda Cristiana y Acción Popular Independiente. El 0.28% obtenido por la Unión Socialista Popular, cuya representación parlamentaria se alineaba junto con la UP, no fue incluido en la cifra arriba indicada.

Como puede verse, hubo un lento crecimiento del cuerpo electoral entre 1952 y 1958, etapa que dio lugar a otra de gran expansión –entre 1958 y 1964– tanto en el número de electores inscriptos como en el de los votantes y que se vio decisivamente influida por las reformas electorales ya mencionadas. Luego de 1964 hubo un período de disminución en el ritmo de crecimiento hasta que, con posterioridad a 1970, se produjo otra fase de rápida aceleración. En pocas palabras, Chile vivió una rápida transición hacia un electorado de masas en pocos años: una adecuada

18. Para más detalles sobre la cuestión electoral, ver Gil (1969, 227-229); Petras (1969, 108-113). Los cambios en el régimen electoral son discutidos en Boron (1971, pp. 395-436). En relación al voto femenino debe recordarse que el mismo fue garantizado en 1949 y que fue el año 1952, con ocasión de la elección presidencial de ese año, la primera vez que las mujeres participaron en elecciones nacionales.

descripción sobre la magnitud de la irrupción popular se tiene al comprobar que la proporción de inscriptos en relación al total de la población adulta pasó del 35,7% al 80,1% entre 1952 y 1970. Creemos que la elocuencia de estas cifras basta y sobra para subrayar el carácter crítico de este fenómeno.

Ahora bien, una de las consecuencias electorales de la movilización política fue la expansión del electorado; otra fue la progresiva radicalización del mismo. No solo hay más participantes en la arena electoral sino que un número siempre creciente de ellos apoya a los partidos de inspiración marxista. El desplazamiento hacia la izquierda es claro y requiere poco esfuerzo demostrarlo: Allende obtiene el 5,5% de los votos en 1952, sube hasta casi un 29% en 1958 y ahí estuvo a punto de ganar las elecciones. En 1964 vuelve a ser derrotado, pero entonces los contingentes de la izquierda llegaban a casi un millón de chilenos y cerca del 39% del total de votos. En 1970 los partidos populares conservan sus efectivos y Allende obtiene la presidencia, aun cuando con una ligera baja en su participación relativa en el conjunto del electorado. Por último, en las elecciones parlamentarias de 1973, después de dos años y medio de gobierno socialista y en el medio de una campaña sistemática y bien sincronizada de sabotaje y boicot internacional y nacional, la Unidad Popular aumentó su propia votación inicial en casi un 50% al paso que su participación en el conjunto del electorado se incrementa en cerca de un 8%, siendo esta la única vez en la *historia chilena que un partido o coalición gobernante aumenta su caudal electoral durante el transcurso de su mandato.* En lugar del clásico problema del "desgaste", causado por el ejercicio de la autoridad, nos encontramos con el extraño caso del fortalecimiento de la coalición de gobierno. La izquierda se manifestó así capaz de captar buena parte de los votos de los nuevos electores, inscriptos luego de las reformas de 1970, y profundizar su respaldo entre los obreros, pobladores y campesinos atrayendo a muchos de ellos a sus filas por primera vez.[19]

19. No vamos a escandalizarnos ni a rasgarnos las vestiduras por las recientes declaraciones del director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) William E. Colby en relación a la "ayuda" prestada para el "mantenimiento de las instituciones democráticas" en Chile. Cualquiera medianamente informado en Chile ya lo sabía; por ello es que tales revelaciones no descubren nada nuevo. Sirven, eso sí, para desnudar el carácter moral y la vileza de muchos de los celosos guardianes de la "libertad y la democracia". Sirven,

Una última observación antes de concluir con esta sección: el voto izquierdista se mantuvo estacionario en el período 1964-1970, que es justamente aquel caracterizado por una baja en el ritmo de expansión del electorado y, por otro lado, corresponde a los años de gobierno de la democracia cristiana. Entre 1958 y 1964 es indudable que la "cédula única" disminuyó drásticamente el impacto del cohecho –especialmente en las áreas rurales– y facilitó a vastas secciones de las clases populares la expresión libre de sus preferencias políticas. Al mismo tiempo, vale señalar que la remoción de prácticas exclusivistas y de arbitrios burocráticos utilizados para frustrar la inscripción electoral coadyuvaron a expresar el sentir de las masas. Sin embargo, en el sexenio 1964-1970, los partidos marxistas no lograron mantener la dinámica que traían del período anterior. En parte, esto podría entenderse como la resultante natural del serio revés electoral sufrido en 1964 y que obligó a la izquierda a replantearse sus análisis de la situación nacional, sus estrategias de lucha, sus formas organizativas, su eficiencia como instrumento de movilización popular. También es cierto que la demagogia reformista contribuyó en no poco grado a confundir y desorientar aún más a las clases populares, ya de por sí confundidas y desorientadas por los desaciertos y vacilaciones de su propia vanguardia durante la campaña electoral de dicho año (Chelén Rojas, s/f., pp. 162-174). Algunos elementos de las clases populares fueron atraídos y embaucados por efectivos y costosos trucos publicitarios. Una campaña propagandística sin precedentes se desató en Chile en las vísperas de las elecciones presidenciales de 1964. Macizamente apoyada y difundida a través de los aparatos ideológicos de la burguesía, dicha propaganda contó con la "benévola y desinteresada" financiación del capital monopolista y el imperialismo.[20] En todo

además, para que algunos sociólogos, analistas políticos y economistas obnubilados por sus prejuicios se den cuenta de la trascendencia que reviste el análisis del imperialismo para la comprensión de la realidad latinoamericana.

20. Ver Wolpin (op. cit., pp. 476-477). Consúltese también la revista *Time* (30 de septiembre de 1974) en donde narra algunos entretelones de la acción de la CIA en Chile. Otra fuente digna de ser examinada es el libro de Víctor Marchetti y John D. Marks (1974), que entre sus muchos méritos ostenta el de ser el primer libro en la historia de Estados Unidos sometido a censura previa por parte del gobierno. La Corte Federal aceptó la petición de la CIA en lo referente a la supresión de 168 pasajes del libro que lesionaría la "seguridad nacional", según el Gobierno Federal. Varios de los pasajes censurados se hallan intercalados en secciones del libro dedicadas a la intervención de la CIA en Chile. Otra fuente que también merece ser

caso, este reflujo de la izquierda fue efímero y las masacres populares que tuvieron lugar en el sexenio de la "revolución en libertad" desnudaron el verdadero carácter de clase de un régimen que se había autoerigido en el mesías de las masas y desengañaron a muchos sectores de las clases populares que habían sido sorprendidos por la sutil propaganda. Más de treinta obreros, pobladores y campesinos, niños, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, en Santiago, El Salvador o Puerto Montt, murieron bajo las fuerzas represivas durante la administración de Frei; con ellos también moría la viabilidad del reformismo burgués.

Luego de 1970, los esfuerzos sistemáticos y conscientes de los principales partidos de la Unidad Popular y el gobierno aceleraron la movilización popular y profundizaron la organización del proletariado, acciones que deben tenerse muy en cuenta al intentar explicar las razones del renovado poderío electoral de la Unidad Popular en las dificilísimas circunstancias que rodearon las elecciones parlamentarias de 1973.

En resumen podríamos decir entonces que los rasgos más salientes de los aspectos electorales de la movilización política de las clases populares chilenas se sintetizan en la siguiente secuencia: extensión de la movilización política (más estratos dentro de las clases populares son "contagiados" por el proceso); masificación de la política y ampliación de las bases sociales del Estado; progresivo deterioro de las alternativas políticas de la burguesía luego del frustrado experimento de la restauración alessandrista y del fracaso del reformismo democristiano; desplazamiento del electorado y del sistema partidista hacia la izquierda e inauguración de la transición hacia el socialismo en 1970.

b) Organizaciones populares y conflictos de clase

Hasta ahora hemos limitado nuestra exposición a las consecuencias electorales de la movilización política; veremos a continuación otro aspecto de crucial importancia: el desarrollo de una red de organizaciones de clases capaces de canalizar los impulsos de los estratos recientemente

releída a la luz de los acontecimientos posteriores a su publicación es la colección de *Documentos secretos de la ITT*, Santiago de Chile, 1972.

movilizados y darles una expresión orgánica. Asimismo trataremos de presentar algunas indicaciones sobre la evolución de los conflictos entre asalariados y patrones a fin de relacionar la exposición anterior y la actual con las características contemporáneas de la lucha de clases.

El desarrollo de las organizaciones de clase siguió en Chile una trayectoria que, brevemente, puede describirse de esta manera: la primera fase de la industrialización se tradujo en una notable expansión del número de trabajadores organizados, al punto que los asociados a los sindicatos se triplicaron entre 1932 y 1939, pasando de casi 55.000 a unos 173.000. Claro está que el impacto de la Gran Depresión sobre las actividades mineras había traído como consecuencia una drástica disminución en el número tanto de obreros ocupados en los yacimientos como de trabajadores organizados en sindicatos, todo lo cual contribuyó a magnificar el crecimiento real alcanzado hasta 1939, puesto que en 1932 se partía de una base excepcionalmente deprimida. Sin embargo, el vigoroso crecimiento de las organizaciones de clases del proletariado prosiguió en la década siguiente y así en los años de la posguerra se contaba con más de 260.000 trabajadores asociados a los sindicatos. Luego de estos tres lustros de expansión, el movimiento obrero entró en una fase de relativo estancamiento en lo que respecta a su volumen cuantitativo: hubo ocasionales ascensos y descensos en el número de afiliados, el que llega a su punto más bajo en 1960. Luego se iniciaría una fase de rápida recuperación a partir de 1966. Si bien es cierto que el carácter de la industrialización chilena difícilmente podría haber creado condiciones favorables para el surgimiento pujante del movimiento obrero, no es menos cierto que las innumerables restricciones y limitaciones legales para la organización de los sindicatos jugaron un papel muy significativo en su lento desarrollo. A los empleados públicos les era prohibido organizarse en sindicatos, estando solo facultados para crear "asociaciones" cuya efectividad como arma de lucha era menor aún que la de los sindicatos legales. Estos, por su parte, podían crearse tan solo en el sector privado y eso luego de sortear una telaraña kafkiana de preceptos y reglamentaciones cuya única finalidad era precisamente la de impedir que se constituyera un movimiento sindical poderoso. La CUT carecía de reconocimiento legal, resintiéndose de esta manera su capacidad ejecutiva como órgano

de centralización y conducción superior del movimiento obrero. Como estas había muchas otras trabas cuya enunciación sería tedioso efectuar aquí, pero acerca de cuyos propósitos pocas dudas caben, puesto que la gran mayoría de ellas procuraba entorpecer los esfuerzos de organización del proletariado y acentuar hasta el límite las tendencias divisionistas que pudieran existir en su seno (Angell, 1972, pp. 11-41).

La política seguida por la Democracia Cristiana durante su administración fue muy clara: intentó penetrar y dividir la conducción unitaria de la clase obrera, al tiempo que mantenía las trabas que impedían la extensión de la organización a sectores más vastos del proletariado industrial. A tales labores estuvo expresamente dedicado el Ministerio de Trabajo y tanto celo puso la administración oficial en esta causa que sus tareas más específicas, como la mediación y conciliación de los conflictos de trabajo, tuvieron que ser atendidas por el Ministerio del Interior durante los primeros años del gobierno de la Democracia Cristiana. Va de suyo que todas estas maniobras se realizaban invocando los más elevados ideales, al punto que el ministro de Trabajo no se cansaba de repetir que se estaba garantizando la "libertad de trabajo", cuando en realidad se canalizaban fondos fiscales y personal de la administración pública nacional en la promoción del "paralelismo sindical". La estratagema no resultó y no solo fue repudiada por las organizaciones populares sino también por influyentes líderes progresistas dentro del propio partido oficialista.[21] El objetivo que se perseguía era liquidar la influencia marxista en la clase obrera, despojar a los partidos de izquierda de sus bases sociales y conquistar una masa electoral que había sido particularmente refractaria al llamado de la Democracia Cristiana. Con propósitos similares, pero adecuando la táctica a una realidad de clase distinta se procuró organizar al campesinado y a las masas urbanas. Campesinos y pobladores constituían estratos de las clases populares en donde la penetración de la izquierda era más reciente y en donde, para la

21. Cabe señalar que mientras el gobierno alentaba el "paralelismo sindical" entre las clases populares se cuidaba muy bien de perseguir propósitos semejantes en relación a las organizaciones patronales; da la impresión de que el supuesto implícito en las diversas políticas gubernamentales era que la división de la base producía los mismos bienhechores que la unidad de la cúspide. Es decir, paralelismo y pluralismo sí, pero para los sectores populares.

democracia cristiana, las perspectivas de hallar una sólida base electoral parecían más promisorias. Se cambió la legislación que en la práctica imposibilitaba la sindicalización campesina y se canalizaron muchísimos recursos destinados a entrenar líderes sindicales y organizar sindicatos rurales. Con los pobladores sucedió otro tanto y era una oficina dependiente del mismísimo Presidente de la República, el Consejo Nacional de Promoción Popular, la que estaba encargada exclusivamente de crear una amplia red de organizaciones populares adictas al gobierno.[22] Las tácticas empleadas por el gobierno de la Democracia Cristiana en relación a los obreros, campesinos y pobladores se inscriben dentro de una estrategia global dirigida a aglutinar un frente de apoyo popular que le permitiera, en primer lugar, desplazar a los partidos marxistas e imponer su dominio y dirección ideológica sobre vastos segmentos del proletariado, especialmente aquellos que recientemente habían irrumpido en la escena política y sobre los cuales la influencia de la izquierda no se hallaba tan sólidamente establecida como entre los obreros industriales y mineros. Se trataba entonces de garantizar una base de apoyo para el gobierno aprovechándose de la existencia de "masas disponibles" todavía carentes de organización, tradición política marxista y conciencia de clase.[23] En segundo término, la Democracia Cristiana suponía que si esta estrategia resultaba exitosa iba a estar en condiciones de contar con un contingente electoral propio, lo que le permitiría adquirir una mayor independencia respecto de la derecha política tradicional. Esta todavía mantenía un control precario sobre una clientela cuyo número se había ido reduciendo continuamente y que se reclutaba especialmente a través de la manipulación del voto agrario. Esta masa electoral fue canalizada en favor de Frei en 1964 y muchos dirigentes del Partido Demócrata Cristiano (PDC) pensaron que ella podría formar un sólido apoyo campesino para las políticas reformistas del gobierno. Huelga añadir que esta autonomía de los partidos políticos de la derecha, tan anhelada por el PDC, no quería en absoluto significar una intención de

22. Sobre los cambios en lo relativo a la legislación campesina, ver Affonso (1970, tomo I, 13-63). Sobre los pobladores, ver Duque y Pastrana (1972, pp. 259-293).

23. Sobre el concepto de "disponibilidad" y su relación con la teoría general de la movilización social, ver Germani (1963).

liberarse del padrinazgo de la "derecha económica"; antes bien, era la imposición del propio proyecto de dominación del capital monopolista lo que requería constituir un partido con una amplia base de masas a fin de poder prescindir de la clientela de –y de los compromisos con– la decadente oligarquía terrateniente. Como muchos otros, este programa de la Democracia Cristiana no rindió los frutos esperados y a pesar de los esfuerzos de la burocracia estatal estas organizaciones de campesinos y pobladores se volvieron en gran medida en contra de sus "promotores".

Desafortunadamente no existe suficiente información acerca del desarrollo organizacional de las clases populares, especialmente en los últimos años. Una de las razones que explica esta carencia es que, luego de 1970 y al calor de la exacerbación del conflicto de clases, se produjo un impresionante crecimiento de las organizaciones populares y, más aún, surgieron nuevos tipos de estructuras tales como los Cordones Industriales, la Juntas de Abastecimiento y Control de Precios (JAP), los Consejos Comunales Campesinos y los Comités de la Unidad Popular (CUP) que adquirieron singular importancia en diferentes fases del gobierno popular. Como decíamos, es difícil estimar con alguna precisión el encuadramiento de masas que poseía cada una de estas distintas estructuras organizativas de las clases populares. Pese a ello, varios observadores y comentaristas han señalado repetidamente que bajo el gobierno de Allende se produjo una verdadera eclosión en el número de tales organizaciones y en la cantidad de sus miembros, y la escasa evidencia empírica disponible parece abonar tal aserto. La evolución de la sindicalización campesina, por ejemplo, es muy ilustrativa: de unos 1.600 campesinos organizados en sindicatos en 1964 se pasa a 127.688 en 1970, 253.531 en 1971 y cerca de 300.000 en 1972.[24] Del mismo modo, el número total de trabajadores sindicalizados comenzó a crecer muy rápidamente a fines de la década de 1960, pasando de unos 406.186 en 1967, a 531.086 en 1970 y a 717.541 en 1972.[25] En otras palabras, la pertenencia a

24. Las cifras hasta 1970 fueron tomadas del informe oficial de la Corporación de la Reforma Agraria (CORA), *Reforma Agraria Chilena*, Santiago (1970, p. 26) Las cifras de 1971 y 1972 provienen de un estudio efectuado por Jorge Echenique y Sergio Gómez –en base a cifras oficiales– y publicado en *Chile Hoy* (1972, p. 20).

25. Cifras de la Dirección General del Trabajo. Los datos del año 1972 fueron tomados de Blest (1973, 15).

los sindicatos casi se duplicó entre 1967 y 1972, a pesar de las barreras legales y las maniobras políticas tendientes a impedir la formación de un movimiento obrero fuerte y unificado. Estas cifras del número total de sindicalizados deben ser consideradas como una estimación más bien conservadora por cuanto ellas solo incluyen a los sindicatos "legales" y descartan, por lo tanto, a los efectivos enrolados en las "asociaciones" de trabajadores del sector público y de las empresas autónomas del estado. Si esos obreros y empleados fueran incluidos en nuestros cómputos tendríamos entonces un total de 1.068.912 trabajadores sindicalizados, es decir, casi el 38% de la población económicamente activa en 1972 (Blest, 1973, p. 15). Por otra parte, es importante tener presente que esta última cifra excluye a los obreros organizados en sindicatos "ilegales" del sector privado, es decir, aquellos que se forman en pequeñas fábricas o talleres en donde no trabajan más de 25 obreros, y que a pesar de carecer de personería jurídica desempeñan una misión equivalente a la de los sindicatos legalmente reconocidos. Naturalmente tampoco está incluido en estas cifras el gran número de asociados a las Juntas de Vecinos y otros nucleamientos similares que a fines de la década de 1960 jugaron un papel notable en la organización de los pobladores y en muchos casos se transformaron en vehículos de la expresión de las reivindicaciones populares. Una idea de la relevancia política de las juntas vecinales se hace evidente cuando se tiene en cuenta que cerca de un tercio de los habitantes del Gran Santiago vivía a mediados de 1966 en áreas marginales ("callampas" o "poblaciones") en las cuales, bien por la acción gubernamental o por el impulso procedente de los partidos de la izquierda, existían las juntas o algún otro tipo de organización popular.[26]

26. Duque y Pastrana (1972, p. 265). Ver también Jorge Giusti (1971, p. 380).

Cuadro 2. Tendencias en la evolución del número de huelgas y huelguistas, conflictos económicos y trabajadores afiliados a los sindicatos, Chile, 1947-1970

Años	Número de huelgas (A)	Número de huelguistas (B)	Número de conflictos económicos (C)	Número de afiliados a sindicatos (D)
1947-1950*	121	44.603	...	261.100
1950	192	...	818	260.143
1951	185	{	858	264.481
1952	201	{109.359*	1.065	284.418
1953	208	{	1.431	298.274
1954	305	{	1.794	299.364
1955	275	127.626	1.781	305.192
1956	147	105.438	1.428	317.352

(*)Promedio de los años abarcados por el asterisco.

Años	Número de huelgas (A)	Número de huelguistas (B)	Número de conflictos económicos (C)	Número de afiliados a sindicatos (D)
1957	80	26.388	1.066	300.040
1958	120	44.759	1.127	276.346
1959	174	62.789	1.134	282.498
1960	257	88.418	1.899	232.417
1961	262	111.911	1.874	257.563
1962	401	84.212	1.669	247.007
1963	413	121.308	1.495	262.498
1964	564	138.474	1.939	270.542
1965	723	182.359	2.931	292.653
1966	1.073	195.435	3.181	350.516
1967	1.114	225.470	3.763	406.186
1968	1.124	292.794	3.441	499.761
1969	1.277	362.010	3.941	530.784
1970	1.819	656.170	5.295	551.086

Fuentes Para 1947-1950 y el promedio de huelguistas en 1951-1954, los datos fueron tomados de Instituto de Economía, *Desarrollo económico de Chile 1940-1956* (Santiago de Chile, 1956, p. 7). El resto de la columna A fue tomado de Enrique Sierra, *Tres ensayos de estabilización en Chile.* (Santiago de Chile, 1969, p. 140). Como los datos de Sierra solo llegan hasta 1966 fueron complementados y verificados con las cifras oficiales de la Dirección General del Trabajo. Lo mismo fue hecho con respecto a las columnas B y C. La columna D fue tomada de informes oficiales de la Dirección General del Trabajo.

Notas: (...) No hay datos disponibles para tal año.

La columna A, número de huelgas, incluye solamente las huelgas legales o ilegales *declaradas exclusivamente por sindicatos legales.* Por lo tanto, los paros producidos por las *organizaciones campesinas, "asociaciones" de empleados públicos o sindicatos no legales no han sido tomadas en cuenta.* De hecho, las huelgas campesinas tendrían que haber sido registradas por los organismos pertinentes luego de la legalización del sindicalismo campesino acaecida en 1967, pero nuestra sospecha es que tan solo una ínfima parte de las huelgas campesinas fueron debidamente registradas. La columna A tampoco incluye huelgas de menos de un día de duración ni las que se producen como consecuencia de una huelga general. La columna B indica el número de huelguistas pertenecientes a los sindicatos legales. La información suministrada bajo la columna C es bien ilustrativa del tamaño del *iceberg* que subyace por debajo de las estadísticas de huelgas "oficialmente registradas". En dicha columna se incluyen todos los conflictos producidos entre asalariados y patrones, algunos de los cuales posteriormente originan las huelgas registradas en la columna A mientras que otra parte sustancial puede dar lugar a conflictos declarados por sindicatos ilegales y, por lo tanto, no son recogidos por las estadísticas oficiales. Por último, una cierta fracción de esos conflictos puede resolverse por la vía de la conciliación sin que necesariamente se llegue a la huelga. La columna D incluye solamente a los miembros de los sindicatos legales.

La otra cara de la moneda en esta movilización y creciente desarrollo organizacional de las clases populares chilenas está dada por el no menos rápido aumento en el número de instancias específicas del conflicto de clases, manifestado en una variedad de modalidades, como huelgas, tomas y ocupaciones de fundos, establecimientos comerciales o industriales y terrenos urbanos. Es razonable pensar que este impresionante ascenso en la combatividad de las clases populares reflejó no solo la protesta espontánea de las masas sino también el vigor de sus organizaciones de clase; por otra parte, en el desenvolvimiento mismo de esta lucha se fueron formando nuevas estructuras de movilización, organización y liderazgo que a su vez contribuyeron a dinamizar este proceso. Examinemos ahora, algunos materiales relativos a los conflictos del trabajo y a la expansión del movimiento obrero.

Las cifras contenidas en el cuadro 2, pese a las limitaciones existentes en la cobertura de la totalidad de los conflictos del trabajo, muestran de modo convincente el brusco aumento de la combatividad del proletariado –especialmente a partir de 1966– y su creciente capacidad para oponerse tanto al gobierno como a las clases propietarias. Si se observa el desarrollo del movimiento obrero a lo largo de esos años se verá que hay tres fases que, con el margen de arbitrariedad inherente a todo intento de periodización histórica, se podrían delimitar de la siguiente manera: una primera etapa de unificación y lenta consolidación que se extiende desde los años de la posguerra hasta 1955; un segundo estadio, donde se produce un retroceso notorio y el movimiento obrero cede parte de las posiciones que había conquistado en años anteriores. Este período se extiende entre 1956 y 1965. Finalmente, una tercera etapa marcada por un sostenido ascenso en la lucha de clases y una ofensiva del movimiento popular y que es iniciada en 1966 y alcanza su madurez con el triunfo de la Unidad Popular en 1970.

La etapa de unificación y consolidación del movimiento obrero se desenvuelve dentro del marco represivo que caracterizó la gestión de gobierno de González Videla: legislación antisindical para los trabajadores agrícolas (Ley 8.111/1947); proscripción del Partido Comunista y persecución de toda la izquierda y sucesivas leyes de facultades extraordinarias configuran el terreno en el cual habría de germinar la vocación unitaria del proletariado. La crisis política que acarreó la violenta ruptura de la coalición frentista produjo no solo la desarticulación de los partidos de izquierda sino que también arrastró en sus aguas tanto a los radicales como a los partidos tradicionales de los sectores oligárquicos. En esta coyuntura crítica la figura mesiánica de Ibáñez fue capaz de aglutinar a su alrededor el descontento y la desorientación de las masas populares cuyos votos lo catapultaron a la presidencia con una de las mayorías más abrumadoras que se registraron en la historia política de Chile. El ascenso del ibañismo cambió significativamente las condiciones políticas bajo las cuales la clase obrera iba a dar su lucha por la unidad. Por cierto tiempo el nuevo gobierno no solo dejó de aplicar la legislación represiva (que solo derogaría al final de su mandato, en 1958) sino que estimuló los esfuerzos de las distintas fracciones del movimiento obrero que

se hallaban empeñadas en constituir un organismo unitario. El apoyo oficial se explicaba en parte por lo siguiente: siendo el ibañismo una heterogénea coalición de partidos, contaba en su seno con grupos de muy diversa orientación e ideología. Entre ellos sobresalía, como uno de los pocos bien organizados, el Partido Socialista Popular (PSP), una de las dos fracciones principales en que se hallaba dividido el socialismo chileno y que en las elecciones de 1952 había apoyado la candidatura de Ibáñez. Al PSP le cupo la responsabilidad de hacerse cargo del Ministerio de Trabajo, tarea que recayó sobre Clodomiro Almeyda, desde donde se impulsaron decididamente los esfuerzos previos a la fundación de la CUT concretada finalmente en febrero de 1953. Sin duda, la creación de este organismo marca el hito más importante de esta primera etapa del movimiento obrero chileno desde la posguerra. El impulso de esta fase ascendente se prolongaría un par de años más, pero ya con un cuadro económico muy cambiado –recesión y aceleración inflacionaria– y con un populismo que, agonizante, se había desembarazado de sus vinculaciones con los sectores obreros y optó por la ortodoxia liberal y la reconciliación con las clases dominantes, las que, digámoslo enfáticamente, jamás se alarmaron en demasía por la retórica reformista de Ibáñez. Los socialistas populares abandonaron el gobierno en octubre de 1953 y en mayo del año siguiente la CUT declaró su primera huelga general. Una segunda es convocada en julio de 1955 y, al igual que la primera, recibe el apoyo entusiasta de los trabajadores. Sin embargo, la desenfrenada espiral inflacionaria y la insensibilidad gubernamental ante los reclamos populares obliga a la CUT a proclamar un nuevo paro general en enero de 1956 que fracasa completamente y precipita un desordenado repliegue del movimiento obrero.

La magnitud del retroceso experimentado por el movimiento sindical en su segunda etapa –que se extiende entre 1956 y 1965– puede apreciarse sin dificultad en el cuadro 2. El año 1957 marca el punto más bajo en lo relativo al número de huelgas y huelguistas mientras que los conflictos económicos también registran uno de los valores más bajos del período. En lo que respecta al número de obreros asociados a los sindicatos se observa que su nivel más bajo se registró en el año 1960. Aparentemente, esto puede deberse al retraso con que los efectos de

una coyuntura económica dada se propagan al volumen numérico del movimiento obrero en comparación con el impacto casi inmediato que produce en el número de huelgas o de huelguistas. El año 1960, cuando la CUT convoca su cuarta huelga general y la primera luego de la derrota sufrida en 1956, marca el comienzo de una lenta recuperación cuya línea ascendente se acelera en 1964 y 1965 hasta alcanzar llamativa pujanza luego de los paros generales de marzo de 1966 y noviembre de 1967.

Se entra así de lleno a la tercera etapa en la evolución del movimiento obrero. Aquí encontramos el ascenso de la lucha popular expresado no solo por los obreros industriales y los mineros sino también por el campesinado, tradicionalmente al margen de un rol protagónico en el conflicto de clases. Se produce entonces una verdadera avalancha de huelgas, paros, pliegos de peticiones y todo tipo de conflictos económicos que involucran a sectores cada vez más amplios de las clases populares así como de los estratos medios (especialmente los empleados particulares y fiscales y la pequeña burguesía intelectual). Entre 1966 y 1970 casi se duplicó el número de huelgas y conflictos económicos, se triplicó el de huelguistas, al paso que crecieron en más de 50% los miembros de los sindicatos legales. Este proceso adquirió mayor intensidad todavía en el último año del período, en vísperas del triunfo de Salvador Allende, revelando así de manera muy clara que lo que estaba en juego en las elecciones de ese año no era un simple relevo de presidentes sino el rumbo histórico que iría a adoptar el pueblo chileno en esa singular encrucijada a que había llegado en 1970.[27]

A fin de apreciar de modo correcto el alcance de estos cambios en el volumen numérico del movimiento obrero veremos a continuación cómo evolucionó la proporción de la población económicamente activa que se encuentra afiliada a sindicatos; en otras palabras, trataremos de ver si el aumento cuantitativo de los trabajadores organizados implicó una expansión real por encima del simple crecimiento vegetativo de los asalariados. En el cuadro 2 habíamos notado que el número absoluto de afiliados a los sindicatos se duplicó en el período 1950 y 1970. Ahora bien, si se consideran esos valores en relación a la fuerza de trabajo en

27. Sobre la CUT y las huelgas generales, véase Manuel Barrera (1971, pp. 119-155).

condiciones de sindicalizarse, la importancia y magnitud real del crecimiento de la organización sindical podrán ser aquilatados en su justa dimensión. El cuadro siguiente intenta aportar algunos antecedentes al respecto.

Como puede apreciarse, este cuadro corrobora lo ya señalado acerca de la expansión del movimiento obrero, especialmente en la década de 1960. La tasa efectiva de sindicalización se duplicó en diez años y esto, ya de por sí, es un indicio valioso para comprender el significado de la coyuntura política que se plantearía en los comienzos de la década de 1970. Sin embargo, caeríamos en un serio error si no advirtiésemos que estas cifras representan una aproximación tentativa que, por sus propias deficiencias, tiende a subestimar seriamente la tasa real de afiliación sindical.

Cuadro 3. Proporción de empleados y obreros afiliados a los sindicatos

Años	Promedio quinquenal de afiliados (A)	Número total de empleados y obreros (B)	% de A/B
1950-1954	281.336	1.333.247	21.10
1958-1962	259.166	1.543.145	16.79
1968-1972	560.143	1.659.560	33.75

Fuente: Columna A, ver cuadro 2. Columna B: Censos de 1952, 1960 y 1970.

Nota: Las cifras de la columna A son un promedio del número de afiliados en el quinquenio correspondiente, cuyo año central es aquel en el cual se levantó el censo de población. Cabe recordar que solo se han considerado a aquellos trabajadores afiliados a los sindicatos legales, tal como fuera indicado en el cuadro precedente.

En la columna B se ha incluido exclusivamente a empleados y obreros, descartándose por lo tanto a los empleadores, los trabajadores por cuenta propia y los empleados domésticos. Por lo tanto, no debe confundirse estas cifras con las de la población activa. Esto sucede porque no todos los empleados y obreros están en condiciones de asociarse a un sindicato; por lo tanto, el número de "sindicalizables" es bastante menor del total de empleados y obreros. En primer lugar, porque el censo considera en la población activa a los individuos que siendo mayores de 12 años de edad tienen una ocupación, se encuentran cesantes o buscan trabajo por primera vez. Dado que el límite de edad mínimo para afiliarse

ha sido fijado por ley en los 18 años, toda la cohorte comprendida entre los 12 y los 18 años debería ser excluida de la población "sindicalizable". Segundo, bajo la categoría genérica de "empleados", el censo incluye a gerentes y administradores, los cuales, por razones obvias, tampoco deberían ser computados a los efectos de nuestro análisis. Tercero, porque están incluidos los trabajadores de la administración pública, los empleados públicos y miembros de las fuerzas armadas, carabineros y personal de investigaciones, los que, por diversas razones, se hallan privados de su capacidad para organizarse sindicalmente. Por último, el censo no indica qué proporción de los obreros y empleados trabajan en empresas que ocupen más de 25 personas, lo cual constituye el mínimo de personal necesario para organizar un sindicato legal.

La imposibilidad práctica de obtener los datos necesarios para realizar una estimación más precisa nos ha movido a presentar los materiales del cuadro 3 a título puramente ilustrativo y como una primera aproximación para establecer a *grosso modo* la tasa de afiliación sindical a lo largo de un período de veinte años. Algunos estudios más detallados han demostrado que si se controlan convenientemente estos factores distorsionantes, los resultados pueden sufrir cambios de suma importancia. Así por ejemplo, una investigación realizada en base a datos correspondientes al año 1967 encontró que el 75.1% de la población ocupada en establecimientos industriales que ocupan más de 25 personas se hallaba sindicalizado. Al mismo tiempo, diferencias apreciables surgieron cuando se analizaron las tasas de sindicalización en las distintas ramas económicas (Zapata, 1968, p. 124).

Una vez establecida la magnitud real de los cambios en el tamaño del movimiento obrero es necesario detenerse por unos momentos en el examen de los datos relativos a la huelga obrera contenidos en el segundo cuadro. Es bien sabido que esta refleja más que nada la capacidad de los núcleos obreros mejor articulados y en cierto sentido puede argumentarse que la trayectoria histórica de las huelgas induciría a errores en la apreciación del grado de movilización política de las clases populares en su conjunto, dado que se están manejando indicadores que corresponden a sus segmentos mejor organizados. No obstante, una atenta mirada a las estadísticas relativas a la huelga campesina confirma la validez

y generalidad de las conclusiones extraídas a partir de los datos recientemente examinados.

Cuadro 4. Número de huelgas de obreros agrícolas, 1960-1970

1960	1961	1962	1963	1964	1965	1966	1967	1968	1969	1970
3	7	44	5	39	142	586	693	648	1.127	1.580

Fuente: Para los años comprendidos entre 1960 y 1966, Affonso *et al*. (1970, Tomo 2, p. 58). Para los años 1967 a 1970, ver Klein (1972).

Nota: Incluye huelgas legales e ilegales, tanto para los años anteriores a la reforma de la legislación sobre sindicalización campesina (1967) como en los posteriores a tal fecha.

Como puede comprobarse, la evolución de la huelga campesina revela que en realidad se estaba subestimando la magnitud de la rebelión de los trabajadores agrícolas. El cuadro 4 indica el dramatismo y la brusquedad que tuvo este "despertar campesino": reprimidos durante décadas, a poco más de treinta años de la masacre de Ranquil (1934), los trabajadores de la tierra se aprestaban a convertirse en un actor protagónico de la historia nacional. La experiencia reformista de la Democracia Cristiana crearía las condiciones favorables para ello.

Las tomas de fundos y las ocupaciones de fábricas o sitios urbanos constituyen otra faceta de la movilización popular. Los datos siguientes, referidos a un período más breve que los materiales de los cuadros precedentes, son suficientemente ilustrativos de la intensidad que cobró el conflicto de clases en los últimos años de la década de 1960.

Cuadro 5. Toma de fundos, sitios urbanos y fábricas, 1968-1970

	1968	1969	1970
Fundos	16	121	368
Sitios urbanos	15	26	352
Fábricas	5	24	133

Fuente: Dirección General de Carabineros, *Informe al Senado*, 1971.

Este súbito crecimiento en la capacidad de lucha de las fracciones tradicionalmente menos organizadas y combativas de las clases populares

es muy elocuente y ahorra mayores comentarios; la progresión de las tomas de fundos y sitios urbanos revela que, a fines de la década de 1960, nuevos actores se habían incorporado activamente a las luchas sociales que desde mucho tiempo antes venían llevando a cabo los sectores de vanguardia del proletariado. En las páginas finales de este trabajo procuraremos desentrañar el significado político de tales acontecimientos; las huelgas y las ocupaciones, así como muchas otras manifestaciones de la protesta popular, carecen de un sentido unívoco e inmanente. Sería demasiado ingenuo sostener que ellas representan necesariamente una negación revolucionaria de la sociedad de clases; pero mucho menos aceptable es el argumento liberal que afirma que la huelga obrera es una simple táctica utilizada para conseguir mejoras puramente salariales disociadas de toda intencionalidad política. Así como la expansión del electorado adquiría un significado político solo cuando se lo interpretaba dentro de una totalidad concreta y determinada, de la misma manera debe procederse si es que se quiere descifrar el contenido político de la huelga obrera y otras expresiones de la protesta popular.

El desarrollo económico y la continuidad histórica del proletariado chileno

Los materiales que hemos examinado a lo largo de las secciones precedentes de este trabajo nos han demostrado el impulso ascendente que el movimiento popular había adquirido en las últimas décadas. Este fenómeno transformó en pocos años la faz de la política chilena, reproduciendo en varios frentes las líneas de antagonismo de clase (en el campo, en la fábrica, en los vecindarios), dinamizando el aparato político de la izquierda y exacerbando las contradicciones en el interior del bloque dominante.

En las páginas anteriores, al referirnos a las prácticas electorales, habíamos subrayado la magnitud de los cambios operados en lo relativo tanto a la incorporación de las clases populares a la lucha política como en lo que hace a su creciente radicalización, tal cual lo demuestra la evolución de la votación izquierdista. Al concentrarnos en el análisis

de las huelgas y las ocupaciones –así como en la expansión del movimiento obrero– no es posible ni aconsejable olvidar la vinculación existente entre ambas formas de lucha popular: la propiamente electoral y la reivindicativa. Obreros, campesinos y pobladores, afiliados a los partidos de izquierda, votantes disciplinados de sus candidatos, activistas y organizadores de las múltiples ramas del aparato partidario eran a la vez líderes en las tomas de terrenos y sitios urbanos, en las ocupaciones de fábricas y fundos y en la organización de la huelga obrera. Es cierto que muchas veces se producía un desfasaje entre las presiones espontáneas de las masas y la respuesta orgánica de las organizaciones políticas, especialmente en fases de brusco ascenso en la lucha de clases. Pero la existencia de esa asincronía no necesariamente significaba que las clases populares, anticipándose a las directivas partidarias, agotaban sus reivindicaciones en demandas puramente "economicistas". Por el contrario, en la mayoría de los casos ellas planteaban la necesidad de cambios radicales y urgían a los partidos a adoptar una "línea dura" en relación a las clases dominantes; es decir, las reivindicaciones se insertaban en el nivel de lo político.[28]

Claro está que no se desprende de lo anterior que esa "conciencia socialista" se desarrolló de modo homogéneo entre las diversas capas que componen el proletariado. En ciertos núcleos obreros, ligados a la industria fabril y a la minería, ella se plasmó con caracteres muy definidos y coherentemente articulados. En otros, una ambigua "situación de clase" daba ímpetus a modalidades "economicistas" de acción obrera. Por último, en algunos núcleos populares la cristalización de la "conciencia socialista" tropezaba con dos escollos: el paternalismo tradicional de las secciones más periféricas del proletariado y la retórica "comunitarista" sembrada por la Democracia Cristiana, gracias a la cual llegó a gozar del apoyo fugaz de sectores importantes del campesinado y los así llamados "marginales". Sin embargo, esta heterogeneidad de la "conciencia socialista" de los diferentes estratos del proletariado fue muy afectada por el desarrollo de las distintas etapas de la lucha de clases en Chile. La

28. La relación existente entre reivindicaciones populares y partidos y coyunturas políticas ha sido correctamente examinada en Duque y Pastrana (1972, pp. 260-278).

intensificación del enfrentamiento que tiene lugar en las postrimerías de la década de 1960, el triunfo electoral de la Unidad Popular y los dos primeros años de su gestión gubernativa, y la fase crítica que se inicia con la "insurrección de la burguesía" en octubre de 1972 desnudaron la inadecuación radical del "economicismo" y el "comunitarismo". Ni el confinamiento de la acción obrera a la simple satisfacción de sus aspiraciones espontáneas ni la prédica de la armonía de intereses entre explotadores y explotados eran capaces de dar una respuesta positiva a los requerimientos que estaba planteando la nueva etapa del conflicto de clases. El resultado fue que sectores crecientes del proletariado tomaron conciencia de la necesidad de vincular sus reivindicaciones salariales, habitacionales, etc., con los intereses político-estratégicos de largo plazo de las clases populares: la conquista del poder del Estado.[29]

Ahora bien, esta "conciencia socialista" crecientemente diseminada en los diferentes estratos del proletariado en las fases más antagónicas del enfrentamiento clasista no se desarrolló al margen de las determinaciones económicas fundamentales que marcaron la historia de las luchas populares en Chile. Por el contrario, el aumento de la explotación del trabajo, el agravamiento de las desigualdades existentes entre las distintas clases y grupos sociales y el mantenimiento de irritantes injusticias se hallan en la base misma de la precipitada toma de conciencia de vastos sectores de las clases populares. Su movilización se liga indisolublemente al fracaso de la industrialización chilena en asegurar tanto un mejoramiento en el estándar de vida de las masas populares como en su incapacidad para dignificar la calidad de la vida

29. Sobre el tema de la conciencia obrera y su transformación en los últimos años ver Joan Garcés (1973, pp. 181-186). En el mismo volumen, consultar también la ponencia del secretario general de la CUT, Luis Figueroa y la discusión subsiguiente (1973, pp. 186-220). Alain Touraine (1973) refiere largamente al "aumento" de la conciencia de clase. James Petras, por su parte, reseña lo que a su juicio constituyen elementos de una conciencia "economicista" en algunas categorías obreras (1972, pp. 3-24). Por supuesto, no podríamos dejar de mencionar aquí al estudio realizado por Torcuato Di Tella *et al.* (1967), en donde se examina la conciencia de dos sectores muy distintos del proletariado chileno: los obreros de la moderna planta siderúrgica de Huachipato y los mineros del carbón de Lota. Aparte de sus muchos méritos, esta obra –por el hecho de estar fundada sobre un trabajo de campo efectuado en 1957– provee un valioso aporte para el análisis de la conciencia socialista *en el período anterior* a la plena movilización popular. Por último, ver también Franz Vanderschueren (1971, pp. 95-123).

del proletariado.[30] Algunas pocas indicaciones serán suficientes para comprender los alcances de esta frustración. Un estudio realizado por H. Varela y complementado con estimaciones más recientes efectuadas por el Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola señaló que los estratos socio-ocupacionales obreros (dentro de los cuales fueron incluidos los artesanos y los trabajadores por cuenta propia) disminuyeron su participación en el ingreso nacional de 33,7% en 1940 a 26,5% en 1960, al paso que las clases capitalistas subieron del 45,9% al 47,0% en igual período (Varela, 1959, p. 65; Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, 1966, p. 30). Por otra parte, el mismo autor observa que la relación entre el ingreso per cápita de los propietarios y el de los obreros, que era de 11 a 1 en 1940, había crecido hasta 14 a 1 en 1957, mientras que la relación entre los ingresos per cápita de los estratos medios y obreros pasó de 4 a 1 a 5 a 1 entre esos mismos años (Varela, 1959, p. 66). Puesto en términos bien simples esto significa que el hiato se ensanchó y que la desigualdad en el reparto de los ingresos se incrementó en lugar de reducirse con el desarrollo industrial. Si observáramos el panorama económico más reciente veríamos que las tendencias regresivas en la distribución de la renta persistieron, no obstante los esfuerzos hechos por algunos propagandistas para demostrar lo contrario. Las cifras relativas a la distribución funcional del ingreso muestran que el pago a los trabajadores manuales asalariados bajó del 26,7% en 1940 al 22,7% en 1950, al 18,4% en 1960, al 17,5% en 1965 y al 16,2% en 1970 (p. 65).[31] A su vez, las crecientes exacciones impositivas recayeron especialmente sobre los sectores de más bajos ingresos: los impuestos indirectos, que constituían el 53,7% de las recaudaciones tributarias

30. Para una fecunda discusión sobre el significado sociológico de las "medidas" empleadas para evaluar el nivel de vida de los sectores obreros, ver Thompson (1963). Muchos de los artefactos estadísticos para demostrar el "progreso" de las clases obreras ocultan situaciones que configuran una verdadera degradación humana. Claro está que, como bien anota Thompson, las cuestiones relativas a la "calidad de la vida" son poco aptas para ser calibradas por el arsenal estadístico convencional; se requiere, por el contrario, una "evidencia literaria" que nos permita entender el sentido real de las fluctuaciones en los índices del *standard* de vida (pp. 210-212).

31. Los datos de los años 1960, 1965 y 1970 se tomaron de Odeplán, *Plan Anual 1971*, Santiago de Chile (1971, p. 5). Téngase presente que estas cifras referidas a la distribución funcional del ingreso se refieren *exclusivamente* a los trabajadores *manuales asalariados*, excluyendo por lo tanto a los trabajadores por cuenta propia y a los artesanos. Por eso es que no coinciden exactamente con los datos presentados más arriba.

en 1940, subieron al 54,1% en 1950, al 64,0% en 1960, al 65,1% en 1965 y culminaron con un 70,9% en 1970 (Instituto de Economía, 1963, t. II, p. 156; Dirección del Presupuesto, 1972. Tabla 1a). Por último, una rápida mirada al desempeño del conjunto de la economía bastaría para demostrar la parquedad y lentitud del crecimiento: el gasto geográfico bruto por persona evolucionó de la siguiente manera: se acrecentó a una tasa anual de 1,8% entre 1940 y 1944, luego el ritmo del crecimiento declinó a un 0,7% en el quinquenio siguiente, subió a 3,5% en 1950-1954, registró un decrecimiento del orden del 1,6% entre 1955 y 1959, se recupera y llega a una tasa anual del orden del 2,3% en 1960-1964 para finalizar con un 1,6% entre 1965 y 1969.[32]

Estos magros resultados del desarrollo económico chileno y su incapacidad para promover el bienestar de la gran mayoría de la población deben ser considerados como una de las determinaciones fundamentales de la movilización popular. Obviamente, ello no significa que la última sea una derivación automática de aquel; creemos más bien que *lo que se encuentra en el sustrato mismo de la movilización del proletariado y de la crisis hegemónica de las clases dominantes es la relación dialéctica entre el fracaso del desarrollo económico para satisfacer las necesidades y esperanzas de las clases subalternas y la propia existencia y tarea práctica desarrollada por las organizaciones políticas de izquierda.* En muchos países de la periferia la industrialización acentuó las desigualdades existentes y aumentó la explotación de los sectores populares, pero en contadísimos casos eso se tradujo en una movilización política de las clases subordinadas, tal como ha ocurrido en Chile. Claro que en este país, a diferencia de muchos otros, los partidos obreros y el movimiento sindical habían recorrido una larga trayectoria histórica antes de que se produjera la fuerte expansión de la industria manufacturera de la década de 1930. Los partidos de izquierda, el Socialista y el Comunista, gozaban ya por entonces de un apoyo real entre las clases populares. El Socialista representaba principalmente una coalición muy amplia, multiclasista, de ciertos sectores de las capas medias, una "pequeña burguesía intelectual", intelectuales

32. Aranda y Martínez (1970, pp. 56-57). Para complementar los datos del quinquenio 1965-1969 se utilizó el informe de Odeplán, *Plan Anual 1971* (4).

y sectores obreros. El Comunista tenía un carácter de clase más nítido, con claro predominio proletario reclutado principalmente entre los mineros y los obreros industriales. El movimiento sindical, por otra parte, era de antigua data y probada militancia, importante por la conciencia que había adquirido de su misión histórica y por su fuerte arraigo en los núcleos obreros del salitre y del carbón, de los ferrocarriles, los puertos y los talleres de la naciente industria nacional de las primeras décadas del siglo XX. Vanguardia de las luchas obreras y heredero de la pasión de Luis Emilio Recabarren, el movimiento obrero chileno fue capaz de crear una tradición política que el correr de los años y su inclaudicable defensa de los intereses del proletariado convirtieron en el más preciado patrimonio de las clases populares. De esta manera, una ideología, una mentalidad y una organización que antaño habían sido el sello distintivo de un reducido núcleo de militantes obreros en los albores de siglo se transformó en la expresión "natural" del proletariado en su conjunto.

Ahora bien, *esta tradición política pudo echar raíces profundas en el seno del proletariado debido a la continuidad histórica de la clase obrera.* En efecto, en Chile la iniciación del período de industrialización sustitutiva de importaciones no produjo una ruptura entre una "vieja" y una "nueva" clase obrera. Lo que aconteció fue que, a diferencia de lo ocurrido en Argentina por ejemplo, las transformaciones económicas desencadenadas por la crisis de la economía agroexportadora se realizaron sin que tuvieran lugar cambios estructurales en el carácter y la composición de los sectores obreros.[33] Los principales determinantes de la continuidad histórica del proletariado chileno parecen haber sido los siguientes: a) el modo de inserción de la economía en el mercado internacional; b) el origen y la composición de los núcleos proletarios más antiguos; c) la rigidez relativa de la estructura de clases.

Pasemos ahora a examinar estos elementos con mayor detención, resaltando los contrastes existentes con el caso argentino.

33. Ver Adolfo Gurrieri (1968), Leonardo Castillo (1971, pp. 5-23). Una presentación más general puede apreciarse en Enzo Faletto (1966).

a) El enclave minero fue el modo como la economía chilena se integró en el mercado internacional. Su funcionamiento requería contar necesariamente con una numerosa clase obrera encargada de las tareas de extracción y procesamiento del mineral, concentrada geográficamente en las regiones del Norte Grande y sometida a durísimas condiciones de vida y trabajo. Al mismo tiempo, el enclave salitrero aglomeraba a su alrededor otro tipo de proletariado: aquel incorporado a las grandes obras públicas de infraestructura y a los servicios exigidos para el funcionamiento de un expansivo comercio internacional. Para facilitar el rápido y eficiente embarque de los nitratos hacia sus mercados de ultramar hacían falta ferrocarriles y puentes, caminos y puertos, y más de veinte mil obreros, concentrados en las proximidades de los yacimientos mineros, se hallaban ocupados en esas tareas a fines del pasado siglo (Jobet, 1955, p. 100).

En resumen, el propio funcionamiento del enclave exportador implicó la rápida formación de un proletariado directa e inmediatamente vinculado como fuerza de trabajo permanente, a la producción salitrera. Como se verá más adelante, el hecho de que el enclave minero haya requerido la presencia de un proletariado habría de tener múltiples consecuencias en el desarrollo histórico ulterior de Chile. Por un lado, al estar situados en el mismo polo dinámico de la economía, los mineros del salitre tenían una cierta capacidad potencial de negociación tanto en relación a la burguesía minera como al Estado. Una huelga salitrera no solo recortaba las ganancias de las empresas sino que también diezmaba los ingresos fiscales y el financiamiento del aparato estatal, con los consiguientes perjuicios para las clases y grupos sociales que a la sazón se hallaban incorporados al mismo. Pero todo esto nos lleva a una segunda observación que ilustra vivamente el carácter contradictorio de esa mayor capacidad de presión que tenían los obreros del salitre: en razón de su potencialidad, para lesionar seriamente el funcionamiento del conjunto de la economía, el Estado y las clases dominantes mantuvieron bajo severo escrutinio el desarrollo de la "cuestión social" en las regiones salitreras. Esto se tradujo en una activa injerencia del Estado en las fases previas al estallido de las huelgas y en una despiadada represión cuando los obreros rehusaban aceptar las estipulaciones patronales; en

la práctica concreta, los mineros tuvieron pocas posibilidades de beneficiarse por su localización estratégica en el proceso productivo en oposición a las muchas ocasiones en que sufrieron el rigor represivo de los poderes públicos (Gurrieri, 1968, pp. 6-7). Probablemente sea más atinado señalar que la existencia de un proletariado minero íntimamente asociado al nervio propulsor del crecimiento económico otorgó ciertas posibilidades de negociación a los sectores medios y algunas fracciones de la burguesía, quienes, como en los años de la primera posguerra, fueron capaces de incorporar al proletariado minero como "masa de maniobra" de una amplia coalición policlasista encaminada a destronar la dominación oligárquica. Naturalmente esto suponía al menos una cierta aptitud de parte de los sectores obreros, para expresar su propio descontento a través de sus organizaciones autónomas. En resumen, la existencia del enclave minero no solo promovió la formación de un proletariado sino que, dada la naturaleza de la dominación oligárquica, permitió también la temprana inserción de los núcleos obreros dentro del juego de alianzas que forjaban las fuerzas sociales predominantes en el Estado.[34]

b) El origen de estos primeros sectores obreros tiene mucha relevancia para comprender la continuidad histórica del proletariado chileno: en su inmensa mayoría esos trabajadores eran migrantes internos procedentes de los grandes latifundios del Valle Central, atraídos por los comparativamente altos salarios pagados por las oficinas salitreras. Desde el momento mismo de su puesta en marcha la demanda de fuerza de trabajo generada por las actividades mineras excedió con creces la oferta disponible en las regiones adyacentes al mineral. Las provincias de Tarapacá y Antofagasta habían sido recientemente incorporadas al territorio nacional luego de la cruenta Guerra del Pacífico y se trataba de

34. Nos parece conveniente agregar aquí que Luis Emilio Recabarren fue elegido diputado nacional por la circunscripción electoral de Tocopilla, Antofagasta y Taltal en 1906, contando con el apoyo abrumador de los obreros del salitre y de las industrias ligadas a la explotación del mineral. Privado de su derecho a ocupar la banca que había ganado en buena ley (por su negativa a expresar el juramento tradicional de los diputados entrantes a la Cámara) se llamó a una elección complementaria, que fue otra vez ganada por el propio Recabarren. Ver más detalles en Jobet (1955, pp. 141-143) y Hernán Ramírez Necochea (1965, p. 47).

regiones desérticas y muy escasamente pobladas. Situadas en el extremo norte del país, alejadas del núcleo poblacional más importante de Chile –el Valle Central– su riqueza consistía en albergar en sus dilatadas e inhóspitas extensiones enormes depósitos de salitre. La iniciación de las actividades mineras puso también en movimiento un intenso proceso migratorio por el cual grandes contingentes de población se desplazaron desde las zonas agrícolas del centro en dirección al norte, en donde la escasez de mano de obra obligaba a la burguesía minera a ofrecer salarios hasta tres o cuatro veces superiores a aquellos que el trabajador agrícola podía percibir en el Valle Central (Jobet, 1955, pp. 133-134).

Tan importante como el hecho de la migración originaria hacia la región del salitre fue el mantenimiento de un activo movimiento migratorio en las décadas siguientes. La ininterrumpida circulación de contingentes que regresaban al Valle Central y otros que se marchaban rumbo al norte fue producido por la inestabilidad y las fluctuaciones de corto plazo del ciclo salitrero, fundamentalmente determinadas por la cotización del mineral en los mercados internacionales y las maniobras especulativas de las compañías que controlaban su producción. El resultado de tales oscilaciones se reflejaba en los bruscos cambios en el nivel de ocupación de la fuerza de trabajo afectada al salitre, los que tendieron a acentuarse en los años agónicos del modelo exportador, provocando agudas caídas seguidas de no menos abruptas alzas en la ocupación obrera. En 1918, por ejemplo, 56.981 obreros trabajaban en los yacimientos salitreros; al año siguiente esa cifra se redujo a 44.498 y en 1922 no había más que 25.462. Sin embargo, en 1923 su número vuelve a pasar los 40.000 y en 1925 las salitreras ocuparon a 60.785 trabajadores, lo que constituye la cifra más elevada de su historia. Esta coyuntura de alta ocupación se mantuvo con sus típicos altibajos hasta 1930 cuando la Gran Depresión golpeó rudamente las explotaciones del nitrato y la ocupación minera se derrumbó: en 1931 solo 16.563 obreros quedaban en los yacimientos y al año siguiente esa cifra se había reducido a nada más que 8.711 (Hurtado Ruiz-Tagle, 1966, p. 174).

Ahora bien, la persistente inestabilidad de la ocupación en el salitre estimuló un incesante flujo migratorio cuyas consecuencias es conveniente destacar. En primer lugar, creó un mercado de trabajo a través

del cual un segmento importante de las clases populares chilenas fue sometido a una explotación capitalista que era diferente, más aguda y más visible de la que había conocido en los fundos del Valle Central. Segundo, la experiencia de trabajo en los yacimientos del salitre favoreció el desarrollo de la conciencia política de los trabajadores, creó una solidaridad y una cultura de clase y precipitó la formación de sus organizaciones políticas y sindicales. No es por azar que los distritos mineros son escenarios de grandes huelgas y movimientos populares desde fines del siglo XIX –entre los que sobresalen la huelga y la masacre de Iquique en 1907– ni que sea justamente allí donde Recabarren es elegido diputado en 1906 y funde seis años más tarde el Partido Obrero Socialista, precursor del Partido Comunista de Chile. Tercero, estos núcleos obreros vinculados al salitre, en razón de su misma inestabilidad ocupacional y los persistentes movimientos migratorios que ella originaba, tuvieron la oportunidad de diseminar en otras regiones y ramas de actividad económica la experiencia obrera de los minerales nortinos, difundiendo esa tradición político-ideológica y organizativa en diversos sectores del proletariado. Vale la pena acotar que este proceso de difusión no quedó circunscripto a las profesiones y oficios vinculados a la economía urbano-industrial sino que también abarcó –aunque con menor eficacia– a ciertos núcleos del campesinado que, por distintas razones, se hallaban involucrados en la compleja trama de relaciones que ligaba la sociedad agraria –como proveedora de fuerza de trabajo y alimentos– con la economía del salitre (Gurrieri, 1968, p. 43).[35]

c) Entremos ahora al examen de lo que hemos considerado como otro de los principales determinantes de la continuidad histórica del proletariado chileno: la rigidez relativa de la estructura de clases. Si bien el crecimiento económico promovido por el auge salitrero tuvo por efecto una discreta expansión de las capas medias, sus implicaciones fueron mucho más modestas en lo que atañe a las clases populares. El dinamismo del modelo exportador suponía una marcada ampliación de las

35. Para hacer una comparación con el caso argentino véase, entre otros, Gino Germani (1962, 1964, 1971), Oscar Cornblit (1967), Roberto Cortés Conde y Ezequiel Gallo (1967), Miguel Murnis y Juan Carlos Portantiero (1971).

funciones técnico-administrativas del Estado, amén de un reajuste de sus funciones políticas de dominación. Con la expansión del enclave salitrero, el Estado pasó a ocupar una posición estratégica en el conjunto de la economía: otorgaba concesiones para la explotación del salitre; consolidaba el monopolio de las grandes empresas; concentraba en sus manos un importante volumen de crédito interno; generaba con sus obras públicas una cuantiosa demanda de bienes susceptibles de ser producidos por la industria nacional y, por último, su funcionamiento era financiado casi por completo a través de los impuestos que gravaban la exportación del salitre, con lo cual las distintas fracciones de las clases dominantes se eximían de contribuir al mantenimiento del aparato estatal. Este nuevo papel del Estado llevaba implícito el crecimiento de una burocracia que debía hacerse cargo de las tareas necesarias para garantizar el "correcto" funcionamiento de la economía dependiente: esos cuadros administrativos de reciente creación se convirtieron en uno de los más efectivos canales a través de los cuales se verificó la expansión de las capas medias. La bonanza económica y el crecimiento urbano, por otra parte, apuraron el desenvolvimiento de un complejo sistema comercial que, organizado en torno al salitre, vinculaba las actividades mineras con la producción agrícola, la industria, el comercio y la banca. La existencia de este sistema, esencial para una economía subordinada a un centro hegemónico externo, contribuyó también a abrir no pocas oportunidades de empleo para los sectores medios.[36]

El grueso de las clases populares, sin embargo, no llegó a incorporarse a la creciente prosperidad nacional. Aun cuando es razonable admitir que algunos de sus elementos, especialmente dentro de las principales ciudades, tuvieron acceso a ciertas ocupaciones de tipo artesanal o lograron instalar un pequeño taller por cuenta propia, la enorme mayoría del proletariado quedó al margen del modesto flujo de movilidad social ascendente. Unas breves referencias servirán para ilustrar esta afirmación. En 1895, en plena fase ascendente del ciclo del salitre, el 87,5% de la población económicamente activa se desempeñaba en ocupaciones "manuales"; en 1940, agotadas ya las posibilidades de crecimiento "hacia

36. Ver el trabajo de Enzo Faletto y Eduardo Ruiz en Faletto, Ruiz y Zemelman (1967, pp. 15-28).

afuera" y en los años iniciales de la gran expansión manufacturera, el 84,3% de la población activa seguía ejerciendo dichas ocupaciones.[37] Sin pretender elaborar conclusiones demasiado terminantes, a partir de estos datos merece destacarse el hecho de que a lo largo de casi medio siglo el perfil de la estructura de clases se mantuvo prácticamente inmutable. Naturalmente esto no quiere decir que otros cambios no hayan tenido lugar en el interior de tal estructura, sino que, si los hubo, ellos se produjeron independientemente de un proceso significativo de "movilidad estructural".[38] En otras palabras, el dinamismo de la economía en esas décadas fue insuficiente para asegurar la creación sostenida de nuevas oportunidades de empleo el nivel de las capas medias; es decir, en una magnitud tal que excediera con creces la oferta originada por el crecimiento demográfico de los sectores medios tradicionales e hiciera necesario reclutar buena parte del nuevo personal entre las clases populares. Por el contrario, hay ciertos indicios que sugieren que el así llamado "surgimiento" de los sectores medios fue más que nada una transformación operada a partir de las viejas capas intermedias preexistentes que la formación de un nuevo estrato social constituido con el aporte predominante de núcleos populares en ascenso. Un rasgo distintivo de estos sectores medios parece haber sido su carácter superestructural, su carencia de una incrustación firme en el proceso productivo en calidad de pequeños o medianos industriales y comerciantes, por ejemplo. Se trataba fundamentalmente de una "pequeña burguesía intelectual" que habiendo tenido acceso a la educación secundaria –y en algunos casos hasta a las propias aulas universitarias– encontró en la expansión

37. Cifras calculadas sobre la base de los datos publicados por los censos de 1895 y 1940 respectivamente.

38. Un marco teórico para el análisis de los procesos de movilidad social fue elaborado por Gino Germani (1971, pp. 85-123). La noción de "movilidad estructural" se refiere a los cambios en la proporción de la población activa adscripta a ciertas categorías o posiciones ocupacionales. Una manera de establecer la magnitud de la "movilidad estructural" es justamente a través de la comparación de la proporción de personas en ocupaciones manuales en diferentes momentos del tiempo. Por contraposición, la "movilidad por reemplazo" es aquella originada por el intercambio o la circulación de personas entre distintas posiciones ocupacionales. Para una aplicación al estudio de la movilidad social en la Argentina, ver Germani, *La movilidad social en la Argentina*. Para una evaluación del alcance de los procesos de movilidad social en América Latina, ver Cardoso y Reyna (1968, pp. 79-105).

salitrera una demanda creciente por sus profesiones adminsitrativas y burocráticas.[39]

Se puede, por lo tanto, anticipar dos conclusiones de carácter general sobre la cuestión de la estructura de clases. Primero, que su perfil (es decir, la relación entre la población activa ocupada en actividades "manuales" y "no-manuales") permaneció prácticamente inalterado entre 1895 y 1940, a pesar de que hay antecedentes como para suponer que a partir de la Guerra del Pacífico y la incorporación del salitre ya se había operado un cierto incremento en el tamaño de las capas medias. Esta tendencia, no obstante, apaciguó su ritmo una vez que se produjo la consolidación y el predominio del enclave. Segundo, el origen de esas capas medias hay que buscarlo en los propios sectores pequeñoburgueses tradicionales, especialmente de tipo intelectual, y no en un proceso de movilidad social ascendente de algunos núcleos obreros. De ahí que no sea aventurado sostener que tanto la "movilidad estructural" como la "movilidad de reemplazo" fueron sumamente restringidas y que las transformaciones acaecidas en las clases populares –formación de un proletariado industrial en las grandes ciudades, desaparición progresiva del artesanado, migración rural-urbana, decadencia de ciertos estratos del campesinado– se circunscribieron a reajustes y reacomodaciones en el interior de las mismas clases populares y a ciertos procesos de movilidad "intraclase", que solo por excepción dieron lugar a ascensos sociales de mayor amplitud.

Ahora bien, ¿qué consecuencias se desprenden de estas observaciones? Digamos para comenzar que la rigidez de la estructura de clases en la formación social chilena y sus bajas tasas de movilidad social hicieron que varias generaciones de obreros vivieran en una situación de clase homogénea y relativamente "aislada" (en términos sociales e inclusive ecológicos en ciertos casos) y que por lo tanto crecieran y se socializaran dentro de una "tradición proletaria" en la cual el socialismo marxista era la ideología que le otorgaba una identidad muy definida a la condición obrera y un instrumento para la orientación de las luchas populares.

39. Ver Edwards (1966, pp. 186-190); Faletto y Ruiz (1967, pp. 26-28) y Aníbal Pinto (1958, pp. 131-135).

La tradicional inestabilidad del empleo en el salitre había mantenido un continuo contacto migratorio entre las provincias nortinas y las del Valle Central. La casi completa paralización que sobrevino en las actividades salitreras luego de la Gran Depresión lanzó al mercado laboral un significativo número de obreros que reinvirtieron la dirección del proceso migratorio. Buena parte de este contingente fue absorbido por el pujante crecimiento industrial propulsado por la readaptación de las fuerzas productivas a las nuevas condiciones creadas por la estructura capitalista internacional. De este modo, la experiencia de lucha de los sectores más combativos, organizados y "conscientes" del proletariado chileno –los mineros– se transmitió y se encarnó en el momento mismo de constitución de la moderna clase obrera industrial. Claro está que en su formación intervinieron también otros grupos y fracciones de las clases populares: artesanos, trabajadores por cuenta propia, núcleos obreros tradicionales, etc. Pero fueron precisamente las fracciones de más antigua formación quienes establecieron el carácter militante e ideológico del movimiento obrero y quienes se pusieron a su vanguardia. A diferencia de lo ocurrido en la Argentina, el impacto de la crisis de 1930 y la reorientación de las fuerzas productivas no alcanzaron a producir una ruptura en la continuidad histórica de las clases populares chilenas. Esto es particularmente claro cuando se observa la trayectoria del movimiento sindical como órgano de expresión de los intereses del proletariado. Por otra parte, no habría que olvidar que ciertos procesos que actuaron en la escena política contribuyeron a robustecer la tradición socialista de la clase obrera. Los partidos de izquierda –en sus luchas y campañas electorales, en su gestión parlamentaria, con su prensa y propaganda, etc.– coadyuvaron a ampliar la resonancia del socialismo marxista más allá de las fronteras en las cuales el movimiento obrero podía hacer sentir su influencia. Facilitaron con su labor una mayor proyección sobre otros estratos del proletariado y las capas medias y atrajeron a una parte de la *intelligentzia* a la causa de socialismo. La acción de los partidos marxistas, aun dentro de los límites de la democracia burguesa, posibilitó la difusión del pensamiento de izquierda y creó las condiciones propicias para la organización del proletariado. Al mismo tiempo debiéramos subrayar que apoyar el ascenso político de los sectores medios en

1938 y compartir, aunque no sea más que en escala reducida el control del aparato estatal, los partidos de izquierda legitimaron las tareas organizativas de los núcleos obreristas y garantizaron un cierto margen de libertades públicas que hicieron posible el desarrollo del movimiento popular.

La crisis orgánica

En este trabajo hemos tratado de presentar algunas reflexiones en torno a los determinantes estructurales de la coyuntura política de fines de la década de 1960 en Chile. En base a ellas sostenemos entonces que tanto el triunfo de Allende como su posterior gestión gubernativa nada tienen que ver con los "accidentes" o las "sorpresas" históricas señalados por algunos autores; tampoco guardan relación con esa feliz combinación de factores "fortuitos" apuntados por otros estudiosos de la materia. En realidad, la victoria de la izquierda en 1970 tuvo raíces mucho más profundas y es allí donde deben buscarse las razones por las cuales un ajustadísimo triunfo electoral dio lugar a la inauguración de un gobierno que avanzó resueltamente –a pesar de innumerables obstáculos– en dirección del socialismo.[40]

40. Es bien sabido que un amplio sector de la "*intelligentzia revolucionaria*" impugnó abiertamente y sin calificaciones el proceso político abierto con la presidencia de Allende. Esto tampoco constituye una novedad: Lenin y Mao se refirieron extensamente a estas desviaciones "dogmáticas" y pequeñoburguesas que surgen y vegetan en todo proceso de transformación social y, naturalmente, estas no podían estar ausentes de Chile. Dada la importancia que, lamentablemente, las deformaciones "dogmáticas" tienen en el pensamiento político de la izquierda latinoamericana, hemos creído oportuno citar un par de comentarios que –sobre este particular– realizara Fidel Castro durante su visita a Chile a fines de 1971. Interrogado por los estudiantes de la Universidad de Concepción acerca de la gestión de gobierno de la Unidad Popular, Castro dijo lo siguiente: "Ahora bien, si a mí me dicen qué es lo que ha estado ocurriendo en Chile y, sinceramente, les diría que *en Chile está ocurriendo un proceso revolucionario*. Y nosotros, incluso, a nuestra revolución la hemos llamado un proceso, un proceso no es todavía una revolución, un proceso es un camino, un proceso es una fase que se inicia y si en la pureza del concepto lo debemos caracterizar de alguna forma, hay que caracterizarlo como una fase revolucionaria que se inicia. Hay que *tener en cuenta las condiciones en que se desenvuelve* este proceso, con qué medios, con qué recursos, con qué fuerzas, qué correlación de fuerzas". En su discurso de despedida, el 2 de diciembre de 1971, Castro se refirió una vez más al mismo tema: "Nos preguntaron en algunas ocasiones, de un modo académico, si considerábamos que aquí tenía lugar un proceso revolucionario. Y nosotros dijimos sin ninguna vacilación: Sí. Pero cuando se inicia un proceso revolucionario, o cuando llega el momento en un país en que se produce lo que podemos llamar una crisis revolucionaria, entonces las luchas y las pugnas se agudizan

Explorando la totalidad dentro de la cual se constituyó la coyuntura que estamos analizando, parece claro que la misma presentaba las características que Gramsci asignaba a las "crisis orgánicas" y que, en última instancia, se resumían en una ruptura en la relación entre representantes y representados, entre el Estado y la sociedad civil. Desde el punto de vista de las clases subalternas esto significaba que las mismas habían experimentado un proceso de movilización política a partir del cual estaban negando su subordinación a las clases dirigentes. Esto lo hemos visto con cierto detenimiento en las páginas anteriores y no abundaremos ahora en nuevas explicaciones. Desde el ángulo de las clases dominantes, la crisis orgánica trasuntaba la profundización de la brecha que se había producido en su interior. Doble fractura, por lo tanto, en la relación sociedad civil-Estado: a nivel de las clases populares, por su creciente movilización política que agravaba la incapacidad del Estado para "representarlas" en conformidad con las nuevas demandas que ellas planteaban. A nivel de las clases dominantes, por la desintegración de la alianza establecida entre sus varias fracciones y por los antagonismos existentes entre algunas de ellas y sus representantes políticos: el Estado era impotente para garantizar al mismo tiempo la supremacía del conjunto de las clases dominantes sin sacrificar –hasta cierto punto– los intereses de las fracciones no-hegemónicas. En esta situación de crisis orgánica, marcada por una "correlación de fuerzas" favorable a los partidos populares, tiene lugar la victoria electoral de la Unidad Popular y su corta experiencia de gobierno. No hay espacio, por lo tanto, para especulaciones sobre los elementos accidentales o fortuitos que intervinieron en su gestación: una situación de crisis orgánica no se constituye sino a partir de rupturas estructurales entre Estado y sociedad y es allí donde se debe investigar si es que queremos comprender cómo y por qué fue posible un gobierno popular en Chile.

A lo largo de estas páginas hemos abordado el problema de la crisis orgánica desde la perspectiva de la movilización de las clases populares. El análisis de la desintegración del bloque dominante lo hemos reservado

tremendamente. Las leyes de la historia cobran su plena vigencia". Ver *Fidel en Chile*, Santiago, (1972, pp. 89 y 262, énfasis nuestro).

para otra oportunidad; sin embargo, en el momento de la recapitulación final procede que señalemos algunos de los elementos que nos servirán para explicar por qué las distintas fracciones dominantes se manifestaron incapaces para salvaguardar su unidad política.

Esquematizando a sus líneas esenciales un argumento más complejo digamos que "la cuestión agraria" fue uno de los factores de más potencialidad disgregadora dentro del bloque dominante. Si en los tiempos del Frente Popular, a fines de la década de 1930, las distintas fracciones de la burguesía llegaron a un "arreglo de caballeros" con las clases terratenientes, las estrecheces económicas de la década de 1960 irían a deteriorar agudamente el compromiso original. El Frente Popular representaba a una amplia coalición de la burguesía, las capas medias y los sectores populares organizados: para ser gobierno –y afianzar políticamente el ascenso de las nuevas fracciones de la burguesía y algunos sectores medios– requería de los votos que aportaban los obreros y empleados a través de los partidos Socialista, Comunista y Radical. Esto significaba un reconocimiento explícito de las organizaciones sindicales del proletariado industrial y minero, una legislación social que estableciera ciertos pequeños privilegios para los empleados (que no solo mejorara objetivamente su situación como asalariado sino que también "elevara" su posición como trabajador de "cuello blanco") y reparara algunas de las más irritantes "injusticias" producidas por el desordenado crecimiento de las fuerzas económicas. Aparte de ello, se necesitaba garantizar un nivel de salario razonable y un costo de vida barato. Dada la capacidad combativa del proletariado y su relativa efectividad para cancelar los aumentos de los precios con incrementos salariales, la preocupación de los sectores hegemónicos del Frente Popular se orientó hacia la agricultura, en donde procuró establecer una política de precios apropiada para contener el costo de vida dentro de límites aceptables para sus aliados urbanos populares. Esto implicó que los precios de los productos agropecuarios sufrieron si no una baja relativa por lo menos una pegajosa vigilancia por parte del Estado "intervencionista", lo que obviamente distaba mucho de configurar una situación favorable

para la oligarquía terrateniente.[41] Sin embargo, como el poder de los latifundistas –aunque un tanto deteriorado– seguía siendo considerable, su concurso era esencial para la estabilidad de la coalición gobernante. En otras palabras, ni los terratenientes ni las distintas fracciones de la burguesía tenían el poder suficiente como para gobernar prescindiendo de un compromiso con el otro; ninguno podía imponer su dominación sobre el resto sin transar parte de sus intereses. En vista de lo anterior, y teniendo en cuenta las estrechas vinculaciones que una de las fracciones dominantes del radicalismo mantenía con los señores de la tierra, no fue sorprendente contemplar cómo las clases gobernantes implementaban un conjunto de medidas de política económica y laboral tendientes a compensar y balancear las mayores restricciones impuestas a los negocios agropecuarios. Esta especie de "indemnización" a los sectores latifundistas asumió varias modalidades: subsidios de índole diversa (para importación de maquinarias, fletes, obras de infraestructura, etc.); mantenimiento de un anacrónico régimen de tributación agrícola gracias al cual la clase terrateniente se hallaba, en la práctica, casi exenta del pago de impuestos por cuanto las contribuciones anuales de los propietarios de fundos eran irrisorias; congelamiento o rebaja *de facto* en los salarios agrícolas y, paralelamente a lo último, acentuación de la represión ejercida en contra del movimiento sindical campesino.[42] El compromiso con la oligarquía permitió a la burguesía reducir las presiones reivindicativas de obreros y empleados originadas por el alza de los precios agrícolas y mantener su cuota de ganancia; a su vez, las clases terratenientes se resarcieron fácilmente de los perjuicios ocasionados por precios supuestamente desfavorables a través de mayores franquicias económicas y una redoblada explotación del campesinado.

Ahora bien, las transformaciones económicas derivadas de la industrialización limaron los fundamentos mismos de la conciliación entre los intereses industriales y agropecuarios: sus intereses entraron en conflicto cuando el retraso de la agricultura se convirtió en un obstáculo

41. Ver Aranda y Martínez (1970, pp. 129-134); Pinto (1958, pp. 158-160).

42. Aranda y Martínez (pp. 132-134), Pinto (pp. 162-163). Hugo Zemelman, "El movimiento popular chileno y el sistema de alianzas en la década de 1930", en Faletto, Ruiz y Zemelman (1971, 112-114).

estructural al crecimiento de la economía. En efecto, el estancamiento agrario es uno de los principales determinantes de la inflación toda vez que el sector agrícola se ha mostrado incapaz de incrementar la oferta de alimentos para una creciente población urbana. De este modo, el abastecimiento insuficiente tuvo como consecuencia el encarecimiento de los precios y el costo de vida y la propagación de presiones inflacionarias al conjunto de la economía. Por otra parte, la insuficiencia de la producción agropecuaria trajo repercusiones cada vez más gravosas en la balanza de pagos, puesto que cada año se hacía necesario importar una cantidad mayor de alimentos para lo cual se debían afectar divisas que podrían haberse destinado a usos más productivos. Por último, el rezago en la evolución de la agricultura tenía incidencia directa en la industria por cuanto limitaba sustancialmente el mercado para los productos industriales. La estructura de la distribución del ingreso era tan concentrada que la enorme mayoría del campesinado estaba al margen del mercado de la industria textil y del calzado, para no hablar sino de lo más elemental (Aranda y Martínez, 1970, pp. 56-57, 116-151; Pinto, 1964, pp. 31-40, 90-95; Cademártori, 1968, pp. 110-116).

Dos elementos adicionales sirvieron para reforzar la necesidad –sentida por los sectores más dinámicos de la economía– de "modernizar" la producción agraria: el deterioro de la cohesión de la sociedad rural y los nuevos requerimientos planteados por la fase de "internacionalización del mercado interno". En relación al primero, el argumento que se desea desarrollar es el siguiente: los sectores terratenientes contaron con una capacidad de representación política en el interior del Estado que era muy superior a lo que la relativa precariedad de su base material habría autorizado a pensar. Esta "sobrerrepresentación" de los intereses agrarios tenía varios orígenes. En primer lugar, porque cuando se produce la crisis de la dominación oligárquica –en los años posteriores a la primera Guerra Mundial–, la resolución de la misma no implicó la exclusión de la clase terrateniente del "bloque en el poder". Lo que sí ocurrió fue que los intereses del capital territorial perdieron su capacidad hegemónica a manos de la burguesía aliada con los sectores medios. Pero este desplazamiento de los sectores agrarios, reacomodación en el interior del "bloque en el poder", no alteró los fundamentos materiales

de su dominación de clase: la propiedad de la tierra. Solo se limitó a recortar su predominio político tradicional. Y aquí llegamos al segundo factor que ayuda a comprender el porqué de la sobrerrepresentación de los intereses de la agricultura en el Estado: es que a su carácter de propietaria del suelo la oligarquía añadía su condición de clase "dirigente" en la vasta estructura de dominación de la sociedad rural. Esto suponía el manejo de un sistema de relaciones sociales tradicionales que garantizaba a los señores de la tierra la obediencia de la población campesina, la que podía ser utilizada en las elecciones para dotar de un apoyo abrumador a los partidos representativos de los terratenientes. Mientras esta estructura de dominación social tradicional se mantuvo relativamente cohesionada y obedecía a las directivas de sus "dirigentes naturales", las clases terratenientes gozaron de un indudable ascendiente político. Sin embargo, cuando la industrialización, la migración a las ciudades y la apertura del campo a la red de relaciones sociales y comunicaciones procedentes de los centros urbanos comenzaron a carcomer la solidez de la estructura tradicional, la capacidad de representación política de aquellas se contrajo súbitamente. Por un lado, porque el desarrollo del proceso de urbanización drenó considerablemente el volumen de la población rural sujeta al dominio de los grandes propietarios: en 1920 la población rural era el 57,2% del total, en 1940 era el 49,3% y solo del 35,9% en 1960. Además, la declinante población rural era crecientemente penetrada por las actividades desplegadas por grupos extraños a la sociedad rural tradicional –tal como sindicatos, partidos de izquierda, universitarios y grupos estudiantiles– cuyas acciones aceleraron la descomposición de la frágil cohesión de la sociedad agraria y precipitaron la movilización del campesinado.

La reorganización de los procesos productivos que tuvo lugar luego de agotada la etapa de "sustitución fácil" de importaciones no hizo acrecentar las dificultades de los terratenientes. Efectivamente, en las nuevas condiciones de "internacionalización del mercado interno", dentro de las cuales debían realizarse los esfuerzos para lograr el desarrollo económico, los sectores vinculados a la agricultura difícilmente podían preservar la inviolabilidad del arcaico régimen de tenencia de la tierra. En primer lugar, porque su capacidad de presión política se había

disminuido paralelamente a la disolución de la estructura de dominación tradicional. Segundo, porque las clases y fracciones que tenían posibilidades de dar una respuesta "adecuada y congruente" a los nuevos requerimientos del desarrollo –las fracciones modernas y dinámicas del capitalismo nacional y el gran capital monopolista internacional– necesitaban para su propia expansión la "modernización" de la economía agraria. Y esto implicaba la puesta en marcha de un proceso de reforma que inevitablemente suscitaría la encarnizada oposición de los sectores terratenientes.[43]

La reorganización del proceso productivo se expresó políticamente a través del significativo realineamiento de fuerzas sociales verificado en el interior del Estado. Su resultado inmediato fue el encumbramiento de la Democracia Cristiana a la cabeza de una heterogénea coalición electoral: bajo una misma bandera se reunían los sectores más "progresistas" de la burguesía nacional –con estrechas vinculaciones al capital monopolista internacional– muchos intelectuales y profesionales, importantes segmentos de las capas medias y la pequeña burguesía, campesinos sin tierra, "masas marginales" y hasta algunos sectores minoritarios del proletariado industrial. A esta contradictoria e inestable superposición de intereses se sumó, a último momento y a regañadientes, el núcleo terrateniente tradicional que, alarmado ante las posibilidades nada lejanas de una clara victoria izquierdista en 1964, volcó todo el peso de su influencia en favor de la candidatura de Eduardo Frei.

Los antagonismos existentes en el seno de esta coalición, latentes mientras sus personeros se encontraban fuera de las palancas de mando de la economía, se hicieron presentes con pasmosa celeridad una vez que sus representantes pasaron a desempeñar las funciones de gobierno. La reforma agraria, aun cuando aplicada de modo parsimonioso, fue terca y violentamente resistida por los latifundistas en diversos frentes y con diversas armas: en los fundos y en las calles, en el terreno económico, en la lucha política y en la contienda ideológica. Rápidamente las fuerzas agrarias se fueron transformando en el polo aglutinante que organizó

43. Ver la excelente elaboración que sobre el tema de las nuevas condiciones del desarrollo latinoamericano realizan Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto (1967, pp. 147-173).

la actividad política de otros sectores y clases que también habían sido (objetiva o subjetivamente) "defraudados" por la gestión oficial: ciertos sectores de la pequeña burguesía y los núcleos "tradicionales" de la burguesía que quedaron marginados por el ascenso de las fracciones más "modernas" vinculadas al capital monopolista se plegaron a la cruzada restauradora emprendida por los señores de la tierra. Lo que ocurrió fue que ciertos cambios en la política económica –en los aspectos tributarios, crediticios y de fijación y control de precios para los artículos de primera necesidad– efectuados con vistas a racionalizar el funcionamiento de la estructura capitalista lesionaron los intereses de los segmentos más primitivos de las clases propietarias y los transformó en agrios críticos del régimen. En la escena política, la disgregación de la gran coalición procedió a pasos agigantados: hacia los finales del gobierno de Frei, el caudal electoral de la Democracia Cristiana se había reducido a la mitad, a pesar de que seis años antes sus líderes anunciaron pomposamente al mundo que habría treinta años de gobierno demócrata cristiano en Chile (Garcés, 1973, pp. 46-49, 59-63).

De esta manera, al aproximarse la fecha de las elecciones presidenciales, las posibilidades de reconstituir una coalición de la amplitud y cohesión necesarias como para detener el ascenso de los sectores populares eran prácticamente nulas: primero, por la magnitud y el carácter estructural de las contradicciones existentes entre los intereses de las fracciones de la burguesía ligadas al gran capital monopolista y los sectores más "tradicionales" y periféricos de la economía capitalista. Estos últimos sabían que mal podían ser representados por los personeros políticos de los primeros. La burguesía no ignoraba que su propia expansión requería resolver de alguna manera "la cuestión agraria" y que debía desplazar las formas atrasadas de producción capitalista en la industria y el comercio. Su necesidad no era solo económica: para mantener el apoyo de las capas medias y de algunos sectores del proletariado (especialmente campesinos y "marginales") debía impulsar ciertos proyectos redistribucionistas cuya viabilidad económica era bajísima si un amplio sector de la economía seguía funcionando a márgenes muy bajos de eficiencia y productividad. En segundo lugar, otro obstáculo que impedía la reconstitución de la unidad política de las clases dominantes era la

movilización política de las clases populares, las que con su creciente radicalización ahondaron aún más los antagonismos existentes entre los representantes políticos de los sectores tradicionales, por un lado, y los personeros de la alicaída coalición capitalista modernizante, por otro. Esto se percibió muy claramente en el curso de la campaña debido a los repetidos y encendidos ataques de Radomiro Tomic a la oligarquía terrateniente y sus promesas en el sentido de completar el proceso de la reforma agraria.

En este contexto se llevaron a cabo las elecciones presidenciales de 1970. Allende triunfó pero por un margen muy estrecho de votos y sin obtener la mayoría absoluta; por lo tanto, era el Congreso Pleno quien debía elegir al nuevo presidente entre los dos candidatos que habían obtenido las dos primeras mayorías relativas. En el Parlamento, los partidos de la Unidad Popular contaban con 80 representantes sobre un total de 200, lo cual hacía verosímil una solución contraria a la candidatura popular. El Congreso Pleno, en uso de sus facultades constitucionales, bien podría haber escamoteado la victoria de Allende eligiendo en su lugar a quien había ocupado el segundo puesto en la votación, Jorge Alessandri. A tales efectos, los sectores más reaccionarios de las clases dominantes se embarcaron en una desembozada campaña tendiente a impedir, a cualquier costo, la elección de Allende: atentados dinamiteros; creación de organizaciones fascistas como Patria y Libertad; pánico financiero desatado por el propio ministro de Hacienda a través de cadena nacional de radio y televisión y el asesinato del comandante en jefe del Ejército General, René Schneider, consumado justamente dos días antes de la sesión del Congreso Pleno que debería elegir al nuevo presidente. A pesar de todo, el 24 de octubre el Parlamento designó a Salvador Allende como presidente constitucional de Chile.

Si el triunfo electoral de la izquierda hubiera sido un "accidente" o el producto de una conjunción puramente superestructural de factores aleatorios, entonces hubiera sido posible "reparar" –utilizando los varios mecanismos que la institucionalidad burguesa había previsto para tales casos– el equívoco resultado comicial. Pero esta restauración era impensable en la coyuntura política de 1970, signada por una profunda crisis orgánica y en donde el ascenso impetuoso de las masas populares

contrastaba con la profunda escisión producida en el seno de las clases dominantes.[44] Para hacer frente a esta situación y preservar la dominación política de la burguesía se requería nada menos que el sacrificio de la Democracia Cristiana. Esta debía reconocer que su misión histórica –la integración de una alianza "capitalista modernizante" en donde la hegemonía de la burguesía se reforzara con una amplia base de apoyo popular– había concluido en un fracaso y que debía ceder el puesto a los aparatos políticos tradicionales, ahora remozados para adaptarse a las nuevas condiciones en que se libraba el conflicto de clases. Este y no otro era el significado que tenía la propuesta de elegir a Alessandri o convocar a nuevas elecciones presentando un candidato de "unidad burguesa" para oponerlo a Salvador Allende. Además, ambas proposiciones eran impracticables porque, como en todo período de crisis orgánica, se produjo un desfasaje entre las clases dominantes y sus "representantes políticos". La dinámica interna de la Democracia Cristiana, influida por la movilización popular, había desplazado a los personeros de la burguesía de la conducción del partido, así como del control de su base electoral. Por el contrario, los sectores que lo gobernaban –de extracción pequeñoburguesa– llevaron su autonomía hasta el extremo de rechazar abiertamente cualquier entendimiento con "la derecha" y que pudiera resultar en un desconocimiento de la victoria de Allende. Naturalmente, esto no significaba que se solidarizaran plenamente con la izquierda (recuérdese el "estatuto de garantías democráticas", etc.) sino que como partido, la Democracia Cristiana prefería negociar con la Unidad Popular y no con el Partido Nacional. En otras palabras, el aparato político de la burguesía ya no respondía a la voluntad de esta y las clases dominantes, divididas por antagonismos estructurales agravaron su debilidad a raíz de

44. Hay que tener en cuenta que el 36,6% de los votos obtenidos por Allende era un reflejo parcial e incompleto del crecimiento del movimiento popular. En las secciones precedentes hemos visto otras manifestaciones no-electorales de este fenómeno que sería conveniente recordar a la hora de aquilatar el significado real de ese guarismo. Además, no hay que olvidar que una buena parte del electorado que votó en favor de Radomiro Tomic lo hizo atraído por un programa que, en sus intenciones al menos, era muy similar al enarbolado por la Unidad Popular. Un importante segmento de campesinos, pobladores –y en mucho menor escala, obreros– votaron por Tomic y muchos de ellos, luego del triunfo de Allende y de la puesta en marcha del programa de gobierno de la UP, se plegaron a las filas de la izquierda. Solo así se explica que, a pesar de las dificilísimas circunstancias en que se realizó la elección de 1973, los partidos oficialistas hayan aumentado sensiblemente su votación.

que la dirección pequeñoburguesa de la Democracia Cristiana impedía todo compromiso con la derecha, aun en momentos críticos, cuando un "acuerdo defensivo" era la única salida.

La "crisis orgánica" de la dominación burguesa requería entonces una serie de reajustes que no podían producirse de la noche a la mañana y entre tanto, ya las clases populares habían cruzado el Rubicón e inaugurado su experiencia de gobierno. Hacía falta reagrupar los efectivos dispersos de las clases dominantes, organizados nuevamente y crear las condiciones propicias para contener y rechazar el avance del proletariado. Se hacía indispensable descartar hombres y viejos dirigentes que habían flaqueado en los momentos decisivos; había que desechar partidos y organizaciones obsoletas para la nueva etapa de la lucha de clases; había que abandonar las tácticas parlamentarias, el compromiso y la oposición franca. Se requerían nuevos hombres, nuevos aparatos políticos, otros métodos de acción, y esto tomaría su tiempo. A principios de octubre de 1972, con la huelga de los gremios patronales (principalmente camioneros y pequeños comerciantes), las clases dominantes probarían a fondo su nueva estrategia para recuperar el control del Estado. Las cercanas elecciones de marzo de 1973, sin embargo, abrieron un paréntesis en donde los aparatos políticos tradicionales de las clases dominantes trataron de derrocar al gobierno sin violar las "sacrosantas" instituciones de la democracia liberal. Sin embargo, la acrecentada votación izquierdista demostró que no serían precisamente las elecciones populares las que habrían de provocar la caída del gobierno de Allende. La misma noche en que el pueblo festejaba por las calles la nueva victoria de la Unidad Popular, las clases dominantes llegaban a la conclusión de que, para salvar su dominación de clase, era necesario destruir a la democracia burguesa.

Bibliografía

Alexander, R. J. (1957). *Communism in Latin America.* New Brunswick: Rutgers University Press.

Affonso, A., Gómez, S., Klein, E. y Ramírez, P. (1970). *Movimiento campesino chileno*. Santiago de Chile: ICIRA.

Angell, A. (1972). *Politics and the Labour Movement in Chile.* Londres: The Royal Institute of International Affairs by Oxford University Press.

Aranda, S. y Martínez, A. (1970). Estructura económica: algunas características fundamentales en Aníbal Pinto *et al. Chile hoy*, (55-172). México: Siglo XXI.

Barrera, M. (1971). Perspectiva histórica de la huelga obrera en Chile. *Cuadernos de la Realidad Nacional*, 9, septiembre, 119-155.

Barría, J. (1971). *El movimiento obrero en Chile*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad Técnica del Estado.

Bendix, R. (1964). *Nation-building and Citizenship.* Nueva York: John Wiley & Sons.

Blest, C. (1973). La escalada hacia la unidad de la clase trabajadora. *Punto Pinal*, 177, 13 de noviembre.

Bonomi, G. (1973). *Partito e Rivoluzione in Gramsci.* Milán: Feltrinelli.

Boron, A. (1971). La evolución del régimen electoral y sus efectos en la representación de los intereses populares: el caso de Chile. *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, II, 3, 395-436.

Cademártori, J. (1968). *La economía chilena: un enfoque marxista.* Santiago de Chile: Universitaria.

Cardoso, F. H. y Faletto, E. (1967). *Dependencia y Desarrollo en América Latina.* Santiago de Chile: ILPES.

Cardoso, F. H. y Reyna, J. L. (1968). Industrialización, estructura ocupacional y estratificación social en América Latina en F. H. Cardoso. *Cuestiones de sociología del desarrollo de América Latina*, 3, (79-105). Santiago de Chile: ILPES.

Castillo, L. (1971). Capitalismo e industrialización: su incidencia sobre los grupos obreros en Chile en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, 8, junio, 5-23.

Castro, F. (1972). *Fidel en Chile. Textos completos de su Diálogo con el Pueblo.* Santiago de Chile: CEPAL.

Chelén Rojas, A. (s/f). *Trayectoria del Socialismo.* Buenos Aires: Austral.

Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola. (1966). *Tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico en el sector agrícola.* Santiago de Chile.

Cornblit, O. (1967). Inmigrantes y empresarios en la política argentina. *Desarrollo Económico.* 6(24), enero-marzo, 641-691. Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). DOI: 10.2307/3465677.

Corporación de la Reforma Agraria (CORA). (1970). *Reforma Agraria Chilena.* Santiago de Chile.

Cortés Conde, R. y Gallo, E. (1967). *La formación de la Argentina moderna,* Buenos Aires: Paidós.

Debray, R. (1971). *Conversación con Allende.* México: Siglo XXI.

Deutsch, K. W. (1961). Social mobilization and political development. *American Political Science Review* (3), 493-514.

Di Telia, T. *et al.* (1967). *Sindicato y comunidad*. Buenos Aires: Editorial del Instituto.

Dirección del Presupuesto. (1972). *Exposición sobre la política económica del gobierno y el estado de la hacienda pública*. Santiago de Chile, noviembre. Tabla 1ª.

Duque, J. y Pastrana, E. (1972). La movilización reinvindicativa urbana de los sectores populares en Chile: 1964-1972. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales,* 4, diciembre, 259-293.

Echenique, J. y Gómez, S. (1972). *Chile Hoy,* 21, semana del 3 al 9 de noviembre de 1972.

Edwards Vives, A. (1966). *La fronda aristocrática.* Santiago de Chile: Del Pacífico.

Faletto, E. y Ruiz, E. (1970). Conflicto político y estructura social en A. Pinto *et al. Chile hoy,* (213-254). México: Siglo XXI.

Faletto, E. (1966). Incorporación de los sectores obreros al proceso de desarrollo. *Revista Mexicana de Sociología,* 38(3), julio-septiembre, 693-741.

Faletto, E., Ruiz, E. y Zemelman, H. (1971). *Génesis histórica del proceso político chileno.* Santiago de Chile: Quimantú.

Figueroa, L. (1973). Participation under the Popular Unity Government en J. A. Zammit. *The Chilean Road to Socialism,* (186-220). Brighton: Institute of Development Studies de la Universidad de Sussex.

Forster, R. y Greene, J. P. (1970). *Preconditions of Revolution in Early Modern Europe.* Baltimore y Londres: Johns Hopkins Pr.

Garcés, J. E. (1970). *La pugna política por la presidencia en Chile.* Santiago de Chile: Editorial Universitaria Santiago.

Garcés, J. (1973). The Popular Unity Government's Workers' Participation Model: some conditioning factors en J. A. Zammit. *The Chilean Road to Socialism,* (181-186). Brighton: Institute of Development Studies de la Universidad de Sussex.

Germani, G. (1963). Los procesos de movilización e integración y el cambio social. *Desarrollo Económico,* 3(3), Buenos Aires, octubre-diciembre, 403-421.

Germani, G. (1964). La movilidad social en la Argentina. Apéndice a R. Bendix y S. Lipset (Eds.). *La movilidad social en la sociedad industrial.* Buenos Aires.

Germani, G. (1968). Fascism and Class en S. J. Woolf. *The Nature of fascism,* (65-96). Londres: Weidenfeld and Nicolson.

Germani, G. (1971). *Sociología de la modernización.* Buenos Aires: Paidós.

Germani, G. (1973). El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos. *Desarrollo Económico,* 51, octubre-diciembre.

Germani, G. (1992). *Política y sociedad en una época de transición,* Buenos Aires: Paidós.

Gil, F. (1969). *El sistema político de Chile.* Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

Giusti, J. (1971). La formación de las 'poblaciones' en Santiago: aproximación al problema de la organización y participación de los 'pobladores'. *Revista Latinoamericana de Ciencia Política,* II(2), agosto.

Gramsci, A. (1966, 6ta edición). *Note Sul Machiavelli, sulla Politica e sullo Stato Moderno*. Turín: Einaudi.

Gurrieri, A. (1968). *Consideraciones sobre los sindicatos chilenos*. Santiago de Chile: (mimeo) ILPES.

Hurtado Ruiz-Tagle, C. (1966). *Concentración de población y desarrollo económico-El caso chileno.* Santiago, Chile: Universidad de Chile. Instituto de Economía.

Instituto de Economía. (1963). *La Economía de Chile en el período 1950-1963,* (Tomo II). Santiago de Chile.

Jobet, J. C. (1955). *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile.* Santiago de Chile: Universitaria.

Johnson, D. J. (Ed.). (1973). *The Chilean Road to Socialism.* Nueva York: Anchor.

Klein, E. (1972). *Antecedentes para el estudio de los conflictos colectivos en el campo.* Santiago de Chile: ICIRA.

Labrousse, A. (1972). *L'experience chilienne.* París: Editions Du Seuil coll. Combats.

Lamour, G. (1972). *Le pari chilien.* París: Stock.

Macciocchi, M. A. (1974). *Per Gramsci.* Bolonia: Il Mulino.

Marchetti, V. y Marks, J. D. (1974). *The CIA and the cult of Intelligence.* Nueva York: Alfred A. Knopf.

Marshall, T. H. (1965). Citizenship and Social Class en *Class, Citizenship and Social development.* Nueva York: Doubleday.

Miliband, R. (1970). *El Estado en la sociedad capitalista.* México: Siglo XXI.

Murmis, M. y Portantiero, J. C. (1971). *Estudios sobre los orígenes del peronismo,* Buenos Aires.

Najman, M.. (1974). *Le Chili est preche.* París: Stock.

Petras, J. (1972). Nacionalización, transformaciones socio-económicas y participación popular en Chile en *Cuadernos de la Realidad Nacional,* 11, enero, 3-24.

Petras, J. (1969). *Politics and social forces in Chilean development.* Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.

Pike, F. (1963). *Chile and the United States, 1880-1962.* Notre Dame: Universidad de Notre Dame Press.

Pinto, A. (1958). *Chile, un caso de desarrollo frustrado.* Santiago: Universitaria.

Pinto, A. (1964). *Una economía difícil.* México: Fondo de Cultura Económica.

Pinto, A. (1970a). Desarrollo económico y relaciones sociales en A. Pinto *et al. Chile hoy,* (55-172). México: Siglo XXI.

Pinto, A. (1970b). Estructura social e implicaciones políticas. *Revista. Latinoamericana de Ciencia Política,* I, 2, 333-351.

Pizzorno, A. (1970). Sobre el método de Gramsci (de la historiografía a la ciencia política) en A. Pizzorno *et al. Gramsci y las ciencias sociales.* Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente, 19, 41-64.

Poulantzas, N. (1969). *Clases sociales y poder político en el Estado capitalista*. México: Siglo XXI.

Ramírez Necochea, H. (1965). *Origen y Formación del Partido Comunista de Chile.* Santiago de Chile: Universitaria.

Ramírez Necochea, H. (1970). *Historia del imperialismo en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Austral.

Stone, L. (1966). Theories of revolution. *World Politics, 18(2),* 159-176.

Sweezy, P. y Magdoff, H. (1974). *Revolution and Counterrevolution in Chile.* Nueva York: Monthly Review Press.

Thompson, E. P. (1963). *The making of the English working class*. Nueva York: Vintage Books.

Touraine, A. (1972). Nacionalización, transformaciones socio-económicas y participación popular en Chile. *Cuadernos de la Realidad Nacional,* 11, enero, 3-24.

Touraine, A. (1973). *Viet et Mort du Chili Populaire*. París: Seuil.

Vanderschueren, F. (1971). Pobladores y conciencia social. *Revista Latinoamericana de Estudios Urbano-Regionales,* octubre, 95-123.

Varela, H. (1959). Distribución del ingreso nacional en Chile a través de las diversas clases sociales. *Panorama Económico,* 199, febrero.

Wolpin, M. (1968). La izquierda chilena: factores estructurales que dificultan su victoria electoral en 1970. *Foro Internacional,* julio-septiembre, 43-68.

Wolpin, M. (1972). La influencia internacional de la Revolución cubana: Chile, 1958-1970. *Foro Internacional,* abril-junio, 453-496.

Zammit, J. A. (1973). *The Chilean Road to Socialism.* Brighton: Institute of Development Studies de la Universidad de Sussex.

Zapata, F. (1968). *Estructura y representatividad del sindicalismo en Chile.* Santiago de Chile: ILPES.

Zemelman, H. (1964). Problemas ideológicos de la izquierda. *Arauco,* 58, noviembre, 50-60.

Zemelman, H. (1971). Factores determinantes en el surgimiento de una clase campesina. *Cuadernos de la Realidad Nacional,* 7, marzo, 84-115.

La formación y crisis del Estado oligárquico-liberal en la Argentina, 1880-1930*

Gobiernos radicales, crisis hegemónica e intervención militar

La Ley Sáenz Peña hizo posible el triunfo electoral de los radicales en la crítica elección presidencial de 1916. El ascenso radical profundizó la brecha existente entre Estado y sociedad, entre la clase gobernante y las clases dominantes. Así como durante el régimen oligárquico, de acuerdo con el historiador argentino Rodolfo Puiggrós (1967), "la misma élite poseía la tierra, administraba el Estado y modelaba la cultura", con el advenimiento de los radicales a los mandos del Estado se inició el fin de una época (p. 26).[1]

Sin embargo, y tal como mostraremos posteriormente, los gobiernos radicales no lograron producir lo que Barrington Moore (1966) denominara "una ruptura revolucionaria con el pasado", a pesar de los cambios que introdujeron en la sociedad y la política argentinas. El aspecto a enfatizar en este capítulo, por tanto, refiere a que, más allá de las apariencias externas, las políticas de las administraciones radicales no desafiaron los fundamentos estructurales del modelo económico vigente y del Estado liberal oligárquico. En otras palabras, y a fin de entender lo ocurrido en la Argentina entre 1916 y 1930, es necesario disipar la

* Boron, A. (1976) La formación y crisis del Estado oligárquico-liberal en la Argentina, 1880-1930. Tesis doctoral, presentada a y aprobada por la Universidad de Harvard (Estados Unidos). Traducción del capítulo final y del epílogo realizada por Atilio Boron (mayo, 2020).

1. Ver también Galleti (1961, pp. 27-50); Floria y García Belsunce (1971, pp. 310-365); Cantón, Moreno y Ciria (1972, pp. 13-115).

errónea asunción que conecta los gobiernos radicales con una abrupta crisis de la dominación oligárquica y con la irrupción, en el Estado, de la hegemonía burguesa. Por el contrario, los gobiernos radicales fueron solo un capítulo más en la larga historia de desintegración del Estado oligárquico. Nada más erróneo que la débil conclusión adelantada por el historiador estadounidense John J. Johnson (1958) cuando señaló que las "elecciones de 1916 colocaron a Argentina bajo el mando de los grupos medios" (p. 99). Más bien podríamos argumentar que no fue sino hasta la recuperación del control del aparato estatal por el ala populista de los radicales (paralela a la retirada de los elementos "aristocráticos" y oligárquicos en la reelección de Yrigoyen de 1928), cuando la crisis de la dominación oligárquica pareció sobrepasar el punto de no retorno. A partir de este, solo podría ser resuelta –en forma temporal, por supuesto– a través del recurso reaccionario del golpe militar como se comprobaría el 6 de septiembre de 1930.

De hecho, los "grupos medios" nunca pudieron convertirse en fracción hegemónica del Estado oligárquico; fueron, eso sí, los administradores y la "clase política" que expulsó al personal y las fuerzas políticas directamente ligadas a la poderosa burguesía agraria. Por eso aunque lograron tomar los mandos del aparato de Estado convirtiéndose en nueva "clase gobernante" no fueron capaces de –ni parece que se lo hubieran propuesto– sustituir la hegemonía de la burguesía agraria. Hubo razones estructurales que explican esta imposibilidad y algunas de ellas serán examinadas a lo largo del capítulo. Pero el nudo central de nuestro argumento radica en que, a fin de reemplazar la hegemonía de los capitalistas agrarios, era necesario contar con una burguesía industrial relativamente bien desarrollada, capaz de organizar y dar vida a un nuevo bloque histórico apoyado en una amplia alianza de clases. Sin embargo, y en función de las peculiaridades del desarrollo capitalista en economías periféricas como la Argentina, la burguesía como clase es un fenómeno de formación tardía e inacabada. En la época en que la pequeña burguesía y el proletariado amenazaban la dominación oligárquica, la propia burguesía se mostró demasiado débil para convertirse en la vanguardia de la rebelión contra el viejo patriciado y el modelo de

acumulación capitalista sobre el cual este fundaba su supremacía económica, política y cultural.

Los gobiernos radicales

En todo caso, el triunfo electoral de los radicales en las elecciones presidenciales de 1916 inauguró una nueva época en la política argentina. Pero esto estuvo lejos de significar un cambio en los parámetros estructurales del Estado oligárquico. Fue un cambio "al interior del sistema" y no una transformación del sistema mismo. En otras palabras, bien podemos decir que con la Ley Sáenz Peña y el advenimiento de los radicales a los mandos de la administración tuvo lugar un cambio importante en la naturaleza del régimen político del Estado oligárquico: el de naturaleza aristocrático y elitista fue reemplazado por una república democrático-burguesa en la que, al menos idealmente, gobernaban las mayorías. Los *honoratiores* oligárquicos fueron reemplazados por políticos profesionales y la política de notables dejó su lugar a la política de masas.

Sin embargo, este cambio de régimen político –cuya importancia debe ser apreciada adecuadamente– no implicó de ninguna manera una derrota de las clases dominantes. Tal como señalara el historiador José Luis Romero (1963):

> la oligarquía ni estaba vencida ni quedó totalmente fuera del control del Estado. Militaban en las filas de la Unión Cívica Radical muchos hombres vinculados a la riqueza agropecuaria del país, representantes legítimos de los intereses de su clase y que, inevitablemente, debían entibiar la acción económica y social del nuevo gobierno. Por otra parte, bien pronto pudo advertirse que las preocupaciones políticas se sobreponían a todas las demás, y se pudo observar que faltaba un plan para la transformación del orden vigente en aquellos aspectos (p. 19, traducción nuestra).

Romero resumió correctamente la naturaleza de las contradicciones que frustrarían la potencialidad de transformación de los gobiernos

radicales: la composición social del partido y la falta de un programa real de cambio económico para Argentina. Ambos elementos son de extrema importancia cuando se quieren caracterizar los gobiernos radicales y la gama de transformaciones que hubieran logrado producir. El análisis de la composición del liderazgo del partido, así como de las políticas específicas implementadas por los radicales desde el gobierno, nos permite coincidir con David Rock (1975) cuando señala que, aunque:

> el control directo sobre la administración había pasado a nuevas manos, pero no había razón para creer que el poder real de la élite había desaparecido o disminuido en forma significativa. El ejército y la marina tenían los mismos comandantes que antes de 1916. Las mayores asociaciones empresariales que representaban los intereses de la élite estaban intactos. Igualmente miembros poderosos de la élite seguían reteniendo sus posiciones de estrecho contacto con los grupos económicos extranjeros (p. 95, traducción nuestra).

Una rápida inspección en la lista de miembros que formaron el primer gabinete de Yrigoyen en 1916 revela el grado de penetración de los sectores oligárquicos en los puestos de liderazgo radicales. Datos recolectados por el historiador estadounidense Peter Smith (1969) muestran que cinco de los ocho puestos del gabinete estaban ocupados por miembros de la Sociedad Rural Argentina, la poderosa asociación de grandes terratenientes ligados al comercio exportador (p. 49; Rock, 1975, p. 95). Los ministros en cuestión eran Domingo Salaberry, ministro de Finanzas, ligado a la exportación, los bancos y los negocios de construcción; Honorio Pueyrredón, ministro de Agricultura y probable candidato a ministro de Relaciones Exteriores, gran terrateniente y aristócrata de la provincia de Buenos Aires; Federico Alvarez de Toledo, terrateniente de Buenos Aires y Mendoza y ministro de Marina; Pablo Torello, ministro de Obras Públicas y también gran terrateniente al igual que Carlos Becú, primer ministro de Relaciones Exteriores. El resto de los miembros del gabinete eran hombres de orígenes menos resonantes, representativos del nuevo tipo de líderes políticos surgido con la expansión de los modernos partidos de masas: políticos profesionales. Ramón Gómez, ministro

del Interior; Elpidio González, ministro de Guerra y José P. Salinas, ministro de Educación, debían sus puestos en el gabinete radical al control de la maquinaria del partido que detentaban en diferentes provincias. Con posterioridad a la Ley Sáenz Peña, la condición de líder político de distritos cruciales constituyó una importante vía de acceso a los puestos más altos del Estado (Rock, 1975, pp. 95-96).

En suma, la composición social de los líderes radicales no fue muy diferente de la de sus predecesores: la burguesía agraria estaba instalada dentro del gabinete de Yrigoyen y si bien había demasiados *nouveaux riches* y aristócratas venidos a menos, los intereses terratenientes estaban seguros y bien protegidos. Más aún, Yrigoyen y los radicales habían ganado por muy poco. En la mayoría de las provincias existía oposición al nuevo presidente radical, mientras que el Congreso todavía estaba ampliamente a favor de los viejos grupos conservadores. Los radicales recién ganarían la mayoría en Diputados en 1918, mientras que en el Senado, cuyos miembros eran elegidos en la mayoría de los casos por las legislaturas provinciales por un término de nueve años, la oposición oligárquica mantuvo su indisputado predominio (pp. 96-97).

No obstante, a pesar de las políticas moderadas que impulsó la administración radical, Yrigoyen tropezó con una obstinada oposición en varias "situaciones provinciales", baluartes de los grupos conservadores. El tema principal que originó los desacuerdos no fue el de las políticas específicas que, como veremos, no estaban dirigidas a minar la base económica de los propietarios. Sin embargo, la pequeña burguesía en el poder y el complejo sistema de patronazgo político desarrollado para movilizar al electorado demandaba la redistribución del poder político en lo denominado "situación provincial" y esto hubiera necesariamente herido a los grupos conservadores. Prominentes líderes locales, miembros de los "comités radicales", de forma creciente invadieron las oficinas públicas gracias a los sólidos vínculos establecidos –resultado del trabajo público y otros favores políticos– con los estratos de las clases medias. David Rock ha descripto muy bien esta situación:

> Los principales receptores de estos beneficios fueron los grupos urbanos de clase media "dependiente", de extracción inmigratoria, de

> Buenos Aires y, en menor medida de otras ciudades importantes cercanas a la Costa Atlántica. Estos grupos fueron el corazón de la organización de los comités del Partido Radical, que se habían unido al partido en números crecientes después de 1900. De otra parte, el sistema discriminaba a los inmigrantes que no estaban autorizados para votar. Tampoco beneficiaba a la clase trabajadora, y los grupos empresariales, los cuales estaban en gran medida muy lejos de sentir el atractivo que podían tener los puestos de trabajo en la administración pública (pp. 96-97).

Uno de los resultados de este aumento del sistema clientelístico fue el enfrentamiento con los notables locales y provinciales afiliados con la oligarquía y los grupos conservadores. El resultado de este enfrentamiento fue una larga serie de intervenciones federales mediante las cuales las autoridades provinciales que habían sido desafectados del gobierno central fueron removidas y reemplazadas por un interventor federal designado por el presidente. Por supuesto, esta práctica no era nueva en la política argentina: era una de las armas predilectas del establishment oligárquico utilizada para "arreglar" las situaciones políticas desfavorables en las provincias. Sin embargo, bajo la primera administración de Yrigoyen (1916-1922) el presidente usó esa prerrogativa constitucional veinte veces, marca récord para todo el período que va de 1862 a 1930 y para una nación con solo catorce provincias. Los más "cercanos" a Yrigoyen en este peculiar torneo fueron Luis Sáenz Peña y José Evaristo Uriburu (1892-1898) con catorce intervenciones (muchas de las cuales fueron decididas después de los estallidos revolucionaros de 1893), la administración de Marcelo T. de Alvear (1922-1928) con diez y la de Manuel Quintana-José Figueroa Alcorta (1904-1910) con ocho. Por lejos, las administraciones radicales recurrieron más a la "intervención federal" que los gobiernos oligárquicos; de noventa y tres intervenciones implementadas entre 1862 y 1930, treinta y cuatro ocurrieron durante los catorce años de gobierno radical (Smith, 1970, p. 12).[2]

2. Un análisis de las intervenciones federales entre 1916 y 1930 en Cantón, Moreno y Ciria (1972, p. 90).

Las políticas concretas desarrolladas por la administración radical nada hicieron para cambiar la estructura de la sociedad dependiente. La continuidad de las políticas públicas –referente a áreas tan sensitivas como dinero, impuestos, tarifas y tenencia de la tierra– fue total y no hubo ningún intento por reformar o cambiar seriamente alguno de los pilares del capitalismo oligárquico. Por el contrario, debe señalarse que los radicales tuvieron especial cuidado en propiciar la consolidación y expansión de la ganadería y las industrias agrícolas. Gino Germani (1969) ha enfatizado correctamente este punto al señalar: "el gobierno de clase media no introdujo ningún cambio importante en la orientación económica y política del país. Hizo posible el advenimiento de nuevos hombres al poder, pero las líneas básicas del régimen precedente permanecieron incólumes" (p. 52). El liberalismo conservador fue reemplazado, de esta manera, por el liberalismo populista dejando intacto el fundamento básico de la formación social argentina.

Un claro ejemplo de ello puede observarse en el análisis que realizó Peter Smith (1975) sobre las leyes que se propusieron para favorecer los intereses de los ganaderos. Durante los catorce años de gobierno radical (1916-1930) se aprobaron noventa de estas leyes: el 29% fue propuesta, lógicamente, por senadores o diputados conservadores; el 6% por socialistas; 5% por demócrata progresistas; y un sorprendente 60% por legisladores radicales. Pero lo interesante es que fue durante las dos presidencias de Yrigoyen cuando los senadores y diputados radicales introdujeron la mayor proporción de proyectos de ley: 70% en 1916-1922 y 75% en 1928-1930. Durante la administración de Alvear los legisladores radicales introdujeron solo el 52% de los proyectos (p. 307).[3]

Una de las características más relevantes de la Unión Cívica Radical fue su falta de programa de gobierno. Los líderes de los demás partidos, y especialmente los del establishment oligárquico no podían soportar el espíritu mesiánico y la abstracta retórica que envolvía las acciones de Hipólito Yrigoyen. Ante las objeciones formuladas por Lisandro de la Torre, líder de los demócratas progresistas (un partido moderado con

3. Para una discusión más general sobre las relaciones entre los terratenientes y los radicales ver Allub (1973, pp. 132-143).

base en los chacareros y pequeños terratenientes del sur de Santa Fe) y por Juan B. Justo (fundador y principal líder de los socialistas), referidas al fracaso radical para articular una respuesta a los problemas nacionales, Yrigoyen respondió que:

> Extraviados viven los que piden programa de gobierno a la causa reivindicadora. Como exigencia legal y como sanción de justicia me hace el efecto del mandatario pidiendo rendición de cuentas al mandante o del reo interrogando y juzgando al juez (Citado en Romero, 1963, p. 220).

En otras palabras, Yrigoyen estaba diciendo que la UCR era la verdadera expresión y encarnación del país. El radicalismo era concebido por sus líderes como un programa de reparación nacional y la institución que permitiría a la nación acceder a sus metas más elevadas. Por ello, no había espacio para programas o propuestas de políticas específicas. Más aún, cuando Juan B. Justo se quejó ante la Cámara de Diputados, en 1914, de no poder descubrir las nuevas ideas y conceptos que los radicales pretendían defender, un joven diputado de la UCR, Horacio Oyhanarte, le rebatió en forma sarcástica:

> Es a la Unión Cívica Radical a la que, en todo caso, y a sus electores, a quienes deben preocuparles y no a ustedes eso de tener un programita articulado; artículo uno, artículo dos... programa mínimo, ocho horas de trabajo, separación de la Iglesia y del Estado, divorcio... (grandes aplausos en las galerías del Parlamento). (Citado en Cantón, 1966a, p. 29).

Sin embargo, la falta de un programa articulado no podía interpretarse en el sentido que los gobiernos radicales adolecieran de una "línea partidaria" en relación a los problemas nacionales más urgentes. Por el contrario, debemos señalar que las políticas eran esencialmente las mismas que se habían puesto en práctica durante los largos años del régimen oligárquico. En este sentido, la hegemonía de la burguesía agraria sobre el resto de la sociedad y, en ese caso, sobre los propios radicales, cerró el

paso a toda posibilidad de innovación y reforma. Las políticas del liberalismo populista tenían su propio espacio en el espectro de políticas alternativas compatibles con el estado oligárquico. El problema, entonces, no tenía que ver con la falta o no falta de un programa por parte de los radicales. Tenían uno, difuso, inarticulado, ambiguo: el de la ampliación y democratización parcial del proyecto histórico de la burguesía agraria. El programa radical, finalmente, significó la consolidación de la economía exportadora y la sociedad liberal a través de la democratización del acceso al gobierno y la discreta redistribución de los beneficios creados por el éxito económico de Argentina. Sin duda, hubo contradicciones entre las herramientas estatales y los objetivos, cuestiones estas que caracterizaron la típica ambigüedad del radicalismo.

A fin de comprender mejor las políticas seguidas bajo las administraciones radicales es importante rever algunos datos básicos referidos al crecimiento de la economía argentina durante la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias. Esto permitirá una mejor evaluación de sus logros y frustraciones.

En términos generales, puede decirse que el inicio de la Primera Guerra Mundial marcó el apogeo de la "edad dorada" de prosperidad iniciada con la Guerra de los Bóeres a finales del siglo XIX. La Primera Guerra trajo consigo la abrupta caída de la inversión extranjera; las exportaciones declinaron y los valores de la tierra y las actividades marítimas descendieron dramáticamente como resultado de la confrontación militar. La parálisis del comercio exportador fue sentida inmediatamente en las importaciones: la guerra no solo complicó el envío de las exportaciones argentinas sino que además cambió el perfil de la oferta entre las naciones europeas. Estas contaban con muy poca producción industrial libre para exportar a las naciones de la periferia del sistema capitalista, por lo que Argentina debió sufrir un persistente recorte de importaciones durante la guerra y el período inmediatamente posterior. La génesis del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones se encuentra precisamente allí.

El lapso comprendido entre 1913 y 1917 fue de depresión económica. El PBI real declinó en 19.6% entre 1913 y 1917; el comercio exterior total per cápita, medido en pesos oro, cayó de 135.7 en 1913 y 91.3 en 1914; las

importaciones se redujeron de 66.3 millones de pesos oro a 40.9 entre los mismos años, mientras que descendieron del 69.4 al 51.1% las exportaciones El índice de costo de vida, por su parte, saltó de un valor de 82 (1929=100) en 1914 a 130 en 1917 mientras que el índice de salario real, también basado en 1929=100, declinó de 61 a 42 en los mismos años. Sumado a ello, el desempleo alcanzó niveles sin precedentes, trepando del 5% en los años de preguerra a casi un 20% en el invierno de 1917.[4]

No obstante, la recuperación se inició en forma rápida. En 1918 la economía argentina estaba superando ya los niveles de 1913, al menos en algunos ítems cruciales como los relacionados con el comercio exterior. En su conjunto, el período 1917-1929 presenció un vigoroso repunte, con un promedio de crecimiento anual del PBI del 6,7% (Díaz, 1970, p. 52). La guerra, no obstante, dejó una pesada herencia a los gobiernos radicales: la inflación. Los precios de los bienes importados, cruciales para determinar los costos de vida internos, crecieron también en un 100% entre aquellos años (Sociedad Rural Argentina, Anuario, p. 69). El rápido ascenso de la demanda externa para las carnes y granos argentinos –circunstancia que no fue acompañada de un incremento en la oferta de estos productos– tuvo como resultado final un agudo crecimiento de los precios internos: en su conjunto, los precios minoristas locales de 1918 fueron 75% más altos que los de 1910 (Rock, 1975, p. 106; Tornquist, 1919, pp. 267-270).

Las altas tasas de inflación tendieron a anular los esfuerzos gubernamentales para integrar a los estratos medios urbanos en la prosperidad de la economía primario exportadora. Inflación y devaluación del peso fueron de hecho mecanismos que permitieron a la burguesía agraria y a los grupos económicos ligados a los mercados externos operaron como instrumentos para expropiar de sus ingresos a los grupos urbanos. La política de integración de los estratos medios al Estado oligárquico precisaba de un requisito crítico: el continuo crecimiento y abundancia de la economía primario exportadora. Si no se cumplía esta condición, todo el intento se veía severamente amenazado y destinado eventualmente al fracaso, lo que terminó por suceder en 1930. Por el contrario,

4. Ver Díaz (1970, p. 52), Tornquist (1919, p. 141), Di Tella y Zymelman (1967, p. 266), Tulchin (1970).

"en la medida en que la economía continuara expandiéndose el *radicalismo* no planteaba ninguna amenaza a las clases dominantes" (Corradi, 1974, p. 341).[5]

El escaso margen de maniobra colocó a los gobiernos radicales bajo intensas presiones: debía expandir las bases del Estado oligárquico redistribuyendo tanto la prosperidad creada por la economía exportadora en expansión como el poder concentrado en manos de la burguesía agraria y comercial. Además, el partido debía también consolidar su propia posición electoral si quería continuar siendo la única alternativa política. Por el otro lado, los radicales no querían herir (ni lo hubieran logrado en caso de haberlo deseado) los intereses de las clases dominantes; el boom de las exportaciones agropecuarias no podía ser controlado y los terratenientes y sus socios sacaban ventaja de la situación sin interferencia gubernamental. Sin embargo, los grupos urbanos –en especial los estratos medios nativos y los trabajadores– comenzaron a elevar sus voces de protesta contra el alza del costo de vida, la caída de los salarios reales y el aumento del desempleo. Ante la competencia socialista por el electorado urbano, los radicales se vieron forzados a resolver el rompecabezas sin perturbar ni sus relaciones con la burguesía agraria ni sus lazos con las clases subordinadas y los estratos que formaban su clientela política. La "solución" tuvo un inconfundible sabor populista, ya que el nuevo partido gobernante eligió apaciguar a los grupos urbanos mediante el incremento de puestos burocráticos y profesionales en el aparato de Estado y la expansión de sus redes clientelísticas (Rock, 1975, pp. 107-108).

Como resultado de esta política de compromiso entre las demandas "de abajo" y las realidades del poder oligárquico, se desarrolló un complicado sistema de patronazgo político que, a su turno, terminó por demandar el incremento correspondiente de los gastos estatales. Este sistema evolucionó en forma lenta durante los primeros dos años de administración radical, pero después de la crítica rebelión popular de enero de 1919, conocida como la Semana Trágica, el gobierno adoptó

5. Ver Rock (1975, pp. 97-98, 107-108, 117-118).

enérgicas medidas que eventualmente se materializarían en una impresionante expansión de la administración pública (pp. 110-116).[6]

No obstante todas estas limitaciones, la administración radical alcanzó algunos de sus más preciados objetivos:

> Hacia 1922 los grupos de clase media habían logrado ocupar una posición política completamente diferente en comparación con el período de oro de la dominación la oligárquica. Estaban completa y directamente involucrados en las actividades del Estado y habían llegado a ser uno de sus principales beneficiarios. Más allá de algunos episodios dramáticos –la ya mencionada Semana Trágica, la Reforma Universitaria que estallara en Córdoba (1918) y las matanzas en la Patagonia (1922)– los cambios se produjeron gradualmente y sin ninguna amenaza seria a la estabilidad del nuevo sistema político (p. 117, traducción nuestra).

En lo que concierne a reformas estructurales, el récord de las administraciones radicales es definitivamente pobre. Las oportunidades creadas por la guerra no fueron aprovechadas por la administración de Yrigoyen. Durante los años de la Primera Guerra Mundial e inmediatamente después hubiera sido posible implementar una resuelta política proteccionista que habría favorecido la industrialización del país. Sin embargo, los radicales no hicieron uso de esta alternativa y los excedentes del comercio exportador fueron captados por sus habituales beneficiarios y usados para pagar la deuda externa antes que para financiar la industria nacional (Corradi, 1974, p. 341).

El historiador Carl Solberg (1973) resumió la orientación de los gobiernos radicales en relación a la protección arancelaria en los siguientes términos:

> Entre 1916 y 1930 los gobiernos radicales hicieron poco por cambiar la tradicional política arancelaria de la Argentina, que los intereses

6. Para un mejor análisis sobre la relación entre la integración de los sectores medios al Estado y la expansión del aparato estatal ver Ratinoff (1967).

> ganaderos habían históricamente conformado para adaptar a sus necesidades ... en general, la política arancelaria del partido radical no contempló los intereses de los consumidores sino los de la Sociedad Rural ... Al menos en lo concerniente a la política arancelaria las administraciones de Yrigoyen representaron primero y principalmente a los intereses ganaderos (p. 284).[7]

Las tímidas y ambiguas políticas de los gobiernos radicales fracasaron tanto "en la creación de una burguesía radical que podría haber sido capaz de eliminar a la oligarquía cuanto en una masa obrera vigorosa y organizada (Romero, 1963, p. 224). Por el contrario, el resultado neto de las políticas del Partido Radical fue el desalentar el desarrollo de una burguesía industrial nativa. Más bien, las políticas radicales propiciaron la penetración del capital monopólico extranjero antes que el desarrollo de la burguesía nacional, aunque aquí también hubo algún que otro matiz como se verá más adelante.[8]

Los errores de la política radical saltan a la vista también en el manejo de la cuestión social.[9] Los dos casos extremos fueron los eventos de la Semana Trágica y la masacre de peones rurales en Santa Cruz, en la zona más austral de la Patagonia. Ambos incidentes, ocurridos durante la primera presidencia de Yrigoyen, revelaron los límites y las contradicciones de los gobiernos radicales; paternalistas, permisivos y en ocasiones amistosos con los trabajadores, recurrieron en ciertas coyunturas críticas a la más violenta represión, a fin de vencer la protesta o las revueltas de las clases populares. Yrigoyen debió ganar la confianza y el apoyo de las masas, pero fue incapaz de organizarlas y, mucho menos, de otorgarles satisfacciones concretas. Sin embargo, y más allá de los errores de estas políticas gubernamentales, el ascenso de la economía argentina hizo declinar el costo de vida –después de alcanzar su máximo en 1920– con el consecuente mejoramiento de los salarios reales; el

7. Ver también Díaz (1970, pp. 277-308), Dorfman (1970, pp. 151-173), Gallo (1970, pp. 13-16).

8. Allub (1973, pp. 142-143), Jorge, (1971, pp. 88-105), Sommi (1949, pp. 42-93), Phelps, (1938, pp. 239-263).

9. En dieciséis años el gobierno radical fue incapaz de ganarse un lugar dentro del movimiento obrero. Un muy buen análisis de las relaciones contradictorias entre el movimiento obrero y el gobierno radical puede encontrarse en Rock (1975, pp. 117-200).

número de huelgas descendió del récord alcanzado en 1919 (367) a un promedio de 105 para el período 1920-1930. Lo anterior significa que las administraciones radicales tuvieron más espacio para negociar una módica redistribución de la renta agraria y pudieron integrar a las clases medias urbanas sin lesionar gravemente los intereses de la burguesía agraria.[10]

Entre los aspectos positivos, debe señalarse que Yrigoyen se adhirió tenazmente a una política de neutralidad durante los años de la guerra, lo que fue agriamente criticado por los grupos ligados al comercio exterior. No obstante, al final del conflicto nadie dejó de reconocer que la neutralidad argentina fue la política correcta. A su favor debe agregarse a su vez el apoyo que otorgó a los estudiantes reformistas de la Universidad de Córdoba en 1918. *Last but not least*, la nacionalización de la industria petrolera fue otra decisión significativa, tal vez la más importante, tomada por las administraciones radicales.

Gilbert Merkx (1968) ha resumido muy bien los problemas y contradicciones del gobierno de Yrigoyen al decir que:

> Un oponente vigoroso de la injusticia electoral pero que intervino más provincias y canceló más elecciones que cualquier otro presidente argentino. Un declarado amigo de los trabajadores que estableció un modesto programa de seguridad social y la jornada laboral de ocho horas pero que no vaciló en autorizar la brutal represión de las huelgas de 1919 … un abogado de la justicia económica, pero su reforma más dramática fue apenas la de permitir la colonización de la tierra pública remanente, (decididamente de inferior calidad). Creyendo en la protección y dirección gubernamentales del patrimonio nacional, creó una empresa petrolera oficial (YPF) y una pequeña flota mercante estatal, pero siguió las mismas políticas del liberalismo económico de los gobiernos que lo precedieron. La política exterior de Yrigoyen fue notable por su independencia y por su dureza hacia los EEUU pero esta también fue una confirmación

10. Algunos líderes radicales eran miembros activos de dos asociaciones privadas represivas y anti obreras y representaban la otra cara del populismo radical. Ver Bagú (1961, p. 76).

de políticas que habían comenzado en el siglo XIX (pp. 137-138, traducción nuestra).

El colapso del radicalismo

La primera presidencia de Yrigoyen finalizó con un partido radical sólidamente atrincherado en la política electoral y capaz de salir victorioso en cualquier pugna comicial. Pocos se sorprendieron cuando Hipólito Yrigoyen designó a Marcelo T. de Alvear como su sucesor. El día de la elección, el candidato de Yrigoyen alcanzó el 47,8% del voto popular, casi la misma proporción lograda por el propio Yrigoyen en 1916. Una vez más, los conservadores fracasaron en la competencia con la fuerza electoral radical, recibiendo una dura derrota. Pero, al menos, el nuevo presidente era uno de sus pares; en realidad, del riñón de sus pares.

Alvear pertenecía a una de las más prominentes familias aristocráticas de la Argentina. Había nacido en Buenos Aires –un verdadero "porteño"– y su padre había sido el alcalde encargado de modernizar la ciudad en los dorados años de la década de 1980. Estuvo entre los fundadores de la Unión Cívica de la Juventud en 1889 y tomó activa parte en los levantamientos radicales de la década siguiente. Era uno de los adinerados argentinos que pasaban gran parte de su vida en el exterior, especialmente en París, ciudad que se había convertido en esa época en el hogar espiritual de los argentinos más ricos. Cuando Alvear abandonó París, ya como presidente electo, se despidió así de la ciudad de sus amores: *Au revoir Paris... Je donnerai mon coeur et mon corp a la Présidence* (Floria y García Belsunce, 1971; II, p. 324). Su elección fue una clara señal para la burguesía agraria y sus aliados; las cosas continuarían tal como se suponía que debían continuar. Con la elección de Alvear, Yrigoyen reforzó los lazos del partido con los grupos oligárquicos. Alvear "tenía nombre, fortuna, tierras –todo lo que posiblemente podía dar lustre a un partido que algunos creían poco respetable"–, escribía Ysabel Rennie (1945) y, a todo eso, agregaba que Alvear "era seguro, decorativo y manejable" (p. 219).

Tal como se esperaba, la administración de Alvear implicó un glorioso retorno a los días del liberalismo conservador. Se mantuvieron, como

bajo la administración de Yrigoyen, las políticas de libre comercio pero el estilo y el contenido populista de su política fueron abandonados. Más aún, las clases dominantes comprendieron que controlaban una vez más, ahora sin molestas mediaciones, el aparato de Estado. Tal impresión fue confirmada por los rápidos movimientos de Alvear, quien puso una palpable distancia entre Yrigoyen, en tanto líder indiscutido del partido gobernante, y él como jefe del Estado. Sin embargo, esta aproximación entre la administración y las clases dominantes llevó, por otro lado, al deterioro de los débiles lazos que mantenían unido al Partido Radical: la nueva pequeña burguesía –aquellos hijos de inmigrantes que se formaron a la sombra de la expansión del sistema de patronazgo– no podían ver con buenos ojos el retorno de elementos aristocráticos a posiciones dominantes en el Estado.

El primer gabinete de Alvear, tal como en el caso de Yrigoyen, tuvo fuerte representación de la Sociedad Rural. Los ministros de Finanzas, Defensa, Agricultura y Justicia e Instrucción Pública eran miembros de ella. Pero, y a diferencia de Yrigoyen, el propio Alvear era también un distinguido miembro de esa asociación (Smith, 1969, p. 49). Más importante aún, Alvear reunió a su alrededor los miembros dispersos del ala oligárquica del partido, que encontraron en el nuevo presidente una persona deseosa de enfrentarse a la preeminencia de Yrigoyen. Además, no solo intentaba hacer pesar su propia influencia al interior del partido; también estaba dispuesto a usar el enorme poder de su investidura presidencial en la batalla. Desde el mismo inicio, la administración de Alvear introdujo un elemento de división al interior del partido. Contrariamente a lo que esperaba Yrigoyen, y sin que importaran los años pasados fuera del país sin un seguimiento directo de los acontecimientos, Alvear se convirtió en un símbolo alrededor del cual los sectores oligárquicos pugnaron por destruir la influencia de Yrigoyen. El cisma radical estaba en ciernes y, finalmente, se desencadenó en junio de 1924, cuando el vicepresidente Elpidio González –hombre de Yrigoyen– rehusó presidir la apertura del Congreso. En septiembre de ese año Alvear y sus seguidores organizaron la Unión Cívica Radical Antipersonalista,

disputando sin disimulo el control que el viejo líder radical poseía sobre el electorado.[11]

Sin embargo, y a pesar de todo, el antipersonalismo fracasó en su intento de capturar el control partidario de las manos de Hipólito Yrigoyen. Después de la escisión partidaria, casi habían perdido el control del grueso de los comités y de la mayoría de los legisladores radicales. El diario socialista *La Vanguardia* comentó de esta manera el hecho:

> No hay gobierno. Y esto porque en este momento hay dos gobiernos diferentes: uno dirigido desde la calle Brasil (la casa de Yrigoyen), y cuya única actitud es para impedir a cualquiera de hacer algo; y el otro, que quiere hacer algo pero que carece de los elementos necesarios para hacerlo. No hay gobierno porque no hay partido de gobierno.[12]

La prueba de fuego para los antipersonalistas serían las elecciones presidenciales de marzo de 1928. La escisión partidaria había reactivado la actividad de los cuadros yrigoyenistas, quienes comenzaron a expandir inmediatamente sus redes clientelísticas y de organización a lo largo y ancho del país. Ya en 1925, durante las elecciones internas en la ciudad de Buenos Aires, las distintas facciones en competencia movilizaron 40 mil electores; para 1928 esa cifra trepó a 60 mil (Rock, 1975, p. 233).

La elección presidencial de 1928, la última en el período de cincuenta años de nuestro estudio, finalizó con una aplastante victoria electoral de Yrigoyen: triunfó con el 57.4 por ciento de los votos triunfando en todos los distritos electorales, con la excepción de San Juan. Fue reelegido con un porcentaje casi 10% superior a los votos alcanzados en 1916 (47.2%). Los grupos conservadores no advirtieron la concreción de su sorprendente triunfo sino hasta muy cerca del día de la elección. Los grupos políticos ligados al viejo patriciado habían unido fuerzas con los segmentos "iluminados" del radicalismo y las clases dominantes, y creyeron que esta combinación de fuerzas políticas resultaría imbatible. Al

11. Romero (1963, pp. 224-225), Rennie (1945, p. 221), Rock (1975, pp. 218-240).

12. *La Vanguardia*, 25 de noviembre de 1923 (Citado en Rock, 1975, p. 228; traducción nuestra).

carisma de Yrigoyen opusieron los nombres de Leopoldo Melo y Vicente Gallo, mientras que socialistas y comunistas eligieron sus candidatos aunque sin ninguna posibilidad de triunfo. Es interesante recordar que algunos meses antes de la elección presidencial de 1928 hubo elecciones provinciales: para sorpresa de la burguesía agraria y de sus representantes conservadores, los yrigoyenistas derrotaron a los candidatos oligárquicos en Tucumán, Salta y Jujuy, barriendo además los bastiones conservadores de Santa Fe y Córdoba.

Los líderes del Frente Unido –la coalición antipersonalista y conservadora– le exigieron al presidente Alvear que "interveniese" la provincia de Buenos Aires, distrito clave en el colegio electoral, a fin de detener a Yrigoyen. Pero aquel, aún cuando apoyó la fórmula Melo-Gallo, se negó a hacerlo. Era lo único que necesitaba Yrigoyen para estar seguro de que ganaría la contienda electoral, cosa que efectivamente ocurrió (Floria y García Belsunce, 1971, II, pp. 334-339).

El inicio de la segunda administración de Yrigoyen mostró rápidamente la creciente distancia abierta entre las alas aristocrática y populista del Partido Radical. Los yrigoyenistas eran claramente respaldados por los crecientes sectores medio urbanos, lo que dio a la segunda administración de Yrigoyen un marcado sabor plebeyo. El radicalismo como un movimiento social poderoso se había nutrido de la pequeña burguesía y de los estratos medios. Existían todavía algunos grupos más o menos ligados a la burguesía agraria tradicional, pero su peso interno en las filas del partido había disminuido notoriamente.

Los orígenes sociales del gabinete de Yrigoyen en 1928 son una buena prueba de ello. Por primera vez solo uno de sus ocho miembros –el ministro de Agricultura– era afiliado a la Sociedad Rural; los siete ministros restantes pertenecían a clases distintas al patriciado terrateniente (Smith, 1969, p. 49). El Ministerio del Interior, la posición política clave en el Estado, quedó a cargo de Elpidio González, quien era visto por los círculos oligárquicos como el epítome de los elementos advenedizos promovidos por Yrigoyen; un símbolo viviente del político profesional que emergió con la incorporación de las masas al Estado. El contraste entre González y los anteriores ministros del Interior debió haber sido difícil de digerir para el patriciado; la mayoría de sus predecesores durante

la era dorada del régimen oligárquico –Joaquín V. González, Indalecio Gómez o José N. Matienzo– eran distinguidos aristócratas o intelectuales estrechamente ligados a la burguesía agraria. A Elpidio González, por el contrario, se lo veía como una persona que, antes de convertirse en político profesional, acostumbraba tocar la guitarra en "boliches" o tiendas de mala muerte en su natal provincia de Córdoba.[13]

El nuevo ministro de Relaciones Exteriores, Horacio B. Oyhanarte, –jefe político de La Plata– debe haber generado el mismo desprecio; un hombre de entorno clasemediero que trepó a las más altas posiciones del Estado gracias a su control de la maquinaria política del partido en la provincia de Buenos Aires. Aunque no existen datos comparativos en lo que respecta a la composición de la legislatura radical en 1928, Rock ha sugerido que entre los yrigoyenistas en el Congreso, el grupo de hijos de inmigrantes se encontraba ahora representado en gran número, una característica que contrastaba con la situación prevaleciente en 1916, cuando "la abrumadora mayoría de los legisladores radicales eran terratenientes" (pp. 241-242; Cárcano, 1963, p. 219).

La segunda administración de Yrigoyen se inició con buenos prospectos: prosperidad económica, paz social y una abrumadora mayoría en la Cámara Baja (91 de 156 diputados pertenecían a la UCR). En el Senado, sin embargo, la situación era diferente pues solo siete senadores eran yrigoyenistas contra 19 de la oposición. Esta había quedado paralizada bajo la avalancha de votos recibidos por Yrigoyen en 1928. Sin embargo, cuando el presidente asumió, sus condiciones mentales se habían deteriorado y ninguno de sus colaboradores más cercanos pudo enfrentar los problemas de conducción del Estado. Más aún, existía un consenso generalizado en referencia a que Yrigoyen estaba rodeado de personajes mediocres y de gente sencillamente incompetente.[14] Roberto Etchepareborda, uno

13. Más detalles sobre González en Rock (1975, pp. 96, 241-242).

14. (Rock, 1975, p. 242). Smith (1970, p. 32) encontró que la proporción de diputados "aristocráticos" entre los Antipersonalistas en 1922-1924 era del 41% mientras que solo del 14% era el porcentaje correspondiente a los Yrigoyenistas. Más aún, Smith encontró que en 1916-1918 aproximadamente el 51% de los diputados de la UCR pertenecían a la aristocracia; esta proporción había declinado al 20% para 1928-1930. Sus hallazgos en la Cámara de Diputados mostraron una declinación de los elementos aristocráticos del 56% en 1916-1918 al 26% en 1928-1930. Puede compararse con Cantón (1966, 38-41) aunque ambos utilizan criterios diferentes. Floria y García Belsunce (1971, p. 360), Romero (1963, p. 229), Rennie (1945, p. 219),

de los principales historiadores del Partido Radical, ha señalado que las deterioradas condiciones físicas y mentales con las que Yrigoyen inauguró su segunda administración afectó gravemente la eficiencia del gobierno. No pudo enfrentar la masa de problemas que llegaban hasta las oficinas del presidente y su tradicional costumbre de decidir todo por sí mismo provocó una especie de parálisis burocrática y decisional. Por otra parte, su senilidad le impidió darse cuenta del desorden y la corrupción administrativa que comenzaban a proliferar en su entorno. "El partido gobernante", afirma Etchepareborda (1958), "sufrió los avances de un oficialismo corruptor" (p. 29-30).

Corrupción e ineficiencia parecen ser las palabras clave que caracterizaron la segunda administración de Yrigoyen; pero el presidente no podía darse cuenta de ello. Tal como señalara Ysabel Rennie (1945):

> A medida que pasaron los meses se fue haciendo evidente que él no tenía nada que hacer en ese cargo, porque no podía entender lo que leía y nadie podía entenderlo cuando hablaba. Estaba dolorosa y públicamente senil ... las finanzas de la nación se transformaron en un revoltijo a medida que un puñado parasitario de políticos radicales saqueaba el tesoro público ... fue una tragedia para Yrigoyen que no tenía idea de lo que estaba ocurriendo y que fue un hombre honesto y que murió en la pobreza (pp. 221-222).

A este panorama –revelador de los errores de la administración– deben añadírsele los renovados esfuerzos de la oposición que, después de la desbandada inicial, reagrupó sus fuerzas y lanzó una ofensiva total contra el gobierno. El ataque opositor fue allanado gracias a los primeros signos de problemas económicos que enfrentó Argentina a fines de 1929 como reflejo del estallido de la Gran Depresión: déficit creciente de la balanza de pagos, caída de los precios agrícolas en los mercados internacionales, declinación de las exportaciones argentinas y disminución del flujo de inversiones extranjeras. El gobierno fue víctima tanto de su propia incompetencia como de los irresponsables ataques que se lanzaban

Etchepareborda (1958, p. 28).

desde la izquierda y la derecha. Los sectores conservadores acusaron a Yrigoyen de ser un "extremista"; la izquierda, a su vez, lo atacaba por considerar que representaba la reacción capitalista, demostrada por sus "políticas represivas, reaccionarias y pro-fascistas en contra del proletariado combatiente". Mientras la izquierda confundía a Yrigoyen con los dictadores fascistas de Europa (un error que volvería a repetirse en 1945 con Juan D. Perón), la oligarquía temía una inminente revolución bolchevique en Argentina (Etchepareborda, 1958, p. 31; Puiggrós, 1967, IV, p. 67).

Los grandes periódicos también se incorporaron a las filas de los críticos de Yrigoyen. *La Prensa*, *La Nación* y *Crítica* –diarios de circulación nacional– concentraron todos sus esfuerzos para garantizaar el cumplimiento de un único objetivo: la preparación de un "clima de oposición" que facilitara el derrocamiento del gobierno. Al respecto, el fervor y dedicación demostrado por *La Nación*, el viejo diario de Mitre, fue demasiado notorio: entre el 14 de julio de 1929 y el 6 de septiembre de 1930 (el día del golpe), publicó 142 editoriales que criticaban a la jefatura del ejército por su pasividad y su cooperación con el gobierno. Estos editoriales llegaban a las barracas y oficinas castrenses donde eran leídos ávidamente y comentados con entusiasmo. Esta conducta del periodismo habría de repetirse en la historia argentina a mediados de la década de 1950 en preparación para el derrocamiento del primer gobierno peronista y, más tarde, para justificar los sucesivos cuartelazos y golpes de Estado de la década de 1960 y el advenimiento de la dictadura militar instalada el 24 de marzo de 1976 (Orona, 1958, p. 87).

Tabla IX.1. Total de votos por la UCR y la oposición en la elección presidencial de 1928 y la elección parlamentara de 1930

	Presidencial 1928	Parlamentaria 1930
Unión Cívica Radical UCR	839.234	623.765
Oposición (incluye solo los partidos mayoritarios)	563.908	614.336
Diferencia	302.326	9.429

Fuente: Etchepareborda (1958, p. 32).

Las elecciones de 1930 constituyeron una seria derrota para los radicales: perdieron en la ciudad de Buenos Aires, donde ganaron la mayoría los socialistas independientes (una fracción que habría aparecido con los grupos conservadores en la década de 1930); perdieron también en Córdoba ante los conservadores y en Entre Ríos frente a los antipersonalistas, mientras que en la provincia de Buenos Aires los radicales tuvieron que realizar grandes esfuerzos para impedir la derrota ante los conservadores. El traspié electoral de 1930 fue una clara advertencia: las políticas populistas implementadas por Yrigoyen –que constituían la médula de su supremacía política– ya no podían ponerse en práctica por mucho tiempo más. La crisis económica en la que se encontraba sumida la economía capitalista internacional cobraba también tributo en Argentina mientras que el tejido social del Partido Radical se deshilachaba velozmente. No podemos más que coincidir con las conclusiones señaladas por David Rock cuando dice que:

> El gobierno fue incapaz de expandir su paraguas protector sobre los grupos de clase media a la velocidad necesaria para mantenerse a la par de la súbita expansión de sus demandas, mismas que se habían potenciado en paralelo con la depresión y el alto desempleo. Como resultado la entera estructura que mantenía su apoyo popular fue debilitada. Un aspecto crucial de esto fue la rápida erosión de los lazos existentes entre gobierno y los comités partidarios que se produjo a causa de la depresión que afectaba cada vez con más fuerza a la economía argentina (Rock, 1975, p. 257, traducción nuestra).

Pero el gobierno no solo fue derrotado en las urnas; también vio evaporarse su popularidad y su ascendiente institucional. Su influencia en otras áreas del aparato de Estado comenzó a resentirse también; una crítica señal de ello fue la relación entre el ejército e Yrigoyen. Recién en 1901 aquel había comenzado a ser una institución profesional cuando con anterioridad a esa fecha era una pequeña fuerza armada compuesta de voluntarios sin mucho prestigio ni poder.[15] Cuando el coronel Pablo Ricchieri retornó

15. Para los militares argentinos ver Cantón (1969), Potash (1969), Goldwert (1972).

a la Argentina luego de catorce años de servicios como agregado militar en Prusia logró profesionalizar al ejército, también, y el promulgamiento de una ley que establecía el servicio militar obligatorio para todos los ciudadanos argentinos. En la medida en que el país enfrentaba la posibilidad real de una guerra con Chile (por viejos irresueltos litigios de demarcación de fronteras), sus propuestas fueron rápidamente aceptadas por el entonces presidente Julio A. Roca. En 1901 se promulgó la ley que comisionó a Ricchieri para montar una moderna Academia de Guerra, con avanzados programas de estudios obligatorios para los oficiales superiores, siguiendo el modelo prusiano (Potash, 1969, p. 3). Cuando inició sus cursos el director y cuatro de sus diez profesores eran oficiales alemanes. La influencia germana creció considerablemente entre las filas del nuevo ejército. Tanto los consejeros militares como el entrenamiento en el extranjero y las armas y municiones eran suministrados por los alemanes (pp. 3-4).

El primer gobierno radical casi no tomó en cuenta las demandas y la situación del ejército; Yrigoyen nombró un ministro de Guerra civil, rompiendo con la práctica de designar un oficial de alto rango para ese puesto. A fin de promover amigos o ex revolucionarios, pasó por encima de oficiales elegibles por escalafón; ascendió a oficiales retirados y promulgó pensiones y beneficios de retiro sin tener en cuenta las regulaciones legales existentes. En otras palabras, extendió al ejército el clientelismo político que practicaba en la burocracia estatal. El enojo y las críticas de muchos oficiales y líderes conservadores crecieron desorbitadamente cuando Yrigoyen propuso un proyecto por el cual la participación en los levantamientos radicales de 1890, 1893 y 1905 debían ser considerados como actos de "servicio a la nación". Al definir que existían "obligaciones primordiales al país y a la constitución muy por encima de todas las reglamentaciones militares", Yrigoyen y los radicales, tal como remarcara el historiador estadounidense Robert Potash:

> torpemente ofrecieron una racionalización para los nuevos levantamientos militares, de los cuales irían a ser las primeras víctimas. La tragedia fue que al mirar hacia atrás tratando de remediar viejas injusticias Yrigoyen contribuyó a socavar la no demasiado fuerte

> tradición de aislamiento militar en relación a la política y a debilitar el sentimiento de unidad en el cuerpo de oficiales (p. 11).

La política de Yrigoyen en relación al ejército llevó a la creación de fracciones y a la politización de los oficiales superiores. Efectivamente, a fines de 1921 dos logias militares (sociedades secretas) que habían sido fundadas en enero y julio de ese año, se unieron para formar la Logia General San Martín. Se estimaba que dicha logia incluía unos trescientos oficiales, o aproximadamente un quinto del total de la oficialidad.[16]

Sus objetivos, al menos aparentemente, eran la promoción del espíritu profesional en el ejército y la asunción de compromisos políticos. Sin embargo, Potash ha señalado convincentemente que existían otras razones impulsoras de esta sociedad secreta: el recelo de los oficiales militares en cuanto a la escalada de las actividades de socialistas, comunistas y anarquistas en Argentina. Estaban horrorizados por los eventos de la semana trágica de enero de 1919, a los que mucha gente, y por supuesto la prensa, consideraron como un intento abortado de revolución bolchevique o, para emplear una terminología de la época, "maximalista". En aquella ocasión, Yrigoyen había adoptado una línea abiertamente represiva contra los trabajadores que fue más allá de la esperada cooperación de la policía y el ejército para someter a los revoltosos, Yrigoyen contó con la cooperación de dos grupos privados, la Liga Patriótica Argentina y la Asociación del Trabajo. La Liga Patriótica fue, sin duda, la más importante de ambas ya que agrupaba a jóvenes pertenecientes a los intereses económicos más poderosos de la ciudad de Buenos Aires, los clubes aristocráticos como el Jockey Club y otros similares y, *last but not least*, altos oficiales de la armada y el ejército. No eran desconocidos los estrechos lazos existentes entre la Liga y el establishment militar; la propia Liga fue fundada en el cuartel general del Club Naval y la reunión fue presidida por el contralmirante Domecq García (quien no por casualidad se convertiría en ministro de Marina con Alvear, en 1922).[17]

---

16. (Potash, 1969, p. 11). Sobre la logia, ver Orona (1958, pp. 73-94). Para contar con una fuente de primera mano sobre esta evolución.

17. Godio (972, pp. 179-186); Rock (1975, pp. 180-183).

Tal temor a la "chusma" urbana era naturalmente alimentado por las noticias que en esa época daban los diarios sobre las insurrecciones comunistas en Berlín y Munich, la sangrienta guerra civil en Rusia y la caída y desintegración de reinos e imperios seculares en Europa (el zarismo; el imperio austro-húngaro; el imperio alemán y, antes, el derrumbe del imperio otomano), noticias que propalaban con tonos catastróficos los desmanes de frenéticas multitudes que, a fines de la guerra europea, se tomaban revancha sobre sus tradicionales gobernantes. Fue en esa atmósfera de miedo y descontento que tuvieron lugar los sucesos de la Semana Trágica. La desconfianza en el gobierno radical facilitó la politización de los oficiales que habían aportado su experiencia para ayudar a la organización de despiadados grupos paramilitares, financiados por las clases capitalistas y constituidas a partir de una peculiar combinación de oligarquía y pequeño burguesía. Tales grupos se convirtieron en una especie de organización proto-fascista que dirigió sus ataques contra comunistas, obreros y judíos (Rennie, 1945, pp. 214-215, 217). No resulta extraño entonces que los fundadores de la Logia tuvieran que ver tanto con la represión de los levantamientos populares como con la supresión de supuestas actividades de al menos dos supuestos "soviets" de soldados y suboficiales (Potash, 1969, p. 12).

La Logia ganó poder y, cuando Alvear fue elegido presidente, logró impedir el nombramiento del general Luis Dellepiane como ministro de Guerra. Dellepiane era considerado yrigoyenista y la Logia no lo quería; Alvear los escuchó y nombró en su lugar a otro oficial, el general Agustín P. Justo, un antiyrigoyenista bien reconocido como tal. Menos de diez años después Justo se convertiría en presidente "electo" bajo un sistemático fraude organizado por la dictadura que derrocó a Yrigoyen. En el interín, Justo se dedicó a reequipar el ejército; Alvear, por su parte, estuvo siempre predispuesto a reconocer el nuevo "factor de poder" emergente. Al respecto, las cifras del presupuesto constituyen un claro indicador de la creciente importancia adquirida por los militares. La siguiente tabla sintetiza la información básica para el período 1919-1930.

Tabla IX.2. Gastos militares en años seleccionados entre 1919-1930

Años	Presidencial 1928	Parlamentaria 1930
1919	80.022	18.7
1922	107.022	17.3
1925	141.612	19.8
1926	155.636	20.8
1927	242.507	23.1
1928	194.535	20.9
1929	188.492	18.9
1930	203.452	18.6

Fuente: Potash (1969, pp. 8, 34).

Como puede observarse en el cuadro anterior, bajo la gestión de Alvear los gastos militares comenzaron a crecer, tanto en términos absolutos como relativos. Sin embargo, en el último año de la administración –1928– se revirtió la tendencia y, posteriormente, la participación relativa de los gastos militares fue notoriamente reducida con la llegada de Yrigoyen, dando lugar a nuevas tensiones entre las fuerzas armadas y el gobierno radical. En su primera presidencia, Yrigoyen había rechazado todos los pedidos militares para realizar maniobras. Más aún, cuando el jefe del Estado Mayor solicitó urgentemente la asignación de fondos para reemplazar el armamento obsoleto del ejército, Yrigoyen le habría respondido parsimoniosamente "No se preocupe, coronel, yo soy un muy buen amigo de mis colegas en los países vecinos, y mientras viva, no hay peligro de conflictos con ellos" (p. 15).

En suma, las opciones de reelección de Yrigoyen no solo fueron mal recibidas por la oligarquía; también poderosas fracciones del ejército vieron con malos ojos tal eventualidad. Comenzaron a circular rumores de golpe militar y tanto Alvear como Justo recibieron enormes presiones que demandaban su involucramiento para "salvar el país" de un segundo asalto a cargo de las "hordas" radicales. Ya hemos visto cómo Alvear fue compelido a intervenir en la provincia de Buenos Aires a fin de impedir el triunfo de los radicales en ese crucial distrito. Otros "elementos civiles" trataron de persuadir a Justo, el ministro de Guerra de Alvear, para que se convirtiera en el "salvador del país". En esa desesperada

campaña participó un grupo de nacionalistas que, descontento con el funcionamiento de lo que consideraban como una democracia liberal decadente, proclamaron –evocando una especie de criollo e hispánico Gabriel D'Annunzio– que finalmente había llegado "la hora de la espada", frase que había sido acuñada en 1924 por el poeta Leopoldo Lugones en ocasión del centenario de la Batalla de Ayacucho (p. 19).

Durante la segunda presidencia de Yrigoyen las relaciones entre el gobierno y el ejército se deterioraron velozmente. Más allá de los errores de la administración radical, debe tenerse en cuenta que después del derrumbe electoral de 1928 las clases dominantes habían descartado la utilización del mecanismo electoral de la democracia burguesa para retornar al gobierno. Desde su punto de vista, el movimiento popular debía ser enfrentado con un recurso extraordinario: la intervención militar. Los errores cometidos por el presidente hicieron de esta estrategia una alternativa factible. Por empezar, Yrigoyen insistió en una política de excesiva interferencia en la promoción de oficiales del ejército. En el primer año de su administración un insólito 60% del total de la oficialidad fue reasignado a diferentes puestos. En segundo lugar, Yrigoyen nombró ministro de Guerra al general Luis Dellepiane quien, a pesar de su prestigio, era resistido por amplios sectores de la oficialidad; más aún, estaba seriamente enfermo y su tarea era obstruida por el ministro del Interior, Elpidio González. Tal como señala el historiador Robert Potash:

> El malestar militar que se desarrolló bajo la administración de Yrigoyen tenía otras raíces además de su maltrato al programa de gastos de capital. Mucho más serio desde el punto de vista del oficial común era el despliegue de favoritismo político en el trato con el personal militar (p. 35).

Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos realizados para separar a la oficialidad del gobierno, a mediados de 1929 el ejército no había sido totalmente cooptado por los conspiradores. Una valiosa evidencia de ello está dada por las elecciones anuales del Directorio del Círculo Militar, la asociación de oficiales superiores del ejército. Dos listas rivales competían:

una de ellas estaba encabezada por el general retirado Pablo Ricchieri y era abiertamente simpatizante del gobierno radical; la otra, liderada por el recientemente retirado general Uriburu, obviamente hostil al presidente. Las elecciones tuvieron lugar en junio de 1929 y la lista progubernamental obtuvo una clara mayoría: 929 votos contra 635 (p. 39).[18]

Pero a medida que pasaba el tiempo, el deterioro general de la situación económica y política fue impulsando la lealtad de los oficiales hacia el lado de la conspiración oligárquica. La situación prevaleciente en el país fue descripta de la siguiente forma por el embajador de Estados Unidos en Buenos Aires:

> Los asuntos se están moviendo hacia un punto muerto en cuestiones gubernamentales y económicas. No veo cómo ellos pueden ir mucho más lejos en el camino que están recorriendo sin que ocurra una erupción –ya sea violenta o pasiva– que vuelva estos asuntos atrás en dirección a un desarrollo normal y saludable... así que temo que su administración seguirá su recorrido hacia lo inevitable.[19]

A fines de 1929 la violencia política había ganado la calle. La derechista Liga Patriótica puso en movimiento a sus activistas, codo a codo con la recientemente formada Liga Republicana –también de parentesco fascista– para enfrentar al Clan Radical, un grupo de asalto organizado por algunos jefes políticos de la ciudad de Buenos Aires. La conspiración militar y civil estaba en marcha, facilitada por una latente tradición de intervencionismo militar que ayudó a preparar las condiciones necesarias para que las fuerzas armadas adquiriesen un creciente protagonismo político. Más allá del largo período de supremacía civil –iniciado de hecho en 1862– la tradición de intervenciones militares estaba aún viva en Argentina y tanto los políticos como los oficiales la consideraban como una concreta y legítima posibilidad en el caso en que la lucha política se descontrolara. Tal como Gino Germani ha argumentado, esta tradición

18. Desafortunadamente había lista única en las elecciones de 1930.

19. Citado en Potash (1969, p. 40). Este despacho fue enviado el 31 de julio de 1929 por el embajador estadounidense Robert Woods Bliss.

fue reactivada bajo ciertas circunstancias críticas y tanto la oligarquía como los estratos medios (las "revoluciones radicales", por ejemplo) la compartieron y utilizaron para sus respectivos beneficios (Germani, 1969, p. 60).

Un elemento muy importante en la reactivación de la tradición de los pronunciamientos militares y civiles fue el "clima ideológico" prevaleciente en los países occidentales. Ello estuvo relacionado con la crisis de la democracia burguesa y el ascenso del fascismo en países como Italia y al vigoroso crecimiento de los movimientos de esa inspiración en Alemania, España, Francia y otros países europeos donde la propia noción de democracia burguesa y liberalismo se convirtió en argumento de violencia y ataque masivo. Se trata del advenimiento de la "era del fascismo", tal como la llamara Ernst Nolte[20], donde el descrédito y la desconfianza generados por la democracia liberal fueron hábilmente utilizados por las clases dominantes, acosadas por la movilización de las masas populares y la crisis económica del sistema capitalista, para restaurar sus tradicionales privilegios. La nueva ideología, en sus variadas versiones, aportó la necesaria justificación para desestimar las reglas que gobernaban el funcionamiento del Estado oligárquico y especialmente para arrebatarle a las "masas bárbaras" incorporadas ("prematuramente" según la derecha) los derechos ciudadanos garantizados por el sufragio universal. El pensamiento nacionalista había tenido en la Argentina un impetuoso desarrollo. En la década de 1920 y en vísperas del golpe de 1930 se podían distinguir tres claras líneas: los fascistas, los maurrasianos y los conservadores. Las tres coincidían en sus despiadadas críticas contra Yrigoyen; el nacionalismo conservador, sin embargo, era más ambiguo en sus críticas al sistema de partidos y al funcionamiento de la democracia burguesa, mientras que las otras dos posturas, la fascista y la maurrasiana, eran agriamente hostiles contra toda expresión de liberalismo político. Las dos últimas asumieron una oposición total contra lo que denominaban "sistema burgués demoliberal", mientras que los nacionalistas conservadores representaron una respuesta reaccionaria dirigida a restaurar la supremacía oligárquica, aunque respetando las

20. Para un análisis de la ideología fascista ver Nolte (1966), Hayes (1973).

formalidades, "y nada más que eso", de la democracia liberal (Floria y García Belsunce,1971, II, p. 355; Germani, 1969, p. 59; Rennie, 1945, pp. 266-275).

El golpe del 6 de septiembre de 1930 llegó sin sorpresa ni oposición. El gobierno no contaba con liderazgo alguno para desarticular a la conspiración. El electorado radical estaba furioso y por ello indiferente ante la caída de "su" gobierno; los estudiantes y los grupos nacionalistas habían tomado las calles y demandaban a gritos la renuncia de quien uno de ellos denominó "el caudillo bárbaro y senil"; la clase media y la supuesta "prensa seria y responsable" se unieron entusiastas a la cruzada contra Yrigoyen y las instituciones políticas que su persona representaba: la democracia burguesa. Los poderosos intereses económicos de las clases dominantes coordinaron sus fuerzas para firmar un memorándum conjunto, el 25 de agosto de 1930, demandando drásticos e inmediatos cambios en la política económica gubernamental. Dicho memorándum fue firmado por nada menos que la Sociedad Rural, la Unión Industrial Argentina y la Bolsa de Cereales. Cuarenta y cuatro legisladores opositores firmaron a su vez un manifiesto urgiendo a la población a crear un "espíritu cívico de resistencia a los abusos y excesos" de la autoridad. De esta forma, casi setenta años de lenta, turbulenta y penosa empresa de construir una democracia burguesa en un país de la periferia capitalista se hicieron añicos virtualmente sin oposición.[21]

Crisis hegemónica y desintegración del Estado oligárquico

Es tiempo ya de recapitular todos estos desarrollos a fin de elaborar una explicación de la crisis de la democracia liberal en Argentina. De hecho, deberá ser necesariamente compleja, ya que deben subrayarse los múltiples componentes que jugaron algún papel en el resultado final. No se trata de enumerar "factores" aislados, pues ellos representan diferentes niveles de complejidad de la realidad, sino de reconstruir la totalidad

21. Sobre los nacionalistas ver Hernández Arregui (1965), Navarro Gerassi (1960).

de determinantes y condicionantes que culminaron en el colapso del Estado oligárquico y el golpe militar.

Para empezar, resulta esencial identificar, lo más claramente posible, la naturaleza de la crisis política que estalló en 1930. En este sentido, hay que decir que el golpe de Estado de 1930 fue la expresión de una crisis terminal en el funcionamiento y evolución del Estado oligárquico y, desgraciadamente, el inicio de un largo ciclo de inestabilidad, crisis políticas y sucesivos golpes de Estado en la Argentina. No se trató de otro golpe de Estado latinoamericano más; representó, por el contrario, algo mucho más profundo: la imposibilidad de las clases dominantes para continuar su dominio a través de la democracia burguesa y el abierto repudio a las elecciones como el mecanismo de acceso al gobierno. A fin de mantener su supremacía sobre el resto de la sociedad, las clases dominantes debieron destruir las instituciones políticas y la democracia burguesa. La dictadura militar entre 1930 y 1932 y la democracia fraudulenta entre 1932 y 1943 no fueron sino dos regímenes políticos establecidos con el mismo propósito: la restauración de la hegemonía de la burguesía agraria. Los intelectuales orgánicos de la vieja oligarquía soñaban con una especie de restauración "metternichiana" del *ancien regime*, una vez sofocada la rebelión plebeya. Por supuesto, se trató solo de sueños y fantasías pues el régimen oligárquico estaba herido de muerte y recibiría la estocada mortal con la llegada de Perón.

En este sentido, el golpe de 1930 es una línea divisoria en el proceso de democratización del Estado oligárquico. Es el año en que se marcaron los límites; después de este nada sería igual. En los 46 años transcurridos hasta 1976 solo dos presidentes lograron completar sus períodos constitucionales: ambos fueron generales, Agustín P. Justo (1932-1938) y Juan D. Perón (1946-1952), y ambos fueron elegidos bajo régimen militar que sucedía, a su vez, a otro régimen militar. De hecho, y a decir verdad, solo Perón fue elegido en elecciones libres y populares a pesar del gobierno de facto establecido el 4 de junio de 1943. Hay que reconocer que la elección organizada por el régimen fue impecable, con pleno ejercicio de las libertades establecidas por la constitución y las leyes. En cambio, Justo fue elegido en "comicios" cuya legalidad y rectitud nadie creyó. El "fraude patriótico" fue la fórmula política inventada por la oligarquía

para justificar su ataque a la libertad electoral y su manipulación del voto ciudadano.[22]

En otras palabras, después de la crisis de 1930, que vino a interrumpir casi siete décadas de transferencia constitucional del poder (no exenta de crisis ni rebeliones populares, las que fueron siempre resueltas dentro del orden constitucional), Argentina fue incapaz de retornar a la senda de la estabilidad política. ¿Por qué?

Para investigar los motivos de esta falla comencemos con un análisis sobre cuáles fueron las clases y fracciones que orquestaron el golpe de 1930 y, al respecto, las palabras de Félix Weil se vuelven extremadamente importantes.

Weil era un alto ejecutivo de una de las "cuatro grandes" firmas exportadoras de granos de Argentina. También pertenecía al comité consultivo de Federico Pinedo, ministro de Finanzas del gobierno del general Justo y jugó un activo papel en la creación de la oficina de impuestos y otras importantes agencias económicas federales formadas en la década de 1930. Lo siguiente es lo que tenía para decir Weil (1944) de los grupos sociales que impulsaron la revuelta de 1930:

> Indudablemente (el golpe) fue apadrinado por los magnates agrarios. Estos habían esperado muchos años una ocasión para corregir el error cometido en 1916 al permitir elecciones honestas. Los conservadores estaban muy conscientes de que la creencia de los radicales en la "regla de la mayoría" era tan hueca como la propia y que no volverían a tener jamás una posibilidad de regresar al poder a través de vías democráticas. En 1930 la depresión creó una situación difícil para el gobierno popular de Yrigoyen. Los conservadores usaron esta dorada oportunidad para regresar por un atajo (p. 41, traducción nuestra).

Pero los "señores de la tierra" no estaban solos en su aventura. Otras fracciones de la clase dominante dieron su cooperación para otorgar

22. Ver Ciria (1964, pp. 16-17), Rock (1975, p. 256), Halperín Donghi (1964, pp. 19-28), Germani (1969, p. 61). Sobre la "década infame", nombre con el que se conoce al período comprendido entre 1930 y 1943, ver Ciria (1964), Puiggrós (1967), Romero (1963, pp. 227-241).

al golpe el máximo apoyo posible por parte de las "fuerzas vivas". Weil señalaba al respecto que, si bien fue la burguesía agraria la que creó el golpe:

> La revuelta tuvo por madrinas, hablando de este modo, a los bancos, a los grandes capitales y a las asociaciones de empresarios, que estaban enfurecidos por los torpes intentos de Yrigoyen de "hacer algo" con la depresión a sus expensas sin ningún verdadero plan constructivo (p. 41, traducción nuestra).

Además, también los intereses extranjeros ligados al petróleo tomaron parte:

> Llevando la alegoría un poco más allá, la partera de la insurrección parecen haber sido los intereses petroleros extranjeros, lo cual no es sorprendente en América Latina. No hay una evidencia, en el sentido legal, que pueda sustanciar esta afirmación. Pero yo tengo información confiable "desde dentro" en el sentido que las negociaciones entre la delegación comercial soviética con Yacimiento Petrolíferos Fiscales habían sido exitosamente completadas poco tiempo antes de la revuelta … ¡Razón suficiente para que los intereses petroleros externos favorecieran un cambio de gobierno! El contrato nunca llegó a ser firmado, en cambio uno de los primeros actos del gobierno de Uriburu fue la expulsión de la delegación comercial soviética con la añeja acusación que estaban diseminando propaganda comunista (pp. 41-42, traducción nuestra).

Aunque algunos autores ni siquiera lo mencionen en sus análisis, no puede negarse la relevancia de los intereses petroleros en el golpe de 1930. Sin dudas, el tema del petróleo en sí mismo no fue el único determinante del golpe. Pero la guerra comercial entre YPF y las compañías extranjeras (Standard Oil y Royal Dutch), iniciada con la rebaja de precios por parte de la empresa estatal, tendría significativas consecuencias políticas. Si bien las corporaciones petroleras no eran lo suficientemente fuertes en Argentina como para patrocinar un golpe por sí solas, su papel fue el de

entusiastas *partenaires* y como tales debe considerárselas. Más aún, si se tiene en cuenta que en el primer gabinete de Uriburu tres de los ocho ministros estaban ligados a intereses petroleros foráneos y que casi todos estaban asociados con importantes empresas europeas y americanas (Gálvez citado en Ciria, 1964, p. 22).

Por consiguiente, el golpe de 1930 fue un intento de corregir el error cometido por las clases dominantes en 1912. La visión de Weil al respecto es compartida por muchos estudiosos del tema, más allá de sus respectivos prejuicios. En este sentido, las palabras de Manuel Gálvez (un escritor nacionalista inmune a cualquier "desviación de izquierda") reflejan una perspectiva común en la opinión pública de la época. Gálvez señaló que "los primeros actos del gobierno de Uriburu no dejaron duda alguna de que la revolución será, si no lo es ya, una restauración del régimen. El 6 de septiembre es una especie de Termidor de nuestra historia" (p. 22).

El golpe de 1930 restituyó a la oligarquía en los puestos de mando del aparato estatal. No es casual que durante la década de 1920 y después del golpe se hablara mucho acerca de las "imperfecciones" de la Ley Sáenz Peña. Matías G. Sánchez Sorondo (1958) , ministro del Interior, ocasional presidente interino del régimen de Uriburu y uno de los ideólogos de la conspiración, explicó en estos términos las razones del golpe:

> En 1916, todo cambió. Por primera vez la aritmética electoral, maniobrada por un nuevo sentido colectivo se impuso, secamente, sobre los valores consagrados por un largo examen de capacidad ante la opinión. El imperio de la mitad más uno, decisivo como la espada de Breno, gravitó en la balanza de nuestros destinos. Extrajo de la oscuridad o del misterio en que vivían, a los nuevos rectores de la Nación. Con la irrupción de las masas, la política comienza a hacerse de abajo para arriba, aguijoneada por el influjo arrollador de la propaganda moderna. Pero catorce años después, opera el reflujo de la marea histórica. La Revolución de Septiembre barrió, hasta hoy, de la conducción al partido que estaba en el poder y repuso en él a hombres que por su idiosincrasia encarnaban el "régimen" quebrado por el radicalismo (pp. 100-101).

Los contenidos de clase de la asonada fueron claramente reconocidos por Sánchez Sorondo. Palabras como "aritmética electoral", "predominio de la mitad más uno", nuevos líderes reclutados de "oscuras áreas de la sociedad" y una política decadente elaborada "desde abajo hacia arriba" constituyen los elementos centrales de la moderna ideología reaccionaria, más allá de las diferencias existentes entre sus diversas versiones. El citado autor no tuvo ningún temor en manifestar abiertamente su desprecio por las masas y por los gobiernos radicales: el problema que debieron enfrentar Sánchez Sorondo –como uno de los más destacados intelectuales y políticos del nuevo régimen– y las clases dominantes fue cómo lograr, cuando en 1927 la candidatura de Yrigoyen comenzó a tomar importancia, la desmovilización de los sectores medios y sectores del proletariado. Por cierto, este requerimiento programático no podía alcanzarse bajo las reglas de juego de la tan alabada y escasamente respetada democracia burguesa. Los radicales eran muy fuertes en la "aritmética electoral", donde en lugar del talento individual contaba el peso de las masas. Por tanto, y a fin de acabar con la demagogia y el reinado de la "chusma", la democracia burguesa debía ser archivada y sus reglas de oro violadas: así el supremo interés de la nación (que, por supuesto, era indistinguible del de las clases dominantes) sería mejor servido y, mientras tanto, se tomarían algunas previsiones relativas a la educación del pueblo, a fin de que este no fuera nuevamente embaucado por demagogos o políticos inescrupulosos.

Es bajo esta perspectiva que debemos entender la proclamación del 1º de octubre de 1930, cuando Uriburu dijo que "queremos cambiar no a los hombres sino al sistema que estuvo llevando al país a su ruina".Y el presidente continuó señalando que "cuando los representantes del pueblo cesan de ser simples representantes de comités partidarios y ocupen sus bancas en el Congreso como trabajadores, estancieros, chacareros, profesionales, industriales; la democracia para nosotros se volverá algo más que una bella palabra" (Valenti Ferro, 1937, p. 153; Romero, 1963, p. 230).

A la solución fascista, encarnada en Uriburu y su grupo de seguidores más cercano, le faltó el apoyo de sectores importantes de la población y de la mayoría de las fuerzas armadas. En relación al apoyo popular, cierta mitología nacionalista quiere mostrar al golpe de Estado de 1930

rodeado por entusiasta apoyo del pueblo. Sin embargo, tales alegatos no resisten ninguna prueba empírica seria. Sánchez Sorondo habla de una jubilosa y masiva bienvenida a los "revolucionarios", con hombres, mujeres, ancianos y niños tirando flores a los sonrientes cadetes del Colegio Militar. Julio A. Quesada, otro nacionalista de finales de la década de 1920, no ahorra palabras para elogiar la entrada de Uriburu en Buenos Aires. Para Quesada, las escenas de fervor popular merecían ser pintadas con mayor entusiasmo y fuerza que las clásicas ilustraciones de la Revolución Francesa (Sánchez Sorondo, 1958, p. 101; Quesada citado en Ciria, 1964, p. 21).

Respecto a esa intervención de muchedumbres en el golpe de 1930, Félix Weil (1944) señaló que los líderes de la asonada lograron crear la impresión de un apoyo popular a los rebeldes. Pero –añadió– el golpe "no fue más 'popular' que el silencio desesperante, el letargo y la desesperanza pudieran ser vistos como consenso" (p. 39). La multitud había saqueado la Confitería del Molino, frente al Congreso, un lugar predilecto de los legisladores radicales y también las casas de los ministros radicales, además de invadir "el miserablemente pobre departamento de Yrigoyen tirando por la ventana y quemándolos en la calle todos los muebles, libros y papeles del presidente, junto al resto de sus pertenencias" (Rennie, 1945, p. 224; White, 1942, p. 148). Sin embargo, toda esta "venganza popular" contra Yrigoyen y los radicales tuvo lugar después que la revuelta había tenido éxito. Lo que sucedió fue que:

> Inspeccionando la escena luego de una victoria tan rápida como inesperada, los secuaces de Uriburu parecen haberse percatado de que estaba faltando "un toque popular". A tales efectos algunos allanamientos y unos cuantos incendios fueron rápidamente organizados a fin de dotar al día con los apropiados "fuegos artificiales revolucionarios" tal como varios de los participantes, más tarde en altas posiciones gubernamentales, me lo comentaron personalmente y como lo vi a otras personas de mi relación participando en esas tropelías (Weil, 1944, p. 40, traducción nuestra).

Weil también agrega que:

> Los líderes de la revuelta hicieron correr la voz entre los miles desocupados por la represión y entre los numerosos empleados de gobierno con sueldos impagos que habría distribución de empleos entre los primeros que salieran a la calle a dar la 'bienvenida al ejército'. De esta forma lograron acarrear una multitud de buscadores de empleos para que saludasen a las tropas en la periferia de la ciudad (pp. 40-41).

En suma, hay poco de cierto en los argumentos que consideran al golpe de 1930 como celebrado por un amplio apoyo popular. Indiferencia o apatía son palabras eventualmente más exactas para describir la psicología de las clases populares en la década de 1930. El movimiento obrero estaba dividido en tres federaciones principales con escasa efectividad, enfrentando además serios reveses en la participación y militancia de los trabajadores. Tal como ha señalado Diego Abad de Santillan (1958), "los trabajadores habían callado, su respuesta era completamente pasiva" (p. 129).

En cuanto a las propuestas para la corrección de errores de la Ley Sáenz Peña, existían al interior del ejército y entre los civiles que conspiraron contra ella dos claras posiciones: una era abiertamente fascista en su inspiración y tenía como jefe al general Uriburu; la otra podría denominarse, como indica José Luis Romero, la línea de la "democracia fraudulenta". Los fascistas eran minoría en el ejército y aún menos entre la población. El fascismo era entonces solo el trasnochado sueño de algunos espíritus reaccionarios horrorizados por los "excesos" de la "chusma" bajo los radicales. Los líderes de los fascistas se reclutaban en su gran mayoría en las filas de la decadente aristocracia agraria tradicional, ajena al buen pasar y el cosmopolitismo propios de la burguesía agraria del Litoral. En otras palabras, este grupo fascista no contaba con una base de masas (como la pequeña burguesía italiana o alemana) y ni siquiera estaba ligada al bloque de poder dirigido por los capitalistas agrarios. Por el contrario, eran representantes de las clases altas terratenientes que habían fracasado en sus intentos por incorporarse al comercio exportador

en expansión. Los fascistas serían usados más bien como puntas de lanza contra el gobierno constitucional para que, posteriormente, otros pudieran hacerse cargo de la situación a fin de retrotraerla "a la normalidad" (Ciria, 1964, p. 19). La línea de la "democracia fraudulenta", por su parte, contaba con un amplio apoyo entre los oficiales superiores del ejército y los civiles opositores a Yrigoyen. Este grupo tenía fuertes lazos con algunos partidos políticos (conservadores, antipersonalistas y socialistas independientes). Además, estaban estrechamente ligados a la burguesía agraria y a los grandes negocios del comercio exterior. El líder visible era el general Agustín P. Justo, ex primer ministro de Guerra de Alvear. La estrategia del grupo no era introducir cambios profundos en la estructura institucional del Estado (como anhelaban hacer los corporativistas de Uriburu). Preferían, en cambio, remover de los círculos gobernantes a los plebeyos incorporados al Estado por los radicales y tomar ciertas previsiones que aseguraran que el funcionamiento formal de la democracia burguesa impidiera la participación "excesiva" de las clases subordinadas y otras consecuencias por el estilo, como una eventual reelección de Yrigoyen (p. 19).

Poco después de que el gobierno golpista se instaló, se vio claramente que el grupo liderado por Justo y los conservadores (para distinguirlos de los fascistas) ganaba espacio rápidamente y que los planes de reorganización corporativa del Estado deberían ser pospuestos por algún tiempo. La presión para un inmediato llamado a elecciones –expresada por la coalición de partidos antiyrigoyenistas llamada Concordato– creció en fuerza y poder, y Uriburu finalmente debió ceder a sus demandas. El golpe de gracia a las ilusiones corporativistas lo dio la elección para gobernador en la provincia de Buenos Aires, considerada por Uriburu y su ministro Sánchez Sorondo como un barómetro para "conocer el estado de opinión" de la nación. El experimento, montado el 5 de abril de 1931, terminó en un completo fracaso para las esperanzas fascistas. Contra todas las previsiones, los radicales –autorizados a participar en los comicios– arrasaron con una aplastante victoria electoral: "solo siete meses después de que el gobierno radical había caído en desgracia, los radicales obtuvieron 56 electores, los conservadores 49, y los socialistas 9" (Rennie, 1945, p. 225). Poco después las elecciones de Buenos Aires fueron

anuladas. El ministro del Interior renunció, las elecciones programadas para otras provincias fueron suspendidas y el gobierno aclaró que llamaría a elecciones presidenciales en pocos meses. José Luis Romero (1963) resumió estas alternativas en los siguientes términos:

> O el gobierno revolucionario optaba por la línea fascista, o se entregaba a los partidarios de una democracia basada en el fraude electoral. Las circunstancias forzaron al General Uriburu a preferir la segunda solución, que sin embargo, quedó teñida con los colores de la primera (p. 234).

El golpe de 1930 fue la expresión de la crisis orgánica del Estado oligárquico. Una crisis orgánica que, como señala Gramsci (1966), implica la ruptura de las alianzas que unen a la clase gobernante en el Estado con las clases dominantes en la formación social. En otras palabras, una situación de crisis orgánica es aquella en la que no existe correlación entre la clase o fracción de clase que dirige el aparato de Estado y las clases o fracciones que detentan su hegemonía sobre el resto de las clases y grupos de la sociedad (pp. 50-51).

Ahora, la pregunta a realizarse es: ¿por qué la crisis hegemónica produjo el quiebre de la democracia burguesa en 1930? Sabemos que aquella no se desarrolló de la noche a la mañana; en cierto sentido puede decirse que el Estado oligárquico sufría ya los primeros síntomas de este tipo de crisis desde 1916. ¿Qué sucedió en 1930 que determinó la respuesta reaccionaria por parte de las clases dominantes?

Sánchez Sorondo, representante ideológico de aquellas, lo explica muy bien. Según él, las clases gobernantes argentinas fueron siempre reclutadas de las familias terratenientes y los grupos capitalistas. Esta clase gobernante se distinguió no solo por su linaje aristocrático; algunos de sus integrantes no contaban con él pero eran lo suficientemente talentosos, cultos y educados como para sobresalir. En otras palabras, Sánchez Sorondo (1958) nos habla de "una élite que toma naturalmente la dirección de la sociedad" (p. 100).

Sin embargo, de repente la "aritmética electoral" dio por tierra con los grupos tradicionales. De un régimen aristocrático y elitista, el país

pasó a otro centrado en elecciones populares; para el patriciado esto fue equivalente a una especie de moderno "gobierno de la chusma" o, más elegantemente, una "oclocracia", o sea, el gobierno de las multitudes. El mecanismo y la "causa" de la caída, de acuerdo a varios miembros de la vieja oligarquía, fue la Ley Sáenz Peña; esa reforma política produjo el inesperado ascenso a la presidencia de Hipólito Yrigoyen y su movimiento social –amplio, plebeyo y amorfo– que lo idolatraba. Dieciséis años después de la aprobación de la Ley Sáenz Peña, un político conservador usó los siguientes repugnantes términos para referirse a su carácter:

> El voto secreto es un mecanismo subterráneo que pertenece … a las obras sanitarias –es un caño de desagüe maestro que transporta corrientes impasables de todos los partidos, mezcladas con los deshechos del organismo social entre los cuales gloriosamente se destacan los deshechos humanos, los más aptos para la fertilización de la tierra (Joaquín Costa citado en Cantón, 1966b, p. 27).

Tal como ha señalado Félix Weil, la Gran Depresión otorgó la oportunidad dorada a las clases dominantes para "corregir" los errores cometidos en 1916. Esta es también la opinión de Ricardo M. Ortiz (1958), uno de los más prominentes historiadores económicos de la Argentina que da comienzo a su análisis sobre la crisis de 1930 señalando que:

> La revolución de septiembre de 1930, adaptó la Argentina a la crisis mundial que había comenzado a acentuarse en las últimas semanas de 1929. Esa revolución no fue un movimiento dirigido contra un gobernante; fue consecuencia de una crisis de estructura… fue dirigida contra la posición de su partido, contra los intereses económicos que el mismo representaba y contra las posibilidades de que la permanencia de ese partido en el gobierno abría a la expansión de otras fuerzas (p. 41).

¿Cuáles fueron los efectos de la depresión mundial sobre la economía argentina? Pues, como ha señalado Robert Dahl (1969), la depresión

económica golpeó a muchos otros países altamente vulnerables a las fluctuaciones del mercado externo. Los casos de Suecia, Australia y Nueva Zelandia muestran que la crisis fue enfrentada "con acciones que conservaron, restauraron, quizás incluso aumentaron la confianza de sus ciudadanos en la eficacia de sus gobiernos" (p. 135).

¿Por qué la respuesta argentina a la crisis fue un golpe militar y el asalto contra las instituciones del Estado liberal?

Veamos primero el grado y magnitud de la crisis en Argentina. Una primera aproximación a los datos relevantes puede verse en la tabla que sigue:

Tabla IX.3. Índices seleccionados de impacto de la Gran Depresión sobre la economía argentina

Índices	1929	1930	1931
A. Commodity1	1.001.0	661.3	606.1
Exportaciones	881.7	778.9	546.6
Importaciones	+119.3	-117.6	+59.3
Balanza Comercial			
B. Balanza de Pagos2	-128.7	-276.6	+37.5
Balanza comercial más Servicios de Deuda Externa			
C. Producto bruto interno per cápita	3.182	2.972	2.704
D. Inversión bruta3	14.164	11.926	7.299

Fuente:

A y B: Phelps (1938, pp. 49, 55).

C: Naciones Unidas (1959, Anexo 3).

D: Di Tella y Zymelman (1967, p. 401).

Notas:

1. Cifras dadas en millones de pesos de oro

2. Cifras dadas en 1950 pesos.

3. Cifras dadas en millones de pesos de oro

Para una economía como Argentina, tan estrechamente ligada a los mercados externos, la depresión fue un severo revés. Vernon Lowell Phelps –el economista estadounidense que escribió uno de los más notorios

libros sobre la posición argentina en el mercado mundial– señaló en 1938 que "nunca la dependencia de la economía argentina respecto de las condiciones económicas mundiales había sido más claramente reflejada que en los cambios que ocurrieron en sus cuentas internacionales en los años que siguieron a 1928" (p. 54).

El deterioro del comercio exterior afectó el área más sensitiva y vulnerable de la economía argentina. Un país que tradicionalmente pertenecía a los "deudores" del mercado internacional y que tenía "una relación entre exportaciones y PBI cercana al 30%, una caída en el nivel de precios mundial, en sus términos de intercambio y en sus exportaciones configuraban desastres de primera magnitud" (Díaz, 1970, p. 94).

El valor de las exportaciones cayó abruptamente un 34% entre 1929 y 1930, pero esta notoria declinación ya se había iniciado en 1928. La caída en los precios se acentuó en 1929, continuando hasta 1933. Examinando estos datos, Phelps (1938) concluyó que "la disminución en el valor total de las exportaciones argentinas después de 1928 se debió casi enteramente a la caída de los precios" (p. 54).

Este problema, creado en el sector exportador de la economía, tuvo su complemento en las importaciones pues estas no se contrajeron lo suficiente como para restablecer el equilibrio perdido por la caída en el volumen y precios de exportación. Entre 1929 y 1930 el valor de las importaciones se redujo en poco más de 10%; la consecuencia de ello fue que el balance total de pagos (balanza comercial más servicios de la deuda) creció de 128 millones de pesos oro a 276 millones de la misma moneda entre 1920 y 1930, ejerciendo una enorme presión sobre el gobierno. Los ingresos corrientes de la administración federal medidos como porcentaje del total de gastos disminuyeron drásticamente de un 78% como promedio en los años 1928-1929 al 61% en 1930 (Díaz, 1970, p. 97). Las cifras del PBI per cápita y de la Inversión Bruta apuntan también en la misma dirección: la economía había sido severamente dañada por la depresión mundial. El papel moneda (peso) se depreció y los precios de los bienes importados crecieron, atizando las tendencias inflacionarias y los crecientes precios internos. El desempleo comenzó a cobrar importancia y las infladas nóminas de la administración pública comenzaron a enfrentar la posibilidad cierta de una cesación de pagos ante la quiebra

estatal. Yrigoyen, por otro lado, no podía recortar los gastos de gobierno sin afectar a buena parte de sus seguidores y sin minar el sistema extensivo de clientelismo político impulsado desde el Estado. En 1930, y en forma gradual, el gobierno comenzó a disminuir sus gastos por lo que fue imposible para los radicales mantener los empleos y la red de "clientelismo" que habían constituido la esencia del Partido desde inicios de la década de 1920 (Rock, 1975, p. 257). El impacto de la Gran Depresión sobre las diferentes clases y grupos de la población fue diferente. Para las clases populares significó desempleo y pobreza; la ocupación industrial en la ciudad de Buenos Aires cayó de un índice igual a 100 en 1929 a 94 en 1932. Se ha calculado que cerca de 335 mil trabajadores quedaron desempleados en el año 1932. Los datos sobre salarios reales en la ciudad de Buenos Aires indican que estos declinaron un 9% entre 1929 y 1930. No resulta sorprendente entonces entender por qué el intendente de la ciudad, José Luis Cantilo, organizó para el caso una red de comedores populares para los necesitados. Este programa, conocido popularmente como "ollas populares", constituyó en sí mismo un indicador de la magnitud de los problemas creados por la crisis (Dorfman, 1970, pp. 271-272).[23]

La situación de las clases populares en el campo no fue mejor. Por el contrario, los efectos se sintieron mucho más brutalmente allí que en las ciudades, pues la crisis económica afectó a un amplio espectro de sectores ligados al comercio exterior. Ortiz (1958), por ejemplo, argumenta que el intenso proceso de urbanización y de migraciones internas que tuvieron lugar en la década de 1930 fue una consecuencia de la caída en los niveles de actividad económica y los estándares de vida de algunas áreas del interior (pp. 64-65).

Para la burguesía agraria, la crisis fue una voz de alarma que la impulsó a "tomar el toro por las astas, es decir, a derrocar al gobierno antes de que los efectos negativos de su desgobierno llegaran al extremo" (p. 59). Había llegado el tiempo para una renegociación integral de las políticas de las exportaciones cárnicas con Gran Bretaña y semejante y delicada tarea no podía dejarse en manos de los radicales. Este trabajo

23. Sobre las ollas populares ver Rock (1975, pp. 252-253).

debía ser realizado por un gobierno directamente ligado a los intereses ganaderos, sin intermediarios. Los radicales, con sus alianzas con los sectores medios urbanos y su acercamiento populista al proletariado nativo en expansión no constituían un gobierno confiable como para encomendarle semejante decisión política.

La crisis de 1929 creó las condiciones favorables para un reajuste de las relaciones entre el Estado y las clases dominantes. Un poderoso grupo de intereses económicos formado por la burguesía terrateniente; la burguesía compradora ligada al comercio exterior; el capital británico asociado con la inversión ferrocarrilera, la construcción de infraestructura económica y el petróleo; y el creciente capital americano invertido en Argentina –en pocas palabras, la unión de aquellos que realmente poseían el poder estatal en sus manos– aprovechó la oportunidad única brindada por la Gran Depresión y derrocó al gobierno radical (pp. 71-72).

David Rock (1975) ha resumido muy bien la compleja relación entre la depresión y el golpe militar en los siguientes términos:

> El golpe militar de 1930 involucró dos grandes procesos: por una parte la alienación de los intereses conservadores exportadores y los grupos de poder vinculados a ellos como el ejército; por el otro lado una súbita pérdida de la popularidad gubernamental. La evidencia parecería indicar claramente que el gran factor subyacente a ambos fue la depresión económica. Lo que el conservadurismo había demandado en el ‹30 era una posición de flexibilidad política y control directo del Estado; a fin de proteger sus intereses económicos. Durante épocas de boom exportador y expansión económica los grupos de la élite podían delegar su poder político en una coalición como el radicalismo, que incorporaba a segmentos de la población urbana. Bajo las condiciones impuestas por la depresión, por contraste los apoyos objetivos de la alianza inmediatamente se reducían. Una situación de suma-cero se constituía y en la cual un grupo u otro era forzado a hacer sacrificios económicos (p. 263, traducción nuestra).

La interpretación de Rock está respaldada no solo por las cifras económicas que emergen del crítico año del golpe. Las palabras del vicepresidente de Yrigoyen, Enrique Martínez, viendo las cosas "desde adentro", apuntan hacia los mismos factores:

> La crisis económica fue el gran factor que hizo posible la revolución... Aquellos que aluden a causas puramente políticas o asuntos personales deberían recordar la situación del país (en 1930). El valor de nuestra moneda había sido erosionado por la depresión, los cereales no habían sido cosechados y la miseria golpeaba las puertas de cada casa. La historia nos enseña que la pobreza del pueblo es el peor enemigo de la estabilidad de los gobiernos (p. 262, traducción nuestra).

Sin embargo, y a pesar de estas consideraciones, varios académicos han señalado que, de hecho, la depresión económica poco tuvo que ver con la caída del gobierno radical. El historiador Peter H. Smith (1970) es uno de los más coherentes defensores de esta tesis, al señalar que:

> Hablando en términos generales, el impacto económico de la depresión no ofrece una explicación causal convincente para el golpe de 1930. En resumen, la depresión económica podía haber acentuado las debilidades dentro del sistema político y de esa manera haber sido necesaria para la revolución; pero no fue una causa suficiente. En búsqueda de factores básicos permítasenos ahora volver nuestra mirada hacia la arena política (p. 5).

Para Smith, entonces, los "factores básicos" deben buscarse en algún lugar de la estructura política. Sin duda, los aspectos políticos jugaron un rol significativo en la crisis de 1930 y ningún análisis serio sobre el golpe militar de septiembre puede ignorarlos. Sin embargo, esos "factores políticos" no tienen lugar en un vacío socioeconómico, no están suspendidos en el aire. Pensamos que reemplazar una explicación económica mecanicista (que por cierto no suscribimos) por una invocación abstracta a una "crisis de legitimidad" no es exactamente un progreso

en la historiografía del golpe de septiembre. Pero, ¿cuál es realmente el significado de esta "crisis de legitimidad"? Para Weber (1968), la legitimidad de la dominación legal (como opuesta a la legitimidad de los tipos de dominación tradicional o carismática) "descansa sobre la creencia en la legitimidad de un orden conscientemente creado y sobre el derecho a mandar conferido a la persona o personas designadas por ese orden (p. 215). En Argentina, la abrumadora mayoría de los integrantes de la "comunidad política" no creían que el gobierno de Yrigoyen había violado los principios fundamentales del orden político legal. Existían conflictos entre el Senado y el Ejecutivo y entre el gobierno central y algunas autoridades provinciales. La administración era ineficiente y eran frecuentes las acusaciones de corrupción, pero las libertades públicas eran irrestrictas como pocas veces en la historia argentina; la oposición no era molestada o acorralada, nunca se puso límites a la libertad de reunión y de palabra. ¿Cuál es entonces la sustancia de la supuesta "crisis de legitimidad"?

En realidad, solo una pequeña minoría de la población: las clases dominantes y sus representantes políticos e intelectuales, sintieron que el gobierno era "ilegítimo". En lugar de "crisis de legitimidad" tiene más sentido hablar entonces, siguiendo a Gramsci, de crisis de hegemonía, una ruptura de los lazos entre las clases dominantes y la clase gobernante –o la clase "reinante"– en el Estado. Y uno puede preguntarse entonces ¿por qué los "civiles conservadores y grupos militares" veían a la democracia argentina como ilegítima? (Smith, 1970, p. 21). La respuesta es directa y fue dada por Smith: para los conservadores, la democracia implicaba defender las reglas de juego. Estas reglas habían garantizado, en el pasado, que "el orden político debería reflejar el orden económico antes que brindar alguna clase de contrapeso a él". En la medida en que después de la Ley Sáenz Peña la estructura política resultaba no apta para aquellos objetivos, "para los conservadores y sus aliados... la democracia se había vuelto disfuncional y por ende ilegítima" (pp. 15, 17).

Resulta claro entonces que la crisis política argentina no se relacionó del todo con la legitimidad del gobierno. Como ya fue dicho más arriba, siete meses después del golpe los radicales ganaban por amplio margen en la provincia de Buenos Aires. Se trató en realidad de una crisis de

hegemonía que desprendió la respuesta reaccionaria de las clases dominantes. La dislocación del modelo económico que durante medio siglo había garantizado su riqueza, prestigio y poder las llevó a culpar a las clases medias, el radicalismo y a la democracia cuando la crisis golpeó las puertas del país.

La crisis de hegemonía, por tanto, estalló en 1930 facilitada por las condiciones creadas por la Gran Depresión. Sin embargo, ello no significa negar el papel que tuvieron los procesos políticos e ideológicos en el curso final de los sucesos. Hemos tratado de mostrar cómo la crisis económica afectó intereses cruciales en la sociedad argentina, y cómo toda una red de alianzas y compromisos tejidos en el marco del Estado liberal terminó desabaratándose como consecuencia de la Gran Depresión. También hemos mostrado la forma en que el creciente "plebeyismo" del partido radical, tanto en sus máximos líderes como a nivel de las masas que conformaban sus seguidores, debilitó la posibilidad de un compromiso con la burguesía agraria y sus aliados. Más aún, en capítulos anteriores hemos mencionado los desastrosos resultados alcanzados por las clases dominantes en sus tentativas de organización de un poderoso partido conservador de base popular, capaz de competir y eventualmente derrotar a los radicales. También, se han señalado suficientemente los problemas de la última administración radical, la anarquía de la burocracia, la parálisis administrativa y la total ineficacia del gobierno para enfrentar una coyuntura crítica. Por último, debe considerarse la latente tradición de intervencionismo militar y la difusión –en momentos en que la ideología fascista se apoderaba de gran parte de Europa– de ideologías antiliberales y antidemocráticas como elementos que hicieron posible, en un determinado momento, la destrucción de un progreso democrático costoso y dolorosamente logrado entre 1862 y 1930.

Epílogo

Los capítulos de esta tesis examinaron la experiencia de la democratización en Argentina, país que entre 1880 y 1930 se convirtió en una de

las más ricas y modernas naciones del mundo. Políticamente, a partir de 1912 había ingresado en la era de la democracia de masas después de haber enfrentado más de una década de tumultuosas agitaciones de la clase obrera y los estratos medios. La reforma política conocida como la Ley Sáenz Peña, promulgada en esa fecha, parecía haber resuelto el nudo gordiano del Estado oligárquico y las otrora revoltosas clases y capas populares se integraron pacífica y ordenadamente al nuevo orden político.

Sin embargo, el éxito probó ser efímero y más aparente que real. En 1930, Argentina era ciertamente rica pero no era una economía desarrollada y aun cuando contaba con un régimen democrático burgués, este se hallaba atrapado en los estrechos límites de un Estado liberal oligárquico que había sobrevivido a la turbulenta ciudadanización de las masas populares. La expansión económica "hacia afuera" falló en producir el desarrollo económico y la industrialización; y el sufragio universal había hecho muy poco por cambiar la estructura interna del Estado oligárquico. La Gran Depresión disipó groseramente todos estos mitos y la transición argentina hacia la democracia concluyó en un fracaso trágico cuyas consecuencias repercutieron hasta la mitad de la siguiente centuria. ¿Qué fue lo que salió mal?

La respuesta, por supuesto, no puede encontrarse en un factor aislado: ni el desarrollo económico, ni las instituciones políticas, ni la cultura política pueden proporcionar por sí solas las guías para la comprensión de este problema. Antes bien, es necesario integrar el análisis del proceso de democratización en la totalidad de la transformación histórica de la Argentina: considerar cuál fue la posición y las funciones que el país ocupó y cumplió en el sistema capitalista internacional; qué formas de Estado y régimen acompañaron esas transformaciones económico-sociales; qué grado de intensidad tuvieron las presiones "desde abajo" (las demandas plebeyas) y "desde arriba" (la burguesía agraria y sus aliados, dentro y fuera del país) que amenazaban la estabilidad del Estado capitalista; con qué nivel de desarrollo de las fuerzas productivas se logró la integración en el mercado mundial; y cuáles eran los legados históricos, valores e ideologías, que prevalecían en Argentina en esos años críticos. Todos estos elementos deben atenderse si se pretende dar una respuesta

de significativa a la pregunta sobre cuáles fueron las fallas, yerros y debilidades del proceso de democratización de este país.

Esta aproximación implica una investigación en la interacción dialéctica entre las estructuras y los procesos económico-sociales y políticos; entre el sistema internacional y la dinámica interna de los países periféricos; y entre los intereses, valores e ideologías prevalecientes en la Argentina de esos años. En una palabra, la totalidad histórica requiere ser reconstruida teóricamente para que sea posible encontrar las pistas que nos permitan descifrar la complejidad del problema. Los cambios y las transformaciones que tuvieron lugar en el Estado son entendidas como el resultado de los conflictos y las alianzas establecidas por las fuerzas sociales y políticas más activas en sus intentos por controlar el poder del Estado de suerte tal que favoreciera y promoviera un modelo de acumulación que concordase con sus intereses.

El argumento que deseamos subrayar en estas páginas de conclusión de nuestra tesis puede resumirse del siguiente modo: la constitución de la democracia burguesa en las naciones avanzadas fue un proceso resultante de la expansión del capitalismo durante el siglo XIX. La asociación entre la democratización de cuño burgués y el desarrollo del capitalismo se tornó tan cercana que muchos autores han tendido a pensar que capitalismo y democracia son dos caras de una misma y única moneda. Sin embargo, deberían recordar que han existido muchas formas de Estado capitalista y que el fascismo es, en cuanto forma política, tan capitalista como la democracia burguesa. Por lo tanto, afirmamos que las condiciones prevalecientes en los países periféricos del sistema capitalista mundial no reprodujeron esa única combinación de fuerzas sociales, legados históricos y procesos estructurales que en un puñado de naciones condujo al establecimiento de la democracia burguesa. En otras palabras, el desarrollo del capitalismo periférico, y aun el de la periferia europea, los de "llegada tardía" al mundo del desarrollo industrial y la modernización, no solamente no pudieron reproducir las formas económicas de las naciones capitalistas avanzadas sino que también fallaron a la hora de imitar sus instituciones políticas.

La experiencia de la democratización de los países de desarrollo capitalista temprano fue el resultado final de la fusión de un complejo

conjunto de cambios sociales y económicos, que llegan a su clímax con la Revolución Industrial, con algunos legados históricos que, antes del desarrollo de la industrialización capitalista, ya garantizaban ciertos derechos básicos a las amplias categorías de población. Brevemente, la democracia burguesa fue el producto de una amalgama única entre industrialización, y su concomitante movilización político y social, con una tradición liberal, pluralista y tolerante que se venía sedimentando desde los días de la Reforma y el Renacimiento.

Adicionalmente, la transición hacia la democracia burguesa fue posible en una particular fase de la evolución de la economía capitalista internacional: la era del capitalismo competitivo liberal. El tránsito hacia el capitalismo monopólico, que había ganado predominio claro y definitivo ya con anterioridad a la Primera Guerra Mundial disminuyó dramáticamente las posibilidades de transformar democráticamente los países que comenzaban su desarrollo capitalista como *late comers*. No es casualidad que la democracia burguesa tuviera, en aquellos años, una base tan débil en países como Alemania o Italia, o en países mediterráneos como España, Portugal y Grecia.

Una rápida mirada a las naciones consideradas como "democráticas", de acuerdo a los criterios establecidos por la filosofía política liberal, revelaría que, a pesar de la tremenda expansión de la industrialización capitalista entre los países de la periferia, el progreso hecho en términos de la democratización burguesa es poco visible. Es por eso que, si un observador compara la lista de las naciones referidas como democráticas por James Bryce en su *Modern Democracies* con una lista de las poliarquías contemporáneas compiladas por Robert Dahl encontrará muy pocas naciones que puedan realmente con todo derecho agregarse a esa lista brindada por Bryce en 1920.[24]

24. En este libro, terminado en diciembre de 1920, Bryce encuentra la lista de naciones que efectivamente merecen el adjetivo de democráticas "Reino Unido y los dominios británicos con gobierno propio, Francia, Italia, Portugal, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega, Grecia, Estados Unidos, Argentina, y posiblemente Chile y Uruguay". Varias de estas naciones, sin embargo, están lejos de ser ejemplos de democracias políticas estables. Italia, Portugal y Grecia han tenido un prolongado paréntesis fascista y los tres ejemplos de América Latina ya no son válidos. Se puede comparar la lista de Bryce con la de Robert Dahl de sus poliarquías (1969) para cotejar que pocos adelantos se produjeron. Dahl encuentra 29 poliarquías pero hoy tampoco Chile, India, Líbano, Filipinas y Uruguay pueden mantenerse

Todo lo cual significa que la difusión del capitalismo a la periferia no reprodujo las instituciones políticas del Estado democrático burgués. Antes bien, la regla parece ser, al menos en América Latina, que el desarrollo del capitalismo ha requerido de la protección autoritaria o de gobiernos de tipo fascistas; si el desarrollo de las naciones capitalistas del centro crearon las condiciones de la revolución democrática, la evidencia parece indicar que en las naciones periféricas recortaron las pocas oportunidades que el establecimiento de la democracia podrá haber tenido en estas naciones. Esto no es tan sorprendente si recordamos que, aun en Europa, países como Alemania e Italia, han pasado por la pesadilla de la dictadura fascista antes de establecer de alguna manera un Estado democrático burgués más o menos sólido y eso recién después de los horrores de dos guerras mundiales. Hasta cierto punto, la democracia burguesa llegó a estos países "desde afuera" como resultado de la derrota en la Segunda Guerra Mundial; lo mismo es válido en el caso de Japón.

Así, si en los países donde se produjo la industrialización capitalista originaria (y sus "fragmentos" fuera de Europa: Australia, Canadá, Nueva Zelandia y Estados Unidos) la democracia burguesa llegó como coronación de la revolución burguesa y del impulso plebeyo desde abajo, en los "países de industrialización tardía" –Alemania, Italia, Japón– la democracia burguesa se impuso por la fuerza luego de una tragedia histórica. Finalmente, entre los países de la "tercera ola" de desarrollo industrial capitalista estableció límites muy estrechos al proceso de democratización; más, la nueva tendencia parece favorecer la constitución de regímenes dictatoriales que son la esencia misma de los valores anti-liberales. Si el capitalismo competitivo favoreció el advenimiento de la "era de la revolución democrática", parece que ahora, en "la era del imperialismo", lo que ha favorecido el desarrollo capitalista ha sido el retorno

en ese listado. El resto de la lista está compuesta por naciones ya incluidas en la lista de Bryce más los Estados europeos nuevos independientes como "República Federal Alemana, Finlandia, Islandia, Irlanda y Luxemburgo, más Israel y Japón, más los más dudosos casos de Costa Rica, Jamaica y Trinidad Tobago. Estas últimas tres podrían entonces ser solamente casos exitosos de democratización burguesa en la periferia del mundo capitalista. Ver para más detalles y una interesante discusión Dahl (1969, pp. 246-249).

o el reforzamiento de las dictaduras entre las nacionales capitalistas dependientes.[25]

En Argentina, ni el proceso de desarrollo capitalista basado en la expansión de la economía primario-exportadora ni las instituciones políticas preexistentes y los legados históricos condujeron al establecimiento de una democracia burguesa. Se permitió que funcionara un régimen democrático burgués siempre y que no se pusiera en cuestión la supremacía de los intereses de la burguesía agraria. En la medida en que el progreso económico del país y las ganancias de la clase ligada a los negocios de las exportaciones dependieran de una exitosa integración en el mercado mundial no había espacio para el desarrollo de una burguesía industrial orientada hacia el mercado interno. La "burguesía industrial nacional" no tenía una función que cumplir en esa división internacional del trabajo: las mercancías manufacturadas tenían que adquirirse de las naciones ya industrializadas, que eran las que compraban los productos agropecuarios de la Argentina. Por lo tanto, en lugar de la burguesía "nacional", Argentina tuvo, como el resto de los países de la periferia del sistema internacional, una "burguesía compradora". Esto implicó un reforzamiento de la supremacía de las clases propietarias del agro y la obstinada defensa de sus privilegios. Así, el desarrollo capitalista dependiente argentino no logró crear una burguesía autónoma con una base económica independiente capaz de desafiar exitosamente la hegemonía de la burguesía terrateniente: el antagonismo entre la burguesía y los terratenientes, entre la ciudad y el campo, que jugó un rol crucial en el proceso de democratización de Inglaterra, por ejemplo, estuvo ausente en Argentina. El vértice de la pirámide clasista estaba sólidamente consolidado bajo la hegemonía de la burguesía terrateniente y las posibilidades de una revolución democrática burguesa fueron frustradas: no hubo proyecto histórico alternativo que sustituyera la organización social y política creada por los intereses del capitalismo agrario. La integración en el mercado mundial tuvo un alto costo para la Argentina: un desarrollo capitalista sin una burguesía nacional. En otras palabras,

25. Ver, por ejemplo, los recientes trabajos de Fernando H. Cardoso (1973) y Guillermo O'Donnell (1975 y 1972 a y b).

el desarrollo capitalista dependiente, en lugar de crear fuentes alternativas de riqueza y poder, consolidó el monopolio económico y político de los terratenientes aburguesados, una condición que difícilmente podría considerarse favorable al fortalecimiento de una democracia burguesa.

Como hemos visto, las contradicciones en el desarrollo del capitalismo argentino hicieron florecer otras circunstancias que eventualmente condujeron a la extensión de la ciudadanía y la ampliación de las bases sociales del Estado oligárquico. El éxito de la economía orientada a las exportaciones creó una considerable pequeña burguesía que, para 1890, había comenzado a presionar al régimen. Hacia 1910, las protestas conjuntas entre los sectores más articulados del proletariado urbano y la pequeña burguesía ampliada alcanzaron una dimensión de intensidad tal que la oligarquía terrateniente fue forzada a rendirse ante las presiones populares y garantizar una reforma política. La consecuencia de esto fue que la clase política tradicional, a cargo del aparato del Estado, fue reemplazada por otra reclutada mayormente en las filas de la pequeña burguesía y de los sectores marginales de las clases terratenientes del interior, es decir, más allá de las fronteras de la Pampa Húmeda. Esta sustitución, sin embargo, no significó cambio alguno en las políticas patrocinadas por el gobierno y la burguesía agraria observó con beneplácito la continuidad de las políticas tradicionales del *laisse faire*.

La heterogénea coalición, que bajo el Partido Radical había ocupado el aparato del Estado en 1916, colapsó en 1930, y fue incapaz de resistir el repentino deterioro de las condiciones económicas del país luego de la Gran Depresión. La debilidad estructural de los estratos medios, una "clase media" que falló en su intento por convertirse en burguesía; la fragilidad de la burguesía industrial en sí misma y el rol relativamente marginal del proletariado y las clases trabajadoras en general en el marco del gobierno radical inclinó la correlación de fuerzas a favor de la oligarquía y cincuenta años de lento progreso hacia una democracia burguesa terminaron abruptamente.

En cierto modo, 1930 marcó el derrumbe del estado oligárquico-liberal. Pero la burguesía agraria se mantuvo como fracción hegemónica dentro del bloque de poder que incluía a una poderosa (si bien antinacional) "burguesía compradora" y los terratenientes atrasados del interior,

todos aliados al capital foráneo y en cuanto bloque siguieron detentando las riendas del estado más allá de la crisis de 1930. Con la dictadura militar y la siguiente década del "fraude patriótico" el carácter de clase del estado se tornó transparente y el engaño, el fraude y la represión vinieron a sustituir el liderazgo "intelectual y moral" que la burguesía agraria había ejercido en décadas anteriores. La industrialización acelerada del país desde la época de la Gran Depresión dio origen a un nuevo actor histórico cuyas demandas, poco después, propinarían el tiro de gracia a la dominación oligárquica. Estamos, es obvio, hablando del proletariado industrial. Si la prolongada movilización de las capas medias urbanas produjeron, luego de décadas de lucha, la crisis del estado liberal oligárquico, la rápida movilización de la clase obrera industrial y su expresión sociopolítica, el peronismo, iría a cancelar de modo definitivo la posibilidad de que la burguesía agraria pueda sobrevivir como la fracción hegemónica del bloque dominante. Una prolongada experiencia populista se fue gestando a partir del golpe de estado de 1943 que dictó la sentencia de muerte a más de una década de "fraude patriótico", luego de lo cual aquella quedaría relegada a un papel secundario en las sucesivas configuraciones y reconfiguraciones del bloque dominante de la Argentina posterior a 1943.

La era del populismo había comenzado y bajo el paraguas protector del Estado populista (desempeñando un papel equivalente al que, según Joseph Schumpeter, había cumplido la aristocracia inglesa al tomar bajo su protección a los nacientes sectores burgueses) la burguesía industrial comenzó su larga –e inconclusa– marcha hacia la hegemonía política. Pero ya en los años de la segunda posguerra las condiciones de la economía capitalista internacional y las circunstancias domésticas que rodearon su ascenso hicieron prácticamente imposible que pudiera liderar un proceso de democratización. La burguesía no tenía la virtud metafísica de ser portadora de los valores democráticos, no era esa su "esencia", por decirlo de alguna manera. Bajo ciertas condiciones sí, en otras no. Por otra parte, la historia de las democratizaciones fue en todo tiempo y lugar el reverso de la medalla de la historia de las luchas populares, de la "presión desde abajo". Asediada por el capitalismo agrario, el proletario industrial movilizado y la competencia extranjera, buscó la

protección del Estado populista como medio de supervivencia. En ese movimiento desesperado de sobrevivencia, el potencial democrático que podría haber la nueva (y débil) burguesía industrial se perdió en el camino. Su fortalecimiento como clase implicó, como sucedió con la burguesía francesa bajo Louis Bonaparte, o con la burguesía alemana bajo Otto von Bismarck, una capitulación de los ideales democráticos de los cuales podría haber sido portadora. La burguesía argentina no tuvo ni las condiciones ni la oportunidad de promover la democracia burguesa. La burguesía había cambiado, mucho más en los capitalismos periféricos; la economía internacional capitalista también y el imperialismo agigantaba su gravitación. De un modo cada vez más acentuado y extendido, la hegemonía burguesa en la edad de los monopolios traería sobre sus hombros gobiernos autoritarios, represión y regímenes dictatoriales. La era de la revolución democrática ya había terminado.

Bibliografía

Abad de Santillán, D. (1958). El movimiento obrero argentino ante el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930. *Revista de Historia* 3, 123-132.

Allub, L. (1973). *Social Origins of Dictatorship and Democracy in Argentina.* [Unpublished Ph. D. dissertation] Departament of Political Sciencie, University of North Carolina, Chapel Hill.

Bagú, S. (1961). *Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina*. Buenos Aires: Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires.

Bryce, J. V. (1921). *Modern Demoracies*. Nueva York: Macmillan.

Cantón, D. (1966a). *El Parlamento Argentino en Épocas de Cambio 1890, 1916 y 1946.* Buenos Aires: Editorial del Instituto.

Cantón, D. (1966b). *Universal suffrage as an Agent of Mobilization*. [Paper submitted to the Sixth World Congress of Sociology]. Evian France.

Cantón, D. (1969). Notas sobre las Fuerzas Armadas argentinas en T. Di Tella y T. H. Donghi. *Los fragmentos del poder,* (357-388). Buenos Aires: Editorial Jorge Alvarez.

Cantón, D., Moreno, J. L. y Ciria, A. (1972). *Argentina. La Democracia Constitucional y su crisis.* Buenos Aires: Paidós.

Cárcano, M. A. (1963). *Saenz Peña. La revolución de los comicios.* Buenos Aires: Hyspamérica.

Cardoso, F. H. (1973). *Estado y sociedad en América Latina.* Cuadernos de Investigación Social. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Ciria, A. (1964). *Partidos y poder en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Editorial Jorge Alvarez.

Corradi, J. E. (1974). Argentina en R. Chilcote y J. Eldestein (Eds.). *Latin America: The Struggle With Dependency and Beyond,* (306-407). Cambridge, Mass: Schenkeman.

Dahl, R. (1969). *Polyarchy*. New Haven: Yale.

Di Tella, G. y Zymelman, M. (1967). *Las etapas del desarrollo económico argentino*. Buenos Aires: EUDEBA.

Díaz, A. (1970). *Ensayos sobre la historia económica argentina.* Buenos Aires: Amorrortu.

Dorfman, A. (1970). *Historia de la industria argentina.* Buenos Aires: So-Inr-Hachette.

Etchepareborda, R. (1958). *Aspectos políticos de la crisis de 1930.* Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Floria, C. A. y García Belsunce, C. (1971). *Historia de los Argentinos.* Buenos Aires: Kapelusz.

Galleti, A. (1961). *La Política y los partidos.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Gallo, E. (1970). *Agrarian expansion and industrial development in Argentina (1880-1930), 22*. Oxford: Oxford University Press, St. Antony's Papers.

Germani, G. (1969). *Sociología de la modernización; estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina*. Buenos Aires: Paidós.

Godio, J. (1972). *La Semana Trágica. Enero de 1919.* Buenos Aires: Hyspamérica.

Goldwert, M. (1972). Democracy, Militarism, and Nationalism in Argentina, 1930-1966: An Interpretation. *Latin American Monographs, 25*. Institute of Latin American Studies, the University of Texas at Austin.

Gramsci, A. (1966). *Note sul Macchiavelli, sulla Política e sullo Stato Moderno,* Turín: Einaudi.

Halperín Donghi, T. (1964). *Argentina en el callejón*. Montevideo: Arca Ediciones.

Hayes, P. (1973). *Facism*. Londres: Allen & Unwin.

Hernández Arregui, J. J. (1960). *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*. Buenos Aires: Hachea.

Johnson, J. J. (1958). *Political Change in Latin America: The Emergence of the Middle Sectors.* Stanford: Stanford University Press.

Jorge, E. (1971). *Industria y Concentración Económica*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Merkx, G. W. (1968). *Political and Economic Change in Argentina from 1870 to 1966,* [Ph.D. Dissertation]. Yale University.

Moore, B. (1966). *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World.* Boston: Beacon Press Mass.

Naciones Unidas. (1959). Comisión Económica para América Latina. Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico de la Argentina. México.

Navarro Gerassi, M. (1965). *Los nacionalistas*. Buenos Aires: Editorial Jorge Alvarez.

Nolte, E. (1966). *Three Faces of Fascism: Action Francaise, Italian Fascism, National Socialism*. Nueva York: Henry Holt & Company, Inc.

O'Donnell, G. (1972a). *Modernización y Autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós.

O'Donnell, G. (1972b). Modernización y Golpes Militares. Teoría, comparación y el caso argentino. *Desarrollo Económico*. XII(47).

O'Donnell, G. (1975). *Reflexiones sobre las tendencias generales de cambio en el Estado burocrático-autoritario.* Buenos Aires: CEDES.

Orona, J. V. (1958). Una logia poco conocida y la revolución del 6 de septiembre. *Revista de Historia* 3, 73-94.

Ortíz, R. (1958). El aspecto económico-social de la crisis de 1930. *Revista de Historia* 3, 41-72.

Phelps, V. L. (1938). *The international economic position of Argentina.* Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Potash, R. A. (1969). *The Army and Politics in Argentina, 1928-1945. Yrigoyen to Perón.* Standford: Standford Press.

Puiggrós, R. (1967). *Historia crítica de los Partidos Políticos argentinos,* (5 Vols.). Buenos Aires: Jorge Alvarez.

Ratinoff, L. (1967). The New Urban Groups: the Middle Classes en S. Lipset y A. Solari (Eds.). *Elites in Latin America,* Nueva York: Oxford University Press.

Rennie, Y. F. (1945). *The Argentine Republic.* Nueva York: Macmillan.

Rock, D. (1975). *Politics in Argentina, 1890-1930. The Rise and Fall of Radicalism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Romero, J. L. (1963). *A history of Argentine Political Thought.* Standford: Stanford University Press.

Sánchez Sorondo, M. G. (1958). Seis de Septiembre de 1930. *Revista de Historia* 3, 98-109.

Schumpeter, J. A. (1976). *Capitalism, Socialism and Democracy.* Nueva York: Harper and Row.

Smith, P. H. (1969). *Politics and Beef in Argentina. Pattern of Conflict and Change.* Nueva York: Columbia University Press.

Smith, P. H. (1970). *The Breakdown of Democracy in Argentina: 1916-1930.* Paper submitted to the Seventh World Congress of Sociology, Varna.

Smith, P. H. (1975). Los radicales argentinos y la defensa de los intereses ganaderos en M. Giménez Zapiola (Ed.). *El régimen oligárquico* (282-311). Buenos Aires: Amorrortu.

Sociedad Rural Argentina. (1928). *Anuario,* Vol. I. Buenos Aires.

Solberg, C. (1973). The Tariff and Politics in Argentina. *Hispanic American Historical Review* 53(2), 260-284.

Sommi, L. V. (1949). *Los capitales yanquis en la Argentina.* Buenos Aires: Monteagudo.

Torquinst, E. & Company. (1919). *The Economy Development of the Argentine Republic in the last Fifty years.* Buenos Aires: Ernesto Tornquist & Company.

Tulchin, J. (1970). The Argentine Economy During the First World War. *The Review of the River Plate,* June 19, June 30 and July, 10.

Valenti Ferro, E. (1937). *La crisis social y política argentina.* Buenos Aires: La Facultad.

Weber, M. (1968). *Economy and Society. An outline of Interpretive Sociology.* Guenther, R. y Wittich, C. (Eds.). (3 Vols.). Nueva York: Bedminster Press.

Weil, F. (1944). *Argentine Riddle.* Nueva York: The John Day Co.

White, J. W. (1942). *Argentina: The Life Story of a Nation*. Nueva York: Viking Press.

La verdad sobre la democracia capitalista*

No hace mucho, la celebración de las democracias capitalistas –como si estas realmente constituyeran la coronación de toda aspiración democrática– encontraba legiones de adeptos en Latinoamérica, donde la frase era pronunciada con una solemnidad reservada por lo general para los más grandes logros de la humanidad. Pero ahora que más de un cuarto de siglo ha transcurrido desde los comienzos del proceso de redemocratización, resulta apropiado examinar sus logros tanto como sus defectos y promesas incumplidas. ¿Merecen las democracias capitalistas el respeto tan amplio que se les ha otorgado?

En las siguientes páginas intentamos explorar qué significa democracia y, luego, partiendo de algunas reflexiones sobre los límites de la democratización en una sociedad capitalista, proseguir con el análisis del desempeño de las democracias "realmente existentes" en América Latina, procurando mirar más allá de sus apariencias externas para discernir su restringido alcance y sus limitaciones.

---

* Boron, A. (2006). The truth about capitalist democracy en C. Leys y L. Panitch (Comp.). *Socialist Register 2006: Telling the truth*. Londres: Merlin Press. Expreso mi gratitud a Leo Panitch y Colin Leys por sus agudos comentarios y sugerencias para el primer borrador de este artículo. También a Sabrina González, Bárbara Schijman y Fernando Lizárraga por su cuidadosa revisión. Huelga decir que todas las equivocaciones y errores son exclusiva responsabilidad del autor.

Democracia

Comencemos recordando la fórmula lincolniana: la democracia como gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Esta parecería ser hoy expresión de una radical intransigencia, sobre todo a la luz de la involución política e ideológica desencadenada por el auge del neoliberalismo como ideología oficial del capitalismo globalizado. Hace ya tiempo que la democracia se ha desvinculado por completo de la mismísima idea que su término evoca, pueblo o demos, para no mencionar de su languidecente protagonismo. La fórmula de Lincoln ha sido archivada como una nostalgia peligrosa de un estado de cosas irreversiblemente perdido en el pasado. Quien la reemplazó fue la fórmula schumpeteriana, cuyas consecuencias deplorables aún se sienten profundamente en las ciencias sociales del *mainstream*: la democracia como un conjunto de reglas y procedimientos desprovisto de cualquier contenido específico relacionado con la justicia distributiva o la equidad, que ignora el contenido ético y normativo de la idea de democracia y pasa por alto el hecho de que esta debería ser un componente crucial y esencial de cualquier propuesta para la organización de una "buena sociedad", más que un mero dispositivo administrativo o para la toma de decisiones. Así, para Schumpeter era posible decidir "democráticamente" si, para tomar su propio ejemplo, los cristianos debían ser perseguidos, las brujas enviadas a la hoguera o los judíos exterminados. En el hueco formalismo schumpeteriano, la democracia se convierte en un simple método y, como cualquier otro, "no puede ser un fin en sí mismo" ni un valor que se sustente por sí (Schumpeter, 1947, p. 242). La devaluación de la democracia producida en este enfoque es más que evidente: *in extremis*, la transforma en un conjunto de procedimientos independiente de fines y valores, convirtiéndose en un modelo meramente decisional, como aquellos que Peter Drucker propone para el gerenciamiento de las empresas capitalistas exitosas. Sin embargo, no hace falta ser un genio para darse cuenta de que la democracia es mucho más que eso.

En segundo lugar, el paradigma schumpeteriano también ignora los procesos históricos concretos que llevaron al establecimiento de las "democracias realmente existentes". Al proponer el abandono de lo que

Schumpeter denominaba la "teoría clásica" de la democracia, el economista austríaco proyectó una imagen ingenuamente optimista y completamente irreal de las secuencias históricas que, en un puñado de naciones, resultaron en la constitución de la democracia.[1] La naturaleza épica del proceso de construcción de un orden democrático fue descripta en clave trágica por Alexis de Tocqueville como una "revolución irresistible que siglo tras siglo marcha sobre todo obstáculo, y aún hoy avanza en medio de las ruinas a las que ella misma da lugar" (Tocqueville, 1969, p. 12). Esta afirmación captura, como muchos paisajes de distintos autores en la tradición clásica, los aspectos tumultuosos y traumáticos que –aun en los países más desarrollados, pluralistas y tolerantes– acompañaron la instauración de un orden democrático. La sangre y el fango de la constitución histórica de las democracias políticas son completamente volatizados en el formalismo de la tradición schumpeteriana. Es por esta razón que Guillermo O'Donnell y Phillippe Schmitter (1988), fuertemente influidos por ese legado, advierten en el texto canónico de la "transitología", o la teoría de las transiciones:

> Una de las premisas de esta manera de concebir la transición es que es posible y conveniente que la democracia política sea alcanzada sin una movilización violenta y sin una discontinuidad espectacular. Virtualmente siempre está presente la amenaza de violencia, y hay frecuentes protestas, huelgas y manifestaciones, pero, una vez que se adopta la "vía revolucionaria" o que la violencia se difunde y se vuelve recurrente, las perspectivas favorables a la democracia política se reducen de manera drástica (p. 26).

Una premisa tan contundente como falsa. Porque, ¿en qué país la conquista de la democracia se produjo en consonancia con las estipulaciones planteadas más arriba? Barrington Moore señaló que sin la "Revolución Gloriosa" en Inglaterra, la Revolución Francesa y la Guerra Civil norteamericana –todos episodios bastante violentos y sangrientos– sería extremadamente difícil imaginar la existencia misma de la democracia

1. En la "teoría clásica", Schumpeter agrupó las enseñanzas de autores tan diferentes como Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Rousseau, Tocqueville y Marx, entre otros.

en esos países.[2] ¿Es razonable imaginar a los esclavistas del sur norteamericano o a las aristocracias inglesas y francesas esforzándose por democratizar la política y el Estado? ¿Podemos siquiera concebir la democratización en esos países sin aquellas violentas rupturas con el pasado? Y en cuanto a la preocupación de nuestros autores por la "violencia de abajo", ¿qué hay de la "violencia de arriba" opuesta a la democratización, y que sistemáticamente condujo a la represión estatal, las ejecuciones o desapariciones a manos de fuerzas paramilitares o escuadrones de la muerte, las conspiraciones golpistas militares, sin hablar de la violencia estructural propia de sociedades escandalosamente desiguales como las latinoamericanas, que condena a las mayorías a subsistir en condiciones infrahumanas de existencia? ¿No es hora de preguntarnos quiénes han sido los agentes principales de la violencia en Latinoamérica? ¿Las clases explotadas y oprimidas, los huelguistas y manifestantes, o las fuerzas determinadas a preservar sus privilegios y riquezas a cualquier precio?

El punto de vista "schumpeteriano" no solo pervierte el concepto mismo de democracia sino que también plantea un enigma igualmente desconcertante: si la democracia es algo tan sencillo como un inocuo método para organizar la toma de decisiones de manera colectiva, ¿por qué será que la inmensa mayoría de la humanidad vivió la mayor parte del tiempo bajo regímenes no-democráticos? Si es algo tan elemental y razonable, ¿por qué ha sido tan difícil adoptarla e implementarla eficazmente? ¿Por qué algunos formatos organizativos –como la empresa capitalista y la sociedad de acciones, por ejemplo– fueron adoptados sin mayores resistencias una vez impuesto el modo de producción capitalista, mientras que el intento de adoptar la "forma democrática" en los estados ha generado guerras, luchas populares, revoluciones, contrarrevoluciones e interminables baños de sangre? Finalmente, si el modo de producción capitalista tiene ya 500 años de vida, ¿por qué será que la democracia capitalista es un logro tan reciente e inestable?

El vaciamiento ético de la democracia por las teorías basadas en la herencia schumpeteriana y su incapacidad fundamental de dar cuenta

2. Fue Barrington Moore (h) (1973) quien argumentó que una ruptura violenta con el pasado es el rasgo fundamental que marcó los comienzos de la democracia en países como Inglaterra, Francia y Estados Unidos.

del proceso de construcción de las democracias "realmente existentes" reclama la elaboración de una teorización alternativa.

¿Democracia capitalista o capitalismo democrático?

Pero para esto hace falta una clarificación conceptual. De hecho, si el empleo de la palabra "democracia" es de por sí distorsivo y está plagado de ambigüedades –¿democracia "de" quién?, ¿"por" quién?, ¿"para" quién?–, entonces expresiones como "democracia capitalista" o "democracia burguesa" no podrían ser menos contradictorias e insatisfactorias. Por esa razón, la manera más rigurosa y precisa de hablar del universo de las democracias "realmente existentes" es denominarlas "capitalismos democráticos". Para analizar por qué retomo a continuación algunas ideas expuestas más detalladamente en Boron (2000, pp. 161-165).

Hablar de "democracia" sin ningún adjetivo significa hacer caso omiso de las enormes diferencias existentes entre el modelo clásico griego de democracia, objeto de particular atención por Platón y Aristóteles e inmortalizado en la célebre Oración Fúnebre de Pericles; las incipientes estructuras y prácticas democráticas que aparecieron en algunas ciudades del norte de Italia en los albores del Renacimiento (y que luego, como lo atestiguara Maquiavelo, fueron aplastadas por la reacción aristocrático-clerical); y, por último, los distintos modelos de democracia ensayados durante el siglo XX en algunas sociedades del capitalismo avanzado. La democracia es una forma de organización del poder social en el espacio público inseparable de la estructura económico-social sobre la cual dicho poder descansa. Las distintas modalidades de organización tanto dictatoriales como democráticas– o las seis formas clásicas del poder político plasmadas en *La Política* de Aristóteles hunden sus raíces en modos de producción y tipos de estructura social específicos, de suerte tal que cualquier discurso que hable de "democracia" sin agregar otras calificaciones cae inevitablemente en la vaguedad y la confusión. De hecho, cuando en nuestro tiempo los politólogos hablan de la democracia, ¿a qué se refieren? ¿A una democracia basada en la esclavitud, como en la Grecia clásica? ¿O a la que prosperó en islotes urbanos rodeados

por océanos de servidumbre feudal y en los cuales el *populo minuto* pugnó por dejar de ser simple masa de maniobra del patriciado oligárquico de Florencia o Venecia? ¿O a las democracias de Europa donde no había siquiera sufragio universal masculino y las mujeres no tenían derecho al voto antes de la Primera Guerra Mundial? ¿O a las "democracias keynesianas" de la segunda posguerra, que portaban los rasgos de lo que T. H. Marshall denominaba "ciudadanía social"? (1965).

Al reaccionar ante esta desconcertante ambigüedad, que también desafía la naturaleza supuestamente unívoca de la expresión "democracia burguesa", un autor con claras inclinaciones neoliberales como el ensayista mexicano Enrique Krauze (1986) hizo en una oportunidad un alegato apasionado en favor de una "democracia sin adjetivos" (pp. 44-75). Su exhortación, sin embargo, cayó en el vacío. Un análisis de la bibliografía llevado a cabo por David Collier y Steve Levitsky (2005) reveló la enorme proliferación de "adjetivos" empleados en la ciencia política como modificadores del término "democracia", a tal punto que los autores comprobaron que existían más casilleros taxonómicos que regímenes democráticos. Por esto mismo, atosigar a la democracia con adjetivos –aunque fueran términos "fuertes" o acepciones altamente cargadas de significación, como "capitalista" o "socialista"– no soluciona el problema esencial, sino que solamente sirve para poner un taparrabo que no logra ocultar el hecho de que el rey está desnudo.

Tomemos la expresión "democracia capitalista", empleada frecuentemente tanto por expertos en ciencias sociales del *mainstream* como también por muchos académicos de pensamiento radical. ¿Qué significa precisamente? Algunos pueden creer que al agregar el adjetivo "capitalista" a la palabra "democracia" –que al menos insinúa el problema más amplio de las relaciones entre capitalismo y democracia y, más específicamente, los límites que el primero impone al carácter expansivo de la segunda– la cuestión está resuelta. Sin embargo, este punto de vista es incorrecto porque se funda en la premisa, evidentemente errónea, de que en esta forma de régimen político el componente "capitalista" es un mero adjetivo que describe el tipo de organización de la economía, que de alguna manera modifica y matiza el funcionamiento de una estructura política que es esencialmente democrática. En realidad, la frase

"democracia capitalista" implica una especie de "inversión hegeliana" de la relación propia entre la economía, la sociedad civil y el régimen político, de la que resulta una apología sutil de la sociedad capitalista. Es que bajo esta formulación la democracia aparece como la esencia de la sociedad actual, reafirmada habitualmente por incontables líderes del "mundo libre"–como George W. Bush, José M. Aznar, Tony Blair, etc.,– quienes se autodefinen como los portavoces de sus propias "sociedades democráticas". De esta manera, la democracia está adjetivada por un dato accidental o "contingente", ¡*tan solo* el modo de producción capitalista! Así, el capitalismo es desplazado a una posición discreta detrás de la escena política, convertido en invisible pese a ser el cimiento estructural de la sociedad contemporánea. Como una vez observara Bertolt Brecht, el capitalismo es un caballero que no quiere que lo llamen por su nombre. Pero hay más. Como lo argumentara el fallecido filósofo mexicano Carlos Pereyra (1990), la expresión "democracia burguesa" es "un concepto monstruoso" porque "oculta una circunstancia decisiva en la historia contemporánea: la democracia se ha conseguido y preservado, en mayor o menor grado en distintas latitudes, *contra* la burguesía" (p. 33).

Observamos entonces una doble dificultad en el uso de los adjetivos recién mencionados: en primer lugar, la que surge de atribuir gratuitamente a la burguesía una conquista histórica como la democracia, que precisamente fue el resultado de siglos de luchas populares *contra* la aristocracia y la monarquía al principio y después contra la dominación de los capitalistas, quienes se desvivieron para impedir o demorar la victoria de la democracia recurriendo a cualquier medio imaginable, desde la mentira y la manipulación hasta el terror sistematizado encarnado en el Estado nazi. En segundo lugar, si se acepta la expresión "democracia burguesa", lo específicamente "burgués" se torna un dato accidental y contingente, una especificación accesoria en relación a una esencia fetichizada llamada democracia y cuyo trazo característico es el imperio de la igualdad.

Entonces, ¿cómo se debería conceptuar correctamente la democracia? Desde luego, no se trata de aplicar o no adjetivos sino de abandonar el callejón sin salida de la inversión neohegeliana. Por esa razón, una expresión como "capitalismo democrático" recupera, con mayor

fidelidad que la frase "democracia burguesa", el verdadero significado de la democracia, al subrayar que algunos de sus aspectos estructurales y características definitorias –elecciones periódicas y "libres", derechos y libertades individuales etc.– son, no obstante su importancia, formas políticas cuyo funcionamiento y eficacia no pueden neutralizar, ni mucho menos disolver, la estructura intrínseca e irremediablemente antidemocrática de la sociedad capitalista (Boron, 2003). Esta estructura, que reposa sobre un sistema de relaciones sociales centradas en la reproducción incesante de la fuerza de trabajo que debe ser vendida en el mercado como una mercancía para garantizar la supervivencia misma de los trabajadores, impone límites insuperables a la democracia. Esta "esclavitud de los trabajadores asalariados" que deben dirigirse al mercado en búsqueda de un capitalista que juzgue rentable la compra de su fuerza de trabajo, o de lo contrario intentar ganarse una subsistencia miserable como pequeños mercaderes o cartoneros en las villas miseria del mundo, sumerge a la inmensa mayoría de los pueblos, y no solamente en Latinoamérica, a una situación de inferioridad y desigualdad estructural. Esta situación es abiertamente incompatible con el desarrollo pleno del potencial de la democracia, mientras que una pequeña porción de la sociedad, los capitalistas, están firmemente instalados en una posición de predominio indiscutible, gozando toda clase de privilegios.

El resultado es que los "capitalismos democráticos" son una dictadura *de facto* de los capitalistas, sea cual fuera la forma política –tal como la democracia– bajo la que el despotismo del capital es ocultado a los ojos del pueblo. De ahí la incompatibilidad tendencial entre el capitalismo, en tanto forma socioeconómica basada en la desigualdad estructural que separa a propietarios de no-propietarios de los medios de producción, y la democracia, concebida, como en la tradición clásica de la teoría política, en un sentido más amplio e integral y no solamente en sus aspectos formales y procedurales como fundada en una condición generalizada de igualdad. Es precisamente por esto que Ellen Meiksins Wood (1995) tiene razón cuando, en un magnífico ensayo pletórico de sugerencias teóricas, se pregunta: ¿podrá el capitalismo sobrevivir a la democracia

en su plena extensión, concebida en su sustantividad y no en su procesualidad? (pp. 204-237).[3] La respuesta es rotundamente negativa.

Esbozo para una concepción sustantiva de la democracia

Una concepción integral y sustantiva de la democracia debe inexcusablemente colocar sobre la mesa de discusión el tema de la relación entre socialismo y democracia. No nos es posible intentar abordar este debate en este trabajo. Por el momento, es suficiente recordar las incisivas reflexiones de Rosa Luxemburgo sobre este tema, incluyendo su célebre formulación que planteaba que "no hay socialismo sin democracia, ni democracia sin socialismo".[4] Luxemburgo reconocía el valor de las conquistas democráticas en el marco del capitalismo, pero, consciente de las limitaciones que las primeras enfrentaban en una sociedad inherentemente injusta como la capitalista, se cuidaba muy bien de no arrojar por la borda el proyecto socialista. Su pensamiento, por lo tanto, evita con habilidad las trampas en que tan a menudo cae el marxismo vulgar –que al rechazar el capitalismo democrático termina repudiando la misma idea de democracia y justificando el despotismo político–, como las del "posmarxismo" y las diversas corrientes de inspiración neoliberal que mistifican los capitalismos democráticos al punto tal de considerarlos paradigmas de una "democracia" sin adjetivos.

Tomando en cuenta este razonamiento, nos parece que la formulación de una teoría destinada a superar los vicios del formalismo y el "procedimentalismo" schumpeterianos debería considerar la democracia como una síntesis de tres dimensiones inseparables, fundidas en una sola fórmula.

– La democracia presupone una formación social caracterizada por la igualdad económica, social y legal y un relativamente alto (aunque históricamente variable) nivel de bienestar material que permita el

3. Sobre este punto, ver también Arthur MacEwan (1999) y Atilio A. Boron (2000).

4. Huelga decir que estamos de acuerdo con toda su declaración y no solamente con la segunda parte, aunque ese es el punto en que nos concentramos aquí.

desarrollo pleno de las capacidades e inclinaciones individuales y facilite la infinita pluralidad de expresiones de la vida social. Por tanto, la democracia no puede florecer en medio de la pobreza e indigencia generalizadas, o en una sociedad marcada por profundas desigualdades en la distribución de la propiedad, los ingresos y la riqueza. Requiere un tipo de estructura social que solamente con grandes excepciones se puede encontrar en sociedades capitalistas. A pesar de todas las afirmaciones oficiales, estas no son igualitarias, sino profundamente desiguales y jerárquicas. Igualitaria es la ideología del capitalismo; su realidad, en cambio, es la polarización social. La democracia política no puede prosperar y echar raíces en una sociedad como la capitalista, estructural e incorregiblemente antidemocrática.

– En segundo término, la democracia también supone el efectivo disfrute de la libertad por parte de la ciudadanía. Pero esta no puede ser un mero "derecho formal" –incorporado brillantemente en numerosas constituciones latinoamericanas– que en la práctica no tiene la más mínima posibilidad de ser ejercitado. Una democracia que no garantiza el ejercicio pleno de los derechos consagrados en sus leyes, se convierte, como dijera Fernando H. Cardoso hace muchos años, en una farsa (Cardoso, 1982, 1985). La libertad significa la posibilidad de elegir entre alternativas reales. Las "elecciones libres" en América Latina están limitadas a decidir cuál miembro del mismo *establishment* político, reclutado, financiado y cooptado por las clases dominantes, tendrá la responsabilidad de manejar los asuntos del país.[5] ¿Qué clase de libertad es esta que condena al pueblo al analfabetismo, a vivir en chozas deplorables, a morir joven por falta de asistencia médica, a no tener un trabajo decente y un nivel mínimo de protección social para su vejez? ¿Son libres

5. Debería decir que la situación no es muy distinta en casi todo el resto del mundo. En efecto, como observó Noam Chomsky, en las últimas elecciones presidenciales, a los norteamericanos se les ofreció un lindo menú democrático: podían elegir un multimillonario, ya en el poder, o elegir otro multimillonario, ya en el Senado, quienes, a la vez, tenían como compañeros de fórmula otros dos multimillonarios. ¡Esa fue la opción en el lugar que es considerado por las ciencias sociales del *mainstream* uno de los modelos más perfectos de desarrollo democrático en el mundo!

los millones de desocupados en Latinoamérica que ni siquiera tienen el par de dólares necesarios para salir de sus casas a buscar un empleo, cualquier clase de empleo? ¿Puede haber libertad política cuando se dice que "hay alternancia pero no hay alternativas"? Más abajo abundaremos en detalles sobre cuán "libres" son las elecciones libres en nuestros países.

De todos modos, aunque la igualdad y la libertad son necesarias, no son suficientes por sí solas para garantizar la existencia de un Estado democrático. Hace falta una tercera condición.

– Dicha condición es la existencia de un conjunto complejo de instituciones y reglas de juego claras e inequívocas que permita garantizar la soberanía popular, superando las limitaciones de la llamada democracia "representativa", y que ofrezca a los ciudadanos los medios legales e institucionales que aseguren el predominio de las clases populares en la formación de la voluntad común. Algunos académicos han argumentado que una de las características centrales de los estados democráticos es el carácter "relativamente incierto" de los resultados del proceso político, queriendo con esto aludir a la incertidumbre prevaleciente en las contiendas electorales (Przeworski, 1985, pp. 138-145). Pero valga una advertencia acerca de los riesgos de sobrestimar los grados reales de "incertidumbre" que se encuentran en los capitalismos democráticos en la actualidad. De hecho, estos presentan muy poca incertidumbre, porque aun en los países más desarrollados las partidas más cruciales y estratégicas de la vida política se juegan con "cartas marcadas" que una y otra vez defienden y preservan los intereses de las clases dominantes. Reiteramos, no todas las manos, pero sin duda las más importantes –tanto a nivel electoral como de toma de decisiones–, se juegan con suficientes garantías para que el ganador o los resultados sean perfectamente previsibles y aceptables para las clases dominantes. Así sucede, por ejemplo, en Estados Unidos, donde las más importantes decisiones y posiciones políticas de los dos partidos rivales son casi idénticas y solo se diferencian por

> algunos temas marginales que no significan una amenaza para el imperio del capital. No sorprende, entonces, que ningún gobierno en ningún país capitalista haya llamado alguna vez a un plebiscito para decidir si la economía debería ser organizada sobre la base de la propiedad privada, una economía popular o empresas estatales; ni, por ejemplo, en América Latina, para decidir qué hacer con la deuda externa, la apertura comercial, la desregulación financiera o las privatizaciones. En otras palabras, incertidumbre, sí, pero solamente dentro de márgenes muy estrechos y para asuntos bastante insignificantes. Elecciones, sí, pero apelando a todo tipo de recursos, legales e ilegales, para manipular el voto y evitar que el pueblo "se equivoque" y elija un partido contrario a los intereses de las clases dominantes. No es solo que los juegos se juegan con "cartas marcadas"; otros juegos ni siquiera se juegan, y los ganadores son siempre los mismos.

En resumen, la existencia de reglas de juego claras e inequívocas que garanticen la soberanía popular es un requisito "político-institucional" para la existencia de democracia. Pero, repetimos, se trata de una condición necesaria mas no suficiente, porque una democracia, en el sentido integral del término, no puede sostenerse ni sobrevivir por mucho tiempo, ni siquiera como régimen político, si sus raíces se hunden en un tipo de sociedad caracterizada por relaciones sociales, estructuras e ideologías antagónicas u hostiles a su espíritu. "Hablar de democracia sin considerar la economía en la cual esa democracia debe funcionar", escribió alguna vez Adam Przeworski (1990), "es un ejercicio digno de un avestruz" (p. 102).

Desafortunadamente, las ciencias sociales contemporáneas parecen estar cada vez más pobladas de avestruces. En términos reales y concretos, los capitalismos democráticos, inclusive los más desarrollados, apenas cumplen algunos de estos requisitos: sus déficits institucionales son *vox populi,* sus tendencias hacia una creciente desigualdad y exclusión social son evidentes, y el goce pleno y genuino de derechos y libertades solo es accesible a un pequeño sector de la población. Rosa Luxemburgo tenía razón: no puede haber democracia sin socialismo. Es ilusorio

pretender construir un orden político democrático sin simultáneamente encarar una lucha resuelta contra el capitalismo.

La experiencia democrática en Latinoamérica

Imaginemos que Aristóteles volviera a este mundo y pudiéramos pedirle que juzgara la naturaleza de las así llamadas "democracias latinoamericanas". Seguramente, luego de manifestar su asombro ante nuestra pregunta, diría que su conclusión irrefutable es que tales regímenes son cualquier cosa menos democracias. Su asombro, nos explicaría, respondería a que sus características son las que tipifican no a las democracias sino a las oligarquías o plutocracias, es decir, gobierno de los ricos en provecho propio. Mirando nuestro paisaje político se podría decir que nuestras fallidas democracias son gobiernos de los mercados, por los mercados y para los mercados, y que carecen por completo de las tres condiciones resumidas en el apartado anterior.

Es por eso que después de un cuarto de siglo los logros de los capitalismos democráticos latinoamericanos son tan decepcionantes. Hoy nuestras sociedades son más desiguales e injustas que antes, y nuestros pueblos no son libres sino que permanecen esclavizados por el hambre, el desempleo y el analfabetismo. Si en las décadas posteriores a 1945 las sociedades latinoamericanas experimentaron un moderado progreso en dirección hacia la igualdad social, y si en ese mismo período una diversidad de regímenes políticos, desde variantes del populismo hasta algunas modalidades de "desarrollismo", lograron sentar las bases de una política que en algunos países fue agresivamente "inclusiva" y posibilitó la "ciudadanización" de las clases y capas populares (que tradicionalmente habían sido privadas de casi todos sus derechos), la época que comenzó con el agotamiento del keynesianismo y la crisis de la deuda se movió en dirección completamente opuesta. En esta nueva fase, celebrada como la reconciliación definitiva de nuestros países con los imperativos inexorables de los mercados globalizados, los viejos derechos –como salud, educación, vivienda y seguro social– fueron abruptamente "mercantilizados" y convertidos en mercancías inaccesibles, empujando a grandes masas de la población a la indigencia. Y las precarias redes

de seguridad, producto de la solidaridad social que brotaba de una sociedad relativamente bien integrada, fueron demolidas *pari passu* con la fragmentación y marginación social causadas por las políticas económicas ortodoxas y el individualismo desenfrenado promovido por los "señores del mercado" y la clase política que gobierna en su nombre.

Más aún, los actores colectivos y las fuerzas sociales que en el pasado expresaron y canalizaron las expectativas e intereses de las clases populares –sindicatos, partidos de izquierda, asociaciones populares de toda índole, etc.– fueron perseguidos por crueles tiranías, y sus líderes encarcelados, asesinados brutalmente o desaparecidos. Como resultado, estas organizaciones populares fueron desmanteladas y debilitadas, o simplemente barridas de la escena política. Así, los ciudadanos de nuestras democracias se encontraron atrapados en una coyuntura paradójica: mientras que en el "paraíso" ideológico del nuevo capitalismo democrático la soberanía popular y un amplio repertorio de derechos eran reivindicados y exaltados por la Constitución y el nuevo orden político, en la "tierra" prosaica del mercado y la sociedad civil esos mismos ciudadanos eran meticulosamente despojados de estos derechos mediante ortodoxos programas de "ajuste y estabilización", que los excluían de los beneficios del progreso económico y transformaban la reconquistada democracia en un simulacro vacío.

El paradojal resultado de este nuevo ciclo de democratización posdictaduras ha sido, por lo tanto, un dramático debilitamiento del impulso democrático. Lejos de haber ayudado a consolidar las incipientes democracias, las políticas neoliberales las han socavado y las consecuencias de esta desafortunada acción se perciben ahora con total claridad. La democracia ha llegado a ser ese "cascarón vacío" del que tantas veces hablara Nelson Mandela, donde un número cada vez más creciente de políticos corruptos e irresponsables administran los países con la sola preocupación de agradar a las fuerzas del mercado y una indiferencia absoluta hacia el bien común. Por ello, y retomando el diálogo imaginario con Aristóteles, estos sistemas políticos que prevalecen en la región no merecen ser llamados democracias: apenas les cabe el concepto de "regímenes posdictatoriales". De ahí la enorme desconfianza popular que suscitan, un fenómeno que afecta, con distintos grados de intensidad, a

todos los países de América Latina. Algunos estudios empíricos recientes proporcionan información muy elocuente al respecto.

El informe del PNUD sobre la democracia en Latinoamérica: un balance

La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos, llevado a cabo por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), es el estudio comparativo del capitalismo democrático más importante y completo jamás realizado en Latinoamérica (PNUD, 2004). No obstante, a pesar de su elevado costo y los inmensos esfuerzos de un calificado equipo internacional de investigadores, las graves fallas de su aparato teórico y su metodología impidieron que produjera un cuadro realista del estado de la democracia en la región. Los problemas incurables del reduccionismo "político" son evidentes desde las primeras páginas de este abultado volumen. El informe empieza considerando a la democracia "no solamente un sistema político, sino también un sistema de ejercicio del poder que permite mayor participación popular, de modo tal que crea condiciones favorables para que los pueblos participen en las decisiones que afectan su desarrollo" (pp. 23-24). En resumen, la democracia es una cuestión política que tiene que ver con votantes, ciudadanos y modelos de ejercicio del poder, y que se encuentra espléndidamente aislada del resto de la vida social. Un trabajo de investigación que comienza con esta premisa (y además salpicada aquí y allá con alguna que otra –pero aun así muy importantes– referencia a las contribuciones que sobre el tema realizaran dos tradicionales *think tanks* de la derecha norteamericana: la Freedom House y la Heritage Foundation) no puede llegar muy lejos.

No sorprende, entonces, que el informe asegure que aunque "140 países del mundo viven hoy bajo regímenes democráticos" –un dato que ciertamente sería un logro extraordinario– "solo en 82 existe una democracia plena" (p. 23). Esta crasa exageración (¡nada menos que 82 democracias plenas!) es de alguna manera suavizada cuando los autores advierten a los atónitos lectores que aún persisten prácticas autoritarias y antidemocráticas en gobiernos elegidos democráticamente, y añaden una lista convincente de sus perversas prácticas políticas. No obstante,

no desisten de afirmar que, de los 18 países latinoamericanos incluidos en el informe que "cumplen con los requisitos fundamentales del régimen democrático, solo tres vivían en democracia hace 25 años" (p. 24).[6]

Desde luego, el estudio no deja de notar que "mientras los pueblos de Latinoamérica consolidan sus derechos políticos, se enfrentan a altos niveles de pobreza y a los más altos índices de desigualdad en el mundo". Esta contradicción llevó a los autores del informe a concluir, aunque algo enigmáticamente, que "existen tensiones serias entre la profundización de la democracia y la economía". El estudio celebra los logros principales de la democracia en Latinoamérica, pero no deja de señalar la desigualdad y la pobreza como sus mayores debilidades. Además, recomienda la adopción de políticas "que promuevan una democracia donde los ciudadanos participen plenamente. La participación integral de la sociedad significa que los ciudadanos de hoy deben tener fácil acceso a sus derechos civiles, sociales, económicos y culturales y que todos estos derechos en conjunto comprenden un todo indivisible e interconectado" (p. 24). Desgraciadamente, los autores se detienen antes de llegar a preguntar por qué será que este conjunto de derechos, consagrados en papel en todas las naciones capitalistas, está tornándose en poco más que letra muerta en este mundo neoliberal. ¿Y por qué el acceso a esos derechos ha sido siempre tan limitado en las sociedades capitalistas? ¿Será una mera casualidad o se deberá a factores estructurales de clase?

El informe no tiene respuesta a estas preguntas porque la índole de la contradicción entre el capitalismo y la democracia no es examinada. En las 284 páginas de la versión en inglés, las palabras "capitalismo" o "capitalista" aparecen apenas doce veces. La primera mención figura recién en la página 51 y, sorpresivamente, en una cita de alguien tan poco conspicuo como teórico del capitalismo como George Soros. De hecho, nueve de las doce menciones de dicho término aparecen en citas o en el anexo bibliográfico, y solamente tres en el cuerpo del texto. Obviamente, esta reticencia increíble a hablar del capitalismo inflige un costo teórico tremendo a todo el informe. Porque, ¿cómo puede uno hablar de la

6. Los tres países democráticos eran Colombia, Costa Rica y Venezuela.

democracia en el mundo actual si no está dispuesto siquiera a mencionar la palabra capitalismo? ¿Cómo se supone que podemos entender las tensiones enunciadas entre la profundización de la democracia y la economía? ¿Qué aspectos de la economía son culpables de esas tensiones? ¿Su base tecnológica? ¿El tamaño de los mercados? ¿Su dotación de recursos naturales? ¿La estructura industrial? ¿O qué?

El problema no es "la economía" –una inocua abstracción– sino "la economía capitalista" y su rasgo definitorio: la extracción y apropiación privada de la plusvalía y la inevitable polarización social que se desprende como su consecuencia. Las tensiones no son entre dos entidades metafísicas, "democracia" y "economía", sino entre dos productos históricos concretos: las expectativas democráticas de las masas y las leyes de hierro de la acumulación capitalista. La contradicción existe y persiste porque la última no puede hacer lugar a las primeras, salvo en el modelo sumamente devaluado de la democracia liberal que observamos a nuestro alrededor. Por lo tanto, quien no quiera hablar de capitalismo debería abstenerse de hablar de democracia.

Percepciones populares de la democracia

Uno de los componentes más útiles del informe del PNUD es una encuesta comparativa de opinión pública realizada por Latinobarómetro sobre una muestra de 18.643 ciudadanos en 18 países de la región. En términos generales, sus conclusiones pueden ser resumidas del siguiente modo:

- La preferencia de los ciudadanos por la democracia es relativamente baja.
- Un gran número de latinoamericanos da prioridad al desarrollo por encima de la democracia y retiraría su apoyo a un gobierno democrático si resultara incapaz de resolver sus problemas económicos.
- Generalmente, los "no democráticos" pertenecen a grupos con menos educación, cuya socialización ocurrió durante períodos de autoritarismo y quienes tienen bajas expectativas de movilidad social

y una profunda desconfianza en las instituciones democráticas y en los políticos.
– Aunque se puede encontrar "demócratas" en los diversos grupos sociales, los ciudadanos tienden a apoyar más la democracia en los países que tienen niveles más bajos de desigualdad. Sin embargo, no se expresan mediante organizaciones políticas" (p. 27).

Estos resultados no son sorprendentes en lo más mínimo. Todo lo contrario, hablan muy favorablemente de la conciencia política y la racionalidad de la mayoría de los latinoamericanos y su evaluación precisa de las deficiencias y promesas incumplidas de sus llamados gobiernos "democráticos". Profundicemos un poco en esta línea de análisis y examinemos los datos más recientes producidos por Latinobarómetro en su encuesta de opinión pública internacional en el año 2004.[7] Como era de esperar, los resultados empíricos muestran altos grados de descontento con el desempeño de los gobiernos democráticos en sus países: mientras que en 1997, el 41% de los encuestados en la región respondió estar satisfecho con la democracia; en 2001, el porcentaje cayó al 25% para subir levemente al 29% en 2004, de manera que durante el período 1997-2004 la satisfacción con la democracia en Latinoamérica descendió 12 puntos porcentuales. La importancia de esto aumenta por el hecho de que el punto de partida en la comparación estaba lejos de ser alentador, puesto que ya en 1997 casi un 60% de los encuestados había declarado su insatisfacción con la democracia. Solamente tres países se desviaron de esa tendencia a la baja: Venezuela, que irónicamente es el blanco favorito de la cruzada "democrática" iniciada por la Casa Blanca, donde el porcentaje de la población que se manifestó satisfecho con el régimen democrático aumentó 7 puntos; y Brasil y Chile, donde la proporción creció 5 y 3 puntos porcentuales respectivamente. Los países que sufrieron los más dramáticos descensos en el índice de satisfacción democrática fueron México y Nicaragua, dos gobiernos muy estrechamente asociados con

7. Ver <www.latinobarometro.org>. Los países incluidos en el informe son Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

Estados Unidos y fieles seguidores del Consenso de Washington, que perdieron casi 30 puntos porcentuales.

Observemos los hechos desde otro ángulo. En 1997 había solamente dos países donde más de la mitad de la población manifestó estar satisfecha con respecto al funcionamiento de la democracia. Este nivel modesto de aprobación popular se obtuvo en Costa Rica, con un 68%, y un 64% en Uruguay. Sin embargo, no había un solo país por encima del 50% en 2004. La desilusión con nuestras "democracias realmente existentes" no dejó a nadie por encima de esa cifra: en Costa Rica el índice cayó al 48% y al 45% en Uruguay. En el México de Fox, donde se habían creado esperanzas tan grandes en un sector de la *intelligentzia* de izquierda, que creyó ingenuamente que la victoria del PAN abriría las puertas a un audaz "cambio de régimen" conducente a una democracia política plena, solamente el 17% de las personas encuestadas compartió expectativas tan optimistas. El Chile de Lagos, a su vez, ejemplifica una paradoja inquietante para la teoría convencional. El país considerado modelo de una transición exitosa hacia la democracia –la mejor imitación de la supuestamente ejemplar transición de la España posfranquista– revela una alta proporción de ciudadanos ingratos, impávidos ante el aplauso de los expertos en ciencias sociales y las voces reconfortantes de las instituciones financieras internacionales. De hecho, en 1997 solamente el 37% de los chilenos se pronunció satisfecho con el gobierno democrático racional y responsable de "centroizquierda" de la Concertación. Luego de un descenso repentino al 23% en 2001, en medio de la preocupación por una caída económica, en 2004 la proporción subió al 40%, un incremento importante pero, no obstante, una cifra que difícilmente pueda ser considerada saludable.

En el Brasil de Fernando H. Cardoso, un distinguido promotor de la teoría democrática en América Latina, la proporción de ciudadanos satisfechos fluctuó entre el 20% y el 27% durante sus dos mandatos como presidente, que no son precisamente niveles para enorgullecerse. Con Lula, el porcentaje de ciudadanos satisfechos sigue estable en torno al 28% después de dos años de gobierno. En Argentina, en 1998, cuando la neblina intoxicante del llamado "milagro económico" (certificado *urbi et orbi* por Michel Camdessus, el entonces director del FMI) todavía

impedía que la gente común percibiera la hecatombe en ciernes, alcanzó el récord máximo del 49% de los satisfechos. Para 2001, cuando la crisis ya cumplía tres años pero aún faltaba lo peor, esa proporción descendería al 20%, y caería más todavía para llegar a un récord mínimo del 8% en 2002, después del colapso del modelo, la confiscación de los depósitos bancarios de cuentas corrientes y las gigantescas movilizaciones que derrocaron al gobierno de "centroizquierda" de De la Rúa en diciembre de 2001.

Dada esta desilusión con el desempeño de los gobiernos democráticos latinoamericanos, no es sorprendente que el apoyo a la idea misma de un régimen democrático, y no solamente la satisfacción con su funcionamiento concreto, también haya caído entre 1997 y 2004. Mientras que en 1997, el 62% de los encuestados afirmó que prefería la democracia a cualquier otro régimen político, esa preferencia había caído al 53% en 2004. Y, en respuesta a otra pregunta, nada menos que el 55% de la muestra dijo estar dispuesto a aceptar un gobierno no democrático si se mostraba capaz de solucionar los problemas económicos que aquejaban el país. En este cuadro de legitimidad democrática menguante, fomentado por el desempeño decepcionante de supuestos gobiernos democráticos, una vez más habría que subrayar una excepción sobresaliente: el caso de Venezuela, donde el apoyo al régimen democrático trepó del 64% al 74% entre los años 1997 y 2004. Este país ya encabeza la lista de las naciones latinoamericanas en cuanto a apoyo regímenes democráticos, planteando otra paradoja inquietante al saber convencional de la ciencia política: ¿cómo explicar que Venezuela –país que Washington escoge una y otra vez para amonestar por su supuesta debilidad institucional, la naturaleza ilegítima del gobierno de Chávez y otras tantas descalificaciones similares– exhibe el más alto apoyo a la democracia en la región?

Trataremos de responder a esta pregunta más adelante. Pero, en resumen, es evidente que el desencanto con la democracia que predomina en la región no puede ser atribuido, como a menudo se afirma, a un rasgo autoritario característico de sociedades adictas al caudillismo o a despotismos personalistas de cualquier índole. La desilusión ciudadana es, antes bien, la respuesta racional a un régimen político que, en su experiencia histórica latinoamericana, dio amplias pruebas de estar

mucho más preocupado por el bienestar de los ricos y poderosos que por el destino de los pobres y oprimidos. Cuando a las mismas personas en la muestra se les preguntó si estaban satisfechas con el funcionamiento de la economía de mercado, solo el 19% respondió afirmativamente, y en ningún país en la región la cifra llegó a representar la mayoría de la población. Por supuesto, son pocos los gobiernos latinoamericanos interesados en saber el por qué de esto; ni qué hablar de llamar a un debate público sobre el tema. Tampoco les interesa en lo más mínimo convocar a plebiscitos para decidir si un régimen económico tan impopular merece ser sostenido en contra de la opinión abrumadora de aquellos que, supuestamente, son los soberanos de la democracia. Esa sería la única respuesta democrática, pero nuestros así llamados "gobiernos democráticos" ni sueñan en promover iniciativas tan peligrosas.

Allí donde el número de satisfechos con la economía de mercado es más alto –no por casualidad Chile, que sufrió el más minucioso lavado de cerebro a manos del virus neoliberal–, este porcentaje apenas llega al 36% de la muestra nacional, una clara minoría frente a la población que apoya una serie de opiniones alternativas. En la medida en que las democracias latinoamericanas tengan como su máximo objetivo garantizar la "gobernabilidad" del sistema político, es decir, gobernar de acuerdo con las preferencias del mercado, estos resultados no pueden tomar a nadie por sorpresa. Tarde o temprano, la desilusión con la economía de mercado se extenderá y contagiará a los regímenes democráticos. Esto se resume en la opinión ampliamente diseminada entre el público en general de que los gobernantes no honran sus promesas electorales, o porque mienten para ganar las elecciones, o porque el "sistema" les impide honrarlas. Pero el público recién se está dando cuenta de lo que los verdaderos poderes establecidos ya conocen muy bien. Una encuesta realizada por Latinobarómetro entre 231 líderes en la región (que incluyó varios ex presidentes, ministros, altos funcionarios del Estado, presidentes y gerentes generales de empresas, etc.) les solicitó que identificaran quién ejerce realmente el poder en las democracias latinoamericanas. El 80% de la muestra señaló a las grandes empresas y los sectores financieros, mientras que el 65% mencionó a la prensa y los grandes medios de comunicación. En comparación, solamente el 36% identificó la figura del

presidente como alguien en posición de ejercer el poder real, mientras que el 23% de los encuestados dijo que la embajada estadounidense era un actor con mucho poder en los asuntos locales (PNUD, 2004, p. 161).[8] Comencemos, entonces, a examinar la verdadera estructura de poder en Latinoamérica.

¿Elecciones libres?

La ciencia política convencional argumenta que las "elecciones libres" son un componente esencial de la democracia. El Informe del PNUD define una elección como "libre" cuando se ofrece al electorado una gama de opciones sin restricciones jurídicas o "medidas de fuerza derivadas de una imposición de hecho" (p. 77). Con el mismo argumento, el informe sobre la *Libertad en el mundo 2003*, editado por Freedom House, un *think tank* conservador, afirma que se puede considerar libre una elección cuando "los votantes pueden elegir sus autoridades libremente entre grupos e individuos rivales no designados por el gobierno; tienen acceso a información sobre los candidatos y sus plataformas; pueden votar sin presión indebida de las autoridades, y los candidatos pueden hacer campaña electoral sin intimidación".[9] Ambas definiciones presentan muchos problemas. Para empezar, ¿qué son "medidas de fuerza"? Para los autores del informe del PNUD se trata de la imposición de ciertas restricciones a la participación política de determinados partidos en el proceso electoral. Este argumento surge de la premisa liberal clásica que suscribe una teoría negativa de la libertad, según la cual esta solamente existe donde las restricciones gubernamentales están ausentes. En el esquema ideológico, sobre cuya base se desarrolla la teoría liberal, hay dos esferas sociales separadas: una, que comprende a la sociedad civil y los mercados, es la que nutre y garantiza la libertad; la otra, encarnada en el Estado, es la perpetua fuente de la coerción. Por lo tanto, las restricciones "de fuerza" contra la libre voluntad de los ciudadanos

8. Las cifras no suman 100 porque los encuestados podían identificar más de un factor.

9. Ver Freedom House, *Freedom in the World 2003. Survey Methodology*. www.freedomhouse.org/ratings

solamente pueden emanar del Estado. Como consecuencia, ejemplos de impedimentos enérgicos o "de fuerza" son las proscripciones "legales" del Partido Peronista en Argentina, el APRA en Perú y los partidos comunistas en toda la región desde mediados de la década de 1940 hasta comienzos de la de 1980. Pero este ejercicio teórico es ciego frente a otras restricciones efectivas y letales que surgen del poder del mercado en la forma de chantaje económico, huelgas de inversionistas, amenazas de fuga de capitales, etc., que ni siquiera son mencionadas en el estudio pero que limitan de manera terminante el espacio para la toma de decisiones del pueblo soberano. Al contrario, estas limitaciones y condicionamientos no-estatales no son interpretados como restricciones "forzosas" impuestas a la voluntad del electorado sino como saludables manifestaciones de pluralismo y libertad.

Analicemos un caso concreto: un pequeño país como El Salvador, donde casi un tercio de la población se vio obligada a emigrar forzosamente debido a décadas de guerra civil, violencia y estancamiento económico. Como resultado, El Salvador depende mucho de las remesas de los emigrantes y las inversiones extranjeras, especialmente de Estados Unidos. Unos pocos meses antes de los últimos comicios presidenciales de 2004, importantes empresas norteamericanas establecidas en ese país hicieron saber que ya tenían planes elaborados para repatriar rápidamente sus inversiones y despedir a sus empleados si el candidato del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), que hasta ese momento encabezaba las encuestas, ganaba las elecciones. Esta declaración sembró pánico en la ya convulsionada sociedad salvadoreña y la situación se agravó aún más cuando un vocero oficial del gobierno estadounidense advirtió que, ante tal eventualidad, la Casa Blanca podría intervenir para proteger los intereses amenazados de sus empresas y seguramente impondría un embargo a las remesas hacia El Salvador. En menos de dos semanas las preferencias electorales de los ciudadanos cambiaron radicalmente: el favorito del FMLN fue relegado al segundo lugar, muy por detrás del candidato apoyado por el establishment que, después de esas declaraciones, parecía el único capaz de evitar el caos que seguramente sobrevendría tras la victoria electoral del candidato "equivocado". Por supuesto, estas son anécdotas menores que no

menoscaban la autoestima de la ciencia política convencional ni logran excluir a El Salvador de la lista de los "países libres" del mundo elaborada año tras año por la *Freedom House*.

Además, decir que una elección es "libre" debería significar que hay alternativas verdaderas al alcance del electorado, esto es, alternativas en cuanto a opciones políticas ofrecidas al pueblo en general. Una fórmula bastante extendida adoptada por los partidos latinoamericanos llamados de "centroizquierda" es "alternancia sin alternativas". Esta receta significa la sucesión tranquila de gobiernos encabezados por distintas personalidades o fuerzas políticas que, sin embargo, no intentan implementar una agenda alternativa al neoliberalismo, la que inmediatamente sería rotulada como una aventura política irresponsable que culminaría en una gravísima crisis económica y social. El ex presidente brasileño Fernando H. Cardoso solía decir que "dentro de la globalización no hay alternativas, fuera de la globalización no hay salvación". Bajo estas circunstancias, las elecciones libres significan muy poco.

Bajo la "norteamericanización" de la política en Latinoamérica, ya discernible tanto en el formato como en la intolerable superficialidad de las campañas electorales, la competencia entre los partidos ha sido reducida a poco más que un concurso de belleza o un aviso de pasta dentífrica en que la "imagen" del candidato es mucho más importante que sus ideas. Al mismo tiempo, la obsesión de los partidos por ocupar el supuesto "centro" del espectro ideológico, y la primacía de la videopolítica con sus discursos rimbombantes e incoherentes y sus estilos propagandísticos confusos, ha reforzado la desconfianza política de las masas y la indiferencia y apatía ya promovidas por la lógica del mercado. Esto ha sido por mucho tiempo característico de la vida pública en Estados Unidos e inclusive se podría decir que es el resultado de un designio intencional moldeado por los padres fundadores de la constitución norteamericana que muchas veces expusieron argumentos acerca de la conveniencia de desalentar o evitar demasiada participación de las "clases bajas" en la conducción de los asuntos públicos.

Pero hay más problemas con la libertad electoral en Latinoamérica que tienen que ver con los poderes reales de los mandatarios elegidos por el pueblo para ocupar la presidencia. ¿Está el soberano democrático,

es decir, el pueblo, eligiendo a alguien imbuido con poderes efectivos de mando? Tomemos el caso de Honduras, habitualmente considerada una democracia de acuerdo al criterio de *Freedom House*, que es el que predomina en la corriente principal de las ciencias sociales. A mediados de la década de 1980, el historiador Ramón Oquelí observó con agudeza:

> La importancia de las elecciones presidenciales, con fraude o sin él, es relativa. Las decisiones que afectan a Honduras se toman primero en Washington; luego en la jefatura militar norteamericana en Panamá (el Southern Command); después en la jefatura de la base norteamericana en Palmerola, aquí en Honduras; enseguida en la embajada norteamericana en Tegucigalpa; en quinto lugar viene el jefe de las fuerzas armadas hondureñas; y apenas en sexto lugar aparece el presidente de la República. Votamos, pues, por un funcionario de sexta categoría en cuanto a nivel de decisión. Las funciones del presidente se limitan a la administración de la miseria y la obtención de préstamos norteamericanos (Cueva, 1986, p. 50).

¿Fue el caso hondureño en la década de 1980 algo extraordinario? La verdad que no. Reemplacemos a Honduras por casi cualquier otro país latinoamericano hoy, con la excepción de Cuba y Venezuela, y obtendremos más o menos el mismo cuadro. En algunos casos, como Colombia o el caso extremo de Haití, las luchas internas otorgan a los militares un papel crucial en la toma de decisiones, reduciendo aún más la importancia de la presidencia. Esta fue la situación en el transcurso de las décadas de 1970 y 1980 durante el apogeo de la guerra de guerrillas en Nicaragua, El Salvador y Guatemala, todos países en los que había presidentes elegidos democráticamente. Pero en aquellos países que no representan una amenaza militar para los intereses norteamericanos, el rol central recae en las manos del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos y el Fondo Monetario Internacional (FMI), y entonces el presidente latinoamericano puede subir uno o a lo sumo dos peldaños en la escalera de las decisiones.

Por ejemplo, la decisión de adoptar un Acuerdo de Libre Comercio que incluye a las naciones centroamericanas más la República Dominicana

y Estados Unidos es tomada primero en este país por la "coalición Wall Street-Davos" de las clases imperiales dominantes y sus aliados subordinados en la periferia. Esta decisión es luego convertida en política ejecutable mediante la mediación indispensable del aparato estatal norteamericano: la Casa Blanca, los Departamentos de Estado y del Tesoro, y el Pentágono.[10] Solamente después llega a las instituciones financieras internacionales (FMI, Banco Mundial –BM–, Banco Interamricano de Desarrollo –BID–, etc.), los "perros guardianes" del capitalismo internacional con su parafernalia de "condicionamientos" y misiones de expertos y su repertorio extorsivo de "guante blanco" para asegurar que la política sea llevada a cabo por los estados dependientes. En esta fase particular las embajadas norteamericanas en las ciudades capitales de las provincias imperiales, la prensa financiera y los "expertos" locales en economía que pululan en los medios de comunicación juegan un rol esencial al presionar para la adopción de políticas neoliberales, elogiadas como el único curso de acción posible sensato y razonable, menospreciando cualquier otra alternativa como "socialista", "populista" o irresponsable. Luego, la decisión desciende al cuarto peldaño: las oficinas de los ministros de economía y presidentes de los bancos centrales (cuya "independencia" ha sido promovida activamente en las últimas décadas por el Consenso de Washington), donde el titular de turno y sus consejeros suelen ser economistas formados en las facultades de economía de las universidades ultraconservadoras norteamericanas y que deben sus carreras profesionales a su lealtad a las grandes empresas o instituciones financieras internacionales donde también prestan servicios de vez en cuando. Estas oficinas comunican a continuación la decisión al supuesto "primer mandatario", el presidente, cuyo rol es simplemente firmar lo que ya ha sido decidido a un nivel muy por encima de su competencia y de un modo que ni remotamente se asemeja a un proceso democrático o está sujeto a grado alguno de control popular. Así que nuestra tan apreciada democracia es realmente un mero arreglo político y administrativo en que los ciudadanos son convocados a elegir

10. Este rol esencial de Estados Unidos ha sido demostrado de modo contundente en Leo Panitch y Sam Gindin (2004).

un funcionario que, en el momento de las decisiones importantes, se ubica en el mejor de los casos en el quinto eslabón de la cadena de toma de decisiones. Los senadores y diputados son aún más irrelevantes como expresiones de la voluntad popular. Si el país en cuestión sufre el flagelo de conflictos civiles y una guerrilla, como Colombia, entonces otros elementos militares absolutamente no democráticos (como el Southern Command, la base o misión norteamericana y las fuerzas armadas locales) intervienen para reducir aún más la relevancia de la presidencia.

Por supuesto, existen pequeñas variaciones nacionales en este modelo general de la toma de decisiones económicas. Hay básicamente tres factores que las explican.

- La relativa fuerza y coherencia del Estado periférico y el poder de la clase trabajadora y las organizaciones populares. Allí donde el proceso de desmantelamiento o destrucción del Estado no avanzó demasiado y donde las organizaciones populares conservan suficiente fuerza como para resistir las presiones neoliberales, las decisiones tomadas desde arriba no siempre se pueden implementar por completo.
- Los intereses de la burguesía local, en la medida en que se opongan, si bien parcialmente, a los de la coalición dominante en el sistema capitalista internacional. Donde aún sobrevive una burguesía local (no una burguesía nacional en el sentido clásico, especie que desapareció hace ya tiempo en Latinoamérica) con fuertes intereses domésticos y cierta capacidad de articulación política, las decisiones tomadas en la forma sugerida más arriba también pueden tropezar con algunos obstáculos importantes para su implementación. Tal parece ser el caso de Brasil.
- La índole de la decisión a tomar. Por ejemplo, la intransigente implementación de la agenda del Consenso de Washington para el Tercer Mundo fue decidida conjuntamente por el *lobby* Wall Street-Davos y el Grupo de los Siete; o sea, por las clases dominantes internacionales y sus representantes políticos en los estados capitalistas centrales. En asuntos más específicamente hemisféricos, el rol de los miembros europeos y japoneses de la tríada imperial es de

> mucha menor importancia y casi todas las decisiones son tomadas por la clase dominante norteamericana y sus portavoces. Por otra parte, algunas decisiones marginales que no afectan el rumbo general de la acumulación capitalista son tomadas casi por completo por las autoridades locales.

En síntesis, los presidentes latinoamericanos elegidos democráticamente retienen pocas funciones, aparte de gobernar la miseria. Esto representa un papel esencial que implica, por un lado, mendigar préstamos *ad infinitum* para liquidar una deuda externa que crece sin cesar y, por el otro, en la expresión gráfica de Noam Chomsky, "mantener a raya a la turba" o, en otras palabras, conducir los aparatos represivos e ideológicos del Estado para asegurar la subordinación de las mayorías y que la explotación capitalista siga un rumbo predecible. Para llevar a cabo este papel, la clase trabajadora tiene que ser espacialmente inmovilizada y políticamente desmovilizada, mientras que la libre movilidad del capital tiene que ser garantizada a cualquier precio.

Esta degradada situación del "primer mandatario" en las democracias latinoamericanas es más que evidente en la administración cotidiana del Estado y, donde aquella es desafiada por un nuevo gobernante, entra en juego el formidable poder de veto adquirido por los ministros de economía y los presidentes de los bancos centrales en Latinoamérica, limitando así a nuestros "presidentes elegidos democráticamente" a un papel ornamental en lo que respecta a la toma de decisiones en asuntos clave. En Brasil, por ejemplo, el presidente Lula afirmó reiteradamente que el programa "Hambre Cero" sería su instrumento político más importante en la lucha contra la pobreza y la exclusión social. Para ese fin creó una oficina que dependía directamente de la presidencia, bajo la dirección de un cura católico, Frey Betto, amigo suyo de años. Pero Frey Betto tuvo que renunciar después de dos años de esfuerzos inútiles para conseguir del ministro de Economía Antonio Palocci (un ex trotskista, renacido como ultra-ortodoxo neoliberal) el dinero necesario para lanzar el programa. ¿Por qué no facilitó Palocci los fondos financieros requeridos? Sencillamente porque el pedido del presidente no tenía el mismo peso que las órdenes y las recomendaciones del capital internacional y

sus perros guardianes. Como para estos es de vital importancia garantizar un absurdo superávit fiscal que permita la devolución puntual de la deuda pública y el logro del tan deseado *investment rating* que supuestamente desatará una inundación de capitales extranjeros en Brasil, las decisiones sobre gastos sociales nunca llegan al tope de las prioridades presupuestarias, no importa si se trata de una decisión tomada por el "primer mandatario" de la democracia. En resumen, el presidente Lula pidió una cosa y el ministro de Economía decidió exactamente lo contrario, y prevaleció. El amigo de Lula tuvo que dejar su cargo y el ministro recibió los aplausos de la comunidad financiera internacional por su riguroso compromiso con la disciplina fiscal. Del mismo modo, Miguel Rosetto, ministro de Reforma Agraria, vio su presupuesto, previamente acordado con Lula, reducido a menos de la mitad por un decreto de Palocci, que desautorizó nuevamente una decisión tomada por el presidente.

En Argentina, de manera muy similar, mientras que el presidente Néstor Kirchner pronunciaba discursos airados contra el FMI y, con más frecuencia, contra el capital financiero internacional y el neoliberalismo, el hasta hace poco ex ministro de Economía, Roberto Lavagna, se preocupaba por que la prosa incendiaria del presidente no se tradujera en políticas efectivas y permaneciera como ejercicio retórico destinado al consumo interno. Por consiguiente, a pesar de toda esta elocuencia oficial que sugiere otra cosa, la verdad es que el gobierno de Kirchner tiene el dudoso honor de ser el gobierno argentino que más ha pagado al FMI en toda la historia del país.

Reacciones populares

Sin embargo, la promesa original de Lula y las maniobras de Kirchner todavía significan algo. Indican que no solamente los límites del capitalismo democrático son cada vez más evidentes para los pueblos latinoamericanos, sino que estos están esperando que se haga algo al respecto. Los acontecimientos recientes en Bolivia, Ecuador y Uruguay deben ser vistos bajo esta luz.

Estos sucesos dan prueba, especialmente en los países andinos, pero no solamente allí, de la total incapacidad de los fundamentos legales e institucionales de las "democracias" latinoamericanas para resolver las crisis sociopolíticas dentro de los procedimientos establecidos constitucionalmente. De esta manera, la realidad se torna ilegal en la medida en que nuestra legalidad es irreal y no corresponde a la naturaleza intrínseca de nuestras estructuras sociales. Revueltas populares derrocaron gobiernos reaccionarios en Ecuador en 1997, 2000 y 2005; y, en Bolivia, sublevaciones de grandes masas de campesinos, indígenas y pobres urbanos destronaron gobiernos de derecha en 2003 y 2005. La dictadura "constitucional" de Alberto Fujimori en Perú fue derrocada por una impresionante movilización de masas durante el año 2000, y el año siguiente el presidente de "centroizquierda" de Argentina, Fernando De la Rúa, quien traicionara sus promesas electorales de abandonar las políticas neoliberales rápida y firmemente, fue destituido del poder por un levantamiento popular sin precedentes que costó la vida de por lo menos 33 personas.

Pero estas rebeliones populares también comprueban que este largo período de gobiernos neoliberales –con todo su equipaje de tensiones, rupturas, exclusiones y niveles crecientes de explotación y degradación social– creó las condiciones objetivas para la movilización política de grandes sectores de las sociedades latinoamericanas. ¿Son las revueltas plebeyas arriba mencionadas meros episodios aislados, gritos inconexos de rabia y furia popular, o reflejan una dialéctica histórica mucho más compleja y profunda? Una mirada sobria a la historia del período democrático que se abrió a comienzos de la década de 1980 revela que no hay nada accidental en la creciente movilización de las clases populares ni en el final tumultuoso de tantos gobiernos democráticos en la región. Por lo menos 16 presidentes, casi todos clientes obedientes de Washington, tuvieron que dejar el poder antes de terminar sus mandatos constitucionales al ser desalojados por rebeliones populares. Algunos tuvieron que ceder su lugar anticipadamente, como Alfonsín en Argentina, quien entregó el mando seis meses antes de la conclusión de su mandato debido a una combinación intolerable de descontento social, disturbios sociales e hiperinflación. En Bolivia, Siles Suazo debió llamar a elecciones

presidenciales anticipadas en 1985 sin haber podido completar su mandato. Fernando Collor de Melo de Brasil en 1992 y Carlos Andrés Pérez de Venezuela en 1993 enfrentaron juicios políticos y fueron destituidos de la presidencia, acusados de corrupción en medio de oleadas de protesta popular. Los demás fueron derrocados en el contexto de severas crisis socioeconómicas. Además, los plebiscitos convocados para legalizar la privatización de empresas estatales o servicios públicos invariablemente defraudaron las expectativas neoliberales, como en los casos de Uruguay (obras sanitarias y terminales portuarias) y Bolivia y Perú (abastecimiento de agua y electricidad). También hubo grandes levantamientos populares para pedir la nacionalización del petróleo y el gas en Bolivia, oponerse a políticas de privatización –del petróleo en Ecuador, la compañía telefónica en Costa Rica y los sistemas de salud en varios países–, poner fin al saqueo de los bancos extranjeros, como en Argentina, y terminar con los programas de erradicación de coca en Bolivia y Perú (Petras, 2005).[11]

Hay dos lecciones que se pueden desprender de estas experiencias políticas. Primero, que las masas populares en Latinoamérica han adquirido una capacidad novedosa para arrojar del poder a gobiernos antipopulares, pasando por encima de los mecanismos establecidos constitucionalmente que no por casualidad tienen un fuerte prejuicio elitista: la política es un asunto de la élite y el "populacho" no debe mezclarse con los caballeros al mando. Pero, por otro lado, la segunda lección nos enseña que esta activación saludable de las masas no llegó a construir una alternativa política verdadera que condujera al derrocamiento del neoliberalismo y la inauguración de una fase posneoliberal. Estos levantamientos heroicos y desesperados de las clases subordinadas tuvieron un talón de Aquiles fatal: la debilidad organizativa, como la ilustra el predominio absoluto del espontaneísmo como modalidad habitual de intervención política. La indiferencia suicida frente a los problemas de la organización popular y la falta de estrategias y tácticas de lucha política resultaron los factores principales que explican los

11. Ver también la revista *OSAL, Observatorio Social de América Latina* (CLACSO), que brinda un profundo análisis de los conflictos sociales y movimientos de protesta en Latinoamérica desde 2000.

magros logros de tantas rebeliones. Es cierto, los gobiernos neoliberales fueron derrocados, pero solo para ser reemplazados por otros parecidos, menos propensos quizás a utilizar un discurso neoliberal pero leales a los mismos principios. Al mismo tiempo, la movilización impetuosa de la multitud se esfumó en el aire poco después de la alternancia presidencial sin haber sido capaz de crear un nuevo referente político imbuido de los atributos necesarios para modificar, en dirección progresiva, la correlación de fuerzas existente. No es ajena a estos resultados lamentables la popularidad asombrosa obtenida en amplios sectores de las clases populares y entre activistas políticos por nuevas expresiones de romanticismo político, como la exaltación de Hardt y Negri de las virtudes de la multitud amorfa y espontánea, o las diatribas de Holloway contra partidos y movimientos que, neciamente renuentes a aprender de las lecciones dolorosas de las revoluciones sociales del siglo XX, todavía se empecinan en conquistar el poder político (Boron, 2001, pp. 177-186; 2002; 2005).

La desilusión producida por el desarrollo de los acontecimientos en la región ha contribuido a erosionar el clima ideológico optimista relativo a la democratización, predominante hasta hace unos pocos años en toda la región. El renacimiento impactante de la popularidad de la Revolución Cubana y su líder Fidel Castro en toda Latinoamérica y la reputación ganada recientemente por Hugo Chávez y su Revolución Boliviariana, con su llamado permanente a la legitimación popular como medida para restaurar a la presidencia las prerrogativas de la "primera magistratura" y su permanente afirmación de que la solución para los males de la región solamente se puede encontrar en el socialismo y no en el capitalismo –una declaración atrevida que había desaparecido de los discursos públicos en Latinoamérica–, son claras señales de que el ánimo popular está cambiando en la región.

No obstante, hay que tener en cuenta que la debilidad del impulso popular al momento de construir una alternativa no solamente se observó durante las transferencias de poder "extraconstitucionales". También se hizo evidente en los casos de gobiernos elegidos de acuerdo con las prescripciones schumpeterianas expuestas por los expertos en "transiciones democráticas" después del colapso económico del neoliberalismo. Los

casos de Kirchner en Argentina, de Vázquez en Uruguay y especialmente de Lula en Brasil muestran claramente la impotencia de las clases subordinadas para imponer una agenda posneoliberal, inclusive en gobiernos elegidos por el pueblo y precisamente para ese fin. Si durante las situaciones de turbulencia política las masas derrocaron numerosos gobiernos para luego desmovilizarse y replegarse en sus casas, en los casos de recambio constitucional la lógica política fue sorprendentemente similar: las masas votaron candidatos que prometían un cambio, pero después se recluyeron en sus propios asuntos dejando que las personas que supuestamente "saben" cómo administrar el país y manejar la economía hagan su trabajo. Y, tal como en los casos de reemplazo presidencial por medio de sublevación popular, los resultados no podrían ser más decepcionantes.

Sin embargo, a pesar de estos defectos, la capacidad sin precedentes de las masas populares en Latinoamérica para derrocar gobiernos antipopulares las introdujo como un nuevo factor que había estado ausente durante muchos años en la política latinoamericana. Y, aún más, la apuesta fuerte de Chávez a favor de una democracia participativa y las consultas populares constantes –elecciones generales, reformas constitucionales, plebiscitos, etc.– han alimentado la formación de una nueva conciencia política entre grandes segmentos de las clases trabajadoras que ven en las iniciativas políticas de Chávez una puerta abierta, de par en par, para experimentar nuevas formas de democracia que superan ampliamente el formalismo hueco de la "democracia representativa" que rige en los otros países latinoamericanos. Aún es demasiado pronto para saber si los movimientos democráticos incipientes y originales que hoy están guiando la política venezolana serán imitados en otras latitudes, o si el experimento bolivariano llegará a superar los estrechos límites del capitalismo democrático y tentar a otras naciones a seguir su camino. Mientras tanto, hasta el momento, su impacto, tanto en Venezuela como en otros países, no puede ser subestimado. Un buen indicador de esto lo representa la atención excesiva –y los recursos enormes en tiempo, personas y dinero destinados a "arreglar" la situación– que el proceso político venezolano precipita en Washington. Los obstáculos formidables que Chávez aún enfrenta –hostigamiento descarado de Estados

Unidos dentro y fuera de su país, intentos golpistas, criminalización internacional, sabotaje económico, manipulación de los medios, etc.– y que los proyectos democráticos radicales en otros países latinoamericanos también tendrían que afrontar en su momento, desde "condicionamientos" salvajes del FMI y el BM hasta todo tipo de extorsión y chantaje económico y diplomático, tampoco deben ser subestimados. Es probable que el progreso en América Latina en el proceso de democratización, por muy modesto que sea, desate un baño de sangre. Nuestra historia muestra que los proyectos reformistas tímidos dieron lugar a contrarrevoluciones rabiosas. ¿Será diferente esta vez?

Cuatro niveles de desarrollo democrático

Un balance de las democracias latinoamericanas revela las limitaciones severas e incurables del capitalismo democrático y los obstáculos formidables que, sobre todo en la periferia, impiden el pleno desarrollo de un proyecto democrático.

Una inspección cuidadosa del panorama político internacional muestra que hay cuatro grados posibles de desarrollo democrático concebibles dentro de una formación social capitalista. El primero, el más rudimentario y elemental, se podría llamar "democracia electoral". Este es un régimen político en el cual se llevan a cabo elecciones con una periodicidad regular como único mecanismo para cubrir el puesto de jefe del Ejecutivo y designar los representantes del poder Legislativo del Estado. En cierta medida, este primer y más elemental nivel de desarrollo democrático es un simulacro, una formalidad vacía desprovista de cualquier contenido significativo. Hay ciertamente "competencia partidaria": los candidatos pueden lanzar intensas campañas, los comicios pueden ser disputados encarnizadamente y el entusiasmo popular durante la campaña y en el día de las elecciones puede ser alto. Pero este es un gesto aislado porque el resultado de esta rutina no cambia nada en términos de políticas públicas, derechos de los ciudadanos o promoción del bienestar publico. Es el "grado cero" del desarrollo democrático, el punto de partida más elemental, y nada más. Como advirtió George Soros (1995) antes de la elección de Lula, los brasileños pueden votar como quieran,

cada dos años, pero los mercados votan todos los días, y el presidente entrante, sea quien sea, seguramente tomará debida nota de esto. "Los mercados obligan a los gobiernos a tomar decisiones impopulares pero indispensables", dijo Soros en una entrevista. "Definitivamente, la importancia decisiva real de los estados recae hoy sobre los mercados". La miseria incurable del capitalismo democrático está expresada fríamente en sus palabras. Los mercados son lo real, la democracia es una mera ilusión ornamental: las grandes decisiones no pasan por las instituciones políticas sino que se resuelven en el plano del mercado o en otros espacios completamente inalcanzables para la soberanía popular.

Hay un segundo nivel que se puede llamar "democracia política". Este implica avanzar un paso más allá que la democracia electoral al establecer un régimen político que permite algún grado de representación política efectiva, una genuina división de poderes, una mejora en los mecanismos de participación popular mediante plebiscitos y consultas populares, facultades para los cuerpos legislativos, creación de órganos especializados para controlar al Ejecutivo, derechos reales de acceso público a la información, financiamiento público de campañas políticas, instrumentos institucionales para minimizar el rol de los grupos de presión política e intereses privados, etc. Huelga decir que este tipo de régimen político, una suerte de modesta "democracia participativa", nunca ha existido en los capitalismos latinoamericanos. Nuestro logro máximo, que tanto excita la imaginación del saber convencional de las ciencias sociales, ha sido apenas la democracia electoral.

Un tercer y más desarrollado tipo de arreglo democrático se puede denominar "democracia social". Es el resultado de las dos fases anteriores sumado al desarrollo pleno de la ciudadanía social, o sea, el otorgamiento de un amplio espectro de derechos en términos de estándar de vida y acceso universal a la educación, la vivienda, los servicios de salud, la seguridad social, entre otros. Como observó Gösta Esping-Andersen (1990) un buen indicador del grado de justicia social y del ejercicio de la ciudadanía en un país lo ofrece el nivel de "desmercantilización" de la oferta de bienes y servicios básicos requeridos para satisfacer las necesidades elementales de las personas. En otras palabras, la "desmercantilización" significa que una persona puede sobrevivir sin depender de

los vaivenes caprichosos del mercado y, como señala Esping-Andersen, "fortalece al trabajador y debilita la autoridad absoluta de los empleadores. Esta es precisamente la razón por la cual los empleadores se han opuesto siempre a ella" (p. 22).

Allí donde la provisión de educación, salud, vivienda, recreación y seguro social –para mencionar algunas de las áreas más comunes– se encuentra liberada del sesgo de exclusión introducido por el mercado, probablemente atestigüemos el nacimiento de una sociedad justa y una democracia fuerte. La otra cara de la "mercantilización" es la exclusión, porque significa que solamente aquellos con dinero suficiente podrán adquirir los bienes y servicios que son inherentes a la condición de ciudadano.[12] Por lo tanto, las "democracias" que fracasan en proveer un acceso más o menos equitativo a los bienes y servicios básicos –es decir, donde estos no son concebidos como derechos civiles universales– no cumplen con las premisas básicas de una teoría sustantiva de la democracia, entendida no solo como un proceso formal –en la tradición schumpeteriana– sino como un paso definitivo hacia la construcción de una buena sociedad. Como Rousseau (1967) señaló correctamente:

> Si quiere tener un Estado sólido y perdurable asegúrese de que no haya grados extremos en la distribución de la riqueza. No debe haber ni millonarios ni mendigos. Ambos son inseparables el uno del otro, e igualmente fatales para el bien común. Donde ellos existen las libertades públicas se convierten en una mercancía de trueque. El rico la compra, y el pobre la vende (p. 217, traducción nuestra).

La situación en Latinoamérica cabe justamente en el modelo de lo que Rousseau vio como un rasgo "letal para el bien común". Esto no ha sido el resultado de un juego de fuerzas sociales anónimas sino la consecuencia de un proyecto neoliberal de refundación capitalista impuesto por una perversa coalición de clases dominantes locales y el capital internacional. Hasta hace poco, los países escandinavos y latinoamericanos

12. Un análisis de este proceso de "mercantilización" en el Reino Unido, en salud pública y la televisión estatal, y de su impacto nocivo para la democracia, se encuentra en Colin Leys (2001).

ilustraban las características contrastantes de esta dicotomía: por un lado, una ciudadanía políticamente eficaz, comprometida firmemente con el acceso universal a los bienes y servicios básicos e incorporada al "contrato social" fundamental de los países nórdicos y, de una manera bastante más diluida, a los modelos sociales europeos en general. Esto significa un "salario del ciudadano", un seguro universal contra la exclusión social en tanto garantiza, mediante canales políticos e institucionales "no mercantiles", el goce de ciertos bienes y servicios que en ausencia de tal seguro deberían ser adquiridos en el mercado solamente por aquellos sectores cuyos ingresos les permitieran hacerlo (Bowles y Gintis, 1982). Por el contrario, el capitalismo democrático en las democracias latinoamericanas, con su mezcla de procesos políticos superficiales de concesión de derechos políticos y electorales frente a la simultánea creciente privación de derechos cívicos y socioeconómicos, terminó en un formalismo vacío, un procedimentalismo abstracto que es fuente segura de despotismos futuros. Así, después de muchos años de "transición democrática", tenemos democracias sin ciudadanos: democracias de libre mercado cuyo objetivo supremo es garantizar las ganancias de las clases dominantes y no el bienestar social de la población.

El cuarto y más alto grado de desarrollo democrático es la "democracia económica". La base de este modelo es la creencia en que, si el Estado ha sido democratizado, no existen razones para excluir a las empresas privadas del impulso democrático. Inclusive un autor tan identificado con la tradición liberal como Robert Dahl (1986) ha abandonado el reduccionismo político propio de aquella perspectiva al argumentar que "del mismo modo en que apoyamos el proceso democrático en el gobierno del Estado a pesar de sus imperfecciones sustanciales en la práctica, también respaldamos el proceso democrático en el gobierno de las empresas, a pesar de las imperfecciones que también esperamos existan en la práctica" (p. 135).[13] Podemos y debemos avanzar un paso más y afirmar que las empresas privadas modernas son solamente "privadas" en la dimensión jurídica que, en el Estado burgués, mantiene las relaciones de propiedad existentes con la fuerza de la ley. Allí termina el carácter

13. Ver también Carnoy y Shearer (1980, pp. 86-124, 233-276).

"privado" de estas firmas. Su peso asombroso en la economía así como también en la esfera política e ideológica las ha transformado en verdaderos actores públicos que no pueden, ni deben, ser excluidos del ámbito de intervención de un genuino proyecto democrático.

Las advertencias de Gramsci acerca de la distinción arbitraria y clasista entre lo público y lo privado deberían ser puestas nuevamente en primer plano. Una democracia económica significa que el soberano democrático debe contar con las capacidades efectivas para participar en las decisiones económicas más importantes que tienen influencia en su vida, independientemente de si estas son tomadas originalmente por actores privados o públicos o si afectarán a unos u otros. Contrariamente a lo que postulan las teorías liberales, si hay algo que es político en la vida social es la economía. Político en el sentido más profundo: la capacidad de tener un impacto en la totalidad de la vida social, condicionando las oportunidades de vida de la población entera. Nada puede ser más político que la economía, una esfera de influencia en la cual los recursos escasos están divididos entre las distintas clases y segmentos de la población, condenando a la mayoría a una existencia pobre o miserable y bendiciendo a una minoría con todo tipo de riquezas. Lenin tenía razón, la política es la economía concentrada. Todo el discurso neoliberal sobre la "independencia" de los bancos centrales y su reticencia a aceptar la discusión pública de las políticas económicas en términos más generales –argumentando que son asuntos "técnicos" fuera del alcance de la capacidad del lego– es meramente una cortina de humo ideológica para evitar la intromisión del elemento democrático en el proceso de la toma de decisiones económicas y preservar, de ese modo, el despotismo del capital.

Conclusión

Para terminar, luego de décadas de dictadura que provocaron un enorme derramamiento de sangre, las luchas sociales de las masas populares fueron coronadas con el regreso al primer y más elemental nivel de desarrollo democrático. Pero inclusive este logro muy modesto ha sido

constantemente acosado por fuerzas enemigas que no están dispuestas a ceder sus privilegios tradicionales de acceso al poder y la riqueza. Si se ha demostrado por doquier que la sociedad capitalista es un terreno bastante inestable y limitado para construir un sólido orden político democrático, el capitalismo dependiente y periférico latinoamericano ha demostrado ser aún menos capaz de ofrecer bases sólidas para la construcción de una democracia. A diario reafirma su resistencia ante el intenso deseo y la presión populares por abrir nuevos caminos de participación política que podrían conducir hacia la plena realización de la democracia. Algunas experiencias específicas –el "presupuesto participativo" ensayado originalmente bajo el liderazgo del PT en Porto Alegre, Brasil; las reiteradas convocatorias a plebiscitos populares en Venezuela; y la democracia de base en Cuba, afirmada sobre altos niveles de compromiso y participación política en el lugar del trabajo y el barrio– son pasos significativos en esta dirección. El modelo tradicional de "democracia liberal" enfrenta su inevitable desaparición. Sus deficiencias han adquirido proporciones colosales, y los descontentos ya son legiones tanto en las naciones capitalistas avanzadas como en la periferia. Se necesita urgentemente un nuevo modelo de democracia. Cierto, su reemplazo todavía está en formación, pero las primeras tempranas señales de su llegada ya son claramente discernibles (Santos, 2005).

Al contrario de lo que afirman muchos observadores, la crisis del proyecto de democratización en Latinoamérica va mucho más allá de las imperfecciones del "sistema político" y se origina en la contradicción insoluble, agigantada en la periferia, entre un modo de producción que, al condenar al asalariado a encontrar a alguien dispuesto a comprar su fuerza de trabajo de manera de asegurar su mera subsistencia, es esencialmente despótico y antidemocrático y un modelo de organización y funcionamiento del espacio político basado en la igualdad intrínseca de todos los ciudadanos. Como resultado, las democracias formalistas en Latinoamérica están sufriendo el asedio de las políticas neoliberales que vienen a ser una auténtica contrarreforma social, decidida a llegar a cualquier extremo para reproducir y potenciar el dominio irrestricto del capital. Las políticas "impulsadas por el mercado" no pueden ser democráticas en absoluto (Leys, 2001). Estas políticas han causado el

agotamiento progresivo de los regímenes democráticos construidos a un costo muy alto en términos de vidas y sufrimientos humanos, y nuestras democracias retornan a una pura formalidad despojada de todo contenido significativo, un periódico simulacro del ideal democrático, mientras que la vida social retrocede a una guerra "cuasi-hobbesiana" de todos contra todos, abriendo la puerta a todo tipo de situaciones aberrantes y anómalas.

Pero esta no es solamente una enfermedad de las democracias de "baja intensidad" en la periferia del sistema capitalista. En los países situados en el corazón mismo del sistema, como observó Colin Crouch (2004), "tuvimos nuestro momento democrático alrededor de mediados del siglo XX", pero hoy vivimos en una época claramente "posdemocrática". Como resultado, "el aburrimiento, la frustración y la desilusión se han instalado después del momento democrático". Ahora, "poderosos intereses minoritarios han llegado a ser mucho más activos que la masa de gente común [...] las élites políticas han aprendido a manejar y manipular las demandas populares [...] el pueblo tiene que ser persuadido de votar en campañas publicitarias hechas desde arriba" y las empresas globalizadas se han convertido en actores indisputados en los capitalismos democráticos (pp. 7, 18-19).

Lo dicho es especialmente cierto en sociedades donde la autodeterminación nacional ha sido socavada inexorablemente por el peso creciente que fuerzas externas políticas y económicas tienen en la toma de decisiones domésticas, a tal punto que la palabra "neocolonias" describe mejor a estos países que la expresión "naciones independientes". De esta manera, la cuestión que se plantea con más y más frecuencia en Latinoamérica es la siguiente: ¿hasta qué punto se puede hablar de soberanía popular –esencial para una democracia– sin soberanía nacional? ¿Soberanía popular para qué? ¿Puede un pueblo sometido al dominio imperialista llegar a tener ciudadanos autónomos? Bajo estas condiciones altamente desfavorables, solamente un modelo democrático muy rudimentario puede sobrevivir. Así que está haciéndose evidente que la lucha por la democracia en América Latina, esto es, la conquista de la igualdad, la justicia, la libertad y la participación ciudadana, es inseparable de una lucha resuelta contra el despotismo del capital global.

Más democracia implica, necesariamente, menos capitalismo. Lo que Latinoamérica ha estado obteniendo en las décadas de su "democratización" ha sido precisamente más capitalismo y no verdaderamente más democracia, y es precisamente contra esto que los pueblos de la región se rebelan cada vez más.

Bibliografía

Boron, A. (2000). *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Boron, A. (2001). La selva y la polis. Reflexiones en torno a la teoría política del zapatismo. *OSAL, Observatorio Social de América Latina* (Buenos Aires), Año II, 4, junio, 177-186. http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/osal/osal4/

Boron, A. (2002). *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri.* Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2003 5ª edición corregida y aumentada). *Estado, capitalismo y democracia en América Latina,* (153-178). Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2005). Civil society and democracy: the Zapatista experience. *Development,* Society for International Development.

Bowles, S. y Gintis, H. (1982). The crisis of liberal democratic capitalism: the case of the United States. *Politics and Society,* II(1).

Cardoso, F. H. (1982). La democracia en las sociedades contemporáneas. *Crítica y utopía,* 6. Buenos Aires

Cardoso, F. H. (1985). La democracia en América Latina. *Punto de vista,* 23. Buenos Aires.

Collier, D. y Levitsky, S. (2005). La democracia con adjetivos: Una innovación conceptual en la investigación comparativa. *Revista de Estudios sobre el Estado y la Sociedad,* 4. Buenos Aires: Paidós.

Crouch, C. (2004). *Post-democracy*. Cambridge: Polity Press.

Cueva, A. (1986). Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia. *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México D. F.: Edicol Línea Crítica.

Dahl, R. A. (1986). *A Preface to Economic Democracy*. Berkeley/Los Ángeles: University of California Press.

Esping-Andersen, G. (1990). *The Three Worlds of Welfare Capitalism*. Princeton: Princeton University Press.

Krauze, E. (1986). *Por una democracia sin adjetivos*. México D. F.: Joaquín Mortiz/Planeta.

Leys, C. (2001). *Market-Driven Politics*. Londres/Nueva York: Verso.

MacEwan, A. (1999). *Neoliberalism or Democracy?* Londres: Zed Books.

Marshall, T. H. (1965). *Class, Citizenship and Social Development*. Nueva York: Anchor Books.

Martin, C. y Shearer, D. (1980). *Economic Democracy. The Challenge of the 1980s*. Armonk NY: ME Sharpe Inc.

Moore, B. Jr. (1973). *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno*. Barcelona: Península.

O'Donnell, G. y Schmitter, P. (1988). *Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*. Buenos Aires: Paidós.

Panitch, L. y Gindin, S. (2004). Global Capitalism and American Empire en L. Panitch y C. Leys (Comp.). *Socialist Register 2004: The New Imperial Challenge*, Londres: Merlin Press.

Pereyra, C. (1990). *Sobre la Democracia*. México D. F.: Cal y Arena.

Petras, J. (10 de julio de 2005). Relaciones EU-AL: hegemonía, globalización e imperialismo. *La Jornada.* . https://www.jornada.com.mx/2005/07/10/index.php?section=mundo&article=030a1mun

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2004). *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*. Buenos Aires: Aguilar/Altea/Taurus/Alfaguara.

Przeworski, A. (1985). *Capitalism and Social Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.

Przeworski, A. (1990). *The State and the Economy Under Capitalism*. Londres/Nueva York: Harwood Academic Publishers.

Rousseau, J.-J. (1967). *The Social Contract and Discourse on the Origin of Inequality*. Nueva York: Washington Square Press.

Santos, B. de Sousa. (2005). *Reinventar la democracia. Reinventar el Estado*. Buenos Aires: CLASCO.

Schumpeter, J. (1947). *Capitalism, Socialism and Democracy*. Nueva York: Harper.

Soros, G. (28 de enero de 1995). Entrevista. *La República*.

Tocqueville, A. de. (1969). *Democracy in America*. Garden City, Nueva York: Doubleday.

Wood, E. M. (1995). *Democracy Against Capitalism: Renewing Historical Materialism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional*

El tema que nos convoca

El objetivo central de esta conferencia era examinar la problemática de la nueva hegemonía mundial, las alternativas de cambio y los movimientos sociales. Sin temor a exagerar, podríamos decir que en su compleja articulación estos asuntos identifican los desafíos fundamentales con que se enfrentan hoy los hombres y mujeres de nuestro tiempo que quieren construir un mundo mejor. Un otro mundo reclamado a lo ancho y a lo largo del planeta en los últimos años a partir de la clara conciencia de que el mundo actual es insoportable por su injusticia y su naturaleza predatoria. Ese mundo es el resultado de la civilización capitalista, que como el monstruo de las más espantosas alegorías, devora a sus hijos,

* Boron, A. (2004). Relatoría presentada en la sesión de clausura de la III Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales «Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales» realizada en La Habana, Cuba, entre el 27 y el 31 de octubre de 2003 en el marco de la XXI Asamblea General del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

agota sus recursos no renovables y destruye irreparablemente el medio ambiente que nuestra especie necesita para sobrevivir. Sumamente atinada parece la reflexión de William Shakespeare cuando le hacía decir a uno de sus personajes: "me quitas la vida si me quitas los medios por los cuales vivo". La naturaleza predatoria del capitalismo, exacerbada en su fase actual, lo ha conducido precisamente a este punto, privar de sus medios de vida a las tres cuartas partes de la humanidad, y a la destrucción del medio ambiente que hizo posible la aparición y el sostenimiento de la vida humana en este planeta. Una civilización que en nombre de la eficiencia, la racionalidad y el progreso practica el más grande genocidio conocido en la historia de la humanidad. Cada año mueren a causa del hambre y enfermedades curables 40.000.000 de personas, la mayoría niños. Es decir, en un solo año el capitalismo liquida más de la mitad de las víctimas ocasionadas por la Segunda Guerra Mundial en seis años. Los grandes movimientos sociales que hoy cuestionan esta intolerable situación lo hacen desde la convicción de que ese otro mundo no solo es posible sino también necesario y urgente. Trataré de exponer, en las páginas que siguen, una breve síntesis de las discusiones sostenidas en el marco de este evento. El énfasis será puesto tanto en las principales coincidencias como en los temas en disputa.

¿Una nueva fase?

Hay un consenso sumamente amplio en el sentido de que el sistema imperialista mundial ha entrado en una nueva fase de su evolución. Este tránsito no pasó desapercibido para sus voceros y representantes ideológicos que se apresuraron a designar a esta nueva etapa con un nombre que subrayaba los rasgos más vistosos de su apariencia a la vez que ocultaba cuidadosamente su esencia más profunda: globalización. Los aspectos más evidentes abonaban la idea de una creciente globalización de los procesos productivos y del funcionamiento de los diversos mercados. No obstante, los alcances de este fenómeno fueron extraordinariamente exagerados y hoy las investigaciones disponibles ya demuestran que la tan mentada globalización –que los franceses correctamente

denominan "mundialización" para aludir a los elementos volitivos, nada naturales, que la impulsan– es un fenómeno que adquiere diversa entidad según de qué se hable. Se globalizó el sistema financiero internacional, sin duda; pero no ocurrió lo mismo con el comercio de productos agrícolas y con una amplia franja del sector de servicios (Boron, *et al.*, 1999). No tardaron los exégetas del neoliberalismo en anunciar que el advenimiento de la globalización ponía fin a la edad del imperialismo. Este era ahora reconocido cuando antes su sola existencia había sido negada empecinadamente, adjudicada a la febril imaginación de los críticos de izquierda siempre dispuestos a dar pie a su odio visceral contra el sistema con toda clase de denuncias e impugnaciones. Para la derecha la experiencia imperialista, ya concluida, se explicaba por una serie de factores ajenos al capitalismo. Entre ellos sobresalían el militarismo, el nacionalismo y el proteccionismo. Mostrando un olímpico desprecio por las enseñanzas de la historia, aislaban estos factores de la realidad del desarrollo capitalista como si no hubiera sido precisamente este quien los engendrara, y reeditaban las polvorientas tesis del "dulce comercio" que pergeñaran los primeros ideólogos de la sociedad burguesa a lo largo del siglo XVIII. Tesis que, en su esencia, sostenían que el desarrollo del comercio apacigua los espíritus y controla los "instintos belicosos" de los hombres. Si comercian, se decía, no habrá guerras. Y pese al rotundo desmentido proporcionado por la historia (y por el presente) esa tesis reaparece en nuestro tiempo en la pluma de los teóricos de la globalización. Los acelerados y profundos cambios experimentados desde las últimas décadas del siglo pasado generaron un gran desconcierto en el seno de los movimientos populares y la propia izquierda. Si los intelectuales orgánicos de la derecha se apresuraron a saludar las novedades como una radical ruptura con el oprobioso pasado imperialista, en el campo de la izquierda la confusión llegó a niveles insospechados cuando algunos de sus más respetados teóricos manifestaron, en coincidencia con sus supuestos adversarios, que el neoliberalismo global expresaba la superación histórica del imperialismo, y que estábamos frente a una nueva realidad de la política y la economía internacional que cabía denominar como "imperio". Un imperio, claro, sin relaciones imperialistas de dominación. Imperio sin imperialismo, dicho en un retruécano cuyo

efecto más importante fue producir el desarme ideológico de las fuerzas sociales contestatarias. Las tesis de Michael Hardt y Antonio Negri han sido sometidas a críticas por Daniel Bensaid, Alex Callinicos, Néstor Kohan, Ellen Meiksins Wood, Leo Panitch y quien suscribe (Boron, 2002). Sin embargo, lo que se viene ratificando desde hace mucho tiempo y lo que surgió de una manera bastante clara en las discusiones de la Conferencia, es que la globalización podría ser mejor caracterizada no como la superación del imperialismo sino como una nueva fase dentro de la etapa imperialista del capitalismo. Tal vez deberíamos preguntarnos si no se trata de una nueva "fase superior", para utilizar la celebrada expresión de Lenin, que plantea serios problemas de interpretación a la hora de identificar sus características fundamentales. En el discurso del neoliberalismo la globalización no es otra cosa que la ratificación de la inexorable "naturalidad" del capitalismo, exaltado como una especie de "orden natural del universo" y la estación final del movimiento histórico impuesto, finalmente, en toda la superficie del globo terrestre y que expresa la naturaleza egoísta y adquisitiva del género humano. Tal como lo ha señalado en varios de sus escritos Franz Hinkelammert, el corolario de este razonamiento es la deshumanización de quienes se oponen al dominio mundial del capital. Y así como los pueblos aborígenes de las Américas fueron masacrados sin remordimientos porque, al fin y al cabo, su propia condición de personas humanas les había sido negada porque solo una bestia podía oponerse al avance de la "civilización", las víctimas actuales y los opositores al capitalismo correrán la misma suerte. Ellos también constituyen una población excedente, inexplotable y superflua, que no es merecedora de ningún respeto y para la cual los derechos humanos constituyen una piadosa mentira. El genocidio prosigue su marcha impertérrito (Hinkelammert, 2002). Así planteadas las cosas, la globalización tendría para los ideólogos del neoliberalismo implicaciones epistemológicas y políticas inequívocas. Con relación a las primeras, el "pensamiento único", construido sobre las premisas de la economía neoclásica absolutamente capaz de descifrar el sentido y los rasgos definitorios de la nueva sociedad; y con respecto a las segundas, básicamente la consagración de las medidas aconsejadas por el recetario del Consenso de Washington como única política económica posible, y a

la cual deben subordinarse todas las demás. De ahí que la problemática de lo social o lo político sean planteadas como meras cuestiones técnicas, al margen de cualquier postura ideológica. Es innecesario detenerse a refutar esta visión del mundo elaborada por los aparatos ideológicos del capital. Digamos, simplemente, que toda esta argumentación no resiste la evidencia que aportan la historia y la situación contemporánea. La interpretación que se desprende de las discusiones sostenidas muestra que, lejos de diluir al imperialismo en una especie de benévolo imperio, un imperio inocuo e inofensivo, la globalización ha producido, por el contrario, una radical acentuación de los rasgos tradicionales del imperialismo, potenciando extraordinariamente su naturaleza genocida y predatoria.

Los límites de la teorización clásica del imperialismo

Las bases de la confusión aludida más arriba son sintomáticas de las insuficiencias de la teorización tradicional del imperialismo frente a las transformaciones experimentadas por el modo de producción capitalista a lo largo del siglo XX. Como en su momento lo recordara el marxista indio Prabhat Patnaik en su breve ensayo aparecido en *Monthly Review* a comienzos de la década de 1990, el término 'imperialista' prácticamente había desaparecido de la prensa, la literatura y los discursos de socialistas y comunistas por igual. Lo mismo ocurrió con la palabra "dependencia", paradojalmente en la época en que en nuestros países la dependencia externa llegaba a extremos humillantes. Quien pronunciaba estas palabras era rápidamente sindicado como un nostálgico incurable o como un fanático empecinado en cerrar los ojos ante las evidentes transformaciones que habían ocurrido en los últimos años. Ningún intelectual, político o dirigente "bienpensante" podía incurrir en tamaña aberración en el capitalismo neoliberal sin convertirse en el hazmerreír de la aldea global (Sastre, 2003). En todo caso, y dejando de lado esta cuestión, lo cierto es que el desvanecimiento de la problemática del imperialismo y su desaparición del horizonte de visibilidad de los pueblos era un síntoma de dos cosas. Por un lado, del irresistible ascenso del neoliberalismo

como ideología de la globalización capitalista en las últimas dos décadas del siglo pasado; por el otro, síntoma de las notables transformaciones acaecidas a partir de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, que ponían en cuestión algunas de las premisas mismas de las teorías clásicas del imperialismo formuladas en esas dos décadas por Hobson, Hilferding, Lenin, Bujarin y Rosa Luxemburgo, para no mencionar sino a sus principales figuras. Veamos esto más detalladamente.

a) Para comenzar digamos que un dato decisivo de estas teorías era la estrecha asociación existente entre imperialismo y crisis del capitalismo en las economías metropolitanas. Aquel era visto, en lo esencial, como el mecanismo por el cual el capitalismo maduro resolvía transitoriamente las crisis generadas por el aumento en la composición orgánica del capital y la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. El período que se inicia con posterioridad a la finalización de la Segunda Guerra Mundial, pone flagrantemente en crisis esa relación. En efecto, la "edad de oro" del capitalismo que transcurre entre 1948 y mediados de la década de 1970 es el período de auge más exitoso en la historia del capitalismo. Nunca un ciclo de prosperidad persistió a lo largo de casi tres décadas, con tasas de crecimiento económico tan elevadas y que beneficiaran a la casi totalidad de las economías capitalistas. Pero, contrariando los postulados de la teorización clásica, dicho período fue al mismo tiempo uno de los más agresivos desde el punto de vista de la expansión imperialista, especialmente norteamericana, por toda la faz de la tierra. La clásica conexión entre crisis capitalista y expansión imperialista quedaba de ese modo rota, sumiendo en la perplejidad a quienes aún se aferraban a las formulaciones clásicas del imperialismo. El capitalismo estaba en auge y el imperialismo se extendía cada vez con más fuerza. La teoría requería de una urgente revisión (Panitch y Gindin, 2003, pp. 30-31).

b) Otra constatación que vino a agravar la confusión teórica en las filas de la izquierda fue la siguiente: en las formulaciones clásicas, la carrera por la apropiación de las colonias y el reparto del mundo tenía un colofón ineluctable en la guerra inter-imperialista. La rivalidad económica tarde o temprano se traducía en rivalidad militar y conflictos armados.

Ahí estaban los antecedentes proporcionados por las dos grandes guerras mundiales que conmovieron la primera mitad del siglo XX para ofrecer una comprobación irrefutable de la verdad de ese aserto. La novedad aportada a partir de la reconstrucción capitalista de la segunda posguerra fue que la exacerbada competencia económica entre los países metropolitanos jamás se tradujo en los últimos cincuenta años en un enfrentamiento armado entre los mismos. Le cabe a Kautsky el mérito de haber sido el primero en atisbar estas nuevas realidades, lo cual no quita que su tesis del "ultra-imperialismo" adolezca de graves defectos. Uno de ellos, tal vez el principal, es el de haber concluido que la coalición entre los monopolios imperialistas de las grandes potencias inauguraría una era de paz. Si el mentor ideológico de la Segunda Internacional pudo entrever con precisión esta tendencia hacia la convergencia interimperialista, su acendrado eurocentrismo le impidió anticipar que aquella no traería una kantiana "paz perpetua". La guerra continuaría, solo que ahora se concretaría en los escenarios del Tercer Mundo y se libraría en contra de los pueblos. En todo caso, y para resumir, esta nueva situación planteaba un serio desafío al saber convencional de las teorías clásicas sumiendo a la izquierda en una paralizante perplejidad.

c) Por último, otro asunto que puso en crisis las teorizaciones clásicas del imperialismo fue, en la fase actual de acelerada mundialización de la acumulación capitalista, la expansión sin precedentes del capitalismo a lo largo y a lo ancho del planeta. Si, tal como lo anotaran Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista*, el capitalismo fue desde siempre un régimen social de producción caracterizado por sus tendencias expansivas, tanto en la geografía física como en la social, las teorizaciones clásicas del imperialismo tenían un supuesto que en nuestro tiempo es insostenible: la existencia de vastas regiones periféricas (o regiones "agrarias", como solía decirse en esa época) en las cuales el capitalismo fuese prácticamente desconocido. Como bien acota Ellen Meiksins Word (2003), las teorías clásicas del imperialismo "asumen, por definición, la existencia de un ambiente 'no capitalista' como condición de su propia existencia" (p. 127). En otras palabras, el capitalismo metropolitano requería la presencia de un mundo precapitalista agrario, primitivo, periférico que le

suministrara el oxígeno necesario para sobrevivir a las duras condiciones impuestas por la crisis en las metrópolis. De ahí la violenta lucha por el reparto del mundo y las interminables guerras de anexión colonial. Sin embargo, nuestro tiempo es testigo de la acelerada mundialización del capitalismo, sobre todo a partir de la caída del Muro de Berlín, la implosión de la ex Unión Soviética y, casi simultáneamente, la apertura de China a las fuerzas del mercado, todo lo cual supone la constitución de un espacio mundial, global podríamos decir, en donde el predominio del capitalismo es incontestable. Pese a la práctica subsunción de las antiguas "regiones agrarias" a la lógica del capital, el imperialismo prosigue su marcha y, si bien con muchos problemas, sobrevive a sus propias crisis. Como bien lo señalara Perry Anderson (1997), cuando parecía que en la década de 1970 y comienzos de la siguiente este se enfrentaba a su más grave crisis desde los tiempos de la Gran Depresión, el derrumbe de la Unión Soviética y la apertura de China aportaron nuevos aires a la reproducción capitalista.

Respuestas ante los nuevos desafíos

Ahora bien, la trascendencia de estos cambios –que por cierto no son los únicos aunque sí los más importantes– ha dado lugar a tres distintas actitudes. Están, por una parte, quienes en la izquierda dogmática se niegan a aceptar su entidad e importancia, aduciendo que solo se trata de transformaciones superficiales que carecen de importancia. Nada ha cambiado y por lo tanto nada hay que cambiar. El "esencialismo" impide construir políticas porque es incapaz de establecer las diferencias: es lo mismo el capitalismo escandinavo que los gobiernos capitalistas de América Latina. Como el capitalismo sigue siendo capitalista, el imperialismo es el mismo. Sus cambios son meramente superficiales. La teoría se mantiene incólume y nada hay que modificar, porque nada ha cambiado. Están, luego, quienes a partir del reconocimiento de tales cambios pasan a sostener tesis situadas en las antípodas de las que habían tradicionalmente favorecido. En algunos casos, como en la obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, para reconocer –implícita y vergonzantemente– el triunfo final del capitalismo

y consolarse con una propuesta de "radicalización democrática" que, en los hechos tanto como en la teoría, se limita a dulcificar las aristas más irritantes de la dominación burguesa sin proponer su abolición (Boron, 2000). En lo relativo al tema que estamos tratando, quienes adoptan esta actitud derrotista anuncian "el fin de la era imperialista" y el advenimiento de una nueva forma de organización internacional, "el imperio", que supuestamente se habría liberado de las taras de su predecesor. El *locus classicus* de esta postura es, por supuesto, el libro de Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio* (2000), al cual ya nos hemos referido (Boron, 2002). Estamos, por último, quienes reconociendo la enorme importancia de los cambios aludidos, insistimos en que el imperialismo no se ha transformado en su contrario, ni se ha diluido en un vaporoso "sistema internacional" o en las vaguedades de un "nuevo régimen global de dominación". Se ha transformado, pero sigue siendo imperialista. Así como los años no convierten al joven Adam Smith en el viejo Karl Marx, ni la identidad de un sujeto se esfuma por el solo paso del tiempo, las mutaciones experimentadas por el imperialismo ni remotamente dieron lugar a la construcción de una economía internacional no-imperialista. Es innegable que existe una continuidad fundamental entre la supuestamente "nueva" lógica global del imperio –sus actores fundamentales, sus instituciones, normas, reglas y procedimientos– y la que existía en la fase presuntamente difunta del imperialismo. Más allá de ciertas modificaciones en su morfología, los actores estratégicos de ambos períodos son los mismos: los grandes monopolios de alcance transnacional y base nacional y los gobiernos de los países metropolitanos; las instituciones que ordenan los flujos económicos y políticos internacionales siguen siendo las que signaron ominosamente la fase imperialista que algunos ya dan por terminada, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), la Organización Mundial del Comercio (OMC) y otras por el estilo; y las reglas del juego del sistema internacional son las que principalmente dicta Estados Unidos y el neoliberalismo global, impuestas coercitivamente durante el apogeo de la contrarrevolución neoliberal de la década de 1980 y comienzos de la de 1990 a través de una combinación de presiones, "condicionalidades" y manipulaciones de todo tipo. Por su diseño, propósito y funciones, estas reglas del juego no hacen otra cosa que reproducir y perpetuar la vieja

estructura imperialista de que, como se diría en el Gatopardo, "algo tiene que cambiar para que todo siga como está". Parafraseando a Lenin podríamos decir que el imperio imaginado por Hardt y Negri, o por los teóricos de la globalización, es la "etapa superior" del imperialismo y nada más. Su lógica de funcionamiento es la misma, como iguales son la ideología que justifica su existencia, los actores que la dinamizan y los injustos resultados que revelan la pertinaz persistencia de las relaciones de opresión y explotación. Pero tal como decíamos más arriba, un modo de producción tan dinámico como el capitalismo –"que se revoluciona incesantemente a sí mismo", como recuerdan Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista*– y una estructura tan cambiante como la del imperialismo –su estructura, su lógica de funcionamiento, sus consecuencias y sus contradicciones– no se pueden comprender en su cabalidad mediante una relectura talmúdica de los textos clásicos. Es obvio que el imperialismo de hoy no es el mismo de antes. La "diplomacia de las cañoneras" de Theodore Roosevelt es hoy sustituida por un arma mucho más letal: el ejército de economistas y "expertos" del FMI, el BM y la OMC. El endeudamiento externo y las condiciones de la banca multilateral controlada por el imperialismo son instrumentos de dominación mucho más eficaces que los empleados en el pasado. Los ejércitos de ocupación son necesarios en circunstancias muy puntuales –como en Irak, por ejemplo– pero la rutina de la opresión imperialista puede prescindir de ellos en el día a día. Gobiernos dóciles, medios de comunicación controlados por los monopolios y convertidos en simples usinas propagandísticas, sociedades civiles desmovilizadas y desmoralizadas, y políticos corruptos son mucho más útiles que los pelotones de marines o los helicópteros Apache. Si en el pasado para imponer las políticas del imperialismo se requería de golpes de estado y dictaduras militares, en la América Latina de hoy esa tarea la hacen gobiernos "democráticos" surgidos del voto popular y que hicieron un culto de la traición y la mendacidad. Por último, la ocupación territorial se ha vuelto redundante toda vez que mediante los procesos de apertura comercial, privatizaciones y desregulación las economías sometidas al imperialismo son más dependientes que nunca sin necesidad de disparar un solo tiro o desplazar un solo soldado. Es por eso que decíamos que el imperialismo ha cambiado, y en algunos aspectos el cambio ha sido muy

importante. Pero nunca será demasiado el insistir en que, pese a todo, no se ha transformado en su contrario, como nos propone la mistificación neoliberal, dando lugar a una economía "global" donde todas las naciones son "interdependientes". Sigue existiendo y oprimiendo a pueblos y naciones, y sembrando a su paso dolor, destrucción y muerte. Pese a los cambios conserva su identidad y estructura, y sigue desempeñando su función histórica en la lógica de la acumulación mundial del capital. Sus mutaciones, su volátil y peligrosa mezcla de persistencia e innovación, requieren la construcción de un nuevo abordaje que nos permita captar su naturaleza actual. No es este el lugar para proceder a un examen de las diversas teorías sobre el imperialismo. Digamos, a guisa de resumen, que más allá de las transformaciones señaladas más arriba los atributos fundamentales del mismo señalados por los autores clásicos en tiempos de la Primera Guerra Mundial siguen vigentes toda vez que el imperialismo no es un rasgo accesorio ni una política perseguida por algunos estados sino una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo. Esta etapa está signada, hoy con mayor contundencia que en el pasado, por la concentración del capital, el abrumador predominio de los monopolios, el acrecentado papel del capital financiero, la exportación de capitales y el reparto del mundo en distintas "esferas de influencia". La aceleración del proceso de mundialización acontecida en el último cuarto de siglo, lejos de atenuar o disolver las estructuras imperialistas de la economía mundial, no hizo sino potenciar extraordinariamente las asimetrías estructurales que definen la inserción de los distintos países en ella. Mientras un puñado de naciones del capitalismo desarrollado reforzó su capacidad para controlar, al menos parcialmente, los procesos productivos a escala mundial, la financiarización de la economía internacional y la creciente circulación de mercancías y servicios, la enorme mayoría de los países vio profundizar su dependencia externa y ensanchar hasta niveles escandalosos el hiato que los separaba de las metrópolis. La globalización, en suma, consolidó la dominación imperialista y profundizó la sumisión de los capitalismos periféricos, cada vez más incapaces de ejercer un mínimo de control sobre sus procesos económicos domésticos. Esta continuidad de los parámetros fundamentales del imperialismo mal se puede disimular con un cambio de nombre, llamando "imperio" a lo que antes era imperialismo.

Caracterización de la nueva fase: ¿superpotencia solitaria o tríada imperial?

Ahora bien: ¿cómo caracterizar esta nueva fase del imperialismo? Recordemos lo que ha sido sugerido en algunas de las presentaciones que han tenido lugar en este mismo podio y muy especialmente las contribuciones de Samir Amin, Noam Chomsky y Perry Anderson (Boron, 2004). En primer lugar, lo que queda claro es que se ha producido una centralización muy pronunciada de la estructura mundial del imperialismo, cuyo centro de gravedad se ha desplazado marcadamente hacia Estados Unidos. Esta es una conclusión que, como es sabido, es muy controversial. Desde esta misma tribuna Samir Amin planteaba la tesis de un "imperialismo colectivo", la idea de una tríada imperial. Esta no ignora la tendencia ya señalada pero disminuye fuertemente, según nuestro entender, la centralidad que detenta Norteamérica en el sostenimiento y reproducción del sistema imperialista a nivel mundial. En todo caso conviene aclarar que este es uno de los grandes temas de debate; uno que, por supuesto, aún no está saldado. Lo que nos parece en función de lo que aquí se ha discutido es que la tríada imperial –Estados Unidos, Japón y la Unión Europea– es tal apenas en apariencia. Dicho de otra manera, es una tríada en ciertos aspectos pero no en otros. ¿Cuáles serían los aspectos en que esta tríada se diluye y da lugar a la "superpotencia solitaria"? ¿Cuáles aquellos en los que la dominación imperialista se constituye como una empresa colectiva? Parece una evidencia irrefutable que en el plano militar no existe la tríada. En la última presentación del panel sobre "Guerra y Comercio en el Imperio", el economista cubano Orlando Martínez y la maestra Ana Esther Ceceña, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), presentaron datos abrumadores relativos a la extraordinaria centralización del poder militar en manos de Estados Unidos, sin precedentes en la historia (Ceceña y Sader, 2002). De manera que hablar de tríada en este asunto no tiene mucho sentido. Desde el punto de vista militar, la Unión Europea y Japón apenas son pequeños satélites de Estados Unidos, que no tienen ninguna condición de actuar con autonomía de las directivas emanadas desde Washington. La Unión Europea no ha podido, en décadas,

levantar la bandera por primera vez izada por Charles de Gaulle en pos de una política común de defensa. Su mezquindad economicista se revela en la distancia que separa el ardor con que los dirigentes de Bruselas defienden la política agrícola común de la indecorosa pusilanimidad con que abordan los temas relativos a la defensa común europea. En la actualidad, Estados Unidos es responsable de la mitad del gasto mundial en armamentos, y mantiene bases y misiones de entrenamiento militar en 121 países del planeta, cosa absolutamente inédita en la historia de la humanidad. Dicho país se ha convertido, sin ninguna duda, en ese gendarme solitario del cual habla en un artículo muy importante, escrito hace ya unos años, uno de los grandes teóricos de la derecha norteamericana, el profesor Samuel Huntington. En el terreno militar no hay tal tríada, ni hay un imperialismo colectivo. Lo único que hay es el poder casi omnímodo de Estados Unidos y un discurso de dominación mundial por la fuerza que, como lo recordaba Noam Chomsky en su conferencia, solo tiene un precedente en el siglo XX: Adolf Hitler. La tendencia centralizadora ya señalada también es perceptible, si bien de forma más atenuada, en el terreno económico. Los datos disponibles hablan de una elevada concentración de la riqueza, la tecnología y los mercados en beneficio de las grandes empresas trasnacionales de Estados Unidos. Trasnacionales, es preciso aclarar, por el alcance de sus operaciones más no por la naturaleza de su régimen de propiedad: son empresas norteamericanas, así como hay otras empresas francesas, alemanas o japonesas pero que tienen un alcance global. Según un estudio que ha producido el *Financial Times* hace poco más de un año, el 48% de las quinientas empresas trasnacionales más grandes tienen su base y están radicadas en Estados Unidos. Y si en lugar de enfocar la atención sobre ellas posamos la vista sobre la super-élite conformada por las cincuenta mayores empresas del mundo, el 70%, o sea treinta y cinco empresas, son de origen norteamericano. Y esto se repite cuando se observa la proporción formada por las empresas norteamericanas en diferentes ramas de la producción industrial, o de los servicios. En el terreno de la informática, de las diez más grandes empresas informáticas mundiales, siete son norteamericanas. Y si hablamos de la producción de "software", de las diez primeras, nueve son de ese país; y en la industria farmacéutica seis de las

diez mayores son norteamericanas. Es decir, el imperialismo tiene evidentemente un centro de gravedad que se localiza en el territorio norteamericano. Este es otro rasgo que se ha acentuado en esta fase actual: el primero era la cuestión militar; el segundo, que acabamos de ver, la concentración económica. Hay un tercero, y es la creciente tiranía de los mercados financieros, cuyo dinamismo e implacable voracidad son en gran medida responsables de las tendencias recesivas que prevalecen en la economía mundial. El 95% de todo el capital que circula diariamente en el sistema financiero internacional, equivalente a una cifra superior al producto bruto combinado de México, Brasil y Argentina, es puramente especulativo. Son movimientos de capitales depositados a un plazo no superior a los siete días; es decir, un período absolutamente incompatible con la posibilidad de invertir esos capitales en un proceso productivo que genere crecimiento económico y bienestar social. Es precisamente por esto que la profesora Susan Strange designó a este sistema con un nombre muy apropiado: "capitalismo de casino". Este capitalismo parasitario y rentístico genera altísimas tasas de ganancia a favor de su carácter puramente especulativo y riesgos empresariales enormes, porque así como se gana muchísimo dinero en una operación financiera que insume apenas unos minutos lo mismo se puede perder una fortuna de la noche a la mañana. Este capitalismo desalienta la inversión en los sectores productivos, porque aún los capitalistas más propensos a invertir en la producción de bienes difícilmente resistan a la tentación de colocar una parte creciente de su stock de capital en operaciones especulativas de corto plazo que, si son exitosas, les garantizan tasas de rentabilidad impensables en el sector industrial. Esto genera, por lo tanto, desinversión en el sector productivo, recesión económica prolongada, altas tasas de desempleo (pues para esas operaciones especulativas no hace falta contratar demasiados trabajadores, ni construir fábricas o sembrar campos), empobrecimiento generalizado de la población, crisis fiscal (porque es un mecanismo de acumulación mediante el cual se pueden evadir los controles de capitales, debilitando las bases financieras de los estados) y todo esto, a su vez, tiene un impacto muy negativo sobre el medio ambiente y, ni falta hace decirlo, sobre el crecimiento económico. Huelga decir que el centro de todo este sistema se

encuentra en Estados Unidos. No solo el centro, también su principal operador político en el terreno internacional, la Casa Blanca, a través del control que la Reserva Federal y Wall Street ejercen sobre los mercados financieros internacionales y sobre las mal llamadas instituciones financieras multilaterales, como el FMI, el BM y la OMC, de hecho simples agencias del gobierno norteamericano. Una de las consecuencias de todo lo anterior ha sido la militarización del sistema internacional y una creciente tendencia a recurrir a la violencia para preservar un orden mundial –en realidad, un escandaloso desorden– cada vez más injusto e inequitativo. Otra consecuencia: la crisis del sistema de las Naciones Unidas y del derecho internacional. Lo hemos escuchado en varias presentaciones, particularmente las que hicieran Noam Chomsky y Perry Anderson. Lo podemos observar, además, mirando día a día la escena internacional y el triste papel que desempeña las Naciones Unidas en esta crisis. Lo vemos, también, cuando se comprueba el acelerado desmantelamiento de los sistemas multilaterales de negociación y el debilitamiento del derecho internacional. La prueba más evidente fue la invasión y el arrasamiento de Irak sin la autorización ni la venia de las Naciones Unidas. Otra de las consecuencias fue la criminalización de la protesta social, en donde las figuras del pobre, el desempleado, los "sintecho" o "sin-papeles" y, en general, de los condenados por el sistema, son satanizadas y convertidas en figuras siniestras y deshumanizadas. De ese modo, las víctimas del capitalismo, los condenados a la exclusión y al lento genocidio se convierten en delincuentes, narcotraficantes o en terroristas. Gracias a la alquimia de la globalización neoliberal las víctimas devienen en victimarios. Otra de las consecuencias que se verifica tanto en los países del centro como en los de la periferia del sistema capitalista internacional es el aparentemente irrefrenable vaciamiento de los regímenes democráticos. Democracias que son cada vez menos democráticas, que tienen cada vez menos legitimidad popular, que fomentan la apatía y el desinterés por la cosa pública. La política se ha convertido en algo que transita por los mercados y que depende de su tiranía; la calle y la plaza, privados de su dinamismo, son apenas nostálgicos recuerdos del pasado; los comicios degeneraron en un penoso simulacro carente de significación y eficacia transformadora. Los ejemplos sobran

por doquier, como se puede comprobar leyendo las diferentes intervenciones recogidas en este libro (Boron, 2000). Todos estos antecedentes demuestran que, efectivamente, la morfología del sistema imperialista internacional ha sufrido importantes modificaciones. No obstante, ellas no cambiaron la esencia del sistema. La globalización no acabó con el imperialismo ni ha hecho que este se convierta en su contrario. Lo que sí hizo fue acentuar los rasgos que tradicionalmente caracterizaban a esa fase del capitalismo, a partir de la profundización de la injusticia y de la inequidad tanto dentro de las naciones como en el sistema internacional. Siguen en pie los mecanismos tradicionales del imperialismo: la exacción de los recursos naturales y la riqueza; la succión de los excedentes de la periferia hacia los centros metropolitanos; el papel del capitalismo financiero que, como decíamos más arriba, se ha acentuado extraordinariamente; la concentración monopólica que llega a niveles sin precedentes; el marco normativo que sigue siendo el neoliberalismo en su versión más globalizada; y sobre todo persisten todavía aquellas instituciones que en el pasado, cuando se decía que el imperialismo estaba en su apogeo viabilizaban la férrea dictadura del capital sobre los pueblos y los países de la periferia. Nos referimos una vez más fundamentalmente al FMI, al BM, al Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y a la OMC, instituciones que lejos de representar a la comunidad internacional son los dóciles instrumentos de las clases dominantes a nivel mundial y sobre todo del imperialismo norteamericano.

Asuntos pendientes

Quedan, sin embargo, muchas cuestiones pendientes a la hora de obtener un diagnóstico adecuado y suficiente del imperialismo de nuestros días. Actualmente, una de las más importantes es la correcta identificación de la situación del centro imperial. Hay un debate que viene de hace tiempo, que ya se materializó en los tres foros sociales mundiales de Porto Alegre y que apareció también en la reunión en La Habana: es la controversia sobre la realidad actual y el futuro económico, político y militar de Estados Unidos. Las posiciones oscilan en torno a dos polos:

hay quienes aseguran que, luego de la crisis de la década de 1970 estamos en presencia de una recomposición de la hegemonía norteamericana en el terreno militar, económico, político y social; y están quienes, por el contrario, adhieren a una tesis que postula el debilitamiento de Estados Unidos en la arena mundial. El país del Norte habría pasado su cénit y se enfrenta ahora a su inexorable ocaso. Se trata de un debate que no está saldado y que en el futuro tendremos que seguir abordando en toda su complejidad porque no es para nada una cuestión menor. Los partidarios de esta segunda visión, que en su formulación más general no compartimos pero que conviene examinar en todos sus detalles, sostienen que Estados Unidos ha iniciado una lenta pero irremediable decadencia, y que a raíz de esto el centro de gravedad de la economía mundial se está desplazando de manera irreversible hacia el Sudeste asiático. La consecuencia de esta mutación es que el imperialismo que hoy conocemos seguramente no sobrevivirá en el futuro. Hay muchos trabajos que apuntan en esa dirección. El más reciente y enjundioso en su argumentación es un libro del profesor André Gunder Frank cuyo título –*ReOrient: Global Economy in the Asian Age* (1998)– precisamente indica volver al Oriente porque es allí donde supuestamente estuvo –hace varios siglos– y estará (en un futuro relativamente cercano) el centro de la economía mundial del capitalismo. De verificarse esta tendencia, Estados Unidos dejaría de jugar el papel decisivo que hoy desempeña en el sistema internacional. No nos convence este planteo ya que subestima el papel irreemplazable, que por lo menos en un futuro previsible, tiene y seguirá detentando como custodio final y reaseguro coercitivo del sistema imperialista. Además, nos parece que una tesis como esa –al igual que otras similares que plantean el carácter inexpugnable e invencible del imperio– podría llegar a tener graves consecuencias desmovilizadoras sobre todo América Latina y el Caribe. No obstante, es muy importante discutirla. El curso futuro de Estados Unidos y su papel en la preservación del orden imperialista es una cuestión central para nuestros pueblos y, por eso, se trata de un tema sobre el cual nunca se estudiará demasiado.[1] La

1. No es un dato menor la inexistencia en América Latina y el Caribe de centros de estudios o programas de investigación destinados exclusivamente a analizar la problemática de Estados Unidos en sus más distintas facetas. Lo poco que hay se encuentra en Cuba, sobre todo en el marco del Centro de Estudios

otra cuestión es la siguiente: ¿cómo refinar el análisis del imperialismo en la coyuntura actual? Creo firmemente que este es un punto muy importante, tanto en el terreno de la teoría como en el de la lucha práctica. Es preciso evitar caer en visiones del imperialismo que lo transformen en un fenómeno omnisciente, omnipresente y omnipotente. Si una tal visión se afirma en las filas de sus críticos y se coagula en la conciencia pública la consecuencia lógica es irrefutable: el imperialismo es invencible, imbatible, inexpugnable y, por lo tanto, no tiene sentido siquiera intentar luchar en contra de él. Creemos importante señalar que la geometría del imperialismo es muy compleja y que no se puede reducir a una sola dimensión. Parafraseando una imagen planteada en un artículo reciente por Joseph Nye (2003), uno podría decir que el imperialismo dispone de sus efectivos en tres niveles, como en tres tableros de ajedrez diferentes. Un primer tablero es el militar, en donde como se vio más arriba, la supremacía de Estados Unidos es absoluta. Claro que aquí conviene introducir una nota de cautela porque, ¿qué significa una supremacía militar absoluta? ¿Quiere decir que puede triunfar inexorablemente en todas las guerras? Pero, ¿qué significa "triunfar?" ¿Cuál es la lección que puede extraerse de Irak o de Afganistán? Robin Cook, ex ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, y que renunciara precisamente por oponerse a la complicidad del gobierno de Tony Blair con el pillaje perpetrado por George W. Bush y los suyos, escribió hace pocos días atrás que "conquistar Irak probablemente resultó fácil, pero gobernarlo como nación ocupada es un desafío mucho más difícil" (Cook, 2004). La

de América (CEA). México tenía un par de institutos dedicados al tema pero fueron premeditadamente desmantelados durante la oleada neoliberal desatada por Salinas de Gortari y, sobre todo, con la entrada al Tratado de Libre Comercio. Ya no hacía falta estudiar a Estados Unidos, algo que por cierto provocaba disgustos y recelos en los círculos gobernantes al norte del río Bravo. ¡Mientras tanto, en Estados Unidos los centros, institutos y programas dedicados al estudio de México y la relación mexicana-estadounidense forman más de un centenar! Brasil tampoco tiene, a la fecha, un centro de estudios dedicado a Estados Unidos, si bien hay un intento en marcha en la Universidad Federal Fluminense (UFF). En el resto de los países de la región no hay siquiera intentos. La Argentina menemista que exaltaba las "relaciones carnales" con Estados Unidos no tenía por qué ocuparse del tema, y lo mismo pasa con los demás gobiernos de la región. Una muestra clarísima, estruendosa, de que la otra cara del imperialismo es la colonialidad del saber y del poder y la persistencia de una tradición de sumisión que se ha hecho carne en nuestros países. Ni siquiera tenemos la osadía de pretender estudiar a quienes, como dijera en su momento Simón Bolívar, "parecen destinados por la Providencia a plagar a las Américas de miserias en nombre de la libertad". Sobre la colonialidad del saber y el poder, ver Lander (2000).

lección que podemos extraer de los acontecimientos recientes es la siguiente: el formidable poderío de la maquinaria militar norteamericana permite a Estados Unidos arrasar un país. Sin embargo, como lo demuestran los casos de Afganistán e Irak, Washington se ha visto impotente a la hora de controlar a los países que devastara. Los norteamericanos no han podido reestablecer un orden, aunque sea autoritario y despótico, para que la sociedad vuelva a funcionar. En consecuencia, si bien la supremacía militar norteamericana aparece como incontrastable, queda en pie la pregunta siguiente: ¿cuándo se gana una guerra? Después de la famosa aparición pública de George W. Bush se han cosechado muchas más víctimas que antes. Es necesario entonces revisar con extremo cuidado qué es lo que significa ganar una guerra. La supremacía militar estadounidense puede ser muy importante, muy abrumadora, pero llega hasta un punto. Y el control territorial, la "normalización" de la sociedad derrotada, sigue siendo el verdadero test ácido que decide si una guerra fue ganada o no, verdad esta que ha sido reconocida por todos los grandes teóricos de la guerra, desde Tsung-Tsu hasta von Clausewitz y Nguyen Giap, pasando naturalmente por Maquiavelo. Conviene también recordar, para atemperar los diagnósticos que se centran en el reduccionismo armamentístico, que Estados Unidos fue derrotado en Cuba, en Playa Girón, y que sufrió una derrota catastrófica y humillante en Vietnam. Para resumir, la supremacía militar del país del Norte es incuestionable, pero no es absoluta. El terreno económico sería el segundo tablero donde se despliegan las relaciones imperialistas. Si en el primero la superioridad estadounidense es enorme, en este Washington tiene un predominio indudable pero ya mucho más acotado. No solo no puede imponer un cierto orden económico internacional a los países de la periferia sino que ni siquiera puede lograr un acuerdo serio y efectivo con sus propios aliados de la Unión Europea y Japón. Los sucesivos fracasos de las reuniones de la OMC y de las propuestas para firmar el ALCA son pruebas más que convincentes al respecto. En otras palabras: a treinta años de producida la crisis del sistema de Breton Woods –el "orden internacional" gestado al finalizar la Segunda Guerra Mundial– todavía hoy el imperialismo ha sido incapaz de construir un orden económico estable que lo reemplace, con capacidad para contener y

resolver las crisis y contradicciones que se agitan en su interior. Naturalmente que tal privación no impidió a los imperialistas proseguir con sus políticas de pillaje y saqueo. Lo que sí quiere señalar, en cambio, es que dichas operaciones se realizan en un marco crecientemente inestable e imprevisible, y que aquellos deben cada vez más recurrir a la militarización de su dominio para que el sistema funcione. Todo esto, sin duda, conspira contra la estabilidad a largo plazo del sistema y la posibilidad de optimizar los resultados de sus inversiones y estrategias empresariales. El terreno de la sociedad civil internacional sería el tercer tablero de ajedrez donde, según Nye (2003), el imperialismo juega su partida. Allí la situación de Estados Unidos es mucho más desfavorable tras la desarticulación de las alianzas estratégicas, los sistemas políticos y estatales y las orientaciones ideológicas que funcionaban desde finales de la segunda posguerra. La interminable sucesión de agravios y dislocaciones de todo tipo sufridas por los pueblos, sobre todo en la periferia, y las contradicciones suscitadas por la hegemonía del neoliberalismo, han tenido como resultado la constitución de un amplísimo abanico de movimientos sociales de una fuerza arrolladora y que se expresan en todo el mundo, desde Seattle hasta Porto Alegre, pasando por Génova, Gotenburgo, Tokio y París. En América Latina, y esto lo marcaba Perry Anderson en su intervención, es preciso reconocer la importancia excepcional que tuvo el zapatismo al efectuar aquella primera convocatoria, en el plano internacional, a luchar por la humanidad y contra el neoliberalismo. Esta exhortación adquiere carta de ciudadanía universal con la realización de los Foros Sociales Mundiales de Porto Alegre y, posteriormente, con la propagación de estas protestas a lo largo y a lo ancho del planeta. Este "movimiento de movimientos", que abarca grandes masas de trabajadores, de jóvenes, de mujeres, de indígenas, de minorías de todo tipo, de sectores sociales anteriormente no incorporados en la dialéctica de la confrontación con el capitalismo, aparece ahora con una fuerza extraordinaria, relevando la debilidad creciente que demuestran las viejas organizaciones (especialmente partidos y sindicatos) que representaban, en una fase anterior del capitalismo, las demandas de los sectores oprimidos por el sistema. Y este cambio en la sociedad civil internacional ha sido tan importante que la hegemonía inconstrastada

que el pensamiento neoliberal tenía hasta hace unos pocos años –y que permitía, por ejemplo, que los señores del dinero, como los llama el subcomandante Marcos, se reunieran en Davos, prácticamente gozando de una popularidad universal– ahora tengan que reunirse en lugares remotos e inaccesibles como si fueran una pandilla de malhechores para poder discutir sus planes de dominio universal. Y esto revela el cambio importantísimo registrado en la correlación mundial de fuerzas que, por primera vez desde mediados de la década de 1970, da lugar a una contraofensiva anti-neoliberal y potencialmente anti-capitalista que coloca a las oligarquías financieras dominantes a la defensiva. Creemos, en consecuencia, que teniendo en cuenta estos antecedentes –y otros más que sería preciso agregar a medida que se desarrolle la agenda de trabajo– sería posible avanzar hacia una caracterización más refinada y matizada de lo que es hoy la dominación imperialista, evitando el inmovilismo teórico y práctico de quienes aseguran que no hay nada nuevo bajo el sol y, por otra parte, el pesimismo al que conduce una consideración sumaria –y a nuestro juicio superficial por unilateral– del imperialismo a partir del predominio militar norteamericano.

Conclusión que es una invitación

No cabe duda, estamos viviendo un momento muy especial en la historia del imperialismo: el tránsito de una fase clásica a otra, cuyos contornos recién se están dibujando pero cuyas líneas generales ya se disciernen con claridad. Nada podría ser más equivocado que postular la existencia de un nebuloso "imperio sin imperialismo". De ahí la necesidad de polemizar con estas tesis, dada la excepcional gravedad de la situación actual: un capitalismo cada vez más regresivo y reaccionario en lo social, lo económico, lo político y lo cultural, que criminaliza los movimientos sociales de protesta y militariza la política internacional a partir del primado absoluto de la fuerza. Ante una situación como esta, decíamos, solo un diagnóstico preciso sobre la estructura y el funcionamiento del sistema imperialista internacional permitirá a los movimientos sociales, partidos, sindicatos y organizaciones populares de todo tipo que luchan

por su derrocamiento encarar las nuevas jornadas de lucha con alguna posibilidad de éxito. No hay lucha emancipatoria posible si no se dispone de una adecuada cartografía social del terreno donde habrán de librarse las batallas. De nada sirve proyectar con esmero los rasgos de una nueva sociedad si no se conoce, de manera realista, la fisonomía de la sociedad actual y la ruta por la cual habrá de transitarse en la construcción de ese mundo en el que quepan (casi) todos los mundos, parafraseando el dicho de los zapatistas. Todos los mundos de los oprimidos, agregaríamos, para no caer en un peligroso romanticismo. En ese nuevo mundo que es imprescindible comenzar a construir ahora mismo no habrá lugar para el mundo de los halcones militaristas; para la camarilla de los Bush, Blair, Aznar, Sharon y compañía; para los monopolios que convirtieron a la humanidad y la naturaleza en su presa; para los políticos y dirigentes sociales que acompañaron y/o consintieron el holocausto desencadenado por el neoliberalismo. Un mundo poscapitalista y postimperialista es posible, pero primero tenemos que cambiar el actual. Y esto no se logra obrando sobre ilusiones sino actuando sobre la base de un conocimiento realista y preciso del mundo que deseamos dejar atrás y del camino que tenemos que recorrer. Permítasenos terminar diciendo que estas discusiones, estimuladas por ese noble afán de los científicos sociales y humanistas vinculados a la red de CLACSO por recuperar el pensamiento crítico, fueron facilitadas por un elemento muy importante: el contacto establecido entre el pensamiento crítico latinoamericano y la práctica de los movimientos sociales que luchan en contra del neoliberalismo, la globalización neoliberal y, en ultima instancia, en contra del capitalismo. Esta interacción ha tenido un efecto virtuoso para ambos lados, se ha enriquecido la producción de los científicos sociales, tornándola más aguda y penetrante. Y ha mejorado también la calidad de la dirigencia social. En la conferencia que reproducimos en este libro, Perry Anderson decía que este continente era el único que había desarrollado, de una manera persistente y con una significativa densidad teórica, una notable producción intelectual contestataria y crítica del capitalismo. Creemos que este contacto entre científicos sociales y movimientos sociales marca un nuevo hito en el desarrollo de las ciencias sociales que en América Latina –como en el resto del mundo– eran actividades que se

desarrollaban en los seguros pero estériles espacios de la academia. La esterilidad academicista fue un elemento fundamental en la determinación de la profunda crisis en que cayeron las ciencias sociales a partir de la década de 1970, crisis de la cual todavía no se han recuperado. El tipo de enfoques y aproximaciones que hemos visto en esta Conferencia en La Habana ha demostrado ser mucho más rico. La imprescindible discusión teórica que caracteriza a las ciencias sociales se ha visto enormemente favorecida por la estrecha vinculación que se ha establecido en este continente, aún cuando de manera desigual, entre la práctica de los científicos sociales y la práctica de los movimientos sociales. Favorecer ese diálogo es una de las metas distintivas de CLACSO y de muchas otras instituciones nacionales de América Latina, y el éxito de esta iniciativa nos convoca a seguir en esta línea, profundizando en esta vinculación y sabiendo que de esa manera no solo contribuimos a construir un mundo mejor, sino que al mismo tiempo, hacemos una ciencia social de mejor calidad. Esto es, a muy grandes rasgos, un breve resumen de los temas que se han discutido en esta semana. Dicho lo cual ahora quisiera invitar al presidente Fidel Castro Ruz a que tuviera la amabilidad de pronunciar las palabras de clausura de esta conferencia. Muchas gracias.

Bibliografía

Anderson, P. (1997). Neoliberalismo: un balance provisorio. En E. Sader y P. Gentili (Comp.). *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social.* Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del Ciclo Básico Común (C. B. C.).

Boron, A. (2000). *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Boron, A. (2002). *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri.* Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (Comp.). (2004). *Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales*. Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A., Gambina, J. C. y Minsburg, N. (Comp.). (1999). *Tiempos Violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO-EUDEBA.

Ceceña, A. E. y Sader, E. (Comp.). (2002). *La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial.* Buenos Aires: CLACSO.

Cook, R. (10 de abril de 2004). Bush no tiene su calendario. *Página 12*.

Hardt, M. y Negri, A. (2000). *Empire.* Cambridge, Mass: Harvard University Press.

Hinkelammert, F. (2002). *El retorno del sujeto reprimido.* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Gunder Frank, A. (1998). *Re-Orient: Global Economy in the Asian Age*. Berkeley, Los Ángeles, Londres: Berkeley University Press.

Lander, E. (Comp.). (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires. CLACSO.

Meiksins Wood, E. (2003). *Empire of Capital.* London and New York: Verso.

Nye, J. S. Jr. (2003). U.S. Power and Strategy After Iraq. *Foreign Affaire*, julio-agosto.

Panitch, L. y Gindin, S. (2003). El capitalismo global y el imperio norteamericano. *Temas*, 33/34, abril-septiembre, 28-42.

Patnaik, P. (1990). Whatever happened to imperialism? *Monthly Review*, 42(6), noviembre, 1-6.

Sastre, A. (2003). *La batalla de los intelectuales. Nuevo discurso de las armas y las letras.* La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Siete tesis sobre reformismo, revolución y contrarrevolución en América Latina*

El objetivo de estas notas es compartir algunas reflexiones sobre las experiencias del llamado "ciclo progresista" o "de izquierda" en América Latina. Desde la asunción a la presidencia de Venezuela de Hugo Rafael Chávez Frías (febrero de 1999), surgieron, por primera vez y en rápida secuencia, una serie de gobiernos que adoptaron políticas económicas que, en mayor o menor medida, se apartaban de los lineamientos del Consenso de Washington, rechazaban la hegemonía norteamericana y auspiciaban distintas iniciativas de integración supranacional. Este ciclo mereció una profusa literatura por su carácter novedoso y, tiempo después, por su presunta finalización.

En cuanto a lo primero, el distanciamiento en relación al Consenso de Washington, esto se manifestó en grados variables en los diferentes países. Algunos se fijaron como meta distintas variantes del "socialismo del siglo XXI" (casos de Bolivia, Ecuador y Venezuela) y otros establecer en sus países un "capitalismo racional" o "de rostro humano", casos de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. El caso de Chile es de muy difícil ubicación, inclusive en este segundo grupo, por la radicalidad y la

* Este trabajo reelabora y profundiza el artículo dedicado al centenario de la Revolución Rusa y publicado en Boron, A. (2017). *Cuadernos Marxistas*, 13, Buenos Aires, noviembre. El estímulo para redactar estas pocas reflexiones surgió de una conferencia ofrecida en la Alcaldía de la ciudad de Valparaíso en el marco de una visita a Chile organizada por la Fundación Miguel Enríquez y del vivaz intercambio de ideas que se produjera a continuación, cosa que me pareció oportuna incorporar en este trabajo. Agradezco a mis anfitriones en Chile y a mi amiga y colega Arantxa Tirado Sánchez por sus valiosos comentarios al borrador de este trabajo.

perdurabilidad de las políticas neoliberales establecidas en la dictadura del general Augusto Pinochet mantenidas sin solución de continuidad en los diferentes gobiernos que le sucedieron, cualesquiera hubiera sido su signo político. Pero no fue esta, la pretensión de avanzar hacia un cierto "posneoliberalismo", la única semejanza entre los gobiernos del "ciclo progresista".[2] También los distinguió su voluntad de embarcarse en distintos proyectos de construcción de la unidad de los países latinoamericanos y caribeños, encarnados en proyectos tales como la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), Petrocaribe, el Banco del Sur, TeleSUR y otros acuerdos regionales todos los cuales –en los hechos y más allá de la variable radicalidad de los discursos de algunos gobiernos– conducían a la marginación de la Organización de los Estados Americanos (OEA) como entidad rectora y reguladora de las relaciones hemisféricas, siempre al servicio del imperio, y a la promoción de una conciencia "Nuestroamericana" que remataba en un distanciamiento –en algunos casos insalvable– de las directivas de Washington. En línea con lo anterior, estos gobiernos, actuando algunos de ellos de consuno con los poderosos movimientos sociales que florecieron en la región a principios de siglo XXI (y que en algunos casos, como Bolivia, los habían elevado al poder) produjeron en noviembre del 2005 la derrota del ALCA. Este fue el más resonante revés jamás sufrido por el más importante proyecto geopolítico y estratégico de largo plazo que Washington había pacientemente urdido para toda la región durante el fugaz apogeo del "unipolarismo" y la ilusión del "nuevo siglo americano" entre 1991 y 2001. Más allá de los rasgos peculiares de cada gobierno, lo cierto es que poco después del naufragio del ALCA en la Cumbre de Presidentes de Mar del Plata el mapa sociopolítico de la región comenzó a cambiar aceleradamente produciendo un

2. Por razones de comodidad expositiva y economía de lenguaje, y solo por eso, englobaremos a todos estos gobiernos bajo el nombre de "progresistas", más allá de la irremediable vaguedad que comporta este término. Una síntesis de esa discusión y la bibliografía pertinente en torno al "fin de ciclo" se encuentra en Atilio A. Boron y Paula Klachko (2016) y Katy Arkonada y Paula Klachko (2016).

rápido deterioro en las siempre turbulentas relaciones entre la Casa Blanca y los gobiernos localizados al sur del río Bravo.[3]

¿Fracasos o derrotas?

La derrota del kirchnerismo en la Argentina en noviembre del 2015 y la viciosa y viciada destitución de Dilma Rousseff al año siguiente unida a otro signos que hablan del debilitamiento del impulso reformista en países como Bolivia y Ecuador, o los graves problemas que acosan a la Revolución Bolivariana como producto de la ominosa combinación entre la "guerra económica" desatada por el imperio contra ese país y algunos desaciertos en la conducción de la política económica, reabrieron una vieja discusión acerca del "fracaso" de los experimentos heterodoxos. Discusión, además, acicateada e, 2017 al cumplirse el primer centenario de la Revolución Rusa, que también imponía la necesidad de elaborar un diagnóstico serio sobre las causas de su apocalíptico derrumbe. Y estimulada asimismo por las incansables usinas de propaganda de la derecha, constantemente interesadas en promover el desánimo de las fuerzas contestatarias y a las que desgraciadamente se unen con entusiasmo ciertos sectores desastrados de la izquierda –los famosos "revolucionarios de cafetín", según la precisa caracterización de Álvaro García Linera– que creen que la revolución es un acto tan simple como escribir un panfleto, una nota para el diario partidario o un *paper* académico.

La historia de la Revolución Rusa, los problemas con que se enfrentó Salvador Allende en Chile, o los que hoy acosan a la economía de la República Bolivariana de Venezuela exigen refinar el diagnóstico sobre

3. El cambio se hizo manifiesto en pocos años. En marzo del 2005 Tabaré Vázquez asumía la presidencia del Uruguay. En enero del 2006 asumen la presidencia de Honduras José Manuel "Mel" Zelaya y Evo Morales en Bolivia. Daniel Ortega y Rafael Correa lo hacen en enero del 2007 en Nicaragua y Ecuador, y Cristina Fernández en diciembre de ese mismo año. En agosto del 2008 Fernando Lugo llega a la presidencia del Paraguay. Chávez ya era presidente desde febrero de 1999, Lula desde el 1º de enero del 2003 y Néstor Kirchner asumió en mayo del mismo año. Es decir, Mar del Plata fue un punto de inflexión del cual arrancaría el posterior surgimiento de una mayoría de gobiernos de izquierda o "progresistas" que cambió radicalmente el mapa sociopolítico sudamericano.

la suerte de estos procesos y para ello se torna necesario distinguir entre el "fracaso" de un proyecto reformista o revolucionario y su "derrota". ¿Es razonable decir que todas las experiencias revolucionarias del siglo pasado fracasaron (tesis que sostienen, entre otros, autores como John Holloway, Michael Hardt y Antonio Negri, para no mencionar a los adeptos al *mainstream* de las ciencias sociales)?[4] ¿No sería acaso más apropiado decir que fueron derrotadas? El fracaso en política es la frustración de un proyecto que, *a priori*, tenía razonablemente altas probabilidades de ser exitoso porque suponía un elevado nivel de conciencia política de sus protagonistas (tanto en su dirigencia como en sus bases sociales); por una favorable correlación de fuerzas en los planos político, económico, militar e internacional, como siempre advertía Antonio Gramcsi; por la aptitud que supuestamente tenía para enfrentar exitosamente los desafíos que se erigen contra cualquier proyecto de carácter reformista o revolucionario y *last but not least,* porque perseguía fines que apuntaban hacia la felicidad colectiva y el buen vivir de las grandes mayorías nacionales, que presuntamente defenderían con uñas y dientes ese proceso. En suma, el fracaso en política es un problema esencialmente endógeno de los agentes sociopolíticos de la revolución, o de la reforma. Revela una incorrecta lectura de la realidad; un mal cálculo en la hoja de ruta del proceso; la sobreestimación de las fuerzas propias o la subestimación de las del enemigo; o la inesperada irrupción de circunstancias extremas, imprevisibles, que alteran radicalmente el escenario de la lucha. La derrota, en cambio, remite a una confrontación, un conflicto; al papel de una oposición doméstica e internacional, siempre combinadas, que desafía exitosamente al proyecto emancipatorio. En política el fracaso habla antes que nada de limitaciones y debilidades propias, en donde la presencia de un "otro" contradictor desempeña un papel marginal; alguien es derrotado, en cambio, cuando ese "otro" (llámese imperialismo, oligarquías locales, poderes mediáticos, etcétera) se opone eficazmente a sus designios. Va de suyo que en las historias reales de los procesos políticos los factores causantes de fracasos y derrotas no son tan fáciles de distinguir dado que se entremezclan en un claroscuro, una difusa área

4. De los tres es John Holloway (2002). quien plantea de forma más radical esta tesis.

intermedia en la cual ambos se confunden. Pero el "análisis concreto de la realidad concreta", como exigía Lenin, permite establecer la predominancia de uno o de la otra o, en otros términos, cuánto hay de derrota y cuánto de fracaso en cada caso bajo análisis.

En la Revolución Rusa es indudable que el proceso adoleció de graves incoherencias internas, especialmente tras la muerte de Lenin, pero también lo es que se desarrolló bajo las peores condiciones imaginables: la crisis y la devastación de la primera posguerra, la guerra civil y la intervención, en ellas, de una veintena de ejércitos foráneos que asolaron el país, y luego, estabilizada la situación, la industrialización forzada, la violenta colectivización del agro, la amenaza del nazismo y la invasión alemana con su secuela de destrucción física de ciudades y campos y el mortal sacrificio de unas veinte millones de personas. Bajo esas condiciones, hablar de "fracaso" de la Revolución Rusa es por lo menos un exceso del lenguaje y, desde otra perspectiva, una infame acusación política. Viniendo al caso de América Latina, ¿hasta qué punto podría decirse –como con extrema ligereza se dice– que la experiencia de la Unidad Popular en el Chile de Allende fue un fracaso? Mucho más cercano a la verdad sería decir que fue un proyecto que en principio reunía condiciones de viabilidad pero que fue derrotado por una coalición de fuerzas domésticas e internacionales bajo la dirección general de Washington que desde la noche misma del triunfo de Salvador Allende el 4 de septiembre de 1970 ordenó, por boca de su presidente Richard Nixon, impedir por cualquier medio la ratificación del triunfo de Allende por el Congreso Pleno que debía oficializar su victoria. Días después, el 15 de septiembre, Nixon convocaría a una reunión en la Oficina Oval a Henry Kissinger, Consejero de Seguridad Nacional; a Richard Helms, director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y a William Colby, su director adjunto, y al fiscal general John Mitchell en donde según las notas tomadas por Helms "Nixon estaba furioso" porque se hallaba convencido que una presidencia de Allende potenciaría la diseminación de la revolución comunista pregonada por Fidel Castro no solo a Chile sino al resto de América Latina. "Hacer que la economía de Chile gima, ni una tuerca ni un tornillo para Chile", exclamó con una furia que, según testigos, pocas

veces había exhibido en ocasiones anteriores.[5] La Unidad Popular, que no dejó de tener sus inconsistencias internas como cualquier fuerza empeñada en la lucha política, fue arrasada por la mayor superpotencia del planeta que desde el día uno manifestó su radical y violenta oposición al proyecto encabezado por Salvador Allende. Por eso es un error decir que la Unidad Popular fracasó; más apropiado es decir que fue derrotada, y es muy importante tener en cuenta esa distinción en la actualidad. ¿Qué sentido tiene entonces que algunos autores hablen del "fracaso" de la revolución cubana, acosada y asediada por casi sesenta años de bloqueo económico, comercial, diplomático, informático y mediático? Pese a ese permanente y brutal asedio, Cuba se las arregla para ofrecer algunos indicadores de salud, educación y alimentación superiores a los de cualquier país de la región e, inclusive, del mundo desarrollado. Imaginemos lo que podrían haber hecho Fidel y Raúl si a Cuba se le hubiera dispensado el mismo trato que, por ejemplo, Estados Unidos le garantiza a países como Chile o Colombia. En estos momentos la isla sería un enclave de prosperidad en medio de la crisis que azota a toda la región.[6] ¿Y cómo caracterizar lo ocurrido en China y Vietnam? ¿Podría decirse sin más que son casos de "fracaso" del socialismo? ¿Es posible ya emitir un veredicto definitivo? ¿Fidel una vez dijo que uno de los principales errores de la Revolución Cubana fue haber creído que había alguien que sabía cómo se construía el socialismo? ¿Hay quién sepa cómo es que se lo puede construir en China o Vietnam, sobre todo teniendo en cuenta que estamos hablando más que de países de milenarias civilizaciones que manejan una temporalidad distinta a la occidental? Si esta se mide en años o en meses, aquella lo hace en décadas o siglos. La

5. Documentación disponible en https://www.cia.gov/library/center-for-the-study-of-intelligence/csi-publications/csi-studies/studies/vol47no3/article03.html

6. Datos en educación y salud ilustran el argumento. Según el Banco Mundial, Cuba tiene el mejor sistema educativo de América Latina y el Caribe. Ver el estudio disponible en http://operamundi.uol.com.br/conteudo/babel/37711/banco+mundial+cuba+tiene+el+mejor+sistema+educativo+de+america+latina+y+del+caribe+.shtml. Un indicador tan sensible de la salud de la población como la tasa de mortalidad infantil por 1.000 nacidos vivos en 2017 según un informe de la CIA en Cuba es de 4.40 por mil, en Canadá 4.50 por mil, Estados Unidos 5.80 por mil, Chile 6.60 por mil y Uruguay 8.30 por mil. Ver *CIA World Factbook*, enero 2018. https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/rankorder/2091rank.html A pesar del bloqueo y para vergüenza de los imperialistas y sus aliados, ¡Cuba tiene la tasa de mortalidad infantil más baja de todo el Hemisferio Occidental! ¿Fracaso?

resonante reivindicación de Marx hecha por el presidente Xi Jinping en ocasión de cumplirse los doscientos años del nacimiento del filósofo de Tréveris es un muy claro signo de que no debería ser interpretado a la ligera como hacen algunos sabihondos que ya han decretado que tanto China como Vietnam han abandonado el logro del objetivo socialista. ¿No fue Marx acaso quien dijo que tal empresa requiere un formidable desarrollo de las fuerzas productivas? ¿No es eso lo que está aconteciendo en ambos países? ¿Es posible construir el socialismo desde la pobreza y el atraso? Conviene ser muy prudentes a la hora de sentenciar con tanta ligereza el "fracaso" de estas experiencias políticas o su definitivo e irreversible abandono del proyecto socialista.

Volviendo al caso de la Revolución Rusa, por qué no pensar, en cambio, que logró éxitos extraordinarios a pesar de las difíciles condiciones en que tuvo que desenvolverse desde sus inicios: alfabetización masiva de una población abrumadoramente analfabeta; promoción de los derechos de la mujer; atención médica gratuita y de calidad para todos; grandes avances en la investigación científica; industrialización acelerada; defensa de la patria ante la invasión alemana; derrota del fascismo; tomar la delantera en la carrera espacial, etcétera. ¿Puede llamarse a esto un fracaso histórico? No es esto lo que pensaban los líderes de Occidente en tiempos de la Segunda Guerra Mundial y después.[7] Pero ¿cómo explicar entonces el derrumbe de la Revolución Rusa? No es tarea que podamos asumir aquí pero sí deberíamos, por lo menos, enunciar unos pocos elementos causantes de su colapso. Por supuesto, la degeneración burocrática de la URSS ya era un factor sumamente negativo advertido por Lenin en sus últimos escritos (Lenin, 1974); también lo fue la creencia –o la resignada aceptación de la misma debido a la frustración de las insurrecciones socialistas en la Europa de la primera posguerra– de que se podía construir el socialismo en un solo país sin que tal empresa afectara el decurso que seguiría la URSS; la política de "coexistencia pacífica" y la tentativa de emular las formas productivas del capitalismo también colaboraron para mellar el impulso revolucionario desatado en Octubre. Esto lo señaló en una dura crítica de Ernesto 'Che'

7. Tal como lo plantea con base en una abrumadora documentación Doménico Losurdo (2011).

Guevara en sus sarcásticos comentarios a los manuales de economía de la URSS, los "ladrillos soviéticos" como él los llamaba.[8] Pero además de esto, sobrevino la Tercera Revolución Industrial (microelectrónica, informática, automatización, toyotización, etcétera) que se erigió en un obstáculo formidable para un modelo económico fordista, de total estandarización de la producción en masa que por su rigidez burocrática –y la enorme asignación de recursos requeridos para la defensa mientras Ronald Reagan lanzaba desde Washington "la guerra de las Galaxias"– no pudo adaptarse a las nuevas condiciones de desarrollo de las fuerzas productivas. La intensificación de las presiones militares en contra de la URSS obligó a Moscú a desviar ingentes recursos para defenderse ante la belicosidad estadounidense. A esto agréguesele el ataque combinado del más formidable tridente reaccionario del siglo XX: Ronald Reagan, Margaret Thatcher y Juan Pablo II, protagonistas de un ataque político y cultural de devastadores efectos ya dentro de las fronteras del campo socialista donde no por casualidad la Iglesia Católica había elegido a un papa polaco para desde ahí socavar a las decrépitas democracias populares del Este europeo. Por supuesto, la consideración de estas cuestiones excede con creces los límites de este trabajo, pero no queríamos dejar pasar inadvertido este crucial asunto. Además, la asombrosa ineptitud de la dirigencia residual soviética para explicar qué era lo que se estaba haciendo en la era posestalinista, con Mijail Gorbachov a la cabeza, y qué sentido tenían todos esos cambios y hacia dónde se dirigía al país. En otras palabras, ni el partido ni los soviets eran ya organismos vivientes sino espectros ambulantes sin ninguna capacidad de expresión de la realidad social. En esta postrera etapa del desarrollo histórico de la Unión Soviética el componente de fracaso –una reforma integral que se esperaba fuese controlada y que se salió de madre y terminó en una

8. Sobre la "coexistencia pacífica" ver "Carta a los pueblos del Mundo en la Tricontinental" (Guevara, 1967); sobre la economía de la Unión Soviética, ver la recopilación de sus notas en un texto tan incisivo como mordaz: *Apuntes Críticos de Economía Política* (Guevara, 2006). Y en relación al manejo económico decía Guevara que "persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etcétera), se puede llegar a un callejón sin salida" (Guevara, 1965).

ignominiosa rendición– fue más importante que nada, y facilitó enormemente su indecorosa derrota.[9]

Dado lo anterior, ¿por qué no revisar nuestra concepción del proceso revolucionario, dejando de lado la muy popular imagen que lo concibe como una flecha que asciende rauda e ininterrumpidamente desde el pútrido suelo del capitalismo hacia el diáfano cielo del comunismo? Álvaro García Linera (2017) ha reflexionado mucho sobre el tema, y en uno de sus ensayos dice algo que conviene tener muy en cuenta: "Cuando Marx analizaba los procesos revolucionarios, en 1848, siempre hablaba de la revolución como un proceso por oleadas, nunca como un proceso ascendente o continuo, permanentemente en ofensiva. La realidad de entonces y la actual muestran que las clases subalternas organizan sus iniciativas históricas por temporalidades, por oleadas: ascendentes un tiempo, con repliegues temporales después, para luego asumir, nuevamente, grandes iniciativas históricas". O, como dice en otra de sus intervenciones, el destino de los luchadores sociales no es otro que el de "luchar, vencer, caerse, levantarse, luchar, vencer, caerse, levantarse" hasta el fin. Esa es la dialéctica de la historia y eso es lo que una correcta epistemología no puede dejar de reflejar en sus análisis. Avances, estancamientos, retrocesos, nuevos saltos adelante, detenciones, otros avances y así siempre. Este es el movimiento real, no ilusorio, cuya dialéctica toma la forma de una espiral, por lo cual se puede retroceder pero nunca regresar al punto de partida. El enmarañado hilo conductor de la historia inevitablemente deja un sedimento en términos de conciencia, organización y memoria en las clases y capas oprimidas ¡pero también en la de sus opresores!, lo cual nos lleva a preguntarnos quién aprende más rápido y mejor. Esto significa que por más que se produzca un traspié o se tropiece con un inesperado revés en el desarrollo de un proceso de transformaciones históricos, tales incidentes jamás lograrán hacer que aquel regrese a la situación inicial, o a su punto de partida. El sueño de los restauradores de nuestro tiempo siempre termina en una frustrante pesadilla.

9. No podemos entrar aquí en la ponderación de cuánto hubo de fracaso y cuanto de derrota producto del acoso externo. Una evaluación preliminar indicaría que aquel tuvo un peso mayor que la segunda.

Tesis para un debate necesario

Finalizada esta larga pero imprescindible introducción quisiera en la segunda parte de este trabajo compartir una breve reflexión planteando algunas lecciones que me parecen de interés para las luchas actuales en Nuestra América. Y lo haré enunciando una serie de tesis a mi entender correctas pero recordando el trabajo pionero de un gran sociólogo y antropólogo mexicano, Rodolfo Stavenhagen (1965), justamente denominado "Siete tesis equivocadas sobre América Latina" y en las que demolía meticulosamente el saber convencional de las ciencias sociales de las décadas de 1950 y 1960 (pp. 15-84). Por eso me ha parecido conveniente aclarar que, en este caso, confío en que estas tesis sean correctas aunque dado que las mismas pretenden provocar una discusión en el seno de la izquierda estoy desde ya dispuesto a admitir cuestionamientos, reflexiones o examinar otras experiencias que podrían obligar a reformularlas.

No es casual que, como decíamos más arriba, nos hayamos planteado esta sistematización al cumplirse cien años de un acontecimiento que Hegel sin dudas habría caracterizado como "histórico-universal": la Revolución Rusa. Su sorpresiva irrupción en la historia, su triunfo, su contribución a la democratización universal y su crucial papel en los procesos de descolonización de África y Asia (tema negado por el saber convencional de la ciencia política), su degeneración y posterior derrumbe abren, un siglo después, numerosos interrogantes de gran actualidad. Pero no solo ella. Otros ejemplos históricos de América Latina son igualmente fuente de inspiración para las páginas que siguen en donde estas tesis serán apenas enunciadas y que espero sean motivo de un trabajo de más largo aliento a realizar en fechas próximas.

Sin más preámbulos pasamos entonces a la breve explicitación de las tesis.

1. **Cualquier reforma, por moderada que sea, inevitablemente desatará el infierno de la contrarrevolución**. Como en Chile, Guatemala, Venezuela, Bolivia, cualquier proyecto, aun los de naturaleza tibiamente reformista, desencadenan en nuestros países una virulenta respuesta de los agentes sociales del orden y la conservación. En el caso de América

Latina y el Caribe, dada la excepcional importancia estratégica que la región tiene para el imperio y la larga historia de dominación oligárquica, no hace falta una revolución para desencadenar una sangrienta contrarrevolución.[10] Reiteremos esta idea: en Nuestra América no es necesaria una revolución socialista para desencadenar una brutal contrarrevolución burguesa. Esta fenomenal desproporción entre amenaza social y represalia de las clases dominantes y el imperialismo es una constante a lo largo de toda nuestra historia. Cualquier idea en contrario –o toda negación de esta, diríamos, ley fundamental de la revolución latinoamericana– es una peligrosa o suicida ilusión. Recordemos lo acontecido en numerosos experimentos reformistas en países tan diversos como Guatemala, 1954; Brasil, 1964; República Dominicana, 1965, Argentina, 1966 y 1976; Chile, 1973, y lo que ha venido ocurriendo en fechas recientes en Bolivia, 2008; Honduras, 2009; Ecuador, 2010; y Venezuela, a poco de iniciado el proceso bolivariano con el golpe del 11 de abril del 2002, el paro petrolero de fines de ese mismo año hasta febrero del 2003, la abstención insurreccional de la oposición que no presentó candidatos a la elección de la Asamblea Nacional en 2005 y la escalada de violencia iniciada luego de la muerte de Hugo Chávez, procesos todos estos que fueron bañados en sangre.[11] Lula una vez observó que en Brasil la oligarquía es tan racista y reaccionaria que el solo hecho de ver a un negro o un mulato subirse a un avión le provoca un odio visceral capaz de incitarla a cometer los más horrendos crímenes. Por ejemplo, prender fuego a un indio por el solo hecho de serlo, como en un par de ocasiones se hizo en Brasilia en los años que era presidente; o a jóvenes sospechosos de "portación de cara incorrecta", como lo perpetró la "oposición democrática" en las salvajes "guarimbas" (barricadas armadas) de Caracas en por lo menos tres oportunidades.

10. Hemos desarrollado ampliamente esta tesis en Atilio A. Boron (2003). Sobre la excepcional importancia de América Latina y el Caribe para Estados Unidos ver Atilio A. Boron (2014).

11. Sobre la "revolución latinoamericana" remito a la lectora o al lector la *Segunda Declaración de la Habana* (1962), como verdadero documento liminal del nuevo ciclo político que en nuestra región se inaugura con el triunfo de la Revolución Cubana. Además, al notable estudio de Rodney Arismendi (1976) y al incisivo panorama que ofrece el libro de Patricio Echegaray (2010).

2. **No existe la oposición leal**. En el marco de procesos reformistas, progresistas y mucho más en un contexto revolucionario sería fatal caer en la ilusión de pensar que existe oposición leal. La derecha no sabe lo que es eso: su deslealtad hacia todo gobernante que le sea antagónico es permanente e incurable. Aquí y en todas partes cuando no es gobierno la derecha siempre será conspirativa y destituyente. Como lo observara con justa razón Maquiavelo, los ricos y poderosos jamás van a dejar de percibir a cualquier gobernante como un intruso, aun aquellos que se desvivan por complacerlos. Mucho más si quien lleva las riendas del estado tiene la osadía de promover políticas antitéticas a sus intereses. Y, amenazada, aunque sea marginalmente por iniciativas reformistas, el tránsito desde la oposición institucional y las ofensivas tipo "*smart power*" (ataques a través de los medios, presiones diplomáticas, sanciones económicas, movilizaciones callejeras en defensa de la "libertad y la república", etcétera) a la contrarrevolución violenta es inexorable. A veces procede lentamente, pero en otros casos este tránsito se produce con la rapidez de un relámpago. La respuesta que debe dársele a la contrarrevolución y sus estrategias criminales y violentas no puede ser la misma que se concede, en épocas normales, a la oposición que juega dentro del sistema democrático. Venezuela es, otra vez, un ejemplo de las consecuencias que tuvo el hecho de no reaccionar con la suficiente energía ante las tácticas violentas de la fracción extremista y terrorista de la oposición cuando optó por la subversión pocos meses después del triunfo de Nicolás Maduro en la elección presidencial que tuvo lugar en abril del 2013. Esta política, inspirada en el sano propósito de evitar la escalada de la violencia, tuvo por resultado exactamente lo contrario con las "guarimbas" del 2014 y 2017. Al no poder defender eficazmente el orden público mediante la represión legal de los violentos la actitud conciliatoria del gobierno facilitó que el sector extremista se convirtiese en la fracción hegemónica de la oposición, subordinando e intimidando a las menguantes fuerzas opositoras que seguían apostando a los dispositivos institucionales. El resultado fue una larga demora en la pacificación del país, y un muy elevado número de muertos, heridos y propiedades públicas y privadas destruidas por la violencia desatada por el sector terrorista de la oposición, amén de darle pábulo a las campañas internacionales de satanización del gobierno de

Nicolás Maduro.[12] No muy diferentes son las enseñanzas que se derivan de un país que tenía un sólido andamiaje institucional como el Chile de Allende: allí la oposición fue desleal desde el principio, imponiendo condiciones extorsivas para que el Congreso Pleno consagrara a Salvador Allende como presidente y poniendo en marcha un plan destituyente a dos niveles, en coordinación con Washington: por una parte, desde el Senado y la Cámara de Diputados y toda la "artillería mediática" dominada sin contrapesos por la derecha, con el desembozado apoyo de "la embajada" que a pedido de Nixon contaba con grandes sumas de dinero para financiar la "reanimación de la sociedad civil" (llámese paro y sabotaje de gremios camioneros, infiltración en ciertos grupos del movimiento obrero, la tristemente célebre huelga de los mineros de El Teniente, etcétera) y la formación de nuevos liderazgos políticos en preparación para el "cambio de régimen" ferozmente impulsado por Washington y que veía en Chile, y en Salvador Allende, un socio crucial para la estabilización definitiva de la Revolución Cubana. No es un dato menor que a medida que la Unidad Popular consolidaba su predominio electoral y el respaldo popular en las elecciones municipales de 1971 –en las cuales aquella mejoró sensiblemente la votación obtenida en septiembre de 1970– y las parlamentarias de 1973 (todo esto pese a los sabotajes, al desabastecimiento programado, la violencia de grupos fascistas como "Patria y Libertad" y la feroz campaña para destituir con un voto en el Senado al presidente Allende) la derecha se dejaba ganar por su vocación golpista y criminal, plegándose de modo escandaloso, inmoral y antipatriótico a los planes urdidos por Washington para acabar, "para siempre", con la tentación del socialismo. Todos estos nefastos personajes: Andrés Zaldívar, Patricio Aylwin, Eduardo Frei, y tantos otros, paradojalmente reaparecerían tiempo después galardonados como los "padres" de la democracia refundada en Chile.

12. Téngase en cuenta que por orden del presidente Nicolás Maduro la Guardia Nacional Bolivariana salía a la calle a restaurar el orden desquiciado por los violentos pero con la explícita prohibición de llevar armas de fuego. Estas solo fueron autorizadas cuando los ataques de la oposición adquirieron extraordinaria violencia, produciendo un gran número de víctimas, heridos y muertes. No obstante, estas actividades tuvieron lugar en una veintena de municipios controlados por la derecha, cuyas fuerzas de seguridad convalidaban el accionar de los violentos. En Venezuela hay 335 municipios.

3. **Todo proceso de cuestionamiento al capitalismo en el plano nacional desencadena una respuesta internacional**. Esto es así porque el capitalismo es un sistema-mundo, al decir de Immanuel Wallerstein, signado por el imperialismo, con ramificaciones locales pero completamente internacionalizado y que tiene un "Estado Mayor" que se reúne anualmente en Davos y un conjunto de instituciones de alcance planetario que funcionan como los perros guardianes que custodian los privilegios y las prerrogativas del capital. Casos concretos: el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio, la Comisión Europea, a las cuales hay que agregar organizaciones informales como el grupo Bilderberg y la ahora desfalleciente Comisión Trilateral. El internacionalismo socialista es un requisito indispensable para la sobrevivencia de estos procesos transformadores, solo viables si se construye una adecuada correlación internacional de fuerzas. Puede ser un país grande, como lo fue la República Soviética en los primeros años de la revolución; o pequeñísimo, como la isla de Granada, en el Caribe en 1983, pero la respuesta de la "internacional burguesa" será siempre la misma: aplastar a las fuerzas insurgentes, cortar de raíz ese proceso y evitar la propagación del virus revolucionario. Y si para ello es necesario destruir un país se lo destruirá sin miramiento alguno. Se lo hizo, pero no de manera irreversible en Rusia que luego resurgiría como el ave fénix para recuperar su papel protagónico en la escena internacional; se lo hizo por completo en Granada, y en gran medida en Libia, Irak, Afganistán, y se lo está haciendo ahora en Siria e infructuosamente en Cuba desde 1959 y en Venezuela en los últimos años. Aunque en la academia el tema del imperialismo no se tiene casi nunca en cuenta y provoca reacciones alérgicas del profesorado convencional en ciencias sociales, los decisores de la política de Estados Unidos saben que su país es el centro de un imperio y ya no tienen empacho en decirlo. Dos perlas apenas para ratificar lo dicho: las declaraciones de Karl Rove, principal consejero del presidente George W. Bush cuando dijo "Nosotros ahora somos un imperio, y cuando actuamos creamos nuestra propia realidad. Y mientras usted está estudiando esa realidad –si quiere, juiciosamente– nosotros actuaremos otra vez, creando otras nuevas realidades que usted puede estudiar también. Nosotros somos los actores de la historia,

y usted, todos ustedes, deberán conformarse con tan solo estudiar lo que nosotros hacemos".[13] Y la más reciente del fugaz ex secretario de Estado de Donald Trump, Rex Tillerson, cuando afirmara que "Estados Unidos está estudiando la forma de derrocar a Maduro. Las diferentes agencias de información e inteligencia de Estados Unidos están evaluando qué acciones pueden tomar para forzar al presidente de Venezuela a abandonar el poder de forma voluntaria o imponer un cambio de gobierno en el país".[14]

La omnipresencia del imperialismo es tan agobiante en Nuestra América que ha terminado por ser naturalizada. Es como el aire: está en todas partes y tal vez por eso se torna invisible. La inmadurez política de las fuerzas populares todavía no ha comprendido esta importante lección y no perciben la forma en que el imperialismo actúa de manera coordinada y en un tablero de ajedrez planetario. Y tampoco como, bajo ciertas circunstancias, algunas de sus reivindicaciones son altamente funcionales a la estrategia desestabilizadora del imperio. Por ejemplo, las ígneas críticas a los gobiernos progresistas por la deuda ambiental, el "extractivismo" y su incapacidad para cambiar la matriz productiva, críticas justas en algunos casos –no todos, por cierto– pero que no pueden agitarse indiscriminadamente y sin tener en cuenta quién será el sujeto político que, al final del día, capitalizará esos cuestionamientos. Sobre todo cuando es evidente que el imperio ha poblado a nuestros países con centenares, sino miles, de ONG presuntamente bien intencionadas y que defienden causas justas y nobles pero que en muchos casos no dejan de ser tentáculos de la política exterior de Estados Unidos y agentes efectivos de debilitamiento de los gobiernos populares.

La omnipresencia del imperio y su alta capacidad de organizar a la clase dominante mundial se pone de manifiesto cuando se contrapone la organicidad de Davos con la absoluta inorganicidad del Foro Social Mundial de Porto Alegre que, en una opción suicida, su Consejo Internacional votó en contra de la creación de un organismo

13. Entrevista concedida *off the record* a Ron Suskind, *New York Times Magazine*, 17 de octubre de 2004, citada en Karen van Wolferen (2017).

14. Disponible en http://www.publico.es/internacional/crisis-venezuela-secretario-eeuu-dice-estudiando-forma-derrocar-maduro.html

de coordinación mundial de las luchas populares. Por eso el internacionalismo de las fuerzas populares es condición necesaria para librar exitosamente la batalla contra el de la derecha y las fuerzas de la burguesía imperial y sus aliados. De ahí la importancia de la ideas de Fidel, del Che y de Chávez que se plasmaron en la Unasur y la Celac y en otras iniciativas integracionistas y latinoamericanistas como la que en su momento formulara Chávez para intentar crear una V Internacional, misma que no obtuvo el eco que hubiera sido deseable. Cuando se la discutió en el ámbito del Foro Social Mundial el rechazo fue casi unánime. ¿El argumento? No debía bajo ningún pretexto recrearse una nueva III Internacional estalinista. Razonamiento absurdo porque las condiciones históricas y los sujetos políticos eran completamente diferentes a los de ochenta años atrás, pero la resistencia fue tan fuerte que no hubo modo siquiera de acordar la creación de una pequeña oficina de coordinación internacional de las luchas contra las megacorporaciones y sus políticas predatorias que operan a escala planetaria y según una estrategia mundial de dominación.[15]

La existencia de un partido revolucionario, el "Príncipe Colectivo" de Gramsci, es esencial para el éxito de todo el proceso. Esto no significa asumir como modelo de partido el teorizado por Lenin en el ¿Qué Hacer? (uno de los cuatro modelos de partido elaborados por el revolucionario ruso), pero subrayar la importancia de contar con una formación política preparada ideológica y prácticamente –es decir, con cuadros, estructuras, vinculaciones nacionales e internacionales– para asumir la dirección del proceso. La ausencia de ese partido (en la Bolivia de la Asamblea Popular de Juan José Torres en 1971; o en Venezuela antes de la creación del Partido Socialista Unido de Venezuela); o su fragmentación (los seis partidos de la Unidad Popular en Chile); o la dilución o abandono de sus ideas fundacionales, como ocurriera con el Partido de los Trabajadores en Brasil o la socialdemocracia en Europa y en América Latina (el Partido Revolucionario Institucional en México, el Partido Aprista Peruano, Liberación Nacional en Costa Rica) en cualquiera de sus variantes es casi

15. Valiosos antecedentes de esta visión internacionalistas fueron la Organización Latinoamericana de Solidaridad, OLAS, creada a comienzos de 1966 en La Habana y, la fundación de la Tricontinental. Fidel, el Che y Salvador Allende fueron figuras centrales de estas iniciativas.

siempre fatal para el futuro del proceso revolucionario. Esto no significa minimizar la influencia de otros formatos de organización política, como los movimientos sociales, con los cuales es imprescindible lograr una virtuosa articulación. Pero a la hora de plantearse la conquista del poder y poner en marcha un proyecto refundacional orientado hacia el socialismo, estos no pueden sustituir al "Príncipe Colectivo" en la tarea de ofrecer una visión totalizadora e integral del proyecto emancipatorio, superadora de los particularismos de los movimientos y de las enormes limitaciones del espontaneísmo de las masas, capaces de producir heroicas acciones de rebelión y resistencia pero no necesariamente de asegurar la conquista del poder, el problema número uno de toda revolución según los clásicos del marxismo. Gramsci afirmó en numerosas ocasiones la necesidad de asegurar una "proporción definida" –si bien variable históricamente y acorde con las características de la fuerza política– entre la dirección del partido, sus cuadros y su base social. Una dirección política que carece de cuadros intermedios difícilmente podría gobernar eficazmente; y si no cuenta con una base social ni siquiera accederá al gobierno, ni hablemos de conquistar el poder. Una dirección, por esclarecida y preparada que sea, necesita combinarse con aquellos otros dos componentes. En la medida en que lo logre y, además, organice adecuadamente sus fuerzas, ejerza una dirección intelectual y moral sobre sus miembros y elija la estrategia general y las tácticas particulares adecuadas para el momento histórico podrá convertirse en clase dominante y conducir a la sociedad hacia la construcción de un orden social superior, necesariamente poscapitalista. Como queda claro en el razonamiento de Gramsci (1949), no hay lugar para "automatismos históricos" que predican que si se dan las condiciones objetivas para el salto revolucionario este necesariamente habrá de producirse, obviando la mediación de la correcta construcción del partido y su adecuada organización, es decir del factor subjetivo.[16] Observación esta tanto más importante en momentos como los actuales caracterizados por una intensificación de las "condiciones objetivas" para la revolución

16. Hemos analizado el problema de la estrategia y táctica de las fuerzas contestatarias en Atilio A. Boron (2013).

–principalmente la superexplotación y pauperización de las masas– y el retraso en la maduración de las "condiciones subjetivas" (conciencia, organización, estrategias y tácticas políticas correctas) imprescindibles para la conquista del poder.

4. **La educación, la concientización política al estilo Paulo Freire es una condición esencial del triunfo de cualquier proyecto reformista o revolucionario**. Es lo que plantea Lenin en su cuarta teorización sobre el partido: la primera se plasma en el ¿Qué Hacer? cuando bajo el despotismo zarista los bolcheviques debían operar en la clandestinidad; luego de la revolución de 1905 el POSDR-bolchevique adopta el formato clásico de los partidos de la II Internacional; en la inminencia de la Revolución de Octubre aparece la tercera teorización de Lenin, el partido se eclipsa y el protagonismo lo asumen los soviets. "Todo el poder a los soviets" es su consigna al llegar a la Estación Finlandia, para estupor de sus camaradas de partido; la cuarta conceptualización la elabora a comienzos de la década de 1920 y tiene al partido como educador, como formador de la nueva civilización, creador de la contrahegemonía gramsciana y del "hombre nuevo" del Che.[17] Y esta es la tarea fundamental, que desgraciadamente no hicieron, o hicieron de modo incompleto y mal, los procesos emancipatorios del "ciclo progresista" que se iniciara con el ascenso de Hugo Chávez Frías a la presidencia de Venezuela. En todas estas experiencias se cayó en el error de pensar que el "*boom* de consumo" crearía conciencia política; que los gobiernos que se preocuparan por impulsar una política social de avanzada que sacara de la pobreza extrema a millones de personas cosecharían la lealtad y la gratitud de los redimidos. Lo lograron solo parcialmente porque una parte nada insignificante de esos sectores populares incorporados al consumo y empoderados con nuevos derechos no se identificaron con los gobiernos que habían acudido a socorrerlos ni cerraron filas en torno de sus organizaciones partidarias o sus candidatos.[18] Bombardeado implacablemente por la artillería

17. Hemos examinado en detalle este asunto de las cuatro versiones de la teoría leninista del partido en Estudio Introductorio. Actualidad del ¿Qué hacer? (2005).

18. No necesariamente significa que todos estos desafectos hubiesen votado por la derecha. En algunos casos esto se manifestó por un llamativo ausentismo ante las convocatorias electorales, reflejo de la

mediática de la derecha y el imperialismo, un sector nada desdeñable de las clases populares, obnubilado por su renovado poder adquisitivo o por el acceso a bienes sociales como educación, salud y seguridad social, hizo suyas las aspiraciones y orientaciones político-ideológicas de los conservadores sectores medios. En palabras de Frei Betto, estos gobiernos progresistas más que ciudadanos crearon consumidores, y estos actuaron políticamente como tales. Imitaron no solo las pautas de consumo de las capas medias sino también sus orientaciones políticas y una parte de estos sectores empoderados y mejorados económicamente optaron por votar por sus verdugos. El caso de la Argentina, con el triunfo de Mauricio Macri, es solo el ejemplo más resonante de tamaña desorientación en la conciencia de las clases trabajadoras y el heteróclito conjunto de las capas populares. Pero con resultados menos espectaculares que los padecidos por la Argentina con un cambio de gobierno y de signo político, procesos similares se registraron sin excepción en todos los demás países con gobiernos progresistas o de izquierda. Bolivia, Ecuador y Venezuela no han sido excepciones a esta "revuelta de los incluidos" (Arredondo y Boron, 2017).

5. **El peligro de la burocracia**. Para que el partido y el gobierno de una revolución puedan cumplir su misión histórica se requiere un denodado esfuerzo para evitar la deformación burocrática y fortalecer el debate y la democracia protagónica de base. Esta degeneración tiene profundas raíces sociológicas y no es nada fácil de contrarrestar. En términos gramscianos, se trata del predominio aplastante de los cuadros intermedios del partido que introducen un descontrolado proceso de burocratización que muy a menudo neutraliza su impulso transformador. Lenin se percató de la gravedad del problema en los últimos años de su vida. Mao lo advirtió a tiempo y por eso lanzó su Revolución Cultural concebida para abortar la incipiente deformación burocrática de la revolución china. Era una idea correcta pero que desató una dinámica política que

"despolitización" que promueve el neoliberalismo como ideología individualista y privatista. Me parece que la baja tasa de participación electoral en la última elección presidencial de Venezuela, el 20 de mayo de 2018, podría estar reflejando esta actitud aunque la complicada situación económica de Venezuela también jugó un papel importante en provocar este comportamiento.

se le escapó de sus manos y produjo consecuencias desastrosas. Pero, insisto, la lucha contra el burocratismo y el "sustitutivismo", es decir, el reemplazo del protagonismo de la base por la gestión excluyente y desmovilizadora de los cuadros es una tarea de excepcional trascendencia. Lo anterior es tanto más importante si se recuerda que el estado, todo estado, aún el revolucionario, es una institución que abriga en su seno tendencias profundamente conservadoras. La burocracia lo es, y no hay estado sin burocracia y la lógica weberiana de la misma hace que el funcionariado, aún el de los estados revolucionarios, llegue inclusive a ser poco amigable con las iniciativas de cambio impulsadas "desde abajo", desconfíe del activismo de las masas, prefiera las discusiones "a puertas cerradas" de las grandes decisiones que debe tomar el gobierno y manifieste una tendencia a buscar soluciones "técnicas" cuando toda la vida social está inficionada de la política. Esto supone, en consecuencia, que los gobiernos progresistas deben alentar la organización autónoma de la base popular y el más amplio debate sobre las cuestiones y desafíos cruciales con que se enfrenta el proyecto transformador. Cuestión muy difícil porque aun aquellos gobiernos más radicales y favorables al protagonismo plebeyo se sienten amenazados cuando sus propias organizaciones, identificadas con el proyecto emancipatorio y anticapitalista –a menudo vinculadas mediante lazos de tipo clientelístico– se proponen actuar de manera independiente y ponen en cuestión algunas políticas gubernamentales. Esto para ni hablar del permanente acecho que el imperialismo ejerce sobre estos movimientos –ecologistas, indigenistas, juveniles, de mujeres, lesbianas, gays, transexuales y bisexuales, intersexuales, queers y cualquier otra minoría que no se sienta suficientemente representado con las siglas (LGTBIQ+), etcétera– y el estímulo a sus acciones contestatarias a través de una densa red de ONG que, poco a poco, van penetrando en esas organizaciones y socavando la legitimidad de los gobiernos progresistas. Este puede ser un problema, sin duda. Pero otro más serio es cuando esas organizaciones están controladas jerárquicamente "desde arriba", cerrando la discusión en la base y maniatadas por el poder porque, en tal caso, su utilidad para la lucha política es igual a cero. Su debilidad y su docilidad ante las directivas gubernamentales o de la conducción partidaria lejos de fortalecer

al gobierno de izquierda terminan debilitándolo. Es una dialéctica compleja y difícil, y la reacción de los gobernantes siempre es de suma suspicacia en relación a este tema. En línea con esto por algo decía Chávez: ¡"Comunas o nada!".

6. **Una cosa es el acceso al gobierno y otra completamente distinta y mucho más ardua la conquista del poder del estado**. Este es el entramado burocrático y administrativo de las clases dominantes en sus diversas expresiones: en la economía, la política, la prensa, las fuerzas armadas, las instituciones judiciales, los gobiernos locales, la iglesia, etcétera. Es lo que en la ciencia política norteamericana académicos heterodoxos como Peter Dale Scott (2014) llaman *deep state*, un gobierno profundo, que vive en las sombras, electo por nadie, responsable ante nadie, que debe rendir cuentas ante nadie, que conecta y articula los intereses más poderosos de la sociedad con absoluto desprecio de la voluntad ciudadana. Hoy el núcleo esencial del estado capitalista reposa en dos poderes íntimamente entrelazados: el del mundo de las finanzas, en tanto fracción hegemónica que dirige al conjunto de las fracciones del capital; y el poder mediático controlado por un puñado de gigantescos oligopolios comunicacionales. Con el primero se definen las condiciones materiales del proceso de acumulación y de la reproducción de la vida social; con el segundo, se controlan los cerebros y corazones, las creencias y los afectos de los individuos y grupos que constituyen la trama profunda de la sociedad civil. Quien controla estos dos poderes, controla el poder del estado. Llegar al gobierno es un buen paso adelante, pero sin audaces y vigorosas iniciativas en el mundo de las finanzas y las comunicaciones el poder social permanecerá incólume, aunque deba coexistir con un gobierno que, aunque antagónico, carece de la fuerza necesaria para someterlos a su dominio. Si la ocupación del gobierno por una fuerza de izquierda no se complementa con la dinámica avasallante de la calle, es decir, con la organización y movilización política de las clases y capas populares y su concientización, es bien poco lo que podrá hacer. La neutralización, esterilización o expropiación de aquellas fuentes no democráticas e invisibles del poder es esencial para garantizar el futuro de cualquier reforma y mucho más de cualquier revolución. Tal vez

uno de los rasgos más salientes, paradojales y desalentadores de la coyuntura actual en países como Argentina, Brasil y Chile sea el hecho de que los detentadores del poder real –el gran empresariado capitalista y sus agentes corporativos– conquistaron el gobierno, revirtiendo un proceso inconcluso por el cual las fuerzas de izquierda que habían llegado al gobierno fracasaron en sus proyectos –en caso de que los hubieran tenido– de conquistar el poder, tarea imposible sin un ataque a fondo de las oligarquías financieras y mediáticas. Ahora en aquellos países se produjo un movimiento exactamente en la dirección contraria y son estas oligarquías quienes se apoderan del gobierno, legalizando y constitucionalizando su despotismo *de facto* ejercido desde las finanzas y los medios de comunicación y vaciando de todo contenido sustantivo al proceso democrático.

Nada de esto es novedoso. Ya lo decía con toda claridad Maquiavelo cuando observaba que la grandeza de la república romana reposaba sobre el equilibrio entre el Senado (es decir, la nobleza) y el Tribuno de la Plebe, o sea, el pueblo. En términos contemporáneos diríamos que para contar con una democracia digna de ese nombre y por lo tanto imbuida de un espíritu profundamente revolucionario o por lo menos reformista se necesita un adecuado balance entre las instituciones del estado y la calle. Pregunta: ¿era la situación económica del Brasil mucho peor que la que caracterizaba a Venezuela en 2017, en medio del vendaval de las "guarimbas"? No. Y entonces, ¿por qué cayó Dilma, indefensa, ante una caterva de bandidos y corruptos como los que la juzgaron y depusieron de la presidencia y en cambio no cayó Maduro, acosado por una ofensiva política, paramilitar, diplomática y mediática en medio de una gravísima crisis económica? Respuesta: porque cuando el bolivariano sale al balcón del Palacio de Miraflores tenía medio millón de seguidores dispuestos a pelear por su gobierno y cuando Dilma abría el balcón del Palacio del Planalto en la plaza solo estaba el jardinero haciendo su trabajo. Su gobierno y el de Lula habían desmovilizado a todas las organizaciones populares, comenzando por el Partido de los Trabajadores (PT), siguiendo por la Central Única dos Trabalhadores (CUT) y así sucesivamente. Y cuando las hienas del mercado se abalanzaron sobre Dilma

la presidenta cayó en la cuenta de que estaba indefensa, a merced de sus verdugos. Al igual que su predecesor y tantos otros gobiernos de izquierda y progresistas de la región había caído en la trampa del "fetichismo democrático", alucinación fatal que lleva a gobernantes y partidos en el gobierno a creer que porque controlan ciertas –¡ni siquiera todas!– ramas y agencias del gobiernos en sus diferentes niveles ya conquistaron el poder. Y cuando se presenta la crisis, o cuando los poderes tradicionales creen que ha llegado el momento de desalojar a los intrusos llegados sobre los hombros del ciclo ascendente de la movilización popular, la virulencia del poder y sus agentes aparece con toda su intensidad: huelga de inversiones, corridas bancarias, megadevaluaciones de la moneda local, fuga de capitales, desabastecimiento programado, brutal ofensiva mediática y diplomática, el uso del *lawfare*, es decir, la manipulación de jueces, fiscales y legisladores y la tergiversación de leyes e instituciones como nueva forma de producir golpes de estado o para tratar de sacar de la arena electoral a líderes como Lula, Rafael Correa, Cristina Fernández y Fernando Lugo. En suma, "golpes blandos" pero crueles y sanguinarios que expresan un ataque combinado desde todas las ciudadelas del capital, dentro y fuera del país y con todas sus armas. Y si en esa coyuntura los gobiernos no cuentan con la calle, es decir, con el pueblo organizado y concientizado, están perdidos. Serán destruidos por la propia dinámica institucional del estado que, es preciso recordarlo, sigue siendo un estado burgués ocupado por gobiernos que pretenden construir un mundo poscapitalista. El único estado socialista en América Latina y el Caribe se encuentra en Cuba, y por eso su lógica de funcionamiento es distinta. En todos los demás casos aquella lógica tiene por misión la reproducción permanente del capitalismo y la dominación de los capitalistas. Por eso es que sin el contrapeso de la calle estos gobiernos pueden ser fácilmente derrocados sea vía "golpe institucional", como en Brasil; sea vía electoral, como en Argentina; o por la infame defección de alguno de sus dirigentes, como en Ecuador.

De todos modos, la historia está abierta, y los lúgubres pronósticos de los profetas del "fin de ciclo progresista" están lejos de haberse cumplido. Si algo caracteriza el momento actual de América Latina, a mediados del 2018, es el sonado fracaso de los gobiernos de derecha y su incapacidad

–y la de sus mentores en Washington– para poner en marcha un ciclo conservador capaz de neutralizar los avances registrados a partir de 1999 en numerosos países de América Latina. No solo la Revolución Cubana ha resistido el criminal bloqueo de Estados Unidos sino que su ejemplo brilla cada vez con más intensidad. En Brasil, la derecha orquestó un "golpe blando" pero en poco más de dos años no ha podido crear una fuerza política o un liderazgo susceptible de derrotar a Lula en la arena electoral, y no sería de extrañar que mediante otra "tramoya" leguleya se posterguen las elecciones programadas para octubre de este año. En la Argentina, el futuro del macrismo es por lo menos incierto y lo que hasta hace un año se daba como un éxito seguro en las presidenciales del 2019 hoy es motivo de múltiples y generalizadas preocupaciones en la Casa Rosada. En Perú, el abanderado del neoliberalismo hemisférico, hombre de total confianza de Estados Unidos, Pedro Pablo Kuczynski, tuvo que renunciar ante la abrumadora evidencia de haber recibido sobornos de grandes empresas y en medio del generalizado desprestigio de su fuerza política. En México, país cogobernado por el FMI y el PRI y el PAN desde 1982, el neoliberalismo sufrió su más aplastante derrota a nivel continental cuando el candidato Andrés Manuel López Obrador derrotó a sus adversarios empinándose por arriba del 53% de los votos válidos, casi cuarenta punto más que el candidato del PRI y treinta por encima del postulante del PAN. Si de ciclos se habla lo que se vislumbra en el horizonte es un relanzamiento del ciclo progresista más que el avance de la restauración conservadora. Los ocho millones de votos conseguidos por Gustavo Petro en Colombia expresan lo mismo. Las contradicciones del capitalismo, sobre todo en la periferia, trabajan incesantemente para crear las condiciones para el surgimiento de distintas variantes de izquierda, más moderadas que las de inicio de siglo pero igualmente deletéreas para la dominación imperialista en Nuestra América. No son tiempos para solazarse en el optimismo, porque los problemas y desafíos son muchos. Pero tampoco para caer en un desesperanzado pesimismo, porque los datos de la realidad no respaldan tan negativo talante a pesar de la intensa campaña de los profetas del desánimo y el derrotismo, con su insidiosa invitación a bajar los brazos, desmovilizarnos, despolitizarnos y caer en la resignación.

Conclusión

Lo expuesto más arriba permite apreciar como algunos de los problemas que atribularon a la Revolución Rusa desde sus inicios se reproducen, por supuesto que con características diferentes habiendo transcurrido un siglo, en los procesos reformistas y emancipatorios de América Latina. El marco histórico y geográfico es completamente distinto; los actores no son los mismos; el sistema internacional experimentó profundas mutaciones; el encuadre geopolítico latinoamericano que nos sitúa como el "patio trasero" del imperio es radicalmente diferente al que prevalecía en Rusia con el triunfo de la revolución, pero la dinámica de la lucha de clases y su expresión en el plano del estado y, como decía Gramsci, de "las superestructuras complejas" revela sorprendentes paralelismos y recurrencias que constituyen útiles lecciones que sería por lo menos imprudente no considerar seriamente y que conforman el andamiaje básico de lo que con cierta cautela podríamos considerar como una "sociología de las revoluciones".

A un siglo del emblemático cañonazo del Aurora que marcó el inicio de las jornadas de Octubre en Rusia, nuestra región enfrenta una encarnizada contraofensiva imperialista dispuesta a barrer con los avances registrados desde finales del siglo pasado. El proyecto norteamericano no podría ser más ambicioso: cerrar el odioso (para Washington, por supuesto) paréntesis abierto por la Revolución Cubana y restablecer la "normalidad" en el hemisferio, entendida aquella como la instauración de una dócil colección de gobiernos sumisamente plegados a los designios, mandatos y prioridades de la Casa Blanca. Para evitar tan fatídico desenlace será preciso hacer memoria y recordar las enseñanzas de los padres fundadores de la Patria Grande: Bolívar, San Martín, Artigas y tantos otros, y más tardíamente en el siglo XIX, las de Martí. Pero también tomar nota de los avatares corridos por otros procesos revolucionarios, y el caso de la Revolución Rusa por muchos motivos es de una especial trascendencia para nuestros pueblos. En este trabajo procuré explorar ese terreno, en la esperanza de que otros se sumen a esta empresa colectiva para, a partir del conocimiento de la experiencia soviética y de los procesos progresistas contemporáneos, poder discernir las

formas más efectivas para profundizar y radicalizar nuestras experiencias emancipatorias y evitar la comisión de algunos errores que están ocasionando grandes sufrimientos a nuestros pueblos y amenazan con desandar, al menos en parte, el sendero ascendente recorrido en las últimas dos décadas.

Bibliografía

Arismendi, R. (1976). *Lenin, la revolución y América Latina.* México: Grijalbo.

Arkonada, K. y Klachko, P. (2016). *Desde abajo, desde arriba. De las resistencias a los gobiernos populares: escenarios y horizontes del cambio de época en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo.

Arredondo, M. y Boron, A. (Comp.). (2017). *Clases medias argentinas. Modelo para armar.* Buenos Aires: Luxemburg.

Boron, A. (2003. 5ª edición corregida y aumentada). *Estado, capitalismo y democracia en América Latina.* Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2005). Estudio Introductorio. Actualidad del ¿Qué hacer? en V. I. Lenin. ¿Qué Hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento, (13-73). Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Boron, A. (2012). Strategy and tactics in popular struggles in Latin America en L. Panitch, G. Albo y V. Chibber (Eds.). *Socialist register 2013: The question of strategy*. (241-254). Londres: Merlin Press.

Boron, A. (2014, 4ª edición corregida y aumentada). *América Latina en la geopolítica del imperialismo.* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg. Premio Libertador al Pensamiento Crítico, 2012.

Boron, A. y Klachko, P. (2016). Sobre el 'post-progresismo' en América Latina: aportes para un debate. *Rebelión*, 24 de septiembre. http://rebelion.org/noticia.php?id=217125.

Castro Ruz, F. (1962). *Segunda Declaración de La Habana: Por su única, verdadera e irrenunciable independencia.* http://www.fidelcastro.cu/es/documentos/segunda-declaracion-de-la-habana

Echegaray, P. (2010). *Notas sobre la revolución latinoamericana.* México: Ocean Sur.

García Linera, A. (2017). ¿Fin de ciclo progresista o proceso por oleadas revolucionarias? *Rebelión*, 24 de junio. http://www.rebelion.org/noticia.php?id=228311

Gramsci, A. (1949). *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo stato moderno*. Torino: Giulio Einaudi.

Guevara, E. (1965). El Socialismo y el hombre en Cuba. *Marcha* (Montevideo), 12 de marzo. https://www.marxists.org/espanol/guevara/65-socyh.htm

Guevara, E. (1967). Carta a los pueblos del Mundo en la Tricontinental. *Revista Tricontinental,* órgano del Secretariado Ejecutivo de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL). La Habana, Cuba, 16 de abril. Suplemento especial. https://www.marxists.org/espanol/guevara/04_67.htm

Guevara, E. (2006). *Apuntes Críticos de Economía Política.* La Habana: Ocean Press.

Holloway, J. (2002). *Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder*. Buenos Aires: Herramienta.

Lenin, V. I. (1974). Contra La Burocracia / Diario de las Secretarias de Lenin. *Cuadernos de pasado y presente.* 25. Buenos Aires: Siglo XXI. Traducción de Juan José Real.

Losurdo, D. (2011). *Stalin. Historia y Crítica de una Leyenda Negra.* Barcelona: El Viejo Topo.

Scott, P. D. (2014). *The American Deep State: Wall Street, Big Oil, and the Attack on U.S. Democracy*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield.

Stavenhagen, R. (1981) [1965] Siete tesis equivocadas sobre América Latina en *Sociología y Subdesarrollo,* (15-84). México: Nuestro Tiempo.

Wolferen, K. van. (2017). Karl Rove's Prophecy: "We're an Empire Now, and When We Act, We Create our Own Reality". http://www.globalresearch.ca/karl-roves-prophecy-were-an-empire-now-and-when-we-act-we-create-our-own-reality/5572533

Populismo: una digresión sobre la experiencia reciente*

El auge de la teorización y las denuncias contra los frutos del ciclo progresista que, con sus avances y retrocesos, siguen marcando la agenda política de América Latina.[1] La progresiva desintegración del imperio americano y la decadencia de Estados Unidos reconocida aún por sus mayores estrategas e intelectuales imperiales tienen como una de sus consecuencias el holocausto del Oriente Medio (Irak, Libia, ahora Siria) y cinco millones de refugiados que golpean a las puertas de la fortaleza europea sin que sus clases dominantes quieran hacerse cargo del asunto. Pero, en términos prácticos, la Unión Europea es un espectro que deambula por el sistema internacional incapaz de hacer honor a lo mejor de la tradición humanista y comenzar a pagar los costos de sus crueles aventuras coloniales en diversas partes del mundo. La migración del África Subsahariana es otro de sus componentes. El resultado: la irrupción de fuerzas xenófobas y racistas que, al igual que ocurriera más recientemente con Donald Trump, fueron rápidamente caracterizadas como populistas por la opinión establecida y los académicos convencionales.

---

* Boron, A. (2018). *Cuba Socialista, Revista Digital*, 7 de marzo. http://www.cubasocialista.cu/2018/03/07/populismo-una-digresion-sobre-la-experiencia-reciente/

1. El debate sobre este ciclo político se intensificó a partir de la victoria del neoliberal Mauricio Macri en la elección presidencial (Argentina, 2015) y el fraudulento, ilegal e ilegítimo golpe institucional que depuso a la presidenta Dilma Rousseff (Brasil, 2016). Un resumen se encuentra en Atilio A. Boron y Paula Klachko (2016). El argumento canónico del fin de ciclo lo plantea un trabajo de Massimo Modonesi y Maristela Svampa (2016). Una amplia discusión sobre el asunto se encuentra en el dossier de ALAI (2016). Una visión de conjunto de todo el ciclo iniciado en 1999 lo ofrecen Arkonada y Klachko (2016).

El término populismo tiene una larga historia y es bien sabido que no se originó en nuestro continente. Su génesis se encuentra en los debates políticos de la Rusia zarista. En 1894 Lenin escribió su obra ¿Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo combaten a la socialdemocracia?, introduciéndose de lleno en el debate de la época contra los *narodniki*, o sea, los populistas rusos. Estos planteaban, en esencia, que la formación social rusa tenía caracteres tan específicos y originales que la tornaban irreductible a la lógica del capital. Sus esperanzas estaban puestas en la rebelión de las masas campesinas contra el zarismo y los terratenientes, confiando en que de este modo Rusia podría llegar al socialismo sin tener que pasar por las horcas caudinas del capitalismo. De este lado del Atlántico, en Estados Unidos, hacia finales del siglo XIX, el término populismo se había convertido en parte del léxico usual y corriente de la vida política para aludir a los intereses de las capas populares del agro crecientemente desplazadas por el impetuoso avance del gran capital.

Pero sería en su migración hacia América Latina cuando el populismo adquiriría una significación diferente. En la década de 1960, autores como Gino Germani, Torcuato S. Di Tella, Silvio Frondizi, Fernando H. Cardoso, Francisco Weffort, Octavio Ianni, Aníbal Quijano, Julio Cotler, Agustín Cueva, Edelberto Torres Rivas, Pablo González Casanova y Arnaldo Córdova, entre otros, apelaron a él para caracterizar a un conjunto de regímenes y movimientos políticos surgidos en el marco de la crisis de la dominación oligárquica y signados por la tumultuosa irrupción de las masas en la vida política de algunos países de América Latina, principalmente en Argentina, Brasil, México y, en menor medida, en algunos otros de la región, aunque con características más atenuadas.[2] Fenómeno difícil de definir según todos los autores, el populismo combinaba un ascenso de la lucha y, en algunos casos, de la organización de las masas populares con un liderazgo carismático y una relación directa entre el líder y su base plebeya que ponía en cuestión no solo la dominación oligárquica sino también la mecánica de la democracia representativa. Para los autores instalados en una perspectiva marxista, el populismo

2. Ver Germani (1962; 1975), Di Tella (1965) y Di Tella, Germani e Ianni (1973). Un análisis reciente del tema, desde una perspectiva estructural, puede consultarse en Rajland (2008).

reflejaba un súbito cambio en la correlación de fuerzas entre los grupos dominantes tradicionales y los grandes segmentos del campo popular, especialmente una clase obrera urbana de muy reciente constitución, salvo en unos pocos países donde esta había aparecido, incipientemente, con anterioridad. Una irrupción, por lo tanto, que precipitó la crisis de la forma estatal propia de la oligarquía y que además desencadenó la emergencia de otra que la sustituyó, caracterizada por la emergencia de un nuevo bloque dominante y un significativo aumento de la autonomía relativa del Estado. Si en el Estado oligárquico las clases dominantes contaban con una institucionalidad que casi sin mediaciones transmitía e imponía sus intereses al conjunto de la sociedad, en la nueva situación el Estado capitalista mudó su estructura y su fisonomía y alcanzó grados inéditos de independencia en relación con aquellas, haciendo lugar a –y canalizando las demandas de– la masa plebeya (pequeña burguesía, obreros, jornaleros, trabajadores del campo) que tradicionalmente habían sido excluidos de la ciudadanía. Tal como lo plantearon en un notable libro Christine Buci-Glucksmann y Göran Therborn (1981) al analizar el caso europeo, el tránsito desde el viejo Estado liberal al Estado keynesiano significó no solo el cambio de un modelo de acumulación capitalista sino, inevitablemente, el establecimiento de un nuevo modelo de hegemonía burguesa, distinto al precedente y congruente con las nuevas necesidades del proceso de acumulación. La misma transición tuvo lugar en América Latina (no simultáneamente, debido al desigual desarrollo del capitalismo entre los diversos países de la región) una vez producido el derrumbe del modelo de desarrollo oligárquico-dependiente, para usar la expresión de Agustín Cueva. Solo que en nuestros países, insertos en el espacio geopolítico norteamericano, alejados de la influencia que sobre Europa proyectaba el siempre peligroso ejemplo de la Unión Soviética y caracterizados por una historia social diferente, la forma específica en que se produjo ese reemplazo fue una variante muy peculiar del Estado keynesiano: el populismo y no el compromiso de clases socialdemócrata.

Es precisamente a causa de esto que en la concepción dominante en las ciencias sociales de mediados del siglo pasado el populismo remitía a una situación estructural caracterizada como un "empate de clases"

o, según otros, influidos por el pensamiento de Antonio Gramsci, un "equilibrio catastrófico", diagnóstico que era compartido aun por autores poco propensos a utilizar el análisis de clases o el marco teórico marxista en sus estudios sobre las sociedades latinoamericanas. Fue precisamente este rasgo el que motivó que algunos marxistas de la región utilizaran como fuente de inspiración para el estudio de este novedoso fenómeno las reflexiones de Marx sobre el bonapartismo francés, las de Engels sobre el bismarckismo alemán, las de Trotsky sobre algunas experiencias históricas de la Europa posterior a la Primera Guerra Mundial y las de Gramsci sobre los cesarismos "regresivos" y "progresivos".[3] En otras palabras, al referirse al populismo tanto unos como otros apuntaban a un momento especial de la historia de nuestras sociedades en el cual las nuevas clases populares emergentes así como ciertos estratos de la pequeña burguesía en alianza con sectores subordinados dentro del bloque dominante (como la burguesía industrial, por ejemplo) y con ciertas categorías sociales (como las fuerzas armadas o la burocracia estatal) rompieron el equilibrio tradicional del Estado oligárquico e inauguraron una nueva fase en el desarrollo de la sociedad. La forma estatal que plasmó esta nueva correlación de fuerzas, caracterizada, en realidad, por un "doble empate social", fue denominada por Francisco Weffort, como "Estado de compromiso". E insistimos en el concepto de "doble empate social" porque, contrariamente a las opiniones más difundidas, no se trató solo de uno sino de dos: por una parte, se dio un empate entre las nuevas masas populares y los sectores hegemónicos de la coalición populista (la burguesía y sus aliados en las fuerzas armadas y el aparato estatal); por otra parte, se produjo un empate entre

3. Una distinción que permite diferenciar al populismo del bonapartismo es la que establece que, mientras que en el primero el impulso ascendente de las masas es el que fija el ritmo y la dirección del proceso de cambio, en el segundo este predominio queda en manos de las "alturas" del aparato estatal y sus ocupantes, que se erigen entonces como los árbitros inapelables de las luchas de clases. Claro está que en los procesos históricos más logrados y de más larga duración, como el caso argentino, el ciclo populista agotado ya hacia finales de la década de 1940 dio lugar a la consolidación de un Estado bonapartista que, si bien reflejaba la nueva correlación de fuerzas que estaba en la base de la declinación oligárquica, hacía lo propio con la creciente desmovilización y el encuadramiento institucional de las masas. Podría decirse, en consecuencia, que el termidor del populismo se manifiesta en primer término en la constitución de un régimen bonapartista y, posteriormente, en su derrumbe definitivo y su desplazamiento a manos de una nueva coalición dirigida por el gran capital transnacional.

el bloque populista y los tradicionales detentadores del poder político, económico y social, subsumidos en aras de la brevedad bajo el nombre de "oligarquía". Doble empate, por ende, porque ni los nuevos sectores obreros pudieron sobreponerse a la "dirección burguesa" en el seno del movimiento y del Estado populistas y, también, porque esta coalición fue incapaz de quebrar la espina dorsal del *ancien régime* mediante una reforma agraria que debilitara irreversiblemente el poderío de los dueños de la tierra. No sorprende, por lo tanto, constatar la presencia de dos rasgos que caracterizaron a los Estados populistas a lo largo de toda su trayectoria, especialmente en países como Argentina donde el fenómeno se hizo presente con rasgos muy acentuados: por una parte, su inestabilidad y su alto grado de conflictividad social, producto precisamente de este irresuelto doble empate; por otro, la corta duración de estos experimentos, en realidad, fases transicionales que se extendieron entre el ocaso de la dominación oligárquica y el ascenso y la consolidación de un nuevo bloque dominante hegemonizado por el capital transnacional.

En otras palabras, los determinantes estructurales del populismo remiten a una fase en la historia del capitalismo latinoamericano y mundial en la cual la burguesía nacional se constituyó como dominante y pretendió llevar adelante su "misión histórica" de construir el mercado interno y, a partir de ello, poner en práctica un conjunto de políticas que hicieron posible ensayar en estas tierras una modesta versión del Estado de Bienestar keynesiano, por esos años en auge en la Europa de posguerra.[4] Pero tal como lo señala hasta la saciedad la literatura especializada en esta materia, ese proceso llegó a su fin, especialmente en la periferia capitalista, con la conformación de una nueva fracción de la clase dominante formada por las grandes empresas transnacionales y la posterior constitución de una "burguesía imperial" que eliminaría (o, en todo caso, subordinaría por completo) a los viejos restos de la burguesía nacional. En Argentina, este proceso de "destrucción creativa"

4. Los clásicos del marxismo latinoamericano, desde José Mariátegui hasta Fidel Castro, pasando por Ernesto 'Che' Guevara, jamás creyeron en la capacidad de las burguesías para reproducir en nuestra región la "misión histórica" que estas habían desempeñado en el ámbito europeo. Por eso Guevara se refería a ellas como "burguesías autóctonas", privadas de un proyecto nacional. El tiempo les dio la razón. Ver Guevara (1967).

del capital, para usar la expresión de Joseph Schumpeter, fue meticulosamente llevado a cabo; en México ocurrió casi lo mismo con la otrora poderosa burguesía nacional surgida al calor de la Revolución Mexicana y de las políticas del Estado priísta y más tarde diezmada por las políticas de Salinas de Gortari –especialmente el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá– y, luego, por los gobiernos del Partido Acción Nacional (PAN) y el inglorioso retorno del Partido Revolucionario Institucional (PRI) de la mano de Enrique Peña Nieto; en Brasil, ese sector sobrevive reducido a su mínima expresión en su volumen y su gravitación numérica y fuertemente ligado a –y dependiente de– la dinámica que imprimen las grandes transnacionales que pasaron a comandar, sin contrapesos, el proceso de acumulación capitalista que coronó su ofensiva con el derrocamiento de Dilma Rousseff del Palacio del Planalto. Extinguidas o al menos irreversiblemente debilitadas las burguesías nacionales, fragmentadas y atomizadas las clases populares que protagonizaron las grandes jornadas del populismo y agotada la etapa de los "capitalismos nacionales", el populismo pasó a ocupar un lugar en el museo político de las sociedades latinoamericanas. Por eso nada tiene que ver con nuestro presente y, mucho menos, con nuestro futuro.

Pese a todo lo expresado y para sorpresa de muchos, el populismo protagonizó un triunfal retorno en el mundo de la academia y en el lenguaje público. Claro que lo que regresa no es lo mismo: a diferencia de su primera aparición, cuando la teorización y el debate encontraban sus referentes externos y concretos en diversos movimientos y regímenes políticos –tales como el peronismo, el varguismo, el rojaspinillismo, el ibañismo, el aprismo–, ahora el concepto retorna al ruedo pero habiendo desaparecido la referencia terrenal que encendía las discusiones de la década de 1960. ¿Por qué?

A nuestro entender la razón es bien simple: porque en su espectral reencarnación el populismo reaparece ya no como el reflejo de una situación estructural ("equilibrio catastrófico", fin de la dominación oligárquica, etcétera) sino como un atributo general de la política, de toda política; o como un estilo de vinculación entre los líderes y las masas; o como una estrategia discursiva o una retórica. En todo caso, el rasgo que caracteriza esta resurrección es que se trata de una forma política

desprovista de contenido. Así concebido, el concepto se diluye hasta tal grado que, según uno de sus principales teóricos, Ernesto Laclau (2005), se convierte en coextensivo con la noción misma de política.

> Nuestro intento –dice este autor al pasar revista a los usos del concepto– no ha sido encontrar el *verdadero* referente del populismo, sino hacer lo opuesto: mostrar que el populismo no tiene ninguna unidad referencial porque no está atribuido a un fenómeno delimitable, sino a una lógica social cuyos efectos atraviesan una variedad de fenómenos. El populismo es, simplemente, un modo de construir lo político (p. 11, énfasis en el original).

Al promediar su ensayo, Laclau insiste en señalar que "siempre que tenemos esta combinación de momentos estructurales –la construcción de fronteras internas y la identificación de un 'otro' institucionalizado–, cualesquiera que sean los contenidos ideológicos o sociales del movimiento político en cuestión, tenemos populismo de una clase u otra" (p. 151).

La conclusión de este análisis –en el cual se advierten las fuertes resonancias de la concepción schmittiana de la política como expresión del enfrentamiento "amigo-enemigo"– es que toda política es populista, por lo cual el concepto pierde gran parte de, si no toda, su utilidad heurística. Pero si las formas puras son desvelo y obsesión de los geómetras, para la filosofía política el estudio de las formas despojadas de todo contenido o desvinculadas de cualquier unidad referencial no solo es un grave error sino el camino seguro para la capitulación ideológica. Y esto es así porque al concebir al populismo, cualquiera sea su signo, como una supuesta impugnación del orden establecido por un "otro" dominante se impide la intelección de los fundamentos últimos del conflicto social, la lucha de clases, al reducirlo a una oposición formal entre un "nosotros" y un "ellos". Por este camino la filosofía política se desentiende por completo de cualquier reflexión sobre la buena sociedad, algo que necesariamente remite a los contenidos éticos y valorativos de una propuesta política y no solo a su forma o a su lógica de construcción. En efecto, ¡cómo no diferenciar entre una democracia comandada por un bloque histórico comprometido con la construcción del socialismo de

otra cuyo principal objetivo sería preservar el poderío y los privilegios de las clases dominantes tradicionales! Ya en la década de 1980 Agustín Cueva realizó una devastadora crítica a las optimistas teorizaciones sobre la democracia en América Latina cuando, en el marco del entusiasmo producido por el desmoronamiento de las dictaduras, numerosos autores pasaron a concebirla como una forma de régimen caracterizada por la "democraticidad" de sus procedimientos" y sus métodos de funcionamiento, despreocupándose alegremente del contenido clasista que revela el secreto mejor guardado de ese régimen.[5]

En el caso del populismo, la polisemia del concepto conspira fatalmente contra su utilidad analítica y lo revela como históricamente vacío. Esta radical escisión entre el concepto teórico y el mundo de la experiencia le permite a Laclau sostener, como señalamos anteriormente, que toda política es populista dado que el populismo no sería otra cosa que la forma en que un líder simboliza y articula demandas sociales insatisfechas. O, dicho en otros términos, en la medida en que el populismo expresaría un antagonismo, por ejemplo, entre plebeyos y oligarcas o entre progresistas y conservadores. Ante esta evaporación conceptual por la cual, como en gran parte de la obra de Laclau, "todo lo sólido se disuelve en el aire", para utilizar la expresión de Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*, no sorprende que este autor califique como "populistas" fenómenos no solo diferentes sino también diametralmente opuestos desde el punto de vista de la lucha de clases y los contenidos de sus respectivos proyectos políticos. Por eso en una obra anterior Laclau (1978) ya decía que "es posible calificar de populistas a la vez a Hitler, a Mao o a Perón" porque todos ellos construyen una antinomia que enfrenta a unos sectores sociales con otros (p. 203). Atrapado en tal incoherente formalismo no tiene otra escapatoria más que introducir una distinción entre populismos de derecha y de izquierda, aunque esta de ninguna manera resuelve el problema. De ahí que Laclau sostenga:

5. Ver Agustín Cueva (1986; 1988). Hemos criticado a fondo estas teorizaciones en Boron (2000; 2003; 2006; 2009), razón por la cual no nos detendremos aquí en el examen de estas cuestiones.

> El gobierno de Uribe es un populismo de derecha, en el sentido [de] que con su discurso del orden él logra crear una cierta cohesión social de grupos opuestos al cambio. De otro lado hay un populismo de izquierda que se ejemplifica claramente en Ecuador, en Bolivia, en Venezuela y, en términos de las opciones económicas, aunque no todavía en una forma política cristalizada, la Argentina (Laclau, 2007).

En conclusión, se utiliza un mismo concepto, calificado según su ubicación en el espectro ideológico "derecha-izquierda", para caracterizar a dos gobiernos como el de Uribe y el de Chávez, cuyos "significados históricos" son radicalmente opuestos. Mientras que en Colombia las políticas de su populista presidente precipitaron la conversión *de facto* de ese país en un protectorado de Estados Unidos y ocasionaron a lo largo de ese camino unos 35 mil asesinatos políticos, desapariciones y ejecuciones extrajudiciales (entre ellos, el escandaloso caso de los "falsos positivos"[6]), en Venezuela el gobierno del presidente Chávez trataba de sentar las bases para la construcción de un socialismo del siglo XXI. La pregunta que surge inmediatamente es la siguiente: ¿qué utilidad puede tener un concepto que se revela incapaz de diferenciar regímenes que manifiestan comportamientos tan radicalmente diferentes como los que en su tiempo encarnaron Hitler, Mao y Perón o, para seguir con los ejemplos citados por Laclau, entre Chávez y Uribe? Si uno de los rasgos que define a una buena teoría es su capacidad para forjar conceptos que permitan distinguir y establecer diferencias entre fenómenos que a primera vista parecen semejantes, ¿para qué sirve una teoría que fracasa tan estruendosamente en lo que respecta al logro de este primordial propósito? ¿Qué queda del sabio consejo de René Descartes que nos exhortaba a

6. La expresión "falsos positivos" refiere a las víctimas de una política ordenada por el presidente Uribe consistente en premiar con una cierta cantidad de dinero a los miembros de las fuerzas de seguridad como recompensa por cada guerrillero muerto, que en la jerga militar se denomina "un positivo". Esta política derivó en el asesinato indiscriminado de civiles inocentes. Los miembros del ejército se dirigían a caseríos marginales del campo y reclutaban jóvenes desocupados ofreciéndoles empleo; una vez que estas personas se hallaban fuera de su lugar de origen eran asesinadas y presentadas por las fuerzas de seguridad como si se tratara de guerrilleros. De este modo, Uribe demostraba los "éxitos" de su política de "seguridad democrática" y los otros cobraran su infame recompensa.

manejarnos con ideas "claras y distintas"? La historia de la filosofía está saturada de reflexiones acerca de la necesidad de distinguir la esencia de la apariencia, dado que esta última casi invariablemente oculta la verdadera naturaleza de las cosas. En los análisis de Marx esta discusión aparece a propósito del fetichismo de la mercancía que encubre la relación social de explotación que la produce y la transa en el mercado. Volviendo a la "equivalencia" postulada por Laclau entre los gobiernos de Uribe y Chávez, ¿acaso son tan insignificantes e irrelevantes las diferencias antes apuntadas –un verdadero genocidio contra el pueblo colombiano por contraposición a un gobierno que ha elevado las condiciones materiales y espirituales de vida de los venezolanos– como para poder incluir estos dos casos bajo un mismo concepto? Dejamos que los lectores respondan a esta pregunta.

Para ir cerrando esta sección digamos que se ha vuelto un lugar común hablar de una izquierda "seria, responsable, pro mercado" y una izquierda irresponsable, arcaicamente "antinorteamericana" y ululante, para la cual se reserva el adjetivo de "populista". El populismo, según esta concepción claramente distanciada de la visión que propone Laclau, sería la auténtica "bestia negra" de la política latinoamericana, es el enemigo a destruir. Para los mandarines del imperio, el populismo es algo más que una forma de construcción de lo político, un estilo o una retórica. Ante esta agresión fogoneada y hábilmente orquestada desde el centro imperial, la argumentación que formula nuestro autor opone una muy débil resistencia porque su exaltación del populismo como la forma universal de la política no termina de persuadir a los enemigos de los procesos emancipatorios latinoamericanos para que depongan sus actitudes belicistas. Estos, por el contrario, ven en eso que denominan populismo algo saturado de amenazantes contenidos clasistas y, por eso, mucho más concreto que un estilo discursivo de vinculación entre el líder y la plebe; lo conciben como la posible antesala de una revolución. Esto puede no ser necesariamente cierto, pero apunta hacia un sujeto político concreto que, bajo ciertas condiciones, podría volverse sumamente peligroso, no por su lógica de construcción sino por los

contenidos concretos, eventualmente anticapitalistas o difusamente "subversivos", que podrían generar su movilización y su protagonismo.[7]

El populismo visto desde el imperio

Es conocida la obsesión que los personeros del más alto nivel del gobierno norteamericano tienen en relación con lo que ellos caracterizan como "populismo". En realidad se equivocan, al menos en un aspecto: los gobiernos de Hugo Chávez –y ahora Nicolás Maduro– en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador no son gobiernos populistas. Si lo fueran no representarían mayor peligro para la dominación norteamericana en la región porque, como lo enseña la parábola ideológica del populismo argentino, esa clase de regímenes terminan traicionando los intereses populares y capitulando ante la derecha, las clases dominantes y el imperialismo. O, si llegaran a presentar alguna resistencia, terminarían siendo aplastados por la coalición de aquellos.[8]

7. No es este el lugar para explorar detenidamente el pensamiento de Laclau sobre esta materia. Ya en otra ocasión hemos examinado a fondo las insalvables limitaciones de su teorización sobre la hegemonía, sólidamente instalada, como reconoce el propio autor, "en el terreno del posmarxismo". En esta ocasión, el formalismo de su elaboración sobre el populismo (aun reconociendo el loable propósito, que compartimos, de salir a combatir "la denigración de las masas"), así como la sorprendente ausencia de ciertas distinciones importantes cargadas de significación política real (por ejemplo, entre los discursos, las ideologías, los movimientos sociales, los regímenes y las políticas populistas, categorías que en ningún caso pueden ser consideradas indistintamente) y el desinterés por las condiciones histórico-estructurales que hacen posible la aparición del fenómeno, conspiran una vez más contra la empresa que él mismo se había propuesto alcanzar. Sobre este tema, ver Boron (2000).

8. El caso argentino es elocuente al respecto: Juan D. Perón triunfó en las elecciones de 1946 teniendo como eslogan de campaña "Braden o Perón", siendo aquel el embajador de Estados Unidos en la Argentina. Sin embargo, agotado el ciclo ascendente y fuertemente redistribucionista del peronismo entre 1946 y 1950, poco a poco el gobierno fue sometiéndose a las exigencias del imperio. Pocos episodios podrían representar mejor la capitulación del populismo peronista que la visita de Milton Eisenhower a la Argentina, la cual evidenció el cambio en las relaciones del país con Estados Unidos, luego de que el gobierno peronista admitiera el ingreso de las firmas petroleras estadounidenses y abandonara las políticas heterodoxas implementadas en el pasado. Para testimoniar esa reorientación, que también implicó un primer acercamiento al FMI, Eisenhower, enviado personal de su hermano Dwight, a la sazón presidente de Estados Unidos, fue condecorado con la medalla de la lealtad peronista, el máximo galardón otorgado por el partido a quienes sobresalían en su lucha por los principios de la "justicia social" que supuestamente encarnaba el peronismo. Sobre este tema, ver asimismo Rajland (2008).

Pero estos gobiernos son algo bien distinto del populismo: primero, porque desaparecidos sus fundamentos estructurales este tipo de régimen se extinguió hace largas décadas y no tiene posibilidad alguna de resurrección en la actual fase del capitalismo transnacionalizado y globalizado; segundo, porque más allá de sus diferencias y los enormes obstáculos encontrados a lo largo de la marcha ("guerra económica", "terrorismo mediático", ofensivas diplomáticas, presiones políticas, etcétera) los regímenes instaurados en Venezuela, Bolivia y Ecuador tienen como común denominador la pretensión de fundar un nuevo tipo de organización económica, social y política: el socialismo del siglo XXI. En lugar de predicar como el populismo la armonía entre las clases y el carácter neutral del Estado como árbitro "imparcial" del conflicto clasista, los gobiernos de los países bolivarianos saben muy bien que la lucha de clases existe, que la reacción oligárquico-imperialista es inexorable y que la única defensa que pueden ensayar reposa sobre su capacidad de facilitar la organización de las clases y las capas populares; descentralizar el poder del Estado para empoderar a las comunas (recordar el dicho de Chávez: ¡Comuna o nada!) y los consejos populares; y, sobre todo, librar la "batalla de ideas" para concientizar a las clases subordinadas sobre la naturaleza de la empresa en la cual se encuentran involucradas. Todo lo anterior es indispensable para avanzar en la "desmercantilización" de los más diversos aspectos de la vida económica y social que fueron privatizados y convertidos en mercancías durante el período neoliberal (como la salud, la educación, la seguridad social, etc.), lo cual sería inconcebible a partir de la gestión de un Estado que se declarase "neutral" en la lucha de clases. Nada de esto existía en la agenda de los populismos latinoamericanos, o figura en la agenda de un proyecto como el que encarna Uribe. Las experiencias que Laclau subsume bajo la categoría de "populismos de izquierda" son, en realidad, algo bien distinto que no tiene nada que ver con el populismo rigurosamente definido (Boron, 2008, caps. 2 y 3).

Fue precisamente por eso que en la celebración del 12 de octubre de 2007, el ex presidente George W. Bush (2007) urgió, en una aparición pública en el Hotel Radisson de Miami, al Congreso de Estados Unidos que aprobara cuanto antes los tratados de libre comercio con Perú,

Panamá y Colombia, "porque estos acuerdos ayudarán a nuestros amigos en el vecindario haciendo que salgan de la pobreza. Estos acuerdos contrarrestarán el falso populismo promovido por algunas naciones en el hemisferio y fortalecerán a las fuerzas de la libertad y la democracia en las Américas". Es interesante destacar que esta noción de "falso populismo", alusiva a un populismo "bueno" que no comprometería las estructuras de dominación vigentes, sería análoga al "populismo de derecha" de Laclau. Si bien la alusión a Chávez está velada en la alocución del presidente, su secretaria de Estado fue mucho más explícita en una entrevista concedida pocos días antes a la conservadora cadena de noticias Fox. En esa entrevista, Condoleezza Rice (2007) afirmó:

> Tenemos unos pocos muy importantes acuerdos de libre comercio que están a punto de ser aprobados por el Congreso: Perú, Panamá, Colombia. […] acuerdos con nuestros […] más importantes amigos en América Latina. Todos están preocupados por el tipo de populismo, un populismo destructivo, de gentes como Hugo Chávez. Pero el modo de neutralizarlo no es ponerse de pie y pronunciar discursos sobre Hugo Chávez sino que nos alineemos con aquellos líderes y aquellos Estados que están realmente preparados para luchar contra el terrorismo, contra el populismo; preparados para mantener sus mercados abiertos, apoyando a su pueblo y gobernando democráticamente. Y hablando francamente no encuentro ejemplo más grande e importante que el del gobierno de Uribe en Colombia […] uno de los más pro norteamericanos, uno de los más democráticos […] por eso le estoy dedicando mucho tiempo estos días a promover este caso, que está en el centro de algunas de nuestras más importantes iniciativas en materia de política exterior.

Nótese, por un lado, el abierto reconocimiento del extraordinario papel que Colombia juega en la geopolítica del imperio, lo que hizo que Álvaro Uribe y la derecha de ese país se enorgullecieran de haberlo convertido en la "Israel sudamericana". Por el otro, la ligereza y la irresponsabilidad con la que Rice equipara el populismo con el terrorismo. Metonimia que, sin duda, prepara el terreno para una escalada agresiva y belicista en

contra de la Revolución Bolivariana y, en general, contra todos los gobiernos progresistas de la región. Ya es bien sabido por la mercadotecnia de la guerra y sus publicistas que una de las condiciones de esta es, antes que nada, satanizar al enemigo, de forma tal que la opinión pública sea anestesiada y que cualquier reacción de carácter moral sea sofocada antes de nacer. Ya en varios documentos del Congreso de Estados Unidos los nombres de Chávez y otros líderes del "eje del mal" aparecían permanentemente asociados a "pobreza, violentos conflictos guerrilleros, líderes autocráticos, narcotráfico y populismo radical" (Congressional Research Service, 2006).

Por su parte, John F. Maisto, embajador de Estados Unidos ante la Organización de los Estados Americanos (OEA), había advertido para esa misma fecha –septiembre de 2006– que América Latina debía evitar "sucumbir a los cantos de sirena del caudillismo y el populismo, de los cuales nuestros pueblos habían cosechado amargos frutos".[9] Pero quienes se manifestaron más radicalmente sobre este tema fueron algunos altos oficiales del Comando Sur de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. Según afirmó un estudioso del tema, José Mullighan (s/f), en su testimonio ante el Comité de Servicios Armados de la Cámara de Representantes del Congreso estadounidense, el general James T. Hill, jefe del Comando Sur, declaró lo siguiente:

> Nos enfrentamos a dos tipos principales de amenazas en la región: un conjunto establecido de amenazas descrito detalladamente en años anteriores, y un conjunto naciente que probablemente levanta cuestiones serias durante este año". Entre las primeras Hill

9. Discurso del embajador John F. Maisto, pronunciado ante el Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IIDH, San José, Costa Rica) el día 28 de septiembre de 2006. La coincidencia de fechas entre las declaraciones de Rice y del propio Bush es cualquier cosa menos casual: son manifestaciones de una campaña perfectamente bien diseñada y coordinada, en la cual, como en toda buena orquesta, cada solista interviene en el momento oportuno y con el fin de realzar el impacto del conjunto. Conviene aclarar, para los lectores no demasiado familiarizados con este tema, que Estados Unidos no ha ratificado la Convención Americana sobre Derechos Humanos (Pacto de San José de Costa Rica), razón por la cual no acepta la competencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Así, hay que ser muy cínico para pronunciar discursos como el de Maisto cuando su propio país no ha ratificado el Pacto de San José ni admite la competencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Para más detalles sobre este tema, ver Atilio A. Boron y Andrea Vlahusic (2009, pp. 66-67).

> mencionó a "los narcoterroristas y sus semejantes; … pandillas urbanas y otros grupos ilegales armados, que son generalmente ligadas también al comercio de drogas; y una amenaza menor pero sofisticada de grupos radicales islámicos en la región". Estas amenazas se combinan con otra, "el populismo radical, en que el proceso democrático es socavado para disminuir más que proteger los derechos individuales". Según el General Hill la frustración causada por el fracaso de las reformas democráticas y económicas han sido utilizadas por estos líderes radicales para "inflamar el sentimiento antiestadounidense".

Finalmente, un informe del National Intelligence Council titulado *Global trends 2015. A dialogue about the future with nongovernment experts* no vacila en calificar al populismo como una de las amenazas a la democracia y la libertad. En la parte del informe dedicada a los "Progresos y retrocesos de la democratización", cuya redacción no por casualidad fue encargada a la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés), sostiene que mientras unos pocos países, como México, Argentina, Chile y Brasil, parecen encaminarse gradualmente hacia la construcción de instituciones democráticas más sólidas y estables, en otros países "el crimen, la corrupción pública, la persistencia de la pobreza y el fracaso de los gobiernos para enfrentar el empeoramiento de la desigualdad de ingresos proveerán un terreno fértil para políticos populistas y autoritarios" (National Intelligence Council, 2000). En el mismo sentido se manifiesta un documento mucho más reciente, la National Security Strategy de la Casa Blanca, fechado en febrero del 2015 en donde, el populismo aparece asociado con el terrorismo, el narcotráfico y el crimen organizado. Son, en términos de ese texto, el enemigo a vencer.

Breve nota a guisa de conclusión

La conclusión provisional a la que podemos llegar es que el auge de la teorización sobre los populismos latinoamericanos es fruto de la nueva coyuntura sociopolítica de la región y de la belicosidad de la respuesta de las

clases dominantes locales y del imperio ante los anhelos emancipatorios de los pueblos latinoamericanos. Utilizado por la derecha para descalificar y hasta satanizar la irrupción de nuevas fuerzas políticas de izquierda y para extorsionar a la vacilante centroizquierda en la región, el término ha sido recuperado por algunos autores de diferentes maneras y con dispar suerte: desde una positiva valoración de los contenidos "nacional-populares" que inevitablemente deben estar presentes en procesos orientados hacia la construcción de un nuevo socialismo, el socialismo del siglo XXI, hasta una exaltación del "populismo" al rango de categoría central que atraviesa cualquier fenómeno de la vida política y merced al cual pierde toda su especificidad y su capacidad para interpretar los procesos políticos de nuestra época.

Tal vez podría argüirse que un uso mucho más limitado del concepto, referido exclusivamente a ciertas características del discurso o al estilo de relacionamiento entre los líderes y las masas, podría ser de cierta utilidad para descifrar algunos rasgos de la política contemporánea de América Latina. No hay dudas de que bajo esa perspectiva existen significativas diferencias entre los estilos comunicacionales de un Chávez y un Lula; o entre "Pepe" Mujica y Tabaré Vázquez. Pero ni siquiera en ese plano es posible establecer un paralelismo entre Chávez y Uribe, para proseguir con el ejemplo propuesto por Laclau. Porque si bien la dialéctica del enfrentamiento se encuentra en el origen del populismo –¡como de cualquier expresión política en la medida en que el sustrato de la política es la lucha de clases!– no necesariamente se infiere de ello que el enfrentamiento mediatizado por la forma política del populismo construya un sujeto contestatario. Es posible que así sea, pero nada indica que necesariamente vaya a ser así. Es más, creemos que el populismo ha actuado en Nuestra América como un sustituto de la revolución, o al menos como un factor de disipación de las energías revolucionarias. No fue un catalizador de revoluciones sino un distractor de ansias de rebelión que condujo a las masas por el traicionero sendero de la conciliación de clases. Populismos que solo fueron "populares" (en el sentido de una elevación integral, material y espiritual de las masas) en lo superficial, y casi siempre privados de un componente genuinamente emancipatorio, convirtiéndose el camino regio hacia la supeditación de las clases y las

capas subalternas a la nueva hegemonía burguesa. En ese sentido, los populismos de las décadas de 1930 y 1940 en México, Argentina y Brasil son sumamente reveladores: ninguno de ellos trascendió las fronteras de la dominación burguesa y, aunque en algunos casos se lograron algunas conquistas sociales relativamente duraderas, aquellos regímenes de ninguna manera convirtieron a la antinomia populista en un proyecto de genuina emancipación social. Reflotar ese término en coyunturas como las actuales solo puede traer más confusión cuando lo que se necesita es claridad política para identificar a los enemigos, conocer nuestras fortalezas y planear con sensatez y responsabilidad los pasos a dar para construir una sociedad mejor. Además, ¿por qué hablar de "populismo de izquierda", con toda la ambigüedad que tiene esa expresión, cuando se debería hablar del "socialismo" o de procesos de transición hacia el socialismo?

Bibliografía

ALAI. (2016). ¿Fin de ciclo progresista? Dossier América Latina en Movimiento. http://www.alainet.org/es/revistas/510

Arkonada, K. y Klachko, P. (2016). *Desde abajo, desde arriba. Desde la resistencia a los gobiernos populares en América Latina.* La Habana: Editorial Caminos.

Boron, A. (2000). *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Boron, A. (2002). *Imperio & imperialismo. Una lectura crítica de un libro de Michael Hardt y Antonio Negri*. La Habana: Casa de las Américas.

Boron, A. (2003). *Estado, capitalismo y democracia en América Latina.* Buenos Aires: CLACSO. [Nueva edición ampliada y corregida].

Boron, A. (2004). Reflexiones en torno al gobierno de Néstor Kirchner. *Revista SAAP.* Buenos Aires: Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP), 2(1).

Boron, A. (2006). La verdad sobre la democracia capitalista en L. Panitch y C. Leys (Eds.). *Socialist Register 2006. Diciendo la verdad*. Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2008). *Socialismo siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Boron, A. (2009). *Aristóteles en Macondo. Notas sobre el fetichismo democrático en América Latina*. Córdoba: Ediciones Espartaco.

Boron, A. y Vlahusic, A. (2009). *El lado oscuro del imperio. La violación de los derechos humanos por Estados Unidos*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Boron, A. y Klachko, P. (2016). Sobre el pos-progresismo en América Latina. Aportes para un debate. https://rebelion.org/sobre-el-post-progresismo-en-america-latina-aportes-para-un-debate/

Buci-Glucksmann, C. y Therborn, G. (1981). *Le défi socialdémocrate* París: Dialectiques.

Bush, G. W. (2007). "Comunicado de la Oficina del Secretario de Prensa de la Casa Blanca", 12 de octubre.

Congressional Research Service. (2006). Latin America and the Caribbean: Issues for the 109th Congress. https://nationalaglawcenter.org/wp-content/uploads/assets/crs/RL32733.pdf

Cueva, A. (1986). La democracia en América Latina: ¿novia del socialismo o concubina del imperialismo? *Estudios Latinoamericanos*. México: UNAM. julio-diciembre.

Cueva, A. (1988). *Las democracias restringidas de América Latina.* Quito: Planeta/Letraviva.

Di Tella, T. S. (1965). Populismo y reforma en América Latina. *Desarrollo Económico*, 4(16).

Di Tella, T. S., Germani, G. e Ianni, O. (1973). *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica.* México DF: Ediciones Era.

Germani, G. (1962). *Política y sociedad en una época de transición.* Buenos Aires: Paidós.

Germani, G. (1975). *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*. Bologna: Il Mulino.

Guevara, E. "Che". (1967). Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental. www.marxists.org/espanol/guevara/04_67.htm

Ianni, O. (1984). *La formación del Estado populista en América Latina*. México: Ediciones Era.

Laclau, E. (1978). *Política e ideología en la teoría marxista*. Madrid: Siglo XXI.

Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires/México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. (29 de mayo de 2007). El nuevo populismo va a ser la base de la estabilización del Mercosur. *Clarín.com*.

Modonesi, M. y Svampa, M. (2016). Post-progresismo y horizontes emancipatorios en América Latina. *Rebelión*. http://rebelion.org/noticia.php?id=215469

Mullighan, J. P. (s/d). Comando Sur de EEUU combate al 'populismo radical' en América Latina. *Altercom. Comunicación para la libertad*. www.altercom.org/article143425.html.

National Intelligence Council. (2000). *Global trends 2015. A dialogue about the future with nongovernment experts* Washington DC. www.dni.gov/nic/NIC_globaltrend2015.html

Rajland, B. (2008). *El pacto populista en la Argentina (1945-1955): proyección teórico-política hacia la actualidad*. Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación.

Rice, C. (2007). Secretary Rice interview with Fox News Editorial Board. Comunicado de prensa del Departamento de Estado de los Estados Unidos, 26 de septiembre.

Segunda parte

Teoría social y praxis política

Maquiavelo y el infierno de los filósofos*

Filosofía política, pensamiento crítico, revolución

Me propongo en este escrito abordar, a vuelo de pájaro, una serie de temas suscitados por cada nueva relectura que, generación tras generación, se viene haciendo de Maquiavelo. El supuesto subyacente a este propósito es la convicción de que la obra del florentino es de una extraordinaria actualidad, y se la puede –en realidad, se la debe– leer como si fuera el texto de un agudísimo observador de la escena contemporánea. Las claves interpretativas del legado teórico maquiaveliano son de una total pertinencia en el aquí y el ahora. Al igual que un puñado selecto de grandes filósofos políticos su voz nos resulta sorprendentemente actual. Es por eso que Maquiavelo es un "clásico" de la teoría política: alguien cuya obra trasciende las limitaciones de tiempo y geografía, y cuyas palabras poseen el raro don de la permanente contemporaneidad.

Esta actitud de aproximarnos a la teoría y la filosofía políticas desde el aquí y el ahora, se asienta sobre dos supuestos. Por un lado, el radical convencimiento de que la misión de la filosofía –y muy especialmente la filosofía política– es transformar el mundo y no solo contemplarlo. La famosa tesis onceava de Marx sobre Feuerbach constituye un axioma fundamental de nuestro trabajo en este campo. La reflexión filosófico-política de Maquiavelo obedecía a la misma inspiración; en su caso, liberar a Italia de la dominación extranjera y del yugo de la Iglesia romana. Su preocupación no era tan solo entender lúcidamente el drama político

* Publicado en Várnagy, T. (2000). *Fortuna y virtud en la República Democrática. Ensayos sobre Maquiavelo* (pp. 167-178). Buenos Aires: CLACSO.

y civilizatorio que se desplegaba ante sus ojos sino cambiar un estado de cosas que se le hacía intolerable. Fiel a este talante, más de una vez comentó la justeza de la observación de su admirado Dante cuando dijo que "en política no se actúa para saber sino que se sabe para actuar" (Arocena, 1979, p. xviii). Hay pues una clara continuidad que, a través de los siglos, anuda la postura del italiano con la de Marx: ambos repudiaron la complacencia y el conservadurismo de la razón contemplativa y concibieron al conocimiento como arma de la revolución.

¿Maquiavelo revolucionario? Sí. De qué otro modo podría considerarse su apasionado llamado a liberar a Italia de los bárbaros. ¿No debería acaso *El Príncipe* ser interpretado como el manifiesto fundacional de la prolongada y cruenta "lucha de liberación nacional" que Italia libraría a lo largo de varios siglos? ¿Cómo negar las semejanzas existentes entre esa obra y la pléyade de manifiestos nacionalistas y democráticos que, especialmente en el siglo XX, convocaban a los pueblos a librar la batalla decisiva contra el colonialismo y el imperialismo? El capítulo final de *El Príncipe*, rematado con el verso de Petrarca que canta al "antiguo valor de los itálicos" y que los exhorta a tomar las armas para arrojar más allá de sus fronteras a los invasores, ¿no trae reminiscencias de un texto clásico de la literatura nacionalista revolucionaria de la segunda posguerra como, por ejemplo, *Los condenados de la tierra* de Franz Fanon, o de *La historia me absolverá*, el célebre discurso de Fidel Castro en el juicio por el asalto al Moncada? En ese sentido decimos que *El Príncipe* es un texto revolucionario. Gramsci así lo entiende al definirlo como un "libro viviente" en donde la ideología política y la ciencia política "se funden en la forma dramática del 'mito'." De un mito destinado a concientizar un pueblo y convertirlo en protagonista principalísimo de la liberación italiana y de su propia auto-emancipación (Gramsci, 1949, p. 34).[1] En el marco de sus condicionamientos históricos, tanto por su contenido como por su estilo, *El Príncipe* cumplió una función análoga a la que varios siglos después iría a desempeñar *El Manifiesto Comunista:* construir una nueva visión del mundo, salir a predicar la buena nueva y convocar a los explotados y oprimidos a librar la batalla decisiva.

1. Ver el minucioso estudio de la relación entre Gramsci y Maquiavelo de Benedetto Fontana (1993).

En el caso de Maquiavelo, además, el calificativo de "revolucionario" le cabe también porque en ese pequeño libro rompe con la tradición de la filosofía política y en lugar de hablarle a los intelectuales orgánicos de su tiempo –los "cultos" que sabían leer y además lo hacían en latín, el equivalente al inglés de nuestro tiempo– proyectó su discurso hacia las clases subalternas, interpelando al pueblo y enseñándole a quien no sabe cómo es que los dominantes ejercen su poder. Con su habitual perspicacia Jean-Jacques Rousseau lo comprendió perfectamente al concluir que el interés de la corona "es, en primer lugar, que el pueblo sea débil, miserable, y que jamás pueda resistírsele". Y añade, a renglón seguido que tal predisposición "es lo que Maquiavelo ha hecho ver con evidencia. Fingiendo dar lecciones a los reyes, las da, y grandes, a los pueblos. *El Príncipe* de Maquiavelo es el libro de los republicanos" (Rousseau, 1980, p. 78). Es cierto, fingiendo dar lecciones a quienes no las necesitaban lo que en realidad hizo fue impartirlas a quien sí precisaba de ellas, al pueblo. Sometido durante siglos por la ignorancia y la superstición, Maquiavelo "descubre" lo que la monarquía pretendía "encubrir" con un halo de santidad, invocando el derecho divino de los reyes y el carácter sobrenatural de su mandato.

Con su obra, el florentino exhibe al poder en su total desnudez. Al mostrarlo como una construcción secular lo despoja de los ropajes religiosos e ideológicos que lo sacralizaban ante los ojos del pueblo y que suscitaban su obediencia y veneración. Por eso no estamos en presencia de un "inventor", como lo quiere la leyenda negra, sino de un "descubridor". Se equivoca, por ejemplo, Federico Chabod, uno de los estudiosos de la obra de Maquiavelo, cuando afirma que este "abrió el camino para los excesos del absolutismo" (Chabod, 1960, pp. 121-124). ¿Qué quiere decir con esto? ¿Que antes que Maquiavelo las "inventara" los poderosos desconocían las artes del engaño y la traición, y se abstenían de utilizar la tortura y la mazmorra, o la traición y el asesinato político? No se trata de un argumento serio: un simple repaso de la historia demostraría como la violencia, en todas sus formas, es parte constitutiva del poder. Contrariamente a lo que sostienen algunos de sus más acerbos críticos, Maquiavelo no inventó nada, solamente se limitó a observar y descubrir lo que estaba cubierto y exhibirlo ante el

pueblo tanto en sus obras teóricas como en su comedia *La Mandrágora*. Su "culpa" imperdonable fue mostrar lo que otros ocultaban; codificar, gracias a sus observaciones sobre las prácticas políticas de su tiempo y su atenta lectura de la historia, las reglas del juego de la lucha política. Es tanto el inventor de la inmoralidad en la política como Koch lo es de la tuberculosis. Al descubrir la forma en que se conquistaba y ejercía el poder, Maquiavelo aportó una visión totalmente secularizada y "técnica" de aquel –de sus intereses ocultos, sus móviles, su mecánica y sus instrumentos– sentando por esto mismo las bases de la libertad política en el naciente Estado moderno. Libertad que tenía –y aún tiene– como su precondición la creencia en que la autoridad es un producto social y no la expresión de un ineluctable destino sellado por la Providencia y ante el cual hombres y mujeres deben inclinarse impotentes.

Todo lo anterior remite a la "misión" emancipadora de la filosofía, tema que hemos tratado con cierto detalle en otra parte y que por eso no reiteraremos en estas páginas (Boron, 1999, pp. 11-35). Pero hay, decíamos más arriba, una segunda fuente de la cual brota la actitud de acercarnos a la filosofía política desde la coyuntura actual: la convicción de que esta constituye, en la feliz expresión de Sheldon Wolin, una tradición de discurso (1993, pp. 31-37). Esto significa que cuando hablamos de la teoría y la filosofía políticas nos referimos a un denso entramado de interrogantes y perspectivas del más diverso tipo y no a un detallado inventario de respuestas o conclusiones. En su magnífico libro, Wolin dice que el hecho de que a lo largo de veinticinco siglos los pensadores políticos "se hayan atenido … a un vocabulario político común, y … hayan aceptado un cierto núcleo de problemas como tema adecuado para la investigación política" ha dotado a la teoría y la filosofía políticas de una maravillosa continuidad, de una tradición de discurso y de significados que tornan posible y fecundo un "diálogo" entre un estudioso de nuestro tiempo y los filósofos políticos de la Atenas clásica (1974, p. 33). Por eso, poco importa saber si Estados Unidos en la época de Jackson era igualitario como creía Alexis de Toqueville. Lo que sí cuenta es la conexión que este estableció entre democracia e igualdad, y es esto lo que constituye su perdurable contribución a la teoría política. Tampoco interesa saber si existió alguna vez ese fortuito accidente que, según Rousseau, tuvo como resultado la

"invención" de la propiedad privada. Lo que sí es de permanente relevancia, en cambio, el examen de la relación entre esta y la legitimidad o ilegitimidad del orden político. Dado que lo que cuenta son las preguntas más que las respuestas, las preocupaciones más que los resultados, es preciso reconocer que las que nos ha legado Maquiavelo son de una extraordinaria actualidad. Una relectura de algunos de sus textos –especialmente *El Príncipe* y los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, que son los que constituyen la médula de toda su reflexión teórica– permite establecer significativas vinculaciones entre las situaciones que evoca en sus páginas y los problemas que agobian nuestra democracia y socavan las condiciones de nuestra sociabilidad. Sin ánimo de exhaustividad trataremos de demostrar la relevancia de la reflexión maquiaveliana con relación a ciertos temas cruciales de la vida política contemporánea.

Las enseñanzas de la historia

Una de las grandes pasiones de Maquiavelo era su amor por la historia. No concebía el saber político al margen de un profundo y minucioso reconocimiento de la historia. La reflexión teórica sobre las cosas de la política tenía un doble sustento: por un lado, las enseñanzas de la historia; por el otro, la observación realista del presente. En su célebre carta a Francesco Vettori, Maquiavelo describe su pobre cotidianeidad la que, sin embargo, se trastoca en un majestuoso discurrir cuando:

> Llegada la noche, vuelvo a casa y entro en mi escritorio; en su puerta me despojo de la ropa cotidiana, llena de barro y mugre, y me visto con paños reales y curiales; así, decentemente vestido, entro en las viejas cortes de los hombres antiguos, donde acogido con amabilidad, me sirvo de aquellos manjares que son solo míos y para los cuales he nacido. Estando allí no me avergüenzo de hablar con tales hombres, interrogarles sobre las razones de sus acciones, y esos hombres por su humanidad me responden (Maquiavelo, 1979, p. 118).[2]

2. Hemos introducido algunos pequeños cambios a la traducción, en lo esencial correcta, de Arocena

Maquiavelo abreva en la historia para aprender la política. Gracias a una ininterrumpida tradición de discurso es capaz de "conversar" con los grandes estadistas e historiadores que tan frecuentemente aparecen en sus libros (Ciro el Grande, Alejandro, los constructores de la grandeza de Roma, etc.) y ellos le cuentan sus hazañas y sus frustraciones, sus triunfos y sus derrotas. Su reflexión no es, dice con modestia, sino una transcripción de sus enseñanzas. En este sentido es interesante comparar esta visión que Maquiavelo tiene de la historia con la que Jorge Luis Borges tiene de "su pasión": las bibliotecas. Borges decía que los libros que allí se reúnen son otros tantos cuerpos encantados que contienen espíritus encerrados en sus páginas. Cuando el lector abre uno de esos libros –así como hacía Maquiavelo al entrar a su humilde escritorio de San Casciano, para releer la historia de los grandes personajes de la historia universal– los espíritus se liberan momentáneamente de su hechizo, recuperan la vida y la voz, y dialogan con el lector. El teórico político se nutre así de la savia que le infunde la historia política. El vínculo entre teoría política e historia es indisoluble en Maquiavelo, no así en la ciencia política contemporánea extraviada en los estériles laberintos de la formalización.

Producto de esa estrecha ligazón entre teoría política e historia es el realismo. Esto implica atenerse a aquello que nuestro autor denominaba la *veritá effettuale delle cose*, la verdad efectiva de las cosas. En tiempos como los nuestros, en donde la política ha sido degradada al rango de un espectáculo massmediático, para no decir en un auténtico simulacro, vaciado de todo contenido y dominado por tecnócratas y vendedores de ilusiones, la consigna del florentino no podría ser más valedera. Francis Bacon dijo que la mayor virtud de Maquiavelo fue precisamente la de haber sido el primero que describió y tuvo en cuenta lo que los hombres hacían en la vida política y no lo que debían o decían hacer. Esta actitud realista, esta capacidad para distinguir la acción política en su verdad

para destacar con más relieve el sentido de la enunciación maquiaveliana. En el original italiano el florentino dice que interroga a estos grandes hombres por las razones de sus "acciones", lo que es bastante más preciso que una interrogación sobre las razones de sus "hechos" tal como aparece en la traducción al castellano. Gian Franco Berardi opina que esta carta de Maquiavelo, fechada en Florencia el 10 de diciembre de 1513, es "la más bella de la literatura italiana" (Citado en Maquiavelo, 1969, p. 593).

efectiva de los discursos y los mitos es más que nunca importante en momentos en que las ciencias sociales se encuentran bajo la perniciosa influencia del "giro lingüístico", que las ha llevado en múltiples ocasiones a confundir la realidad de la política con la realidad del discurso, o a reducir la primera a lo segundo. Si bien para Maquiavelo el discurso político era importante (recordemos sino sus observaciones acerca de cómo debía el príncipe "parecer" aparte de ser), lo decisivo de la vida política discurría, y aún discurre hoy, por el terreno de la acción y no en el de la elocución.

La estabilidad del orden estatal y la vida civilizada

Maquiavelo aparece como quien inaugura, en los albores de la filosofía política moderna, la reflexión sobre el Estado, entendido este, naturalmente, no como cualquier tipo de orden político –que en un sentido tan amplio remontaría sus orígenes hasta los inicios de la sociedad humana– sino como la forma política específica que surge con el advenimiento de la sociedad burguesa y sus rasgos definitorios: expropiación de los productores, "separación" de la economía y la política, y constitución de una esfera privada que se distingue y contrapone a la pública. Estos cambios, como sabemos, son consecuencia de la aparición del modo de producción capitalista y el proceso de acumulación originaria que torna posible su implantación. Consumado el mismo la autoridad pierde el carácter "privado" que le conocimos durante el Medioevo –y por el cual la aristocracia nobiliaria era la dirigente "natural" de un determinado territorio: la clase propietaria de la tierra, que ordenaba la sociedad, administraba justicia y proveía a la defensa exterior y la ley y el orden domésticos– y se convierte en autoridad política de un Estado que ahora pretende encarnar a la nación y la voluntad general.

Como ciudadano de Florencia, Maquiavelo fue testigo privilegiado de las fases iniciales de estas transformaciones. La abortada tentativa de implantar el capitalismo en Italia lo colocó rápidamente frente a una escena política en donde la exitosa fundación de un Estado moderno constituía un objetivo impostergable no solo para liberar a Italia del

dominio extranjero sino también para garantizar ese *vivere politico e civile* que Maquiavelo consideraba como el fundamento mismo de la libertad. A un lector de finales del siglo XX no puede dejar de llamarle poderosamente la atención que el florentino valorase en tan alto grado la estabilidad política. Claro que, contrariamente a lo que indica el talante de nuestra época, para Maquiavelo esta era hija de un equilibrio virtuoso entre pueblo y clase dominante. Este tema, que se asoma apenas en *El Príncipe*, encuentra en los *Discursos* un tratamiento más sistemático en varios capítulos del libro primero. "En toda república hay dos espíritus contrapuestos: el de los grandes y el del pueblo, y todas las leyes que se hacen pro de la libertad nacen de la desunión entre ambos" (Maquiavelo, 1987, p. 42).

Es evidente que el argumento de Maquiavelo nada tiene que ver con las visiones paranoicas acerca del conflicto social que hoy prevalecen en la Argentina y, en general, en toda América Latina. La preocupación obsesiva por la "gobernabilidad" que caracteriza al conjunto de nuestra clase política hubiera suscitado el sarcasmo del italiano. Una "gobernabilidad" entendida, además, desde un punto de vista elitista y conservador que instala la raíz del problema en el campo popular. Se desoye de este modo una vez más a Maquiavelo cuando este identifica precisamente en la ambición desmedida e insaciable de los magnates, y no en la pobreza e indefensión del pueblo, la causa más profunda de la inestabilidad política (Maquiavelo, 1987, pp. 113-124; 1992, pp. 46-55). Lo que razonablemente nos dice nuestro autor es que lejos de atemorizarse ante el estrépito y el clamoreo producido por el conflicto entre nobles y pueblo lo que hay que hacer es prestar atención a sus benéficas consecuencias. Y estas, enseña la historia, fueron siempre positivas para la causa de la libertad.

El remate del razonamiento maquiaveliano es que el arte del buen gobierno exige apoyarse en el pueblo, consejo que no podría ser más contradictorio con el sentido común neoliberal de nuestro tiempo que asegura que solo es posible gobernar si se lo hace con el favor de los mercados, es decir, de los ricos. Maquiavelo observa, por el contrario, que estos jamás podrán ser saciados o apaciguados porque como se creen iguales o más fuertes que el gobierno, y en todo caso, merecedores de todo tipo de privilegios y honores, siempre van a sentir que no se les reconoce la importancia de su misión o que los gobernantes no los recompensan

como debieran. Por esto, los magnates permanentemente conspiran contra el gobierno. Ante esta realidad, lo único que puede hacer el gobierno es apoyarse en el pueblo, que se conforma con no ser humillado ni oprimido y que, por esto mismo, significa un apoyo confiable y estable para la autoridad.

El escándalo sobre la "inmoralidad" de Maquiavelo

Sin dudas, el componente más polémico del legado teórico de Maquiavelo y el que ha alimentado con más fuerza y por más tiempo la leyenda negra que lo persigue hasta nuestros días es su argumento sobre la moralidad en la vida pública. Se trata de su constatación sobre la existencia de dos patrones de moralidad: uno válido para la vida privada y otro que rige en la vida pública. En conclusión, no solo hay dos estándares morales en lugar de uno y absoluto como lo predicaba la iglesia, sino que, además, ambos están en conflicto. Maquiavelo explora descarnadamente los límites de la moral tradicional, y pese a su acuerdo sustancial con esta no se le escapó a su penetrante mirada que la vida política plantea exigencias y dilemas que no tienen resolución sino a partir de otro encuadre ético. Por ejemplo, la conducta prescripta por la moral cristiana ante una ofensa –aceptarla mansamente ofreciendo, si fuera necesario, la otra mejilla– puede ser el camino más seguro para acceder a la santidad; pero si la adopta un príncipe en el manejo de los asuntos del Estado puede ser también la ruta más corta para conducir una sociedad a su ruina y una civilización a su tumba. La obligación de un gobernante ante una amenaza externa es asegurar la integridad territorial y la defensa de la población, apelando a instrumentos y actitudes que poco o nada tienen que ver con la moral cristiana.

Maquiavelo advirtió con total claridad esta oposición entre una moral para la vida privada, judeo-cristiana para más señas, y a la cual él respetaba y adhería, y una moral apropiada para la vida política, en donde imperaban otras normas, lo que de alguna manera podría llamarse "la moralidad del mundo pagano" y que giraba en torno a la *virtú*. No hay que perder de vista que esta aceptación de medios, instrumentos y estrategias reñidos con la moral tradicional en situaciones de crisis habían sido

ocasionalmente admitidos por teóricos políticos anteriores. Sin ir más lejos tenemos a Tomás de Aquino, para quien algo tan poco cristiano como el regicidio era una alternativa válida en determinadas circunstancias; o el minucioso inventario confeccionado por Aristóteles de los mecanismos y estratagemas a los que el tirano podía recurrir para perpetuarse en el poder (Crick, 1970, p. 62). A la luz de lo anterior no parece para nada aventurado concluir que la fama de inmoral y perverso que cosechó Maquiavelo a lo largo de cinco siglos es completamente gratuita e hipócrita. La historia de la teoría social y política revela que fueron muchos quienes, de alguna u otra manera, y por lo general más sibilinamente que Maquiavelo, reconocieron la necesidad de utilizar recursos reñidos con la moral tradicional.

Esta clásica problemática maquiaveliana de la dualidad ética fue retomada, en el siglo XX, por un autor de la importancia de Max Weber. La tensión que el sociólogo alemán constata entre la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad si bien no es equivalente a la que se registra entre la moral privada y la moral política, o pagana, tiene varios puntos de contacto con el conflicto analizado por Maquiavelo. Sin embargo, Weber, un intelectual íntimamente ligado al conservador *establishment* alemán, no se atrevió a ir tan lejos como el florentino y mucho menos a discutir explícitamente sus tesis en su obra. Las citas que hace Weber de Maquiavelo son casi siempre circunstanciales y en ningún caso dan origen a un examen riguroso del pensamiento del florentino sobre la difícil relación entre política y moral algo que le hubiera dado aún más espesor a la discusión que Weber despliega en *La política como vocación*. En dicha conferencia Weber reconoce la naturaleza problemática de la política desde el punto de vista moral, tal como se desprende del siguiente pasaje:

> quien se mete en política, es decir, quien accede a utilizar como medios el poder y la violencia, ha sellado un pacto con el diablo, de tal modo que ya no es cierto que en su actividad lo bueno solo produzca el bien y lo malo el mal, sino que frecuentemente sucede lo contrario. Quien no ve esto es un niño, políticamente hablando (1982, p. 358).

Y más adelante, lo reafirma con tonos aún más rotundos al decir que "quien hace política pacta con los poderes diabólicos que acechan en torno de todo poder" (Weber, 1982, p. 361). ¡Un pacto con el diablo, poderes diabólicos! Es evidente que, más allá de la exageración weberiana, el dilema examinado por Maquiavelo era real, y que no obedecía a una perversión de su carácter sino que reflejaba la compleja realidad de la lucha política, en la cual no es cierto que "lo bueno solo produzca el bien y lo malo el mal", como certeramente acota Weber.

Tal vez un simple ejemplo extraído de la historia argentina sirva para calibrar los alcances y las distorsiones de la leyenda negra y la supuesta duplicidad moral de Maquiavelo. En efecto, ¿cómo aparecería la figura de San Martín a la luz de las simplificaciones de la leyenda negra? Respuesta: como un traidor, como un oficial que formado en el ejército imperial de España y que habiendo jurado lealtad a la Corona rompe miserablemente su juramento y se confabula, junto con Bolívar, para destruir el imperio español en América y masacrar a sus antiguos camaradas de armas. Desde la perspectiva de la moral convencional la conducta de San Martín sería execrable y merecedora de toda condena. Pero, ¿es esa la perspectiva ética desde la cual se debe juzgar el comportamiento de un hombre público, en la esfera pública? Ciertamente que no. Solo una visión que nos permita distinguir la presencia simultánea de dos patrones de moralidad, uno para la vida privada y otro para la vida pública, puede rescatar a San Martín de tan terminante condena. Su supuesta "traición" es, en realidad, un gesto pletórico de *virtú*; una dolorosa ruptura en el plano personal pero que brindó a las colonias americanas la oportunidad de encontrar un genio militar que tornase realidad sus sueños de libertad. Desde un punto de vista maquiaveliano, la actitud y la conducta de San Martín son dignas de todo elogio. La eficacia política y militar que requería la noble causa de la libertad y la independencia de las colonias entraba en contradicción con la irrestricta vigencia de la moralidad tradicional en el plano de la política. La primacía de la vida pública –en esa coyuntura, portadora de los beneficios civilizatorios de la independencia y la libertad– sobre la vida privada justificaba con creces la decisión sanmartiniana. La tranquila resignación ante los dictados de la moral cristiana hubiera significado la perpetuación de una situación de opresión colonial

que atentaba contra la mera posibilidad de construir ese *vivere político e civile* que era la condición misma del respeto de la ética tradicional. El complejo razonamiento maquiaveliano sobre las relaciones entre la ética tradicional y la ética pública nos permite así salir del atolladero, y de la parálisis práctica, a las que llevarían el simplismo y la linealidad de los argumentos tradicionales.

Que Maquiavelo no despreciaba la moral tradicional, para el ámbito en el cuál esta era apropiada, lo demuestra el hecho de su conocida distinción entre el político exitoso y el estadista. "No se puede llamar *virtú* –nos dice nuestro autor– a exterminar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, y carecer de palabra, de respeto, de religión. Tales medios pueden hacer conseguir poder, pero no la gloria" (Maquiavelo, 1992, pp. 59-60). Un político puede ser exitoso apelando a crímenes y a malas artes, pero no es esto lo que Maquiavelo aconseja. Su realismo le indica que a veces se puede triunfar con esos recursos, pero eso no hace del triunfador un estadista.

El infierno de los filósofos

Pocos días antes de su muerte, ocurrida el 21 de junio de 1527, Maquiavelo relató a los amigos y familiares que lo acompañaban el siguiente sueño. Parado a la vera de un camino nuestro autor observa el paso de una multitud de hombres y mujeres en harapos, miserables, y que se arrastraban entre ayes de dolor y con muestras de sufrimiento brutalmente marcadas en sus rostros y cuerpos. Al preguntarles quienes eran, obtiene esta respuesta: "somos los santos y beatos, y vamos camino del paraíso". Poco después vio que se aproximaba un grupo de hombres de aspecto noble y grave, vestidos con finos ropajes y que al par que caminaban majestuosamente debatían importantes problemas políticos. Al fijarse con más detenimiento reconoció a algunos de los grandes filósofos, historiadores y estadistas de la Antigüedad. Allí estaban Platón, Plutarco y Tácito; más allá se veía a Ciro el Grande y Alejandro Magno departiendo con su tutor, Aristóteles. Intrigado, se acercó al grupo y respetuosamente les preguntó quiénes eran y adónde iban. Su respuesta lo dejó estupefacto: "Somos los condenados del infierno". Una vez que hubo relatado su sueño comentó

burlonamente que al ver lo que había visto prefería ir al infierno para conversar de política con las grandes figuras de la Antigüedad antes que ir al paraíso a morirse de aburrimiento con tantos santos y beatos (Viroli, 1998, p. 15). Este recuerdo de Maquiavelo, lo rescata Viroli para señalar la convicción del florentino en el sentido que los grandes hombres que construyeron naciones e imperios –al igual que los filósofos e historiadores que reflexionaron sobre sus hazañas– no tuvieron otra alternativa más que violar las normas de la moral cristiana y por eso no son admitidos al paraíso sino que son enviados al infierno. Claro que este, en la visión burlesca de Maquiavelo, se convierte en algo bastante más interesante y entretenido que aquel.

Esta resignificación del infierno, un verdadero "infierno de los filósofos", aparecía también prefigurada en una suerte de hipotético epitafio que concibe al enterarse de la muerte de Piero Soderini, el débil y zigzagueante gonfaloniere de la república de Florencia. Maquiavelo había venido acumulando un sordo rencor contra Soderini porque este, en astuta maniobra, había logrado casar a su sobrina con Giulano el Magnífico y pese a su oportuno reacomodo en la vida social y política de Florencia, nunca se acordó de tenderle una mano a su fiel secretario, que seguía sumido en la pobreza y el ostracismo en San Casciano. Por eso, tras la noticia de su muerte, Maquiavelo le dedicó el siguiente verso satírico. La noche que murió Piero Soderini su alma llamó a la puerta del infierno y Plutón le contestó: "¿Qué infierno? ¡Cretino! ¡Lárgate al limbo con los otros niños!" (Vallejo-Nájera, 1990, p. 18).

El infierno era cosa para hombres serios y para estadistas de verdad, no para irresolutos gobernantes que solo sirven para arruinar a sus repúblicas. En *La Mandrágora* Calímaco habla de que "hay tantos hombres de bien en el infierno", y si Soderini no es admitido en dicho lugar es porque, en cuanto hombre público, no ha sido un hombre de bien. Los fundadores de naciones e imperios y las grandes cabezas de la humanidad son hombres de bien cuyas obras e ideas aportaron a la felicidad de sus conciudadanos, y para serlo no tuvieron más alternativas que apartarse de los dictados de la moral convencional. Weber lo recordaba con tonos patéticos cuatro siglos después de Maquiavelo. Para quienes deben sellar un pacto con el diablo, aún movidos por el más noble de los propósitos, el cristianismo les

tiene reservado un sitio preferencial en el infierno. Solo que este se convierte, en la perspectiva de Maquiavelo, en el refugio de los bien obrantes y los bien pensantes. De alguna manera la filosofía política crítica, que no ha renunciado a su vocación reformadora y utópica, también hoy sigue estando condenada al infierno.

Bibliografía

Boron, A. (Comp.). (1999). *Teoría y Filosofía Política. La tradición clásica y las nuevas fronteras*. Buenos Aires: CLACSO/EUDEBA.

Chabod, F. (1960). *Machiavelli and the Renaissance*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

Crick, B. (1970). Introduction en N. Machiavelli. *The Discourses*. Harmondsworhth: Penguin.

Fontana, B. (1993). *Hegemony and Power. On the Relation between Gramsci and Machiavelli.* Minneapolis: University of Minnesotta Press.

Gramsci, A. (1949). *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo stato moderno*. Torino: Giulio Einaudi.

Maquiavelo, N. (1969). *Opere Scelte*. Selección a cargo de Gian Franco Berardi. Roma: Riuniti.

Maquiavelo, N. (1979). *Cartas Privadas de Nicolás Maquiavelo*. Traducción, notas y estudio preliminar de L. A. Arocena. Buenos Aires: EUDEBA.

Maquiavelo, N. (1987) [1513-1520]. *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*. Traducción, introducción y notas: Ana Martínez Arancón. Buenos Aires: Alianza Editorial.

Maquiavelo, N. (1992) [1513]. *El Príncipe.* Traducción e introducción: Miguel Ángel Granada. Buenos Aires: Alianza Editorial.

Rousseau, J. J. (1980). *Del Contrato Social. Discursos*. Madrid: Alianza.

Vallejo-Nájera, J. A. (1990). *Locos egregios*. Barcelona: Planeta.

Viroli, M. (1998). *La Sonrisa de Maquiavelo*. Barcelona: Tusquets Editores.

Weber, M. (1982). *Escritos Políticos*. México: Folios Ediciones.

Wolin, S. (1993). *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental.* Buenos Aires: Amorrortu.

Filosofía política y crítica de la sociedad burguesa

El legado teórico de Karl Marx*

A modo de introducción

Solo los espíritus más ganados por el fanatismo o la ignorancia se atreverían a disputar el aserto de que Marx fue uno de los más brillantes economistas del siglo XIX, un sociólogo de incomparable talento y amplitud de conocimientos y uno de los filósofos más importantes de su tiempo. Pocos, muy pocos, sin embargo, se atreverían a decir que Marx también fue uno de los más significativos filósofos políticos de la historia. Parece conveniente, en consecuencia, dar comienzo a esta revisión de la relación entre Marx y la filosofía política tratando de descifrar una desconcertante paradoja: ¿por qué razón abandonó Marx el terreno de la filosofía política –campo en el cual, con su crítica a Hegel, iniciaba una extraordinaria carrera intelectual– para luego migrar hacia otras latitudes, principalmente la economía política?

La pregunta es pertinente porque, como decíamos, en nuestra época es harto infrecuente referirse a Marx como un filósofo político. Muchos lo consideran como un economista ("clásico", hay que aclararlo) que dedicó gran parte de su vida a refutar las enseñanzas de los padres fundadores de la disciplina –William Petty, Adam Smith y David Ricardo– desarrollando a causa de ello un impresionante sistema teórico. Otros, un sociólogo que "descubrió" las clases sociales y su lucha, algo que el propio Marx descartó en su conocida carta a Joseph Weidemeyer.

* Publicado en Boron, A. (Comp.) (2000). *La filosofía política moderna. De Hobbes a Marx*. (pp. 289-328). Buenos Aires: CLACSO-EUDEBA.

No pocos dirán que se trata de un filósofo, materialista para más señas, empeñado en librar interminables batallas contra los espiritualistas e idealistas de todo cuño. Algunos dirán que fue un historiador, como lo atestigua, principalmente y entre muchos otros escritos, su prolija crónica de los acontecimientos que tuvieron lugar en Francia entre 1848 y 1851. Casi todos lo consideran, siguiendo a Joseph Schumpeter, como el iracundo profeta de la revolución. Marx fue, en efecto, todo esto, pero también mucho más que esto: entre otras cosas, un brillante filósofo político. Siendo así, ¿cómo explicar esa sorprendente mutación de su agenda intelectual, que lo llevó a abandonar sus iniciales preocupaciones intelectuales para adentrarse, con apasionada meticulosidad, en el terreno de la economía política? ¿Cómo se explica, en una palabra, su "deserción" del terreno de la filosofía política? ¿Regresó a ella o no? Y en caso de que así fuera, ¿tiene Marx todavía algo que decir en la filosofía política, o lo suyo ya es material de museo? Estas son las preguntas que trataremos de responder en nuestro trabajo.

Un diagnóstico concurrente

Estos interrogantes parecen ser particularmente trascendentes dado que existen dos opiniones, una procedente del propio campo marxista y otra de fuera de sus fronteras, que confluyen en afirmar la inexistencia de la teoría política marxista. De donde se desprendería, en consecuencia, la futilidad de cualquier tentativa de recuperar el legado marxiano. El famoso "debate Bobbio", lanzado a partir de un par de artículos que el filósofo político turinés publicara en 1976 en *Mondoperaio*, proyectó desde el peculiar ángulo "liberal socialista" de Bobbio el viejo argumento acerca de la inexistencia de una teoría política en Marx, posición esta que fue rechazada por quienes en ese momento eran los principales exponentes del marxismo italiano, como Umberto Cerroni, Giacomo Marramao, Giuseppe Vacca y otros (Bobbio, 1976). Curiosamente, la crítica bobbiana inspirada en la tradición liberal –de un liberalismo desconocido en tierras americanas, democrático y por momentos radical, como el de Bobbio– se emparentaba con la postura del "marxismo

oficial", de estirpe soviética, y algunos extraños aliados. Los partidarios de esta tesis no rechazaban por completo la existencia de una filosofía política en Marx –algo que hubiera atentado irreparablemente contra su concepción dogmática del marxismo– pero sostenían que su relevancia en el conjunto de la obra de Marx era del todo secundaria. En el fondo, la "verdadera" teoría política del marxismo se hallaba presente en ese engendro intelectual anti-marxista y anti-leninista que se dio a conocer con el nombre de "marxismoleninismo". No deja de ser una ironía que el "marxismo oficial" –¡verdadera *contradictio in adjectio* si las hay!– suscribiera íntegramente la tesis de uno de los más lúcidos teóricos neoconservadores, Samuel P. Huntington, cuando afirmara que "en términos de la teoría política del marxismo... Lenin no fue el discípulo de Marx sino que este fue el precursor de aquel" (Huntington, 1968, p. 336).

Una versión mucho más sutil de la tesis elaborada por los oscuros académicos soviéticos fue adoptada por intelectuales de dudosa afinidad con los burócratas de la Academia de Ciencias de Moscú. Entre ellos sobresale Lucio Colletti, un brillante teórico marxista italiano que en la década de 1990 habría de terminar tristemente su trayectoria intelectual poniéndose al servicio de Silvio Berlusconi y su reaccionaria Forza Italia. En un texto por momentos luminoso y en otros, decepcionante, Colletti, concluye su desafortunada comparación entre Rousseau y Marx diciendo que:

> la verdadera *originalidad* del marxismo debe buscarse más bien en el campo del análisis social y económico, y no en la teoría política. Por ejemplo, incluso en la teoría del Estado, contribución realmente nueva y decisiva del marxismo, habría que tener en cuenta la base económica para el surgimiento del Estado y (consecuentemente) de las condiciones económicas necesarias para su liquidación. Y esto, desde luego, va más allá de los límites de la teoría política en sentido estricto. (Colletti, 1977, p. 148, énfasis en el original).

En esta oportunidad queremos simplemente dejar constancia de la radicalidad del planteo de Colletti, sin discutir por ahora la sustancia de sus afirmaciones. La exposición que haremos en el resto de este capítulo

se encargará por sí sola de refutar sus tesis principales. De momento nos limitaremos a señalar la magnitud astronómica de su error cuando sostiene, en el pasaje arriba citado, que la problemática económica del surgimiento y eventual liquidación del Estado es un tema que trasciende "los límites de la teoría política en sentido estricto". Como veremos más adelante, el solo planteamiento de la cuestión desde una perspectiva que escinde radicalmente lo económico de lo político no puede sino conducir al grosero error de apreciación en que cae Colletti. Porque, en efecto, ¿cuál es la tradición teórica que considera a los hechos de la vida económica como "externos" a la política? El liberalismo, más no así el marxismo. Ergo, Colletti desestima esa contribución "nueva y decisiva del marxismo", la teoría del Estado, desde una tradición como la liberal cuyo punto de partida es la reproducción, en el plano de la teoría, del carácter fetichizado e ilusoriamente fragmentario de la realidad social. Al aceptar las premisas fundantes del liberalismo, Colletti coherentemente, concluye que todo lo que remita al análisis de las vinculaciones entre el Estado y la vida económica o, dicho con más crudeza, entre dominación y explotación, queda fuera de la teoría política "en sentido estricto". Al hacer suyo el axioma crucial del liberalismo, la separación entre economía y política, Colletti queda encerrado en el callejón sin salida de dicha tradición teórica con todos sus bloqueos y puntos ciegos.

Foucault, Althusser y la "leyenda de los dos Marx"

Adolfo Sánchez Vázquez, filósofo hispano-mexicano, recuerda con justeza la diversidad de teóricos que cuestionaron la existencia de una teoría del Estado, o del poder político, en Marx (Sánchez Vázquez, 1989, p. 4). Para Michel Foucault, por ejemplo, Marx es ante todo y casi exclusivamente un teórico de la explotación y no del poder, cuya capilaridad y dispersión por todo el cuerpo social, cuya "microfísica", en una palabra, habría pasado desapercibida a la mirada de Marx, más concentrada en los aspectos estructurales. (Foucault, 1978; 1979). Para Foucault, la naturaleza reticular del poder torna fútil cualquier tentativa de identificar un locus estratégico y privilegiado del mismo. Contrariamente a la

abrumadora evidencia que comprueba los alcances extraordinarios del proceso de "estatalización" de la acumulación capitalista en nuestros días, en la visión de Foucault se trataría de una red que no se localiza en ninguna parte en especial, ni siquiera en el Estado o en sus aparatos represivos (Boron, 1997, pp. 163-174). Lo interesante del caso es que, pese a su vocación contestataria, el panpoliticismo de Foucault remata en una concepción teórica que consagra la inmanencia y omnipotencia absoluta del poder así concebido, con independencia de las relaciones de producción y la explotación de clase. Tal como lo señala Sánchez Vázquez en otro de sus trabajos, en la construcción foucaultiana se disuelven por completo los nexos estructurales que ligan a esta red de micro-poderes con las relaciones de producción. De este modo se pierde de vista la naturaleza de clase que informa al poder social y su imbricación en la lucha de clases, a la vez que se hace caso omiso del papel central que el Estado capitalista desempeña como supremo "organizador" de la red de relaciones de poder mediante la cual la clase dominante asegura su predominio. (Sánchez Vázquez, 1985, pp. 113-115).

Aparte de Colletti, el filósofo hispano-mexicano identifica a Louis Althusser como uno de los principales impugnadores del supuesto vacío teórico-político que caracteriza la obra de Marx. Según nuestro entender, tanto el maestro como sus discípulos cayeron víctimas de una falacia crucial de la empresa althusseriana: la introducción de una inconducente dualidad en la herencia teórica de Marx. Según Althusser, hay dos Marx y no uno, el "humanista e ideológico" de la juventud, que es el Marx que esboza su crítica a las categorías centrales de la filosofía política hegeliana, y el Marx "marxista" de la madurez. El primero es "prescindible", mientras que el segundo es fundamental. Es en la fase "científica" cuando Marx se convierte en "marxista" y culmina luminosamente su análisis del capitalismo. Como veremos más adelante, la interpretación althusseriana contradice explícitamente la visión del propio Marx maduro sobre su derrotero intelectual, detalle que los althusserianos pasan alegremente por alto. En este sentido, pocos pueden igualar a Nicos Poulantzas en la externalización de este lamentable equívoco. Como fiel discípulo de su desorientado maestro, Poulantzas escribió ¡nada menos que en un libro dedicado a la teoría política marxista!, que:

> la problemática original del marxismo... es una ruptura en relación con la problemática de las obras de juventud de Marx ... (que) se dibuja a partir de *La Ideología Alemana*, texto de ruptura que contiene aún numerosas ambigüedades. Esa ruptura significa claramente que Marx ya se hizo marxista entonces. Por consiguiente, señalémoslo sin dilación, de ningún modo se tomará en consideración lo que se ha convenido en llamar obras de juventud de Marx, salvo a título de comparación crítica... para descubrir las supervivencias "ideológicas" de la problemática de juventud en las obras de madurez (Poulantzas, 1969, p. 13).

La consecuencia de esta desafortunada escisión fue la desvalorización, cuando no el completo abandono, de la obra teórico-política del joven Marx y la concentración exclusiva en las obras del Marx maduro, de carácter eminentemente económico, dándose así nacimiento a la "leyenda de los dos Marx" (Cerroni, 1976, p. 26). El visceral rechazo de Poulantzas –un refinado teórico que no pudo neutralizar el dogmatismo althusseriano que tantos estragos hiciera en el pensamiento marxista– al legado teórico del joven Marx suena escandaloso en nuestros días, al igual que esa deplorable separación entre un Marx "ideológico" y un Marx "científico". Ecos lejanos y transmutados del estructuralismo althusseriano se oyen también, en las dos últimas décadas, en la obra de Ernesto Laclau, Chantal Mouffe y, en general, los exponentes del así llamado "posmarxismo", empeñados en señalar las insuficiencias teóricas de todo tipo que socavarían irreparablemente la sustentabilidad del marxismo y tornan necesario construir un edificio teórico que lo "supere". (Laclau y Mouffe, 1987, pp. 4-5) Es evidente que para esta corriente la "superación" del marxismo es un asunto de ingeniosidad retórica, y que se resuelve en el terreno del arte del bien decir. De donde se sigue que, por ejemplo, la "superación" del tomismo nada tuvo que ver con la descomposición del régimen feudal de producción sino con la diabólica superioridad de las argumentaciones de los contractualistas. Es indudable que el marxismo habrá de ser superado, pero esto no ocurrirá como consecuencia de su derrota en la liza de la dialéctica argumentativa sino como resultado de la desaparición de la sociedad de clases. Su definitiva "superación" no es

un problema que se resuelva en el plano de la teoría sino en la práctica histórica de las sociedades.

La crítica de Norberto Bobbio

Para resumir, de todas las críticas dirigidas a la teoría marxista de la política, la que plantea Bobbio es, de lejos, la más interesante y sugerente. El filósofo italiano parte de la siguiente constatación "la denunciada y deplorada inexistencia, o insuficiencia, o deficiencia, o irrelevancia de una ciencia política marxista, entendida como la ausencia de una teoría del Estado socialista o de democracia socialista como alternativa a la teoría o, mejor, a las teorías del Estado burgués y de la democracia burguesa" (Bobbio, 1976, p. 1, traducción nuestra).

Tres son las causas que, a su juicio, originan este vacío en el marxismo. En primer lugar, el interés predominante, casi exclusivo, de los teóricos marxistas por el problema de la conquista del poder. La reflexión teórico-política de Marx, así como la de sus seguidores, era de carácter práctico y teórico a la vez y no meramente contemplativa, y se hallaba íntimamente articulada con las luchas del movimiento obrero y los partidos socialistas por la conquista del poder político. En consecuencia, la obra marxiana no podía ser ajena a esta realidad, sobre todo si se tiene en cuenta que casi hasta finales del siglo pasado la premisa indiscutida de las diversas estrategias políticas de los partidos de izquierda era la inminencia de la revolución. En segundo término, el carácter transitorio y fugaz del Estado socialista, concebido como una breve fase en donde la dictadura del proletariado acometería las tareas necesarias para crear las bases materiales requeridas para efectivizar el autogobierno de los productores, es decir, el "no-Estado" comunista. A estas dos explicaciones, que Bobbio había anticipado pocos años antes en otros escritos, agrega en el texto que estamos analizando una tercera: el "modo de ser marxista" en el período histórico posterior a la Revolución Rusa y, sobre todo, la Segunda Guerra Mundial. Si en el pasado, observa nuestro autor, podía hablarse de "un marxismo" de la Segunda Internacional, y después de otro más momificado aún, "el marxismo" de la Tercera Internacional, "no tendría sentido alguno hablar

de un marxismo de las décadas de 1950, 1960 o 1970" (Bobbio, 1976, p. 2). Con razón señala que la aparición de estos "muchos marxismos" (el "marxismo oficial" de la URSS, el trotskismo, la escuela de Frankfurt, la escuela de Budapest, la relectura sartreana, la versión estructuralista de Althusser y sus discípulos, el marxismo anglosajón, etc.) vino acompañada por el surgimiento de una nueva escolástica animada por un furor teológico sin precedentes, cuyo resultado fue avivar estériles polémicas poco conducentes al desarrollo teórico. A sus ojos, esta pluralidad de lecturas e interpretaciones del marxismo no necesariamente significa algo malo en sí mismo, mucho menos un escándalo, sino que debería ser interpretada como un "signo de vitalidad". Claro que, comenta el filósofo italiano, una de las consecuencias perversas de esta pluralidad ha sido la proliferación de reyertas ideológicas que desgastaron las energías intelectuales de los marxistas en inútiles controversias como, por ejemplo, aquella acerca de si el marxismo es un historicismo o un estructuralismo.

El resultado de esta situación es lo que Bobbio denomina "el abuso del principio de autoridad", esto es, la tendencia a regresar indefinidamente al examen de lo que Marx dijo, o se supone que dijo o quiso decir, en lugar de examinar a la luz del marxismo a las instituciones políticas de los Estados contemporáneos, sean capitalistas o socialistas. El escolasticismo terminó por reemplazar al "análisis concreto de la realidad concreta", como decía Lenin, y la exégesis de los textos fundamentales a la investigación y la crítica histórica. La consecuencia de este extravío ha sido el estancamiento teórico del marxismo.

Cabe recordar que este diagnóstico coincide en lo fundamental con el que, en ese mismo año, hiciera Perry Anderson en sus *Considerations on Western Marxism* (1976). Según el teórico británico, a partir del fracaso de la revolución en Occidente y de la consolidación del estalinismo en la URSS, la reflexión teórica marxista se aleja rápidamente del campo de la economía y la política para refugiarse en los intrincados laberintos de la filosofía, la estética y la epistemología. La única gran excepción de este período es, claro está, Antonio Gramsci. La indiferencia ante las exigencias de la coyuntura y la constitución de un saber filosófico centrado en sí mismo son los rasgos distintivos del "marxismo occidental", un marxismo transmutado en una escuela de pensamiento, y en el cual

el nexo inescindible entre teoría y praxis propuesto por sus fundadores se disuelve completamente. La teoría se convierte en un fin en sí misma y da paso al "teoreticismo", la famosa Tesis Onceava sobre Feuerbach que invitaba a los filósofos a transformar el mundo queda archivada, y el marxismo se transforma en un inofensivo saber académico, una corriente más en la etérea república de las letras.

¿Cuál es la conclusión a la que llega Bobbio en su ensayo? No demasiado diferente a la que enunciamos de Colletti, por cierto. Leamos sus propias palabras: la teoría política de Marx "constituye una etapa obligada en la historia de la teoría del Estado moderno. Luego de lo cual debo decir, con la misma franqueza, que nunca me parecieron de igual importancia las famosas, las demasiado famosas, indicaciones que Marx extrajo de la experiencia de la Comuna y que tuvieron la fortuna de ser luego exaltadas (pero nunca practicadas) por Lenin" (Bobbio, 1976, p. 16, traducción nuestra).

Nos parece que más allá de los méritos que indudablemente tiene el diagnóstico bobbiano sobre la parálisis teórica que afectara al marxismo durante buena parte de este siglo, su conclusión no le hace justicia a la profundidad del legado teórico-político de Marx.[1] Claro está que nuestro rechazo al sofisticado "ninguneo" que Bobbio hace de aquel no debería llevarnos tan lejos como para adherir a una tesis que se sitúa en las antípodas y que sostiene, a nuestro saber de manera equivocada, que "(L)a auténtica originalidad de la obra de Marx y Engels debe buscarse en el campo político, y no en el económico o en el filosófico" (Blackburn, 1980, p. 10). Afirmación sin dudas excesiva, y que difícilmente su autor repetiría hoy, pero que expresa la reacción ante una tan injusta como inadmisible descalificación de la teoría política de Marx. El problema que plantea esta cita de Blackburn proviene no tanto de la orientación de su pensamiento como de la radicalidad de su respuesta. Sin menospreciar

1. Salvo expresa aclaración en contrario, cuando hablemos de "marxismo" o "marxista" nos referimos exclusivamente a la obra de Marx y no a la de sus continuadores. El propósito de este trabajo es examinar la producción teórica de Marx en materia de filosofía política, reservando para otra ocasión el tratamiento de lo que podríamos denominar "la tradición marxista", es decir, la riquísima herencia teórica acumulada a partir de los escritos fundacionales de Marx y que se continúa en las elaboraciones de autores tales como Friedrich Engels, Vladimir Illich Lenin, Rosa Luxemburg, Karl Kautsky, Antonio Gramsci y muchos otros.

la originalidad de la obra teórico-política de Marx, nos parece que la teorización que se plasma en *El Capital* (la teoría de la plusvalía; la del fetichismo de la economía capitalista; la de la acumulación originaria, etc.) se encuentra mucho más desarrollada y sistematizada que la que advertimos en sus reflexiones políticas. Si a esta Marx le dedicó los turbulentos años de su juventud, a la economía política le cedió los veinticinco años más creativos de su madurez intelectual.

La supuesta excentricidad de Hegel

Bobbio señaló, y no le falta algo de razón, que la preponderante, casi exclusiva dedicación del Marx filósofo político a Hegel –comprensible si se tienen en cuenta las circunstancias biográficas e históricas que dieron origen a la crítica del joven Marx– y su apenas ocasional referencia a la obra de las cumbres del pensamiento filosófico-político del liberalismo, como John Stuart Mill, Jeremy Bentham, Benjamin Constant, Montesquieu y Alexis de Tocqueville, situaron su reflexión lejos del lugar central en el debate realmente importante que la burguesía había instalado en la Europa del siglo XIX y que no giraba en torno a las excentricidades hegelianas del "Estado ético" sino sobre las posibilidades y límites del utilitarismo, es decir, de la expansión ilimitada de los derechos individuales, las fuerzas del mercado y la sociedad civil. En sus propias palabras:

> Ya suscita alguna sospecha el hecho de que la teoría burguesa de la economía sea inglesa (o francesa) y que la teoría política sea alemana; o el hecho de que la burguesía inglesa (o francesa) haya elaborado una teoría económica congruente con su idealidad, *vulgo* sus intereses, y le haya confiado la tarea de elaborar una teoría del Estado a un profesor de Berlín, esto es, de un Estado económica y socialmente atrasado con respecto a Inglaterra y Francia. Marx sabía muy bien lo que no saben más ciertos marxistas: que la filosofía de la burguesía era el utilitarismo y no el idealismo (en *El Capital* el blanco de sus críticas es Bentham y no Hegel) y que uno de los

> rasgos fundamentales y verdaderamente innovadores de la revolución francesa era la proclamación... de la igualdad ante la ley... en cuya base se encuentra una teoría individualista y atomística de la sociedad que Hegel refuta explícitamente (Bobbio, 1976, p. 8, traducción nuestra).

Si hemos reproducido in extenso esta crítica bobbiana es a causa de su riqueza y su profundidad y, por otra parte, como producto de nuestra convicción de que el marxismo como filosofía política debe necesariamente confrontar con los exponentes más elevados de su crítica. Por eso quisiéramos hacer algunas observaciones en relación con lo que Bobbio plantea más arriba, y que tienen como eje su apreciación del papel de Hegel en la filosofía política burguesa. Es cierto que fuera de Alemania nadie discutía, al promediar el siglo XIX, si el Estado era o no la esfera superior de la eticidad o el representante de los intereses universales de la sociedad. La agenda de la política de los Estados capitalistas tenía otras prioridades: la reafirmación de los derechos individuales, el estado mínimo, la separación de poderes, las condiciones que asegurasen una democratización sin peligros para las clases dominantes, la relación Estado/mercado, entre otros temas, y la agenda teórica de la filosofía política no era ajena a estas prioridades.

Pero creemos que Bobbio exagera su argumento cuando minimiza la importancia de Hegel, porque si bien su teoría no representa adecuadamente la ontología de los Estados capitalistas, no por ello deja de cumplir una importantísima función ideológica que el descarnado planteamiento de los utilitaristas deja vacante: la de presentar al Estado –al Estado burgués y no a cualquier Estado– como la esfera superior de la eticidad y de la racionalidad, como el ámbito donde se resuelven las contradicciones de la sociedad civil. En suma, un Estado cuya "neutralidad" en la lucha de clases se materializa en la figura de una burocracia omnisciente y aislada de los sórdidos intereses materiales en conflicto, todo lo cual lo faculta para aparecer como el representante de los intereses universales de la sociedad y como la encarnación de una juridicidad despojada de toda contaminación clasista. Si el utilitarismo en sus distintas variantes representa el rostro más salvaje del capitalismo, su "darwinismo social"

que exalta los logros del individualismo más desenfrenado y condena a los "socialmente ineptos" a la extinción, el hegelianismo expresa, en cambio, el rostro civilizado del modo de producción al exhibir un Estado que flota por encima de los antagonismos de clase, que solo atiende a la voluntad general y que desestima los intereses sectoriales. En términos gramscianos podríamos decir que mientras el utilitarismo, epitomizado en la figura del *homo economicus*, proveía los fundamentos filosóficos a la burguesía en cuanto clase dominante, el hegelianismo hizo lo propio cuando esa misma burguesía se lanzó a construir su hegemonía.[2]

Por consiguiente, no es poca cosa que Marx haya tenido la osadía de desenmascarar esta función ideológica del hegelianismo en su crítica juvenil. Pese al retraso alemán, o tal vez a causa de eso mismo, Hegel percibió con más profundidad que sus contrapartes francesas e inglesas las tareas políticas e ideológicas fundamentales que el Estado debía desempeñar en la nueva sociedad, tareas que no podían ser cumplidas ni por los mercados ni por la sociedad civil. La lógica destructiva del capitalismo, basada en la potenciación de los apetitos individuales y del egoísmo maximizador de ganancias, requiere de un Estado fuerte, no por casualidad presente en todos los capitalismos desarrollados, para evitar que aquella termine sacrificando a la sociedad en aras de la ganancia del capital. Hegel es, precisamente, quien teoriza sobre esta necesidad olímpicamente soslayada por los clásicos del liberalismo político. Por eso Hegel es, tal cual acota correctamente Hans-Jürgen Krahl, "el pensador metafísico del capital..., el disfraz idealista y metafísico del régimen capitalista de producción" (Krahl, 1974, p. 27).

Por otra parte podría alegarse, en defensa de Marx y como un importante correctivo a las tesis bobbianas, que este tenía pensado dedicarse al tema y revisar la obra de los filósofos políticos ingleses y franceses en una fase posterior de su crítica al capitalismo. Recordemos simplemente el contenido de su programa de trabajo, esbozado en la "Introducción General a la Crítica de la Economía Política/1857" en donde el estudio del Estado y la política –es decir, la filosofía política– era el paso siguiente a su extenso periplo por la economía política y que fuera lamentablemente

2. Ver Boron y Cuéllar (1983).

tronchado por su muerte (Marx, 1974, p. 66; Cerroni, 1976, pp. 23-27). Es importante notar aquí que estamos hablando de una "vuelta" frustrada y no de una "ida". Contrariamente a lo sostenido por los althusserianos, Marx tenía planeado retornar a la filosofía política, de la cual había partido, y no acudir por primera vez a ella una vez agotadas sus exploraciones en el terreno de la economía política. En un texto escrito cuando apenas contaba con veintiséis años, el joven Marx ya anticipaba los principales destinos de su itinerario teórico cuando con extraordinaria lucidez advertía que "la crítica del cielo se convierte con ello en la crítica de la tierra, la crítica de la religión en la crítica del derecho, la crítica de la teología en la crítica de la política" (Marx, 1967a, p. 4) Pocos meses después reafirmaba este proyecto cuando en el "Prefacio" de los *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844* Marx anuncia al lector que:

> Me propongo, pues, publicar mi crítica del derecho, de la moral, de la política, etcétera, en una serie de folletos independientes; y por último, en un trabajo separado, trataré de exponer el todo en su interconexión, mostrando las relaciones entre las partes y planteando una crítica al tratamiento especulativo de este material. Esta es la razón por la cual, en el presente trabajo, las relaciones de la economía política con el Estado, el derecho, la moral, la vida civil, etcétera, solo serán abordadas en la medida en que la propia economía política se aboca al estudio de estos temas (Marx, 1964, p. 63, traducción nuestra).

Como sabemos, Marx apenas pudo construir los cimientos de esta gigantesca empresa teórica. Su marcha se detuvo a poco de comenzar a escribir el capítulo 52 del tercer tomo de *El Capital*, precisamente cuando iniciaba el abordaje del tema de las clases sociales. Se trata, por lo tanto, de un proyecto inacabado, pero tanto sus lineamientos generales como el diseño de su arquitectura teórica son suficientes para seguir avanzando en su construcción.

La crítica a la filosofía política hegeliana

El punto de partida de toda esta reflexión lo ofrece el análisis del significado de la política para Marx: su esencia como actividad práctica y su significado en el conjunto de la vida social. Como se recordará, Marx comienza su proyecto teórico precisamente con una crítica al Estado, la política y el derecho, que se refleja en diversos escritos juveniles tales como *La cuestión judía*, la *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*, la "Introducción" a dicho texto (publicada originariamente en los Anales Franco-Alemanes, en 1844) y varios otros escritos menos conocidos, como *Notas críticas sobre "El Rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano"*, para culminar en el voluminoso texto escrito junto con Federico Engels en el otoño belga de 1845, *La Ideología Alemana*.[3]

Tres tesis fundamentales

En estos textos críticos del Estado y la política, que en su obnubilación teórica Althusser y sus discípulos repudiaron por ser "pre-marxistas", el joven Marx sostiene tres tesis que habrían de escandalizar a la filosofía política "bien pensante" hasta nuestros días: a) en primer lugar que, tal como lo plantea en la "Introducción" a la *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*, es necesario pasar de la crítica del cielo a la crítica de la tierra. En este tránsito, "(l)a crítica de la religión es, por tanto, en germen, la crítica del valle de lágrimas que la religión rodea de un halo de santidad" (Marx, 1967a, p. 3). Sería difícil exagerar la importancia y la actualidad de esta tesis, toda vez que aún hoy encontramos que el saber convencional de la filosofía política en sus distintas variantes –el neo-contractualismo, el comunitarismo, el republicanismo y el libertarianismo– persiste obstinadamente en volver sus ojos hacia el cielo diáfano de la política con total prescindencia de lo que ocurre en el cenagoso suelo de la sociedad burguesa. Así, se construyen bellos argumentos sobre la justicia, la

3. Para profundizar en el estudio del pensamiento teórico-político del joven Marx existen dos textos magistrales cuya lectura recomiendo: Löwy (1972) y Claudín (1975).

identidad y las instituciones republicanas sin preocuparse por examinar la naturaleza del "valle de lágrimas" capitalista sobre el cual deben reposar tales construcciones. b) la filosofía tiene una "misión", una tarea práctica inexcusable y de la que no puede sustraerse apelando a la mentira autocomplaciente de su naturaleza contemplativa. La célebre Tesis Onceava sobre Feuerbach no hace sino acentuar aún más esta necesidad imperiosa de dejar de simplemente pensar el mundo para pasar a transformarlo sin más demora. La misión de la filosofía es desenmascarar la auto-enajenación humana en todas sus formas, sagradas y seculares. Para ello la teoría debe convertirse en un poder material, lo que exige que sea capaz de "apoderarse" de la conciencia de las masas. Para esto, la teoría debe ser "radical", es decir, ir al fondo de las cosas (Marx, 1967a, pp. 9-10). Un fondo que en el joven Marx era de carácter antropológico, "el hombre mismo", pero que a lo largo de su trayectoria intelectual habría de perfilarse, nítidamente, en el Marx maduro, en su naturaleza estructural. El fondo de las cosas estaría, de ahí en más, constituido por la estructura de la "sociedad burguesa". c) por último, la constatación de que en las sociedades clasistas la política es, por excelencia, la esfera de la alienación, y en cuanto tal espacio privilegiado de la ilusión y el engaño. La razón de esta condena es fácil de advertir: Hegel había exaltado al Estado a la increíble condición de "ser la marcha de Dios en el mundo", un exceso que ni siquiera un pensador tan "estatalista" como Hobbes habría osado imaginar (Hegel, 1967, p. 279) En el sistema hegeliano, contra el cual se rebela precozmente el joven Marx, el Estado era la esfera del altruismo universal y el ámbito en el cual se realizan los intereses generales de la sociedad. En consecuencia, la política aparecía en Hegel nada más ni nada menos que como la intrincada fisiología de una institución concebida como un Dios secular y a la cual debemos no solo obedecer sino también venerar (Hegel, 1967, p. 285).

La verdad contenida en estas tres tesis, cruciales en el pensamiento del joven Marx, fue ratificada, por si hiciera falta, por sus experiencias personales. Confrontado con la dura realidad que le planteaba su condición de editor de la *Nueva Gaceta Renana*, una revista de la intelectualidad liberal alemana, el joven Marx pudo constatar desde el vamos cómo la supuesta universalidad del Estado prusiano era una mera ilusión y

que el Estado "realmente existente" –no el postulado teóricamente por Hegel sino aquel con el cual él tenía que habérselas "aquí y ahora"– era, en realidad, un dispositivo institucional puesto al servicio de intereses económicos bien particulares.

De haber estado vivo, Hegel seguramente le habría observado a su joven crítico que ese que Marx tan justamente apuntaba con su crítica "no era un verdadero Estado sino una sociedad civil disfrazada de Estado" (Hegel, 1967, pp. 156; 209-212). A lo cual Marx seguramente habría replicado con palabras parecidas a estas: Distinguido Maestro. El Estado que Ud. ha concebido en su teoría es de una belleza sin par y segura garantía para la consecución de la justicia en este mundo. El único problema es que el mismo solo existe en su imaginación. Los Estados "realmente existentes" poco o nada tienen que ver con el que surge de sus estipulaciones teóricas. Ud. señala, correctamente en uno de los apéndices de su *Filosofía del Derecho*, que los Estados que obran de otro modo, es decir, los que subordinan el logro de los intereses universales a la satisfacción de los intereses particulares de ciertos grupos y clases sociales, no son verdaderos Estados sino simples sociedades civiles disfrazadas de Estados. Créame cuando le digo que lamento tener que informarle que todos los Estados conocidos han demostrado una irresistible vocación por disfrazarse. ¿O cree Ud. que el Rey de Prusia representa algo más que una alianza entre nuestros decadentes y ridículos Junkers y la timorata burguesía industrial alemana? ¿O piensa Ud. que el Zar de todas las Rusias, y su Estado, representan otra cosa que los intereses de la aristocracia terrateniente más bárbara y corrupta de Europa? ¿O creería, por ventura, que la reina Victoria sintetiza en su persona los intereses del conjunto del pueblo inglés y no los intereses exclusivos y particulares de la *city* londinense y los manufactureros británicos, desesperados por establecer el imperio del libre comercio para sojuzgar al mundo entero con su superioridad industrial y financiera?

Una vez comprobado el carácter irremisiblemente clasista de los Estados y certificada la invalidación del modelo hegeliano del "Estado ético, representante del interés universal de la sociedad", el joven Marx se abocó a la tarea de explicar las razones del extravío teórico de Hegel. ¿Qué fue lo que hizo que una de las mentes más lúcidas de la historia de la

filosofía incurriera en semejante error? Simplificando un razonamiento bastante más complejo diremos que la respuesta de Marx se construye en torno a este argumento: que si en Hegel la relación "Estado/sociedad civil" aparece invertida, esto no es a causa de un vicio de razonamiento sino que obedece a compromisos epistemológicos más profundos cuyas raíces se hunden en el seno mismo de la sociedad burguesa, como años más tarde tendría ocasión de argumentar Marx al examinar el problema del fetichismo de la mercancía. En su crítica juvenil a la inversión se notan las influencias ejercidas por Ludwig Feuerbach, quien en 1841 había conmovido al mundo intelectual alemán al publicar poco antes de que Marx iniciara su crítica al sistema hegeliano *La Esencia del Cristianismo*. En dicho libro Feuerbach afirma que contrariamente a lo que sostiene la religión, no es Dios quien crea a los hombres sino que son estos los que en su alienación crean a aquel. Siendo esto así, de lo que se trata, habría de concluir un atento lector como el joven Marx, es de invertir la relación establecida por la religión, o el derecho burgués, para encontrar la verdad de las cosas.

Claro está que, pese a su juventud, Marx no se contentaba solo con eso. Si la mera inversión satisfacía el espíritu crítico de Feuerbach, no ocurría lo mismo con el joven filósofo de Tréveris, quien sentía la necesidad de ir más allá en el camino de la explicación. Para ello contaba con las armas que le ofrecía la dialéctica hegeliana, pero estas requerían un ulterior refinamiento antes de poder ser efectivamente usadas como "las armas de la crítica". Hegel había aportado algunas ideas centrales que servían como importantísimo punto de partida: en primer lugar, la noción revolucionaria en la historia de la filosofía, dominada por un espíritu contemplativo, de que las ideas se realizan en la historia y de que no existe un hiato insalvable entre el mundo material y el mundo de las ideas filosóficas. El ser y el deber ser pueden juntarse y las "armas de la crítica" (junto a la "crítica de las armas") son instrumentos fundamentales en la transformación del mundo, devenida ahora en la verdadera e inexcusable misión de la filosofía.

Génesis de la "inversión hegeliana" e inicio del tránsito de la filosofía a la economía política

Por lo tanto, para el joven Marx no bastaba con afirmar que el hombre crea a su Dios sino que era necesario decir por qué procede de tal modo y cómo lo hace. De la misma manera, tampoco se contentaba Marx con invertir la relación Estado/sociedad civil postulada por Hegel, dando así comienzo a un programa de crítica teórica y práctica al que le habría de dedicar el resto de su vida, y que, como veíamos más arriba, quedaría inconcluso.[4] "Ir más allá" significaba, en gran medida gracias a la invalorable aportación intelectual de Engels, adentrarse en el nuevo sendero abierto por Adam Smith y otros economistas clásicos al fundar la economía política. Si Marx, en la "Introducción" de su crítica a Hegel, había dicho que "(s)er radical es atacar el problema por la raíz. Y la raíz, para el hombre, es el hombre mismo" (Marx, 1967a, p. 10), establecido ya el contacto con la nueva ciencia Marx diría que la radicalidad de una crítica social exige ir más allá del hombre abstracto, y que para comprender al hombre situado es preciso adentrarse en la anatomía de la sociedad civil. La ciencia que nos permite internarnos en este territorio no es otra que la economía política.

Un planteamiento como este es inseparable de un tránsito, premeditado y esperanzado, desde la filosofía política hacia la economía política. Desplazamiento este que se funda en una radical reformulación que el joven Marx efectúa a una de las cuestiones centrales de la filosofía política moderna: la clásica pregunta de Hobbes acerca de cómo es posible el orden social. Pregunta ociosa para la filosofía política clásica puesto que, como sabemos, durante la Antigüedad se partía del supuesto, indiscutible y axiomático, de que el hombre era "naturalmente" un animal político –*zoon politikon*– cuya vida en la polis lo humanizaba definitivamente. Como sabemos, el advenimiento de la sociedad burguesa iría a desbaratar impiadosamente esta creencia. Producida la refutación práctica del axioma aristotélico cuando, como recordaba Tomás Moro, "(v)

4. Sobre este tema, la "recreación" en lugar de la simple "inversión" de la dialéctica hegeliana a manos de Marx sigue siendo imprescindible consultar el trabajo de Althusser (1966).

uestras ovejas… que tan mansas eran… se comen a los propios hombres y devastan y arrasan las casas, los campos y las aldeas" (1995, p. 53), y la vieja comunidad aldeana precapitalista se pulverizaba en una miríada de "átomos individuales pre-sociales", fue nada menos que Hobbes quien asumió la responsabilidad de producir una nueva respuesta a tan crucial interrogante. Observando la devastación producida por la guerra civil inglesa en el siglo XVII, ofreció la respuesta que lo hizo célebre: el orden social es posible porque el terror a la muerte violenta lleva a los hombres a someterse al imperio ilimitado de un soberano, abdicando de buena parte de sus libertades a cambio de la paz fundada en la espada de la autoridad.

Debe notarse que aquí tropezamos con dos supuestos de suma importancia: en primer lugar, lo que usando un giro borgeano podría denominarse la improbable igualdad radical entre los hombres, y que llevara a Hobbes a sostener que "el más débil tiene bastante fuerza para matar al más fuerte, ya sea mediante secretas maquinaciones o confederándose con otro" (Hobbes, 1980, p. 100). El segundo supuesto, más discutible todavía, postula que hay una necesidad universal de orden, sentida por igual por explotadores y explotados, por dominantes y dominados, lo que solo excepcionalmente puede llegar a ser verdad. Ambos supuestos eran inaceptables para Marx: el primero porque la desigualdad social, en las sociedades de clase, tornaba inverosímil el escenario radicalmente igualitario de Hobbes; el segundo, porque no se le escapaba al joven filósofo que el orden era mucho más un imperativo para las clases dominantes que una necesidad impostergable de las clases dominadas, tesis que sería posteriormente ratificada en los análisis de Max Weber sobre la Europa revolucionaria de la primera posguerra. En ambos casos, notaba Marx, el vínculo entre política y economía se difuminaba, dejando a la primera como un tinglado en el cual actores se unían y combatían caprichosamente y sin referencias a las condiciones materiales que pudieran asignar una cierta racionalidad a sus acciones, mientras que la vida económica se desenvolvía en un increíble vacío político.

La respuesta a la pregunta de marras adquiere un matiz más realista en la pluma de Locke. En efecto, triunfante la Gloriosa Revolución de 1688 y asegurada la hegemonía del Parlamento –es decir, la burguesía– sobre

la Corona y la nobleza terrateniente, la angustia del terror que había sido tan vívidamente percibida por Hobbes cede su paso a la calma racionalidad del buen burgués, para quien el objetivo primero y fundamental de todo gobierno no puede ser otro que el de asegurar el disfrute de la propiedad privada pues las otras libertades vienen por añadidura. En Locke encuentra Marx por fin el nexo entre economía y política que apenas si se vislumbraba en la obra de Hobbes, que ahora adquiere pleno relieve al establecerse la conexión entre la construcción del orden político que garantiza la reproducción integral del sistema y el disfrute de una propiedad que, aún en la formulación lockeana, muestra claros síntomas de sus tendencias concentradoras. Pero concebir a la defensa de la propiedad privada como la primera misión del Estado no alcanza para establecer teóricamente los vínculos profundos que ligan a una con el otro, especialmente si se asume, como lo hace Locke, un escenario en el cual en principio cualquiera puede llegar a acceder a la propiedad privada y que esta se justifica prácticamente por el hecho de que el propietario mezcla su trabajo con los bienes de la naturaleza, certificando de ese modo la sinrazón de la fulminante acusación de San Agustín en contra de la propiedad privada cuando decía que esta era simplemente un robo. Marx, huelga aclararlo, nunca aceptó esta "naturalización" de la propiedad privada a manos de Locke y mucho menos la legitimación del orden político resultante de ella.

No más satisfactoria resultó ser la respuesta ofrecida por Rousseau, aunque no pasó desapercibida para Marx la violenta ruptura que este introduce en la tradición contractualista al establecer, de una manera inequívoca, la vinculación entre el Estado y un proceso eminentemente fraudulento como fue la invención de la propiedad privada, una "gigantesca estafa" según sus propias palabras, que inevitablemente iría a corroer hasta sus cimientos la legitimidad del Estado. Pese a algunas opiniones en contrario –entre ellas la de Lucio Colletti, para quien Marx se habría limitado a parafrasear a Rousseau– lo cierto es que el planteamiento del ginebrino era del todo insuficiente para dar sustento a una teorización del Estado como la institución encargada de la reproducción del orden social y del mantenimiento de una estructura política que preservara la dominación de clase. (Colletti, 1977, pp. 148-149) En un texto

anterior la postura de Colletti era aún más extrema, pues afirmaba que "la teoría política revolucionaria, tal como se ha venido desenvolviendo luego de Rousseau, está toda prefigurada y contenida en el *Contrato Social*; y para ser más explícitos … Marx y Lenin no han agregado nada a Rousseau, salvo el análisis (por cierto que muy importante) de las 'bases económicas' de la extinción del Estado" (Colletti, 1969, p. 251, traducción nuestra).

Afirmación temeraria, si las hay, cuyos fundamentos adolecen de una insanable fragilidad que se acrecienta aún más si se recuerda que el propio Rousseau pareció tener opiniones muy volátiles en esta materia, ya que el tono radical del *Discurso sobre la Desigualdad entre los Hombres* no se retoma en escritos posteriores, especialmente en su obra cumbre en materia de filosofía política, *El Contrato Social*. Por otra parte, bien observa Blackburn que la noción rousseauniana de que la soberanía popular solo es posible cuando no existan partidos que representen parcialidades y los individuos se relacionen sin mediaciones con el Estado, es profundamente antagónica a la concepción marxista de la democracia proletaria, tal como se ejemplifica en la *Comuna de París*. La afirmación de Rousseau en el sentido de que la voluntad general solo podrá expresarse siempre "que no existan sociedades parciales en el Estado y que cada ciudadano considere tan solo sus propias opiniones" bajo ningún punto de vista puede considerarse como un antecedente teórico o doctrinario significativo de la teoría política marxista (Blackburn, 1980, p. 13). La pretendida "continuidad teórica" que Colletti atribuye al vínculo Rousseau/Marx no parece tener demasiados asideros sino ser más bien un precoz síntoma del ofuscamiento intelectual y político que, años después, se apoderaría del filósofo italiano.

La búsqueda de un nuevo instrumental

Esta rápida revisión de la relación entre Marx y algunos autores centrales en la historia de la filosofía política nos permite tomar nota de algo bien importante, a saber: el precoz reconocimiento efectuado por Marx de la imposibilidad de comprender la política al margen de una

concepción totalizadora de la vida social, en donde se conjugaran y articularan economía, sociedad, cultura, ideología y política. Es obvio que esta conexión entre distintas esferas institucionales, cuya separación solo puede ser relativa y fundamentalmente analítica, no pasó desapercibida para las cabezas más lúcidas de la filosofía política. Sin embargo, y aquí viene el mérito fundamental de Hegel, fue este quien planteó por primera vez de manera sistemática –y no solo en la Filosofía del Derecho sino también en otros escritos, como la Filosofía Real– la tensión entre la dinámica polarizante y excluyente de la sociedad civil, en realidad de la economía capitalista, y las pretensiones integradoras y universalistas del Estado burgués. Nos parece que Bobbio no aprecia en sus justos méritos los alcances de esta innovación hegeliana. Por eso, si bien su señalamiento de que en el siglo XIX el "centro de gravedad" de la filosofía política no estaba en Alemania es correcto, su subestimación de la contribución de Hegel a la filosofía política lo es mucho menos. Es más, podría afirmarse, sin temor a exagerar, que Hegel es el primer teórico político de la sociedad burguesa que plantea una visión de la sociedad civil estructuralmente escindida en clases sociales cuya incesante dinámica remata en una irresoluble polarización. Por supuesto, todas las grandes cabezas antes de Hegel reconocieron la existencia de las clases sociales, y en algunos casos, como en Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Moro, Locke y Rousseau, esos análisis fueron extraordinariamente perceptivos y lúcidos. Pero solo Hegel, parado desde las alturas que le proporcionaba la constitución de la sociedad burguesa, supo teorizar sobre el carácter irreconciliable de las contradicciones clasistas aún cuando su sistema teórico no fuese capaz de desentrañar las razones profundas de este antagonismo. Para eso sería necesario esperar la aparición de Marx. Pero Hegel observó con agudeza ese rasgo de la sociedad capitalista al punto tal que abogó por una esclarecida intervención estatal para atenuar tales contradicciones, mediación esta que tenía como sus pilares la promoción de la expansión colonial de ultramar y la emigración. En otras palabras, expulsando la pobreza hacia la periferia atrasada en un caso, o hacia países ricos o potencialmente ricos, como las nuevas regiones receptoras de inmigración masiva en América (Estados Unidos, Argentina, Brasil y Uruguay) u Oceanía (Australia y Nueva Zelanda).

Hegel remataba su razonamiento diciendo que la polarización entre riqueza y pobreza que generaba la sociedad burguesa planteaba no solo un problema económico sino también otro, más grave aún: los pobres se transformaban en indigentes debilitando irreparablemente de este modo los fundamentos mismos de la vida estatal, fuente, según nuestro autor, de toda eticidad y justicia (Hegel, 1967, pp. 149-150, 277-278).

La atenta lectura del joven Marx del texto hegeliano lo colocaba así en los bordes de la filosofía política y a las puertas de la economía política. En los bordes, porque la reflexión del profesor de la Universidad de Berlín había demostrado dos cosas: a) la íntima conexión existente entre la política y el Estado y, por otra parte, ese tumultuoso reino de lo privado que se subsumía bajo el equívoco nombre de "sociedad civil"; b) la futilidad de teorizar sobre aquellos temas al margen de una cuidadosa teorización sobre la sociedad en su conjunto y, muy especialmente, sobre los fundamentos económicos del orden social. Y en las puertas de la economía política, porque si se quería trascender la mera enunciación de la relación era preciso avanzar en la exploración de la anatomía de la sociedad civil, y para esa empresa el arsenal conceptual y metodológico de la filosofía política era claramente insuficiente. Se requería echar mano a un nuevo instrumental teórico, el que justamente y no por casualidad había desarrollado la economía política en el país donde las relaciones burguesas de producción habían alcanzado su forma más pura y desarrollada. La breve estancia de Marx en París, entre octubre de 1843 y enero de 1845, y la amistad que allí desarrollaría con Friedrich Engels, habrían de franquearle la entrada a esa nueva ciencia abriendo de este modo la posibilidad de una radical reelaboración de la filosofía política, proyecto que, como sabemos, se encuentra todavía inacabado.

Dialéctica, alienación y política

La dialéctica hegeliana contenía una serie de elementos de primera importancia para esta misión transformadora que Marx quería para la filosofía. En primer lugar, ponía de relieve de manera amenazante el carácter inherentemente contradictorio –y por lo tanto provisorio– de las

instituciones y prácticas sociales existentes. Si en su versión idealista esto se resolvía en una inofensiva dialéctica de las ideas, en su lectura y reconstrucción marxiana estas contradicciones tienen lugar entre fuerzas sociales e intereses clasistas portadores de enfrentados proyectos, valores e ideologías. Con la reinterpretación y recreación que la dialéctica sufre a manos de Marx entra en crisis un paradigma que se remontaba a la filosofía medieval y que postulaba la armonía natural del cuerpo social: piernas campesinas, tronco artesanal, brazos guerreros y cabeza aristocrática coronada por el carisma de la Cátedra de San Pedro y los poderes terrenales y extra-mundanos de la Iglesia de Roma. Con la crisis de la formación social feudal que sostenía esta representación ideológica se abre un período de incertidumbre que comienza a ser cerrado por nuevas teorizaciones, como la precozmente formulada por un médico holandés por nacimiento y británico por adopción y que adquiriera justa fama como filósofo. Se trata de Bernard de Mandeville, quien en 1714 publicara un libro cuyo título refleja con nitidez el nuevo clima ideológico de la sociedad burguesa: *La fábula de las abejas, o los vicios privados hacen la prosperidad pública*, texto en el cual el interés egoísta pasa a ser considerado, en oposición a las doctrinas y costumbres medievales, como conducente a la felicidad colectiva (Mandeville, 1982). Pero sería recién en 1776 cuando esta interpretación habría de adquirir una impresionante densidad teórica en la obra de un filósofo moral de la Ilustración escocesa, Adam Smith. La publicación de *La Riqueza de las Naciones* vino a cerrar, con una sólida y majestuosa argumentación filosófica, económica e histórica, ese hiato abierto por la crisis de las filosofías medievales para convertirse en el nuevo sentido común de la naciente sociedad capitalista. Sin embargo, la tesis de la "mano invisible" –enigmática ordenadora de los apetitos individuales e inigualada artesana que convertía los vicios privados en virtudes públicas– habría de ser sometida a un ataque demoledor por parte de la dialéctica materialista, con su reafirmación de la omnipresencia y permanencia del conflicto y la contradicción.

Una segunda arista crítica de la dialéctica marxista es la tesis de la provisoriedad de lo existente. Si en su versión hegeliana esta tesis se limitaba al universo de las ideas y los valores, y a la insanable fugacidad de las ideas dominantes, en la síntesis marxiana esta provisoriedad se

extiende al conjunto de la vida social. No son solo las ideas las que se encuentran sometidas a una tal transitoriedad sino también las instituciones –la propiedad privada de los medios de producción, la iglesia, la monarquía o el Estado, así como también los diversos grupos y clases sociales– quienes se encuentran privados del tan anhelado don de la eternidad. No hace falta demasiado esfuerzo para comprender el escándalo que produjo esta radical reformulación marxista de la dialéctica hegeliana, al producir una incurable herida narcisista a la autoestima de una sociedad burguesa acostumbrada a creerse –y a pensarse, como lo hiciera mediante la obra de Hegel– como la culminación del proceso histórico. Herida narcisista solo comparable a la que poco antes de publicar el primer tomo de *El Capital* le produjera Charles Darwin al comprobar el ancestro simiesco del orgulloso Homo sapiens, o la que iría a infligirle, a la vuelta del siglo, Sigmund Freud con el descubrimiento del inconsciente y la puesta en evidencia de las raíces no racionales ni conscientes de la conducta humana. Lo que antes parecía como un tema tabú, la santidad e intangibilidad de las instituciones fundamentales de la sociedad capitalista, era ahora objeto de una crítica irreverente, blasfema y mortífera por parte de un personaje que, según comentara el primer comunista alemán, Moses Hess, en una carta dirigida a un amigo en 1842, "era el único auténtico filósofo" que hoy tiene Alemania: "Combina la seriedad filosófica más profunda con el talento más mordaz. Imagine a Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Heine y Hegel fundidos en una sola persona –digo fundidos y no confundidos en un montón– y tendrá Ud. al Dr. Marx" (Berlin, 1964, p. 60; McLellan, 1971, p. 5).

La tercera característica de la dialéctica reconstruida por Marx a partir de las iniciales formulaciones de Hegel remite, en primer lugar, a su concepción de la historia como un proceso y no como una mera secuencia de acontecimientos o eventos; y, en segundo lugar, como un proceso que tiene un sentido y una finalidad. En Hegel, la historia se movía desde la libertad para uno, en el antiguo despotismo oriental, hasta su punto final que era, no por casualidad, la sociedad burguesa en donde, presuntamente, todo serían libres. Marx reformula radicalmente esta concepción cambiando el eje de la legalidad de la historia hacia el terreno en el cual los hombres y mujeres crean y recrean sus

propias condiciones de existencia, y allí avizora un sentido y una finalidad: la liberación radical de las cadenas de la opresión y explotación del hombre por el hombre, el comienzo de una historia que pondría fin a la prehistoria escrita por todas las sociedades de clase. Pero para Marx este objetivo final está abierto; por ello no es susceptible de especulaciones determinísticas ni puede ser interpretado como un fatalismo teleológico. Es probabilístico: la alternativa puede ser el socialismo, es decir la civilización en un nivel jamás alcanzado antes por sociedad humana alguna, o la barbarie. Contrariamente a lo que predica el vulgomarxismo, el resultado final no está garantizado. Además, conviene recordarlo, el comunismo no es concebido como una suerte de "estación final" de la historia –no hay tal cosa en el pensamiento marxista– sino que, en una visión eminentemente dialéctica, fue definido por Marx y Engels en *La Ideología Alemana* de la siguiente manera: "Para nosotros, el comunismo no es un estado que debe implantarse, un ideal al que haya de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual" (Marx y Engels, 1973, p. 37, énfasis en el original).

Tomando todo lo anterior en consideración, las razones por las que el joven Marx concibe a la política de la sociedad burguesa –en realidad, de toda sociedad de clases– como la esfera de la alienación, parecerían ahora ser lo suficientemente claras. Su reformulación de la dialéctica hegeliana y su crítica al sistema de Hegel le permiten descubrir una falla fundamental en la reflexión filosófico-política del profesor de Berlín. Esta falla se localiza en su renuncia a elaborar teóricamente la densa malla de mediaciones existentes entre la política y el Estado y el resto de la vida social. Es en Hegel donde, paradojalmente, esta conexión se vuelve más patente; pero ella aparece más que nada como una mera yuxtaposición y no como una vinculación esencial y estructural. Yuxtaposición, porque en Hegel el Estado es por excelencia la esfera de la racionalidad y la eticidad, y la sociedad civil y la familia apenas momentos particulares y epifenoménicos de la vida estatal. Al joven Marx siempre le llamó la atención la perfección de esta operación de "inversión" por la cual la dialéctica marchaba sobre su cabeza y el Estado y las superestructuras políticas aparecían como los sujetos de la vida social.

¿Hacer que la dialéctica marche sobre sus pies?

Ahora bien, antes de seguir con el hilo de nuestra exposición es importante despejar un equívoco que aparece reiteradamente en diversos textos de teoría política: el que postula que Marx simplemente se limitó a "invertir la inversión" hegeliana, y que puso a la dialéctica de Hegel sobre sus pies. En uno de los pasajes más luminosos de *La revolución teórica de Marx*, de Louis Althusser, demuestra definitivamente la falacia de dicha interpretación. Sin meternos ahora en las honduras de tales argumentos remitimos al lector a la lectura de ese texto, y añadimos simplemente que si se hubiera limitado tan solo a "dar vuelta" el método hegeliano, Marx no hubiera sido Marx sino un oscuro feuerbachiano. Pero si Feuerbach es apenas una nota a pie de página en la historia de la filosofía y Marx uno de sus más densos capítulos, es precisamente porque el segundo hizo algo mucho más complejo que hacer del sujeto el predicado y de este el sujeto. En manos de Marx la dialéctica adquiere una complejidad extraordinaria –con sus mediaciones, la "sobredeterminación" de las contradicciones, etc.– sagazmente percibida por Althusser, lo que impide que la simple inversión pueda dar cuenta acabada de las innovaciones introducidas por Marx (Althusser, 1969, pp. 91-94).

La "visión invertida" de Hegel tenía, tal como decíamos más arriba, raíces profundas que se hundían en la estructura misma de la sociedad burguesa. Si Hegel "veía el mundo al revés" y hacía que la dialéctica marchase sobre su cabeza esto no era a causa de un problema epistemológico específico sino porque aquel reproducía con fidelidad, en su construcción teórica, la inversión propia del capitalismo. Es el capitalismo el que genera imágenes invertidas de sí mismo, las raíces de las cuales se encuentran en el carácter alienado del proceso productivo y en el fetichismo de la mercancía. En sus escritos juveniles, Marx examinó varios tipos de alienación: religiosa, filosófica, política y, en menor medida, la económica (McLellan, 1971, p. 106). El común denominador de estas diferentes formas de alienación era el depositar en un otro, o en alguna otra entidad, de atributos y/o rasgos esenciales del hombre tales como el control de sus propias actividades o su relación con la naturaleza o el proceso histórico. En la religión es Dios quien usurpa la posición del

hombre, consolándolo por sus sufrimientos terrenales y alimentando sus esperanzas de una vida mejor. De ahí que Marx dijera que "la superación de la religión como la dicha ilusoria del pueblo es la exigencia de su dicha real" (Marx, 1967a, p. 3). La alienación filosófica, de la cual la filosofía especulativa es su máxima expresión, reduce al hombre y la historia que este crea a simples procesos mentales que, en el caso de Hegel, obedece a los designios inescrutables de la Idea. En el terreno de la política, la alienación se expresa en el Estado burgués –la forma más desarrollada de toda organización estatal– en la "doble vida" que coloca frente a frente su vida celestial como ciudadano y su vida terrenal como individuo privado, como burgués. Marx anotaba, sobre todo en *La Cuestión Judía*, que este dualismo alienante no solo se expresa en el terreno de la conciencia sino también en la realidad de la vida social. Si en la abstracción del Estado democrático el individuo es uno más entre sus iguales –universalidad del sufragio, igualdad ante la ley, etc.–, en el "sórdido materialismo de la sociedad civil" el individuo aparece en su radical desigualdad, como un instrumento en manos de poderes que le son ajenos e incontrolables. Iguales en el cielo, profundamente desiguales en la tierra y, dada esta antinomia, la igualdad celestial no hace sino reproducir y agigantar las desigualdades estructurales de la segunda.

En todo caso, la alienación principal es la económica porque esta se da en lo que constituye la actividad fundamental del hombre como ser práctico: el trabajo. Es importante subrayar, en contra de una opinión muy difundida, que esta prioridad asignada a la alienación económica lejos de ser la momentánea manifestación del joven Marx recorre la totalidad de su obra. Ya en los *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844* (los Cuadernos de París) Marx decía que "El trabajador se relaciona con el producto de su trabajo como con un objeto extraño. Cuanto más se consume el trabajador en su trabajo tanto más poderoso deviene el mundo de objetos que él crea, más se empobrece su vida interior y menos se pertenece a sí mismo (Marx, 1964, p. 122, traducción nuestra).

Casi veinte años después, en la *Crítica de las Teorías de la Plusvalía*, Marx observa con agudeza que lo que distingue al capitalismo de los modos de producción preexistentes es "la personificación de la cosa y la materialización de la persona" (McLellan, 1971, p. 116). Y en el primer capítulo

de *El Capital* Marx insiste en que "Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues, en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas, .como una relación social entre los objetos, existente al margen de los productores (Marx, 1983, I, p. 88).

Ahora bien, el capitalismo potencia todas estas alienaciones: transforma alguna de ellas, como la religiosa, por ejemplo; neutraliza otras, como la filosófica; pero no hace sino profundizar la alienación económica. En efecto, la generalización del trabajo asalariado, por contraposición a lo ocurrido en los modos de producción precapitalistas con sus trabajadores coercitivamente ligados a las estructuras productivas, esconde tras la falsa libertad del mercado –falsa porque el trabajador no tiene otra alternativa para sobrevivir que vender su fuerza de trabajo en condiciones que él no elige– la esclavitud esencial del moderno trabajo asalariado. Por otra parte, esa inmensa acumulación de mercancías de la que habla Marx en el primer capítulo de *El Capital* oculta el hecho de que no son ellas quienes concurren por su cuenta al mercado, sino que son producidas por hombres y mujeres mientras que otros a su vez las transan en el mercado.

Si bien la alienación económica conservó durante toda la vida de Marx su carácter fundamental, debido a la primacía que en todo régimen social tiene la forma en que hombres y mujeres organizan la actividad económica que les permite sobrevivir, fue la alienación política la que impulsó a Marx a alejarse por mucho tiempo de la reflexión teórico-política para volver a ella efímeramente y de modo no sistemático en algunos momentos de su vida. Sabemos, por sus propios escritos, que en el monumental libro en seis volúmenes que Marx tenía *in mente* escribir (y del cual *El Capital* es solo el primero, e incompleto) había uno dedicado enteramente al Estado y la política.[5] Sin embargo, ese texto no llegó a escribirse jamás, pese a lo cual diversos fragmentos escritos por

5. Los seis libros que contemplaba escribir Marx eran los siguientes: 1) El capital; 2) La propiedad de la tierra; 3) El trabajo asalariado; 4) El Estado; 5) El comercio exterior; 6) El mercado mundial. Como sabemos, apenas logró darse a la tarea de escribir el primero, que tampoco pudo ser terminado.

su frustrado autor nos permiten reconstruir los trazos más gruesos de su pensamiento.

La concepción "negativa" de la política en Marx y sus críticos

Una tal reconstrucción demuestra que Marx, en efecto, adhería a una "concepción negativa" de la política. ¿Por qué negativa? Porque Marx descifró el jeroglífico de la política en la sociedad burguesa a partir de la clave que le proporcionaba su teoría de la alienación. De ahí que Marx diera vuelta como un guante el argumento hegeliano, y donde este veía en el Estado la realización ética de la Idea y la esfera más sublime de la vida social, Marx percibió a la política y al estado como las instancias supremas de la alienación que preservaban el mantenimiento de una sociedad basada en la explotación del hombre por el hombre. Es precisamente por esto que allí donde Hobbes veía a un poder soberano poniendo fin al terror del hombre sobre el hombre e instaurando una paz despótica que permitía el desarrollo de la sociedad de clases; o donde Locke percibía un "gobierno mínimo" que abría nuevos espacios para la acumulación de riquezas; o donde Rousseau soñaba con la reconstrucción de una comunidad democrática de varones sin desandar, no obstante, el camino abierto por aquel estafador que plantara las estacas y dijera "esta tierra es mía"; o donde Hegel confiaba en el despliegue de la eticidad y el altruismo universal, Marx encontró un conjunto de prácticas, instituciones, creencias y procesos mediante los cuales la dominación de clase se coagulaba, reproducía y profundizaba. Y este es un hallazgo fundamental que asegura para Marx un sitial de privilegio en la historia de la filosofía política. Despojó al estado y la vida política de todos los elementos sagrados o sublimes que los ennoblecían ante los ojos de sus contemporáneos y los mostró tal cual son. En la versión premeditadamente simplificadora que él y Engels escribieran a comienzos de 1848, *El Manifiesto Comunista*, habrían de acuñar una fórmula corrosiva y brutalmente desmitificadora: "el Estado es el comité que administra los negocios comunes de la clase burguesa". Ahora bien, si como sus autores pensaban, las sociedades de clase eran tan solo una fase transitoria en

la marcha de la humanidad hacia su propia historia –que comenzaría recién cuando este tipo de sociedades hubiera desaparecido– es obvio que en la agenda teórica de Marx la cuestión política iba a estar signada por la transitoriedad y por lo efímero. Claro está que esta visión marxiana tenía su reverso en el papel que el autor de *El Capital* le asignaba a la política como elemento transformador del mundo y hacedor de la historia. Esta posibilidad que ofrecía la lucha política como instrumento emancipador dependía de la asunción, por parte del proletariado y las clases subalternas, de sus intereses históricos y de la efectividad de su organización. La política, esfera de la alienación en la sociedad de clases, se revelaba así como una espada de Damocles para la burguesía en la medida en que el proletariado fuese capaz de generar lo que Gramsci denominara un proyecto contra-hegemónico.

Pero lo anterior no hubiera sido suficiente si además no hubieran mediado circunstancias del momento que difícilmente podrían ser descartadas y que acentuaron esta convicción. Limitémonos a señalar una: el impacto que la Revolución Francesa ejerció sobre Marx y, en general, sobre todos los intelectuales durante gran parte del siglo XIX. Las "enseñanzas" de dicha revolución fueron sumamente engañosas, lo que llevó a muchos de sus admiradores a creer que el paso de la monarquía absoluta a una república podía materializarse en cuestión de horas, y que la completa destrucción del *ancien régime* podía cumplirse en unos pocos días de resuelta acción revolucionaria. El fuego de la gran revolución iluminó, según la autorizada opinión de Gramsci, no solo las jornadas revolucionarias de 1848 sino que su influencia se extendió hasta bien entrado el siglo XX, en plena Revolución Rusa. Hemos explorado este tema en otra parte de modo que no habremos de detenernos aquí (Boron, 1996b). Bástenos con subrayar el impacto que la Revolución Francesa tuvo sobre la formación intelectual del joven Marx: si la Inglaterra victoriana era la patria por excelencia del modo de producción capitalista y el modelo más depurado de su concreción histórica, Francia ofrecía, por definición, "el modelo" revolucionario en el que habrían de inspirarse los proletarios de todo el mundo a la hora de romper sus cadenas. Engels, con la frecuente aprobación de Marx, insistió repetidamente sobre este punto: si Inglaterra retrataba con inigualable claridad los

rasgos fundamentales de la sociedad capitalista, Francia era, en cambio, el paradigma de la revolución proletaria en ciernes. Dado este contexto, y ante la perspectiva supuestamente probada por la historia francesa de una rápida construcción de la nueva sociedad –una nueva sociedad que vendría a poner fin a la explotación del hombre por el hombre y, al mismo tiempo, a la política como esfera de la alienación– se comprende que para Marx la reflexión sobre la política no adquiriese en su pensamiento una especial urgencia.

De ahí que la teoría marxista del estado sea, en realidad, una teoría de la "extinción del estado", una teoría de la reabsorción del estado por la sociedad civil plasmada en la fórmula del "autogobierno de los productores". Si a esto le añadimos que, bajo la abrumadora influencia de la Revolución Francesa, tanto Marx como Engels (y después de ello todos los principales dirigentes del movimiento obrero mundial, con la notable excepción de Gramsci) creyeron que la transición del capitalismo al comunismo sería un trámite de corta duración, entonces podemos entender las razones por las que la reflexión filosófico-política en torno al Estado durante la transición y al "no-Estado" de la sociedad comunista hubiera ocupado tan poco espacio en el pensamiento maduro de Marx.

Es obvio que un tema como este se presta a múltiples lecturas e interpretaciones, y ha sido motivo de no pocas críticas. Max Weber, por ejemplo, señaló reiteradamente que uno de los rasgos más criticables del socialismo es precisamente esta teorización sobre la extinción del estado que corre a contramano con la tesis weberiana de la inevitabilidad de la burocracia estatal (Weber, 1977, pp. 1072-1074). Y no han sido pocos quienes criticaron con mucha fuerza la pretensión marxiana del "fin de la política". En algunos casos este cuestionamiento asumió ribetes escandalosos, interpretándose las críticas posturas marxianas acerca de la política como una velada y premonitoria apología del totalitarismo moderno. Para el historiador de las ideas J. L. Talmon, por ejemplo, hay una tenebrosa continuidad entre las sectas fundamentalistas cristianas del medioevo, Rousseau, Robespierre y Mably, cuya fórmula política remata en última instancia y no por casualidad "en un crudo prototipo del análisis marxista" (Talmon, 1960, pp. 181, 252) Karl Popper, por su parte, traza una línea teórica que sin solución de continuidad liga las enseñanzas de

Platón con las de Hegel y Marx, todos confabulados para sentar las bases ideológicas del totalitarismo a partir de su historicismo y su enfermiza vocación profética (Popper, 1962).

Las críticas de Talmon y Popper, influyentes que fueron en su época, se encuentran hoy desacreditadas. Mal podía ser el padrino intelectual del totalitarismo un pensador como Marx, tan reacio y adverso a todo lo que fuera estatal. Para Marx, el Estado era y es una entidad parasitaria cuya permanencia depende de la sobrevivencia de una sociedad de clases. Dado que esta representa una fase de la historia de la sociedad humana –en realidad, su "prehistoria"– y dado también que esta etapa está destinada a ser superada si el proletariado cumple con su misión histórica de instaurar una sociedad sin clases, el Estado como "la institución" fundamental dedicada a procesar la dominación de clase y la explotación de los trabajadores está condenado a extinguirse. En la medida en que avance la constitución de la nueva sociedad, otro tanto avanzará el proceso de extinción estatal. Que no significa, como insinúa Weber, la desaparición de la administración pública ni que la vida social retroceda a formas anárquicas o caóticas de existencia, sino simplemente que la comunidad reasume el gobierno de sí misma, revirtiendo la expropiación de que fuera objeto con la primera aparición, aún en su forma más primitiva, de la sociedad de clases.

¿Qué significa, entonces, el "fin de la política" en Marx? Si la política es, tal como lo recordara Weber, "la guerra de dioses contrapuestos", en la sociedad comunista se supone que los fundamentos últimos del conflicto político, la apropiación desigual de la propiedad y la riqueza y la distribución inequitativa de los frutos del progreso técnico, habrán desaparecido. La lucha política no es para Marx un conflicto que se agota en las ambiciones personales sino que tiene una raíz profunda que se hunde, a través de una cadena más o menos larga de mediaciones, en el suelo de la sociedad de clases. Desaparecida esta, la política pasa a ser otra cosa y necesariamente adquiere una connotación diferente. Es preciso subrayar aquí que la sociedad sin clases está muy lejos de ser, en la concepción marxista, esa sociedad gris, uniforme e indiferenciada que agitan sus críticos. Todo lo contrario, las diferencias –de género, opción sexual, étnicas, culturales, religiosas, etcétera– serán potenciadas

una vez que las restricciones que en el capitalismo impiden o estorban el florecimiento de tales diferencias hayan desaparecido, cuidando empero que estas no se conviertan en renovadas fuentes de desigualdades. Existirán, por lo tanto, nuevas bases, no políticas, para la vida pública. Al disiparse el velo ideológico que opacaba a las sociedades burguesas y que convertía a la política en un ámbito alienante y alienado, la transparencia de la futura sociedad sin clases dará origen a nuevas formas de actividad a las que no les cabe estrictamente hablando el nombre de "política". En las palabras del viejo Engels, será entonces cuando el "gobierno de los hombres sea reemplazado por la administración de las cosas". Llegado este punto el autogobierno de los productores enviará la política, al igual que el Estado, "al lugar que entonces le ha de corresponder: al museo de antigüedades, junto a la rueca y el hacha de bronce" (Engels, 1966, p. 322).

¿Teoría "política" marxista o teoría marxista de la política?

Luego de esta exploración parecería evidente que la obra de Marx puede aspirar legítimamente a ocupar un lugar destacadísimo en la historia de la filosofía política y, más aún, a constituirse en uno de los referentes teóricos primordiales para la imprescindible refundación de la filosofía política en nuestra época. Tema este sobre el cual hemos planteado algunas ideas en otro lugar y que no viene al caso reiterar aquí (Boron, 1996a, 1999a y b). A poco más de un siglo de su muerte, el retorno de Marx a un sitial de privilegio en el campo de la filosofía política es un hecho indiscutido. No obstante, conviene retomar ahora, casi al final de este recorrido, la pregunta de Bobbio cuya respuesta, en caso de ser negativa, podría echar por tierra toda nuestra argumentación. En suma, ¿existe una teoría política marxista?

Sabemos de la respuesta que brinda el filósofo político italiano a esta pregunta: el marxismo carece de una tal teoría. Conviene, por eso mismo, examinar con detenimiento sus razones. Su argumento *in nuce* es el siguiente: Marx tenía una concepción negativa de la política, lo que unido al papel determinante que en su teoría tenían los factores económicos

hizo que no le prestara sino una ocasional atención a los problemas de la política y el Estado, y esto casi invariablemente como respuesta a urgencias coyunturales y prácticas derivadas de la lucha de clases sobre todo en Francia. Si además, se tiene en cuenta: (a) que su teorización sobre la transición poscapitalista fue apenas esbozada, entre otras razones porque creía, tal como lo vimos más arriba, que la misma sería breve; y (b) que la sociedad comunista sería una sociedad "sin Estado", Bobbio sostiene que es razonable concluir entonces no solo en la inexistencia de la teoría política marxista sino, más aún, que no había razón alguna para que Marx desarrollara una teoría política en el marco de sus preocupaciones intelectuales y políticas.

Ante esta crítica digamos, en primer lugar, que nos parece que Bobbio pasa por alto muy rápidamente la distinción que hiciéramos al comienzo de este trabajo entre Marx y el marxismo, entre la obra del fundador de una tradición teórica y la de sus continuadores a lo largo de más de un siglo. Si la respuesta de Bobbio es errónea –aunque sujeta a razonables disputas interpretativas– en el caso de la obra de Marx, es completamente insostenible cuando se la refiere al marxismo como corriente teórica que cuenta en su haber con nombres de la talla de Engels, Kautsky, Rosa Luxemburgo, Lenin, Trotsky, Bujarin, Gramcsi, y que prosigue en nuestros días en la obra de numerosos continuadores. Suponer que ninguno de estos autores fue capaz de enriquecer el acervo teórico legado por el fundador del marxismo en el terreno de la política es síntoma de un peligroso empecinamiento intelectual, o del arraigo de ciertos prejuicios que nada tienen que hacer en el terreno de la filosofía.

Un segundo aspecto que debe ser considerado al analizar la respuesta bobbiana es el siguiente: la confusión entre "negatividad" e "inexistencia". Que una teoría, sobre la política o sobre cualquier otro objeto, sea "negativa", no significa que sea inexistente. Algunos ejemplos muy elementales serán suficientes para fundamentar nuestro argumento: cuando en astronomía se postula la existencia de un "no lugar", el famoso "agujero negro" del universo –esto es, de un lugar definido por su negatividad– no significa que no exista una teoría al respecto ni que quienes la sostienen no tengan nada que decir en relación al tema. Similarmente, cuando Lacan habla sobre la ausencia, "la falta" o "el hueco" en la

estructura del inconsciente, esto no quiere decir que carezca de una teoría al respecto. En matemática lo que no existe, la pura negatividad, el número cero, es susceptible de múltiples elaboraciones teóricas. ¿Por qué concluir entonces que la "teoría negativa" de la política en Marx es una anti-teoría, o una no-teoría? Que un argumento refiera o subraye la negatividad de lo real de ninguna manera autoriza a descalificarlo como teoría. Como sabemos, pese a su concepción "negativa" de la política y el Estado, Marx ha dicho cosas sumamente interesantes sobre el tema. Se puede estar o no de acuerdo con ellas, pero su estatura intelectual las coloca en un plano no inferior al de las grandes cabezas de la historia de la filosofía política. ¿Por qué colegir que ellas no constituyen una teoría? Bobbio no nos ofrece una argumentación convincente al respecto.

Por último, en tercer lugar, digamos que la búsqueda de una "teoría política marxista" así planteada es inadmisible en términos de los postulados epistemológicos del materialismo histórico, y lo menos que se puede exigir desde el marxismo es que el tratamiento de sus argumentos teóricos sea hecho en función de sus premisas epistemológicas fundantes. En efecto, la pregunta por la existencia de una teoría "política" marxista se construye a partir de los supuestos básicos de la epistemología positivista de las ciencias sociales, a saber: la realidad social es una colección de "partes", fragmentos u "órdenes institucionales" (Weber, 1977), cada una de las cuales es comprensible en sí misma y susceptible por eso mismo de constituirse en objeto de una disciplina particular. La "sociedad" es el objeto de estudio de la sociología; la "economía" –en realidad, el mercado– de la ciencia económica; la "cultura" y todo el universo simbólico, de la antropología cultural; y la "política" de la ciencia política. La historia, a su vez, se ocupa del "pasado", suponiendo una violenta escisión, inadmisible para el marxismo, entre pasado y presente. Las sociedades "atrasadas" –el mundo colonial, para decirlo muy brutalmente– fueron asignadas al dominio de la antropología y, por último, el "individuo", en su espléndido e irreductible aislamiento tan caro a la tradición liberal, pasó a ser el objeto de una ciencia particular, la psicología. La crisis terminal en que se encuentra este pensamiento fragmentador y unilateral ya es insoslayable (Wallerstein, 1998).

La epistemología del materialismo histórico

En síntesis, la forma misma en que Bobbio se plantea la pregunta remite inequívocamente a una perspectiva que es incompatible con los planteamientos epistemológicos fundamentales del materialismo histórico. En función de estos últimos diremos que no hay y que no puede haber una teoría "política" marxista.

¿Por qué? Porque para el marxismo ningún aspecto de la realidad social puede entenderse al margen –o con independencia– de la totalidad en la cual aquel se constituye. Carece por completo de sentido, por ejemplo, hablar de "la economía", porque esta no existe como un objeto separado de la sociedad, la política y la cultura: no hay actividades económicas que puedan desarrollarse al margen de la sociedad y sin complejas mediaciones políticas, simbólicas y culturales. Esto es algo que algunos economistas contemporáneos, los neo-institucionalistas, parecieran estar aprendiendo en los últimos tiempos. ¡Enhorabuena! Tampoco puede hablarse de "la política" como si esta existiera en un limbo que la aísla de las prosaicas realidades de la vida económica, las determinaciones de la estructura social y las mediaciones de la cultura, el lenguaje y la ideología. La "sociedad", a su vez, es una engañosa abstracción sin tener en cuenta el fundamento material sobre el cual se apoya, la forma como se organiza la dominación social y los elementos simbólicos que hacen que los hombres y mujeres puedan comunicarse y, eventualmente, tomen conciencia de sus reales, no ilusorias, condiciones de existencia. Y, por último, la "cultura" –la ideología, el discurso, el lenguaje, las tradiciones y mentalidades, los valores y el "sentido común"– solo puede sostenerse gracias a su compleja articulación con la sociedad, la economía y la política. Independizada de sus fundamentos estructurales, como en los extravíos intelectuales de un neo-idealismo que ha convertido al "discurso" en el nuevo *Deus ex machina* de la historia, el denso universo de la cultura se torna en un reino caprichoso y arbitrario, un laberinto indescifrable e incomprensible de ideas, sentidos y lenguajes. Un "texto", en suma, interpretable según la voluntad del observador.

Estas distinciones, como lo recordaba reiteradamente Antonio Gramsci, son de carácter "analítico", recortes conceptuales que permiten delimitar un campo de reflexión y análisis que puede, de este modo, ser explorado de un modo sistemático y riguroso. Claro está que los beneficios que tiene esta operación se cancelan catastróficamente si, llevado por su entusiasmo o sus anteojeras ideológicas, el analista termina por "reificar" esas distinciones analíticas creyendo, como en la tradición liberal-positivista, que las mismas constituyen "partes" separadas de la realidad, comprensibles en sí mismas con independencia de la totalidad que las integra y en la cual adquieren su significado y función. Al proceder de esta manera, la economía, la sociedad, la política y la cultura terminan siendo hipostasiadas y convertidas en realidades autónomas cada una de las cuales requiere de una disciplina especializada para su estudio. Este ha sido el camino seguido por la evolución de las distintas "ciencias sociales" a lo largo del último siglo y medio y bajo el imperio del paradigma positivista, conduciendo a la producción de un saber parcializado, reduccionista y de profundas implicaciones conservadoras.

Como sabemos, la desintegración de la "ciencia social" –que instalaba, por ejemplo, en un mismo territorio a Adam Smith y Karl Marx, en tanto poseedores de una visión integrada y multifacética de lo social– dio lugar a numerosas disciplinas especiales, todas las cuales hoy se hallan sumidas en graves crisis teóricas, y no precisamente por obra del azar. Frente a una realidad como esta, la expresión teoría "política" marxista no haría otra cosa que ratificar desde la tradición del materialismo histórico el frustrado empeño por construir teorías fragmentadas y saberes disciplinarios que hipostasían, y por lo tanto deforman, la "realidad" que pretenden explicar. No hay ni puede haber una "teoría económica" del capitalismo en Marx; tampoco hay ni puede haber una "teoría sociológica" de la sociedad burguesa. Lo que si hay es un corpus teórico que unifica diversas perspectivas de análisis sobre la sociedad contemporánea. Si hubiese una teoría "política" marxista –tal como puede hablarse de una teoría política weberiana, o de la escuela de la "elección racional", o neo-institucionalista, porque obedecen a otros presupuestos epistemológicos– esto significaría nada menos que tener que aceptar lo inaceptable, esto es, la reificación de la política y el bárbaro reduccionismo por el

cual aquella se explica mediante un conjunto de "variables políticas" tal y como se ve en la ciencia política conservadora. Obviamente, los analistas más perceptivos de esta corriente ocasionalmente admiten que existen elementos "extra-políticos" que pueden incidir sobre la política. Pero estas "interferencias" son consideradas del mismo modo que las variables "exógenas" en los modelos econométricos de la teoría neoclásica: como molestos factores residuales cuya pertinaz influencia obliga a tenerlos en cuenta pese a que no se sepa a ciencia cierta dónde situarlos, cómo operan y se dude acerca de cuán importantes sean. En realidad, como bien lo observara Noam Chomsky, dichas variables "exógenas" son la medida de la ignorancia contenida en las interpretaciones ortodoxas de las ciencias sociales.

Ante esto es preciso recordar con György Lukács (1971) que, contrariamente a lo que sostienen tanto los "vulgomarxistas" como sus no menos vulgares críticos de hoy, lo que distingue al marxismo de otras corrientes teóricas en las ciencias sociales no es la primacía de los factores económicos –un auténtico barbarismo, según Marx y Engels– sino el punto de vista de la totalidad, es decir, la capacidad de la teoría de reproducir en la abstracción del pensamiento al conjunto complejo y siempre cambiante de determinaciones que producen la vida social. Si alguna originalidad puede reclamar con justos títulos la tradición marxista es su pretensión de construir una teoría integrada de lo social en donde la política sea concebida como la resultante de un conjunto dialéctico –estructurado, jerarquizado y en permanente transformación– de factores causales, solo algunos de los cuales son de naturaleza política mientras que muchos otros son de carácter económico, social, ideológico y cultural. Sin desconocer la autonomía, siempre relativa, de la política y la especificidad que la distingue en el conjunto de una formación social, la comprensión de aquella es imposible en el marxismo al margen del reconocimiento de los fundamentos económicos y sociales sobre los cuales reposa, y de las formas en que los conflictos y alianzas gestados en el terreno de la política remiten a discursos simbólicos, ideologías y productos culturales que les otorgan sentido y los comunican a la sociedad. Es precisamente por esto que la frase teoría "política" marxista es profundamente equivocada. Lo que hay, en realidad, es algo epistemológicamente muy diferente:

una "teoría marxista" de la política, que integra en su seno una diversidad de factores explicativos que trascienden las fronteras de la política y que combina una amplia variedad de elementos procedentes de todas las esferas analíticamente distinguibles de la vida social.

Nuevas aperturas

En la parte final de este trabajo trataremos de establecer los lineamientos generales de las nuevas aperturas teóricas que la obra de Marx hereda a la filosofía política. Esto quiere decir que no nos detendremos en la consideración de los aspectos más específicos de la teorización marxiana y que constituyen una parte fundamental de su legado: una teoría de la sociedad burguesa, del proceso de acumulación capitalista y del papel fundamental que desempeña la economía en esta formación social; una teoría de la explotación; una teoría del Estado, su carácter de clase y su autonomía relativa en el capitalismo; una teoría de la revolución y los prolegómenos a una teoría del estado de transición; y, finalmente, el bosquejo de una teoría de la sociedad comunista, piezas estas que constituyen un patrimonio de fundamental importancia para la reflexión filosófico-política contemporánea. Lo que haremos será más bien concentrarnos en algunos temas de índole mucho más abarcativa, prometedores de nuevos comienzos como los que se detallan a continuación.

La crítica a la filosofía política burguesa

En primer lugar, la filosofía política de Marx aporta una crítica radical y a la vez positiva a las concepciones filosófico-políticas burguesas, entendiendo por tales a las que de una u otra manera convalidan y legitiman, abierta o encubiertamente, a la sociedad capitalista. Esta función de la filosofía política burguesa se efectúa por diversas vías: a) con planteamientos que despojan al modo de producción capitalista de su historicidad y lo presentan como el "fin de la historia", eternizando de este modo las relaciones de producción existentes; b) con argumentaciones

abstractas acerca de, por ejemplo, la justicia, que se construyen con total prescindencia de un análisis siquiera rudimentario sobre el tipo de estructura social que debería sostener la realización de tales propuestas; c) con formulaciones que redefinen al proyecto socialista en términos de una supuesta "profundización de la democracia" y que asumen la inédita posibilidad del capitalismo de democratizarse ilimitadamente; d) imponiendo una agenda temática que soslaye por completo el análisis y el cuestionamiento de la sociedad burguesa.

En la obra de Marx encontramos valiosos elementos de crítica a las doctrinas políticas que le precedieron, y muy especialmente el hegelianismo y al liberalismo político. La importancia de Hegel está suficientemente establecida y nos parece que a estas alturas ya no requiere de nuevas justificaciones. Es cierto que Marx no polemizó de la misma forma con dos grandes figuras de la filosofía política del siglo XIX: Alexis de Tocqueville, pocos años mayor que Marx y habitante, junto con este, de París durante la estadía de Marx en dicha ciudad; y John Stuart Mill, con quien parece haber establecido algún ocasional contacto durante su prolongada estadía de treinta y cuatro años en Londres. La obra del segundo fue discutida en varios de sus textos más importantes, como los *Grundrisse* y *El Capital*, pero fundamentalmente en su calidad de economista y no como filósofo político.

El silencio sobre la obra de Tocqueville es mucho más enigmático porque ciertamente su existencia no pasó desapercibida para Marx. *La Democracia en América* fue un tremendo suceso editorial en Francia desde su primera edición, y un ávido bibliómano y lector como Marx no podía desconocer la existencia de dicho libro. Prueba de ello es la solitaria mención que el mismo merece en *La Cuestión Judía*, al referirse al papel de la religión en Estados Unidos de América (Marx, 1967b, p. 21) Tiempo después hay una nueva mención: en este caso, en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, cuando al pasar refiere una intervención de Tocqueville, en su carácter de vocero parlamentario del gabinete de Odilon Barrot en la Asamblea Nacional. (Marx 1966, p. 300) Pero no existe, en toda la producción marxiana, un análisis a fondo de la obra teórico-política del autor de *La Democracia en América*.

Podría argumentarse, en defensa de Marx, que el tratamiento de ambos autores lo tenía reservado para el momento en que pusiese manos a la obra en la elaboración de su anunciado volumen sobre la política que, como todos sabemos, jamás llegó a escribir. Pero hay también otra justificación, de mayor peso: Hegel representaba, para Marx, la culminación del pensamiento político burgués, su síntesis más elaborada y su visión más abarcativa y profunda. Por comparación, tanto Tocqueville como Mill son filósofos políticos que abordan cuestiones parciales, por cierto que importantes: la democracia y sus condiciones el primero, la libertad y el gobierno representativo el segundo; pero ninguno posee el espesor teórico que caracteriza a la problematización de Hegel sobre el estado en la sociedad burguesa. La célebre "visión invertida" de Hegel constituye un insanable error teórico pero que se corresponde perfectamente con la ideología que espontáneamente secreta el modo de producción capitalista y sus estructuras de dominación de clase. Esa ideología que proclama el carácter democrático y popular de un estado que, pese a sus apariencias, es virulentamente antidemocrático y clasista; o que se ufana de su neutralidad arbitral en el conflicto de clases, cuando todas las evidencias indican lo contrario; o que declara la autonomía e independencia de su burocracia, pese a que su gestión no hace sino garantizar las condiciones externas de reproducción de la acumulación capitalista. Hegel ha sido, más que cualquier otro, el gran sintetizador ideológico de la sociedad burguesa, el pensador de su totalidad y el gran racionalizador de sus estructuras, así como Santo Tomás lo fue de la sociedad feudal y Aristóteles del esclavismo ateniense. Por eso, con su crítica a Hegel, Marx se sitúa en la cumbre de la reflexión filosófico-política de la sociedad burguesa. Que su proyecto se encuentre todavía inacabado –o mejor dicho, aún en construcción– no inválida para nada los méritos de su obra ni la trascendencia de su legado.

La Revolución Francesa y el "liberalismo realmente existente"

Si bien la crítica marxiana se concentró preferentemente en la obra de Hegel, faltaría a la verdad quien adujera que solo se limitó a ello, y que

la reflexión teórico-política de Marx, el joven y el maduro, apenas se circunscribió a realizar un "ajuste de cuentas" con su pasado hegeliano. Incluso en su juventud Marx incursionó en una crítica que sobrepasando a Hegel tomaba como blanco los preceptos fundantes del liberalismo político, pero no como ellos se plasmaban en tal o cual libro sino en su fulgurante concreción en la Revolución Francesa y la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano". En un texto contemporáneo a los dedicados a la crítica a Hegel, *La Cuestión Judía*, Marx desnuda sin contemplaciones los insuperables límites del liberalismo como filosofía política. En uno de los pasajes más citados de dicho texto el joven Marx observa que:

> El Estado anula a su modo las diferencias de nacimiento, de estado social, de cultura y de ocupación al declarar el nacimiento, de estado social, de cultura y de ocupación como diferencias no políticas, al proclamar a todo miembro del pueblo, sin atender a estas diferencias, como copartícipe por igual de la soberanía popular. ... No obstante, el Estado deja que la propiedad privada, la cultura y la ocupación actúen a su modo... y hagan valer su naturaleza especial. Muy lejos de acabar con estas diferencias de hecho, el Estado solo existe sobre estas premisas, solo se siente como Estado político y solo hace valer su generalidad en contraposición a estos elementos suyos (Marx, 1967b, p. 23).

La crítica del joven Marx al Estado liberal y, podríamos añadir, al liberalismo democrático, es de una contundencia demoledora. Un Estado, y una democracia, que simulan ignorar las diferencias de clase y de condición social (al declararlas no políticas en su ordenamiento legal e institucional) pero a las que en la práctica permiten que "actúen a su modo" en la sociedad civil. De este modo, el hombre concreto y situado se desintegra en la ideología y la práctica del liberalismo –el de ayer tanto como el de hoy, de inspiración rawlsiana– en dos partes: una celestial, en donde hallamos al ciudadano; y otra terrenal, en donde nos encontramos con las conocidas figuras del burgués y el proletario. Pero el ciudadano en el Estado liberal democrático es la personificación de una abstracción

completamente mistificada en la medida en que los atributos y derechos que la institucionalidad jurídica le asignan carecen de sustento real. Ese Estado "garantiza", por ejemplo, el derecho a la libertad de expresión, de reunión, de circulación, de asociarse para fines útiles, de elegir y ser elegido. En algunos casos también predica el "derecho al trabajo" y declara que garantiza la salud y la educación de sus ciudadanos y el derecho a un juicio justo. En el "cielo" estatal todos los ciudadanos son iguales, precisamente por aquello que señalaba Marx en la cita anterior. Pero como ocurre que en la "tierra" estatal los individuos no son iguales sino desiguales, y que esas desigualdades son concurrentes y tienden a reproducirse, resulta que tales libertades son una quimera para los millones de excluidos estructurales que metódicamente produce el capitalismo. Es cierto, aún el más indigente de los miserables presiente oscuramente que tiene derecho al trabajo, la salud y la educación; pero también sabe que esos derechos son letra muerta. Sabe asimismo que Simón Bolívar estaba en lo cierto cuando decía que "en América Latina los tratados son papeles y las constituciones son libros", y que entre los papeles y libros que le confieren la dignidad celestial del ciudadano y la vida real en la sociedad burguesa media un abismo prácticamente insalvable para casi todos.

Es que, en última instancia, el Estado liberal reposa sobre la malsana ficción de una seudo-igualdad que inocentiza la desigualdad real. De ahí su carácter alienado. De ahí también las estratégicas tareas que el Estado desempeña en auxilio del proceso de acumulación capitalista: ocultamiento de la dominación social, evidente en las formaciones sociales que precedieron a la sociedad burguesa; invocación manipuladora al "pueblo", en su inocua abstracción para legitimar la dictadura clasista de la burguesía; "separación" de la economía y la política, la primera consagrada como un asunto privado al paso que la segunda se restringe a los asuntos propios de la esfera pública, definida según los criterios de la burguesía, reforzando con todo el peso de la ley y la autoridad al "darwinismo social" del mercado. Debemos a Marx el mérito de haber sido el primero en haber sometido la doctrina y la práctica del liberalismo a estas críticas.

La futilidad de una dicotomía

Una contribución adicional hecha por Marx a la filosofía política ha sido señalada por Norberto Bobbio, si bien su valoración del hecho es distinta a la nuestra (Bobbio, 1987). Se trata del radical replanteamiento efectuado por nuestro autor en relación con un tema clásico en la historia del pensamiento político: el de la distinción entre las "buenas" y "malas" formas de gobierno. Esta diferenciación fue originariamente plasmada en la *Política* de Aristóteles. Pero dado que dicho texto solo fue "descubierto" a finales del siglo XIII y que su "adaptación" a la realidad romana, la República de Cicerón, corrió peor suerte aún pues permaneció en las tinieblas hasta comienzos del siglo XIX, la recuperación de la clásica distinción aristotélica solo habría de reaparecer en la pluma de Marsilio, en su *Defensor Pacis* (Bobbio, 1987, p. 57) Lo cierto es que más allá de estos increíbles avatares la distinción entre formas políticas "puras" y "viciadas" se convertiría, con el correr del tiempo, en un nuevo canon al cual, con mayores o menores reparos, se plegaría la corriente principal de la filosofía política. Con su concepción negativa del Estado, Marx lanza un cuestionamiento radical al saber ortodoxo. ¿Por qué? Porque para la filosofía política marxista el Estado, cualquiera que sea su forma o su régimen de gobierno, nunca deja de ser un mal, necesario e inevitable en la sociedad de clases, pero mal al fin. Bobbio tiene razón cuando observa que "lo que cuenta para Marx y Engels... es la relación real de dominio... entre la clase dominante y la dominada, cualquiera que sea la forma institucional con la que esté revestida esta relación" (Ibid., p. 171). Esto quiere decir que subterráneamente al aparente democratismo y constitucionalismo que exhiben ciertas formas de gobierno, lo que hay es un núcleo duro de despotismo, la dominación que a través del Estado ejerce una clase –o una alianza de clases y grupos de diversa naturaleza– sobre el conjunto de las clases y capas subalternas.

La conclusión del análisis marxista es pues terminante: todo Estado es una dictadura, aún cuando se recubra con una institucionalidad que otorgue ciertos derechos y aún en el caso en que estos, como ocurre en los capitalismos más desarrollados, sean efectivamente ejercidos por los titulares de los mismos. No tiene sentido hablar de formas "buenas o malas"

del Estado cuando se postula que su naturaleza es despótica. La variación que puedan experimentar las formas de ejercicio del poder político y la circulación de las élites estatales o de los titulares de la autoridad no modifica ni regenera la sustancia dictatorial del Estado. De ahí que la distinción clásica, de raíz aristotélica, carezca por completo de sentido para Marx. Lo cual no significa, por supuesto, que este valore por igual a dictaduras y democracias o que sea indiferente ante las libertades, derechos y garantías que las primeras conculcan y las segundas respetan aunque sea en su formalismo. A lo largo de toda su obra teórica desenvuelta durante algo más de cuarenta años, Marx siempre distinguió la república democrática de otras formas dictatoriales como, por ejemplo, el Imperio Alemán, "un Estado que no es más que un despotismo militar de armazón burocrático y blindaje policíaco, guarnecido de formas parlamentarias, revuelto con ingredientes feudales e influenciado ya por la burguesía" (Marx, 1966, II, p. 25).

En suma, si hay Estado hay dictadura, y la libertad no puede sino ser un rasgo superficial, acotado y de alcances limitados. Un privilegio que solo unos pocos pueden disfrutar. Por eso Engels planteaba que "mientras el proletariado necesite todavía del Estado no lo necesitará en interés de la libertad, sino para someter a sus adversarios, y tan pronto como pueda hablarse de libertad, el Estado como tal dejará de existir" (Engels, 1966, II, p. 34). Consumada la revolución socialista y triunfante el comunismo, el esplendor de la libertad que trae aparejada la abolición de la sociedad de clases produce la extinción del Estado, dispositivo institucional que bajo cualquiera de sus formas tiene como misión fundamental garantizar el predominio de la clase dominante y la opresión de las clases y capas subalternas. Por eso es que la distinción entre formas "buenas" y "malas" simplemente se desvanece a la luz del planteamiento marxista.

¿Cómo ser un buen filósofo político?

Otro legado significativo de la reflexión marxista se encuentra en su propuesta epistemológica. Ya nos hemos referido más arriba a estas

cuestiones de modo que no nos detendremos nuevamente en el tratamiento de este asunto. En breve, de lo que se trata es de aquilatar las contribuciones que el planteamiento epistemológico marxista está en condiciones de efectuar para el desarrollo de la filosofía política. La perspectiva totalizadora del marxismo y su exigencia de traspasar las estériles fronteras disciplinarias en pos de un saber unitario e integrado, que articule en un solo cuerpo teórico la visión de las distintas ciencias sociales, encierra la promesa de una comprensión más acabada de la problemática política de la escena contemporánea. La futilidad de las fórmulas prevalecientes en la ciencia política norteamericana, que intentan comprender "la política por la política" y que ignoran la gravitación de un cúmulo de factores extra-políticos que tienen una incidencia decisiva en la estructuración del espacio político y de las formas del Estado, pareciera estar ya fuera de discusión. Las dimensiones económicas, sociales, culturales, históricas, ideológicas e internacionales están tan indisolublemente imbricadas con la vida política que cualquier esquema teórico reduccionista –y el "politicismo" no es una excepción– que se limite a la exclusiva manipulación de variables políticas adquiere de inmediato un descalificatorio aire de irrealidad. Si Bobbio observaba con razón que "hoy no se puede ser un buen marxista si se es solamente marxista" (Bobbio, 1976, p. 6), parafraseándolo podríamos decir que hoy tampoco se puede ser un buen filósofo político si se es solo un filósofo político. Y si aquel exigía que los marxistas fueran "serios" y se allanaran al examen y la discusión de perspectivas ajenas a la propia, algo que es incuestionable, lo mismo cabría decir en relación con los filósofos políticos. Ser "serios" hoy en filosofía política requiere más que nunca una actitud de apertura y de osadía intelectual que nos lleve a examinar la multidimensionalidad de los problemas políticos. No puede filosofar seriamente en torno al Estado y la política actuales quien se resista a incursionar con rigurosidad en el terreno de la economía, la sociología, la cultura, la historia y las relaciones internacionales. No puede ser serio, en una palabra, quien se resista a transitar el camino que empezó a recorrer Marx. Filosofar sobre la política haciendo abstracción de estas realidades con las cuales la política está tan íntimamente relacionada no puede producir sino brillantes ejercicios retóricos, alambicados sofismas o

ingeniosos juegos de lenguaje, pero ningún conocimiento sustantivo que nos ayude a comprender mejor nuestra vida política, ni digamos transformarla. En un momento de profunda crisis paradigmática como el actual parece claro pues que el marxismo está en condiciones de aportar algunas orientaciones y sugerencias particularmente valiosas para salir de la crisis.[6]

La utopía como crítica y como motor de la historia

Por último, una aportación decisiva de Marx a la filosofía política se encuentra en su reivindicación de la utopía. Una tal reivindicación no solo es importante desde el punto de vista político sino también por sus implicaciones de tipo teórico-metodológico, toda vez que actualiza en la filosofía política la necesidad de que los filósofos, y por extensión los científicos sociales, comprendan que, tal cual lo planteara el joven Marx en su célebre Tesis Onceava sobre Feuerbach, ya no se trata de interpretar el mundo sino de transformarlo. Y de cambiarlo en una dirección congruente con un modelo de buena sociedad, algo que nada tiene que ver ni con los "socialismos utópicos" del siglo XIX (dada la falta de fundamentación científica de sus propuestas) ni con los "socialismos realmente existentes" plasmados a partir del extravío de la Revolución Rusa.

La consecuencia de esta imprescindible recuperación de la utopía es doble: por una parte coloca a los filósofos políticos de bruces frente a la necesidad no solo de ser "críticos implacables de todo lo existente" sino también de delinear los contornos de una buena sociedad. Por la otra, pone al descubierto la raíz profundamente conservadora de quienes –como los filósofos posmodernos y los renegados de la izquierda, los así llamados "posmarxistas"– renuncian a hablar de la buena sociedad. Bajo un manto pretendidamente riguroso, "posmetafísico" como gustan llamarlo, lo que en realidad hacen los posmodernos, con mayor o menor conciencia según el caso, es una vergonzante apología de la sociedad capitalista de comienzos del siglo XXI. El repudio a todo intento de

6. Consultar Wallerstein (1996) y (1998). También Boron, (1998a).

proyectar el pensamiento en la búsqueda de la buena sociedad, o de dibujar los contornos de una noble utopía, significa en términos políticos la capitulación del pensamiento crítico y la legitimación del capitalismo neoliberal (Attili, 1996, pp. 146-147).

Como decíamos en un trabajo anterior, ya citado, privada de su horizonte utópico la filosofía política se convierte en un saber "esotérico, inofensivo e irrelevante". (Boron, 1999a, p. 27). La filosofía política degenera en tal caso en mera contemplación, involución escandalosa en un mundo cuyos signos de barbarie no podrían haber pasado desapercibidos para ninguno de los grandes nombres de la tradición de la filosofía política. Esta no puede, sin decretar su definitiva decadencia, refugiarse en solipsismos metafísicos de ningún tipo. El marxismo es un poderoso antídoto, hoy por hoy irreemplazable, para evitar tan infeliz desenlace.

Bibliografía

Althusser, L. (1966). Contradicción y sobredeterminación en *La revolución teórica de Marx*, 71-106. México: Siglo XXI.

Althusser, L. (1969). *For Marx.* Nueva York: Pantheon Books/Random House.

Anderson, P. (1976). *Considerations on Western Marxism*. Londres: New Left Books.

Attili, A. (1996). Pluralismo agonista: la teoría ante la política. Entrevista con Chantal Mouffe. *Revista Internacional de Filosofía Política*, 8, 139-150.

Berlin, I. (1964). *Karl Marx*. Buenos Aires: Sur.

Blackburn, R. (1980). La teoría marxista de la revolución proletaria en R. Blackburn y C. Johnson. *El pensamiento político de Karl Marx*. Barcelona: Fontamara.

Bobbio, N. (1976). Esiste una dottrina marxista dello stato? en N. Bobbio *et al. Il Marxismo e lo Stato. Il dibattito aperto nella sinistra italiana sullae tesi di Norberto Bobbio*. Roma: Quaderni di Mondoperaio.

Bobbio, N. (1987). *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político.* México: Fondo de Cultura Económica.

Boron, A. (1996a). El 'postmarxismo' de Ernesto Laclau. *Revista Mexicana de Sociología*, 58(1), 17-42.

Boron, A. (1996b). Federico Engels y la teoría marxista de la política: promesas de un legado. *Doxa. Revista de Ciencias Sociales*, Año VII, 16, 51-63.

Boron, A. (1997). *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina.* Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del Ciclo Básico Común. (CBC).

Boron, A. (1999a). El marxismo y la filosofía política en A. A. Boron (Comp.). *Teoría y Filosofía Política. La tradición clásica y las nuevas fronteras*, 13-37. Buenos Aires: CLACSO/EUDEBA.

Boron, A. (1999b). A Social Theory for the 21st Century? *Current Sociology*, 47(4) 47-64.

Boron, A. y Cuéllar, O. (1983). Apuntes críticos sobre la concepción idealista de la hegemonía. *Revista Mexicana de Sociología*, Año XLV XLV(4), octubre/diciembre, 1143-1177.

Cerroni, U. (1976). *Teoría política y socialismo.* México: ERA.

Claudín, F. (1975). *Marx, Engels y la Revolución de 1848.* Madrid: Siglo XXI.

Colletti, L. (1969). *Ideologia e Societa.* Bari: Laterza.

Colletti, L. (1977). *La Cuestión de Stalin*. Barcelona: Anagrama.

Engels, F. (1966). El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado en K. Marx y F. Engels. (1966). *Obras Escogidas en dos tomos.* Moscú: Editorial Progreso.

Foucault, M. (1978). *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión.* Madrid: Siglo XXI.

Foucault, M. (1979). *Microfísica del Poder.* Madrid: Ediciones de la Piqueta.

Hegel, G. W. F. (1967). *Hegel's Philosophy of Right.* Oxford: Oxford University Press.

Hobbes, T. (1980). *Leviatán. O la materia, forma y poder de una república, eclesiástica y civil*. México: Fondo de Cultura Económica.

Huntington, S. P. (1968). *Political Order in Changing Societies.* Nueva York y Londres: Yale Univesity Press.

Krahl, H. J. (1974). La Introducción de 1857 de Marx en K. Marx. *Introducción General a la Crítica de la Economía Política 1857*, 7-35. Córdoba: Cuaderno de Pasado y Presente 1.

Laclau, E. y Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.

Löwy, M. (1972). *La teoría de la revolución en el joven Marx.* México: Siglo XXI.

Lukács, G. (1971). *History and Class Consciousness*. Cambridge: Massachusetts Institute of Technology Press.

Mandeville, B. de. (1982). *La fábula de las abejas, o los vicios privados hacen la prosperidad pública.* México: Fondo de Cultura Económica.

Marx, K. (1964). *Early Writings*. Nueva York: McGraw Hill.

Marx, K. (1966) [1875]. Crítica del Programa de Gotha en K. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas en dos tomos,* Tomo II, 5-41. Moscú: Editorial Progreso.

Marx, K. (1967a) [1844]. En torno a la Crítica de la filosofía del Derecho, de Hegel y otros ensayos. Introducción en K. Marx y F. Engels. *La Sagrada Familia*, 1-15. México: Editorial Grijalbo.

Marx, K. (1967b) [1844]. La cuestión judía en K. Marx y F. Engels. *La Sagrada Familia*, 16-44. México: Editorial Grijalbo.

Marx, K. (1973) [1857]. *Grundisse*. Nueva York: Vintage Books.

Marx, K. (1974) [1857]. *Introducción General a la Crítica de la Economía Política 1857*, 7-35. Córdoba: Cuaderno de Pasado y Presente 1.

Marx, K. (1983) [1865-1880]. *El Capital*. México: Siglo XXI.

Marx, K. y Engels, F. (1967) [1844]. *La Sagrada Familia o crítica de la crítica. Contra Bruno Bauer y compañía*. México: Editorial Grijalbo. Traducción de Wenceslao Roces.

Marx, K. y Engels, F. (1966). *Obras Escogidas en dos tomos.* Moscú: Editorial Progreso.

Marx, K. y Engels, F. (1973) [1845-1846; publicado por primera vez en 1932]. *La Ideología Alemana*. Buenos Aires: Pueblos Unidos.

Marx, K. y Engels, F. (2016) [1848]. *Manifiesto del Partido Comunista.* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

McLellan, D. (1971). *The Thought of Karl Marx. An Introduction*. Nueva York: Harper Torchbooks.

Moro, T. (1995). Utopía en T. Moro, T. Campanella y F. Bacon. *Utopías del Renacimiento*, 37-140. México: Fondo de Cultura Económica.

Popper, K. R. (1962). *The open society and its enemies*. Princeton: Princeton University Press.

Poulantzas, N. (1969). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista.* México: Siglo XXI.

Sánchez Vázquez, A. (1985). *Ensayos Marxistas sobre Historia y Política.* México: Océano.

Sánchez Vázquez, A. (1989). La cuestión del poder en Marx. *Sistema: revista de Ciencias Sociales*, 92, 3-12, septiembre.

Talmon, J. L. (1960). *The origins of totalitarian democracy*. Nueva York: Praeger.

Wallerstein, I. (1998). "The Heritage of Sociology. The Promise of Social Science". Mensaje Presidencial, XIV° Congreso Mundial, Asociación Internacional de Sociología (Montreal).

Weber, M. (1977). *Economía y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Federico Engels y la teoría marxista de la política*

La ortodoxia "anti-engelsiana"

El centenario de la muerte de Friedrich Engels ofrece una oportunidad inmejorable para reexaminar y reivindicar la figura y los legados teóricos de quien fuera el *alter ego* intelectual y político de Karl Marx durante cuarenta años. Reexamen y reivindicación que no pueden hacerse en términos puramente conceptuales, como si se tratara de la obra de un geómetra como Euclides a un siglo de su muerte, sino que deben ser hechos a la luz de lo efectivamente acontecido en el siglo que concluye, es decir, teniendo como telón de fondo el marco ofrecido por el desenvolvimiento histórico de las sociedades capitalistas en sus transformaciones y en sus luchas sociales. Un siglo especial, cuya "densidad" se proyecta en el doloroso tránsito que va desde las iniciales revoluciones Mexicana y Rusa, la Revolución China al promediar el siglo, la descolonización de la India y de Asia y África, la Revolución Cubana, la derrota norteamericana en Vietnam y el ignominioso "cierre" que le pone la contrarrevolución neoliberal de las décadas de 1980 y 1990 en cualquiera de sus variantes, desde los originales forjados por Ronald Reagan y Margaret Thatcher hasta la vergonzante copia representada por la "tercera vía" de Tony Blair y Gerhardt Schröeder y la gaseosa y anodina "centroizquierda" latinoamericana. La ventajosa perspectiva que ofrece la culminación

* Boron, A. (1996). Federico Engels y la teoría marxista de la política: promesas de un legado. *Doxa. Revista de Ciencias Sociales*, Buenos Aires, Año VII, Nº 16, 51-63.

de un siglo tan "marxista" como el actual crea el ámbito propicio para intentar una evaluación objetiva del legado teórico de Friedrich Engels.

Claro está que de partida es fundamental establecer algunos deslindes y precisiones sustantivas. Engels fue un intelectual cuya amplitud de conocimientos e intereses abarcaba desde la filosofía y la historia hasta la antropología y la sociología, pasando por la política y la economía (Mayer, 1978). Va de suyo que en estas páginas ni se nos ocurriría emprender una tarea de semejantes dimensiones, que intentara extraer un balance de las aportaciones de Engels en cada uno de esos campos. El eje de nuestra preocupación, por eso mismo, se encuentra en el terreno de la teoría política. Las contribuciones efectuadas por Engels en otros campos, muchas de ellas polémicas, no serán tema de indagación en nuestro trabajo.

Difícilmente podría exagerarse la importancia que para el desarrollo de la teoría marxista de la política adquiere la concreción de la tan largamente demorada "reparación teórica" de Engels. Como sabemos, este fue menoscabado y escarnecido desde las más distintas posturas político-intelectuales. En el repudio a Engels coinciden arrogantes "marxólogos", rencorosos "ex marxistas", pensadores burgueses de los más diversos colores y los supremos inquisidores que –en una flagrante violación al espíritu y la letra de la obra de Marx y Lenin– pergeñaron el reseco e indigesto "marxismo-leninismo" que tanto perjudicara el desarrollo teórico del marxismo. "Marxólogos" y renegados concuerdan en sus acusaciones: Engels habría sido apenas un mediocre "divulgador" de la obra teórica de Marx, a la que simplificó y distorsionó al popularizarla en clave positivista y evolucionista debido a su radical ineptitud para comprender la dialéctica y para captar las profundidades del pensamiento marxiano. En cierta historiografía de inspiración liberal, por su parte, Engels aparece como poco más que un bondadoso mecenas del iracundo filósofo de Tréveris, pero insanablemente huérfano de ideas propias. Por último, para los burócratas de las academias de ciencias de los "socialismos" del Este el destino de Engels estuvo sellado desde el vamos: la desaparición. Su legado teórico no podía correr una suerte distinta de la que le cupo a aquella inquietante imagen de Trotsky junto a Lenin, plasmada en una indiscreta fotografía tomada en los fragores de

Octubre. Los diligentes cortesanos del poder retocaron oportunamente la fotografía para, con la "desaparición" de Trotsky, facilitar el ascenso de Stalin al poder absoluto. De este modo, el nombre de Engels se desvaneció en la larga noche del dogmatismo.

Como es de sobra conocido, muchas de las más impiadosas críticas dirigidas en contra del amigo de Marx se originaron en el propio campo del marxismo, y durante la segunda mitad de la década de 1960 y parte de la siguiente aquellas llegaron a adquirir una virulencia inusitada. No por casualidad fueron esos los años en que el pensamiento socialista se encontraba totalmente dominado por el así llamado "marxismo occidental", para usar la expresión de Perry Anderson (1976). Un marxismo sofocado por el estructuralismo y que había convertido la crítica al capitalismo y la iluminación de los posibles escenarios poscapitalistas del socialismo en un ejercicio solipsista en donde la economía, la sociedad y la política se disolvían en las penumbras de fantasmagóricas estructuras y mágicos discursos dotados con el don de la vida: "pronunciad la palabra y nacerá el sujeto". No es un detalle anecdótico recordar ahora, casi treinta años después, la poco edificante trayectoria de muchos de los más enfervorizados críticos de Engels: algunos abrazaron con inusitado fervor el "eurocomunismo" en la década de 1970 para volverse "posmarxistas" a comienzos de la de 1980, mientras que otros se asomaron a la década de 1990 con los chillones ropajes de los arrepentidos y los conversos al neoliberalismo. Hubo quienes, como el inefable Régis Debray, transitaron por todas las estaciones del vía crucis de la capitulación ideológica: del paroxismo ideológico del "foquismo" que despreciaba al Engels "socialdemócrata" de su vejez oponiéndole la juvenil vitalidad de la vía armada, hasta su descenso a los infiernos de la derecha francesa y su repudio sin concesiones a todo aquello en lo que había creído (Debray, 1999). En la Argentina, la ardiente impaciencia de algunos inquisidores de Engels les impidió percibir contradicción alguna entre las encendidas diatribas que dirigían contra el amigo de Marx y sus sucesivos desplazamientos hacia la derecha del espectro político, que los hizo simpatizar primero con el así llamado "peronismo revolucionario" en la década de 1970, después con el renacimiento "alfonsinista" en la década de 1980 para finalmente terminar sus días como consejeros curiales del

neoperonista Frepaso a mediados de la década de 1990. En Chile, algunos de los más encendidos críticos sesentistas de Engels pasaron, a lo largo de estos años, de propiciar la lucha armada contra la "traición reformista" de Salvador Allende a ser los diligentes mentores intelectuales y ejecutores prácticos del neoliberalismo, depositando en la magia del mercado las mismas esperanzas mesiánicas que otrora pusieran en la revolución. En México, Brasil y Perú hallamos historias similares.

Hay que reconocer, sin embargo, que el serpenteante derrotero seguido por los censores de Engels no necesariamente descalifica o invalida las impugnaciones que en su momento estos hicieran a su pensamiento. Algunas de sus críticas pueden haber sido justas, más allá de que aún en esos casos con frecuencia hayan sido exageradas; otras fueron simples cuestionamientos escolásticos; algunas, por último, carecían de profundidad y eran motivadas por estímulos circunstanciales, necesidades políticas o por el influjo deformante de la moda intelectual. Teniendo en cuenta los vaivenes político-ideológicos de sus autores no es descabellado plantearse dudas acerca de la consistencia y persistencia de estas críticas, y de su utilidad en un proyecto de reconstrucción de la teoría marxista. Una de las tesis centrales es que esa labor de reconstrucción teórica está apenas en sus inicios, y que la misma constituye una de las muchas "asignaturas pendientes" que tiene el marxismo de cara al siglo XXI.

Una de las pocas tentativas de aquilatar los méritos de la obra de Engels se encuentra en un trabajo muy pormenorizado y bien documentado de Jacques Texier acerca de las tres "innovaciones" teóricas engelsianas (1995). La de 1885, relativa a la caracterización de la Primera República Francesa; la de 1891, acerca de la república democrática como forma específica de la dictadura del proletariado; y la de 1895, el "testamento político" de Engels, en la cual sienta las bases para una nueva estrategia de lucha revolucionaria del proletariado. En las páginas que siguen nos centraremos en el análisis de la revisión de 1895, de lejos la de mayor aliento teórico y de superlativa importancia práctica. Sin desmerecer la importancia de las otras dos es evidente, sin embargo, que las mismas no revisten la misma significación: la de 1885, porque remite a una caracterización relativamente marginal a la teoría marxista de la

política tal como se venía desarrollando en la obra de Marx y Engels. La segunda, la de 1891, es ciertamente más trascendente pero a su vez, mucho más controvertible. Según Texier la idea de que la república democrática es la forma específica de la dictadura del proletariado marca una innovación teórica fundamental de Engels. Nos parece, sin embargo, que en dicho texto Engels no hace otra cosa que reafirmar lo que ya había sido dicho por Marx –si bien en una forma menos explícita– en sus análisis sobre la Comuna de París, razón por la cual no creemos que se trate de una genuina innovación teórica. Por otra parte, aceptar el planteamiento de Texier supondría que Marx y Engels habrían endosado –el primero hasta su muerte y el segundo hasta la conmemoración del vigésimo aniversario de la Comuna– a un concepto como el de "dictadura del proletariado" que entiende Texier habría remitido, en su formulación original, a una forma de gobierno despótica y opresiva y no, como lo entendemos nosotros, a un tipo de Estado en el cual el proletariado es la clase dominante. Dado que la primera postura es inconsistente con el corpus teórico de Marx y Engels, esta supuesta "innovación" engelsiana no encuentra en el trabajo de Texier una satisfactoria fundamentación. Esto no quita que, tal como prosigue nuestro autor, en su ambigüedad esa interpretación haya sido "totalmente incomprendida o groseramente deformada" por Lenin en *El Estado y la Revolución*, grave imputación que ignora olímpicamente las condiciones sociales y políticas concretas –despotismo zarista, lucha revolucionaria en San Petersburgo, clandestinidad, problemas de acceso a los escritos de Marx y Engels, la "censura" de la Segunda Internacional a ciertos textos, etc.,– bajo las cuales Lenin produjo su obra (Texier, 1995, pp. 145-151).

En todo caso, las divergencias planteadas más arriba no menoscaban los méritos del trabajo de Jacques Texier sino que confirman de nueva cuenta que el legado de Engels todavía no ha sido examinado con la amplitud y exhaustividad que se merece, y es una tarea que, a cien años de su muerte, no puede seguir esperando. Las breves notas que siguen pretenden ser una modesta contribución a esta tarea.

Marx y Engels, Engels y Marx

No es esta la ocasión para reseñar la biografía de Engels, ese joven brillantísimo, abierto como pocos a los signos de su tiempo, y cuya rebeldía lo llevó a renunciar a estudiar en la universidad pese a que su condición económica le hubiera abierto las puertas de las mejores casas de estudios superiores de Alemania. Pero el escolasticismo, la hoquedad y el infatuamiento de los académicos germanos eran demasiado insoportables para un espíritu tan inquieto e incisivo como el de Engels. Su talento excepcional, sin embargo, le permitió cobrarse una temprana venganza gracias a una notable hazaña intelectual: a los 24 años ya había escrito y publicado un trabajo memorable de investigación sociológica sobre la clase obrera en Manchester, corazón del capitalismo industrial (1844). La producción conjunta de muchos de quienes durante décadas se entretuvieron en denostarlo es eclipsada con esta sola obra juvenil que, aún hoy, es considerada en las grandes cátedras de historia de las universidades europeas y norteamericanas como un "clásico" imprescindible para el estudio de la clase obrera en los primeros tiempos de la revolución industrial. Por si lo anterior fuera poco, los escritos de Engels sobre diversos temas de la sociología, la historia, la filosofía, la ciencia política y el arte y la técnica militar continúan atrayendo la seria atención de los mejores especialistas. ¿Cómo ignorar la creatividad puesta en evidencia en sus estudios sobre la insurgencia campesina en Alemania, sobre la articulación de ideas e intereses en los procesos sociales, sobre la vinculación entre patriarcado y propiedad privada, o sobre las formas variables del bonapartismo en las sociedades capitalistas? Una cuidadosa y desapasionada evaluación de su producción intelectual es una tarea enorme, que una vez concluida pondría de relieve una figura de una estatura intelectual muchísimo mayor de la que hemos sido inducidos a creer.

Pero no son esos los únicos méritos de Engels. Hay otros mayores: fue nada menos que el interlocutor privilegiado –casi exclusivo– de Marx durante cuarenta años. Fue, por eso mismo, testigo, consejero, crítico y, como ya es sabido, silencioso e invisible coautor de algunas de las más importantes aportaciones teóricas plasmadas en su obra. Desde el

momento en que se encontraron por primera vez, Marx advirtió que ese joven, dos años menor que él, era un intelectual formidable, cuya palabra nunca desestimó y cuyo consejo siempre buscó hasta el último día de su vida, apagada en 1883. Un talento a quien Marx confió, en reiteradas oportunidades, la redacción de trabajos que luego se publicarían con su firma. Varios artículos del *New York Daily Tribune* –donde originalmente se publicara *El Dieciocho de Brumario*– fueron escritos por Engels a pedido de Marx. Por otro lado, este aceptó asimismo escribir largas secciones o fragmentos de obras que más tarde aparecerían con la firma de Engels, como el décimo capítulo de la segunda parte del *Anti-Dühring*. En esa declarada admiración de Marx por su amigo, benefactor, compañero de militancia e interlocutor intelectual juega por cierto un papel decisivo el hecho de que haya sido este joven burgués de Barmen quien invitara al hasta entonces filósofo de Tréveris a adentrarse en el camino de la economía política, una disciplina prácticamente esotérica en la atrasada Alemania de la primera mitad del siglo XIX y a la cual Engels tuviera acceso favorecido en parte por los intereses comerciales que su familia poseía en Gran Bretaña. A Engels debe Marx nada menos que el haber llamado su atención sobre las potencialidades que encerraba la economía política clásica para el análisis del capitalismo y la sociedad burguesa, y para el desarrollo del pensamiento y la práctica del socialismo.

Fue en virtud de esa gratitud y el reconocimiento que Marx sentía le debía a Engels en el plano intelectual, y que no pocas veces hizo público, que le confió la publicación del segundo y tercer tomo de *El Capital*, incluyendo la corrección de cada pliego y la resolución de algunos cruciales problemas teóricos pendientes en el manuscrito original. Ya en el famoso "Prólogo" a la *Contribución a la crítica de la economía política* Marx había reconocido su deuda intelectual con Engels, quien en su *Umrisse zu Einer Kritik der Nationalökonomie* de 1844 habría planteado "un genial esbozo de una crítica de las categorías económicas" (Marx, 1979, p. 6). Esta confesada admiración por el talento y la agudeza intelectual de Engels quedó plasmada en dos frases memorables de Marx: "Engels, el hombre más culto de Europa", dijo en una oportunidad; y en otra, refiriéndose a su amigo lo describió como "Un verdadero diccionario universal, capaz de trabajar a cada hora del día o de la noche, comido o en ayunas, veloz

en escribir y en comprender como el mismo diablo" (Gustafsson, 1975, p. 47). Esta recíproca confianza y admiración en el talento del otro hizo que, tal como Engels lo narrara en una oportunidad, en "la división del trabajo que existía entre Marx y yo me ha tocado defender nuestras opiniones en la prensa periódica, lo que, en particular, significaba luchar contra las ideas opuestas, a fin de que Marx tuviera tiempo de acabar su gran obra principal. Esto me condujo a exponer nuestra concepción en la mayoría de los casos en forma polémica, contraponiéndola a las otras concepciones" (Engels, 1966b, p. 538).

Pero por cierto que no se trata de comparar a Engels con Marx. Tal como el primero lo dijera en su breve oración fúnebre ante la tumba de Marx, este fue "el más grande pensador de nuestros días". Pero es preciso convenir que el parcial eclipse de Engels solo pudo haberlo producido una figura intelectual del relieve monumental de Marx, a cuyo lado permaneció fielmente toda su vida. Una somera comparación con las principales cabezas en la historia de la teoría política a lo largo del siglo XIX colocaría, sin duda alguna, a Engels a la altura de lo más prominente del pensamiento de su tiempo, cediendo posiciones solo ante G. W. F. Hegel y Alexis de Tocqueville, pero disputando terreno palmo a palmo con Edmund Burke y John Stuart Mill, y superando claramente a un conjunto de teóricos tan notables como James Mill, Jeremy Bentham, T. H. Green, Benjamin Constant, Joseph de Maistre y tantos otros. El precio que Engels pagó por su prolongada asociación con la vida y la obra de Marx y con su incondicional entrega al movimiento obrero y socialista europeo fue su propio desdibujamiento intelectual. Podría haber sido una de las grandes cabezas de Europa en la segunda mitad del siglo XIX, pero conscientemente prefirió un lugar menos destacado: ser el colaborador más estrecho que tuvo Marx en los años decisivos de su producción teórica, cooperando intelectual y financieramente con la realización de una obra cumbre como la que este estaba haciendo y que le permitiría a la humanidad plantearse la posibilidad de tomar el cielo por asalto. En un momento histórico como el actual, signado por la necesidad de reconstruir la teoría marxista tomando en cuenta los triunfos y las tragedias, los éxitos y los fracasos, del socialismo a lo largo del siglo XX, la revalorización del legado teórico de un talento como el de Engels

es una tarea imprescindible e impostergable, y que debe ser encarada cuanto antes.

El legado engelsiano

Como un pequeño aporte en esa dirección, en las páginas que siguen nos referiremos a un tema a nuestro juicio central en el desarrollo de la teoría marxista de la política: la problemática político-estatal en el tránsito del capitalismo al socialismo y la estrategia y táctica de la lucha revolucionaria que, eventualmente, conduciría a una forma moral, social y económicamente superior de organización social. Tal como ha sido reiteradamente señalado, estas son cuestiones en las cuales el rezago y las insuficiencias teóricas del marxismo son insoslayables. Al menos cuando se las compara con el grado mucho mayor de elaboración que exhibe el análisis de la estructura y funcionamiento de la economía burguesa tal como quedara plasmado en las páginas de *El Capital* (Anderson, 1976, p. 4; Cerroni, 1976). Sin embargo, los temas arriba mencionados fueron abordados –bajo la forma de una reflexión preliminar formulada desde la enriquecida perspectiva que ofrecía el final del siglo XIX– en lo que con toda justicia se reconoce como el "testamento político" de Engels, terminado de escribir a comienzos de marzo de 1895, es decir, cinco meses antes de su muerte. Nos referimos, claro está, a su célebre "Introducción" a *La lucha de clases en Francia de Karl Marx* (Engels, 1966c).

Cabe advertir que no son estas las únicas áreas teóricas en las cuales las aportaciones de Engels fueron relevantes. Un trabajo de largo aliento, que por cierto excede los propósitos que animan estas notas, no podría dejar de considerar la importante extensión y enriquecimiento que el concepto de "bonapartismo" experimentó a lo largo de sus diversos escritos sobre la política alemana en la época de Bismarck. Más aún, es de estricta justicia postular que Engels captó con singular lucidez una tendencia profunda de los Estados capitalistas hacia crecientes grados de autonomía estatal, proceso este que los tempranos análisis de Marx sobre el bonapartismo francés tendieron a subestimar al considerarlo más que nada como una manifestación excepcional resultante de la

crisis política de la república luego de la insurrección popular de 1848. Fue Engels quien habría de volver repetidas veces sobre este tema y sentar las bases para una nueva comprensión de la problemática de la "autonomía relativa" del Estado en el capitalismo. Según sus análisis, las amenazas que brotan de la movilización popular hicieron que el bonapartismo se convirtiera en "la religión de la burguesía moderna", todo lo cual da lugar a un doble fenómeno: por un lado, se potencian las inclinaciones de los aparatos estatales, las burocracias y la "clase política" del capitalismo hacia una creciente independencia en relación a las clases dominantes; por otro, esta renovada división de tareas afianza aún más el dominio que las últimas ejercen sobre la sociedad en su conjunto al permitirle concentrar sus esfuerzos en el proceso de acumulación delegando las tareas de la dominación política y administrativa en manos de un conjunto de instituciones, aparatos y personal especializados. Este sendero, pioneramente abierto por Engels, ha sido escasamente transitado por la literatura marxista pese a su enorme importancia para la comprensión de los Estados capitalistas (Boron, 1997, pp. 271-301).

Hecha esta aclaración, retomemos el hilo conductor de nuestro trabajo. La "Introducción" de Engels es un texto excepcional. Como es bien sabido, fue deliberadamente censurado y mutilado y una selección arbitraria de algunos pasajes fue publicada por la dirección de la socialdemocracia alemana (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*, SPD) en el periódico del partido, el *Vorwärts*. Esta triquiñuela tuvo por objeto avalar, con la inmensa autoridad moral que gozaba Engels, las posturas reformistas y gradualistas que por entonces se habían enseñoreado del SPD. Chantajeado por una dirigencia que no cesaba de advertirle de los riesgos que entrañaba la publicación de la versión original de su artículo, Engels protestó airadamente pero sin éxito aduciendo que los recortes promovidos por la dirección lo hacían aparecer como un "adorador pacífico de la legalidad a cualquier precio". De su análisis, en cambio, se desprendía claramente que serían las clases dominantes quienes habrían de romper con esa legalidad y recurrir a la violencia una vez que –tal como Marx lo probara en el caso de la burguesía francesa– se percataran de que la misma se había convertido en un estorbo para asegurar la protección de sus intereses fundamentales.

Como no podía ser de otro modo, la recepción del texto redactado por Engels –y difundido luego de haber sido sometido a la censura del SPD– originó muchísima polémica. La coyuntura política alemana era muy delicada, sin dudas: el SPD había reconquistado la legalidad en 1890, luego de haber padecido los rigores de una legislación antisocialista que sin proscribir el partido había prohibido su actividad desde 1878. Este podía presentarse a las elecciones generales del Reichstag que, en palabras de Engels, era un seudo parlamento o la hoja de parra del absolutismo prusiano; pero el partido no podía convocar a asambleas, publicar revistas y periódicos, organizar festejos, recoger cotizaciones ni alquilar locales. Pese a estas restricciones, las actividades desarrolladas al filo de la legalidad dotaron al SPD de un creciente caudal electoral y de un enorme peso en los nacientes sindicatos obreros. En este marco no puede sorprender que la "Introducción" haya sido recibida con alborozo por el sector más reformista del partido alemán. Edouard Berstein marcaría con claridad este punto en un texto polémico: *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Su sesgada lectura e interpretación del texto engelsiano lo llevó a afirmar que el mismo era un espaldarazo definitivo al gradualismo y al parlamentarismo y que Engels se había despedido de la idea de la revolución y de los resabios "utopistas" que caracterizaban el pensamiento socialista medio siglo atrás, al fragor de las revoluciones de 1848 (Bernstein, 1982, pp. 95 y ss.). Años más tarde, en *El camino al poder* –según Lenin, el último texto "marxista" de Karl Kautsky, publicado en 1909– se darían a conocer unas cartas de Engels en las cuales, tal como se planteara anteriormente, este se quejaba de haber sido presionado por la dirección del partido en Berlín para que introdujera algunas modificaciones en el manuscrito original con el objeto de evitar que sirviera de pretexto para desencadenar una nueva oleada represiva contra los socialistas (Gustafsson, 1975, pp. 81-82).

En una carta remitida a Kautsky el 1º de abril de 1895, Engels decía: "Con gran sorpresa veo en el *Vorwärts* de hoy un extracto de mi "Introducción" impreso sin mi aprobación y aderezado de tal manera que yo tengo el aire de ser un adorador pacífico de la legalidad a cualquier precio. Estoy más contento de ver aparecer ahora íntegramente la

"Introducción" en *Neue Zeit*, a fin de que esa impresión vergonzosa sea borrada (Kautsky, 1968, p. 58).

Se trata, en síntesis, de un texto publicado por primera vez bajo la forma de un extracto, realizado sin contar ni con la consulta ni, mucho menos, la aprobación de Engels. La desnaturalización efectuada por el SPD fue de tal grado que hizo que aquel se sintiese avergonzado. Sin embargo, pese a las deplorables circunstancias bajo las cuales se publica, el texto de Engels revela la maduración de algunas innovaciones fundamentales para el ulterior desarrollo de la teoría marxista de la política y cuya primera concreción habría de fluir, casi treinta y cinco años más tarde, de la pluma de Antonio Gramsci. Dadas las limitaciones de nuestro trabajo nos ceñiremos a formular, de modo sucinto, las dos tesis que a nuestro juicio constituyen el meollo argumentativo de la "Introducción" en su versión original y definitiva. En efecto, y más allá de muchas valiosas reflexiones relativas a diversos asuntos, en dicho trabajo Engels sienta las bases para una teorización relativa a dos temas de crucial importancia para la teoría marxista de la política: a) El tránsito hacia el socialismo concebido desde una perspectiva de "larga duración" y no exclusivamente desde el corto plazo. b) La revalorización de las potencialidades abiertas al movimiento obrero por el sufragio universal y el nuevo "espesor" del Estado en los capitalismos democráticos y sus consecuencias sobre la estrategia de las fuerzas socialistas.
A continuación examinaremos estas dos cuestiones.

¿"Inminente y breve" o "lejana y prolongada"? La subversión del capitalismo desde distintas perspectivas temporales

Es razonable asumir que Engels fue el primero en percibir que con el fracaso de la Comuna y la recuperación capitalista de la gran depresión de las décadas de 1870 y 1880 el ciclo histórico abierto por la Revolución Francesa estaba llegando a su fin. En la "Introducción", Engels observa que el capitalismo, recompuesto luego de la crisis, "transformó de arriba abajo las condiciones bajo las cuales tiene que luchar el proletariado. El método de lucha de 1848 está hoy anticuado en todos los aspectos, y es

este un punto que merece ser investigado ahora más detenidamente" (Engels, 1966c, p. 109).

Luego de reconocer la extraordinaria capacidad adaptativa del capitalismo para sortear sus propias crisis, y de tomar nota del avance incontenible en la organización política y sindical de las fuerzas socialistas, Engels cuestiona la concepción estratégica dominante en las filas del movimiento obrero: aquella que pregona la inminencia del "combate decisivo", combate que además se libraría en un estrecho arco temporal y que culminaría con la segura victoria del proletariado. Las enseñanzas de la historia, opina Engels, exigen una radical revisión de dichos supuestos y de las formas y métodos de lucha que les son inherentes. El "combate decisivo", en caso de llegarse a esa instancia, será eventualmente librado al final de un largo ciclo histórico, lo que obliga a repensar el proceso de transición teniendo en cuenta un horizonte temporal mucho más prolongado y formas y métodos de organización y de lucha popular adecuados a estas circunstancias. En esta línea de razonamiento, Engels traza un sugestivo paralelo entre las formas de la lucha militar y la lucha de clases, al observar con sensatez que "[S]i han cambiado las condiciones de la guerra entre naciones, no menos han cambiado las de la lucha de clases. La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado" (Engels, 1966a, p. 120).

Y el remate de su argumento tiene una clara resonancia gramsciana, anticipando lo que el fundador del Partido Comunista Italiano (PCI) plantearía en sus reflexiones desde la cárcel: "los socialistas van dándose cada vez más cuenta de que no hay para ellos victoria duradera posible a menos que ganen de antemano a la gran masa del pueblo" (Engels, 1966a, p. 120). La conquista de las grandes mayorías nacionales se convierte así en un prerrequisito inexorable de la revolución. La larga batalla por contrarrestar la hegemonía político-cultural que la burguesía ejerce sobre las masas populares se convierte de este modo en un imperativo de primer orden.

Engels, a diferencia de Marx, vivió lo suficiente como para comprobar la profundidad y los alcances de la recuperación capitalista, y fue precisamente esta quien lo convenció de que el relanzamiento de un nuevo

ciclo revolucionario debería esperar la lenta maduración de las condiciones objetivas y subjetivas por ahora ausentes. Los sucesos de Rusia, ocurridos a más de dos décadas de su muerte, para nada socavaron la validez de los análisis engelsianos: el éxito inicial de la estrategia de 1848 en suelo ruso mal podía ocultar su radical inadecuación en el marco de los capitalismos maduros. Tal como lo notara Lenin, Rusia representaba "el eslabón más débil" del sistema imperialista. Dicho con las palabras de Gramsci, Rusia era "Oriente" y mal podía servir como un espejo premonitorio que anticipase el curso de los acontecimientos de "Occidente". En uno de sus últimos escritos, Lenin observó con suma agudeza el contraste entre la revolución en Europa y Rusia, en una reflexión sin duda fuertemente influenciada tanto por las dificultades con que tropezara la construcción del socialismo en la arcaica Rusia de la posguerra como por el testamento político de Engels de 1895. Lenin decía, en efecto, que "en Europa es inconmensurablemente más difícil comenzar la revolución, mientras que en Rusia es inconmensurablemente más fácil comenzarla, pero será más difícil continuarla". Y, poco más adelante, remataba su razonamiento afirmando que "la revolución socialista en los países avanzados no puede comenzar tan fácilmente como en Rusia, país de Nicolás y de Rasputín, y en donde [...] comenzar la revolución era tan fácil como levantar una pluma" (Lenin, 1960, Tomo II, pp. 609-614).

Estas observaciones demuestran que pese a su inmensa trascendencia histórica la gesta de Octubre no podía ser utilizada como una "refutación práctica" del testamento político de Engels, o como una experiencia de la cual se pudieran extraer lecciones sobre la estrategia socialista a utilizar en el corazón de la civilización burguesa, en donde según la teoría marxista la revolución debía efectivamente verificarse. Tanto Lenin como Trotsky fueron conscientes de esta fragilidad histórico-estructural de la Revolución Rusa, considerada por esto mismo como el "preludio" a la demorada –y finalmente abortada– revolución en Occidente. Por eso, al igual que el resto de la izquierda revolucionaria europea, solían decir que todos los esfuerzos exigidos para sostener el poder soviético se justificaban ante la convicción de que con "resistir unas pocas semanas" sería suficiente: la consumación de la inminente revolución en la Europa desarrollada haría el resto, y los camaradas occidentales

vendrían en auxilio de los rusos. Sin embargo, el preludio inaugurado con los cañonazos del Aurora no fue seguido por los esperados estallidos revolucionarios de la clase obrera europea, y los soviéticos tuvieron que enfrentarse con la dramática –y a la postre imposible– empresa de construir el "socialismo en un solo país" (Claudín, 1975, pp. 75 y ss.).

Al cifrar sus esperanzas en que la clase obrera occidental acudiría presta y puntualmente a la cita, Lenin, Trotsky –y junto a ellos Rosa Luxemburg y el Gramsci anterior a la cárcel– pagaron tributo a la ya mencionada tradición en el movimiento socialista internacional que pronosticaba la "inminencia" y la "brevedad" del hecho revolucionario, y contra los cuales había advertido Engels en su testamento político. La concepción tradicional había sido desechada por el SPD, pero lo hizo por malas razones. En efecto, su repudio obedecía menos a una nueva teorización sobre el ampliado horizonte temporal del proceso revolucionario –ya no más un suceso puntualmente acotado en el tiempo– y mucho más a la lisa y llana liquidación del proyecto marxista de superar al capitalismo. En el ala revolucionaria del movimiento obrero, en cambio, las advertencias de Engels fueron desoídas: por un lado, por las sospechas que suscitaba un texto como la "Introducción", que había sido censurado y manoseado por la dirigencia responsable del giro oportunista del partido alemán; por el otro, por la persistente influencia que sobre la imaginación de los revolucionarios seguía ejerciendo la experiencia majestuosa, y ejemplar en su dramatismo, de la Revolución Francesa.

Es por eso que en la fase clásica de la teoría marxista, es decir, todo el corpus que se desarrolla con anterioridad a los *Cuadernos de la cárcel* de Antonio Gramsci, la única teorización existente sobre el tránsito del capitalismo al socialismo remite a un suceso a la vez "inminente y breve" que se materializa en el "hecho revolucionario": un corte abrupto y violento que, de un tajo, separaría la prehistoria de la historia de la humanidad. Este era un legado que, como sabiamente advertía Engels, se desprendía de la interminable "fascinación" que sobre la memoria colectiva de las clases populares y sobre el imaginario revolucionario ejercían los acontecimientos de 1789, lo que entorpecía la tarea de identificar los nuevos senderos por los cuales habría de transcurrir la subversión del capitalismo. La chispa que incendió la pradera rusa y las diversas

tentativas revolucionarias que se produjeron en la inmediata posguerra en Europa dieron nuevos bríos a la vieja concepción que, a estas alturas, se había convertido en un mito soreliano. La profunda derrota que poco después iría a sufrir el proletariado europeo a manos del fascismo y la reacción y, por otra parte, las significativas transformaciones experimentadas por el capitalismo maduro a comienzos del siglo XX y, sobre todo, después de la Gran Depresión, exigían perentoriamente una nueva revisión teórico-política, que habría de brotar del enorme talento de Antonio Gramsci. Tras las rejas del fascismo este trataría de dar cuenta de los desafíos que planteaba la disolución de la fórmula revolucionaria clásica –"inminente y breve"– para el movimiento socialista internacional en los más diversos planos: tácticos, estratégicos, organizativos y doctrinarios.

En todo caso, es legítimo reconocer en el testamento político de Engels un clarividente anticipo de las tesis centrales que luego, con el beneficio del saber histórico, plantearía Gramsci en toda su extensión. La obra gramsciana habría de arrojar una nueva luz sobre el problema arduo y complejo de la gestación del conjunto de condiciones requeridas para que, en un punto alejado de la inmediatez del presente, el desenlace revolucionario sea posible. Siguiendo los pasos de Engels –y por contraposición a lo acontecido con el SPD– la revisión y actualización del teórico italiano no reniega de la necesidad histórica de la revolución sino que constata las insanables insuficiencias de la concepción tradicional que la encerraba en los límites estrechos de un "combate decisivo". Gramsci, por el contrario, se percata que la misma en lugar de ser "inminente y breve" será "lejana y prolongada", la culminación de un extenso ciclo histórico signado por la insurgencia de las masas oprimidas. De este modo, lo que en el imaginario tradicional de la izquierda era concebido como una jornada crucial, repetición demorada de los eventos de 1789, habría de ser reconceptualizado como un proceso cuyo desenvolvimiento estaba llamado a extenderse a lo largo de toda una época histórica.

Sufragio universal, nueva fisonomía estatal en los capitalismos democráticos y la estrategia de la "guerra de posiciones"

Engels toma nota asimismo de dos importantes transformaciones ocurridas en los Estados burgueses: por un lado, las posibilidades abiertas por el sufragio universal (en realidad, el sufragio masculino universal); por el otro, la creciente complejidad y el acrecentado "espesor" de los Estados capitalistas concebidos ahora como un conjunto de aparatos e instituciones y ya no más como aquel simple comité ejecutivo que –tal como se enunciaba en el *Manifiesto* cuarenta años atrás– tenía a su cargo el manejo de los asuntos comunes de la clase burguesa.

Referido al tema del sufragio, Engels elabora los alcances de una observación que Marx hiciera acerca del programa del Partido Obrero francés, aprobado en Le Havre en 1880. Los obreros, decía el autor de *El Capital*, "han transformado el sufragio universal de medio de engaño que había sido hasta aquí en instrumento de emancipación". Si el sufragio universal había servido, en su forma alienada, para que las masas campesinas y la soldadesca de la Sociedad del 10 de diciembre entronizaran a Louis Bonaparte en el poder, en su forma consciente aparecía dotado de inéditas potencialidades para inclinar en favor de las clases populares la balanza de la historia. Es precisamente por esto que el sufragio universal es caracterizado en los escritos del viejo Engels como "un arma nueva, una de las más afiladas" que los obreros de todo el mundo deben utilizar para combatir a la burguesía (Engels, 1966c, p. 115).

Esta radical revalorización de las potencialidades transformadoras del sufragio ha sido objeto de una inacabable polémica en las filas del movimiento socialista internacional desde finales del siglo pasado hasta nuestros días (Przeworski, 1985, pp. 17-60). El debate conserva la aspereza y la urgencia de sus momentos fundacionales, y cien años de historia no lograron saldarlo, especialmente en los capitalismos democráticos de la periferia. En su núcleo esencial, el dilema que se le planteaba al movimiento socialista europeo, y que se refleja en las últimas teorizaciones de Engels, hundía sus raíces en las contradicciones propias de la democracia capitalista que Marx detectó premonitoriamente en sus análisis sobre la experiencia francesa. Fue precisamente allí donde Marx pudo

percibir, en la práctica, el divorcio existente entre la lógica del capital y la de la democracia burguesa. La causa profunda de esta contradicción entre una y otra radica en el hecho de que la democracia:

> mediante el sufragio universal, otorga la posesión del poder político a las clases cuya esclavitud social viene a eternizar: al proletariado, a los campesinos, a los pequeños burgueses. Y a la clase cuyo viejo poder social sanciona, a la burguesía, la priva de las garantías políticas de este poder. Encierra su dominación política en el marco de unas condiciones democráticas que en todo momento son un factor para la victoria de las clases enemigas y ponen en peligro los fundamentos mismos de la sociedad burguesa. Exige de los unos que no avancen, pasando de la emancipación política a la social; y de los otros que no retrocedan, pasando de la restauración social a la política (Marx, 1966, Tomo I, p. 158).

Este luminoso pasaje expone, con singular nitidez, lo que sin temor a exagerar podríamos considerar como la contradicción profunda del capitalismo democrático. El sufragio universal despoja a las clases dominantes de las garantías políticas que necesita su poder social, mientras que quienes son esclavizados por las modernas condiciones de la producción capitalista tienen en sus manos un arma que, potencialmente al menos, podría poner fin a su situación. De ahí el delicadísimo e inestable equilibrio que caracteriza a la democracia en el capitalismo: debe exigir a los de abajo que no avancen, que se abstengan de intentar transformar su emancipación política en emancipación social, y debe persuadir a los de arriba que dejen de lado toda tentativa de restaurar su amenazado predominio social cancelando los mecanismos de la democracia electoral. Estas contradicciones, como decíamos más arriba, no pudieron sino suscitar un espinoso dilema en el seno de las organizaciones populares: si los trabajadores debían conquistar el poder político con el propósito de establecer la sociedad socialista, ¿era posible hacerlo aprovechándose de las instituciones políticas existentes? Como bien anota Przeworski, "la democracia política, específicamente el sufragio, era un arma de doble filo para la clase trabajadora. ¿Se debía

rechazar esta arma o por el contrario se la debía usar para pasar de la 'emancipación política a la social'?" (1985, p. 18).

La respuesta de los anarquistas fue intransigentemente negativa: la aceptación del sufragio universal significaría la irremisible integración de las clases subordinadas y sus organizaciones representativas al Estado burgués. La de los socialistas, en cambio, fue ambivalente, pero con una creciente tendencia de las fracciones hegemónicas en su interior, claramente reformistas, a contestar por la afirmativa. Esta actitud disgustaba al ala más radicalizada de los socialistas, la que aún así creía que valía la pena enfrentar los riesgos de una eventual capitulación ideológica a cambio de la razonable probabilidad de conquistar el poder político mediante el sufragio universal.

Tal como señaláramos más arriba, en la concepción de Marx y Engels la valoración del significado del sufragio universal fue tornándose más positiva con el paso del tiempo y el desenvolvimiento de las luchas sociales. No obstante, ninguno de ellos llegó a los extremos a que llegarían los miembros del ala reformista del SPD: un verdadero "cretinismo parlamentario" que se intentaba apenas disimular apelando a vagas exhortaciones a construir el socialismo y que manifestaba una ciega (¿e ingenua?) confianza en la idoneidad del sufragio universal y los mecanismos de la democracia burguesa para concretar el proyecto revolucionario. En la coyuntura europea de 1848 Marx lo consideraba –en una época de auge revolucionario, claro está– como un mero desencadenante de la lucha de clases, cuya efímera existencia era doblemente sentenciada tanto por el triunfo de la revolución como por su eventual derrota y el subsecuente auge de la reacción (Marx, 1966, Tomo I, p. 219). Pero en "El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado", un texto de Engels de 1884, sostiene que: "[E] sufragio universal es [...] el índice de la madurez de la clase obrera" pues permite saber si los obreros se constituyen como un partido independiente y votan por sus genuinos representantes. Y concluye que: "(N)o puede llegar ni llegará nunca a más en el Estado actual, pero esto es bastante" (Engels, 1966a, p. 322).

Once años más tarde y ya en vísperas de su muerte, Engels habría de revalorizar vigorosamente el significado del sufragio universal. En su famosa "Introducción" nuestro autor señala la importancia de no

subestimar sus efectos movilizadores y su funcionalidad en términos de un proyecto socialista. En efecto, ¿cómo ignorar las posibilidades abiertas por la propaganda política para elevar el grado de conciencia de las masas?; ¿o cómo subestimar la importancia de proceder a un periódico recuento de las propias fuerzas y la de los partidos adversarios para calibrar la efectividad de la acción socialista?; ¿o cómo despreciar el papel agitador y movilizador de la tribuna parlamentaria y el intenso contacto con los sectores populares logrado durante las campañas electorales?; ¿las elecciones y la vida parlamentaria no suponen, acaso, un importante aprendizaje político tanto para las masas como para la dirigencia de los partidos de izquierda? El sufragio universal, concluye Engels, hace posible bajo ciertas circunstancias una significativa acumulación de fuerzas en manos de los partidos de la clase obrera. Es obligación de estos partidos conservar intactas dichas fuerzas hasta que llegue el momento de "la lucha decisiva". Y para prevenir cualquier tipo de tergiversación de su pensamiento, que lo convertiría en un ingenuo apóstol del "oportunismo electoralista", Engels deslinda claramente las aguas reivindicando el papel de la revolución. Nadie puede suponer, nos recuerda, que el sufragio universal implique renunciar al "derecho a la revolución", el único derecho "realmente histórico [...] en que descansan todos los Estados modernos sin excepción" (Engels, 1966c, p. 321).

Conviene insistir en esta última enunciación puesto que es olvidada con harta frecuencia en nuestros días: ni Marx ni el viejo Engels jamás creyeron que la democracia electoral cancelaba la inevitabilidad de la fractura revolucionaria a la hora de superar el capitalismo. Contrariamente a lo afirmado por Bernstein –quien auguraba que el tránsito del capitalismo al socialismo sería tan imperceptible como el que experimenta un navío al cruzar la línea ecuatorial– la revalorización del sufragio universal jamás condujo a Marx y Engels a concebir las elecciones como un sucedáneo de la revolución, como ocurriera con la dirigencia de la Segunda Internacional. Y esto pese a que fue el propio Marx quien planteara que la conquista del socialismo por la vía electoral "podría tal vez ocurrir" en países como el Reino Unido y Holanda, con Estados pequeños (al menos por comparación a la gigantesca burocracia estatal existente en Francia o Alemania), un aparato represivo

y militar muy acotado y sólidas instituciones representativas. Pero, claramente, estos eran casos excepcionales que solo confirmaban la validez de las previsiones generales, mucho más cautelosas acerca del papel del sufragio universal en la emancipación del proletariado. En un texto sorprendentemente poco estudiado, el "Prefacio" de 1886 a la primera edición de *El Capital*, Engels sostiene que las investigaciones de Marx lo llevaron a concluir que "al menos en Europa, Inglaterra es el único país en el cual la inevitable revolución social podría producirse, íntegramente, por medios pacíficos y legales. Pero Marx ciertamente nunca olvidó agregar que difícilmente esperaba que las clases dominantes inglesas se sometieran a esta revolución pacífica y legal sin una "rebelión pro-esclavista" (1977, p. 113).[1]

La revalorización del sufragio universal vino pues de la mano de una renovada comprensión de las complejidades y contradicciones de los Estados burgueses, consecuencia de las propias necesidades del proceso de acumulación capitalista, el avance de las luchas sociales, la creciente capacidad reivindicativa de las masas y la cristalización jurídica e institucional de la paulatina modificación de la correlación de fuerzas en favor de las clases populares. De ahí que Engels constatara esperanzadamente el hecho de que "las instituciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones". Y prosigue sosteniendo que estas luchas en cada legislatura provincial, en los tribunales industriales y en diversos organismos municipales hicieron que "la burguesía y el gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales" (1977, p. 116). Temas estos, por cierto, de enorme significación y que reflejan la sensibilidad de Engels ante los cambios acontecidos en las formas estatales de la dominación burguesa y que, una vez más, prefiguran la reelaboración gramsciana del Estado en un sentido amplio, abarcativo no solo de las instituciones de la sociedad

1. "Rebelión proesclavista" era la forma habitual con que Marx y Engels se referían a la revuelta de los esclavistas de los estados sureños, lo que dio origen a la guerra civil norteamericana de 1861 a 1865. Una relación de los textos fundamentales relativos a las posibilidades de un tránsito pacífico al socialismo puede consultarse en Texier (1995).

política sino también de aquellas propias de la sociedad civil. Aún cuando la experiencia histórica posterior demuestre que Engels sobrestimó las posibilidades ofrecidas por estos nuevos complejos institucionales y representativos del Estado capitalista y la legalidad burguesa, lo cierto es que sus precoces observaciones sirvieron para repensar desde nuevas bases toda la problemática estatal del capitalismo.

Pese a ello, sería un error creer que los desarrollos teóricos de Engels se agotan en estas observaciones. De hecho, aquellos contienen una sugestiva anticipación de la mudanza en el paradigma estratégico del movimiento obrero que, muchos años después, sería teorizada por Gramsci al comprobar el tránsito desde la "guerra de movimientos" a la "guerra de posiciones". La reflexión engelsiana se fundamenta en una minuciosa identificación de las transformaciones ocurridas en la economía capitalista, en las condiciones de la lucha de clases, en las estructuras urbanas de los países avanzados y, por último, en las decisivas modificaciones experimentadas por la técnica y el arte militares. Todo esto lo condujo a concluir que "[S]i incluso este potente ejército del proletariado no ha podido alcanzar todavía su objetivo; si, lejos de poder conquistar la victoria en *un* gran ataque decisivo, tiene que avanzar lentamente, de posición en posición, en una lucha dura y tenaz, esto demuestra de un modo concluyente cuán imposible era, en 1848, conquistar la transformación social simplemente por sorpresa" (1977, p. 111, énfasis en el original).

Más adelante Engels remataría su razonamiento diciendo que, ante estas condiciones, los socialistas deberían prepararse para una labor "larga y perseverante", encaminada a conquistar la conciencia de los sectores populares y de las capas intermedias de la sociedad, a afianzar la gravitación de las fuerzas de izquierda en el complejo entramado de instituciones del Estado burgués –sistema partidario, movimiento obrero, gobiernos locales, etc.– hasta que se conviertan en "la potencia decisiva del país, ante la que tendrán que inclinarse, quieran o no, todas las demás potencias" (1977, pp. 120-121). Engels trasciende de este modo las limitaciones propias del escenario histórico de su época: el capitalismo de fines del siglo XIX, al preanunciar con sorprendente exactitud la reformulación teórica que, a finales de las décadas de 1920 y 1930, habría de ser desarrollada por Antonio Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*. Es

decir, en un momento en el cual las profundas mutaciones del Estado burgués en su fase imperialista –y muy especialmente aquellas ocasionadas por la Primera Guerra Mundial y el auge del fordismo– estaban apenas en sus comienzos, manifestándose de un modo embrionario, la penetrante mirada de Engels supo percibir los síntomas primeros de esta gran transformación. Pudo, de este modo, entrever la necesidad de adoptar una estrategia popular que le permitiera a las clases subalternas librar exitosamente el combate por la hegemonía en el seno de la sociedad civil, para convertirse, como diría Gramsci tiempo después, en "clase dirigente" antes de siquiera pretender ser "clase dominante".

¿Un Engels revisionista?

En una época como la actual, saturada por el auge del "liquidacionismo teórico" antimarxista que posa con los ropajes del posmodernismo, ¿podría hablarse de una cierta "ambigüedad" en el legado engelsiano? Durante el apogeo del "eurocomunismo" era corriente encontrarse con trabajos que exaltaban la "socialdemocratización" del último Engels o que, siguiendo el mismo sendero, remataban en la invención de un Gramsci "socialdemócrata" o "eurocomunista". Según esta errónea interpretación Engels habría revalorizado hasta tal grado las posibilidades abiertas por el sufragio universal que fue obligado a desprenderse, aún cuando no de modo abierto y frontal, de su tradicional adhesión a la revolución. En este sentido, no fueron pocos los que se apresuraron a "celebrar" el postrero triunfo de Bernstein sobre el ala revolucionaria del SPD, representada por Lenin y Rosa Luxemburg.

Ante esta nada inocente deformación del pensamiento de Engels es preciso puntualizar lo siguiente:

a) Como ya lo hemos señalado, Engels jamás consideró al sufragio universal como un sustituto de la revolución. Tampoco creyó que las instituciones de los capitalismos democráticos pudieran ser "neutras" en la lucha de clases, o que, al sentirse amenazada, la burguesía iría a resignar hidalgamente el poder político y sus medios de producción

absteniéndose de apelar a la violencia contrarrevolucionaria. No solo era un marxista coherente sino que además era un hombre demasiado culto, y moralmente íntegro, como para incurrir en las inauditas conjeturas como las que hoy cultivan con esmero los "posmarxistas", que de la noche a la mañana descubrieron insólitos valores y potencialidades emancipadoras en el capitalismo. A lo largo de sus diversos escritos, y sobre todo en su testamento político, queda inequívocamente establecido que el sufragio y la revolución no son realidades excluyentes sino procesos convergentes. La expansión del poderío electoral de los socialistas –reflejo cierto de su capacidad de construir un nuevo bloque histórico en la sociedad civil– es una de las condiciones de la revolución y una vez que esta haya triunfado el sufragio universal sería uno de los pilares del nuevo Estado. Los formidables cambios en las condiciones bajo las cuales tiene lugar la lucha de clases y las no menos significativas transformaciones del Estado capitalista exigen de las fuerzas socialistas la elaboración de una estrategia de acumulación que considere simultáneamente ambos aspectos. En los capitalismos democráticos –en donde lo de "democrático" es un adjetivo que solo alude a la modificación de la forma en que se ejerce la dominación burguesa y no a la desaparición del carácter de clase del Estado– la conquista de la voluntad de las masas pasa por el afianzamiento de una sólida mayoría electoral. Si el repudio a la revolución es una muestra de imperdonable ingenuidad o de un craso oportunismo, como lo prueba la frustrada experiencia del "eurocomunismo", el desprecio por la democracia electoral que tradicionalmente han manifestado amplios segmentos de la izquierda (especialmente en países como la Argentina) es una mayúscula irresponsabilidad, que además va en detrimento de las mismas posibilidades de un ulterior éxito revolucionario. La conquista de la hegemonía en la sociedad civil es condición indispensable para la toma del poder, diría Gramsci varias décadas más tarde. Para ser dominante, una clase tiene primero que ser capaz de demostrar que puede ejercer efectivamente la "dirección intelectual y moral". Una adecuada lectura de Engels enseña que el sufragio universal y la revolución deben, en consecuencia, integrarse como aspectos complementarios de un diseño estratégico unitario de las clases subalternas. La negación de cualquiera de estos dos polos solo puede

acarrear nuevos tropiezos en la marcha de las fuerzas socialistas. El abandono de la "utopía" y la revolución termina consagrando la intangibilidad de las estructuras sociales capitalistas y la renuncia vergonzante al socialismo; la desvalorización del sufragio no solo coloca a las fuerzas socialistas de espaldas a las masas sino que, bajo ciertas circunstancias, puede desembocar en un socialismo despótico y autoritario, inaceptable desde todo punto de vista y cualesquiera sean sus pretendidas justificaciones. Pero es preciso recordar que la democracia no puede realizarse en su integridad si se preservan las estructuras económicas y sociales del capitalismo. Aunque parezca paradojal –y ofenda los ojos de algunas "buenas almas democráticas" afectas a la falaz antinomia "democracia o revolución"– la condición de la democracia es la creación de un nuevo tipo histórico de sociedad, en donde prevalezca la igualdad sustantiva de los ciudadanos y hayan desaparecido las estructuras de explotación y opresión características de la sociedad burguesa. Todo esto, huelga aclararlo, implica un tránsito hacia una sociedad poscapitalista, lo que replantea la necesidad de la revolución social.

b) A diferencia de algunos revisionistas posteriores, o de ciertos "posmarxistas" de nuestros días, para Engels jamás estuvo en discusión el carácter histórico y transitorio del capitalismo como un modo de producción clasista destinado a ser reemplazado por formas superiores de organización económica y social. Sus reelaboraciones acerca de la política y la estructura social en los capitalismos avanzados nunca nublaron su visión como para hacerle perder de vista las injusticias que son inherentes a este sistema y el carácter irresoluble de sus contradicciones en el largo plazo. Tanto Marx como Engels jamás afirmaron la tesis del triunfo fatal e inexorable del socialismo: la barbarie bien podía ser el horror resultante del fracaso de la revolución. Sin embargo, tanto las injusticias como las contradicciones que le son inherentes claman por la constitución de una sociedad de nuevo tipo, poscapitalista, sobre la base del diseño que en su juventud Marx y Engels esbozaran en *La ideología alemana*. La revisión estratégica propuesta por Engels, en consecuencia, de ninguna manera significa otorgar un certificado de eternidad para el capitalismo. Tampoco puede decirse que Engels haya jamás concebido

al Estado como una institución neutra, como un mero "escenario" o prescindente marco institucional de la lucha de clases. Todo esto, que instala a Engels en un universo teórico distante a años luz de los "posmarxistas" de este fin de siglo, hace también de él un verdadero clásico del marxismo, cuyas aperturas, intuiciones e innovaciones teóricas son decisivas para encarar con audacia y certeza la urgente tarea de desarrollar la teoría marxista de la política y para orientar la praxis transformadora de nuestras sociedades.

Bibliografía

Anderson, P. (1976). *Consideration on Western Marxism*. Londres: New Left Books.

Bernstein, E. (1982). *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia.* México: Siglo XXI.

Boron, A. (1997). *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina*. Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del Ciclo Básico Común. (C.B.C.).

Boron, A. (2005). Estudio introductorio. Lenin, V. I. *¿Qué Hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento.* (pp. 13-73). Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Cerroni, U. (1976). *Teoría política y socialismo.* México: ERA.

Claudín, F. (1975). *Marx, Engels y la Revolución de 1848.* Madrid: Siglo XXI.

Colletti, L. (1969). *Ideologia e Societa*. Bari: Laterza.

Debray, R. (1999). *Alabados sean nuestros señores.* Buenos Aires: Sudamericana.

Engels, F. (1926). [1850]. *The peasant war in Germany.* Nueva York, International Publishers.

Engels, F. (1946) [1844]. *La situación de la clase obrera en Inglaterra.* Buenos Aires: Futuro.

Engels, F. (1966a) [1884]. El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. En K. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas* en dos tomos. Moscú: Editorial Progreso.

Engels, F. (1966b) [1887]. Contribución al problema de la vivienda. En K. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas* en dos tomos. Moscú: Editorial Progreso.

Engels, F. (1966c) [1895]. 'Introducción' a La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850. En K. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas* en dos tomos. Moscú: Editorial Progreso.

Engels, F. (1977) [1886]. "Preface to the English Edition. En K. Marx, *Capital.* Nueva York: Vintage Books.

Engels, F. (1981). [1847]. Los movimientos de 1847. En *Escritos de juventud,* México: Fondo de Cultura Económica.

Engels, F. (1997) [1845]. Carta a K. Marx. En *Obrero Revolucionario,* Nº 937, 21 de diciembre.

Gramsci, A. (1966). *Note sul Macchiavelli, sulla Política e sullo Stato Moderno.* Turín: Einaudi.

Gustafsson, B. (1975). *Marxismo y revisionismo.* Barcelona: Grijalbo.

Kautsky, K. (1968). *El camino al poder.* México: Grijalbo.

Lenin, V.I. (1960). Séptimo Congreso Extraordinario del PC(b) de Rusia. *Obras Escogidas* en tres tomos. Moscú: Editorial Progreso.

Marx, K. y E., Friedrich. (1966). *Obras Escogidas* en dos tomos. Moscú: Editorial Progreso.

Marx, K. (1966). Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850. En Marx, K. y Engels, F. *Obras Escogidas* en dos tomos. Moscú: Editorial Progreso.

Marx, K. (1979). *Contribución a la Crítica de la Economía Política.* México: Siglo XXI Editores.

Mayer, G. (1978). *Friedrich Engels: una biografía.* México: Fondo de Cultura Económica.

Przeworski, A. (1985). *Capitalism and Social Democracy.* Cambridge: Cambridge University Press.

Texier, J. (1995). Les innovations d' Engels, 1885, 1891, 1895. En *Actuel Marx.* (París). Nº 17, primer semestre, 137-174.

Lenin y la actualidad del *¿Qué hacer?**

Debemos celebrar la decisión de la casa editorial Luxemburg de reeditar un texto de la excepcional importancia, teórica y práctica del ¿Qué hacer? (en adelante, QH), de Lenin. Es evidente que se trata de una iniciativa a la vez oportuna y desafiante. Según Marcel Liebman –autor de un notable estudio sobre el pensamiento político de Lenin que, a treinta años de su publicación original en lengua francesa, continúa siendo una imprescindible referencia sobre la materia–, quienes se interesen por estudiar a Lenin tropiezan "con la extrema pobreza de una bibliografía abundante pero generalmente muy estéril" (Liebman, 1978, p. 9). Una de las razones principales de esta desafortunada situación reside en la inerradicable politicidad de toda la obra de Lenin. Pronunciarse a su favor o en su contra no es una cuestión académica sino un acto de voluntad política. La consecuencia ha sido la constitución de una polaridad cuyos dos extremos son igualmente negativos a la hora de intentar comprender el significado del legado leninista: o bien su sacralización en la Unión Soviética, transformando "una teoría subversiva en un sistema apologético de un cierto orden establecido"; o bien su satanización en la literatura académica de Occidente (Liebman, 1978, pp. 10-11). Se requiere, por lo tanto, restablecer el equilibrio histórico y político en torno a una obra como la que el lector tiene en sus manos, evitando extremos esterilizantes. La coyuntura política de América Latina a comienzos

* Extraído de Lenin, V. I. (2005). ¿Qué Hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento. pp.13-73. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

del siglo XXI reclama a gritos una relectura seria, crítica y creativa de la obra de Lenin.

No está de más observar que una propuesta de este tipo corre a contracorriente de los lugares comunes y los arraigados prejuicios que prevalecen en la izquierda latinoamericana en el momento actual. Sobresalen entre estos su irracional –y políticamente suicida– negación de toda una serie de problemas, centrales en nuestro tiempo, como las cuestiones relativas a la organización de las fuerzas populares, la laboriosa construcción de una cultura política y una conciencia genuinamente revolucionarias y los retos que plantea la conquista del poder en las sociedades contemporáneas. ¿Tiene el texto clásico de Lenin algo que decirnos ante todos estos problemas? La opinión de quien escribe estas líneas es que sí, que una relectura de QH puede aportar sugerentes iluminaciones que faciliten enfrentar estos desafíos en mejores condiciones. Entiéndase bien, con esto no queremos decir que en ese libro se encuentren las respuestas a los interrogantes que hoy nos atribulan, sino tan solo que en su lectura hallaremos valiosos elementos para construir las soluciones prácticas que demanda la hora actual.

El espejo latinoamericano

Leemos a Lenin desde América Latina, y la pertinencia de sus reflexiones se reafirma cuando se examinan algunos acontecimientos recientes de nuestra historia. En efecto, en estos últimos años la región se vio sacudida por una serie de grandes movilizaciones populares precipitadas por el fracaso del neoliberalismo, incapaz de cumplir con su promesa de hacer crecer la economía y distribuir sus frutos, y los efectos desquiciantes que el desenfreno de los mercados produce en nuestras sociedades. Hemos examinado este tema en otro lugar, de modo que no reiteraremos la argumentación en esta oportunidad (Boron, 2003). Basta con recordar que en estos últimos años la insurgencia popular puso fin a gobiernos neoliberales en Ecuador (1997 y 2000); en Perú, acabando con la autocracia fujimorista (2000); en la Argentina, destronando al gobierno impopular, de dudosa legitimidad –por el ejercicio de su poder, no así

por su origen– e ineficaz de la Alianza (diciembre de 2001) y, finalmente, en Bolivia (octubre de 2003), donde las masas campesinas e indígenas desalojaron del poder a Gonzalo Sánchez de Losada. Sin embargo, estas gestas de los dominados fueron tan vigorosas como ineficaces. Las masas, lanzadas a la calle en un alarde de espontaneísmo e indiferentes ante las cuestiones de organización, no pudieron ni instaurar gobiernos de signo contrario al que desalojaran con sus luchas ni construir un sujeto político capaz de modificar en un sentido progresivo la correlación de fuerzas existentes en sus respectivas sociedades. De ahí que poco después de estas revueltas se produjera una restauración de las fuerzas políticas o bien claramente identificadas con el neoliberalismo –casos de Ecuador y Perú– o bien, como ocurre sobre todo en el caso argentino, que proclaman estentóreamente su repudio a dicha ideología pero sin que hasta el momento de escribir estas líneas hayan amagado implementar una política económica alternativa al neoliberalismo. El caso de Bolivia es más o menos similar al argentino. Situación diferente, pero de todos modos inscripta en el mismo campo de problemas, es la que se ha configurado en Brasil: un partido de izquierda, organizado sobre bases manifiestamente "anti-leninistas" –precisamente para superar algunas de las rémoras de la concepción clásica del partido revolucionario– llega al poder respaldado por cincuenta y dos millones de votos para arrojar por la borda sus promesas, su historia y su propia identidad y terminar erigiéndose en el campeón de la ortodoxia del Consenso de Washington, según el juicio de toda la prensa financiera internacional y los intelectuales orgánicos del capital financiero. Su capitulación se hizo patente desde el primer día, cuando el "superministro" de Hacienda Antonio Palocci, depositario del poder político real en el Brasil, pronunciara esta patética frase: "ahora vamos a cambiar la economía sin cambiar la política económica". Lo ocurrido desde entonces en ese país nos exime de mayores comentarios.

¿Podríamos dar cuenta de esta sucesión de grandes frustraciones aludiendo a la "hipótesis leninista", es decir, argumentando que estos se originan en el abandono de las tesis principales del QH? Decididamente no, porque hay muchos factores que convergen para explicar tan lamentable desenlace, pero, sin lugar a dudas, algunos de ellos tienen que ver

con el olvido de ciertas enseñanzas que el revolucionario ruso plasmara en aquella obra. Por eso mismo provoca fundada inquietud la ausencia de los temas de la conciencia y la organización en las discusiones latinoamericanas sobre la coyuntura. El supuesto es que el heroísmo de las masas y la notable abnegación con la que lucharon las exime de cualquier reflexión crítica. Puede parecer antipático o arrogante, pero ni el heroísmo ni la abnegación justifican la ausencia de un debate serio sobre este asunto. Suele decirse que hay una crisis en la llamada "forma partido", y es correcto. Lo mismo podría decirse con relación a la "forma sindicato", por múltiples razones. Pero lo que sorprende en la coyuntura actual no solo de América Latina sino también mundial es que las fuerzas sociales que motorizan la resistencia al neoliberalismo parecen haberse conformado con proclamar la obsolescencia de aquellos formatos tradicionales de representación política desentendiéndose por completo de la necesidad de discutir el tema y buscar nuevas vías y modelos organizativos. En su lugar ha ganado espacio una suerte de romanticismo político consistente en exaltar la combatividad de los nuevos sujetos contestatarios que sustituyen al moribundo proletariado clásico, elogiar la creatividad puesta de manifiesto en sus luchas y la originalidad de sus tácticas, y pregonar la caducidad de las concepciones teóricas preocupadas por las cuestiones del poder, el estado y los partidos. Las clases sociales se diluyen en los nebulosos contornos de la "multitud"; los problemas del estado desaparecen con el auge de la crítica al "estado-centrismo" o los reiterados anuncios del fin del estado-nación; y la cuestión crucial e impostergable del poder se desvanece ante las teorizaciones del "contra-poder" (Hardt y Negri, 2002) o la demonización a que este es sometido en las concepciones del "anti-poder" que brotan de la pluma de uno de los representantes intelectuales del zapatismo como John Holloway (2002).

Esta carencia contrasta desfavorablemente con la intensidad y profundidad del debate que estallara en Europa hace poco más de un siglo en torno a estos mismos problemas, y del cual el QH es uno de sus más brillantes exponentes. La aquiescencia de las masas a la dominación del capital y su creciente rebeldía en algunos países –principalmente la Rusia zarista– dio lugar a una de las controversias más extraordinarias en la

historia del movimiento socialista internacional en donde personajes como Edouard Bernstein, Karl Kautsky, Rosa Luxemburgo, Vladimir I. Ulianov, más conocido como Lenin, y posteriormente Antón Pannekoek, Karl Korsch y Antonio Gramsci, hicieran contribuciones de gran importancia. En el caso que nos ocupa es preciso decir que Lenin sobresale entre todos por su preocupación sistemática en torno a los problemas organizativos. En palabras de Liebman, "la idea misma de *organización* ocupa en el leninismo un lugar esencial: *organización* del instrumento revolucionario, *organización* de la misma revolución, *organización* de la sociedad surgida de la revolución" (1978, p. 20, énfasis en el original).

Esta verdadera obsesión, explicable sin dudas por la fenomenal desorganización imperante en el campo popular bajo el zarismo, aparece ya con total claridad en la primera obra importante de Lenin, ¿Quiénes son los amigos del pueblo?, escrito cuando apenas había cumplido veinticuatro años de edad. En ese pequeño libro, coloca el tema de la organización al tope de la agenda de la naciente socialdemocracia rusa. Poco después de haber publicado el QH escribiría que "el proletariado, en su lucha por el poder, no tiene más arma que la organización", sentencia que es más verdadera hoy que ayer. De ahí el despiadado ataque de Lenin a lo que, como veremos más adelante, denominaba las "formas artesanales" de organización de los círculos socialdemócratas rusos. Citando fuentes testimoniales de la época, Liebman comenta que entre 1895 y 1902 el tiempo requerido por la policía política del zarismo para identificar a los miembros de un círculo socialdemócrata en Moscú, sorprenderlos en su lugar de reunión y proceder a su arresto y eventual deportación a Siberia, era de apenas tres meses. De hecho, en 1898 se funda en Minsk el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSR), pero "el acontecimiento no tuvo ningún alcance práctico porque casi todos los delegados fueron detenidos poco después de la clausura del congreso" (Liebman, 1978, pp. 22-25). Fuentes coincidentes señalan que poco después más de quinientos activistas socialdemócratas fueron apresados en toda Rusia, y el movimiento terminó completamente aplastado por la represión policial (Harding, 1977, p. 189). El énfasis tan fuerte puesto por Lenin sobre la constitución de una organización partidaria sólida, duradera, resistente a las razzias policiales, a las infiltraciones de los servicios de

inteligencia del zarismo y a sus distintas operaciones, no obedece a un sesgo autoritario del autor del QH, como dice con supuesta inocencia la historiografía liberal, sino que era una respuesta absolutamente racional y apropiada dadas las condiciones particulares en que se desenvolvía la lucha de clases en la Rusia de los zares. Además, es conveniente recordar que la centralidad del problema de la organización era, en Lenin, por encima de cualquier otra clase de consideración, una cuestión política ligada estrechamente a su concepción de la estrategia revolucionaria. No se trataba, por lo tanto, de una opción meramente técnica sino profundamente política.

La importancia de la problemática organizativa en los comienzos del siglo XX europeo estimuló un debate cuyas voces, pese a la profundidad y continuada vigencia de sus argumentos, apenas si son audibles en nuestros días. Lo que parece caracterizar el momento actual de América Latina, con ligeras variantes según los países, es una incomprensible aversión a cualquier tentativa de revisar o discutir las frustraciones cosechadas en los últimos años, más aún si tal iniciativa se propone teniendo como telón de fondo una nueva relectura de los clásicos del pensamiento socialista. Antes bien lo que predomina es una especie de hiper-activismo que se materializa en la exaltación de la acción por sí misma y, en todo caso, en la búsqueda obsesiva de nuevos enfoques, conceptos y categorías que permitan capturar las situaciones supuestamente inéditas que deben enfrentar las luchas emancipadoras en nuestro continente. El supuesto implícito de esta actitud –cuyo sesgo antiteórico es evidente– es que poco o nada puede aprenderse del debate que estallara hace poco más de un siglo en Europa. La intensa propaganda sobre la llamada "crisis del marxismo" hizo mella en las fuerzas populares y se expresa en el rechazo –visceral en algunos casos– o en la indiferencia más o menos generalizada ante toda tentativa de discutir la problemática de la organización, la estrategia política y la conquista del poder teniendo como referencias teóricas los elementos abordados en el clásico debate de comienzos del siglo XX europeo. En lugar de eso prosperan en la región, sobre todo en Argentina pero también en México y muchos otros países,

reflexiones que plantean para la izquierda la inutilidad y, más que eso, la inconveniencia de conquistar el poder.[1]

La ausencia de esta discusión constituye una falta muy grave si se tiene en cuenta que en la coyuntura actual el escenario latinoamericano aporta una riqueza y variedad de experiencias populares realmente notables pero no por ello exentas de críticas. Fenómenos como el Movimiento de Trabajadores Sin Tierra del Brasil, el zapatismo mexicano, las organizaciones indígenas y campesinas de Ecuador y Bolivia, los piqueteros en Argentina, la formidable movilización del pueblo venezolano en el marco de la Revolución Bolivariana del presidente Hugo Chávez y otras manifestaciones similares muy importantes en Centroamérica y el Caribe constituyen un laboratorio político muy importante y complejo que no solo merece el apoyo militante de toda la izquierda, sino también que se le aporten los mejores esfuerzos de nuestro intelecto. Es necesario examinar todos los aspectos y facetas de la lucha de clases en la actual coyuntura y la relevancia que, para su adecuada comprensión y orientación, retienen las teorizaciones políticas más variadas, tanto las "clásicas" de principios de siglo XX como las contemporáneas a las cuales aludíamos más arriba.

Al pensar concretamente en el caso del QH de Lenin, la escena latinoamericana brinda ejemplos aleccionadores. La historia argentina, caracterizada por el excepcional vigor de una protesta social –intermitentemente puesta de manifiesto en la segunda mitad del siglo XX, sobre todo a partir de 1945– plantea problemas prácticos y teóricos bien interesantes. Cuando aquella irrumpe en la vida estatal desencadena un arrollador activismo de masas, como el evidenciado en las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, capaz de derrocar gobiernos y producir un notable vacío de poder que precipitó la designación de cinco presidentes en poco más de una semana. Sin embargo, tamaña demostración de fuerza se diluye a la hora de plantearse la toma de "el cielo por asalto" permitiendo la rápida recomposición del poder burgués y la estabilización de la dominación política y social sin que ni siquiera quede como

1. Tal es el caso de la notable resonancia que, en esta parte del mundo, han tenido las teorizaciones de John Holloway (2002) sobre el "anti-poder" y la evaporación metafísica que el tema del "contra-poder" ha sufrido en manos de Michael Hardt y Antonio Negri (Hardt y Negri, 2002; Boron, 2002).

herencia de este fenomenal hecho de masas la constitución de un gran partido de izquierda o, al menos, una gran coalición en donde el archipiélago de pequeñas organizaciones de dicha orientación pueda conjuntar sus esfuerzos. Una conclusión más o menos parecida puede extraerse del "Octubre boliviano" de 2003. ¿Cómo dar cuenta de esta situación?

Si el caso argentino podría sintetizarse en la fórmula "debilidad del partido, fortaleza del activismo de base", en los casos de Brasil y Chile ocurre lo contrario, sobre todo en este último: fortaleza de la organización partidaria, debilidad o práctica ausencia del impulso social desde abajo. El caso de Brasil es bien ilustrativo: este gran país sudamericano no sabe todavía lo que es una huelga general nacional; jamás en toda su historia se produjo un acontecimiento de este tipo, lo cual no es un dato trivial, pues algo nos dice acerca del estado de conciencia de las masas y su capacidad de organización. Brasil, que es una de las sociedades más desiguales e injustas del planeta, presenta un paisaje político signado por la asombrosa pasividad de sus clases y capas populares. Sin embargo, pese a esto ha sido capaz de gestar uno de los partidos de izquierda más importantes del mundo. En el caso chileno, la combatividad de su sociedad parece haberse agotado luego del dilatado invierno del régimen de Augusto Pinochet primero y de la prolongada vigencia del "pinochetismo sociológico" durante el período de la "democracia" que arranca en 1990 y cuyos lineamientos económicos, sociales y políticos exhiben una notable continuidad con los del período precedente. Una vez más, ¿tiene Lenin algo que decir sobre todo esto? ¿Puede ayudarnos a descifrar las complejidades actuales de la política en nuestra región y, más importante todavía, ayudarnos a transformar esta situación?

Lenin, el leninismo y el "marxismo-leninismo"

La respuesta a las preguntas formuladas anteriormente es afirmativa. Claro que, para ello, se requiere una tarea previa de depuración. O, si se quiere, es preciso organizar una suerte de expedición arqueológica que nos permita recuperar la herencia leninista que subyace por debajo de ese cúmulo de falsificaciones, tergiversaciones y manipulaciones

perpetrado por los ideólogos estalinistas y sus epígonos y que se diera a conocer con el nombre de "marxismo-leninismo".

Para nadie es un secreto que Lenin ha sufrido, a manos de sus sucesores soviéticos, un doble embalsamamiento. El de su cuerpo, expuesto por largos años como una reliquia sagrada en las puertas del Kremlin; y el de sus ideas, "codificadas" por Stalin en *Los fundamentos del Leninismo* (1924) y en la *Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS* (1953) porque, según él decía, la obra que había dejado inconclusa Lenin debía ser completada por sus discípulos, y nadie mejor pertrechado que el propio Stalin para acometer semejante tarea. Lo cierto es que la codificación del leninismo, su transformación de un marxismo viviente y una "guía para la acción" en un manual de autoayuda para revolucionarios despistados, ha tenido lamentables consecuencias sobre varias generaciones de activistas y luchadores sociales. La canonización del leninismo como una doctrina oficial del movimiento comunista internacional acarreó gravísimas consecuencias en el plano de la teoría tanto como en el de la práctica. Por una parte, porque esterilizó los brotes de una genuina reflexión marxista en distintas latitudes y precipitó la conformación de aquello que Perry Anderson llamara "el marxismo occidental", es decir, un marxismo vuelto enteramente hacia la problemática filosófica y epistemológica, que renuncia a los análisis históricos, económicos y políticos y que se convierte, por eso mismo, en un saber esotérico encerrado en escritos casi herméticos que lo alejaron irremediablemente de las urgencias y las necesidades de las masas. Un marxismo que se olvidó de la tesis onceava sobre Feuerbach y su llamamiento a transformar el mundo y no solo a cavilar sobre la mejor forma de interpretarlo (Anderson, 1979). Por otra parte, porque cuando los principales movimientos de izquierda y, fundamentalmente, los partidos comunistas adoptaron el canon "marxista-leninista", se demoró por décadas la apropiación colectiva de los importantes aportes originados por el marxismo del siglo XX. Basta recordar el retraso con que se accedió a la imprescindible contribución de Antonio Gramsci al marxismo, cuyos *Cuadernos de la Cárcel* recién estuvieron disponibles, en su integridad, a mediados de la década de 1970, es decir, cuarenta años después de la muerte de su autor. O la demora producida en la incorporación de la sugerente recreación del marxismo

producida, a partir de la experiencia china, por Mao Zedong. O el ostracismo en que cayera la recreación del materialismo histórico surgida de la pluma de José Carlos Mariátegui, quien con razón dijera que "entre nosotros el marxismo no puede ser calco y copia". O la absurda condena de la obra, excelsamente refinada, de György Lúkacs en Hungría. Más cercana en el tiempo, esa codificación anti-leninista de las enseñanzas de Lenin (y de Marx) hizo aparecer a Fidel y al Che como si fueran dos aventureros irresponsables, hasta que la realidad y la historia aplastaron con su peso las monumentales estupideces pergeñadas por los ideólogos soviéticos y sus principales divulgadores de aquí y de allá. Es difícil calcular el daño que se hizo con tamaña tergiversación. ¿Cuántos errores prácticos fueron cometidos por vigorosos movimientos populares ofuscados por las recetas del "marxismo-leninismo"?[2]

Un tema polémico y que apenas quisiéramos dejar mencionado aquí es el siguiente. Los críticos del marxismo, y en general de cualquier propuesta de izquierda, no ahorran energías para señalar que las deformaciones cristalizadas en el "marxismo-leninismo" no son sino el producto necesario de las semillas fuertemente dogmáticas y autoritarias contenidas en la obra de Marx y potenciadas por el "despotismo asiático" que supuestamente se alojaba en la personalidad de Lenin. Para ellos, el estalinismo con todos sus horrores no es sino el remate natural del totalitarismo inherente al pensamiento de Marx y a la teorización y la obra práctica de Lenin. Nada más alejado de la verdad. En realidad, el "marxismo-leninismo" es un producto anti-marxista y anti-leninista por naturaleza. Que Lenin hubiera planteado, en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista, las famosas "21 condiciones" para aceptar a los partidos que solicitan ingresar a ella, y que tales condiciones tuviesen un linaje que en algunos casos conducía directamente al QH, no constituye una evidencia suficiente para avalar tal interpretación si se tiene en cuenta, como el mismo Lenin lo planteara reiteradamente a lo largo de toda su vida política, que tales formulaciones adquirían un carácter necesario solo bajo el imperio de determinadas condiciones políticas,

2. Un examen del impacto negativo del marxismo-leninismo sobre el pensamiento revolucionario cubano, y sobre el vibrante marxismo de ese país, se encuentra en el excelente texto de Martínez Heredia (2001). Consultar especialmente su capítulo sobre "Izquierda y Marxismo en Cuba".

y que bajo ningún punto de vista se trataba de planteos doctrinarios o axiológicos de validez universal en todo tiempo y lugar. Y esto vale, muy especialmente, como Lenin mismo lo asegura, en el caso de las tesis expuestas en el QH.[3]

Un oportuno y necesario "retorno a Lenin" nada tiene pues que ver con un regreso al leninismo codificado por los académicos soviéticos; sí con una fresca relectura del brillante político, intelectual y estadista que con la Revolución Rusa abrió una nueva etapa en la historia universal. Regresar a Lenin no significa volver sobre un texto sagrado, momificado y apergaminado, sino regresar a un inagotable manantial del que brotan preguntas e interrogantes que conservan su actualidad e importancia en el momento actual. Interesan menos las respuestas concretas y puntuales que el revolucionario ruso ofreciera en su obra que las sugerencias, perspectivas y encuadres contenidos en la misma. No se trata de volver a un Lenin canonizado porque este ya no existe. Saltó por los aires junto al derrumbe del estado que lo había erigido en un icono tan burdo como inofensivo, inaugurando la oportunidad, primera en muchos años, de acceder al Lenin original sin la ultrajante mediación de sus intérpretes, comentaristas y codificadores. Claro que el derrumbe del mal llamado "socialismo real" arrastró consigo, en un movimiento muy vigoroso, a toda la tradición teórica del marxismo, y de la cual Lenin es uno de sus máximos exponentes. Afortunadamente ya estamos asistiendo a la reversión de dicho proceso, pero aún queda un trecho muy largo que transitar. Por otra parte, tampoco se trata meramente de volver porque nosotros, los que regresamos a las fuentes, ya no somos los mismos que antes; si la historia barrió con las excrecencias estalinistas que habían impedido captar el mensaje de Lenin adecuadamente, lo mismo hizo con los dogmas que nos aprisionaron durante décadas. No la certidumbre fundamental acerca de la superioridad ética, política, social y económica del comunismo como forma superior de civilización, esa que abandonaron los fugitivos autodenominados "post-marxistas", sino las certezas marginales, al decir de Imre Lakatos, como por

3. Con todo, convendría no olvidar que, como lo señala Marcel Liebman, hubo un período (1908-1912) en el que Lenin adoptó una actitud sumamente sectaria (1978, pp. 75-76).

ejemplo, las que instituían una única forma de organizar el partido de la clase obrera, o una determinada táctica política o que, en la apoteosis de la irracionalidad, consagraban un nuevo Vaticano con centro en Moscú y dotado de los dones papales de la infalibilidad en todo lo relacionado con la lucha de clases. Todo eso ha desaparecido. Estamos viviendo los comienzos de una nueva era. Es posible, y además necesario, proceder a una nueva lectura de la obra de Lenin, en la seguridad de que ella puede constituir un aporte valiosísimo para orientarnos en los desafíos de nuestro tiempo. Se trata de un retorno creativo y promisorio: no volvemos a lo mismo, ni somos lo mismo, ni tenemos la misma actitud. Lo que persiste es el compromiso con la creación de una nueva sociedad, con la superación histórica del capitalismo. Persiste también la idea de la superioridad integral del socialismo y de la insanable injusticia e inhumanidad del capitalismo, y la vigencia de la tesis onceava de Marx sobre Feuerbach que nos invitaba no solo a interpretar el mundo sino a cambiarlo radicalmente.

El contexto de producción del *¿Qué hacer?*

Ningún texto se entiende sin su contexto. La *República* de Platón y la *Política* de Aristóteles son incomprensibles sin referencia a la decadencia de la polis griega y la derrota de Atenas a manos de sus enemigos. *El Príncipe* y *Los Discursos* de Maquiavelo también; solo cobran sentido cuando se los sitúan en el marco de las luchas republicanas y populares de los florentinos en contra del Papado y la aristocracia toscana.

Conviene entonces preguntarse por el contexto de producción del QH. En este punto es posible distinguir dos elementos principales, de naturaleza muy diferente pero ambos igualmente importantes. Por una parte, las influencias ideológicas y políticas que emanaban de la nueva situación por la que atravesaba el capitalismo en Europa luego de la gran depresión iniciada a comienzos de la década de 1870 y que se extendería a lo largo de dos décadas. Por la otra, las que se desprendían de las especificidades del desarrollo del capitalismo en Rusia y las peculiaridades de su régimen político, el zarismo.

a) El auge del revisionismo

Lenin publica su texto en 1902, y la referencia ideológica inmediata y explícita es el llamado "economicismo". ¿Qué era el "economicismo"?[4] Se trataba de una corriente dentro de la izquierda rusa, y del mismo Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, inspirada en las tesis revisionistas formuladas, en 1899, por Edouard Bernstein en *Las Premisas del Socialismo y las Tareas de la Socialdemocracia*. "Economistas" era pues el nombre que los marxistas rusos reservaban para los revisionistas. El libro de Bernstein había ejercido, desde su aparición, una enorme influencia en el seno de la socialdemocracia alemana, a la sazón el "partido guía" de la Segunda Internacional. Como se recordará, en dicho texto se presentaba una radical revisión, en clave fuertemente economicista, de las concepciones de Marx acerca del curso del desarrollo capitalista y las (cada vez más desfavorables) condiciones de la revolución proletaria. Como no podía ser de otra manera, ese debate se diseminó por todo el conjunto de organizaciones políticas vinculadas, de una u otra manera, a la Segunda Internacional.

La discusión en el seno del Partido es un precipitante inmediato para la redacción del QH. Lenin acomete la tarea poco después de la aparición del libro de Bernstein, en uno de los primeros números del periódico *Iskra*, la primera publicación marxista clandestina de Rusia fundada por el propio Lenin en 1900 y cuya redacción se encontraba en la ciudad alemana de Munich. Poco después, Vladimir I. Ulianov adoptaría en sus diversos artículos para el citado periódico el seudónimo de Lenin con el cual pasaría a la posteridad. Por diversas razones relacionadas con la intensa actividad política de nuestro autor, el texto prometido a los lectores de *Iskra* en mayo de 1901 recién vería la luz en marzo de 1902.[5]

---

4. "Economismo" en la traducción al español del QH.

5. En la traducción en lengua española de la edición, agotada ya hace largos años, del ¿Qué hacer? compilado y anotado por el marxista italiano Vittorio Strada se dice que "el primer número de *Iskra* "apareció en Lipsia el 11 (24) de diciembre de 1900; los siguientes en Mónaco, desde abril de 1902 en Londres y desde la primavera de 1902 en Ginebra". Nótese que la extrema movilidad del periódico se correlacionaba perfectamente con la creciente coordinación de las policías secretas europeas y las presiones del gobierno zarista para impedir la publicación de materiales considerados "subversivos" por los gobernantes de turno. Lenin, miembro del Comité de Redacción de la revista, no era para nada ajeno a tales zarandeos.

Lo hace en la ciudad de Stuttgart, Alemania, y bajo el seudónimo arriba mencionado.

La influencia del llamado *Bernstein-debatte* era de tal magnitud que el primer capítulo del QH se aboca directamente al tratamiento del problema preguntándose, ya desde el inicio, sobre el significado de la libertad de crítica en el seno de la socialdemocracia. Lenin parte del reconocimiento de que se han formado dos tendencias y afirma que "(E)n qué consiste la 'nueva' tendencia que asume una actitud 'crítica' frente al marxismo 'viejo, dogmático' lo *ha dicho* Bernstein y lo *ha mostrado* Millerand con suficiente claridad" (Lenin, QH, p. 102, énfasis en el original).[6] Y prosigue nuestro autor con un párrafo que sintetiza de manera brillante e inapelable el significado histórico y teórico del revisionismo bersteiniano:

> La socialdemocracia debe transformarse, de partido de la revolución social, en un partido democrático de reformas sociales. Bernstein ha apoyado esta reivindicación política con toda una batería de "nuevos" argumentos y consideraciones bastante armoniosamente concordada. Ha sido negada la posibilidad de fundamentar científicamente el socialismo y de demostrar, desde el punto de vista de la concepción materialista de la historia, su necesidad e inevitabilidad; ha sido negado el hecho de la miseria creciente, de la proletarización y de la exacerbación de las contradicciones capitalistas; ha sido declarado inconsistente el concepto mismo del "*objetivo final*" y rechazada en absoluto la idea de la dictadura del proletariado; ha sido negada la oposición de principios entre el liberalismo y el socialismo; ha sido negada *la teoría de la lucha de clases*, pretendiendo

La sorprendente referencia a Mónaco como la ciudad en donde *Iskra* se publica durante un período de poco más de dos años es un simple error de traducción del italiano al español. Sucede que el nombre de la ciudad alemana de Munich es, en italiano, Monaco di Baviera, o simplemente Monaco. El principado bañado por las aguas del Mediterráneo no era, ni lo es hoy, un lugar propicio para editar un periódico revolucionario como *Iskra*.

6. Alexander Millerand era uno de los dirigentes del socialismo francés. La desconfianza de Lenin hacia su persona demostró estar plenamente justificada. Asumió el cargo de ministro de Guerra en las vísperas de la Primera Guerra Mundial, en 1912, y se mantuvo en dicho cargo, con una ligera interrupción, hasta 1915. Fue presidente de Francia entre 1920 y 1924.

> que no es aplicable a una sociedad estrictamente democrática, gobernada conforme a la voluntad de la mayoría, etcétera (Lenin, QH, p. 102, énfasis en el original).

Lo que observa Lenin es que el giro político que va de la revolución a la reforma implica una ofensiva sin precedentes contra las ideas centrales del marxismo. El revisionismo, lejos de ser una reflexión original producida al interior del pensamiento marxista, no es otra cosa que la importación de los contenidos de la literatura burguesa en el seno del movimiento socialista internacional. No extraña, por lo tanto, constatar que la intervención de Bernstein haya precipitado un extraordinario debate en el cual participaron, además del iniciador y de Lenin, Kautsky, Plejanov, Rosa Luxemburgo –con su célebre ¿Reforma o Revolución Social?– otras figuras menores del pensamiento socialista. Pero, sostiene Lenin, aquí no se trataba tan solo de cuestiones teóricas. "En lugar de teorizar, los socialistas franceses pusieron directamente manos a la obra… (pasando) al 'bersteinianismo práctico' con todas sus consecuencias" (QH, p. 103). Dado que la socialdemocracia es un partido reformista, ¿por qué deberían los socialistas franceses abstenerse de participar en un gobierno burgués, o de exaltar la colaboración de clases que hace posible el fin de la dominación social supuestamente garantizado por el advenimiento de la democracia?

Las ideas de Bernstein sobre las transformaciones experimentadas por el capitalismo a finales del siglo XIX podían sintetizarse, siguiendo la interpretación de Umberto Cerroni, en tres tesis principales, resultantes según aquel de la refutación práctica que las transformaciones recientes del capitalismo habían propinado al *corpus* teórico del marxismo. Ellas eran, primero, el rechazo a la teoría del "hundimiento automático" del capitalismo como resultado de sus propias contradicciones económicas. Según Bernstein y el grueso de la opinión ilustrada en el marco de la Segunda Internacional, había en Marx una concepción "derrumbista" del capitalismo que remataría en la inexorabilidad de su propio hundimiento. Si la gran depresión de las décadas de 1870 y 1880 parecía confirmar la validez de esa interpretación –equivocada, digámoslo de una vez–, la sorprendente recuperación puesta en marcha desde

comienzos del decenio de 1890 fue interpretada por los principales teóricos de la socialdemocracia como una inapelable refutación de la tesis atribuida a Marx.[7] En segundo lugar, las transformaciones recientes del capitalismo, que ya habían provocado interesantes reflexiones por parte de Friedrich Engels en sus últimos años de vida, demostraban también según los revisionistas la falsedad de la tesis de la pauperización del proletariado. La aparición de las nuevas "clases medias" y la tenaz persistencia de una pequeña burguesía que se resistía tercamente a aceptar su destino proletario eran una evidencia incontrastable, para Bernstein, que refutaba la teoría de la pauperización progresiva de la sociedad burguesa (Boron, 2000). Tercero y último, las transformaciones políticas y el avance sin pausa del sufragio universal y la democratización habían desmentido las tesis clásicas del "camino al poder", para usar una expresión kautskiana, centradas en la insurrección y la revolución (Cerroni, 1976, pp. 56-57).

En síntesis, el capitalismo había llegado a configurar una estructura con capacidad de autorregulación que rebatía un argumento central del análisis marxista: la naturaleza cíclica de la producción capitalista y su tendencia crónica a las crisis periódicas. Por otra parte, la consolidación de las libertades públicas y la democracia burguesa aparecían como un contrapeso efectivo a las tendencias polarizantes y pauperizadoras del capitalismo originario, lo que abría el promisorio sendero de un socialismo que para triunfar podía prescindir del baño de sangre revolucionario al utilizar de manera inteligente el gradualismo parlamentario. Toda esta construcción intelectual inspiró a Bernstein a acuñar una metáfora náutica que habría de hacer historia: en efecto, en virtud de los cambios señalados en su obra, la transición del capitalismo al socialismo sería en el futuro algo tan imperceptible como el cruce de la línea ecuatorial en alta mar. Tiene razón Cerroni cuando, refiriéndose a las tesis adjudicadas a Marx, dice que ellas eran "más bien de los comentadores" que del autor de *El Capital*. En todo caso, lo cierto es que

7. El debate en torno a este tema ha sido profundo y dilatado, y participaron importantes teóricos. Ver una excelente síntesis sobre el tema en Colletti (1978). Consultar asimismo a Sweezy (1974) y Grossmann (1979), autor tal vez de la obra más importante, escrita en la década de 1920, sobre el supuesto "derrumbismo" del autor de *El Capital*.

fueron esas ideas las que animaron el debate y motivaron las críticas del ala marxista de la socialdemocracia europea, entre ellas las de Lenin en el QH. El significado contrarrevolucionario del socialismo evolucionista bernsteiniano no pasó inadvertido solo para Lenin y sus camaradas de la izquierda radical. En la conferencia pronunciada por Max Weber –célebre por el desembozado reaccionarismo del que hace gala el fundador de la teoría de la "neutralidad valorativa" de las ciencias sociales– ante un público poco simpatizante de las doctrinas socialistas o democráticas, el sociólogo alemán saludaba con satisfacción que:

> (l)as patéticas esperanzas que el Manifiesto Comunista había fundado sobre un derrumbe de la sociedad burguesa han sido sustituidas por expectativas mucho más modestas … la teoría de que el socialismo madura automáticamente en el camino de la evolución. … (E)stos argumentos demuestran en todo caso que la vieja esperanza apocalíptica revolucionaria que confirió al Manifiesto Comunista su fuerza de convicción, ha dado paso a … una concepción evolucionista. … (E)ste estado de ánimo evolucionista … que ha sustituido ahora a la vieja teoría catastrofista, ya estaba desde antes de la guerra ampliamente difundido en los sindicatos y entre muchos intelectuales socialistas. De ese estado de ánimo se han derivado las consecuencias que todos conocemos: ha nacido el llamado "revisionismo" (Weber, 1982, pp. 240-243).[8]

En todo caso hoy, a poco más de un siglo de iniciado el *Bernstein-debatte* la experiencia histórica ha demostrado el error de las tesis tan elogiadas por Weber. Marx jamás aseguró que el capitalismo se hundiría automáticamente. Lo que él hizo fue constatar la naturaleza contradictoria y autodestructiva de las tendencias que se agitaban en su seno y la

8. La conferencia, bajo el título de "El Socialismo", fue pronunciada ante unos trescientos altos oficiales del duramente derrotado ejército austríaco en el verano austral de 1918, es decir, una vez triunfante la Revolución Rusa. El texto weberiano incurre en algunos exabruptos que desmerecen su estatura intelectual. El clima político prevaleciente en ese momento, indudablemente poco propicio para la derecha, y la naturaleza de su audiencia, parecen haber potenciado las tendencias más reaccionarias latentes (a veces no tanto) en el pensamiento de Weber.

imposibilidad, a largo plazo, de resolver ese conflicto. Un modo de producción que convierte a los hombres y a la naturaleza en meras mercancías sujetas a la voracidad de los mercados no solo no tenía precedentes en el pasado sino que tampoco habría de tener demasiado futuro por delante. La capacidad de autorregulación del sistema fue sobreestimada por Bernstein y, como dramáticamente lo ha demostrado el siglo XX, para sobrevivir el capitalismo ha debido montar una carnicería de inéditas proporciones bajo la forma de continuas guerras y el silencioso exterminio de cien mil seres humanos que, hoy en día, mueren a causa del hambre o de enfermedades perfectamente prevenibles y curables. Marx anticipó genialmente estas tendencias, vio la catástrofe hacia la cual nos conducían, pero también previó que el triunfo del socialismo no era ineluctable y que si se verificaba la imposibilidad de su advenimiento, el resultado podría ser la barbarie más desenfrenada, algo que ya estamos empezando a ver en nuestros días.

¿Le asistía la razón a Bernstein en su crítica a la, según él, fallida tesis de Marx sobre el empobrecimiento de las clases populares y la polarización social? Sí y no. Sí porque en los países europeos –y recordemos que a fines del siglo XIX el capitalismo era esencialmente un fenómeno de Europa y sus "fragmentos" ultramarinos, Estados Unidos, Canadá, Australia, algunas partes de Sudamérica y la excepción japonesa– las tendencias pauperizadoras y polarizantes del capitalismo fueron contrarrestadas por un conjunto de factores: la emigración hacia las Américas y, en mucha menor medida, Oceanía; la institución de formas embrionarias pero efectivas de "estado de bienestar" en los países más adelantados de Europa; y, por último, el creciente peso del sindicalismo obrero y los partidos socialistas. Al mismo tiempo, las incesantes transformaciones de las fuerzas productivas y el surgimiento de nuevas áreas de actividad mercantil alentaron la expansión de las "nuevas clases medias". Estas, junto a la aparición de una "aristocracia obrera", parecían refutar las predicciones originales de Marx sobre la materia, y fue precisamente eso lo que señaló cuidadosamente Bernstein en su obra. Pero decíamos arriba que también Bernstein se equivocó. ¿En dónde estaba su error? Se equivocó porque generalizó a partir de situaciones idiosincrásicas, propias de los países más adelantados de Europa,

y porque no supo captar las tendencias más profundas y de larga duración. Cien años después, las tendencias pauperizadoras y polarizantes del capitalismo son axiomas que no requieren de demostración alguna pues resultan visibles a simple vista. Y esto se verifica tanto en el plano internacional, por la acción del imperialismo, como en el plano doméstico, en donde la pobreza y la exclusión social se presentan con rasgos absolutamente claros y definidos. En el caso latinoamericano hubo, en la década de 1960, una discusión muy interesante sobre lo que Torcuato Di Tella (1963) denominaba la teoría del primer impacto del crecimiento económico. Según esta teoría, en los países en desarrollo se verificaba, poco después de la plena introducción del capitalismo, un significativo aumento de la polarización social y el empobrecimiento de masas de origen precapitalista. Pero esto era en una primera etapa, porque luego, proseguía el argumento, se ponían en marcha mecanismos de diverso tipo que "suavizaban" la polarización social y mejoraban la situación de los pobres, dando lugar a una estructura social cuyo perfil distributivo denotaba una creciente presencia de sectores medios y una clase obrera relativamente satisfecha desde el punto de vista de su acceso a los bienes materiales. Sin embargo, las cuatro décadas posteriores a la formulación de dicha teoría demostraron irrefutablemente que las tendencias hacia un mayor equilibrio social no lograron consolidarse y que las predicciones marxianas conservan todo su vigor.

Por último, podemos también concluir que el entusiasmo de Bernstein sobre el parlamentarismo socialista era injustificado. Si bien los partidos socialistas y comunistas pudieron instituir una legislación obrera y, en general, ciudadana que cristalizó en el llamado "estado de bienestar", no es menos cierto que en dichos países no se avanzó un ápice en la dirección del socialismo, y que, tal como lo pronosticara sagazmente Rosa Luxemburgo, las sucesivas reformas no sirvieron para cambiar el sistema sino para consolidarlo y dotarlo de una inédita legitimidad popular. Para esta autora, lo que hace el impulso reformista es empujar hasta sus límites las potencialidades históricas contenidas en la última revolución triunfante. El reformismo construido a partir del triunfo de la revolución burguesa no trasciende los límites de la misma. Bajo ciertas y muy especiales condiciones, sin embargo, el reformismo

puede sentar las bases para un salto revolucionario. Pero tal posibilidad está indisolublemente unida a un cambio radical en la conciencia de las masas y sus capacidades de organización y acción. Y ese es precisamente el desafío práctico con que tropezaba Lenin en la Rusia zarista (Luxemburg, 1989).[9]

En todo caso los "economistas" a la refutación de cuyos argumentos dedica Lenin su libro eran los voceros rusos de estas tendencias en auge en la socialdemocracia alemana, desatada luego de la muerte de Friedrich Engels en 1895. Se trataba de una superficial lectura de Marx, convertido en un férreo determinista que para colmo estaba equivocado, que remataba con la postulación de un optimismo economicista totalmente infundado pero cuyas consecuencias eran claras: el triunfo del socialismo, ese socialismo de cuño liberal y kantiano que quería Bernstein, era ineluctable y, por lo tanto, no había ninguna necesidad de crear al sujeto político, un proletariado conciente y organizado, ni mucho menos de internarse en los laberintos violentos de la revolución. Era una convocatoria a la pasividad y al inmovilismo que, por supuesto, no podía caer bien entre los marxistas. Y Lenin, Rosa Luxemburgo y Karl Kautsky reaccionaron inmediatamente.

b) Las particularidades de la situación política en la Rusia zarista

Unas breves palabras para referirnos al otro factor que influyó en la redacción del QH. Breves no porque se trate de un elemento poco relevante sino porque, como veremos, es permanentemente referido por Lenin a lo largo del texto. Muy frecuentemente se olvida que el QH fue concebido como un instrumento político en un contexto completamente diferente al que prevalecía en los países más adelantados de Europa. Es interesante comprobar cómo muchos críticos, de entonces y de hoy, parecen no recordar un asunto tan elemental como este y consideran a la obra de Lenin como si fuera un simple texto de sociología de los partidos políticos.

9. Ver el tema del reformismo, sus condiciones y potencialidades en Boron (2000; 2003).

El QH tenía básicamente dos objetivos. Por una parte, evitar que el revisionismo terminara por apoderarse del ya de por sí complejo y altamente inestable, en el sentido ideológico tanto como sociológico, partido ruso. Un partido en el que convivían tendencias populistas, social-liberales, ciertos restos de anarquismo y algunos sectores marxistas, y que Lenin concebía como el instrumento fundamental para el derrocamiento del zarismo y la construcción del socialismo. Pero, para ello, era preciso resguardar el legado marxista acechado tanto por las novedades introducidas en el partido alemán por Bernstein como por la pertinaz herencia del populismo en la intelectualidad rusa. El segundo objetivo era muy concreto e inmediato: ante la situación política imperante en Rusia, ¿cómo construir un partido que pudiera llevar adelante su programa revolucionario? La sola pregunta implicaba un punto de partida que no necesitaba mayores demostraciones: la metodología política que practicaban las fuerzas socialistas de Alemania, Francia e Italia era completamente inaplicable en la Rusia de los zares. Había una cuestión de fondo: la clandestinidad "dura" a la cual debía someterse la actividad del partido ruso era completamente inasimilable a la total legalidad que gozaba en Europa o a la clandestinidad "blanda" existente en la Alemania de Bismarck durante los años en que imperaba la legislación anti-socialista. Pero si en este caso el partido tenía una existencia semi-legal y varias de sus actividades colaterales podían llevarse a cabo sin mayores inconvenientes, en el caso ruso la clandestinidad era de otro tipo, "dura", e imponía restricciones prácticamente insuperables como las que señalábamos en las páginas iniciales de este trabajo.

Se trataba, en consecuencia, de construir un instrumento político adecuado para luchar en contra de la autocracia más feroz y atrasada, el último gran bastión de la reacción aristocrática y feudal que sobrevivía en la Europa de 1900. Un régimen despótico en el cual las libertades públicas eran prácticamente inexistentes y brillaban por su ausencia. Partidos y sindicatos estaban prohibidos, y la huelga era considerada un delito común. La persecución política de los opositores era una norma, como su confinamiento en las lejanas prisiones de Siberia. La censura de prensa era total y los críticos del sistema debían editar sus publicaciones en el extranjero e introducirlas con graves riesgos. Muchos opositores

no solo sufrían la cárcel sino también la pena capital, como ocurriría con el admirado hermano mayor de Lenin, Alexandr Ulianov, ajusticiado en 1887 cuando contaba con diecinueve años de edad y nuestro autor llegaba a los diecisiete. En consecuencia, el terrorismo como hecho aislado e individual era la respuesta desesperada ante una autocracia que recién en 1905, es decir, siglos después de lo que aconteciera en otros países europeos y como producto de la irrupción revolucionaria de ese mismo año, autorizaría la creación de un parlamento, la Duma, dotado de mínimos, casi meramente decorativos, poderes de intervención política. Octavio Paz dice en uno de sus escritos que el "festín civilizatorio" de la Ilustración, esto es, el excepcional florecimiento de las artes y las letras, el despliegue de los derechos y libertades individuales reafirmados en contra de los absolutismos monárquicos, el avance de la tolerancia y la igualdad, el pensamiento científico y las nuevas ideas sociales y políticas que finalmente se materializaron en las dos grandes revoluciones con que se cierra el Siglo de las Luces, la Revolución Norteamericana de 1776 y la Revolución Francesa, no tuvo entre sus privilegiados comensales a la Rusia de los zares. "Rusia no tuvo siglo XVIII. Sería inútil buscar en su tradición intelectual, filosófica y moral a un Hume, un Kant o un Diderot" (Paz, 1979, p. 254).[10] Más allá de la exagerada admiración profesada por Paz en relación a los logros de la Ilustración, hoy sometidos a duras críticas, lo cierto es que Rusia se mantuvo al margen de todo eso: del secularismo, el republicanismo, el laicismo y, por supuesto, de la democracia. De ahí que los ocasionales impulsos democráticos que afloraban en su geografía fuesen tronchados inmisericordemente por las autoridades. La vida política legal era de una absoluta inoperancia, y todo lo que no podía ser ventilado en las elegantes reuniones de la corte era subversivo y, por lo tanto, debía ser declarado ilegal. De ahí que el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia declarase que su tarea inmediata era el abatimiento de la autocracia zarista, y para ello era preciso desarrollar un instrumento político apropiado para actuar en un medio social dominado por el atraso, la superstición y la ignorancia. Era preciso, en buenas

10. Hemos criticado esta exaltación en la que incurre Paz, por momentos ingenua a la luz de la historia del siglo XX, en Boron (1997).

cuentas, hallar esa famosa "palanca de Arquímedes" para transformar el mundo: ese era el desafío que Lenin acomete con singular éxito tanto en el plano teórico, con la redacción del QH, en donde exclama "¡Dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia en sus cimientos!", como en el plano práctico, con su irresistible ascenso hacia la conducción del POSR y la dirección del proceso revolucionario ruso que culminaría con la gran revolución de octubre de 1917.

Tesis principales

¿Qué fue lo que se propuso Lenin al escribir el QH? Ya hemos respondido en parte y en términos muy generales a esta pregunta en las páginas anteriores. Examinemos ahora algunos temas más puntuales de la obra.

Digamos, para comenzar, que Lenin escribe su texto en momentos en que florece en Europa la preocupación por los problemas de la organización en el seno de la sociedad capitalista. Biaggio De Giovanni señaló, en un texto sugerente, la conexión existente entre el pensamiento político de Lenin y la producción teórica de Max Weber (De Giovanni, 1981). Su observación es atinada, pero convendría aclarar, en todo caso, que la inquietud leniniana por la problemática de la organización es bastante anterior a la del gran teórico alemán. En efecto, el *locus clásico* en el cual este desarrolla su teoría es su célebre conferencia de enero de 1919, "La política como profesión", pronunciada después de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial, el derrumbe del Imperio Alemán y el triunfo de la Revolución Rusa.[11] También lo es en relación a la obra de uno de los discípulos de Weber, Robert Michels, autor de su célebre estudio sobre los partidos políticos (tomando el caso ejemplar de la socialdemocracia alemana) y del cual extrajo como una de sus principales conclusiones "la ley de hierro de la oligarquía". Es decir, Lenin es un precursor importante de toda una serie de reflexiones que habrían

11. Posterior, también, a los asesinatos de Rosa Luxemburgo y Karl Liebnicht, en enero de 1918 a manos de las guardias blancas del antiguo régimen. No recuerdo que en su larga conferencia Weber haga mención a esta atrocidad.

de popularizarse al promediar la siguiente década centradas en la profesionalización de la política (y de los políticos), proceso en el cual uno de los más grandes pensadores burgueses del siglo XX, Weber, jugaría un papel importante. Pese a ello, las tesis de Lenin siguen desatando el escándalo entre sus adversarios y el retraimiento entre quienes comparten con él su adhesión a un proyecto revolucionario.

El QH consta de cinco capítulos. En el primero se examina el problema de la lucha ideológica contra el revisionismo y el oportunismo, y el impacto de dichas tendencias sobre los conflictos sociales y el papel de la clase obrera. El segundo se refiere al tema crucial del espontaneísmo de las masas y la conciencia socialdemócrata. El tercero versa sobre la política "tradeunionista" y sus diferencias con la política socialdemócrata y los objetivos que persiguen cada una de ellas. El cuarto capítulo se aboca al estudio de los métodos de organización y de acción políticas y desarrolla la concepción del revolucionario profesional. El quinto y último esboza un plan de un periódico político y su función en el proceso de concientización de las masas.

No es nuestro propósito ofrecer un análisis integral de cada uno de estos capítulos. Nos limitaremos, en consecuencia, a subrayar algunas tesis que, a nuestro entender, constituyen el *corpus* central del libro.

a) Revisionismo, lucha teórica y revolución

Son estos los temas centrales del primer capítulo, que se pueden resumir en dos tesis principales.

> *El revisionismo es menos una tendencia crítica que una nueva variedad del oportunismo, y debe por lo tanto ser combatido con toda energía por las fuerzas revolucionarias.*

Según Lenin, el revisionismo corrompió la conciencia socialista, envileció el marxismo predicando la teoría de la colaboración de clases y la atenuación de las contradicciones sociales, renegó de la revolución social y la dictadura del proletariado y redujo la lucha de clases a un

"tradeunionismo" estrecho y a la lucha "realista" por pequeñas y graduales reformas que traicionan el ideal revolucionario (Lenin, QH, p. 112).

Sin teoría revolucionaria no puede haber práctica revolucionaria.

Esta es, probablemente, una de las tesis más conocidas y debatidas del libro, y cuya actualidad e importancia se ha tornado indiscutible en nuestros días. En su libro, así como en múltiples intervenciones a lo largo de su vida, Lenin le concede una enorme importancia a la teoría. Por eso dice que lo que quieren los revisionistas no es tanto sustituir una teoría por otra sino prescindir de toda teoría coherente y auspiciar un eclecticismo totalmente falto de principios (Lenin, QH, p. 119). En apoyo a su tesis, cita a Marx en su famosa carta sobre el programa de Gotha, en donde el fundador del materialismo histórico aconsejaba a los camaradas del partido alemán no traficar con los principios ni hacer ninguna clase de concesiones teóricas.

Al referirse a la importancia de la teoría Lenin anota que esta se acentúa en el caso ruso debido a tres causas: en primer lugar, por la juventud del POSR y la gran variedad de corrientes que coexisten en su seno, destacándose la importancia del populismo. Como es sabido, este planteaba la tesis de la absoluta originalidad del desarrollo económico ruso. Siendo esto así, se concluía que el capitalismo no podría jamás implantarse en la tierra de los zares. Esto tenía profundas implicaciones políticas por cuanto redefinía a aliados y adversarios de una manera completamente ajena a las conocidas en el desarrollo del capitalismo europeo e imponía tareas completamente distintas para el joven partido ruso. La lucha teórica adquiría, en consecuencia, una importancia suprema (Lenin, QH, p. 119). No sorprende entonces que el joven Lenin hubiera producido dos textos dedicados precisamente a refutar las tesis de los populistas demostrando cómo el capitalismo se había convertido en el modo de producción dominante en Rusia: el juvenil ensayo intitulado "¿Quiénes son los 'amigos del pueblo' y cómo luchan contra los socialdemócratas?", aludido más arriba, y el magnífico estudio publicado bajo el nombre de *El desarrollo del Capitalismo en Rusia*, escrito en 1898 y publicado, también con seudónimo, al año siguiente.

La importancia de la teoría se corroboraba también por obra de dos circunstancias adicionales. En el primer caso, debido al carácter internacional del movimiento socialdemócrata que obligaba no tanto a conocer otras experiencias de luchas nacionales como a asumir una actitud crítica frente a las mismas. Segundo, por las responsabilidades especiales que recaían sobre el partido ruso, que debía liberar a su pueblo del yugo zarista y, al mismo tiempo, demoler el más poderoso baluarte de la reacción no solo europea sino también asiática. Esta inédita responsabilidad del proletariado ruso lo colocaba, según Lenin, objetivamente en la vanguardia del proletariado revolucionario internacional. Y esta tarea mal podía cumplirse sin el auxilio de una teoría correcta (Lenin, QH, pp. 120-123). En apoyo de su elevada valoración del papel de la teoría, Lenin remite a la distinción que hiciera Engels en su libro *Las Guerras Campesinas en Alemania*, en el cual distingue entre luchas políticas, económicas y teóricas. En dicho texto, Engels celebra el hecho de que los obreros alemanes pertenezcan al pueblo más teórico de Europa, preservando dicho sentido cuando las llamadas "clases cultas" de Alemania lo habrían perdido hace rato. Es este talante teórico el que ha impedido que prosperen en ese país las corrientes "tradeunionistas" que, debido por ejemplo a la indiferencia teórica de los ingleses, se arraigaron en Gran Bretaña; o la confusión y el desconcierto sembrado por las teorías de Proudhon en Francia y Bélgica; o el anarquismo caricaturesco prevaleciente en España e Italia. Engels agrega que esta pasión por la teoría se refuerza por el hecho de que el alemán es el último en incorporarse al movimiento socialista internacional, y que ha podido aprender de sus luchas, sus errores y sus fracasos. Engels concluía este análisis, citado largamente por Lenin, diciendo que:

> (S)obre todo los jefes deberán instruirse cada vez más en todas las cuestiones teóricas, desembarazarse cada vez más de la influencia de la fraseología tradicional, propia de la vieja concepción del mundo, y tener siempre presente que el socialismo, desde que se ha hecho ciencia, exige que se le trate como tal, es decir, que se le estudie. La conciencia así lograda y cada vez más lúcida debe ser difundida

> entre las masas obreras con celo cada vez mayor (Lenin, QH, pp. 122-123, énfasis nuestro).

La enseñanza y divulgación de la teoría revolucionaria se convierte, en consecuencia, en una de las tareas principalísimas del partido. De ahí la importancia del debate teórico, o de eso que en nuestros días Fidel Castro ha denominado "la batalla de ideas". Se comprende que tal valoración de los componentes teóricos sea incompatible con un modelo organizativo que, como ocurría con los ingleses, hacía gala de su indiferencia ante la teoría o, como ocurre en nuestro tiempo, convierte al eclecticismo teórico en un signo de madurez política. Volveremos sobre este asunto más adelante.

b) La cuestión de la conciencia socialista: espontaneísmo y dirección conciente

El segundo capítulo del QH se dedica al examen de esta cuestión. En él se formula una de las tesis más radicales y que mayores discusiones ha suscitado desde su planteamiento, que de manera resumida puede expresarse así:

> *La conciencia socialista no brota espontáneamente de las luchas del proletariado (y otros sujetos políticos).*

A diferencia de muchos izquierdistas, Lenin era sumamente escéptico en relación al impulso revolucionario de las masas. No creía, como algunos en su tiempo y muchos en el nuestro, que en ellas anida permanentemente una pasión irresistiblemente subversiva e impugnadora del orden social. Se trata de una convicción que se advierte a lo largo de toda la obra de Lenin y no tan solo como producto de una observación circunstancial. Conviene recordar, con relación a este tema, que en *El "izquierdismo", enfermedad infantil del comunismo*, Lenin describe el estado "normal" de las masas (es decir, fuera de las coyunturas revolucionarias) en términos sorprendentemente similares a los utilizados por Robert Michels en su clásico estudio sobre los partidos políticos. En uno y otro

caso aquellas son retratadas como casi siempre apáticas, inertes y durmientes; por excepción abandonan su estupor y se lanzan activamente a la construcción de un nuevo mundo. De ahí la importancia del partido de vanguardia y de los revolucionarios profesionales, que las incitaran y orientaran a movilizarse y a actuar.[12] Para llegar a esta tesis, reminiscente de similares observaciones hechas por Maquiavelo en *El Príncipe*, Lenin analiza tanto los desarrollos históricos de las luchas de clases en Rusia como en el resto de Europa, y hace suyos los argumentos esgrimidos por el ala izquierdista en el debate de la socialdemocracia alemana. En uno de sus párrafos más rotundos, y probablemente el más citado tanto por sus partidarios como por sus detractores, Lenin observa que:

> Hemos dicho que los obreros *no podían tener* conciencia socialdemócrata. Esta solo podía ser introducida desde fuera. La historia de todo los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, solo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etcétera. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que han sido elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales. Por su posición social, también los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa. Exactamente del mismo modo, la doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independientemente en absoluto del crecimiento espontáneo del movimiento obrero, ha surgido como resultado natural e inevitable del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas (Lenin, QH, p. 127, énfasis en el original).

A partir de este análisis Lenin lanza un ataque hacia lo que denomina "el culto de la espontaneidad". Se trata de un tema cuya vigencia, como

12. La "Introducción" de S. M. Lipset a Robert Michels (1962).

veremos más adelante, lejos de haberse eclipsado, adquiere hoy inéditas proporciones especialmente en América Latina. El supuesto de este culto es que las masas tienen un conocimiento especial de su propia situación y de la sociedad en la cual se hallan insertas, de su estructura y de los rasgos que definen su coyuntura, lo que confiere a sus iniciativas espontáneas una certera direccionalidad revolucionaria. Las raíces de este culto se hunden, en el caso ruso, en la tradición populista, una de cuyas cláusulas establecía la hegemonía de las masas sobre la élite y la superioridad de su saber "natural" sobre el conocimiento "artificial" y libresco de los dirigentes. Conciente de la debilidad de esta argumentación, Lenin advertía que la celebración del espontaneísmo equivalía, "en absoluto independientemente de la voluntad de quien lo hace, a fortalecer la influencia de la ideología burguesa sobre los obreros" (Lenin, QH, p. 135).

En apoyo a su posición Lenin convoca a quien en ese momento era considerado el guardián de la ortodoxia marxista en el seno de la socialdemocracia alemana, Karl Kautsky, y cita *in extenso* párrafos de un artículo publicado en la *Neue Zeit* en donde critica al nuevo programa de la socialdemocracia austríaca. Kautsky objeta en dicho trabajo la tesis bernsteiniana de que el desarrollo capitalista además de crear las premisas para el socialismo (en clara alusión al título del libro de Bernstein) engendra directamente la conciencia de su necesidad. El socialismo y la lucha de clases, prosigue, "surgen de premisas diferentes. La conciencia socialista moderna puede surgir únicamente sobre la base de un profundo conocimiento científico… (y) no es el proletariado el portador de la ciencia, sino la *intelectualidad burguesa*" (énfasis en el original).[13] La conclusión de Kautsky es inexorable: "la conciencia socialista es algo introducido desde fuera en la lucha de clase del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente (dentro) de ella. … No habría necesidad de

13. Lenin aclara: lo anterior no significa que los obreros no puedan participar en esta labor teórica, pero no lo hacen en cuanto obreros sino en calidad de teóricos del socialismo, como en su momento lo hicieran Proudhon y Weitling. Esto supone una capacidad de dominar los conocimientos científicos de su época. Para ello, dice nuestro autor, es necesario que los trabajadores "no se encierren en el marco artificialmente restringido de la *literatura para obreros*, sino que aprendan a asimilar más y más la *literatura general*. Incluso sería más justo decir, en vez de 'no se encierren', 'no sean encerrados' … por ciertos intelectuales (de ínfima categoría) que creen que 'para los obreros' basta con … rumiar lo que ya se conoce desde hace mucho tiempo" (Lenin, QH, p. 137, énfasis en el original).

hacerlo si esta conciencia derivara automáticamente de la lucha de clases" (Lenin, QH, p. 136).

Lenin remata este argumento de la manera siguiente: dado que en el capitalismo hay dos ideologías, y solo dos, burguesa o socialista (y no hay ninguna "tercera" ideología en una sociedad de clases), toda concesión que nos aleje del socialismo termina favoreciendo a la burguesía. La lucha espontánea de los trabajadores remata en el "tradeunionismo", en la lucha exclusivamente sindical; es decir, sucumbe ante la dominación ideológica de la burguesía y los conduce, en los hechos, a renunciar al socialismo.

c) Política "tradeunionista" y política socialdemócrata

El tercer capítulo profundiza los elementos tratados en el anterior, procurando diferenciar muy claramente la política socialdemócrata de la política propuesta por los "economistas" al exaltar las luchas económicas y rebajar la trascendencia de las luchas políticas. Nos parece que hay dos tesis principales en este capítulo:

> *La tarea de la socialdemocracia es transformar la lucha sindical en una lucha política socialdemócrata.*

La lucha por las reformas económicas, las batallas "tradeunionistas" por la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, son imprescindibles pero no suficientes. Es necesario luchar también por la libertad y el socialismo, porque el gobierno deje de ser autocrático y abra las puertas a la democracia. La transformación de la lucha económica y sindical en lucha política socialdemócrata exige "*aprovechar* los destellos de conciencia política que la lucha económica ha hecho penetrar en el espíritu de los obreros para *elevar* a estos hasta el nivel de la conciencia política socialdemócrata" (Lenin, QH, p. 171).

> *El partido debe ser la vanguardia del desarrollo político.*

Si el socialismo debe ser introducido "desde fuera", el partido debe "ir a todas las clases de la población" para diseminar las ideas socialistas. Ese "ir a todas las clases" supone que los socialdemócratas asumen papeles de propagandistas, agitadores y organizadores; de educadores que exponen ante todo el pueblo los objetivos democráticos generales de su lucha. Pero si el partido quiere ser vanguardia "es necesario precisamente atraer a otras clases" (Lenin, QH, pp. 180-181, 187-188).

d) Sobre los métodos de organización y el revolucionario profesional

En el cuarto capítulo de su obra Lenin expone los lineamientos organizativos de un partido socialdemócrata idóneo para enfrentar la inmensa tarea que tiene por delante. Comienza por criticar lo que denomina los métodos artesanales de trabajo político y la profunda improvisación y desorganización que prevalecían en los círculos políticos de la Rusia de finales del siglo XIX y comienzos del XX. ¿Qué había allí? Entusiasmo, apasionamiento, falta de preparación y una impresionante improvisación cuyos efectos destructivos mal podían ser compensados por el heroísmo y la abnegación de la militancia. "Iban a la guerra", nos dice, "como verdaderos mujiks, sin más que un garrote en la mano" (QH, p. 198). La tesis principal del capítulo podría expresarse en los siguientes términos:

> *La socialdemocracia requiere una organización de revolucionarios profesionales.*

La improvisación y la desorganización son el reflejo del "culto al espontaneísmo" obrero. Así como se celebra su tendencia espontánea y poco reflexiva a la lucha, de la misma manera se consiente la existencia de formatos rudimentarios de organización. Dado que la lucha política es mucho más amplia y compleja que la lucha económica de los obreros contra la patronal, la organización de la socialdemocracia revolucionaria debe ser de un género distinto que la organización de los trabajadores para su lucha económica. Lenin esboza las grandes líneas de estas diferencias. La organización de los obreros debe ser en primer lugar sindical, luego lo más extensa y lo menos clandestina posible. La organización del

partido debe englobar "ante todo y sobre todo" a revolucionarios profesionales, con lo que desaparece por completo la distinción entre obreros e intelectuales. Dadas las condiciones imperantes en Rusia dicha estructura no debe ser muy extensa y "es preciso que sea lo más clandestina posible" (Lenin, QH, p. 211).

Veamos cómo describe Lenin al modelo "amateur" de dirigente revolucionario:

> Un revolucionario blandengue, vacilante en las cuestiones teóricas, limitado en su horizonte, que justifica su inercia por la espontaneidad del movimiento de masas, más semejante a un secretario de tradeunión que a un tribuno popular, sin un plan audaz y de gran extensión, que imponga respeto a sus adversarios, inexperimentado e inhábil en su oficio (la lucha contra la policía política), ¡no es un revolucionario, sino un mísero artesano! (Lenin, QH, pp. 225-226).

Por eso termina ese apartado con la encendida exhortación aludida más arriba: "¡Dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia en sus cimientos!". Una organización que, vale la pena aclararlo dadas las reiteradas tergiversaciones que ha sufrido esta apelación, no significa que solo los intelectuales puedan convertirse en revolucionarios profesionales. Por eso Lenin dice, poco más adelante, que "todo agitador obrero que tenga algún talento … no *debe* trabajar once horas en la fábrica. Debemos arreglárnoslas de modo que viva por cuenta del Partido, que pueda pasar a la acción clandestina en el momento preciso, que cambie de localidad…" (QH, p. 232). Una organización, por último, de gentes "que no consagren a la revolución sus tardes libres, sino toda su vida". No se derrota a la autocracia, y mucho menos al capitalismo, sin que algunos tengan una dedicación total e integral a la tarea.

La organización revolucionaria debe ser altamente centralizada.

La última tesis principal que hallamos en el QH se refiere precisamente a la naturaleza organizativa del partido revolucionario. En este último punto Lenin es igualmente taxativo. La especialización de funciones

y la división del trabajo que implica la invención de la figura del revolucionario profesional tiene como contrapartida un elevado grado de centralización organizativa. En sus propias palabras, "la especialización presupone necesariamente la centralización, y, a su vez, la exige en forma absoluta" (Lenin, QH, p. 229). Este esquema organizativo puede ser llamado, por su *forma*, una "organización de conjurados", y este carácter conspirativo se origina en las necesidades que impone la lucha política en un régimen autocrático en donde las actividades de la oposición se encuentran terminantemente prohibidas y son objeto de implacable persecución. "Hasta tal punto es el carácter conspirativo condición imprescindible de tal organización, que todas las demás condiciones (número de miembros, su selección, sus funciones, etc.) tienen que coordinarse con ella" (Lenin, QH, p. 235).

Lenin reconoce que una organización tan centralista enfrenta varios peligros. Uno, que se aísle de las masas y se lance con demasiada facilidad a iniciativas que no encuentren eco en el campo popular. La otra es que un modelo de este tipo puede resultar incompatible con los principios democráticos. Claro está que estos suponen dos condiciones inexistentes en Rusia. Por una parte, la posibilidad de crear una organización que pueda tomar parte en la vida política de manera abierta y pública; por la otra, la posibilidad de que todos los cargos de la misma sean electivos. "Sin publicidad sería ridículo hablar de democracia", y en la Rusia zarista no hay publicidad posible. Bien distinta es la situación de la socialdemocracia alemana, en donde esas dos condiciones se satisfacen plenamente. En el caso ruso, y debido a las condiciones impuestas por la clandestinidad, el control democrático de la dirigencia descansará sobre "la plena y fraternal confianza mutua entre los revolucionarios" (Lenin, QH, pp. 240-241).

Las críticas al *¿Qué hacer?*

Fácil es imaginar la conmoción causada por el texto de Lenin en el movimiento socialista no tan solo ruso sino también europeo. En el POSR las críticas llovieron de todas partes. Axelrod, Martov y Plejánov, hasta

entonces íntimamente asociados con Lenin, fustigaron con duros términos su propuesta, y lo mismo hicieron, hasta con mayor énfasis y desde posturas cercanas a una supuesta ortodoxia marxista, Trotsky y Riazánov. Fuera de Rusia, las tesis leninistas fueron también objeto de severos cuestionamientos, entre los que sobresale el que formulara Rosa Luxemburgo.

Antes de examinar este asunto habría que ampliar el foco y examinar el papel del leninismo en el desarrollo del pensamiento marxista. Porque, efectivamente, a la muerte de los fundadores de esa tradición no existía en su legado una teorización acabada sobre el partido político. Existían fragmentos dispersos, reflexiones aisladas o referencias ocasionales, pero no había una teorización seria acerca del instrumento político que debía guiar la revolución proletaria a buen puerto. Citemos una vez más a Cerroni para concordar con él cuando dice que "la auténtica originalidad de Lenin, su anticonformismo teórico, su audacia intelectual ... le permitieron ... mientras en Occidente la tradición marxista se estanca, ampliar e innovar el análisis marxista de la sociedad moderna". Son tres los campos en los que se produce la radical innovación leninista: uno de ellos, la alianza obrero-campesina, posterior a la primera revolución rusa (1905); el otro, la teoría del capitalismo monopolista y el imperialismo, es contemporáneo con la triunfante revolución de octubre. Pero, cronológicamente hablando, la primera gran recreación de la teoría marxista de la política tiene que ver precisamente con la concepción sobre el partido y la organización política del proletariado, y es la que se cristaliza en el QH (Cerroni, 1976, p. 92).

Es sumamente significativo que las críticas de la época a la formulación leniniana pusieran el acento de manera mucho más marcada sobre la acentuada centralización que proponía para el partido del proletariado que sobre el tema que hoy provoca reacciones mucho más marcadas, cual es el origen "exterior" de la conciencia revolucionaria de las masas. León Trotsky, por ejemplo, dedica un vitriólico artículo a criticar las concepciones leninistas, no solo las del libro que estamos ahora presentando sino también las de un breve opúsculo anterior, "Un paso adelante, dos pasos atrás", en donde se prefiguran algunas de las ideas sistematizadas en el QH. Lenin aparece en su artículo titulado "Jacobinismo y

socialdemocracia", publicado en Ginebra en 1904, como "el jefe del ala reaccionaria de nuestro partido", diseñador de "métodos acelerados del sustitucionismo político" (por su tesis sobre los revolucionarios profesionales) y principal responsable del inevitable fracaso del "fetichismo organizativo", que arrastrará en su caída a todo el marxismo ortodoxo reducido, para Lenin y sus compañeros, a "algunas fórmulas organizativas primitivas". Sorprende en este artículo el carácter abstracto y fuertemente teórico de la argumentación de Trotsky, como si el debate sobre las cuestiones de organización pudiera plantearse prescindiendo del análisis de las condiciones concretas en que se desenvolvía el accionar de la socialdemocracia en la Rusia de los zares. Por momentos, la impresión que tiene el lector es que se trata de una intervención en un seminario académico sobre la historia de las revoluciones en la edad burguesa y no de un aporte a una polémica muy concreta sobre problemas de organización y táctica política de un partido en una coyuntura determinada. En todo caso, la tesis sobre el "origen exterior" de la conciencia socialista transita sin suscitar objeción alguna (Trotsky, en Strada, 1977, pp. 438, 447-448).[14]

En el texto de 1904, "Desde arriba o desde abajo", también publicado en Ginebra donde se encontraba exiliado, Riazánov sostiene que una "organización conjuratoria de socialdemócratas es un absurdo lógico. … La socialdemocracia no organiza ninguna 'conjura', no prepara la insurrección, no hace la revolución". Si bien Riazánov se abstiene de afirmar positivamente cuál debe ser la tarea política de la socialdemocracia rusa, no le cabe la menor duda de qué es lo que no debe hacer. Y lo que no debe hacer es precisamente preparar la insurrección popular (Strada, 1977, pp. 449-450).

En todo caso, la crítica más importante es la que formula la revolucionaria polaca Rosa Luxemburgo en su artículo "Problemas de organización de la socialdemocracia rusa", aparecido en 1904. La autora reconoce desde el primer párrafo la tarea sin precedentes que le ha tocado en

14. Conviene recordar que no sería esta la última vez en que Trotsky criticara tan acerbamente a Lenin. Lo siguió haciendo hasta febrero de 1917, en vísperas del estallido de la Revolución Rusa. Pese a su prolongado enfrentamiento teórico y político con Lenin acabaría en los hechos por concederle la razón, solicitando humildemente su ingreso al Partido Bolchevique dirigido por su adversario.

suerte a la socialdemocracia rusa: definir una táctica socialista en un país subyugado por una monarquía absoluta. Al tomar en cuenta las condiciones políticas concretas en las que debe llevarse a cabo dicha empresa, Rosa Luxemburgo comienza por establecer las grandes diferencias existentes entre el régimen político de los zares en Rusia y el período de la legislación anti-socialista en la Alemania de Bismarck. Conclusión: ante la ausencia de las garantías formales que ofrece la democracia burguesa, el centralismo aparece como una alternativa realista y razonable. Y eso es lo que Lenin desarrolla tanto en "Un paso adelante, dos pasos atrás" como en el QH, solo que en este caso, según nuestra autora, se trata de una tendencia "ultracentralista" que le otorga "decisiva intervención" a la autoridad central del partido en todas las actividades de los grupos partidarios locales (Strada, 1977, pp. 463-466).

Rosa comprueba que la socialdemocracia exhibe, en todas partes, una fuerte tendencia hacia la centralización. Según su entender se explica por el hecho de que, nacida al interior de un sistema centralizador por excelencia como es el capitalismo y debiendo desplegar sus luchas en el marco de estados burgueses caracterizados por tendencias aún más pronunciadas, la socialdemocracia ha espejado, en su estructura y organización, las mismas inclinaciones. De ahí que observe con singular hostilidad todo formato organizativo que aparezca ante sus ojos como expresiones particularistas o federalistas (Strada, 1977, p. 465). La propuesta de Lenin exacerba hasta límites jamás antes alcanzados la centralización organizativa de la socialdemocracia. "La disciplina que Lenin tiene presente", observa Rosa, "es inculcada al proletariado no solo por la fábrica, sino también por el cuartel y por el burocratismo actual; en síntesis, por todo el mecanismo del Estado burgués centralizado" (Strada, 1977, p. 468).

Dado lo anterior, la socialdemocracia, tal cual la concibe Lenin, será incapaz de adecuar sus tácticas de lucha a la gran diversidad de condiciones que brotan de la vastedad geográfica y complejidad económica y social de Rusia. Los poderes omnímodos de la autoridad central del partido, un Comité Central omnisciente y omnipotente, son incompatibles con la flexibilidad que se requiere para enfrentar las múltiples peripecias de la lucha de clases. Por eso denuncia en su artículo que:

> el ultracentralismo defendido por Lenin se nos aparece como impregnado no ya de un espíritu positivo y creador, sino más bien del espíritu estéril del vigilante nocturno. Toda su preocupación está dirigida a controlar la actividad del partido y no a fecundarla; a restringir el movimiento antes que a desarrollarlo, a destrozarlo antes que a unificarlo (Strada, 1977, p. 471).

En línea con las críticas formuladas al interior del partido ruso que veían en las tesis leninistas una tentativa de sustituir al movimiento real de los trabajadores por un aparato partidario convertido por la magia de la organización en el demiurgo de la historia, el veredicto de Rosa es lapidario, pues Lenin:

> ni siquiera advierte que el único "sujeto" al que corresponde hoy el papel de dirigente es el yo colectivo de la clase obrera, que reclama resueltamente el derecho de cometer ella misma las equivocaciones y de aprender ella misma la dialéctica de la historia. Y en fin, digamos francamente entre nosotros: los errores cometidos por un verdadero movimiento obrero revolucionario son históricamente de una fecundidad y de un valor incomparablemente mayores que la infalibilidad del mejor de los comités centrales (Strada, 1977, p. 479).

De todos modos conviene recordar, al poner fin a esta recapitulación, que más allá de estas discrepancias las tesis de Lenin acerca de la conformación de una conciencia revolucionaria y el papel central de los intelectuales en su promoción eran compartidas no solo por Kautsky, en su condición de principal teórico marxista de la Segunda Internacional, sino como dice Kolakowski, por "Viktor Adler y la mayoría de la dirigencia socialdemócrata" de la época. Solo que Lenin planteó en toda su radicalidad una concepción que permanecía latente, y hasta cierto punto culposamente oculta, en la mayoría de las formulaciones prevalecientes en ese tiempo (Kolakowki, 1978, II, pp. 388-390).

Ahondando más en este punto, digamos que la contraposición Lenin-Rosa no debería ser magnificada, pues como muy bien lo demostraron Daniel Bensaïd y Alan Nair en un trabajo suscitado por las grandes

movilizaciones obreras y estudiantiles europeas de finales de la década de 1960, "en Rosa Luxemburgo solo puede encontrarse un contrapunto fragmentario de las elaboraciones leninistas". Su construcción, por brillante que sea "en modo alguno puede ser considerada como una teoría de la organización. En un debate donde las modas pasajeras sustituyen el rigor político, no es inútil volver a los textos" (Bensaïd y Nair, 1969, pp. 9-10). Precisamente, de eso se trata y en eso está puesto nuestro empeño: volver a los textos clásicos del pensamiento marxista como una forma de rearmar ideológicamente a quienes hoy, con gran abnegación pero sin el beneficio de la memoria histórica y el conocimiento de los grandes debates que nos precedieron, resisten la dominación del capital.[15]

La autocrítica de Lenin

Más allá de la radicalidad de su estilo polémico es preciso reconocer que Lenin ha sido, en la historia del socialismo y muy particularmente en la historia del pensamiento socialista, uno de los pocos autores capaces de someter sus propias ideas a una crítica rigurosa y, por momentos, despiadada.

Luego del estallido de la revolución de 1905 y la conformación de los primeros soviets en San Petersburgo, las tesis planteadas en el QH merecieron, de parte de su autor, una serie de comentarios que en parte las respaldaban y en otra las rectificaban. Es que los acontecimientos de 1905 demostraron que ante la ausencia de un estímulo juzgado por Lenin tan crucial como el partido revolucionario "capaz de suscitar, orientar y dirigir la acción de masas, estas desarrollaban un movimiento revolucionario esencialmente político y de amplitud extraordinaria" (Liebman, 1978, p. 66). Obviamente, la ductilidad teórica de Lenin, opuesto a todo

15. Bensaïd y Nair también sugieren que los planteamientos luxemburguianos exhiben preocupantes reminiscencias hegelianas (un proletariado alienado que se realiza en el transcurrir de la historia); confunden el sujeto teórico y el sujeto político, práctico, de la emancipación obrera; y son tributarios de una concepción espontaneísta de la organización que no tiene sustento en la experiencia histórica concreta de las luchas populares (Bensaïd y Nair, 1969, pp. 31-36).

dogmatismo, hizo que este tomara rápidamente nota de las enseñanzas que dejaba la revolución de 1905. Sus ideas fueron volcadas en el prólogo a *En Doce Años*, tal era su título tentativo, que pretendía ser la introducción a una recopilación de artículos escritos por él y que aparecería en tres volúmenes en 1907. Pese a la modesta liberalización que el zarismo había consentido luego del ensayo revolucionario de 1905 y la derrota que las tropas del zar habían sufrido en la guerra ruso-japonesa, lo cierto es que esos libros fueron confiscados por la censura y nunca vieron la luz pública. No obstante, el prólogo se salvó de la censura y nos deja importantes claves para comprender el pensamiento de Lenin (QH, pp. 75-83).

En esas páginas, Lenin sostiene que "el principal error en que incurren las personas que, en la actualidad, polemizan con QH consiste en que separan por completo este trabajo de determinadas condiciones históricas, de un período determinado del desarrollo de nuestro Partido, período que hace ya tiempo pertenece al pasado". No se trataba, en consecuencia, de una fórmula organizativa general, surgida de un manual de sociología y con pretensiones de universalidad y eternidad, sino del "resumen de la táctica de *Iskra*, de la política de organización de *Iskra* en 1901 y 1902" (QH, pp. 76-77). Dicha táctica resultó a la postre exitosa, y "a pesar de la escisión, el Partido Socialdemócrata aprovechó, antes que ningún otro, el claro pasajero de libertad para llevar a la realidad el régimen democrático ideal de una organización abierta, con sistema electivo, con una representación en los congresos proporcional al número de miembros organizados del Partido" (QH, p. 78). Lenin no compara la situación del POSR solo con la de otros partidos de izquierda sino inclusive con partidos burgueses, y constata la superioridad del accionar de los socialdemócratas en relación al resto. Es interesante notar aquí cómo la concepción desarrollada en el QH no implica para nada desconocer la importancia de la legalidad y de una organización pública y democrática toda vez que estas sean posibles. No hay endiosamiento alguno de una forma organizativa sino adecuación táctica a las circunstancias imperantes. Seguir sosteniendo que en 1901 y 1902:

> (*Iskra* exageraba) respecto a la idea de organización de los revolucionarios profesionales es como si, *después* de la guerra ruso-japonesa,

> se hubiera echado en cara a los japoneses el haber exagerado las fuerzas militares rusas, el haberse preocupado exageradamente, antes de la guerra, de la lucha con esas fuerzas. … Por desgracia, muchos (no ven) que *ahora*, la idea de organización de revolucionarios profesionales ha obtenido ya una victoria completa. Pero esta victoria hubiera sido imposible si, en su tiempo, no se hubiera colocado esta idea en *primer plano*, si no se la hubiera inculcado, "exagerándola", a las personas que ponían trabas a su realización (Lenin, QH, pp. 76-77, énfasis en el original).

Según nuestro autor, tales críticas, formuladas sobre todo una vez que la batalla por la instalación de la socialdemocracia se ha ganado, es simplemente ridícula. En el "Prólogo" Lenin aprovecha para aclarar una vez más la cuestión, tan arduamente debatida desde entonces, de los "revolucionarios profesionales" y su vinculación con la clase. Para nuestro autor la clase obrera posee mayor capacidad de organización que las demás clases de la sociedad capitalista, afirmación esta que no deja de ser contradictoria con otras vertidas por Lenin no solo en el QH sino a lo largo de toda su extensa obra. En todo caso, y para no desviarnos hacia otro tipo de consideraciones, Lenin prosigue diciendo que sin tal capacidad "una organización de los revolucionarios profesionales hubiera sido un juguete, una aventura, un simple cartel … una tal organización tiene solo sentido si se relaciona con 'una clase efectivamente revolucionaria' que se levanta espontáneamente para la lucha" (Lenin, QH, p. 78).

Una última reflexión sobre las autocríticas de Lenin. Estas son de dos tipos: algunas explícitas, como la que acabamos de reseñar, y otras implícitas y silenciosas. Entre estas últimas hay algunas que son pertinentes al objeto de nuestro trabajo. Como es bien sabido, luego de haber redactado un texto tan importante sobre los problemas de la organización de las fuerzas populares Lenin nunca retomó explícitamente esta problemática. Este silencio es tan resonante como sus palabras. Nuestra interpretación, expuesta de manera abreviada, es la siguiente: el QH fue la respuesta a un momento especial en el desarrollo de la lucha de clases en Rusia. Luego del estallido de la revolución de 1905 y la modesta apertura política decretada por el zarismo, la sola idea de un partido clandestino

y organizado de manera ultracentralizada cayó en la obsolescencia. La dialéctica histórica rusa dio origen a la aparición de una nueva forma política, los soviets, que asumieron una centralidad que nadie había siquiera sospechado pocos años antes y que acabó por desplazar a la que hasta entonces tenía reservada el partido. Es más que significativo el hecho de que en las jornadas que se extienden entre febrero y octubre de 1917 Lenin casi no hace mención alguna a la cuestión del partido en las vísperas mismas de la revolución. Con su certero instinto sabía que el protagonismo pasaba por los soviets y no por el partido. Que este tenía una misión que cumplir, pero que el ritmo y la dirección del proceso revolucionario estaban dictados por los soviets y que las tareas del partido solo adquirirían sentido y gravitación al interior de los soviets y no desde fuera o desde adelante. De ahí la sorprendente radicalidad de sus famosísimas *Tesis de Abril*, en las cuales, para estupor de sus propios camaradas de partido, plantea la consigna que habría de ser la "guía para la acción" durante todo ese tormentoso período revolucionario: "¡todo el poder a los soviets!". Actitud esta que se reitera en una de sus obras más importantes, *El Estado y la Revolución*, escrita en el vértigo final de la revolución y en donde la referencia al partido está ausente o tiene un carácter absolutamente marginal. Nos parece que este crepúsculo teórico y práctico del partido tiene que ver con el hecho de que, en la apreciación de Lenin, su función histórica había sido asumida por esa nueva forma organizativa, los soviets, sobre la cual descansaría el éxito de la inminente revolución. De alguna manera este silencio también constituye una elocuente autocrítica.

Elementos para una evaluación, un siglo después

Hoy estamos en condiciones de evaluar con más serenidad –y con la sabiduría que nos otorga el conocimiento del proceso histórico, ese sempiterno enigma tan difícil de descifrar en el presente– los aportes y las limitaciones del clásico texto de Lenin. Y para ser congruentes con las orientaciones epistemológicas del materialismo histórico vamos a proceder a la valoración final del QH tomando en cuenta tanto su contexto

de producción como las condiciones de recepción que nos impone nuestro presente.

Digamos, para comenzar, que se trata de un libro dotado de una densidad teórica poco común. Pese a que Lenin lo califica más de una vez como "folleto", en realidad se trata de una obra que posee una envergadura teórica e ideológica extraordinaria. Y esto más allá de sus errores. Es un libro altamente polémico pero que se toma el trabajo de examinar meticulosamente cada uno de los argumentos de sus adversarios. Un libro que, además, responde a una preocupación concreta: la emergencia de un gran movimiento de masas llamado a cambiar el curso de la historia de la humanidad, y cuya importancia y cuyo destino Lenin intuyó en todos sus alcances antes y con más profundidad que ningún otro. Un Lenin, recordémoslo, que junto a tantos otros de su generación no pudo conocer, porque estaban aún inéditos, ciertos textos fundamentales del marxismo, lo que torna aún más encomiable su cuidadosa aplicación del *corpus* del materialismo histórico a los más diversos emprendimientos intelectuales y prácticos. En efecto, Lenin hace del marxismo "una guía para la acción" sin haber podido conocer la *Crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel*, los *Manuscritos de 1844*, *La Ideología Alemana* y, por supuesto, los *Grundrisse*, todos publicados después de la muerte de Lenin ocurrida en 1924. Pese a ello, su fidelidad a lo fundamental del legado de Marx es asombrosa y es de estricta justicia reconocer tan singular logro.

a) Corrigiendo a Marx

Pero esa fidelidad no lo eximió de mantener invariablemente una actitud crítica en relación a la tradición teórica heredada. Lenin se tomaba muy en serio la sentencia que él mismo acuñara y que decía que "el marxismo no es un dogma sino una guía para la acción". Su rechazo a la canonización que el marxismo estaba sufriendo a manos de la Segunda Internacional lo impulsó a adoptar una actitud de "revisionismo permanente" que, como decíamos más arriba, fructificó en tres importantes aportaciones teóricas en las áreas de las alianzas de clases, el imperialismo y la teoría del partido político.

Examinando las tesis leninistas acerca del último de los temas, uno de los más eminentes marxistas de nuestro tiempo, el intelectual hispano-mexicano Adolfo Sánchez Vázquez, sostiene que en relación a la praxis transformadora del proletariado, Lenin introduce una revisión radical a los planteamientos clásicos del marxismo. En efecto, en las formulaciones originarias se establece que las contradicciones del capitalismo crean las condiciones que hacen posible la toma de conciencia del proletariado, el cual, a través de diferentes partidos obreros, se organiza y se lanza a la conquista del poder político. Esto puede ocurrir por la vía revolucionaria o, como diría el Engels de la década de 1890, eventualmente por la vía gradual y pacífica. Como bien observa Sánchez Vázquez, en el esquema clásico de Marx prevalece una excesiva confianza en la capacidad del proletariado, dada su posición objetiva en el sistema, para elevarse por sí mismo, en el curso de su propia praxis, y acceder a una plena conciencia de clase que le permita conocer su verdadera situación en el modo de producción y, a partir de la adquisición de la misma, actuar revolucionariamente.[16]

Sin embargo, las enseñanzas de la historia real desmienten esa doble confianza en la elevación del proletariado a su conciencia de clase y en su actuación revolucionaria conforme a ella (Sánchez Vázquez, 2003). Es este el momento en que hace su entrada Lenin, corrigiendo los dos supuestos del marxismo clásico. A partir del análisis de la experiencia histórica europea en la segunda mitad del siglo XIX, y de los propios acontecimientos ocurridos en Rusia en los años recientes, Lenin concluye que la clase obrera por sí misma –es decir, en el curso de su propia praxis y aislada de otras influencias externas– no puede elevarse al nivel de su conciencia de clase y actuar revolucionariamente. Necesita para ello de un agente exterior que le permita rebasar los límites que la ideología burguesa impone a su conciencia y acción. Ese agente no puede ser otro que el partido, el cual, por poseer el privilegio epistemológico de conocer el análisis científico de la sociedad capitalista y el sentido de la historia, puede introducir la conciencia socialista en la clase obrera,

16. Una discusión sumamente esclarecedora sobre la concepción original de Marx y Engels sobre el partido se encuentra en Cerroni, Magri y Johnstone (1969) y en la recopilación Engels-Marx (1973) sobre el mismo tema. A ellos remitimos a nuestros lectores.

organizarla y dirigirla en sus luchas. Este es, según Sánchez Vázquez, el núcleo del argumento leninista. Como conclusión, el verdadero sujeto histórico dejaría de ser la clase obrera, como pensaba Marx, y pasaría a ser el partido. Esta teoría leninista, de raigambre kautskiana, criticada desde el primer momento por Plejánov, Trotsky y Rosa Luxemburgo, se convertiría a la muerte de Lenin y con el ascenso de Stalin en la concepción excluyente del partido de la Tercera Internacional. En su versión estalinista, el "sustitutivismo" se consuma a la perfección: el protagonismo de la clase pasa al partido, para pasar luego a su Comité Central y, finalmente, a su secretario general, cumpliéndose así el sombrío vaticinio de Trotsky (Sánchez Vázquez, 2003, p. 417).[17]

Nos parece que la crítica de Sánchez Vázquez es pertinente, aunque pensamos que por momentos corre el riesgo de atribuir a Lenin algunas de las deformaciones que su pensamiento y su programa político sufrieran bajo el estalinismo con la conformación del "marxismo-leninismo". Quisiéramos, por ejemplo, tomar en consideración el tema del agente histórico de la lucha contra la sociedad capitalista. Es cierto que la tentación sustitutivista está presente en el modelo leninista de partido. Pero también lo es el hecho de que, tal como lo escribía Lenin en el "Prólogo" arriba mencionado, la "capacidad objetivamente máxima del proletariado para unirse en una clase se realiza por personas vivas, no se realiza sino en determinadas formas de organización" (QH, pp. 78-79). El protagonismo de la clase no es tal si no se expresa a través de algún tipo de acción colectiva, y esto supone el diseño de una organización con todos los riesgos de sustitutivismo que ella entraña. En este punto podríamos decir que Lenin viene a corregir un cierto "optimismo antropológico" presente de manera bastante clara en Marx en este y en varios otros temas que sería muy largo examinar aquí. El "pesimismo antropológico" de un Maquiavelo, que pensaba que las masas estaban dominadas por un humor quietista y que se conformaban con no ser humilladas ni explotadas en demasía, parecería estar más cerca de la verdad histórica que la visión activista y proclive a la rebeldía prohijada por Marx. La

17. Vaticinio que, en rigor, formulara no solo Trotsky sino también en numerosos escritos el propio Lenin Véase el "Diario de las Secretarias de Lenin" (1974).

propia experiencia de Marx y Engels en la Primera Internacional puso en evidencia, por otra parte, no solo los problemas que obstaculizaban la conformación de una conciencia socialista –la apropiación de un bagaje teórico capaz de develar la estructura íntima y los mecanismos de explotación de la sociedad capitalista– entre los sectores obreros, sino también las enormes dificultades que debía enfrentar la constitución de una expresión política unitaria de las clases populares superadora de las fragmentaciones políticas preexistentes. En ese sentido, plantear la existencia de varios "partidos obreros", como de hecho lo hicieran Marx y Engels en *El Manifiesto del Partido Comunista*, no parece ser un camino confiable para garantizar el triunfo de la tan ansiada revolución socialista que aquellos anhelaban. De hecho, si algo enseña la historia contemporánea de América Latina es que la existencia de varios partidos obreros, lejos de potenciar las perspectivas de un salto revolucionario, parece condenar a las fuerzas populares a una sucesión interminable de derrotas y frustraciones de todo tipo. De todas maneras, Sánchez Vázquez concluye que si el partido no es un fin en sí, sino un medio o instrumento para la realización del proyecto socialista en condiciones históricas determinadas, no puede aceptarse –como no la aceptó Marx– la tesis de un modelo universal y único del partido, y menos aún dentro del pluralismo político y social de una sociedad verdaderamente democrática (Sánchez Vázquez, 1998). Afirmación esta sin dudas acertada pero que, a nuestro entender, fuera anticipada por el propio Lenin en el "Prólogo" a la recopilación *En Doce Años* examinada más arriba.

b) Lenin, Weber, Michels

Dejando de lado las sugerentes observaciones de Sánchez Vázquez, fijemos nuestra atención en los importantes desarrollos teóricos que las ciencias sociales producían en esa misma época histórica. Lenin encara el problema del partido y su organización anticipándose en más de una década a lo que luego sería un lugar común en la sociología burguesa, principalmente tras las huellas de Max Weber y Robert Michels. Y recordemos que las conclusiones a que arriban estos grandes sociólogos *no son diferentes* a las que emergen del QH: la política se ha convertido,

en la sociedad burguesa, en una profesión. Un partido político moderno requiere de políticos profesionales. Un partido revolucionario exige revolucionarios profesionales; un partido "del orden" requiere también políticos de tiempo completo destinados a preservar los fundamentos de una sociedad injusta. La dominación política se ha convertido en algo demasiado complejo y sumamente importante en la sociedad capitalista como para dejarla en manos de aficionados. Pocos autores fueron más lejos que Weber en esta condena al diletantismo de los políticos improvisados, sobre todo los que tienen sobre sus espaldas la responsabilidad de garantizar la perpetuación del orden social vigente. Nótese la duplicidad de criterios: el profesionalismo político que suscitara escándalo en la obra del revolucionario ruso aparece como una razonable conclusión empírica en la obra de los académicos alemanes enemigos del socialismo.

Michels añade un elemento más a esta caracterización de las nuevas formas de la política al insistir sobre la importancia de la organización y al sentenciar que, en el fondo, la organización es poder. Un poder que se concentra en una pequeña oligarquía dirigente, cualquiera que sea la naturaleza de la organización de que se trate. De ahí que este autor formulara la "ley de hierro de la oligarquía", que establece que debido a un conjunto de mecanismos intra y extra-organizacionales el grupo dirigente de un partido o sindicato tenderá a perpetuarse en el poder y a concentrarlo cada vez más en un círculo más reducido de integrantes. ¿Habrá sido una mera casualidad que Michels haya llegado a esta conclusión luego de un detallado estudio de la socialdemocracia alemana? De ninguna manera. El Partido Socialdemócrata Alemán era "el partido", no solo para los socialistas de comienzos del siglo XX, como Lenin, sino también para los sociólogos académicos que lo consideraban, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, como el prototipo más exitoso del partido político en la naciente era de la democracia de masas. Bajo esta perspectiva, en consecuencia, nos animaríamos a decir que lo que hace la propuesta de Lenin es traducir al ruso el formato organizativo ya puesto en práctica en la socialdemocracia alemana. Pero lo que en Alemania era considerado un hecho normal, en el país de los zares era motivo de santa indignación. ¿O no había políticos profesionales en el

partido alemán? ¿No había acaso una impresionante burocracia rentada que le imprimía su sello a todas las actividades del partido, tanto en el frente de la lucha económica como en la política? En ese sentido, los trabajos más serios sobre la materia, principalmente el de Schorske (1983), no dejan la menor duda. Y el propio Weber se refirió al tema en sus análisis sobre la burocracia en las sociedades modernas, planteando tesis sumamente pesimistas acerca de la inexorabilidad de la organización y su posibilidad de que ella se constituya en una verdadera "jaula de hierro" en donde sucumbirían todas las libertades. Un talante igualmente pesimista se desprende de la obra de Michels, sobre todo en relación a las perspectivas de una organización que sea a la vez eficiente burocráticamente y democrática en su funcionamiento.

Unas palabras finales merecen las consideraciones de Weber sobre Lenin y, en general, el liderazgo comunista. Como es sabido, este autor no profesaba demasiada simpatía por las ideas socialistas. En sus distintos escritos sobre Rusia, a propósito de la revolución de 1905 y luego sobre el período revolucionario abierto en febrero de 1917, Weber ignora olímpicamente el papel desempeñado por Lenin. Y pese a que este demostró poseer una especial sensibilidad para comprender y valorizar el papel de la organización y el profesionalismo político, sería en vano tratar de buscar alguna referencia bibliográfica, por sumaria que sea, a la densa producción teórica del revolucionario ruso. En su voluminosa obra abundan expresiones muy críticas, cuando no abiertamente despectivas, sobre los procesos revolucionarios y sus dirigentes, sobre todo los alemanes. Así, en la biografía cuidadosamente compilada por su esposa, Weber aparece diciendo que los soviets de Munich y Berlín eran un "carnaval sangriento que no merece el nombre honorable de revolución"; habla del "éxtasis revolucionario" y dice que era una especie de narcótico que se había apoderado de las masas alemanas (¿qué habría pensado de esas masas completamente histerizadas y fanatizadas que, pocos años después, saludarían con fervor patriótico al Führer?). Cuando estallan las insurrecciones en aquellas dos ciudades, Weber las califica de "bandas insensatas" dirigidas por Karl Liebknecth y Rosa Luxemburgo, quienes, según sus palabras, merecerían estar en un jardín zoológico y en un manicomio respectivamente. Ante el torbellino revolucionario aconsejaba

que "lo importante era que (sus líderes) fuesen detenidos con la mayor rapidez posible, sin dejarles siquiera la posibilidad de defenderse de forma desesperada". Cuando poco después se enteró de los asesinatos de ambos, se limitó a comentar que "Liebknecth incitó a la calle a la pelea; la calle le ha matado" (Weber, 1926, pp. 481-482, 642; Beetham, 1977, pp. 277-278). Pese a estos tan lamentables comentarios, es posible afirmar que hay un hilo subterráneo que conecta las preocupaciones de Weber, Michels y Lenin, si bien los tres extraen conclusiones muy diferentes entre sí.

c) Origen de la conciencia socialista

Pasemos a continuación a examinar, brevemente, el tema del origen de la conciencia socialista. Es sabido que la tesis kautskiano-leninista ha sido sometida a innumerables críticas. No obstante, los desafíos derivados de la misma siguen en pie. ¿Es razonable suponer que en una sociedad como la capitalista la conciencia socialista pueda florecer como resultado de la lucha de clases? Pese a la santa indignación que suscita la idea del agente exterior que introduce el socialismo en la conciencia popular, el asunto necesita examinarse con la mayor meticulosidad posible. Siendo este un tema cuyo tratamiento excedería con creces los objetivos del presente escrito, vamos a limitarnos a formular algunos pocos interrogantes concebidos para estimular una reflexión sistemática sobre este asunto.

Conviene comenzar haciendo un breve repaso de la historia de las luchas sociales bajo el capitalismo en el siglo XIX. El *locus classicus* de esto es Europa, patria del capitalismo. ¿Qué nos enseña esa historia? ¿Nos enseña que el proletariado europeo adquirió una fuerte conciencia de clase socialista? ¿Demuestra acaso que sectores crecientes de la clase trabajadora "aprendieron" en sus luchas y con sus luchas a conocer mejor al capitalismo? Producto de un siglo de densas confrontaciones sociales, ¿surgió de los propios obreros una concepción sobre la naturaleza del orden social capitalista, los dispositivos mediante los cuales se produce la explotación, y una visión clara de los mecanismos integrales de la dominación de clase? La respuesta a todas estas interrogantes es

negativa. Si nos adentramos en un similar análisis para el siglo XX los resultados serían aún más decepcionantes, habida cuenta del perfeccionamiento experimentado por la trama de la dominación ideológica de las clases dominantes. Y si, además, salimos del entorno europeo y volvemos nuestra mirada a América Latina, con sus prolongadas batallas en pos de la liberación de nuestros pueblos, el veredicto no sería menos pesimista.

¿Qué conclusiones extraer? Que el desarrollo de la lucha de clases indudablemente enseña, pero que tales enseñanzas no son suficientes para adquirir una conciencia socialista que, a la vez que señale con claridad las características opresivas, expoliadoras y predatorias del capitalismo, identifique los contornos de una buena sociedad considerada no solo como deseable sino también como posible y alcanzable en un plazo razonable. Rebelarse contra el amo no necesariamente convierte al esclavo en un enemigo de la esclavitud; la resistencia a la explotación capitalista no necesariamente hace que sus protagonistas accedan a una concepción socialista del mundo y de la vida. Creer que con la sola lucha basta para la construcción de la conciencia de clase, con todo lo que ella implica, es una profesión de fe romántica que poco tiene que ver con la vida política real.

Esto nos coloca de bruces frente a dos problemas, dado que tales resultados se producen pese a la incansable labor de organizaciones de izquierda que intentaron, por diversos medios, acelerar una toma de conciencia socialista entre las masas. Primero, porque nos sitúa ante la necesidad de evaluar realísticamente los mecanismos y los dispositivos de manipulación y control ideológico de que dispone la burguesía y que le permiten neutralizar los intentos de concientización promovidos por los sujetos políticos contestatarios y, simultáneamente, consolidar un "sentido común" congruente con las necesidades de la reproducción capitalista. Nos parece que las visiones del marxismo clásico subestimaban grandemente estos factores, en buena medida porque su desarrollo es, en términos generales, un fenómeno que adquiere dimensiones especiales a lo largo del siglo XX. Es en ese momento cuando los "aparatos ideológicos" de la dominación burguesa adquieren una gravitación excepcional que los convierte en formidables obstáculos al desarrollo de

la conciencia de clase de los explotados y oprimidos. Todo el tema de la hegemonía y la "dirección intelectual y moral" explorado por Gramsci y el papel de la industria cultural examinado por la Escuela de Frankfurt apuntan precisamente en esta dirección y ponen de relieve la actualidad de la tesis kautskiano-leninista. Si antes la empresa de adquirir una conciencia de clase socialista era ardua y sumamente laboriosa, en el capitalismo del siglo XXI tal proceso se ha vuelto muchísimo más complicado. El papel de los medios de comunicación de masas ha sido, en este sentido, de una importancia extraordinaria a la hora de impedir el desarrollo de una conciencia socialista en masas cada vez más explotadas de la población.

Segundo, la constatación a que arribáramos más arriba nos mueve a reconsiderar el papel de los intelectuales. No nos parece temerario afirmar que en el pensamiento del joven Marx se encuentran algunas raíces de lo que luego sería la tesis plenamente desarrollada por Lenin en el QH. En efecto, para el autor de *El Capital* la sociedad capitalista es opaca. A diferencia de sus predecesoras, en donde los mecanismos de la dominación y la explotación eran transparentes y explícitos, en el capitalismo ellos se encuentran ocultos tras el velo del fetichismo de la mercancía y la alienación consustancial a la vida política en el marco del estado burgués. En sus textos juveniles Marx habla del "rayo del pensamiento" que fecunda "el candoroso suelo popular", es decir, la conciencia del proletariado. Un pasaje célebre de su obra sentencia que "así como la filosofía encuentra en el proletariado sus armas *materiales*, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas *espirituales*" (Marx, 1982, p. 502, subrayado en el original). Como bien observa Strada, Lenin "traducirá la 'filosofía' (la 'conciencia') en 'organización', arma intelectual a la que le es indispensable la 'espontaneidad material' del proletariado" (Strada, 1977, p. 74). ¿O es que alguien piensa que esa mitad de la especie humana, que sobrevive con menos de dos dólares por día, reúne las condiciones siquiera mínimas para reflexionar sobre las causas profundas de su desdicha y acceder a una visión científicamente fundada de la naturaleza de la sociedad capitalista y sus vías de superación? ¿Alguien puede seriamente creer que esa humanidad, bombardeada las veinticuatro horas del día por medios de comunicación de masas controlados en una

aplastante mayoría por grandes monopolios capitalistas y con centenares de millones de analfabetos y miles de millones de analfabetos funcionales, puede elevarse al nivel de reflexión y conciencia exigidos para dar finalmente vuelta a esta página de la historia? Por otra parte, ¿quién dice que la conciencia socialista puede surgir "desde al aire", desvinculada de las luchas obreras? Es más, podríamos objetar hasta qué punto la tesis kautskiano-leninista no exagera la "externalidad" del supuesto agente externo. Porque, en verdad, ¿hasta qué punto podríamos considerar la obra de Marx y Engels como la de un "elemento exterior" al proletariado europeo? ¿Hubiera sido posible la creación de los fundadores del materialismo histórico sin las luchas sociales que conmovían a Europa durante gran parte del siglo XIX? Entonces, ¿hasta qué punto esa producción en el campo de la teoría y la ideología puede realmente considerarse una "influencia externa" al universo proletario?

d) Enseñanzas de la historia reciente de América Latina

Echemos por último un vistazo a la situación de las luchas de clases en América Latina. El caso de varios partidos y movimientos sociales populares de la región demuestra la pertinencia de las tesis leninistas. Esto no quiere decir, por supuesto, que el modelo de partido que Lenin proponía en 1902 pueda ser el paradigma organizativo de un gran movimiento de masas, o de un gran partido político, en 2004. El mismo Lenin descartaba esa eventualidad después de 1905, de manera que es inimaginable suponer que seríamos fieles a su legado teórico político si propusiéramos esa fórmula más de un siglo después y en condiciones muy diferentes a las que prevalecían en su tiempo. Pero si el modelo de partido ultracentralizado y forzado a actuar en la clandestinidad es ya anacrónico y por eso mismo impracticable, ¿hay todavía algún elemento rescatable de las páginas del QH?

Veamos. ¿Es o no necesario para las fuerzas de izquierda contar con políticos profesionales? Los grandes partidos y movimientos populares de la región los tienen, como no podría ser de otra manera. Sería ingenuo suponer que las fuerzas contestatarias debieran conformarse con dirigentes que actuaran como tales en sus ratos de ocio, o luego de

una agotadora jornada de trabajo, y que de esa manera pudieran hacer frente a la gigantesca tarea de organizar una alternativa superadora del capitalismo. Por otra parte, si la burguesía cuenta con un ejército de políticos profesionales, entendiendo por tales no solo a quienes están directamente involucrados con sus partidos sino a todo el enjambre de funcionarios, académicos, publicistas, comunicadores sociales, técnicos y expertos que operan políticamente, con una dedicación de tiempo completo, para viabilizar y reforzar la dominación del capital, ¿por qué no habrían de intentar hacer lo mismo las clases subalternas y sus organizaciones políticas? De hecho encontramos políticos profesionales en el MST y el PT brasileños, en el PRD mexicano y en la gran mayoría de los partidos y movimientos sociales populares y de izquierda de la región, ¡aún cuando en muchos de los cuales se cultiva una fervorosa profesión de fe antileninista!

La experiencia de diversas organizaciones demuestra a su vez la importancia asignada a la educación política de las masas. Esto es particularmente importante en el Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil, sin dudas el más importante movimiento social de América Latina y, por su gravitación nacional e internacional y por la índole y extensión de sus realizaciones, uno de los más importantes del mundo. La permanente campaña para educar a sus seguidores y al público en general ha sido un elemento decisivo para elevar la rebeldía espontánea de algunos sectores populares del campo a un nivel de conciencia y organización que les permita constituirse como un sujeto político relevante en la vida política brasileña.

En general, en América Latina, la cuestión de la organización ha sido lamentablemente desatendida, mientras que la burguesía perfecciona incesantemente sus estructuras organizativas y extiende el alcance de sus operaciones coordinadas por todo el planeta. No deja de ser una cruel paradoja que la derecha haga permanentes esfuerzos por repensar y renovar sus diseños organizativos al paso que algunos intelectuales de izquierda aconsejan archivar definitivamente toda reflexión sobre el poder y el estado y caen en eso que Lenin adecuadamente llamaba en su época, y hoy podemos todavía usar esa expresión, en un ingenuo "culto a la espontaneidad". Una paradoja que en buena medida sirve para

explicar, al menos parcialmente, las sucesivas derrotas experimentadas por la izquierda en las más diversas latitudes. No cabe duda de que se requiere una nueva fórmula política para enfrentar los desafíos de nuestro tiempo. El viejo modelo de partido leninista concebido para luchar en la clandestinidad contra el zarismo, o su canonización a manos de Stalin en la época de la Tercera Internacional, son hoy abiertamente inadecuados. Desafortunadamente, el "partido de nuevo tipo" esbozado en los escritos de Antonio Gramsci para las sociedades que constituyen eso que se denomina Occidente todavía no ha hecho su aparición. Y si lo hizo, cosa que dudamos, su concreción más acabada, el Partido Comunista Italiano, fundado por el propio Gramsci, demostró cabalmente los límites de una construcción basada en la acentuación completamente unilateral de uno de sus instrumentos estratégicos: la conquista de la hegemonía en el seno de la sociedad civil. La historia italiana de la década de 1970 demuestra contundentemente que no hay una alquimia gracias a la cual una abrumadora hegemonía en el terreno de lo social y la cultura se convierta en poder político si es que no media una estrategia muy clara –radical y revolucionaria– de poder. Ante la ausencia de la misma, la formidable hegemonía que el Partido Comunista Italiano había logrado construir en la sociedad italiana prosiguió su proceso de maduración hasta que, ante la postergación indefinida del momento vivificante de la toma del poder, inició el proceso de putrefacción que condujo al partido a su propia desintegración y al vergonzoso espectáculo del gobierno D'Alemma, émulo tardío del tatcherismo aplicado en nombre de un supuesto comunismo "aggiornado". Volviendo a nuestro tema digamos, para concluir, que si bien existen elementos embrionarios "de nuevo tipo" en algunos partidos políticos y movimientos sociales, incluyendo el "movimiento de movimientos" que resiste la globalización neoliberal, lo cierto es que todavía hay mucho camino por andar. Así como tenemos la firme convicción de que es hoy imposible aplicar el modelo organizacional contenido en el QH, muchas de las reflexiones que allí están contenidas siguen siendo valiosas fuentes de inspiración para pensar esta problemática en el momento actual.

Lamentablemente, en América Latina el debate sobre la herencia del QH está aún pendiente. Un libro muy interesante es el que, en la década

de 1970 escribiera el dirigente comunista uruguayo Rodney Arizmendi. Pese a su apego a ciertas fórmulas del "marxismo-leninismo", su libro tiene el mérito de someter a consideración un amplio abanico de problemas –la cuestión de las vías de la revolución, los problemas de la estrategia y táctica de los movimientos insurgentes, la problemática de la organización política, etc.– que no pueden seguir siendo ignorados (Arizmendi, 1974). No se resuelve la cuestión del poder simplemente proclamando su naturaleza pecaminosa o antidemocrática, o negando su existencia, así como el imperialismo no se diluye porque le cambiemos de nombre y se le llame "imperio". En fechas más recientes se publicó una muy interesante compilación a cargo de Werner Bonefeld y Sergio Tischler (2002) en donde diversos autores examinan distintos aspectos del legado teórico político leninista y llegan a conclusiones bastante diferentes según los casos. Más allá de las críticas que se le puedan formular a este intento, lo cierto es que los trabajos reunidos en ese libro abren una discusión seria sobre una herencia teórica y práctica irrenunciable, y que sería más que conveniente proseguir en profundidad. En el momento en que existe un optimismo por momentos tan ilusorio como desenfrenado en relación a la productividad de los nuevos modelos organizativos del campo popular, una reflexión seria en torno al QH es un imperativo ineludible. De la discusión de sus tesis podremos aprender muchas cosas que seguramente potenciarán la claridad de los objetivos a perseguir mediante la movilización de masas cada vez más amplias de la población.

El lugar de Lenin en la historia de la teoría marxista

Quisiéramos concluir con una reflexión final sobre el lugar de Lenin en la historia de la teoría marxista. En las páginas anteriores hemos resumido los principales aportes teóricos hechos por Lenin, de modo que no se trata de repetir esos argumentos una vez más. Conviene, eso sí, insistir en que los desarrollos teóricos que le debemos al leninismo no se quedaron tan solo encerrados en sus libros. Si hay algo que caracteriza a la obra de Lenin es la inescindible unidad que liga su quehacer teórico

con su práctica política. Tal como György Lukács lo demostrara en su libro sobre Lenin, el fundador del estado soviético es el "gran teórico de la práctica y el gran práctico de la teoría". Sus contribuciones teóricas fundamentales sobre el partido revolucionario, el imperialismo y la alianza obrero-campesina fueron, a su vez, efectivas "guías para la acción" en tres coyunturas políticas muy concretas: a comienzos del siglo XX, para combatir al revisionismo; en el período cercano a la primera revolución rusa, en 1905; y, por supuesto, en la crisis revolucionaria general que estalla en febrero de 1917 y que culmina con el triunfo de la insurrección soviética en octubre de ese mismo año. Esta íntima relación entre los imperativos de la acción revolucionaria y la reflexión teórica de largo aliento, realizada en medio del vértigo revolucionario, es la que nos da una de las claves de su permanencia como un clásico del pensamiento no solo marxista sino del pensamiento político en su sentido más amplio.

Una nota de los *Quaderni del carcere* de Antonio Gramsci nos alerta acerca de las dificultades que acechan en la difícil tentativa de bosquejar la naturaleza de la relación Lenin/Marx. En un pasaje luminoso de su obra, Gramsci sostiene que:

> Hacer un paralelo entre Marx e Ilich para establecer una jerarquía es erróneo y ocioso. Ellos expresan dos fases: ciencia/acción que son a la vez homogéneas y heterogéneas. Así, históricamente sería absurdo un paralelo entre Cristo y San Pablo: Cristo-Weltanschauung, San Pablo organización, acción, expansión de la Weltanschauung. Ambos son necesarios en la misma medida y por lo tanto son de la misma estatura histórica. El Cristianismo podría llamarse, históricamente, cristianismo-paulinismo y esa sería la expresión más exacta (solo la creencia en la divinidad de Cristo ha impedido esto, pero esta creencia es también ella un elemento histórico y no teórico) (Gramsci, 1975, p. 882) (traducción nuestra).

La propuesta gramsciana, penetrante como de costumbre, abre sin embargo el campo para una innecesaria incertidumbre. Una lectura sesgada de su texto (y hay que reconocer que la obra de Gramsci, por haber sido escrita en prisión y debiendo burlar la censura carcelaria, se ha prestado

para lecturas deformantes) podría servir para abonar una tesis que rebajaría a Lenin a la condición, nada desdeñable por cierto, de un gran organizador revolucionario, un practicista extraordinariamente eficaz pero indiferente ante las exigencias y los desafíos de la teoría. El conjunto de la obra de Gramsci –en particular, sus referencias a Lenin en la elaboración de su teoría de la hegemonía y la estrategia revolucionaria– jamás autorizaría a semejante conclusión, pero hay que reconocer que en el pasaje arriba mencionado hay una ambigüedad nada conducente. En todo caso convendría insistir sobre dos cosas: en primer lugar, sobre la idéntica estatura histórica que Gramsci les asigna a Marx y Lenin, algo completamente inaceptable para muchos marxistas; y segundo, que la idea de un "cristianismo-paulinismo" no debería ser descifrada como expresando la conformidad de Gramsci con el "marxismo-leninismo" que, mientras él se hallaba en prisión, iba tomando cuerpo en la Unión Soviética gracias a la obra de Stalin.

En todo caso, y retornando a la comparación planteada por Gramsci, nos parece importante concluir este estudio introductorio examinando la interpretación que sobre el tema aporta uno de los más importantes teóricos conservadores del siglo XX. Nos referimos a Samuel P. Huntington, quien en una de sus principales obras ofrece un iluminador contraste entre Marx y Lenin (1968, pp. 334-343). Su visión es esclarecedora, sobre todo porque desde su perspectiva de derecha pone de relieve ciertas dimensiones de análisis que suelen pasar desapercibidas para la izquierda. Por supuesto que no se trata de aceptar su peculiar mirada sobre la relación entre Marx y Lenin sino de explorar facetas novedosas pasibles de afinar nuestra comprensión del legado de este último.

Según Huntington, el marxismo es una teoría del cambio social que ha sido refutada por la historia. El leninismo, en cambio, ha demostrado ser una teoría correcta de la acción política. En sus propias palabras:

> El marxismo no puede explicar la conquista del poder por los comunistas en países atrasados como Rusia o China, pero el leninismo sí puede. … El partido leninista que exige la conquista del poder no es necesariamente dependiente de ninguna combinación especial de fuerzas sociales. Lenin pensó sobre todo en una alianza

> de intelectuales y obreros; Mao en una coalición de intelectuales y campesinos (Huntington, 1968, p. 338).

En la visión de Huntington, la superioridad del leninismo sobre el marxismo es más que evidente. "La clave para Marx es la clase social; la clave para Lenin es el partido político". De donde llega a una conclusión tan sorprendente como provocativa:

> Lenin no fue el discípulo de Marx; más bien, este fue el precursor de aquel. Lenin convirtió al marxismo en una teoría política, y en el proceso paró a Marx sobre su cabeza. ... Marx fue políticamente primitivo, y no pudo desarrollar una ciencia política o una teoría política porque no reconocía a la política como un campo autónomo de actividad. ... Lenin, en cambio elevó una institución política, el partido, sobre las clases y las fuerzas sociales (Huntington, 1968, p. 336).

¿Hasta dónde llegó Lenin en este proceso? Según nuestro autor, el revolucionario ruso sabía muy bien que la conciencia de clase no brotaría espontáneamente del cerebro de los proletarios: la conciencia revolucionaria es producto de la inteligencia teórica tanto como un movimiento revolucionario es hijo de la organización política. Para Lenin, el partido era la institución crucial para que el proletariado conquistara sus fines históricos. Por eso no era solo idealizado. Según Huntington, el partido en Lenin era divinizado (1968, p. 339). Y concluye nuestro autor que la preocupación obsesiva de Lenin por la problemática de la organización plantea una verdadera paradoja: mientras la mayoría de la izquierda desdeña los problemas organizativos, Lenin los glorificaba al punto tal que decía que "nuestro método de lucha es la organización". Ese es su balance. El balance de un refinado intelectual de las clases dominantes. Convendría tomar nota de sus provocadoras conclusiones y promover una nueva mirada, enriquecida por la densidad histórica del siglo XX, en torno a la obra de Lenin, y muy particularmente, del ¿Qué hacer? Ojalá que esta introducción logre motivar a los lectores para acometer dicha empresa.

Bibliografía

Anderson, P. (1979). *Consideraciones sobre el marxismo occidental.* México: Siglo XXI Editores.

Arizmendi, R. (1974). *Lenin, la revolución y América Latina.* México: Grijalbo.

Beetham, D. (1977). *Max Weber y la Teoría Política Moderna.* Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

Bensaïd, D. y Nair, A. (1969). A propos de la question de l'organization: Lénine et Rosa Luxemburg. *Partisans* (Paris), 45 [Reproducido en I. V. Lenin, R. Luxemburg y G. Lukács. (1969). *Teoría Marxista del Partido Político/2 (Problemas de Organización)*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente Nº 12 [Las referencias remiten a la edición en lengua castellana].

Bonefeld, W. y Tischler, S. (Comp.). (2002). *A 100 años del ¿Qué hacer? Leninismo, crítica marxista y la cuestión de la revolución hoy.* Buenos Aires/ Puebla: Herramienta y Universidad Autónoma de Puebla.

Boron, A. (2003 5ta. edición corregida y aumentada). *Estado, capitalismo y democracia en América Latina.* Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2002). Imperio: dos tesis equivocadas. *OSAL-Observatorio Social de América Latina,* 7, junio. Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2001). *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*. Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2000). *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Boron, A. (1997). *Long-Term Historical - Structural and Conjunctural Authoritarian Legacies in Democratic Transitions: A Reflection on Recent Latin American History*, mimeo. Simposio Internacional Democracia y Autoritarismo en América Latina, Universidad de Columbia.

Cerroni, U. (1976). *Teoría polí*tica y socialismo. México: Era.

Cerroni, U., Magri, L. y Johnstone, M. (1969). *Teoría Marxista del Partido Político,* 7. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente.

Colletti, L. (Comp.). (1978). *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo.* México: Siglo XXI Editores.

De Giovanni, B. (1981). *Teoría marxista de la política. Cuadernos de Pasado y Presente*. México: Siglo XXI.

Di Tella, T. S. (1963). *La teoría del primer impacto del crecimiento económico.* Paraná: Editorial de la Universidad Nacional del Litoral.

Engels, F. y Marx, K. (1973). *Le parti de classe,* Edición en cuatro tomos. [Selección, introducción y notas de Roger Dangeville]. Edición en cuatro tomos. París: Maspero.

Gramsci, A. (1975). *Quaderni del carcere*. Torino: Einaudi. [Edición a cargo de Valentino Gerratana].

Grossmann, H. (1979). *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*. México: Siglo XXI.

Harding, N. (1977). *Lenin's Political Thought.* Tomo I. Theory and Practice in the democratic revolution. Londres: Macmillan.

Hardt, M. y Negri, A. (2000). *Empire.* Cambridge Mass: Harvard University Press. [Traducción al español: (2002). *Imperio.* Buenos Aires: Paidós].

Holloway, J. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder.* Buenos Aires: Universidad Autónoma de Puebla/Herramienta.

Huntington, S. P. (1968). *Political Order in Changing Societies*. New Haven: Yale University Press.

Kolakowski, L. (1978). *Main currents of Marxism*. Tres Tomos. Oxford: Oxford University Press.

Lenin, V. I. (1974). Contra la Burocracia/Diario de las Secretarias de Lenin. *Cuadernos de pasado y presente,* 25, Buenos Aires: Siglo XXI. [Traducción de Juan José Real].

Lenin, V. I. (2005) [1901/2]. ¿Qué Hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Liebman, M. (1978). *La conquista del poder. El leninismo bajo Lenin. I*. México: Editorial Grijalbo.

Luxemburg, R. (1989). *Reforma o Revolución Social y otros escritos contra los revisionistas.* México: Fontamara Ediciones.

Martínez Heredia, F. (2001). *El corrimiento hacia el rojo*. La Habana: Letras Cubanas.

Marx, K. (1982). En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción en K. Marx y F. Engels. *Marx. Escritos de Juventud.* México: Fondo de Cultura Económica.

Michels, R. (1962). *Political Parties. A sociological study of oligarchical tendencies of modern democracy*. New York: The Free Press. [Primera edición alemana en 1911].

Paz, O. (1979). *El ogro filantrópico*. México: Joaquín Mortiz.

Sánchez Vázquez, A. (2003). Marxismo y praxis en *A tiempo y destiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Sánchez Vázquez, A. (1998). *Filosofía, praxis y socialismo*. Buenos Aires: Tesis Once.

Schorske, C. E. (1983). *German Social Democracy, 1905-1917. The development of the great schism*. Cambridge: United States-Harvard University Press.

Stalin, I. (1953). *Historia del Partido Comunista* (Bolchevique) de la URSS. Moscú: Edición Lenguas Extranjeras.

Stalin, I. (1946). *Los fundamentos del Leninismo*. Córdoba: Lautaro.

Strada, V. (Comp.). (1977). ¿Qué hacer? Teoría y práctica del bolchevismo. México: ERA.

Sweezy, P. (1974). *Teoría del desarrollo capitalista*. México: Fondo de Cultura Económica.

Weber, M. (1926). *Lebensbild*. Tubinga.

Weber, M. (1982). *Escritos Políticos, II*. México: Folios.

Rosa Luxemburgo y la crítica al reformismo socialdemócrata*

El fin de la gran depresión que se extendiera a lo largo de unas dos décadas, entre las décadas de 1970 y comienzos de la siguiente, clausuró por un tiempo las expectativas de una crisis terminal del capitalismo y un nuevo estallido revolucionario como el que había conmovido a Europa en 1848. Expectativas que habían abrigado, en un momento, la totalidad de los dirigentes de la I Internacional y que Marx y Engels habían dotado de un fundamento científico al abordar el estudio de las contradicciones, aparentemente insalvables en lo inmediato, del modo de producción capitalista.

Sin embargo, pocos años después de la muerte de Marx, ocurrida en 1883, los signos de recuperación y el inicio de un nuevo ciclo expansivo del capital ya comenzaban a manifestarse por doquier. El capitalismo recibía renovados impulsos con la acelerada industrialización de Alemania y Japón, la normalización de la economía norteamericana bajo la hegemonía norteña luego de finalizada la Guerra Civil, la incorporación de Rusia a la dinámica capitalista mundial, el vigoroso crecimiento de una Italia cuya unificación había sentado las bases para un impetuoso desarrollo industrial en las regiones septentrionales, y con el flujo de materias primas y alimentos abundantes y baratos producidos por una vasta periferia neocolonial –en América Latina y Oceanía– o

* Boron, A. (2010). Estudio introductorio. Luxemburg, R. *¿Reforma social o revolución?* (pp. 9-90). Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

abiertamente colonial –en Asia y África– a la que la revolución en los medios de transporte, sobre todo en la navegación marítima, y la expansión del ferrocarril, hizo posible una rápida integración a la economía mundial, dotando de nuevos bríos a un capitalismo que, en vísperas de la Comuna de París, en 1871, parecía enfrentarse a un inexorable declive.

Recuperación capitalista y génesis del reformismo

Como no podía ser de otra manera, estos cambios no pasaron desapercibidos para las mentes más lúcidas del socialismo europeo. Engels, en lo que ciertamente debe ser descripto como su "testamento político", ya había advertido en 1895 sobre la magnitud de las transformaciones ocurridas y ofrecía penetrantes reflexiones acerca de sus implicaciones para la estrategia y las tácticas de lucha de la clase obrera y sus aliados. Pero habría de ser la serie de artículos que su amigo y albacea testamentario, Edouard Bernstein, comenzara a publicar en *Die Neue Zeit*, el órgano teórico oficial de la socialdemocracia alemana, un año después de su muerte, lo que desataría una larga y enconada controversia –el *Bernstein Debatte*– en torno al futuro del capitalismo, las perspectivas de la revolución mundial y, como oportunamente lo recogería poco después el título del libro de Bernstein, "las tareas de la socialdemocracia" en tan poco promisoria coyuntura. Las opiniones vertidas fueron muchas, y las críticas lapidarias dirigidas en contra de la "traición" de Bernstein, acusado de revisionista, oportunista y reformista, sacudieron el pesado andamiaje de la socialdemocracia alemana –a la sazón el partido "guía" de la II Internacional–, cuyos líderes simpatizaban en privado con las tesis de Bernstein puesto que, en el fondo, reflejaban cristalinamente las prácticas políticas y sindicales del partido alemán al paso que públicamente se rasgaban las vestiduras ante la iconoclástica revisión de las tesis de Marx. El escándalo se agravaba, además, porque desde su exilio londinense Bernstein[1]

1. La legislación antisocialista Bismarck provocó el exilio de cuadros intelectuales y activistas de la socialdemocracia. Luego de una estancia relativamente corta en Suiza, Bernstein pasó mucho tiempo en Londres donde se convirtió en una suerte de secretario y albacea testamentario de Federico Engels. Regresó a Alemania en 1901. En suma, gran parte del *Bernstein Debatte* lo mantuvo desde su exilio.

había apoyado en el Congreso del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) de Erfurt, en 1891, las reafirmación de las tesis marxistas ortodoxas impulsadas por Karl Kautsky haciéndose eco de las recomendaciones de Engels. Hay que recordar que poco antes, este había dado a conocer la dura crítica de Marx al Programa de Gotha, de 1875, exigiendo del partido alemán una definición clara y distinta a favor de la concepción marxista sobre el curso y destino final de la sociedad capitalista (Cole, 1975, Tomo III, pp. 242-246).

Dos contribuciones sobresalieron entre las muchas críticas dirigidas en contra de Bernstein, las cuales sirvieron para proyectar a dos jóvenes procedentes de la periferia europea –uno de la atrasada Rusia, otra de la no menos atrasada Polonia, gran parte de la cual se encontraba bajo el dominio del Zar– al centro de un debate intelectual y político otrora reservado casi con exclusividad para los intelectuales socialistas de la metrópolis europeas del capitalismo: nos referimos, naturalmente, a Vladimir Ilich Ulianov Lenin (1870-1924) y a Rosa Luxemburgo (1871-1919). Contemporáneos, y del todo marginales hasta el momento, sus contribuciones habrían de marcar el punto más alto de un debate y la entrada en escena de una nueva generación de intelectuales marxistas. Si Bernstein había sido amigo de Engels; si August Bebel y Wilhelm Liebknecht[2] tenían fluidas relaciones con los fundadores del materialismo histórico; si Kautsky también disfrutaba de la confianza de ambos, el abrupto ingreso de Lenin y Rosa, que jamás habían tenido contacto alguno con Marx o Engels, reflejaba, por una parte, la extraordinaria difusión alcanzada por el marxismo en la periferia europea, que producía un desplazamiento hacia el Este europeo de su centro de gravedad y, por la otra, un salto generacional sumamente significativo. Al momento de estallar la polémica, en 1899, ninguno de los dos alcanzaba los treinta años de edad. Y, hasta entonces, eran prácticamente desconocidos fuera de los harto reducidos cenáculos de la izquierda radical rusa y polaca. Luego de su intervención en el *Bernstein Debatte* sus nombres se convertirían en referencia obligada del movimiento socialista internacional.

2. Padre de Karl Liebknecht (1871-1919), cofundador con Rosa Luxemburg de la Liga Espartaquista y el Partido Comunista de Alemania.

¿Reforma social o revolución? (1899)[3] de Rosa y el ¿Qué hacer? (1902)[4] de Lenin son los dos escritos en donde se plasman sus críticas frontales en contra del revisionismo bernsteiniano. La obra de Rosa incluye un amplio abanico de temas relacionado con el curso del desarrollo capitalista, el papel y los límites de las reformas sociales y la misión del Partido Socialista. El autor de estas líneas cree sinceramente que, más allá de algunos lugares comunes –como, por ejemplo, la acusación de "espontaneísmo" dirigida en contra de la revolucionaria polaca, o de "aparatismo" con que se suele (mal)interpretar el libro de Lenin– ambos textos expresan un contrapunto susceptible de conjugarse en una armoniosa síntesis. Tarea tanto más urgente en tiempos como los actuales, cuando se impone como imprescindible una reflexión sobre las perspectivas del socialismo a comienzos del siglo XXI (Boron, 2008). En cierto sentido, podría decirse que las reflexiones contemporáneas sobre el porvenir del socialismo tienen, al menos en América Latina, todavía mucho que ver con ambos autores. Con Rosa, por sus aportes sobre los límites de la reforma, la conciencia obrera como producto de la lucha y la necesidad de una democracia socialista; y con Lenin, por la trascendencia de sus observaciones sobre las cuestiones de la conciencia socialista y la organización. Lamentablemente, ambos autores y su densa obra teórica son muy poco conocidos, inclusive por quienes gustan autodenominarse como sus herederos. Por decisivos y cruciales que sean los temas abordados por Rosa, ellos constituyen una parte que solo cobra pleno sentido cuando se la vincula con la obsesiva preocupación leninista por las cuestiones organizativas, dado que, como lo recuerda con frecuencia, la única arma con que cuentan las clases subalternas es organizarse para cambiar este mundo. Uno de los más graves peligros que enfrenta el ascendente movimiento popular en América Latina es caer en la falsa antinomia que opone Lenin a Rosa. No es casual que algunos intelectuales de la derecha procuren apropiarse del legado de la segunda a la vez que expresan su visceral rechazo al primero, considerado como el exponente por

3. En diversas traducciones el título es *Reforma o revolución*, algunas veces entre signos de interrogación y otras no. También traducen *Reforma o revolución social*. El título exacto es ¿Reforma social o revolución? Traducción al español del alemán: *Sozialreform oder Revolution?*

4. Ver nuestro "Estudio Introductorio. Actualidad del ¿Qué hacer?" (2005) en esta antología.

antonomasia del despotismo político. Si las fuerzas de las clases subalternas han de prevalecer en su combate contra el capital, la síntesis de la obra de estos dos grandes revolucionarios constituye un imperativo categórico. La publicación de sus intervenciones en el *Bernstein Debatte*, precedidos por sus respectivos estudios, es nuestra pequeña contribución en esta dirección.

Una breve semblanza personal

La menor de cinco hermanos, Rosa había nacido en el seno de una familia judía en 1871 en Zamosc, ciudad que, en esa época, pertenecía a Rusia y fuese fuente permanente de disputas entre el Imperio Austro-Húngaro y el Zar. De hecho, hasta 1809 había estado bajo dominio austríaco pero el Congreso de Viena, reunido en 1815 para rediseñar el mapa europeo una vez concluidas las guerras napoleónicas, colocó la mayor parte de lo que hasta entonces había sido el Gran Ducado de Varsovia –que hoy es Polonia– bajo la autoridad del Zar. Debido a esta circunstancia, los acontecimientos y desarrollos políticos ocurridos en Rusia fueron siempre de sumo interés para Rosa. Por otra parte, tal como lo anota el autor de su excelente estudio biográfico, J. Peter Nettl (1974), más de la tercera parte de la población de Zamosc estaba constituida por judíos, un sector no solo poderoso sino también por comparación muy culto, entre los que predominaba una visión laica y progresista opuesta a los Jasidim y que, seguramente, influyó tempranamente en la formación ideológica de la joven marxista polaca. Es conveniente resaltar el hecho de que su familia se asimiló a la vida polaca y que sus vínculos con el judaísmo fueron notablemente tenues. En su casa se hablaba y "se pensaba" en alemán y, como recuerda su biógrafo, todos sus hermanos tenían nombres clásicos pero ninguno se inspiraba en la tradición del Viejo Testamento. Por otra parte, tampoco ninguno de los cinco hijos de la familia participó jamás en algunos de los muchos movimientos o asociaciones de la comunidad judía de Polonia (pp. 54-57). No obstante, esta constelación de variables políticas y familiares dejó una profunda huella en la agenda intelectual de Rosa: una obsesiva preocupación por la "cuestión nacional", un tema

que el internacionalismo a la vez teórico y práctico de los fundadores del marxismo había relegado a un lugar bastante marginal y que la condujo a ásperas y constantes polémicas con Lenin.

A los trece años Rosa ingresaba a la Segunda Escuela Superior para niñas de Varsovia, ciudad a la cual su familia se había mudado cuando tenía poco más de dos años. Según las reglamentaciones vigentes, en la escuela solo se podía hablar en ruso, estando prohibido el uso de cualquier otra lengua, incluyendo el polaco, aún entre los propios alumnos. Politizada desde los primeros años de la escuela, al llegar a los últimos ya había formalizado una vinculación muy estrecha con el Partido Revolucionario del Proletariado. Ya en 1886, la indiscriminada persecución en contra de cualquier organización política opuesta al zarismo había culminado en la condena a muerte en la horca de cuatro militantes. A fines de 1889, advertida de la inminencia de su arresto, se exilia en Suiza[5], más precisamente en Zürich, y a comienzos de 1890 se inscribe en la Facultad de Filosofía, pero dos años después se cambia a la Facultad de Derecho donde la temática social que tanto le preocupaba era objeto de particular atención. En 1897, con escasos 26 años, Rosa presentó su tesis doctoral titulada "El desarrollo industrial de Polonia", un texto que aún hoy conserva su valor y que al año siguiente de haber sido defendido sería publicado por una editorial comercial en Leipzig, Alemania. Convencida de que su lugar en el mundo no sería la academia, pese a sus sobresalientes condiciones y la calidad de su tesis doctoral, y resuelta a participar de lleno en el centro mismo de las luchas por el socialismo, decide trasladarse a Alemania, aprovechando una cierta vinculación con Kautsky que ya desde entonces consideraba a la joven exiliada una excelente informante sobre asuntos polacos para la revista teórica del partido, *Die Neue Zeit*. Luego de vencer incontables dificultades, incluyendo un matrimonio de ocasión para facilitar su ingreso a Alemania –¡al fin y al cabo, Rosa no solo era joven y muy inteligente sino que, además, judía, polaca y marxista!–, llegaría a Berlín en mayo de 1898. Poco después

5. Por ese entonces uno de los centros más importantes de recepción de los exiliados políticos de Europa Oriental. Gueorgui V. Plejanov ya estaba en Ginebra cuando Rosa Luxemburgo llegó a Zürich. Tiempo después, arribarían Lenin, León Trotsky y otros emigrados rusos.

se afiliaría al Partido Socialdemócrata de Alemania (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*, SPD) (pp. 63-101).

Difícilmente hubiera podido llegar en mejor momento. Desde 1896, Edouard Bernstein había comenzado a publicar en *Die Neue Zeit* una serie de artículos subsumidos bajo el título general de "Problemas del socialismo". Una parte de estos se publicaría después, en 1899, como un libro independiente bajo el título *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, texto que con el paso del tiempo adquiriría el carácter de un verdadero manifiesto del revisionismo. Un año antes, en octubre de 1898, la dirigencia retóricamente revolucionaria pero prácticamente reformista del SPD había hecho malabarismos en el Congreso de Stuttgart[6] para soslayar cualquier pronunciamiento sobre las heréticas tesis de Bernstein. Bebel, jefe máximo del SPD, declaraba que el Congreso debía abocarse al examen de "asuntos prácticos" y no inmiscuirse en "problemas teóricos" que, según él, poco o nada tenían que ver con el manejo cotidiano y las tácticas de lucha del partido. La principal cabeza teórica del partido, y de la II Internacional, Kautsky, no solo había publicado los artículos en la revista de su dirección sino que, a lo largo de los debates en Stuttgart, adoptó una actitud distante y prescindente. Rosa, en cambio, criticaba las tesis avanzadas por Bernstein en *Die Neue Zeit* desde el *Leipziger Volkszeitung*, en vísperas del Congreso de Stuttgart, en una serie de artículos que formarían, luego, la primera parte de ¿Reforma social o revolución? Nótese que ni *Die Neue Zeit* ni el *Vorwärts*, el otro órgano oficial del SPD, aceptaron nunca publicar los artículos de Rosa. Es más, Bernstein contó con la aquiescencia de Kautsky para intentar rebatir, desde las páginas de la revista teórica del SPD, las opiniones de sus críticos, opción que no tuvieron sus oponentes. En un gesto que revela que el estalinismo no fue un fenómeno explicable por el atraso cultural ruso, o por el supuesto autoritarismo de los bolcheviques, la nota editorial en la cual presentaba el trabajo de Bernstein, Kautsky decía que había "recibido varios comentarios polémicos sobre los artículos de Bernstein que tenemos que rechazar porque se basan en una

6. Séptimo Congreso de la Segunda Internacional Socialista que se celebró en Stuttgart, Alemania, del 18 al 24 de agosto de 1907.

apreciación errónea de [sus] intenciones" (p. 129). Pese a ser afiliada al partido, Rosa no tuvo otro camino que publicar sus críticas en un órgano marginal del SPD, de una de las lejanas provincias del Este alemán. Sin embargo, al poco tiempo, su obra adquiriría una gravitación excepcional en el pensamiento socialista de su tiempo, proyectando su influencia hasta nuestros días.

¿Luxemburguismo?

Antes de entrar de lleno al tratamiento del texto, es conveniente despejar algunas dudas en torno al llamado luxemburguismo (Echeverría, 1978; Geras, 1973, pp. 17-37). Al igual que ocurriera con tantos autores marxistas del siglo XX, Rosa sufrió las consecuencias de la traumática y fallida tentativa de construir el socialismo en la Unión Soviética y los países del Este europeo, y cuyas deplorables consecuencias sobre el plano de la teoría marxista se sienten todavía.[7] No es casual entonces que su pensamiento –agudo, corrosivo e irreverente como muy pocos– fuese sistemáticamente tergiversado y silenciado. Tal como lo observa Gilbert Badia, la expresión "luxemburguismo" aparece alrededor de 1925, luego de la muerte de Lenin. Cuando el V Congreso de la Internacional Comunista (Moscú, 1924), decide acelerar la "bolchevización" de todos los partidos de la Internacional, el férreo dogmatismo instalado a partir de ese momento coloca a las tesis de quienes no comparten íntegramente el pensamiento leninista en el campo de los contrarrevolucionarios, de los que incurren en una "desviación ideológica" inaceptable para el movimiento comunista internacional. Nace así el luxemburguismo y, poco después, en 1931, Iósif Stalin identificaría el común linaje que, según él, vincula al luxemburguismo con el trotskismo y el menchevismo. Pero, como bien remarca Badia (1999, p. 681), el luxemburguismo como sistema doctrinario opuesto al leninismo no existe. Para la socialdemocracia alemana, la tergiversación del pensamiento de Rosa pretende

7. Inclusive, en países como Cuba, cuya fidelidad al proyecto revolucionario socialista está fuera de toda duda. Sobre el impacto del estalinismo en el pensamiento crítico cubano, ver Martínez Heredia (2001).

ocultar su autoría intelectual y su complicidad con quienes perpetraron su brutal asesinato; el estalinismo, por su parte, la silencia porque sus críticas a los primeros momentos de la Revolución Rusa y al modelo del partido bolchevique cristalizado en la obra de Stalin eran completamente intolerables.[8] Siniestramente, ambos coinciden en su crítica al luxemburguismo, definido por estas dos corrientes como un irresponsable aventurerismo revolucionario. Por eso no sorprende que el mote de "luxemburguista" haya sido levantado por distintas "corrientes ultraizquierdistas, trotskistas o liberales" opuestas no solo al estalinismo sino también, como en el caso de los liberales, a la idea misma del socialismo. "Los unos, haciendo de Rosa un apóstol de la libertad de todos, una libertaria 'ciudadana del mundo'; mientras que para otros aparece como una defensora incondicional de una república consejista, crítica implacable del centralismo impuesto por los bolcheviques" (p. 681). Ambos usos del luxemburguismo, el estalinista y el de sus opositores, conspiraron para dificultar el cabal conocimiento de su obra a lo largo de gran parte del siglo XX.

Téngase presente que, como bien lo apunta Bolívar Echeverría, recién en 1955, es decir, 10 años más tarde de fundada la República Democrática Alemana (RDA), se publicaría una recopilación "más o menos amplia" de su obra, que, de todos modos, dista mucho de ser completa (Echeverría,

8. Es preciso recordar que el famoso artículo de Rosa sobre la Revolución Rusa lo escribió en la cárcel de Breslau con muy escaso acceso a información fidedigna sobre lo que estaba ocurriendo en Rusia, dada la estricta censura de prensa que regía en el penal y la actitud del nuevo gobierno que hacía lo imposible para evitar el "contagio" insurreccional ruso entre las masas alemanas. Una vez liberada, Rosa rectificó algunos de sus puntos de vista, con base en los nuevos elementos de juicio a los cuales tuvo acceso y que le permitieron comprender la situación que atravesaba la joven república soviética. Sin embargo, la versión que circuló profusamente fue la primera, en la cual Rosa lanzaba un ataque devastador contra la política seguida por Lenin en los primeros meses de la revolución (Nettl, 1974, pp. 507-515). En cuanto a la visión sobre el modelo de partido, baste con recordar que fue el propio Lenin quien subrayó reiteradamente los límites históricos del modelo propuesto en el ¿Qué hacer? que respondía a una realidad rusa que los acontecimientos posteriores (las revoluciones de 1905 y 1917) habían superado en los hechos. Prueba de ello es que, cuando regresa a San Petersburgo luego de su largo exilio y comprueba *in situ* las características de la coyuntura, su consigna es "Todo el poder a los soviets", y no todo el poder al partido bolchevique. No fue casualidad que al día siguiente, cuando el *Pravda*, órgano del partido, dio cuenta de su llegada, omitió cuidadosamente referirse a su temeraria consigna. Será tal vez por eso que en la voluminosa *Historia de las ideas políticas*, un texto "oficial" preparado por la Academia de Ciencias de la Unión Soviética y la Universidad Estatal de Moscú bajo la dirección del académico V.S. Pokrovski, el nombre de Rosa Luxemburgo no figura ni una sola vez. Su presencia fue eliminada, como en la famosa foto donde "desaparece" Trotsky (Pokrovski, 1966).

1978, p. 18).[9] Que nosotros sepamos, la obra completa de nuestra autora –incluyendo no solo sus libros sino sus innumerables artículos, discursos, panfletos y cartas– jamás fue publicada, ni en la RDA ni en ninguna otra parte. La publicación mencionada por Echeverría va precedida por un largo texto introductorio de 150 páginas destinado a "guiar" al lector hacia una interpretación correcta, que en ese tiempo quería decir, que se ajustaba estrictamente a la interpretación canónica del legado teórico y político de Lenin, tal cual fuera codificado por Stalin. Los aciertos de Rosa, como también de Antonio Gramsci, se debieron por lo tanto a su apego a las fórmulas leninistas; sus desaciertos, a su empecinamiento en desoír las enseñanzas del maestro ruso.

Echeverría recuerda que el "mito positivo" del leninismo, cuya codificación ha sido obra de Stalin, fue acompañado por dos "mitos negativos": el "trotskismo" y el "luxemburguismo" (p. 19).[10] El primero fue de lejos el más importante, por el directo papel de León Trotsky en los asuntos internos de la Revolución Rusa. Echeverría sostiene que el mito del "luxemburguismo" sería, según la *vulgata* soviética, la cristalización de tres "errores" principales que brotan de la teoría y la práctica política de Rosa: el catastrofismo, merced al cual el hundimiento del capitalismo sería inexorable tornando superflua la necesidad de un movimiento comunista y de sus luchas; el espontaneísmo, producto de la exaltación infundada del instinto revolucionario de las masas que remata en la prescindencia del partido de vanguardia; y el esquematismo obrerista, que obtura la visión de la multiplicidad de conflictos sociales –entre naciones o minorías nacionales y Estados imperialistas, entre campesinos y economías capitalistas, etcétera– y, por consiguiente, impide la concreción de alianzas políticas más amplias (pp. 20-21).

No es nuestra intención discutir *in extenso* acusaciones que remiten a una caricatura del pensamiento luxemburguiano. Sobre el "catastrofismo" y la teoría del hundimiento, baste con aclarar, en línea con lo

9. Prologada por Wilhelm Pieck, el Instituto de Marxismo-Leninismo de la RDA la publicaría en 1971 con similares características bajo el título *Rosa Luxemburgo y el movimiento obrero alemán*. Ver Laschitza y Radzcun (1977).

10. Una visión desde la IV Internacional en sus primeros años se encuentra en Shachtman (1938).

observado por Geras (1973), que si bien el colapso del capitalismo es un fenómeno objetivo producto de sus irresolubles contradicciones, "la creación del socialismo requiere de una lucha política consciente" de parte de la clase obrera que nada tiene que ver con la teoría del colapso (p. 22). En relación al supuesto "obrerismo" de Rosa, lo que cabe decir es exactamente lo contrario: pocos teóricos del marxismo tuvieron la sensibilidad de ella para discernir la multiplicidad de agentes sociales involucrados en la lucha contra el capitalismo. Eso sí, su visión del campesinado era demasiado ortodoxa y muy apegada a la que proponían Marx y Engels: era una clase reaccionaria que estaba condenada a desaparecer y que no tenía función alguna en un proceso revolucionario. En este punto, Lenin se revela (y después de él y tras sus pasos, Mao) como el audaz revisionista que corrige el acendrado europeísmo de Marx y Engels, que le impedía a ambos pensar el rol del campesinado en formaciones sociales con una débil o incompleta impronta capitalista.

En todo caso, tiene razón Echeverría cuando señala que de todas estas acusaciones sin duda la más perdurable e importante ha sido la de "espontaneísmo". Sin embargo, como bien anota este autor, tal imputación no fue siquiera sugerida por Lenin en el breve y laudatorio texto que escribiera al enterarse de la noticia del asesinato de Rosa. En sus "Notas de un publicista", el dirigente bolchevique enumera prolijamente los errores cometidos por ella: sobre la cuestión nacional, su apreciación del menchevismo, la teoría de la acumulación del capital, al defender la unidad de mencheviques y bolcheviques en 1914 y en su escrito carcelario sobre la revolución rusa que "por lo demás, ella misma corrigió, al salir a la calle, a fines de 1918 y principios de 1919". En esta enumeración de desacuerdos con la revolucionaria polaca a lo largo de casi veinte años, en ningún momento Lenin la acusa de incurrir en el vicio del "espontaneísmo". Concluye su razonamiento "a pesar de todos sus errores, Rosa Luxemburgo seguirá siendo un águila" (Lenin, 1977, p. 261; Echeverría, 1978, p. 21), comparación que subraya que la revolucionaria polaca vuela más alto y ve más lejos que cualquier pedestre gallina. Para Echeverría, la compleja teorización luxemburguiana sobre la actividad revolucionaria de las masas no es más que una "ampliación sistemática del concepto de subjetividad o autoactividad de la clase obrera, uno de los conceptos

clave del discurso comunista de Marx" (Echeverría, 1978, p. 23). No hay dudas de que Rosa desconfiaba de los partidos y su dirigencia mucho más que Lenin, sobre todo el anterior a 1917, porque no puede olvidarse que al estallar la Revolución Rusa y llegar a San Petersburgo este acuñó la insólita (sobre todo para sus camaradas bolcheviques) consigna de "todo el poder a los soviets", demostrando de esa manera su suspicacia en relación con los partidos ante la arrolladora capacidad transformadora demostrada en la práctica por los soviets. Esta desconfianza de Lenin se haría aún más fuerte a partir de 1921, en el marco de la III Internacional.[11] Pero de ahí a interpretar al legado de Rosa como una exaltación del "espontaneísmo" hay un largo trecho que no es transitado ni en sus escritos ni en su práctica política. Es por eso que un biógrafo tan cuidadoso como Nettl se preocupa por dejar claramente establecida la falsedad de la acusación lanzada en contra de Rosa por el marxismo soviético en el sentido de que ella postulaba la predominancia de los deseos e ideas espontáneas de las masas por encima de la "dirección conciente" del partido.

Sin embargo, sería el mismo Gramsci quien de alguna manera agravaría esta confusión al anotar en sus *Cuadernos* que la valoración de Rosa sobre la productividad de la respuesta espontánea de las masas había sido sobreestimada. Si bien el fundador del Partido Comunista Italiano (PCI) se refiere no al texto que estamos considerando sino a *Huelga de masas, partidos y sindicatos*, un escrito que reflexiona sobre la revolución de 1905 en Rusia, su visión general termina objetando el excesivo papel que el espontaneísmo tiene en la concepción luxemburguiana. Gramsci (1981-1999) comenta que en él "se teorizan un poco apresuradamente y también superficialmente las experiencias históricas de 1905. De hecho, Rosa descuidó los elementos 'voluntarios' y 'organizativos' que en aquellos sucesos fueron mucho más difundidos y eficientes de lo que Rosa fue capaz de creer por cierto prejuicio suyo 'economista y espontaneísta'. Sin embargo, este libro (y otros ensayos de la misma autora) es uno

11. Muchos debates caen en la más absoluta esterilidad cuando plantean el tema de "la teoría leninista del partido" porque nada podía ser más ajeno al pensamiento dialéctico de Lenin que fijar un modelo de partido revolucionario válido para todo tiempo y lugar. Ver Boron (2005).

de los documentos más significativos de la teorización de la guerra de maniobras aplicada al arte político" (Tomo 5, pp. 60-61).[12]

No obstante, tal como lo señala Nettl (1974), la potencia constituyente de las masas no era un atributo metafísico sino que "se limitaba a un caso especial, el de la acción. [...] A medida que aumentaba su descontento [el de Rosa] con la política que llevaba la dirección del SPD, fue vigorizando el concepto de las masas enfrentadas a aquella. Pero este concepto estaba indisolublemente vinculado con la acción. Según ella, la supremacía de las masas sobre la dirección tenía sentido solamente cuando aquellas favorecían la acción y esta la inmovilidad" (p. 202). Por eso es una grave tergiversación acusarla de ser *la teórica* del espontaneísmo de las masas. O postular que su obra es una suerte de solapada refutación al leninismo y, muy especialmente, al ¿Qué hacer? Por eso está en lo cierto Néstor Kohan (2005) cuando señala que los enemigos de Rosa y Lenin eran los mismos: los oportunistas, que desde una reducción economicista del marxismo, proponían políticas reformistas que, en la práctica, significaban una renuncia a la revolución (pp. 11-14). Tan artificial y adulterada es la versión que contrapone Rosa con Lenin, cultivada con esmero por algunos supuestos "renovadores" del pensamiento marxista y sus amigos liberales, como aquella esgrimida por décadas por el marxismo "oficial" de la Unión Soviética, que distorsionaba irreparablemente el legado teórico y práctico de la revolucionaria polaca. Solo con mucha ignorancia o mucha mala fe puede tal acusación ser formulada.

Aventurerismo revolucionario

Una última palabra sobre otra imputación, curiosamente no relevada en el prolijo estudio introductorio de Echeverría, acerca del supuesto "aventurerismo" revolucionario o "revolucionarismo abstracto" de Rosa. Su entusiasmo ante los sucesos revolucionarios de 1905 en Rusia y la

12. Reiteradamente, a lo largo de los *Cuadernos*, Gramsci (1981-1999) considera que la estrategia de la guerra maniobrada fue "aplicada victoriosamente en Oriente", es decir, Rusia. De modo que cuando habla de Rosa como una de las más grandes teóricas de dicha estrategia, está muy lejos de considerarla como una suerte de infalible "mariscal de las derrotas" del proletariado (Tomo 3, p. 157).

profunda admiración que en ella suscitaron las diversas experiencias de insurgencia obrera, culminando en las jornadas revolucionarias de 1917, reflejaban el agrado que le producía comprobar la aparición del "instinto revolucionario de las masas". Acontecimiento este tanto más significativo cuando se lo coloca sobre el telón de fondo del quietismo burocrático que imperaba en las filas del SPD y sus organizaciones sindicales. Claro está que esta actitud hizo que sus muchos detractores, tanto por derecha como por izquierda, la acusaran de ser una fanática de la insurrección bajo cualquier circunstancia y a cualquier precio, una política que conduciría a los sectores populares a un rosario interminable de derrotas. No está demás recordar que una acusación semejante habría de ser dirigida, por las mismas corrientes políticas socialdemócratas y estalinistas, contra Fidel Castro y el Movimiento 26 de Julio en Cuba y, poco después, contra Ernesto "Che" Guevara. Pero es el precio que pagan quienes tienen la osadía de desafiar las ortodoxias de su tiempo o las "líneas políticas correctas" establecidas por los partidos o fuerzas políticas dominantes en el campo de la izquierda. El precio que pagan, también, quienes, situados en el vendaval de la historia, no tienen más remedio que acompañar el curso de los acontecimientos haciendo a un lado los reparos que surgen de una evaluación serena y racional de los hechos. Pero, Rosa lo advertía en el texto que estamos presentando, hay momentos en la historia en donde las clases subalternas no tienen otra alternativa que avanzar y en los cuales no cabe otra cosa que aplicar el aforismo gramsciano del "pesimismo de la inteligencia, optimismo del corazón". Tal como ella lo dice en este libro al criticar las tesis bernsteinianas de la inconveniencia de una conquista "prematura" del poder –es decir, cuando supuestamente no están aún dadas la totalidad de las condiciones objetivas y subjetivas requeridas para ello–, dichos planteos rematan en un estéril inmovilismo político:

> Esos ataques "prematuros" del proletariado precisamente son un factor, y uno de los más importantes, para crear las condiciones *políticas* de la victoria definitiva. En el curso de la crisis política que acompañará su conquista del poder, en el fuego de luchas prolongadas e intensas, el proletariado alcanzará el grado de madurez

> política que lo capacitará para la victoria definitiva en la revolución. Así pues, tales ataques "prematuros" al poder político del Estado por parte del proletariado son en sí mismos un importante factor histórico que ayuda a determinar el *momento* de la victoria definitiva. Desde *este* punto de vista, el concepto de una conquista prematura del poder político por parte de la clase trabajadora aparece como un absurdo político, derivado de una concepción mecánica del desarrollo de la sociedad, que establece, para la victoria del proletariado, un punto fijado al *exterior* de la lucha de clases e *independiente* de ella (Luxemburgo, 2010, p. 168).

En síntesis, el riesgo y la incertidumbre son acompañantes permanentes de cualquier tentativa de cambiar la sociedad. Quien crea que tal cosa se puede lograr mediante una tranquila y previsible evolución sociopolítica, en donde nada menos que un fenómeno de trascendencia histórico-universal, como es el tránsito del capitalismo al socialismo, podría llegar a ser algo tan indoloro e imperceptible como lo es, apelando a una metáfora muy cara a Bernstein, para los navegantes el cruce de la línea ecuatorial, puede también estar inclinado a creer que es igualmente sencillo establecer diferencias entre episodios de "aventurerismo revolucionario" (que sin dudas los hay) y las genuinas iniciativas cargadas de enorme potencialidad transformadora, pero que se frustran por los más diversos motivos. La historia no es tan sencilla, y está llena de crepúsculos y amaneceres que impiden distinguir de inmediato si se está en las proximidades del día o de la noche. Consciente de esa dificultad, Rosa apostaba, invariablemente, a favor de la propuesta de las masas de tomar el cielo por asalto. Y tenía razón.

Tesis fundamentales: ¿Reforma social o revolución?

Condiciones de producción

En su estupenda biografía sobre Rosa Luxemburgo, Nettl (1974) demuestra las enormes dificultades que nuestra autora tuvo que vencer para

publicar su réplica a Bernstein y para que el Partido Socialdemócrata se aviniera a querer examinar sus planteamientos. Es que este partido se había convertido cada vez más en una estructura imponente pero inoperante, gobernada por una capa de funcionarios pequeño burgueses que lo último que querían era provocar una discusión teórica seria sobre el curso del capitalismo y la respuesta que se suponía debería brindar la socialdemocracia. En esta, "la organización se había vuelto un obstáculo potencial, la cohesión un factor de inmovilidad, la tradición un peso muerto" (p. 203). Por ello, cuando comienzan a divulgarse las tesis de Bernstein, a fines de 1896, la respuesta del partido fue minimizar el alcance de sus preocupaciones. Temas similares a los esbozados por Bernstein venían ventilándose con sordina en el partido desde 1891, pero fue este, con su serie de artículos titulada "Problemas del socialismo" en *Die Neue Zeit*, quien incendió la pradera al criticar todas y cada una de las principales tesis del marxismo.

La respuesta del teórico más importante del SPD y la II Internacional, Kautsky, puede calificarse como de ingenua complacencia: consideró los dardos disparados por Bernstein como "sumamente atractivos" y no le parecieron merecedores de una crítica sistemática por su ataque a la doctrina que el propio Kautsky había contribuido a popularizar no solo en Alemania. Decimos "ingenua complacencia" porque, tiempo más tarde, este, consciente ya de las implicaciones de la revisión bernsteiniana, habría de plantear su divergencia de fondo con Bernstein –"Nuestra cooperación ha terminado. No puedo seguirlo a usted más a partir de hoy"– pero, siguiendo su costumbre, solo lo haría en una correspondencia privada fechada el 23 de octubre de 1898, nunca en público (p. 134).

Quienes asumieron la iniciativa de criticar a fondo las tesis de Bernstein en el seno del partido alemán fueron Alexander Parvus[13] y Rosa, para disgusto de la dirigencia máxima del SPD (Bebel y Liebknecht) que, como siempre, prefería no agitar las aguas del debate ideológico. El Congreso partidario que se reuniría en Stuttgart la primera semana de

13. Parvus (1867-1924) fue un importante teórico marxista de Europa Oriental que durante años sostuvo posiciones idénticas a las de la teoría de la revolución permanente de Trotsky. Este rompió con aquel en 1914 cuando se convirtió en el líder de una fracción favorable a la entrada en la Primera Guerra Mundial de la socialdemocracia alemana.

octubre de 1898 le prestó escasa atención a la nueva herejía. Rosa pudo intervenir un par de veces criticando duramente la formulación de Bernstein, que exaltaba al movimiento a la vez que minimizaba la importancia de los fines. Para la época del Congreso, Rosa apenas había podido hacer conocer sus ideas desde un órgano marginal del partido, el *Leipzigerszeitung*; posteriormente, lo seguiría haciendo desde otra revista también provinciana, la *Sächsische Arbeiterzeitung* cuya dirección Parvus tuvo que abandonar para cumplir con una orden de destierro emitida por un juez al servicio de la reacción. Ni la *Neue Zeit* ni mucho menos el *Vorwärts* manifestaron el menor interés en dar a conocer sus ideas. Pero su determinación para escribir un artículo crítico y demoledor de las ideas de Bernstein antes del Congreso de Stuttgart era indoblegable, al punto tal que en una carta le aseguraba a Leo Jogiches, su amigo, compañero y pareja de tantos años: "estoy dispuesta a dar la mitad de mi vida por ese artículo, tan absorbida me tiene" (p. 123). Lo que Rosa logró hacer fue escribir una serie de artículos que, un año después, se convertirían en los cinco primeros apartados de ¿Reforma social o revolución? Los restantes, escritos luego del decepcionante cónclave de Stuttgart, se agregarían al libro que finalmente aparecería en 1899, en Leipzig y no en Berlín, con una tirada inicial de 3.000 ejemplares.

La crítica de Rosa a Bernstein se centraba en el abandono que este proponía del marxismo, pese a que Bernstein jamás abjuró explícitamente de las enseñanzas del maestro. A diferencia de algunos "posmarxistas" de nuestro tiempo, Bernstein se limitó a señalar algunas debilidades en los análisis de Marx que requerían una urgente tarea de decantación teórica para dejar de lado premisas y teoremas que habían sido refutados por la historia. Uno de los elementos decisivos de su análisis consistía en la comprobación de la creciente adaptabilidad del capitalismo, potenciada por la fusión entre las empresas, la utilización del crédito para atenuar los ciclos del capital y la ausencia de verdaderas crisis capitalistas en los últimos años. Nettl señala que esto no implicaba que Bernstein renunciara, al menos explícitamente, a los fines del socialismo. En ese sentido, no era un "liquidacionista" como los mencheviques. Pero Nettl subestima las implicaciones que se derivan del hecho de que para Bernstein el socialismo no era una "necesidad histórica" sino un

proyecto moral que tenía mucho más que ver con Kant que con Marx. Siendo esto así, lo importante era el movimiento de reformas graduales que, poco a poco pero persistentemente, nos iría acercando a ese ideal más que la obstinación en llegar a ese fin por la vía revolucionaria. La revisión de Bernstein (1982) contenía, además, un par de argumentos profundamente antagónicos con las tesis centrales del materialismo histórico: en primer lugar, sostiene que "con relación al liberalismo como un gran movimiento histórico [distinto a los partidos que invocan su nombre], el socialismo es su legítimo heredero y no solo en su secuencia cronológica sino en sus cualidades espirituales" (p. 149);[14] y segundo, remata su argumentación en el último capítulo de su libro sentenciando que "el fin no es nada, el movimiento es todo", con lo que las políticas oportunistas del SPD adquirían por primera vez una legitimación teórica que jamás habían gozado anteriormente (p. 202).

En todo caso, donde sí tiene razón Nettl (1974) es cuando afirma que lo que Bernstein hace es simplemente decir, escribiendo en negro sobre blanco, lo que el partido alemán y sus sindicatos ya estaban haciendo, y que por eso le aconsejaba que tuviera la valentía de aparecer como lo que en realidad era: "un partido reformista, socialista y demócrata" (p. 172). Su desacuerdo no era con las tácticas y las prácticas políticas del SPD sino con la inflamada retórica revolucionaria que, ocasionalmente, era proferida por algunos de sus máximos dirigentes. De todos modos, la radicalidad de sus planteos no dejó de incomodar a algunos líderes de la socialdemocracia. Ignaz Auer, el secretario del SPD y gran organizador del "aparato" del partido, le escribió a Bernstein reprochándole la publicación de sus cautelosos consejos y su propuesta de abandonar la retórica revolucionaria. En tono afectuoso le decía en una carta que sería dada a conocer mucho después: "Querido Ede [...] uno no *dice* esas cosas, uno sencillamente las *hace*" (p. 136, énfasis en el original).

14. En la segunda mitad del siglo XX, uno de los más articulados defensores de esta tesis sería Norberto Bobbio, quien reelaboraría las tesis de Piero Gobetti y Carlo Roselli acerca del "socialismo liberal. Ver Bobbio (1988; 1994: especialmente el capítulo de Salvatore Veca titulado "Socialismo e liberalismo", pp. 179-196), Bonanate y Bovero (1986) y, además, el intercambio epistolar Perry Anderson y Norberto Bobbio (1991).

En este sentido, podría pues argumentarse que la vitriólica reacción de la izquierda del SPD tenía tanto que ver con el sinceramiento que se desprendía de los análisis de Bernstein como con sus sacrílegas críticas al corazón del corpus teórico marxista. Al final de cuentas, lo que Bernstein decía era que el SPD no era un partido de revolucionarios sino un moderado partido de pequeños burgueses interesados en limar las aristas más ásperas del capitalismo, pero nada más. Y eso no podía sino provocar el enojo de quienes, como Rosa y tantos otros, querían que esa estructura partidaria se jugase en favor de la revolución y que ellos, como intelectuales marxistas y, por lo tanto, intransigentemente opuestos al capitalismo, podrían utilizar el enorme potencial organizacional del partido para librar desde ahí su combate contra el capital. Se comprende, por tanto, la importancia que Rosa le asignaba a la tesis, refutada por la historia para su propia desgracia, pues la pagaría con su vida, de que las ideas de Bernstein no representaban el sentir del partido, de su dirigencia y su militancia. Rosa "negaba la pretensión de que Bernstein estuviera hablando en nombre de una tendencia importante y aún predominante en el partido" (p. 172). De hecho, lo que ocurría era exactamente lo contrario. Bernstein representaba mucho más genuinamente que Rosa y que Karl Liebknecht (hijo de Wilhelm, el fundador del partido) lo que el SPD realmente era. Por eso tuvieron que irse, fundar el Espartaquismo y pagar con sus vidas la larga militancia en un partido que, al finalizar la Primera Guerra Mundial, se convertiría en su impiadoso verdugo al consentir el brutal asesinato de ambos el 15 de enero de 1919.

Si bien hay en Berlín una tumba con el nombre de Rosa Luxemburgo, no existe en ella resto alguno de la revolucionaria polaca. Su cuerpo desapareció, primero durante dos meses arrojada en alguno de los canales de Berlín. Luego fue recuperado, pero durante el nazismo su verdadera tumba y los restos de su cuerpo desaparecieron definitivamente. No ocurrió lo mismo con Liebknecht. Indigna recordar todavía hoy que sus crímenes quedaron impunes y que la tan elogiada república de Weimar no hizo absolutamente nada para condenar a los responsables de sus asesinatos. Tal como lo asegura Nettl, "nunca se enjuició ni se pensó en enjuiciar a los responsables. Los malos tratos a los individuos revolucionarios

se habían vuelto cosa común y corriente" (p. 573). Quienes se encargaban de esa tarea eran los llamados *Freikorps* (cuerpos francos), es decir, paramilitares auspiciados, financiados y armados por el Estado. Nada nuevo bajo el sol.

Reforma y revolución: reflexiones desde la teoría

Rosa comienza su libro invitando al lector a formularse un par de preguntas retóricas: ¿puede la socialdemocracia manifestarse en contra de las reformas sociales? ¿debemos oponer revolución social y reforma social? Su respuesta es terminante: no hay oposición posible entre reforma y revolución. "Para la socialdemocracia, existe una vinculación indisoluble entre reforma social y revolución social en la medida en que la lucha por las reformas sociales es para ella *el medio*, mientras que la revolución social es *el fin*" (Luxemburgo, 2010, p. 99). Pero, ¿cuál es la razón por la cual plantearse estas preguntas? Es que Bernstein, quien, según Rosa, "por primera vez" en la historia del movimiento obrero opone reformas sociales y revolución, obliga a una discusión seria sobre el asunto. Su teoría nos invita a renunciar a la revolución, el fin último u objetivo final de la socialdemocracia, al paso que convierte a las reformas, los medios de la lucha de clases, en el fin práctico, concreto, de sus desvelos. En sus propias palabras, el "fin [...] no es nada; el movimiento lo es todo" (p. 100). Para ella esto significaba, lisa y llanamente, el abandono del proyecto de transformación socialista de la sociedad burguesa y la adopción de un programa alternativo que se agotaba en la introducción de algunas reformas a la economía capitalista pero sin afectar las estructuras fundamentales que perpetuaban la explotación del trabajo asalariado. Tal como Rosa lo manifestara en su vibrante intervención en el Congreso de Stuttgart, "la conquista del poder político sigue siendo el objetivo final y este sigue siendo el alma de la lucha. [...] El movimiento sin relación con el objetivo final, el movimiento como un fin en sí mismo es nada para mí, y el objetivo final es todo" (Luxemburgo, 2014 [1898], p. 6).

Ya desde las primeras páginas de su pequeño libro, Rosa plantea con claridad el trasfondo no solo práctico sino también teórico de la polémica y, por consiguiente, la importancia de librar una batalla en ambos frentes.

Rosa reacciona enérgicamente ante el desdén de la dirigencia y el funcionariado del SPD por las cuestiones teóricas. Esta actitud había ya merecido ácidos comentarios de parte de Gueorgui V. Plejanov, quien indignado por las preocupaciones bajamente políticas de sus colegas alemanes le había escrito a Kautsky (en su calidad de director de la revista teórica del SPD, *Die Neue Zeit*): "Dice usted que sus lectores no se interesan en la filosofía: pues bien, usted debe obligarlos a interesarse" (Nettl, 1974, p. 170).

Este reproche por cierto no podía ser dirigido a Rosa, profundamente interesada no solo en los temas económicos y políticos sino también en los filosóficos. Y es precisamente debido a esto que se enfurece cuando oye en su propio partido que "las controversias teóricas son solo una cuestión de los 'académicos'" (Luxemburgo, 2010, p. 101). No solo considera un juicio como este una calumnia que envilece a la militancia del partido sino que, además, tales discusiones supuestamente "teóricas" y, por lo tanto, "alejadas" de las urgencias prácticas, en realidad reenvían a cuestiones que trascienden el plano de lo meramente filosófico y que en el caso concreto del oportunismo de Bernstein se resuelven en la siguiente cuestión: ¿cuál será el carácter de clase del movimiento obrero? ¿Será pequeñoburgués, cuya representación filosófico-política es el oportunismo, o será proletario, en cuyo caso su proyección teórica será la revolución?

Debido a estas consideraciones, en el capítulo final de su libro, Rosa subraya la extraordinaria gravedad e implicaciones de las tesis contenidas en la obra de Bernstein. Se trataría, en este caso, de aportar un "fundamento teórico a las corrientes oportunistas [en la socialdemocracia]" (p. 174). Este sesgo antiteórico –o al menos la actitud de encapsular las discusiones teóricas completamente al margen de la vida del partido– era incomprensiblemente compartido por el mayor teórico del SPD y la II Internacional, Karl Kautsky.[15] Después de identificar en el oportunismo una cierta animosidad en relación con la "teoría", Rosa afirma:

15. Los biógrafos describen a Kautsky como un hombre retraído que sentía una profunda aversión por las polémicas y los debates públicos. A nuestro juicio, la más documentada indagación sobre su biografía la escribe Massimo Salvadori (1976). Kautsky fue un personaje que conoció, desde el punto de vista de sus contemporáneos, dos actitudes: exaltación incondicional o condena absoluta. El propio Lenin lo consideró un "marxista ortodoxo" hasta la publicación de su ejemplar libro *El camino al poder* (1968). [1909]. Ver también Cole (1975, Tomo III), Badía (1999) y Matthias (1971).

> ¿Qué es lo que caracteriza a estas prácticas oportunistas? La hostilidad hacia "la teoría". Esto es completamente natural, puesto que nuestra "teoría" –es decir, los fundamentos del socialismo científico– establece límites muy definidos para la actividad práctica, tanto con respecto a los *fines* buscados como a los *medios* de lucha a aplicar, y también con respecto al *modo* de luchar. Por eso es natural que en todos aquellos que únicamente buscan resultados "prácticos" se manifieste la aspiración a tener las manos libres, o sea, a separar nuestra práctica de la "teoría", a hacer que aquella sea independiente de esta (pp. 174-175).

Esta referencia, al final de su libro, de algún modo matiza y corrige el optimismo inicial de Rosa reflejado en las primeras páginas escritas con anterioridad al Congreso de Stuttgart, celebrado, como ya hemos visto, en octubre de 1898. Si en los capítulos iniciales de Rosa sobre este tema la premisa implícita era que las tesis de Bernstein no tenían caladura profunda dentro del partido, en sus conclusiones se advierte una tonalidad más amarga y desengañada, sin duda derivada de la renuencia del congreso partidario a condenar al oportunismo de Bernstein. Según Nettl:

> En el congreso prevaleció la impresión de que el resentimiento contra Rosa Luxemburgo y Parvus [por sus encendidos ataques en contra de la bonachona figura de Bernstein] ahogaría las dudas tentativas de muchos en relación con Bernstein. El congreso encareció a todos que regresaran a casa y pensaran con más calma. ¿Quién podría asegurar que al cabo de un año todo el asunto no habría dejado de excitar los ánimos. Los dirigentes del SPD eran buenos políticos: antes de sentirse obligados a enzarzarse en cualquier controversia partidaria, hacían todo lo posible por dejar que esta muriera de muerte natural (Nettl, 1974, p. 134).

Los capítulos finales de ¿Reforma social o revolución?, escritos luego del congreso, traslucen esa decepción. Y si al principio se le negaba entidad a las tesis bernsteinianas como representativas de un estado de opinión dentro del partido, al final del texto estas aparecen como la culminación

teórica del oportunismo llamada a justificar una práctica política vacilante, cautelosamente reformista y, derrotista. "Por eso vimos que todos los elementos oportunistas se agruparon en torno a su bandera [de Bernstein] en el congreso de Stuttgart" (Luxemburgo, 2010, p. 175). Elementos que, conviene recordarlo, con sus evasivas terminaron legitimando los planteos de la "herejía" que venía de Londres y que fueran tan denodadamente combatidos por Rosa, al punto tal que estaba dispuesta a entregar la mitad de su vida para refutarlos.

La economía política del oportunismo

Rosa comienza su libro con un ataque frontal en contra de las tesis económicas de Bernstein. La más importante, y que articula a su vez a otras de menor rango, es la que se refiere al curso general de la economía capitalista. Este autor asegura que el derrumbe general del capitalismo se ha vuelto sumamente improbable, por no decir imposible, y esto a causa de dos factores principales: por un lado, una mayor capacidad de adaptación que le permite al sistema absorber las tensiones propias de las crisis; y, por el otro, la extraordinaria diseminación y diferenciación de la producción capitalista.

La renovada capacidad de adaptación del capitalismo se manifiesta en tres procesos principales. Primero, la desaparición de las crisis generales debido al enorme desarrollo alcanzado por el crédito, el surgimiento de trusts y cárteles empresariales unidos al avance en los medios de transporte y comunicación; segundo, por la expansión de un heteróclito conjunto de sectores medios, producto de la formación de pequeñas y medianas empresas y la movilidad ascendente de ciertas capas del proletariado, todo lo cual desmiente la previsión de los fundadores del materialismo histórico acerca de la inexorable polarización económica y social; y tercero, por la elevación de la situación económica y política del proletariado como resultado de la lucha de sus sindicatos y partidos. Estas mutaciones de la sociedad capitalista necesariamente deben traducirse en una redefinición de la tarea de la socialdemocracia, la que debería concentrarse en seguir mejorando la condición de la clase trabajadora mediante la acción sindical, fortaleciendo los mecanismos de

control social, promoviendo el desarrollo del cooperativismo y de una legislación que, gradualmente, logre la instauración del socialismo sin necesidad de desatar los fragores revolucionarios. Rosa concluye que la argumentación de Bernstein no plantea que el curso del desarrollo capitalista se va desacelerando, atenuando de ese modo el estallido de las contradicciones que provocarían su hundimiento. Lo que él dice es algo mucho más radical: es el propio curso del capitalismo lo que ha cambiado, poniendo seriamente en entredicho la viabilidad de una estrategia revolucionaria para la instauración del socialismo.

Rosa reconoce que la teoría marxista ha declarado que el punto de partida para la instauración del socialismo sería una crisis general del capitalismo; no obstante, cree que es preciso distinguir entre la idea fundamental sobre la crisis y la forma en que esta finalmente habrá de manifestarse (p. 105). La idea básica es que la sociedad capitalista, a causa de sus propias contradicciones sistémicas, padece insanablemente de un desequilibrio que a la larga ocasionará su derrumbe. Pero, agrega, más allá de las formas que pueda asumir esta crisis, lo esencial en el pensamiento marxista es la acción de tres elementos. Primero, y principal, la inherente e inerradicable anarquía de la producción, que conduce a este modo de producción a su inevitable derrumbe; segundo, la sostenida socialización de los procesos productivos, lo que lleva en su seno los gérmenes del nuevo orden social poscapitalista; tercero, la creciente capacidad organizativa de las clases subalternas y su cada vez más esclarecida conciencia de clase, todo lo cual la convertirá en un protagonista formidable en la construcción del nuevo orden.

Bernstein descree del carácter entrópico de la anarquía de la producción, de lo cual se desprende una conclusión terminante: si no hay colapso inevitable del capitalismo, el socialismo deja de ser históricamente necesario.[16] Se convierte, como lo dirá con mucho énfasis en el capítulo final de su libro, en un imperativo moral. En cuanto a los otros dos

16. El debate en torno al "colapso" del capitalismo tiene una larga tradición. Se ha convertido en un lugar común afirmar que Rosa adhiere a las visiones que hacen una lectura de Marx como el profeta del hundimiento automático e inevitable del capitalismo. Sin embargo, sobre su postura hay muchas interpretaciones. Sobre las teorías de las crisis en el análisis marxista un libro fundamental es el de Henrik Grossman (1979). Ver asimismo Albuquerque Salles (2009).

factores antes mencionados: la socialización de los procesos productivos y la organización y conciencia de los trabajadores son reconocidos en su importancia, pero Bernstein no les asigna la capacidad suficiente como para producir el desplome del orden social capitalista. Tampoco lo hace Rosa, habida cuenta del papel que estos dos factores desempeñan en el esquema bernsteiniano.

La conclusión es una postulación "idealista" –kantiana para más datos, pues Rosa utiliza la expresión "razón pura" para referirse a la argumentación bernsteiniana y a veces habla de San Emmanuel, para referirse claramente al autor de la *Crítica de la razón pura*– que volatiliza por completo la necesidad objetiva del socialismo como producto del desarrollo material de la sociedad. El resultado es un verdadero dilema: si el revisionismo de Bernstein es correcto, entonces la revolución socialista no pasa de ser un extravío utópico; pero si, como cree Rosa, la teoría de los "medios de adaptación" resulta ser falsa, entonces el socialismo deja de ser una utopía.

La adaptabilidad del capitalismo

Bernstein hace reposar su diagnóstico en el papel desempeñado por tres factores que, en las últimas décadas del siglo XIX, contribuyeron a dotar de una flexibilidad y capacidad de adaptación sin precedentes al sistema capitalista: la expansión del crédito, el crecimiento de las coaliciones empresariales (cartelización) y los adelantos experimentados en los medios de comunicación y transporte. En el segundo capítulo de su obra, Rosa se dedica a analizar los dos primeros factores, no así el tercero. En relación con el crédito, lo que dice es que "reproduce todas las contradicciones cardinales del mundo capitalista, las lleva al absurdo; las traspone, pues, a su propia deficiencia y acelera su ritmo, en la medida en que las empuja a su propia destrucción: el colapso" (p. 110). Lo que hace el crédito, paradojalmente, es potenciar las contradicciones del sistema al sostener artificialmente una situación irresoluble. En cuanto a la cartelización, la confianza que deposita Bernstein en su predisposición para acordar estrategias comunes que pongan fin a la anarquía

de la producción carece de todo fundamento. Trusts y cárteles, al centralizar y concentrar el capital, exacerban la competencia y agravan aún más la anarquía del proceso de producción, toda vez que la cartelización completa de una rama o sector de la economía es inalcanzable, y en la medida en que ese proceso avanza, la polarización social crece aún más:

> [Lleva] al extremo la lucha entre los productores y los consumidores [y agudiza], asimismo, la contradicción entre los modos de producción y de apropiación, por cuanto enfrenta de la forma más brutal al proletariado con la omnipotencia del capital organizado y, de esta manera, agudiza la contradicción entre capital y trabajo. [Agudiza], por último, la contradicción entre el carácter internacional de la economía mundial capitalista y el carácter nacional del Estado capitalista, en la medida en que siempre tienen, como fenómeno concomitante, una guerra arancelaria general, y así llevan al extremo las contraposiciones entre los diversos Estados capitalistas (pp. 112-113).

En la segunda edición del libro, que viera la luz en Dresden en 1908 y que es la que ahora presentamos al público, Rosa señalaba que lo que corrobora la falsedad de las tesis de Bernstein es el hecho de que "la crisis más reciente (1907-1908) se ensañó especialmente con los países en que más desarrollados están los famosos 'medios de adaptación' capitalistas –crédito, comunicaciones, transportes y trusts–". Y, poco después, formula una tesis aún más radical, al decir que la "presunción de que la producción capitalista podría 'adaptarse' a la distribución presupone una de estas dos cosas: o bien que el mercado mundial puede crecer ilimitadamente y hasta el infinito; o, por el contrario, que las fuerzas productivas detengan su desarrollo para no superar los límites del mercado" (p. 116). Rosa rechaza ambas posibilidades: la primera por ser una imposibilidad material habida cuenta de las limitaciones que la finitud de la geografía y el espacio imponen a la expansión del modo de producción, y la segunda porque requeriría el completo desarrollo, y la eventual parálisis, de las fuerzas productivas, lo que constituye una

imposibilidad económica y social. De ahí, el terminante rechazo de la propuesta bernsteiniana.

Como conclusión, podría decirse que si bien la crítica de Rosa es correcta, en lo esencial adolece, sin embargo, de un cierto "economicismo" que atenta contra su capacidad explicativa. Porque más allá de la dudosa eficacia de los factores señalados por Bernstein, no puede ignorarse el impacto político e ideológico que estos tienen en la gestación de un consenso de masas conservador y quietista que, en la práctica, refuerza la flexibilidad del capitalismo y su capacidad para procesar coyunturas críticas hasta límites desconocidos hasta entonces. Rosa tiene razón cuando asegura que el crédito no suprime las contradicciones del modo de producción capitalista, pero no es menos cierto que su universalización genera entre vastas capas de la población –sobre todo pero no solo la pequeña burguesía– la sensación de que el sistema funciona adecuadamente y es invulnerable a las crisis. Que en esto hay un elemento fetichista está fuera de discusión. Pero no debería olvidarse que la economía capitalista se sustenta en el fetichismo de la mercancía, algo que Marx demostrara desde el primer capítulo del Tomo I de *El capital*. De modo que, por más que el crédito en el largo –quizás en el muy largo– plazo exacerbe las contradicciones del sistema, hasta que se llegue a esa situación límite, opera política e ideológicamente como un factor de estabilización de la economía capitalista y, en ese sentido, actúa retardando el estallido de las crisis o, al menos, atenuando las oscilaciones del ciclo económico.[17]

Algo similar podría decirse en relación con el papel de los trusts y cárteles en la agudización de las contradicciones en el seno de las economías capitalistas. Lo que nos parece que Rosa no apreció en sus justos términos fue una tendencia –incipiente en la época en que escribía este

17. Cabría señalar la experiencia del capitalismo norteamericano y el papel fundamental que la generalización del crédito ha tenido para sustentar el *American dream* (cualquiera puede llegar a ser millonario en una sociedad donde no existen barreras de clase). De modo más modesto, la expansión del crédito en Chile y Argentina han sido factores importantes en la creación de un consenso conservador. En el primero favoreció al pinochetismo y la Concertación. En Argentina, el rotundo triunfo de Calos Saúl Menem en las elecciones presidenciales de 1995 fue considerado por muchos analistas una expresión del "voto cuota" de vastos sectores de la sociedad que habían contraído créditos dolarizados por la convertibilidad y por esto apostaban a la estabilidad del elenco gubernamental y sus políticas.

libro– a la conformación de un vasto universo de capas medias asalariadas que se expandía a un ritmo mucho más rápido que la declinación de la pequeña burguesía y el empresariado medio, que pugnaban por no ser devorados por la polarización social. En otras palabras, poco más de un siglo después, la fisonomía de los capitalismos avanzados muestra un grado desorbitado de concentración y centralización del capital, en donde las megafusiones empresariales llegaron a extremos inconcebibles no solo para Rosa sino para Lenin, que sobre el tema escribiera casi tres lustros después en su clásica obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Sin embargo, y contrariamente a lo previsto, la contrapartida de este fenómeno no fue una proletarización universal sino, al menos en las economías capitalistas más desarrolladas, el formidable crecimiento de un conjunto de capas medias sometido más férreamente que nunca a la esclavitud de la relación salarial (incluyendo a las otrora "profesiones liberales" de la fase competitiva del capitalismo) y caracterizado por grados variables de vulnerabilidad económica y precariedad laboral pero distante, asimismo, de las condiciones de un proletariado, cuya acelerada descomposición ha ido condenando a vastos segmentos a convertirse en una masa marginal y redundante, sin posibilidades siquiera de renegociar su reingreso al sistema para ser explotada por el mismo.[18] Es por eso que en los pasillos del Banco Mundial se dice que "el África Subsahariana ha dejado de ser un problema económico para convertirse en un problema para la Cruz Roja".[19]

En síntesis, podría decirse que la crítica de Rosa, más allá de sus méritos, no habría tomado rigurosamente en cuenta que el capitalismo como sistema tenía a comienzos del siglo XX más contradicciones, y más profundas, que las que registraba apenas treinta años antes, pero que la

18. Recomendamos las contribuciones de Fernando H. Cardoso, José Nun, Aníbal Quijano, entre otros destacados sociólogos latinoamericanos que trabajaron sobre la masa marginal y el ejército industrial de reserva en la década de 1960.

19. Para los economistas del BM y del FMI, la situación del África Negra es un caso perdido, hecho que habla bien a las claras del fracaso monumental del neoliberalismo, causante de un holocausto social sin precedentes en el Tercer Mundo y del agotamiento de sus recetas para resolver la crisis que ellos mismos, y sus instituciones crean con sus políticas. No hay solución para ese continente ni para América Latina en el capitalismo, la única posibilidad reside en la osadía de buscar por fuera del capitalismo, en una propuesta poscapitalista, o en un "socialismo del siglo XXI", como lo declarara Hugo Chávez Frías.

resistencia sistémica ante las tensiones que el mismo generaba se había vigorizado a un ritmo aún más acelerado. Por lo tanto, se trataba –y aún se trata hoy– de una estructura atravesada por múltiples y más radicales contradicciones pero que, al mismo tiempo, en su desarrollo histórico incorporó nuevos mecanismos y dispositivos de absorción de la crisis que no contaba en el pasado y que son los que explican su durabilidad. Nos parece que una de las principales contribuciones de Gramsci al estudio del capitalismo contemporáneo radica precisamente en esto: en su iluminación de los nuevos aparatos de construcción de hegemonía capitalista que le han permitido absorber y procesar tensiones y desafíos que, en otro tiempo, habrían provocado su derrumbe.[20]

Estado, sindicatos y reformismo

Dado que Bernstein rechaza la tesis del hundimiento del capitalismo y, por consiguiente, la viabilidad y/o practicidad del salto revolucionario que permita "tomar al cielo por asalto", ¿cómo llegar al socialismo? Es el tema que examina Rosa en los apartados III y IV de la primera parte de su obra, reconociendo que las respuestas que ofrece Bernstein son indirectas o elípticas, casi siempre sumergidas en la oscuridad. No obstante, la cuidadosa inspección que de su argumento realiza Rosa le permite concluir que la ruta parlamentaria, evolutiva y gradualista al socialismo estaría garantizada, según Bernstein, por el papel de los sindicatos, las reformas sociales y la democratización política del Estado (p. 119).

Pero Rosa era muy crítica del papel de los sindicatos, lo que le ganó no pocos enemigos durante sus años en el SPD. Y en su réplica a Bernstein, sus argumentos son demoledores. Los sindicatos tienen por misión regular las condiciones en que se produce la compraventa de la fuerza de trabajo y, por ende, la extracción de la plusvalía. Los principales factores que condicionan este proceso se hallan completamente fuera del control de las organizaciones de trabajadores toda vez que estos no tienen poder

20. Ver, especialmente, en la obra de Gramsci (1981-1999), sus reflexiones sobre "Americanismo y fordismo" y los diferentes pasajes de sus *Cuadernos* donde discute la problemática de la hegemonía.

alguno para influir sobre la demanda de fuerza de trabajo, determinada por las condiciones de la producción y las estrategias de inversión de los capitalistas; sobre la oferta de fuerza de trabajo, creada por la proletarización de las capas medias y la dinámica demográfica del proletariado; y sobre la productividad de la fuerza de trabajo en las diferentes ramas de la producción. Debido a estas restricciones, Rosa concluye que los sindicatos, "por tanto, no pueden abolir la ley capitalista del salario; en el mejor de los casos, pueden circunscribir la explotación capitalista dentro de los límites 'normales' de un momento dado, pero no pueden eliminarla, ni siquiera gradualmente (p. 120). Este impecable razonamiento, sólidamente anclado en el análisis marxista de la ley del valor, refuta inapelablemente las ilusiones bernsteinianas acerca del papel emancipador de los sindicatos. Sus únicos frentes efectivos de lucha serían la pugna por aumentar los salarios y reducir la jornada de trabajo, es decir, tratar de regular las condiciones de la explotación de acuerdo a las condiciones establecidas por el mercado y la coyuntura política (p. 121).

Una crítica no menos categórica dirige Rosa contra las llamadas "reformas sociales" introducidas por la vía de la legislación. Bernstein considera a la leyes protectoras de los derechos de los trabajadores como distintos dispositivos de "control social" sobre el despotismo del capital y, por lo tanto, como una plataforma desde la cual construir el socialismo. Extendiendo los límites de su argumentación, Rosa plantea que la llamada "'reforma social' encuentra sus límites naturales en los intereses del capital" (p. 123).[21] Esto es así porque las mismas son instituidas por un Estado que, pese a las elucubraciones de Bernstein, continúa siendo el Estado de la sociedad capitalista y expresión de los intereses de sus clases dominantes. Por consiguiente, las reformas que ese Estado introduzca por la vía de la legislación solo excepcionalmente, y casi siempre

21. "Extendiendo los límites" porque Rosa excluye a priori la posibilidad de que determinadas reformas sociales o laborales respondan a coyunturas en las cuales las clases dominantes se ven obligadas a ceder ciertos privilegios o a renunciar a algunas prerrogativas. Su horizonte de visibilidad, fundamentalmente la Alemania de fines del siglo XIX e inicios del XX, no le permitía visualizar muchos ejemplos de reformas que fueron impuestas por la arrolladora irrupción de las clases populares en la arena política, como habría de acontecer especialmente después de la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión de la década de 1930. Sobre este tema leer Buci-Glucksman y Therborn (1981) y Esping-Andersen (1990).

por poco tiempo, podrán operar en un sentido contradictorio con sus intereses de clase.

Rosa examina también el papel de la transformación política del Estado en la facilitación de la progresión gradual al socialismo, otra de las razones aducidas por Bernstein a favor de su propuesta. Para este, las reformas sociales introducidas por la vía legislativa van paulatinamente cambiando la naturaleza del Estado que, progresivamente, se va convirtiendo en un Estado de toda la sociedad. O, dicho en otros términos por el mismo Bernstein, se produce una fusión del Estado con la sociedad con lo cual el primero ve diluirse su naturaleza clasista. Desde una perspectiva rigurosamente marxista, Rosa rechaza esa hipótesis reafirmando el carácter de clase del Estado. Reconoce, eso sí, que "el desarrollo del capitalismo va preparando, poco a poco, la futura fusión del Estado y la sociedad; [...] la devolución de las funciones del Estado a la sociedad", en línea con la tesis de Marx y Engels de la extinción del Estado y la reabsorción de este y de sus funciones por la sociedad civil organizada como el autogobierno de los productores. Mas no es esto precisamente lo que tiene *in mente* Bernstein sino la evaporación de la naturaleza de clase del Estado ahora mismo, en el marco de la sociedad capitalista. Lo que los fundadores del materialismo histórico concebían como resultado del triunfo de la revolución socialista y el advenimiento de la sociedad comunista, una vez abolida la sociedad de clases, Bernstein lo postula para la sociedad actual. Rosa, obviamente, rechaza esa pretensión, si bien reconoce que "el triunfo político de la burguesía convirtió al Estado en un Estado capitalista. Por cierto que el propio desarrollo del capitalismo modifica esencialmente el carácter del Estado, al ampliar cada vez más su esfera de acción y atribuirle nuevas funciones; especialmente, en relación con la vida económica, hace cada vez más necesaria la intervención y el control estatal". Pero el Estado actual es antes que nada "una organización de la clase capitalista dominante. Si asume diversas funciones de interés universal en beneficio del desarrollo social es únicamente en la medida en que dicho desarrollo coincide en general con los intereses de la clase dominante" (p. 126). Cuando aquellos entran en colisión con los de esta, la armonía se rompe y los intereses de la burguesía se reafirman prepotentemente por sobre cualesquiera otros.

Según Rosa, este conflicto ya era evidente en el capitalismo de su época, y se manifestaba en el papel de las políticas proteccionistas y el militarismo. Sin el proteccionismo no se habría desarrollado la gran industria, pero en la actualidad la situación es distinta porque "las tarifas arancelarias ya no sirven para fomentar industrias jóvenes, sino para conservar artificialmente formas anticuadas de producción" (p. 127); o para preservar, como en la agricultura alemana, formas feudales en un mundo crecientemente capitalista; o para favorecer a un grupo de capitalistas nacionales en competencia con otros. Naturalmente que ninguna de estas cosas favorece el desarrollo de la sociedad en su conjunto.

Militarismo y desarrollo capitalista

Otro tanto ocurre con el militarismo: la guerra fue "un factor indispensable del desarrollo capitalista", verdad ratificada en los casos de Estados Unidos, Alemania, Italia y los países de los Balcanes. La guerra destruyó fronteras que eran disfuncionales para la acumulación capitalista, superó divisiones internas y alteró equilibrios de fuerzas que obstaculizaban la reproducción ampliada del capital. Pero en la actualidad, observa Rosa, el militarismo no empuja a las sociedades capitalistas a guerrear en contra de los países atrasados, en esas típicas guerras de conquista y pillaje colonial animadas por el propósito de apoderarse de sus riquezas introduciendo el capitalismo en regiones periféricas, sino que quienes van a la guerra lo hacen como resultado de su similar madurez en el desarrollo capitalista. El militarismo y la guerra, por ende, tendrían consecuencias catastróficas para la sociedad en su conjunto y, según Rosa, para el propio desarrollo del capitalismo. Pero, agrega, el militarismo cumple una función "indispensable" para la clase dominante en tres cuestiones fundamentales: en la competencia que esta libra con los capitalistas de otras naciones por el control de los mercados; para facilitar la colocación del capital industrial y financiero excedente; y para asegurar el control y la sumisión de la población trabajadora. Se equivoca Rosa cuando, a partir de lo anterior, sostiene que "en sí mismos, todos estos intereses, no tienen nada que ver con el progreso del modo de producción capitalista"

(p. 128). En realidad, tienen mucho en común. Es más, podría decirse que estas tres funciones consideradas como indispensables para la consolidación nacional e internacional de la burguesía fueron desde siempre imprescindibles también para el desarrollo del capitalismo como un modo de producción y no solo para maximizar la rentabilidad de los negocios de la clase dominante. ¿O es que el control ideológico y político, además de social, de las clases subalternas no ha sido, en el pasado tanto como en la actualidad, necesario para la instauración y sostenimiento del modo de producción capitalista? Ese control se procesó mediante un conjunto de pautas culturales y dispositivos institucionales: la tradición y los usos y costumbres, a los que se agregan los manicomios, los hospitales, la escuela, la cárcel, la policía, las iglesias y, por supuesto, las fuerzas armadas.[22] Que el poder militar, o naval, en el caso de Gran Bretaña, favoreció el desarrollo de las burguesías casi desde los orígenes del capitalismo es algo que está muy bien establecido en la literatura especializada. Lo mismo puede decirse de la piratería, alentada y protegida por algunos Estados, especialmente a partir del "descubrimiento" de América, en su lucha contra las metrópolis ibéricas. Podría, además, afirmarse que el militarismo y el proteccionismo continúan, al día de hoy, siendo elementos decisivos para garantizar la continuidad y el dinamismo de la acumulación capitalista, el primero como una suerte de "keynesianismo perverso", en donde el gasto militar se constituye en la fuente de una demanda insaciable –basada en el despilfarro y la destrucción permanente de las fuerzas productivas–, que favorece no solo a la clase dominante sino que, indirectamente y por múltiples vías, una de las cuales es el empleo, a la economía capitalista en su conjunto.[23] Y el segundo, el proteccionismo, como un recurso irrenunciable en las duras condiciones de la competencia mundial y cuya persistencia desnuda la hipocresía de los discursos que exaltan la "libertad de comercio" de las potencias metropolitanas.

22. Ver Michel Foucault (1976, 2000, 2002a y b), Charles Tilly (1975, 1997, 2002), Theda Skocpol (1979).

23. Situación que se agudiza en el contexto de la "guerra infinita" contra el terrorismo proclamada por George W. Bush desde los atentados del 11 de septiembre de 2001.

¿Una vía parlamentaria al socialismo?

Rosa termina el apartado IV con una aguda crítica al parlamentarismo y al discurso de la "representación política" enarbolado por los partidarios de una "vía parlamentaria" al socialismo y, en nuestros días, por el discurso hegemónico en la ciencia política. No existe tal cosa, dice Rosa con razón, porque lo que el parlamento representa en un Estado capitalista son los intereses hegemónicos de esa sociedad. Las instituciones "representativas" solo lo son en sus aspectos formales mas no en sus contenidos sustantivos, que operan como eficaces instrumentos de las clases dominantes.

> Esto se demuestra del modo más palpable en el hecho de que, en cuanto la democracia muestra una tendencia a negar su carácter de clase y a convertirse en un instrumento de los intereses concretos del pueblo, la burguesía y sus representantes en el Estado sacrifican las formas democráticas (p. 130).

La historia del siglo XX ha ratificado plenamente la verdad contenida en esta observación. Tanto en Europa, América Latina como en Asia y África esa y no otra ha sido la historia de los capitalismos democráticos: democracia, sí, *¡ma non troppo!* Y cuando las hipersensibles fronteras de la dominación de clase son amenazadas por la expansividad de la democracia, la respuesta represiva de las clases dominantes no se hace esperar. En fechas recientes, Fernández Liria y Alegre Zahonero examinaron minuciosamente lo ocurrido en diversas regiones del globo cada vez que una democracia intentó, como dijera Rosa, convertirse en "un instrumento de los intereses reales de toda la población". Los resultados fueron espeluznantes: 1 millón de muertos en la España republicana y 40 años de dictadura fascista; 500 mil pasados por las armas en Indonesia cuando el gobierno de Sukarno amenazaba con convertir la formalidad democrática de ese país en una alternativa efectiva de soberanía popular; 200 mil muertos más en Guatemala y 50 mil desaparecidos, según informa la Comisión de Esclarecimiento Histórico de ese país; 30 mil desaparecidos en Argentina; 3.200 desaparecidos en Chile y miles de

torturados y exiliados. El listado sería mucho más largo si se le agregan los muertos y desaparecidos durante la guerra civil en El Salvador, Nicaragua, Haití y el interminable baño de sangre en Colombia, con más de 20 mil muertos por año desde mediados de la década de 1960, 5 mil dirigentes de la legal Unión Patriótica asesinados en menos de 10 años y 3,5 millones de campesinos desplazados por la guerra. Súmese a lo anterior infinidad de golpes de Estado, asesinatos políticos, sabotajes de todo tipo, cárceles y torturas orquestadas por las agencias del imperio, principalmente la CIA en complicidad con las clases dominantes locales, y se logrará una visión realista de los riesgos que corren los pueblos, las organizaciones y los líderes que quieren establecer un régimen democrático. Este luctuoso paisaje, que abarca los cuatro puntos cardinales del globo, es lo que muy apropiadamente Santiago Alba Rico denomina "pedagogía del voto", una terapia que se aplica cada vez que el pueblo se equivoca y cree que las formas democráticas pueden ser convertidas en realidades que tornen efectiva la vieja fórmula de Lincoln: gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo (Fernández Liria y Alegre Zahonero, 2006, pp. 50-59; Alba Rico, 2006, pp. 13-17). Como lo ha demostrado Noam Chomsky en innumerables escritos, los Estados Unidos, país considerado por el pensamiento convencional de las ciencias sociales como el paradigma viviente de la democracia contemporánea, tampoco escapa a esta tendencia.[24]

En suma, la observación de Rosa es absolutamente pertinente y actual. El parlamentarismo y las reformas legislativas no cambian la naturaleza burguesa del estado. "Solo los golpes de martillo de la revolución, es decir, la conquista del poder político por el proletariado" pueden producir una genuina transformación del Estado, la economía y la sociedad.

La primera parte del libro termina con un apartado sobre el carácter del revisionismo en donde se sintetizan algunos de los argumentos

24. Sobre la crisis de la democracia estadounidense, ver Boron y Vlahusic (2009). Un examen sobre la crisis del proceso democrático en América Latina se encuentra en Boron (2006; 2009a) y en la nueva edición de *Estado, capitalismo y democracia en América Latina* (2007a). Este diagnóstico muy pesimista sobre la democracia está lejos de ser un rasgo específico de los países subdesarrollados. Conclusiones semejantes han sido extraídas, en los últimos tiempos, a partir de los desenvolvimientos que han tenido lugar en los capitalismos metropolitanos. Al respecto, ver los trabajos de Gianni Vattimo (2008), Colin Crouch (2004) y Ellen Meiksins Wood (1999).

vertidos en las secciones anteriores. La lucha sindical y la práctica parlamentaria –que en la visión luxemburguiana debían preparar al proletariado para la toma del poder mediante un esfuerzo de organización y el desarrollo de su conciencia de clase, es decir, creando las condiciones subjetivas para la revolución– se convierten en fines en sí mismos para Bernstein, de donde se infiere que la conquista del poder político es una empresa no solo imposible, debido a los antes mencionados mecanismos de adaptación del capitalismo, sino también inútil. El revisionismo confía en atenuar las contradicciones objetivas del capitalismo y, además, rechaza la posibilidad de resolver esas contradicciones por la vía de la transformación revolucionaria de la sociedad, apostando a una lenta mutación gradual que imperceptiblemente transforme al capitalismo en socialismo, casi sin que nadie se de cuenta. Por eso Rosa remata este apartado con la siguiente afirmación: "el revisionismo [...] es una *teoría del estancamiento socialista basada, al modo de la economía vulgar, sobre una teoría del estancamiento capitalista*" (Luxemburgo, 2010, p. 138).

Después de Stuttgart

Como decíamos anteriormente, el congreso del SPD en Stuttgart no condenó la "desviación" oportunista de Bernstein. Tenía muy poderosas razones para ello: lo que hacía la argumentación del exiliado no era otra cosa que codificar la práctica política y sindical concreta que había estado siguiendo el partido, y los delegados, en general muy poco dados a cuestiones teóricas o doctrinarias, no veían razones para condenar a quien le asignaba a la dirigencia sindical y a los representantes en el Reich un envidiable protagonismo en la instauración indolora, pulcra y sin sobresaltos del socialismo.

Poco después de concluido el congreso, que recordemos tuvo lugar en octubre de 1898, Bernstein recopila los artículos que venía publicando en *Die Neue Zeit* y los transforma en un libro, publicado con el título de *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, y que vio la luz en la misma ciudad de Stuttgart a comienzos de 1899. Rosa arremete contra esta obra y, poco después y en ese mismo año, publica en Leipzig

su ¿Reforma social o revolución? El libro de Rosa se compone, como decíamos, de sus artículos de 1898, que son los primeros cinco de su libro, y los restantes que agrega una vez que tiene en sus manos el libro de Bernstein con la exposición final de sus ideas. Por eso es que puede distinguirse en ¿Reforma social o revolución? dos partes, la segunda de las cuales recapitula algunos elementos de la primera pero en donde, a nuestro juicio, se desarrollan algunos planteamientos sumamente novedosos sobre todo en lo que hace a la reflexión filosófico-política al interior del marxismo. Es nuestro parecer que el libro de Rosa gana en densidad teórica en esta parte final, sobre todo en los dos últimos apartados en donde su penetrante mirada examina algunos de los problemas y desafíos políticos más importantes que se erigen ante cualquier tentativa de construir una sociedad socialista.

El primero de los apartados de esta segunda parte reitera las críticas formuladas a la defectuosa interpretación de la teoría económica de Marx y a las estadísticas que Bernstein añade, en realidad de manera bastante rudimentaria, para fundamentar sus interpretaciones. Por esta razón no habremos de detenernos en su análisis, salvo para subrayar la pertinencia de su observación acerca de que para Bernstein la teoría de la plusvalía es una simple abstracción, que no tiene más méritos que la teorización de Bohm-Bawerk y Jevons cuando reducen toda la vida económica a la "utilidad abstracta".[25] A lo que Rosa responde, primero, sentenciando que quien no comprenda la ley del valor de Marx no tiene la menor capacidad para comprender la totalidad y el significado de su doctrina; y, segundo, que la teoría de la plusvalía no es una "invención" de Marx, producto del capricho de su intelecto, sino que es un "descubrimiento" de algo que estaba ahí y no era visto por el saber convencional. La "utilidad abstracta", por el contrario, es, "de hecho, una ilusión

25. Eugen von Böhm-Bawerk y William Jevons fueron dos economistas, austríaco el primero, británico el segundo, que dieron forma a la teoría llamada "marginalista". Sus contribuciones son un punto de ruptura con la economía política clásica que, bajo diferentes formas –David Ricardo, a diferencia de Karl Marx– reposaba sobre la teoría del valor-trabajo. Para los marginalistas, el valor está dado por la percepción subjetiva que los consumidores realizan de la "utilidad marginal" producida por la adquisición de ciertos bienes. Su influencia se extiende hasta hoy en las teorías neoclásicas que sustentan al proyecto neoliberal.

mental" que poco o nada tiene que ver con el funcionamiento real de una economía (Luxemburgo, 2010, p. 146).

La democracia y sus protagonistas

En el siguiente apartado, Rosa vuelve a examinar el papel de los sindicatos y las cooperativas en la construcción del socialismo. Expone, en primer lugar, la tesis central de Bernstein, formulada en estos términos: "El socialismo se realizará por dos vías: los sindicatos –o, como él los llama, la democracia económica– y las cooperativas. Por medio de los primeros, pretende acabar con el beneficio industrial; por medio de las segundas, con el beneficio comercial" (p. 148).

Rosa no dedica demasiado tiempo a argumentar en contra de esta tesis. Observa el papel subordinado que en una economía capitalista desempeñan las cooperativas, dado que quien comanda el proceso de acumulación es la empresa privada en el marco de férreas leyes de competencia que, más pronto que tarde, obligarán a las cooperativas "a tener que regirse con todo el absolutismo de una empresa", por lo cual, les guste o no, deberán asumir el papel "de empresarios capitalistas". Por lo tanto, o bien devienen en empresas capitalistas o, caso contrario, están condenadas a la desaparición. Y esto se aplica no solo a las cooperativas de productores sino también, con algunos matices, a las de consumidores, imposibilitadas de constituirse como tales en las ramas más importantes de la producción capitalista debiendo restringirse, en consecuencia, al "pequeño mercado local y a unos pocos productos de primera necesidad, especialmente los productos alimenticios" (p. 150).

Consideraciones igualmente pesimistas se vuelcan en relación con el papel de los sindicatos, tema que ya Rosa había examinado en la primera parte de su libro: estos no podían determinar ni la demanda de mano de obra, ni su oferta, ni las condiciones de la productividad laboral. Por lo tanto, están condenados a regular la tasa de explotación en "una especie de trabajo de Sísifo" en donde cada mejora de la remuneración de los trabajadores es luego neutralizada por la operación de los factores antes mencionados y sobre los cuales los sindicatos no tienen control alguno.

En suma, "la socialdemocracia trata de implantar la *distribución socialista* por medio de la eliminación del *modo de producción capitalista*, mientras que la propuesta de Bernstein es justamente la contraria: luchar contra la *distribución capitalista* con la esperanza de así implantar paulatinamente el *modo de producción socialista*". La socialdemocracia lo que quiere es suprimir el modo de producción capitalista porque es este quien determina qué, cómo y cuánto se distribuye y no al revés. Suprimido el capitalismo, podrá establecerse un patrón distributivo socialista totalmente liberado de las restricciones que impone el mercado. En el fondo, al no haber un condicionamiento económico que provoque la necesidad histórica del socialismo, este pasa a depender, para su realización, del afán de justicia de los hombres y de su libre albedrío, de sus ansias por construir una sociedad mejor. Rosa fulmina ese razonamiento diciendo que volvemos al "enclenque Rocinante sobre el que todos los Don Quijotes de la historia han galopado hacia la gran reforma del mundo, para finalmente no conseguir más que puñetazos y palos" (p. 153).

Esbozo de una teoría de la democracia

Rosa se asombra ante el optimismo democrático de Bernstein, que cierra sus ojos ante los avances de la reacción en toda Europa. Estos retrocesos, del cual el propio Bernstein fue una víctima durante tantos años (¡recordemos que, desterrado, recién en 1901 pudo regresar a Alemania!), son para él desórdenes momentáneos o accidentales. Para Bernstein, "la democracia es una etapa inevitable en el desarrollo de la sociedad moderna; e incluso es para él, como para los teóricos burgueses del liberalismo, la gran ley fundamental del desarrollo histórico en general, a cuya realización deben colocarse todos los poderes efectivos de la vida política" (p. 154). Efectivamente, hay en Bernstein una suerte de "fatalismo democrático", de raigambre hegeliana, que de ninguna manera puede ser convalidado siquiera por la mirada más superficial del proceso histórico.[26] Rosa observa que lo que hace la argumentación

26. Hegeliana, más que tocquevilliana, porque para el francés, lejos de ser la manifestación del despliegue

de nuestro autor es exaltar los avances registrados en un período muy breve del desarrollo capitalista –los últimos 20 o 25 años y en algunos países europeos– y, a partir de ese breve arco temporal, extraer conclusiones que, vistas desde una perspectiva de larga duración, son pasibles de numerosas objeciones.

Para fundamentar su crítica, nuestra autora sostiene que "encontramos la democracia en las formaciones sociales más diversas" (p. 154). En el comunismo primitivo, en el esclavismo del mundo antiguo y en las comunas medievales se dieron formas más o menos embrionarias de democracia. Con la primigenia instauración del capitalismo, este modelo sobrevivió en ciertos municipios medievales, especialmente en Italia. Pero, luego, el capitalismo se encontró más seguro bajo el manto de las monarquías absolutas y, posteriormente, a partir de la Revolución Francesa, en la república democrática. No obstante, el patrón de desarrollo político demuestra que no ha habido un ascenso sin pausa hacia las cumbres democráticas sino una permanente ida y vuelta, en donde algunos avances democráticos eran cancelados por la restauración de regímenes reaccionarios de diverso tipo. En Alemania, señala con acierto, "la única institución verdaderamente democrática, el sufragio universal, no es una conquista del liberalismo burgués" sino de la continua presión de las capas populares (p. 155). Rosa prosigue con los ejemplos: en Rusia, el capitalismo viene abriéndose paso bajo el yugo del absolutismo zarista "sin que la burguesía ofrezca, de momento, señales de anhelar la democracia"; y en Austria, esa misma clase avala permanentemente, al igual que sus congéneres de Alemania, una de las monarquías más reaccionarias de Europa. Por eso, concluye, que allí donde tengamos "algo de democracia", esto no se debe al impulso democrático de la burguesía sino que es una conquista lograda precisamente luchando contra ella.[27]

---

de la Idea en la historia, el avance de la democracia era un proceso traumático que generaba muerte y destrucción por doquier. Ver Tocqueville (1995). Un examen de sus planteamientos en esta materia se encuentra en Boron (2007a).

27. Una aplicación de este razonamiento a la historia de América Latina se encuentra en varios trabajos del autor de esta introducción. Ver también el incisivo análisis del prematuramente desaparecido intelectual mexicano Carlos Pereyra (1990).

Esta rápida ojeada histórica y comparativa le permite a Rosa concluir que el "progreso ininterrumpido de la democracia", que tanto para Bernstein como para el liberalismo –y, agregaríamos nosotros, para el saber convencional de las ciencias sociales– "consideran la gran ley fundamental de la historia humana", tiene escaso asidero en la historia real de las sociedades capitalistas. Con toda razón nuestra autora sostiene que es imposible establecer alguna relación absoluta y general entre el desarrollo capitalista y la democracia, de donde se deduce que debemos abandonar toda esperanza de establecer la democracia como una ley general de desarrollo histórico, aún dentro de la estructura de la sociedad moderna (Meiksins Wood, 1999). Dados estos antecedentes y habida cuenta de la reiterada capitulación de la burguesía y del liberalismo ante regímenes despóticos de diverso tipo, nuestra autora concluye con razón que el movimiento obrero y, más generalmente, las fuerzas socialistas, son el único soporte posible de la democracia. "Quien renuncia a la lucha por el socialismo", como hace Bernstein, "renuncia tanto al movimiento obrero como a la democracia" (Luxemburgo, 2010, p. 159). Anticipa así el rotundo aforismo que se popularizaría años después bajo la forma: "no hay democracia sin socialismo, no hay socialismo sin democracia".[28]

Producto de esta somera revisión, Rosa concluye que, a diferencia de la burguesía, las clases populares necesitan ineludiblemente de la democracia. Este es un requisito "necesario e indispensable" porque, aún con sus limitaciones, este régimen político crea las condiciones que harán posible, una vez conquistado el poder, emprender la gran obra de transformación social que impulsa la socialdemocracia. Las luchas democráticas, además, ayudan al mejor conocimiento de los verdaderos intereses de las clases subalternas y de la responsabilidad que tienen en la creación de un mundo mejor. Contrariamente a la tesis defendida por Bernstein, la democracia no torna superflua la conquista del poder político sino que la hace posible y necesaria. Las vías y medios de luchas para concretar ese proyecto pueden ser distintos y variados, y las que ofrece la república democrática son de enorme importancia. Rosa se encarga de subrayar, en un pasaje que conserva toda su actualidad, que "la más

28. Este tema sería retomado a fines del siglo XX por Ralph Miliband (1997, caps. 2-3).

formidable transformación de la historia", esto es, el tránsito "desde la sociedad capitalista hasta el socialismo", jamás podrá hacerse sin la conquista del poder.[29] Tanto Engels, en su "Introducción" de 1895 a *Las luchas de clases en Francia*, como Marx, en distintas oportunidades, anotaron que bajo ciertas condiciones muy especiales el proletariado podría llegar a conquistar el poder político por las vías institucionales y legales (Boron, 2000, cap. 2). Eso de ninguna manera ponía fin a su proyecto sino que, al contrario, instalaba a las clases y capas subalternas en una posición desde la cual debían poner manos a la obra e implementar su trascendental programa de transformación social. Rosa lo dice con toda claridad: "Lo que Marx mencionaba [...] como algo posible es el *ejercicio pacífico de la dictadura del proletariado*, y no la sustitución de la dictadura por reformas sociales de carácter capitalista" (Luxemburgo, 2010, p. 165). Un cambio de esta envergadura no puede ser realizado en un simple acto feliz, recuerda Rosa, pues la transformación socialista supone una larga y ardua lucha en la cual los enemigos de la revolución y los grandes beneficiarios del *statu quo* librarán una batalla desesperada para frustrar toda tentativa de cambio.

En uno de sus trabajos más penetrantes, Lenin, un gran teórico y a la vez un gran práctico del poder, examinó esta problemática y propuso una acertada distinción entre la "toma del poder", un acto eminentemente político por el cual las clases explotadas se apoderaban del Estado y se convierten en nueva clase dominante, y la concreción de la revolución, concebida como una empresa fundamentalmente civilizatoria, en donde la nueva correlación de fuerzas favorable a los sujetos sociales insurgentes era ratificada por el control que ellos ejercían sobre el Estado, el entramado institucional y el orden legal. Por ello, al comparar las perspectivas de la revolución en Oriente y Occidente decía, en un pasaje luminoso de su extensa obra, que "la revolución socialista en los países avanzados no puede comenzar tan fácilmente como en Rusia, país de Nicolás y Rasputín [...]. En un país de esta naturaleza, comenzar la revolución era tan fácil como levantar una pluma". Y continuaba

29. Un buen recordatorio para quienes, siguiendo a Holloway y aceptando acríticamente algunas propuestas del Subcomandante Marcos, creen que no solo se puede cambiar el mundo sino también hacerlo de nuevo sin tomar el poder. Ver Boron (2001).

afirmando que es "evidente que en Europa es inconmensurablemente más difícil comenzar la revolución, mientras que en Rusia es inconmensurablemente más fácil comenzarla, pero será más difícil continuarla" (Lenin, 1970, pp. 609-614). Fue precisamente a partir de estas lecciones que brindaba la historia comparativa de las luchas obreras y socialistas en los albores del siglo XX que Lenin insistió en la necesidad de distinguir entre los "comienzos de la revolución" y el desarrollo del proceso revolucionario. Si en el primer caso la conquista del poder político y la conversión del proletariado en una clase dominante era condición indispensable –mas no suficiente– para el lanzamiento del proceso revolucionario, su efectivo avance exigía la puesta en marcha de una serie de políticas e iniciativas que trascendían la cuestión de la ocupación institucional de las "alturas" del Estado. El objetivo es la construcción de una nueva sociedad, lo cual supone un esfuerzo mucho más arduo y una lucha encarnizada en la cual la plena democratización del Estado y de la revolución deberá ir acompañada, inexorablemente, por la más rigurosa dictadura para someter a sus implacables enemigos, cuyas extorsiones, sabotajes y atentados estarán a la orden del día no bien el proceso de cambios comience a insinuarse.

La irrenunciable conquista del poder político

Habiendo establecido que sin socialismo no hay democracia, Rosa pasa a examinar la siguiente cuestión: la democracia, "¿torna superflua o imposible una revolución proletaria, es decir, la conquista del poder político por la clase trabajadora?". Como comprenderán muy fácilmente la lectora y el lector de nuestros días, pocas preguntas podrían ser más trascendentes y urgentes que esta. Si algo ha caracterizado al pensamiento de la izquierda en los últimos años ha sido la perniciosa gravitación de un discurso que, desde una pretendida renovación teórica, invita a las clases y capas subalternas a abandonar toda pretensión de conquistar el poder político. En el caso de la conocida obra de Hardt y Negri, *Imperio*, esta propuesta se funda en dos gravísimos errores de diagnóstico: primero, que el Estado-nación se encuentra en una crisis terminal y que, por lo

tanto, ha dejado de ser el *locus* clásico del poder como lo era en el pasado; segundo, que como producto de lo anterior se desarrolla una nueva entidad, el imperio, completamente desterritorializada y descentrada y que priva de todo sentido una propuesta de "tomar el poder". Para colmo, la ocurrencia de ambos autores remata en un inverosímil "imperio sin imperialismo", verdadera *contradictio in adjectio* que refleja nítidamente la terrible confusión en que se hallan sumidos ambos autores y de la cual se desprende la futilidad de toda iniciativa encaminada a tomar el poder.[30] Según Hardt y Negri, en la posmodernidad, las condiciones que tornaban posible la insurrección moderna y la toma del poder han desaparecido, "de tal forma que inclusive hasta parece imposible pensar en términos de insurrección" (Hardt y Negri, 2002, p. 164). Afortunadamente, los insurrectos que pusieron fin a la tiranía de Suharto en Indonesia en 1999 no tuvieron ocasión de leer los borradores de *Imperio* porque de lo contrario seguramente habrían desistido de tan noble y heroico empeño. Los argentinos que ganando las calles a fines de 2001 pusieron punto final a un gobierno reaccionario e incapaz, tampoco parecerían haber tomado nota de las elucubraciones de Hardt y Negri, y lo mismo parece haber ocurrido con los campesinos e indígenas bolivianos y ecuatorianos que en los últimos años derrocaron varios gobiernos reaccionarios en sus respectivos países. O con las masas populares peruanas que, con su movilización, forzaron la renuncia de Alberto Fujimori. O con los sectores populares de Caracas que, al ver que la vieja derecha y sus aliados imperialistas hacían oídos sordos de las letanías de estos autores y seguían empeñados en conquistar el poder, ahora por la vía del golpe militar, salieron a las calles a defender al presidente Chávez y reponerlo en la presidencia de la república. La imperiosa necesidad que para las clases y capas explotadas del capitalismo tiene la conquista del poder, reiteradamente subrayada por los clásicos del marxismo y, en este caso, por Rosa Luxemburgo, es un componente insoslayable de cualquier proyecto emancipatorio. Cuando Hardt y Negri escamotean el problema inventando una categoría fantasmagórica, el "contra-poder", que no remite a sujeto histórico y concreto

30. Ya hemos criticado las "ocurrencias" de Hardt y Negri en función de la importancia práctica que habían adquirido en el marco del Foro Social Mundial en Boron (2002).

alguno, lo que están haciendo es contribuir –voluntariamente o no, lo cual es de poca importancia– al desarme ideológico de las fuerzas contestatarias del capitalismo (Boron, 2007b).

La obra de John Holloway, por su parte, plantea una tesis que, si bien tiene una cierta afinidad con la de Hardt y Negri, radicaliza aún más el movimiento auspiciado por estos (Boron, 2001). En efecto, si los autores de *Imperio* rehúyen el tratamiento del tema del poder en su especificidad histórica –el poder de la burguesía y sus efectos en la mundialización neoliberal como "fase superior" del imperialismo– y caen embelesados ante la contemplación de un espectral "contra-poder", en Holloway la huida es mucho más pronunciada. Ya no se trata de postular la existencia de una nebulosa fórmula que, supuestamente, se enfrenta al poder real ejercido por las clases dominantes, sino de abogar a favor de la total erradicación del poder de la faz de la tierra. De lo que se trata, nos dice este autor, es de disolver para siempre las relaciones de poder. Nada se gana con intentar "tomar el poder", o "conquistar el poder del Estado", porque tal estrategia ha fracasado rotundamente.[31] Lo que se requiere es, entonces, la construcción de un "anti-poder", es decir, de un nuevo entramado social en donde las relaciones de poder hayan desaparecido y sean un doloroso recuerdo del pasado.

La génesis de esta crítica absoluta al Estado y a la "ilusión estatal" se hallaría en las enseñanzas que para la estrategia revolucionaria de las masas se desprenden de la experiencia zapatista.[32] Ya no se trataría de

31. El análisis de Holloway es extremadamente general y no introduce ningún tipo de matices, la experiencia de la URSS y la de la Revolución Cubana son exactamente lo mismo, y ambas han fracasado. No existe en su obra la menor tentativa de distinguir situaciones, contextos internacionales, problemas específicos, momentos históricos y logros, aunque sea parciales, de los procesos revolucionarios. Su visión del "fracaso" de las revoluciones es similar a las que, desde la derecha, se formula en la ciencia política de inspiración anglosajona, y en nada ayuda a comprender las durísimas condiciones en las cuales aquellas han tenido lugar y, como la Revolución Cubana, han debido desenvolverse y sobrevivir. Hablar así de "fracaso" nos parece una enorme injusticia y una errónea comprensión de lo ocurrido.

32. Experiencia que habría que examinar con mucho respeto pero también con mucha rigurosidad. Porque, más allá de la belleza literaria de los discursos y las metáforas de sus líderes, y no solo de Marcos, habría que preguntarse cuáles han sido, luego de más de trece años de iniciada la sublevación, los logros concretos de las localidades controladas por el zapatismo en materia de alimentación, salud, educación y seguridad social, para limitarnos a lo más esencial. Y en este punto nos parece, a tenor de las informaciones que disponemos, que la situación de los indígenas chiapanecos dista mucho de haber mejorado sustancialmente a causa de la revolución zapatista.

cambiar el mundo, tarea bastante difícil por cierto, sino, en un proceso infinitamente más audaz y radical, "hacerlo de nuevo", que sin embargo puede ser encarado dejando de lado la rémora doctrinaria de carácter estadocéntrica según la cual la revolución era asimilada "a la conquista del poder estatal y la transformación de la sociedad a través del Estado" (Holloway, 2001, p. 174). En su opinión, el debate que conmovió a las filas de la II Internacional a comienzos del siglo XX y que contraponía reforma y revolución –a Bernstein versus Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo– ocultaba, pese a las aparentes diferencias, un acuerdo fundamental entre sus diversos contendientes y que relegaba a un segundo plano cualquier otra divergencia: reformistas y revolucionarios coincidían en que la construcción de la nueva sociedad pasaba por la conquista del poder del Estado. De ahí el carácter insanablemente estadocéntrico tanto del reformismo como del radicalismo revolucionario. Precisamente por eso, para Holloway, "la gran aportación de los zapatistas [ha] sido romper el vínculo entre revolución y control del Estado", vínculo roto, no hay que olvidarlo, más en el plano discursivo que en lo que Maquiavelo llamaba "la verdad efectiva de las cosas". De acuerdo con esta concepción, el poder se convierte, en consecuencia, en un fetiche horrendo que contamina mortalmente a todo quien tenga la osadía de pretender cambiar el mundo mediante la toma del poder (p. 174).[33]

Sin decirlo, el programa que nos propone Holloway (1997) es, nada menos, la serena e indolora instauración de la sociedad comunista ahorrándonos los dolores del parto de la nueva sociedad, propósito sin duda loable pero completamente ilusorio y, además, bastante parecido a la metáfora de Bernstein cuando decía que se podía llegar al socialismo mediante un proceso tan suave e imperceptible como el cruce de la línea ecuatorial en alta mar.[34] No otra cosa significaría poner fin a la separación entre Estado y sociedad, instituir el autogobierno de los

33. Por supuesto, el poder no es una cosa, un objeto, un instrumento sino una relación social. Por lo tanto, "tomar el poder" para el marxismo clásico equivalía a construir una relación de fuerzas que permitiera llevar adelante las transformaciones que la sociedad requería.

34. La fidelidad de Holloway para con el ideal comunista establece una diferencia muy significativa entre su obra y la de Hardt y Negri, cuya capitulación ante el imperialismo va de la mano de su renuncia a la construcción de una alternativa poscapitalista, para no hablar del comunismo.

productores y, de ese modo, lograr la tan anhelada extinción del Estado (p. 24). Hasta aquí la propuesta no es nada novedosa pues se inscribe claramente en la tradición comunista, salvo que, en el caso de este autor, todo este programa debería realizarse sin que las fuerzas populares se propongan tomar el poder del Estado. Haciéndose eco del discurso zapatista, Holloway (2001) asegura que no se trata de "un proyecto de hacernos poderosos sino de disolver las relaciones de poder" (p. 174).

Nada más alejado de la concepción de Rosa que las teorizaciones de estos autores. Según ella, la conquista del poder político ha sido el objetivo de todas las clases emergentes, lo que da comienzo y fin a cada etapa histórica. Por consiguiente, renunciar a la conquista del poder político significa, lisa y llanamente, capitular ante el enemigo, arriar las banderas de la transformación socialista de la sociedad y abdicar ante el dominio de la burguesía. Para Rosa, la conquista del poder político no solo es posible sino también necesaria. Bernstein, en cambio, desaprueba ambas cosas. Es más, ve en el camino de las "reformas legislativas" la acción de la inteligencia, mientras que las revoluciones expresarían los "sentimientos" y las pasiones de las personas. Pero además, y este es un punto sobre el cual Rosa va a insistir permanentemente, Bernstein considera a la reforma como un "método lento del progreso histórico" mientras que la revolución sería un método rápido (Luxemburgo, 2010, p. 160). Rosa refuta admirablemente esta interpretación del revisionismo y con elocuencia sostiene que "la reforma legislativa y la revolución no son, por tanto, distintos métodos de progreso histórico que puedan elegirse libremente en el mostrador de la historia [...] sino factores distintos en el desarrollo de la sociedad de clases" (pp. 160-161). Y profundiza este razonamiento con una cita que, por su claridad y persuasión, merece ser transcripta *in extenso*:

> Toda constitución política no es más que un *producto* de la revolución. En la historia de las clases, la revolución es el acto de creación política, mientras la legislación solo expresa que una sociedad sigue vegetando políticamente. La lucha por la reforma no genera su propia dirección independiente de la revolución, sino que en cada período histórico se mueve en la dirección marcada por el empujón

> de la última revolución y mientras ese impulso dure. O, dicho más concretamente: solo se mueve en el *marco* de la forma de sociedad traída al mundo por la última revolución. Este es precisamente el núcleo de la cuestión (p. 161).

De lo anterior se desprende el error de concebir a la reforma como una proyección en cámara lenta de la revolución, como una revolución avanzando pausadamente, mientras que esta última no sería sino el atropellado despliegue de un conjunto de reformas condensada en un breve lapso. El problema, señala Rosa, es que la diferencia entre ambas no es el *tempo* o el ritmo de los cambios sino su contenido y orientación. Por eso, quien se pronuncie a favor de la reforma legislativa en lugar de la conquista del poder político y la revolución social, "no elige en realidad un camino más tranquilo, seguro y lento hacia el *mismo* fin, sino además un fin *diferente*" (p. 161). Lo que se elige es optar por superficiales modificaciones en la vieja sociedad en lugar de la construcción de otra nueva. La aceptación del programa "reformista" del revisionismo socialdemócrata –en una observación tan válida para ayer como para hoy, por ejemplo, pensando en los teóricos de la mal llamada "tercera vía"– no apunta a "la realización del orden *socialista*, sino meramente a la reforma del *capitalista*; no apuntan a la supresión del trabajo asalariado, sino a una mayor o menor explotación; [...] apunta a la supresión de los excesos del capitalismo, no a la del propio capitalismo" (p. 161).

Rosa plantea, con toda razón, que la esterilidad de la vía legislativa al socialismo no anida en la pusilanimidad de los reformistas –que, por supuesto, existe– sino que obedece a la naturaleza misma del modo de producción capitalista. Con perspicacia se pregunta: ¿dónde están las normas jurídicas que obligan al proletario a vender su fuerza de trabajo? "En todo nuestro ordenamiento jurídico –continúa– no se encuentra ni una sola fórmula legal para la actual dominación de clase" (p. 162). ¿Cómo podría la esclavitud del trabajo asalariado suprimirse mediante una "reforma legislativa"? Para sintetizar, "las relaciones fundamentales que sustentan la dominación de clase capitalista no pueden transformarse por medio de reformas legales sobre base burguesa, porque ni fueron introducidas mediante leyes burguesas, ni han recibido su forma

a través de tales leyes" (p. 163). Sin la conquista del poder político, es decir, sin la construcción de una correlación de fuerzas sociales abrumadoramente favorables a la revolución, y sin la elevación de los trabajadores a la condición de clase dominante, los cambios por los que lucha la socialdemocracia por medio de su programa reformista jamás verán la luz del sol.

La dialéctica como arma de la revolución

Rosa termina su escrito con una breve referencia al método dialéctico. Critica con dureza a Bernstein porque "al dirigir sus dardos más afilados contra la dialéctica, ¿qué hace sino combatir el pensamiento específico del proletariado en ascenso y dotado de conciencia de clase?" (p. 172). Pese a su revisionismo, Bernstein había aprendido muy bien la lección de Marx que concebía a la teoría como un arma de la revolución, y la dialéctica y su concepción metodológica constituían una herramienta indispensable para orientar a las clases y capas populares en sus luchas emancipadoras. La cuestión epistemológica, por tanto, excedía con creces los marcos de un debate filosófico en la academia y se convertía en un factor decisivo en la formación de la conciencia revolucionaria. Sin el pensamiento dialéctico, el proletariado no puede adquirir conciencia de su situación, ni mucho menos percibir el carácter transitorio de un modo de producción como el capitalismo, cuyos epígonos y propagandistas insisten en presentarlo como "eterno y natural" desalentando, de este modo, cualquier pretensión de superarlo.

En su ensayo sobre Rosa Luxemburgo, Lelio Basso (1977) observa agudamente:

> La concepción bernsteiniana es mecánica y no dialéctica porque no contempla a la sociedad y a la historia como un conjunto de relaciones orgánicamente coligadas sino como una desnuda serie de hechos, lo que permite abstraer determinadas relaciones causales y separar, al estilo de Proudhon, los "lados buenos" de los "lados malos" de la sociedad (pp. 30-31).

A partir de ese mecanicismo y de la renuncia a la categoría de totalidad, sigue diciendo el teórico italiano, es posible examinar en su aislamiento y "considerar como eliminables y corregibles fenómenos que por lo contrario son momentos esenciales del proceso de desarrollo capitalista", lo que permite apartar la lucha de clases de su objetivo fundamental: la fundación de un nuevo orden social reduciéndola, en cambio, a una serie desarticulada de luchas segmentadas que, en su dispersión, no cuestionan al viejo orden social.

Las anotaciones anteriores no solo son pertinentes sino también actuales porque toda una serie de autores "posmarxistas" –que más apropiadamente deberían ser considerados como "ex marxistas"– han convertido el ataque a la dialéctica en un lugar común. Esto se observa con toda claridad en las obras de Ernesto Laclau, Chantal Mouffe, Ludolfo Paramio y, por supuesto, en las diversas intervenciones de Hardt y Negri donde la dialéctica es defenestrada sin mayores miramientos e inclusive convertida en objeto de los más burdos sarcasmos. No existe en estos autores el menor atisbo de conciencia de que, sin una concepción teórica dialéctica, las clases y capas subalternas no serán capaces de vislumbrar la posibilidad de construir un orden social alternativo.[35] Solo el pensamiento dialéctico es capaz de denunciar la transitoriedad de todo lo existente y la omnipresencia de las contradicciones de la vida material. Solo él puede ofrecer, a los condenados de la tierra, una plataforma cognoscitiva desde la cual pensar al capitalismo y su superación, y poder concebir al presente de explotación y opresión como un momento destinado inexorablemente a desaparecer si los dominados se atreven a tomar el cielo por asalto.[36] Pero tal cosa no ocurre al azar sino que exige la disponibilidad de una buena teoría, una adecuada "guía para la acción"

35. En este sentido, es sumamente instructiva una entrevista concedida por Michael Hardt (2001) poco después de la publicación de *Imperio* donde dice que si en la época de Marx el pensamiento revolucionario reconocía como sus tres fuentes la filosofía alemana (es decir, la dialéctica de matriz hegeliana), la economía política inglesa y la política francesa, "en nuestros días [...] el pensamiento revolucionario es orientado por la filosofía francesa, la ciencia económica norteamericana y la política italiana". Con semejantes guías teóricas es fácil entender las razones por las cuales las revoluciones se han convertido en algo tan infrecuente en nuestro tiempo.

36. Sobre este tema las contribuciones de Boaventura de Sousa Santos en torno al "epistemicidio" de los saberes ofrece una pista sumamente interesante para el análisis de las dificultades en la formación de la conciencia revolucionaria, o emancipatoria, de las masas.

que convierta la rebeldía y la resistencia en iniciativa revolucionaria. De lo contrario, lo que prevalecerá será el escapismo, la retirada hacia los pliegues del individualismo, el "sálvese quien pueda". La reivindicación que Rosa hace de la dialéctica es un oportuno recordatorio en tiempos como los que corren.

Rosa, la reforma y la revolución en la actual coyuntura latinoamericana

El cambiante panorama sociopolítico de América Latina de comienzos del siglo XXI, cuando accedieron al gobierno candidatos con una clara identidad izquierdista –principalmente Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador– y otros mucho más moderados pero que, retóricamente, se alinean en la oposición al neoliberalismo, como los Kirchner en Argentina, Lula en Brasil, Vázquez y, en la actualidad, Mujica en Uruguay, amén de algunos casos más vidriosos en Nicaragua y El Salvador, actualiza con renovados bríos la discusión de Rosa sobre el reformismo y, simultáneamente, la urgencia de dilucidar para América Latina si, después de la feroz embestida neoliberal de las décadas de 1980 y 1990, el derrumbe de la Unión Soviética y la consolidación de una China que se afana en demostrar que es una economía de mercado, las alternativas políticas siguen siendo reforma o revolución.

Para dicha tarea, la obra teórica y práctica, es decir, la propia vida de Rosa –su excepcional coherencia a lo largo de toda ella, coherencia y consistencias tan infrecuentes en nuestros días– son de una excepcional importancia. A su vez, se requiere, para aprovecharlas en toda su dimensión, tener en cuenta dos aspectos muy importantes: primero, que su mirada sobre las reformas y el reformismo estaban condicionadas por la evolución de la coyuntura europea y las perspectivas que se abrían en el período transcurrido entre 1890 y la fecha de su asesinato, en 1919; segundo, que se nutrían exclusivamente de lo que estaba aconteciendo en el escenario europeo, es decir, en el corazón del capitalismo metropolitano. Sus referencias a la periferia eran aisladas e intermitentes. Veremos esto a continuación.

El contexto histórico de la crítica de Rosa a las reformas sociales, o porque las reformas no necesariamente significan "reformismo"

En relación con el primer aspecto es preciso recordar que Rosa vive un momento muy especial en la historia del capitalismo: recuperación del proceso de acumulación pero, simultáneamente, avance del proletariado y ascenso revolucionario de las masas populares en las metrópolis del sistema. Rosa es testigo y protagonista de la fase final del período inaugurado con las revoluciones de 1848, punto sobre el que en sus *Cuadernos* Antonio Gramsci insiste una y otra vez. Dicha fase presenta, por un lado, claros signos de estabilización y recuperación capitalista a partir de la última década del siglo XIX, dando origen a un ciclo de acelerada expansión que, pese a la interrupción ocasionada por la Primera Guerra Mundial, se extendería hasta lo que el economista chileno Aníbal Pinto caracterizaría como un "final wagneriano" con la Gran Depresión estallada en 1929 y que se prolongaría durante toda la década siguiente. Por otro lado, esta fase atestiguó el ascenso del movimiento obrero, grandes avances en la representación política de las clases populares y, muy especialmente, inéditas tentativas revolucionarias que, en poco tiempo, hicieron palidecer a la mismísima Comuna de París. Las revoluciones rusas de 1905 y 1917 ejercieron una profunda influencia en el clima de época, pero otro tanto puede decirse de las tentativas insurreccionales que, sobre todo, a la vuelta de la Primera Guerra, sacudieron principalmente a Alemania, el Imperio Austro-Húngaro e Italia y, en menor medida, a otras comarcas europeas. Antes, en 1910, la Revolución Mexicana sería la primera en liquidar el orden oligárquico en América Latina. En el Imperio Otomano, en 1908, los Jóvenes Turcos deponían al sultanato e inauguraban un período democrático que, pese a su brevedad, fue el más importante de la historia del Imperio. En octubre de 1910 se derroca a la monarquía en Portugal y se establece la República. Luego de una serie de insurrecciones campesinas y grandes movilizaciones populares, el 1 de enero de 1912 se derrumba el milenario Imperio de la China, regenteada entonces por la dinastía Qing, y se proclama la República. En 1912 se funda el Congreso Nacional Africano, con el objetivo de poner fin a la segregación de los negros en la República Sudafricana. La

Primera Guerra Mundial precipita intensos procesos de movilización en toda Europa, y los alzamientos, consejos obreros y campesinos, y soviets colorean la compleja escenografía del Viejo Continente. Tres grandes imperios: el Alemán, el Austro-Húngaro y el Zarista se derrumban en las postrimerías de la guerra. El marxismo se afianza en las masas populares y la literatura socialista penetra en estratos cada vez más profundos de las sociedades europeas. Como clara expresión de ese clima de época, en 1908 aparece un texto que sin provenir de la tradición marxista ejercería una influencia duradera en los autores y militantes afiliados a esa corriente: Georges Sorel publica en París *Reflexiones sobre la violencia* y elabora una teorización cuyo eje central es el papel del mito y, sobre todo, del mito de la "huelga general revolucionaria" en la producción de los acontecimientos históricos. Lenin y, sobre todo, Gramsci habrían de referirse continuamente a las concepciones sorelianas.[37]

Tal situación, una coyuntura de ascenso en la combatividad de las clases populares y sus organizaciones de izquierda, no podía sino predisponer negativamente a Rosa ante cualquier apología o defensa de una estrategia de reformas. Después de todo, los tiempos parecían maduros para la revolución de modo que las reformas aparecían –y lo eran, en ese momento– como un desvío de la ruta del proletariado que conducía hacia su propia revolución. Pero el fracaso de la revolución en Alemania, asunto del cual Rosa sería una de sus primeras víctimas, y que luego se replicaría en los otros países europeos, obligó al movimiento revolucionario a replegarse y a desarrollar nuevas estrategias y tácticas de lucha, sobre todo a partir de la gran crisis de 1929 y el auge de los fascismos en Europa. El Frente Popular y la táctica del Frente Único, adoptada por la Internacional Comunista luego del fracaso estrepitoso de la táctica de "clase contra clase", son indicaciones claras de que la marea ascendente del proletariado había entrado en un prolongado reflujo. Pero Rosa no vivió para contarlo.

Distinto es el contexto actual de América Latina, donde las enseñanzas de Rosa conservan todo su valor pero a condición de que se desentrañe

37. Ver Kersffeld (2004) quien explora los vínculos entre Sorel y los pensadores del socialismo desde una perspectiva latinoamericana.

el contexto de producción de sus ideas y se tome debida nota de los datos novedosos que caracterizan nuestro momento actual. Decíamos en varias oportunidades que en Latinoamérica la revolución es más necesaria que nunca, pero que las condiciones subjetivas requeridas para ello muestran un significativo retraso. Lo cierto es que no existen hoy las condiciones prevalecientes en la década de 1960 y parte de la siguiente, y que el reflujo desencadenado por la ofensiva neoliberal colocó al movimiento popular a la defensiva, situación que recién hace unos pocos años comenzó a revertirse, y no en todos los países, con el mismo vigor. En ese contexto, las reformas constituyen un primer esfuerzo que, bajo ciertas condiciones que veremos más adelante, pueden abrir paso a desarrollos políticos más promisorios. Por tanto, las lecciones derivadas de la lectura de Rosa deben ser asimiladas a partir de esta realidad. Sus críticas eran absolutamente pertinentes toda vez que en las condiciones prevalecientes en Europa a comienzos del siglo XX las reformas tenían un objetivo claramente "reformista", es decir, no tenían la intención ni la capacidad de trascender al sistema capitalista. Pero las reformas que se han puesto en marcha en algunos países de América Latina, en cambio, y sobre todo en Venezuela, Bolivia y Ecuador, tienen otra orientación y direccionalidad, y sería erróneo, como lo predica una ultraizquierda que todavía no comprende que le hace el juego al imperialismo, despreciarlas como una traición al objetivo supremo e irrenunciable de acabar con el capitalismo. El reformismo abdica de la pretensión revolucionaria; algunas reformas, en cambio, pueden objetivamente abrir el camino a la revolución. No siempre es fácil distinguir entre unas y otras, pero que las diferencias existen es innegable tanto como lo es su importancia política. Vamos a explorar este asunto más detalladamente en las páginas que siguen.

Recapitulando, en razón de su inserción política en la situación alemana, la visión de Rosa sobre las reformas se restringió a lo que ocurría, o podía ocurrir, en el corazón del sistema capitalista. Sus referencias a la periferia del sistema son muy aisladas, y en muchos casos habla de situaciones como la polaca que, pese a su atraso y como periferia europea, no guarda demasiadas similitudes con la fisonomía impuesta por el capitalismo en regiones de América Latina y el Caribe, África y Asia.

Sería injusto, empero, decir que Rosa no dirigió su mirada hacia la periferia. De hecho, su mayor obra teórica, *La acumulación del capital*, trata extensamente el tema, pero desde el punto de vista de las relaciones económicas internacionales y el imperialismo, con escasa atención dedicada a los procesos políticos internos de los países de la periferia. Esta opción oscureció su análisis sobre las potencialidades de los procesos reformistas iniciados en la periferia, que en muchos casos culminaron, luego de largas luchas y enconadas resistencias del imperialismo y las clases dominantes locales, en importantes revoluciones: México, China y Rusia a comienzos del siglo XX, y Cuba, al promediar el mismo siglo, son indicios claros de que la discontinuidad que Rosa veía entre reforma y revolución en el continente europeo daba lugar, en buena parte debido a la sobredeterminación del imperialismo, a un vínculo de otro tipo entre una y otra, como veremos a continuación.

Desafíos de una situación paradojal: necesidad de la revolución, dificultad de la revolución

Nuestro continente exhibe hoy una brutal paradoja: por el verdadero holocausto social que está transitando se diría que lo único que puede salvarla es una revolución. O, como dice el presidente Chávez, "no hay solución para los males de nuestra América dentro del capitalismo. La solución está en el socialismo del siglo XXI". Sin embargo, pese a que la revolución es hoy más necesaria que nunca, su probabilidad –al menos en el corto plazo– parecería ser más baja que nunca. Esta paradoja actualiza la vigencia de las palabras del gran marxista peruano José C. Mariátegui cuando dijera que el socialismo en América Latina será una empresa heroica, y que no podrá ser "calco y copia". Será preciso animarse a crear, a buscar un camino propio. Simón Rodríguez, ese deslumbrante intelectual de nuestra independencia, sintetizó este dilema en una fórmula simple pero a la vez profunda: "o inventamos o erramos". Morales y Correa inventan y actúan muy resueltamente, porque sino errarían el camino. Lo mismo ha venido haciendo Chávez en una singular revolución que aún no termina de apoderarse del poder del

Estado, y que pese a las directivas presidenciales todavía no se conforma a la nueva realidad sociopolítica del país.[38] Fidel, a su vez, lo repitió una y otra vez en una sentencia inapelable: "cada vez que copiamos nos fue mal". Si hay algo original e inimitable en la historia de los pueblos son las revoluciones. Ninguna revolución puede ser "calco y copia".

Podría objetársenos la introducción de la palabra "revolución" en todo este discurso. En el imaginario clásico de la izquierda, aquella se asocia con la conquista violenta del poder político, con el "acto" revolucionario por excelencia, perdiéndose a menudo de vista el prolongado –muchas veces subterráneo y silencioso– proceso que conduce a esa victoria. Queda en pie la incógnita, nada teórica por cierto y que nos reenvía a nuestra discusión sobre el nexo reforma-revolución: ¿cuándo y cómo comienza una revolución? En el discurso pronunciado en la Universidad de Concepción, en Chile, durante su visita a ese país en 1971, Fidel Castro Ruz (1972) se refería a este tema y, por añadidura, a la compleja dialéctica que entrelaza reforma y revolución, en los siguientes términos:

> La revolución tiene distintas fases. Nuestro programa de lucha contra Batista no era un programa socialista ni podía ser un programa socialista, realmente, porque los objetivos inmediatos de nuestra lucha no eran todavía, ni podían ser, objetivos socialistas. Estos habrían rebasado el nivel de conciencia política de la sociedad cubana en aquella fase; habrían rebasado el nivel de las posibilidades de nuestro pueblo en aquella fase. Nuestro programa cuando el Moncada no era un programa socialista. Pero era el máximo de programa social y revolucionario que en aquel momento nuestro pueblo podía plantearse (p. 89).

¿Qué enseñanzas se pueden extraer de estas palabras? Por de pronto, que la revolución no es la súbita epifanía del comunismo, un acto único

38. La tarea de fundar el Estado revolucionario no es tan sencilla como algunos creen. Para implementar las políticas sociales que necesitaba Venezuela en salud y educación, Chávez tuvo que prescindir del aparato estatal e inventar las "misiones". Crea Telesur pero demoró años en lograr que ese canal sea visto en la televisión de aire y gratuita. La tarea de fundar el Estado revolucionario no es tan sencilla como algunos creen.

que desciende de los cielos para incendiar la pradera popular, para usar una metáfora cara al joven Marx, sino un proceso, que, como dice Fidel, "tiene fases" y un desarrollo que muchas veces provoca la impaciencia de los revolucionarios. Otra lección: la necesidad de determinar con precisión cuál es el nivel de conciencia política y de posibilidades reales de lucha de nuestros pueblos en esta peculiar coyuntura de su desarrollo histórico. Peculiar, decíamos, porque pocas veces las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución asumieron trayectorias tan diferentes: mientras el holocausto social en marcha pide a los gritos una salida revolucionaria, las condiciones subjetivas que hacen a la organización y la conciencia del campo popular no están a la altura de las circunstancias. Esto obliga a examinar la claridad ideológica y la calidad de las organizaciones sociales y políticas del campo popular así como las correlaciones de fuerza existentes tanto en el plano doméstico como en el internacional. Sin un minucioso examen de estas cuestiones se corre el riesgo de caer en un "revolucionarismo retórico" tan desacertado como estéril y que supone, mal, que la miseria y la abyección de las masas son condiciones suficientes para la revolución, en cuyo caso la historia de la humanidad habría sido muy diferente a la conocida hasta el día de hoy. Esta desacertada actitud, que refleja un menos que mediocre conocimiento de la teoría marxista, solo ha servido para que los dogmáticos practiquen su pasatiempo favorito: inventariar y denunciar a la legión de "traidores" que a lo largo de la historia abortaron con su indecisión y cobardía la infinidad de procesos revolucionarios que, según su frondosa imaginación, se hallaban en curso en los más apartados rincones del planeta. En todo caso, y volviendo a lo que decía Fidel, cabría preguntarse en relación con el caso de Bolivia, específicamente: ¿es el programa del Movimiento al Socialismo (MAS) el "máximo social y revolucionario" que, bajo determinadas condiciones de conciencia y organización, puede hoy plantearse el pueblo boliviano? Si bien es difícil ofrecer una respuesta muy categórica, nos parece que sí.

Ahora bien, ¿significa esto que en países como Venezuela, Bolivia y Ecuador se han desencadenado procesos destinados a tener un desenlace revolucionario? De ninguna manera: ese fatalismo es definitivamente contrario a la teoría marxista. Además, la respuesta a esa pregunta

tiene que ser sumamente matizada, y por supuesto no puede ser la misma para cada país. Pero no sería temerario sostener que las reformas iniciadas en Venezuela, Bolivia y Ecuador se inclinan en esa dirección. Pero la lucha de clases existe, el imperialismo es cada vez más agresivo y los obstáculos, sabotajes y presiones que aguardan a lo largo del camino podrían frustrar los mejores empeños: la movilización de la IV Flota, el apoyo al golpe de Estado en Honduras y la legitimación de las fraudulentas elecciones realizadas en noviembre de 2009, el tratado Obama-Uribe por medio del cual se habilita la presencia de tropas norteamericanas en siete bases militares colombianas, la ocupación militar de Haití y la creciente militarización de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina. En el caso boliviano, la coyuntura actual condensa un proceso de persistente y creciente movilización y organización populares que ya lleva varios años y que en las últimas elecciones presidenciales otorgó un nivel de respaldo sin precedentes al presidente Evo Morales. Desde la llamada "guerra del agua" en Cochabamba, en 2000, las grandes movilizaciones y enfrentamientos en el Chapare y en La Paz a comienzos de 2003 hasta la "guerra del gas" en septiembre y octubre, la toma de la ciudad de La Paz, y el derrocamiento del "consulado" de Gonzalo Sánchez de Lozada, en octubre de 2003, el proceso de movilización y organización popular ha ido creciendo sin pausas. El resultado de las últimas elecciones presidenciales, en 2009, con un 65% de los votos a favor de la fórmula Morales-García Linera (que ni siquiera sus rivales más encarnizados y los encuestólogos contratados por la embajada norteamericana sospechaban podría producirse) proyectó sobre el plano electoral lo que venía ocurriendo en los estratos más profundos de la sociedad boliviana. Como resultado, Evo fue reelecto y, además, obtuvo la mayoría de los dos tercios en ambas cámaras del congreso. En Ecuador, grandes movilizaciones populares fueron derrumbando un gobierno de derecha tras otro, incluyendo el de Lucio Gutiérrez, surgido como producto de la insurgencia campesina e indígena pero que luego traicionó, con un descaro pocas veces visto, cada una de sus promesas electorales para terminar arrodillándose en Washington ante la Casa Blanca y el FMI, haciendo cual grotesca caricatura de Galileo una pública retractación de sus pecados retóricos durante la campaña y prometiendo

colaborar incondicionalmente con el gobierno de los Estados Unidos. La victoria electoral de Rafael Correa, sin organización partidaria alguna, demuestra los alcances de una deslegitimación radical de las organizaciones políticas tradicionales y la fuerza de la activación de los sectores populares que con su polifonía de movimientos hicieron posible un triunfo aplastante, luchando contra todos los poderes establecidos del Ecuador y sus amigos en Washington. Meses después, este vuelco electoral se reafirmaría en las elecciones constituyentes y, en 2009, con una nueva aplastante victoria presidencial.

De todos modos, es preciso recordar lo que decíamos anteriormente en relación con las observaciones vertidas por Lenin acerca de que el comienzo de una revolución no autoriza a pronosticar su exitosa culminación; un desenlace posible, más o menos probable según los casos, puede también ser la contrarrevolución. Tal vez los casos de Bolivia y Ecuador sean de aquellos en los cuales, como señalaba el revolucionario ruso, dar comienzo a la revolución es cosa sencilla, siendo mucho más difícil, en cambio, garantizar la consolidación y avance de la misma. El desencadenamiento de una dinámica revolucionaria no solo moviliza a las clases y capas subalternas sino que, casi siempre más aceleradamente, al imperialismo, las clases dominantes locales y sus aliados. Y, producto de las circunstancias históricas, el papel político del imperialismo en la periferia no fue asunto que entrara en el horizonte de visibilidad de Rosa. Tal como lo observara con agudeza Gramsci, las fuerzas conservadoras reagrupan rápidamente sus efectivos, reorganizan sus aparatos, modifican sus estrategias y tácticas de lucha y cambian su lenguaje en procura de contener la marea ascendente de la revolución. Una de las grandes preguntas de estos procesos es precisamente esta: ¿quién aprenderá más rápido? ¿Las masas o la burguesía? No hay respuesta desde la teoría para este interrogante. Solo podemos asegurar que las chances de supervivencia de una revolución dependen grandemente de la radicalidad de las reformas que se apliquen en las primeras fases del proceso. Si estas afianzan la capacidad de organización y lucha de las clases populares, si elevan el nivel de su conciencia política, si promueven políticas que debilitan los dispositivos de dominio de la burguesía, y si todo esto se cristaliza en nuevas correlaciones de fuerza cada vez más favorables al

campo popular y en arreglos constitucionales y legales que ratifiquen con todo el peso de la institucionalidad estatal los avances de las clases populares, la dialéctica de la lucha de clases puede finalmente consagrar el triunfo de la revolución. Pero si nada de esto ocurre, la revolución en curso puede tener muy corta vida y sucumbir a manos de sus implacables enemigos.

Paradojalmente, la vitalidad del impulso revolucionario depende de la radicalidad y celeridad de las reformas implementadas en las primeras fases del proceso, desmintiendo por lo tanto el supuesto –indiscutible en la época de Rosa pero cuestionable ya en nuestro tiempo– de que hay un solo tipo de reformas. Cuando ella decía que quien opta por las reformas lo hace por un camino que lleva a una meta distinta de la revolución, estaba pensando en el reformismo del partido alemán y sus sindicatos, para los cuales nada podía ser más ajeno a sus intereses que movilizar al pueblo, organizarlo y ayudarle a tomar conciencia de sus intereses. Pero, tal como decíamos anteriormente, lo que la historia del siglo XX ha enseñado es que puede haber otro tipo de reformas, que actúan como poderosos catalizadores de la revolución, y para las cuales la radical distinción establecida por Rosa pierde gran parte de su valor político y heurístico.

Al analizar las reformas en curso en la región (que son muchas menos de lo que se piensa, dado que los gobiernos de la llamada "centroizquierda" no se apartaron del rumbo neoliberal que venían recorriendo sus países), lo central es determinar si ellas potencian o no la capacidad de organización del campo popular. Lenin decía en ¿Qué hacer? que la única arma con que cuenta el proletariado es su organización. Este no dispone de recursos económicos ni de grandes medios de comunicación de masas, y las leyes e instituciones del Estado operan siguiendo una lógica clasista que reproduce y perpetúa la subordinación de las clases populares al bloque dominante. Por consiguiente, lo único que puede garantizar la viabilidad de un gobierno de izquierda, hoy en América Latina, será la fortaleza, extensión y densidad organizativa de los movimientos sociales que lo catapultaron a, o lo sostienen en, la presidencia. A diferencia del Partido de los Trabajadores (PT) brasileño, el MAS boliviano apenas si puede ser considerado como un partido político. Menos

aún Alianza País, la coalición de fuerzas políticas que impuso la candidatura de Correa en Ecuador. Pero la savia "movimientista" que le falta al primero –y que parece haber sido una de las causas fundamentales de su vergonzosa capitulación y su caída en la corruptela tradicional de la política oligárquica brasileña– la tienen en exceso los movimientos sociales bolivianos y ecuatorianos. Si en el caso del PT había demasiado aparato político y poca densidad social, la experiencia de los países andinos demuestra exactamente lo contrario: una exuberante densidad social y una predisposición movilizacionista que conviven dificultosamente, como no podría ser de otra manera, con una débil expresión político-partidaria. Si lo primero, la densidad social, es un elemento positivo, debe recordarse que solo lo es a condición de que no se pierda de vista la función sintetizadora y articuladora del partido, imprescindible para superar los particularismos que, salvo rarísimas excepciones, caracterizan la estructura y los proyectos de los movimientos sociales. En todo caso, la fórmula de una eficaz y legítima gobernanza pasa por el fortalecimiento de los movimientos sociales –cuyo protagonismo fue decisivo para hacer posible el triunfo de Evo y de Correa, y será aún más decisivo para sostenerlos en el poder– y la constitución de una fuerza política capaz de coherentizar la multiplicidad de demandas que aquellos plantean. Dicho en otras palabras, amalgamar en una fórmula creativa y eficaz la calle y el comicio.

Un repaso a la historia de las "revoluciones realmente existentes"

Alguien podría objetar como una incongruencia que el triunfo final de una revolución también dependa, como se decía antes, de la radicalidad de las medidas reformistas que se tomen en las fases iniciales del proceso. ¿No hay acaso un abismo insalvable que separa reforma de revolución? ¿No es eso lo que argumenta, con toda eficacia, Rosa al criticar a Bernstein en el libro que estamos presentando? Pero, como decíamos anteriormente, la experiencia histórica a lo largo del siglo XX enseña que reformismo y reforma no necesariamente son la misma cosa. Rosa entrevió la posibilidad de un vínculo alternativo entre reforma y revolución

cuando, criticando a un epígono de Bernstein, Konrad Schmidt, decía que el tránsito al socialismo por la vía de las reformas solo podría darse "si en verdad se pudiera construir una cadena ininterrumpida de reformas sociales constantes y siempre crecientes que condujeran inmediatamente desde el orden social actual al socialista. Esto, por supuesto, es una ilusión" (Luxemburg, 2010, p. 133). Lo cierto es, sin embargo, que difícilmente las revoluciones nacen como tales sino que se van definiendo a medida que la lucha de clases desatada por la dinámica de los procesos de transformación radicaliza posiciones, supera viejos equilibrios y redefine nuevos horizontes para las iniciativas de las fuerzas contestatarias que, en muchos casos, no tenían en su cabeza alcanzar un objetivo revolucionario.

Fidel (2005) decía en el ya citado discurso que el programa de lucha contra Batista no era ni podía ser socialista. Tal como lo anticipara en ese extraordinario manifiesto que es *La historia me absolverá*, el programa concreto de los insurgentes no contenía medida alguna que podría haber sido caracterizada como "socialista" por aquellos espíritus candorosos, y antidialécticos, que creen que el socialismo se instala por un úkase burocrático. Eso ocurrió en las mal llamadas "democracias populares" del Este europeo, y así les fue: esos países hoy renacen como la vanguardia de lo más reaccionario que existe en el capitalismo europeo. El programa del 26 de Julio contemplaba, en cambio, una agenda seria de reformas, pero nada más: restablecer la Constitución de 1940; conceder la propiedad de la tierra a campesinos que ocuparan pequeñas parcelas, pagando una razonable indemnización a los antiguos propietarios; otorgar a los obreros y empleados de una participación del 30% en las utilidades de las grandes empresas; implementar una reforma integral de la enseñanza; confiscar todos los bienes malversados por los gobernantes; y concretar la reforma agraria de la gran propiedad territorial y la nacionalización de los monopolios en la industria eléctrica y los teléfonos (pp. 61-69). La Revolución Cubana se fue radicalizando a medida que sus primeras, cautelosas medidas, fueron desencadenando la virulenta reacción del imperialismo: despojo de la cuota azucarera para abastecer el mercado norteamericano, negativa a aportar el petróleo que requería la isla, rechazo al procesamiento del crudo procedente de terceros países

en refinerías yankis, etcétera. Pese a esto, y a la radicalización de las respuestas que ofrecía La Habana, sería solo después de Playa Girón que la Revolución Cubana se definiría como socialista, a más de dos años de haber conquistado el poder político. ¿Cómo explicar esta situación?

Desafiando una muy arraigada tradición, Fidel (1972) decía en Chile:

> Un revolucionario verdadero siempre busca el máximo de cambios sociales. Pero buscar un máximo de cambio social no significa que en cualquier instante se pueda proponer ese máximo, sino que en determinado instante y en consideración al nivel de desarrollo de la conciencia y de las correlaciones de fuerzas se puede proponer un objetivo determinado. Y una vez logrado ese objetivo proponerse otro objetivo más hacia delante. El revolucionario no tiene compromisos de quedarse en el camino (p. 90).

En otras palabras, y esta es una de las grandes paradojas de la vida política, una revolución rara vez comienza como tal. La secuencia verificada no solo en la experiencia cubana sino también en la soviética es que los revolucionarios casi invariablemente levantan un elemental conjunto de reivindicaciones que apenas si podrían llamarse "reformistas". Ya hemos visto el programa del 26 de Julio; recordemos ahora, brevemente, la consigna de los bolcheviques en vísperas de la Revolución Rusa: "Pan, tierra y paz". Este fue el programa que supo captar el estado de ánimo de las grandes masas obreras y campesinas rusas, el que acertó en determinar su "nivel de posibilidades" y el estado de su conciencia política. Lo mismo ha ocurrido con las revoluciones burguesas. La de Francia comenzó como una revuelta en un barrio de París originada por el aumento en el precio del pan. No estaba en el ánimo de los revoltosos acabar con la sociedad feudal y la institución que la coronaba: la más ostentosa de todas las monarquías europeas. Mucho menos, decapitar a gran parte de la aristocracia y exiliar al resto. Sin embargo, ese fue el resultado final de su rebelión en pos de objetivos muy concretos e inmediatos que ni siquiera eran reformistas. Y no muy diferente es la historia de la Revolución Mexicana, precipitada por la movilización de grandes masas campesinas en defensa de sus modos tradicionales de vida.

En las condiciones actuales, por lo tanto, sería un error reiterar mecánicamente la antinomia entre reforma y revolución tal como la planteara Rosa en un texto escrito hace poco más de un siglo. Hay que decir, a su favor, que en el momento en que elaboraba su justa crítica a Bernstein la única revolución proletaria conocida era la de la Comuna de París. Nosotros, con el beneficio que nos otorga la experiencia histórica del siglo XX, las revoluciones proletarias y campesinas en Rusia, China, Vietnam, Cuba, comprobamos que existe un nexo dialéctico entre cierto tipo de reformas –no cualquier reforma, se entiende– y la revolución.

Pero de la historia también aprendimos que una política de reformas casi invariablemente culmina en una deshonrosa capitulación: un siglo de reformismo socialdemócrata en Europa confirman plenamente la validez de los análisis luxemburguianos. Esas reformas demostraron ser penosamente insuficientes para "superar" el capitalismo e instaurar un orden económico y social más justo, igualitario y democrático. Produjeron algunos cambios importantes, sin duda alguna, pero siempre "dentro del sistema". Su declarada intención de "cambiar el sistema" se ahogó en las aguas de la retórica. Pero este resultado estaba muy lejos de ser una fatalidad histórica. El reformismo socialdemócrata nunca se propuso superar al capitalismo, sino solo "humanizarlo", limando sus aristas más intolerables e injustas. No trascendió los límites del Programa de Gotha, denunciado en su tiempo por Marx en unas páginas memorables, y jamás pretendió socavar la dictadura del capital: debilitar sus raíces materiales y sus aparatos de dominación potenciando, al mismo tiempo, la organización autónoma de las clases y capas populares. El "compromiso de clases" del Estado keynesiano se construyó sobre la base de un supuesto: la intangibilidad del capitalismo y de la sociedad burguesa. Es decir, la resignación ante la injusticia inherente e inerradicable del capitalismo.

Sin embargo, la corroboración anterior no debería hacernos concluir que todas las reformas son necesariamente "reformistas". Hay algunas que una vez lanzadas cambian cualitativamente la situación imperante e instalan a la sociedad en un escenario muy diferente, propicio para el emprendimiento de nuevos proyectos transformadores. Los teóricos de la derecha –Samuel P. Huntington entre ellos– no se engañan cuando

afirman que, en América Latina, lejos de ser un sustituto de la revolución las reformas suelen ser su agente catalizador, los procesos desestabilizadores del viejo orden que precipitan el advenimiento de la revolución. No siempre es así, pero para los guardianes del *statu quo* el riesgo que entrañan las reformas es evidente (Huntington, 1968, pp. 344-346).

En su texto, Rosa advertía que las reformas no cambian la naturaleza de la sociedad. Las reformas iniciadas por la Revolución Cubana en su primera fase; las que están teniendo lugar hoy en Venezuela y las que ha puesto en marcha los gobiernos de Evo Morales y Rafael Correa parten de otras bases y tienen otros objetivos bien distintos a los de la socialdemocracia europea. Por eso en Cuba su remate fue el socialismo. Y en Venezuela, el presidente Hugo Chávez declaró, hace poco, que no habrá solución para los problemas de su país sino en el marco de un socialismo de nuevo tipo, el así llamado "socialismo del siglo XXI". No hay razones para pensar que un desenlace parecido no pueda reproducirse en Bolivia, especialmente si las políticas de Evo Morales logran alterar la correlación de fuerzas desplazando el fiel de la balanza política a favor de las clases y capas populares. El programa del MAS propone una serie de reformas que, si se llevan a cabo, podrían acrecentar decisivamente la gravitación popular en la política boliviana: se nacionalizaron los hidrocarburos y se avanza en lograr su industrialización; se ha puesto en marcha una decidida política social; y, con todos sus problemas, hay un Estado plurinacional en Bolivia que hace honor a su diversidad cultural y étnica, poniendo fin a la ancestral discriminación "legal" en contra de las poblaciones indígenas. Por otra parte, La Paz ha asumido la defensa y legalización de la coca como cultivo histórico de los pueblos originarios, rechazando de plano las políticas de erradicación auspiciadas por la Casa Blanca, y ha adoptado una política exterior latinoamericanista, decididamente antiimperialista, y en sintonía con los gobiernos de Cuba y Venezuela. No constituyen todavía una revolución pero es un comienzo muy promisorio que, con razón, desvela a los jerarcas imperiales del Departamento de Estado.

Las reformas, la calle y las instituciones

De todos modos, el éxito de estas iniciativas se juega en un terreno que trasciende los límites del aparato estatal. Si las reformas impulsadas por la revolución bolivariana o las contempladas en el programa del MAS son aplicadas "desde arriba", como un mero proyecto estatalista liderado por una tecnocracia bien intencionada y progresista pero sin que las mismas sean asumidas por los movimientos populares, sus resultados serán inciertos y precarios, y difícilmente sobrevivirán a la contraofensiva de la derecha, como lo prueba, sin ir más lejos, la propia historia de la revolución de 1952 en Bolivia. Por consiguiente, el éxito de estas reformas y la garantía de que ellas no terminarán en la vía muerta del reformismo socialdemócrata están dados por su correspondencia con un sistemático –y exitoso– esfuerzo dirigido, por una parte, a robustecer la capacidad de movilización y organización de las clases y capas populares y los movimientos sociales que las agrupan; y, por la otra, a elevar el nivel de conciencia política de las masas, librando la indispensable "batalla de ideas" requerida para resistir el terrorismo ideológico al que, junto con otras formas de terrorismo y sabotajes de diverso tipo, recurrirán las clases dominantes para abortar el proceso revolucionario en ciernes. La irreversibilidad de las reformas, por consiguiente, no la garantiza el dictado de una ley o el imperio de una decisión administrativa sino la existencia de una nueva y más favorable correlación de fuerzas. Si, como esperamos, esto llegara a ocurrir, la dialéctica de las confrontaciones sociales pondrá en movimiento un proceso político llamado a superar con creces las limitaciones de las reformas iniciales. En otras palabras, las reformas genuinamente orientadas a cambiar la sociedad se caracterizan por sus efectos acumulativos y multiplicadores, desencadenando una dialéctica de "reformismo permanente" en donde la agenda de la emancipación social se expande vigorosamente y en consonancia con la visión y el proyecto del socialismo. Rosa entrevió claramente esta posibilidad cuando en las páginas iniciales de su libro recordaba que entre las reformas sociales y la revolución existe un vínculo inescindible: la lucha por las reformas es el medio; la revolución social es su fin. Pero esto a condición, por supuesto, de que la estrategia de las reformas estuviese

claramente encaminada, y no solo discursivamente, sino en la práctica de la lucha de clases, hacia la finalidad de construir el socialismo. Huelga señalar que, espantados ante esta perspectiva, la resistencia de los grupos más conservadores locales y el hostigamiento permanente de los Estados Unidos no harán otra cosa que radicalizar las opciones del gobierno y la oposición, acelerando en buena medida el proceso descripto anteriormente. Y, conviene recordarlo, la tan socorrida idea de que si el gobierno de Morales, o para el caso el de Correa en Ecuador, obrase con "cautela" y "pragmatismo" para garantizar la "gobernabilidad democrática" –eufemismos y sofismas utilizados para decir que si, como Lula en Brasil, se traiciona el mandato popular y se decide gobernar con los mercados y para los mercados–, Bolivia y Ecuador se evitarían las tensiones y crispaciones producidos por las políticas reformistas no es sino una piadosa mentira desmentida una y cien veces por la historia de América Latina. Por todo lo anterior, la condición de posibilidad y de sobrevivencia de sus gobiernos pasa indefectiblemente por el "empoderamiento" de los movimientos sociales, el avance de su organización y la madurez de su conciencia política. No será una mayoría parlamentaria la que les permitirá gobernar, aunque esta pueda ser necesaria para algunas decisiones cruciales; pero aún siendo necesaria es insuficiente. La derecha no va a dirimir su pleito con estos nuevos gobiernos "parlamentariamente" sino en la sociedad civil, en el mercado y en la arena internacional. Es decir, en las calles. Y para prevalecer en este terreno, la izquierda requiere contar con movimientos sociales muy bien organizados, con probada capacidad de lucha en ese, su escenario natural. También, fuerzas políticas suficientemente versátiles como para adoptar distintas estrategias de lucha según las circunstancias y el escenario donde se libren los enfrentamientos. Y, asimismo, recordar un consejo de Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, cuando decía que no había error más grande que "comportarse callejeramente en el parlamento, y parlamentariamente en las calles", en obvia referencia a la mengua que sufre el protagonismo popular toda vez que se canaliza exclusivamente en los marcos institucionales del Estado burgués.

Desde el momento en que las clases populares decidieron tomar el cielo por asalto y elegir a uno de los suyos –un militar nacionalista y de

izquierda en Venezuela, un indígena, por primera vez como presidente de Bolivia, o un izquierdista "antisistema" como Correa en Ecuador– y darse un gobierno que las represente genuinamente, los conflictos y las amenazas desestabilizadoras quedan instalados en el corazón mismo de la vida política.[39] La crisis, la inestabilidad y la incertidumbre son datos orgánicos que brotan de la rebelión de "los de abajo" que, para usar un viejo aforismo, ya no quieren seguir como antes; y de la imposibilidad que afecta a "los de arriba" para perpetuar un estado de cosas que los colma de riquezas y privilegios.

Por tanto, las concesiones a los mercados o a los grandes intereses monopólicos y el imperialismo lejos de apaciguar los ánimos acentuará aún más el conflicto social, y esto por dos razones principales: en primer lugar, porque la frustración de las expectativas de cambio de las masas las lanzará a las calles para tratar, con sus propias iniciativas, de recuperar las esperanzas robadas; segundo, porque como lo demuestran 2.500 años de reflexión filosófico-política, las clases dominantes jamás se dan por satisfechas ante cualquier concesión hecha por el gobierno. Está en su naturaleza siempre exigir más porque, tal como lo observara Maquiavelo, consideran al gobierno, a cualquier gobierno, como un intruso que se inmiscuye en sus negocios y entorpece el funcionamiento de una estructura de dominación y explotación de la cual son sus exclusivos beneficiarios. Por lo tanto, un gobierno que se esmere en satisfacer sus reclamos y calmar sus ansiedades solo estará pavimentando el camino para nuevos y cada vez más letales "golpes de mercado".

En coyunturas como esta es conveniente tomar nota de algunas lecciones: la primera dice que se necesitaron revoluciones sociales –como la mexicana, de 1910, la guatemalteca de 1944, la boliviana de 1952 o la cubana, de 1959– para producir reformas significativas en la estructura de nuestras sociedades (el caso de la reforma agraria en México,

39. Es preciso señalar que los méritos de Morales mal podrían reducirse a su identidad étnica. Alejando Toledo, ex presidente peruano, tiene orígenes muy similares, pero su gobierno estuvo al servicio de los poderes establecidos y del colonialismo tradicional del Perú, el mismo que ha sometido a los pueblos originarios a condiciones de vida infrahumanas. El presidente Luiz Inácio "Lula" da Silva también proviene de los sectores campesinos más explotados y humillados del nordeste brasileño, pero si a alguien favorecieron sus políticas fue al capital financiero. En el caso de Evo, lo que cuenta, más que nada, es su consecuente trayectoria como luchador en defensa de los "condenados de la tierra" en Bolivia.

Guatemala, Bolivia y Cuba) o para instaurar el socialismo y garantizar el disfrute de derechos ciudadanos como el acceso a la salud, la educación, la nutrición y la vivienda, como en Cuba. La segunda subraya que en este continente las reformas fueron siempre combatidas con ferocidad por las clases dominantes y, en la mayoría de los casos, terminaron desatando sangrientas contrarrevoluciones. Los ingenuos que crean que embarcarse por el camino inicial de las reformas será un bucólico paseo que contará con la aquiescencia de la burguesía están muy equivocados. Las reformas impulsadas por Arévalo y Arbenz en Guatemala, como las de Allende en Chile, terminaron en un auténtico baño de sangre. Quien invoca a la reforma en América Latina conjura en su contra a todos los monstruos del *establishment*: los militares y los paramilitares; la policía secreta y la CIA; la embajada norteamericana y la "prensa libre"; los "combatientes por la libertad" y los terroristas organizados y financiados por las clases dominantes. Atentar contra los privilegios de las oligarquías locales y el imperialismo tiene un alto precio entre nosotros. Última lección: pocos días antes de su asesinato, reflexionando sobre la fallida revolución alemana y la barbarie instituida por los paramilitares con la anuencia del gobierno socialdemócrata, Rosa escribía en *Rote Fahne*, el periódico del partido, el 8 de enero de 1919:

> Las masas están dispuestas a apoyar cualquier acción revolucionaria, a arrostrar el agua y el fuego por el socialismo. Pero necesitan una clara orientación y una dirección despiadadamente decidida. […] Alemania ha sido siempre el país […] de la mentalidad fanáticamente organizacional, pero […] la organización de las acciones revolucionarias puede y debe aprenderse en la revolución misma, como solo en el agua puede aprenderse a nadar (Citado en Nettl, 1974, p. 565).

A propósito de este pasaje, Nettl observa que Rosa se lamentaba de la indecisión de la dirigencia y de que en un momento esta estuviese dispuesta a "manipular a las muchedumbres para meterlas en la acción revolucionaria y después volverlas a manipular para sacarlas". Por eso Rosa se había opuesto a la dirección del partido cuando llamaba a la

insurrección bajo condiciones objetivas que solo presagiaban su brutal aplastamiento. Pero, una vez hecho el llamado, solo cabía luchar hasta el final; ordenar la retirada, la entrega de las armas y la desmovilización, como se hizo en Berlín, no podía sino terminar en un desastre sin atenuantes. Y eso fue lo que ocurrió. Hay varias instancias en la historia latinoamericana cuando también las masas fueron ardientemente convocadas a la gran gesta revolucionaria, y cuando salieron a tomar el cielo por asalto, la dirigencia se dio cuenta de que las condiciones no estaban maduras para tal empresa y ordenaron un repliegue que las desconcertó, desmovilizó y desarmó militar e ideológicamente, facilitando los planes de la reacción. Por tanto, la correcta lectura de la coyuntura y de las correlaciones de fuerza que en ella se coagulan es un componente esencial de cualquier proceso revolucionario y una responsabilidad esencial de la dirigencia. No es más revolucionario quien alocadamente se lanza al ataque, aun cuando las condiciones no estén maduras para ello y conduzcan a una derrota; ni es más "reformista" quien, alertado del peligro y sabedor de las reglas del arte de la guerra, decida hacer un alto a la espera de tiempos más promisorios, en donde se pueda encarar la lucha con mejores perspectivas de éxito.

La soledad de los revolucionarios

Los revolucionarios se debaten siempre en soledad, sobre todo en los inciertos primeros pasos de la revolución. Atacados implacablemente por la derecha, cuyo certero instinto nunca la engaña y sabe muy bien quienes son sus enemigos; y acosados también por ese eterno rival de toda revolución: el infantilismo izquierdista, que denunciara Lenin y para el cual la revolución no sería otra cosa que el libérrimo despliegue de la voluntad política en el límpido escenario del dogma, donde no hay enemigos ni resistencias y donde la lucha de clases se evapora en la irreparable aridez del "doctrinarismo pedante", para usar una expresión de Gramsci. Para el infantilismo de izquierda la tarea de construir el socialismo es de una asombrosa simplicidad: bastan unos pocos decretos y un puñado de decisiones administrativas para alcanzar el elusivo objetivo

que había sido infructuosamente perseguido durante más de un siglo. Parafraseando a Engels, se diría que los ultras son gentes que han hecho de su impaciencia un argumento político, con los enormes riesgos que entraña dicha operación. En el Chile de Allende hubo sectores de la ultraizquierda que, movidos por su fervor militante y su "revolucionarismo abstracto", llegaron a empuñar las armas en su contra, acusándolo de "reformista" y de conciliador con el imperialismo y la reacción. No está de más recordar que con el paso del tiempo muchos de esos dirigentes e intelectuales se reconvirtieron en ardientes neoliberales o, en otros casos, en vergonzantes defensores de gobiernos de "centroizquierda" que siguen dócilmente la agenda neoliberal y que, por su importante función ideológica –como bien remunerados escribas, administradores culturales o publicistas del poder– hoy gozan de todas las prebendas y privilegios que las clases dominantes reservan para quienes, abierta o encubiertamente, se arrepienten y están dispuestos a dar pruebas cotidianas de su sometimiento a las nuevas realidades de su tiempo.

La historia enseña, por lo tanto, que las dolorosas lecciones que deja el desatino del ultraizquierdismo están lejos de haber sido aprendidas. Para Rosa, por supuesto, sus riesgos no pasaron inadvertidos ya en la Alemania de principios del siglo XX al reflexionar sobre la difícil ecuación que significaba unificar a las grandes mayorías populares en pos de "un objetivo que va más allá de todo el orden actual, de la lucha cotidiana con la gran reforma del mundo". Según ella, ese era el gran problema que enfrentaba el movimiento socialdemócrata, el que debía sortear dos escollos gravísimos: uno, "el abandono del carácter de masa", lo que convertiría a la socialdemocracia en una secta dogmática que rechaza la lucha cotidiana enceguecida por el logro del objetivo final y, al hacerlo, se separaría de la "corriente vital del movimiento hasta caer en un maximalismo del 'todo o nada'. El problema es que, según nuestra autora, el dilema en realidad tenía una sola opción: 'nada', porque el 'todo' solo se puede conquistar si se le prepara precisamente a través de esa lucha cotidiana que se ha rechazado". El otro peligro, más conocido, era la conversión de la socialdemocracia en un movimiento reformista burgués abandonando por completo el objetivo final y cayendo en el más desvergonzado oportunismo (Citado en Basso, 1977, pp. 32-33).

No hace falta ser demasiado perspicaz para comprender que una oposición radicalizada y combativa, intransigente en su reclamo "maximalista" por construir el socialismo de la noche a la mañana, constituye una verdadera bendición para la derecha. ¡Qué más podría pedir que la revuelta en contra de Chávez, Evo o Correa sea encabezada por una izquierda dura –más que dura, inmadura– que facilite, bajo ropajes plebeyos y discursos altisonantes, la invisibilización de los planes de desestabilización del imperialismo y sus aliados! ¡Ni las mejores conjuras de la CIA podrían jamás igualar la eficacia que tendría tamaña torpeza efectuada por gentes dotadas de las mejores intenciones pero cuyo delirante apasionamiento les impide leer correctamente las posibilidades que existen en los entresijos de la coyuntura!

En consecuencia, los nuevos gobiernos de izquierda en América Latina tendrán que avanzar, con firmeza y serenidad, por el estrecho y escarpado desfiladero flanqueado por la derecha golpista y el revolucionarismo retórico. Deberán evitar caer víctima de los sabotajes y las provocaciones que la primera les planteará a cada paso, y que ya está planificando, con la entusiasta –y suicida– colaboración de la segunda. Deberán también sortear el canto de sirena del "posibilismo", ese falso realismo que frustró el proyecto político del PT en Brasil y de una serie de experiencias de "centroizquierda" que en América Latina terminaron siendo una cruenta burla de las expectativas populares. Si hay algo de lo que podemos estar seguros es que por más concesiones que se le hagan a la derecha, esta jamás va a cesar de conspirar en contra del nuevo gobierno, apelando a todos los recursos: legales e ilegales, pacíficos y violentos. De ahí que los gestos conciliatorios, lejos de atenuar el conflicto social, no harán otra cosa que envalentonar a la reacción. Para eso se impone actuar rápidamente, y Evo y Correa lo han hecho, para dificultar el reagrupamiento de la fronda oligárquica y el crecimiento de la extraviada oposición ultraizquierdista alimentada, en algunos casos, por la frustración de las expectativas inmediatistas de las masas alentadas irresponsablemente por los sectores termocéfalos. Pero titubeos e indecisiones erosionarían irreparablemente la fortaleza y las capacidades de intervención de los nuevos gobiernos. La historia está abierta y si bien estos procesos serán muy conflictivos –¿es posible cambiar el mundo

sin despertar las resistencias de los privilegiados?–, las perspectivas de estos gobiernos andinos son razonablemente favorables. Tal como lo previera Mariátegui, y como lo ratifica día a día la experiencia cubana, la construcción de una alternativa socialista es en América Latina una empresa heroica, que por su complejidad requiere de una infrecuente combinación de inteligencia, audacia y pasión. Estamos convencidos de que esta nueva dirigencia de izquierda en América Latina: Chávez, Morales, Correa, siguiendo el ejemplo de Fidel, estarán a la altura de las circunstancias.

La herencia de Rosa Luxemburgo

Quisiéramos poner fin a este estudio introductorio planteándonos la pregunta acerca de la actualidad de la herencia teórica de Rosa. Decimos teórica simplemente porque la vigencia de su práctica política como dirigente revolucionaria a la que dedicó su vida y por la cual se inmoló por la coherencia que siempre existió entre la teoría y la práctica es indiscutible e inmarcesible.

En su penetrante ensayo sobre Rosa, Lelio Basso, remite críticamente al balance final que Karl Kautsky extrae de la obra de la revolucionaria polaca. Este decía que "Rosa Luxemburgo y sus amigos tendrán siempre un puesto de gran relieve en la historia del socialismo; de esta historia ellos personificaron una época, la cual ha llegado al final" (Basso, 1977, p. 213). Precisamente, lo que sostiene el teórico italiano es lo contrario:

> Solo ahora, con el fracaso de la socialdemocracia y con la crisis del dogmatismo, se abre verdaderamente el período histórico en el que el método y el pensamiento de Rosa Luxemburgo pueden y deben convertirse en una guía intelectual del movimiento obrero, porque hoy más que nunca es necesaria la síntesis luxemburgiana de lucha cotidiana y objetivo final, para combatir tanto el oportunismo como el revisionismo, que han llevado a la mayoría del proletariado occidental a una capitulación y al extremismo pseudomarxista que

> ignora las mediaciones necesarias y quiere "rápida y absoluta" la revolución total (pp. 213-214).

En esta misma línea se inscribe una valoración sobre la herencia de Rosa, hecha recientemente por un autor latinoamericano, argentino para más señas, Néstor Kohan, al decir que en el renovado clima político que se vive en América Latina comienzan nuevamente a discutirse las alternativas al capitalismo y las perspectivas del socialismo, "que habían quedado fuera de la agenda de la izquierda durante demasiados años". En este nuevo clima ideológico, la reaparición del interés por la obra de Rosa no tiene nada de casual. Y agrega, con razón:

> Cuando ya nadie se acuerda de los viejos pusilánimes de la socialdemocracia, de los jerarcas cínicos del estalinismo, ni de los grandes retóricos tramposos del nacional-populismo, el pensamiento de Rosa Luxemburgo continúa generando polémicas teóricas y enamorando a las nuevas generaciones de militantes (Kohan, 2005, p. 2).

Para concluir, nos honramos en poner a disposición de los militantes y los dirigentes tanto como de los hombres y mujeres en general, todas y todos agobiados por un régimen de producción cada día más opresivo, predatorio y explotador, este texto extraordinario de Rosa Luxemburg, ¿Reforma social o revolución?, que combina una mirada penetrante y acerada como pocas con una inclaudicable pasión puesta al servicio de la construcción de una buena sociedad. Por la relevancia de los temas que aborda, por el modo como los resuelve, por la sorprendente actualidad de sus análisis sobre la articulación entre capitalismo, reformismo, democracia y revolución, como hemos tratado de demostrar en la segunda parte de esta introducción, este pequeño gran libro, un legítimo clásico del pensamiento marxista, ofrece una contribución invalorable para las luchas emancipadoras de nuestra época.

Bibliografía

Alba Rico, S. (2006). Prólogo en C. Fernández Liria y L. Alegre Zahonero. *Comprender Venezuela, pensar la democracia. El colapso moral de los intelectuales occidentales*. Hondarribia: Hiru.

Albuquerque Salles, S. (2009). *Karl Marx y Rosa Luxemburgo. La acumulación de capital en debate.* Buenos Aires: Continente.

Anderson, P. y Bobbio, N. (1991). Las afinidades de Norberto Bobbio y Epistolario en *El Cielo por Asalto*, Año I, 2.

Badia, G. (1999). Luxemburgisme en G. Bensussan y G. Labica. *Dictionnaire critique du marxisme.* París: Quadrige/PUF.

Basso, L. (1977). *Rosa Luxemburgo.* México D.F.: Nuestro Tiempo.

Bensussan, G. y Labica, G. (1999). *Dictionnaire critique du marxisme.* París: Quadrige/PUF.

Bernstein, E. (1982). *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia.* México: Siglo XXI.

Bobbio, N. (1988). *Liberalismo e democrazia.* Milano: Franco Angeli.

Bobbio, N. (1994). *Destra e sinistra. Ragioni e significati di una distinzione politica.* Roma: Donzelli.

Bonanate, L. y Bovero, M. (Comp.). (1986). *Per una teoria generale della politica. Scritti dedicati a Norberto Bobbio*. Firenze: Passigli.

Boron, A. (2000). *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Boron, A. (2001). La selva y la polis. Interrogantes en torno a la teoría política del zapatismo. *Chiapas,* 12. México DF: ERA.

Boron, A. (2002). *Imperio & imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri.* Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2005). Estudio Introductorio. Actualidad del ¿Qué hacer? en V. I. Lenin. ¿Qué Hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento, (13-73). Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Boron, A. (2006). La verdad sobre la democracia capitalista en *Socialist Register.* Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2007a). Alexis de Tocqueville, la democracia y el estatismo de la sociedad burguesa en *Estado, capitalismo y democracia en América Latina* Hondarribia: Argitaletxe Hiru.

Boron, A. (2007b). *Reflexiones sobre el poder, el Estado y la revolución. El tema del poder en el pensamiento de izquierda en América Latina*. Córdoba: Espartaco.

Boron, A. (2008). *Socialismo siglo XXI: ¿hay vida después del neoliberalismo?* Buenos Aires: Luxemburg.

Boron, A. (2009a). *Aristóteles en Macondo. Notas sobre el fetichismo democrático en América Latina*. Córdoba: Espartaco.

Boron, A. (2009b). La Revolución Cubana: de modelo a inspiración. *Revista Casa de las Américas*, 254, enero-marzo.

Boron, A. y Vlahusic, A. (2009). *El lado oscuro del imperio. La violación de los derechos humanos por Estados Unidos.* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Buci-Glucksman, C. y Therborn, G. (1981). *Le défi social-democrate*. París: Dialectiques.

Castro Ruz, F. (1972). *Fidel en Chile. Textos completos de su diálogo con el pueblo*. Santiago: Quimantú.

Castro Ruz, F. (2005). *La historia me absolverá.* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Cole, G. D. H. (1975). *Historia del pensamiento socialista.* México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Crouch, C. (2004). *Post-democracy*. Cambridge: Cambridge Polity Press.

Echeverría, B. (1978). Prólogo en R. Luxemburgo. *Obras Escogidas.* México D. F.: ERA.

Esping-Andersen, G. (1990). *The Three Worlds of welfare capitalism.* Princeton: Princeton University Press.

Evans, P., Rueschemeyer, D. y Skocpol, T. (Eds.). (1985). *Bringing the State back in*. Cambridge: Cambridge University Press.

Fernández Liria, C. y Alegre Zahonero, L. (2006). *Comprender Venezuela, pensar la democracia. El colapso moral de los intelectuales occidentales.* Hondarribia: Hiru.

Foucault, M. (1976). *Historia de la locura en la época clásica*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (2000). *Los anormales.* México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (2002a). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones.* Madrid: Alianza.

Foucault, M. (2002b). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión.* México D. F.: Siglo XXI.

Geras, N. (1973). Rosa Luxemburg: barbarism and the collapse of capitalism. *New Left Review,* 82, noviembre-diciembre.

Gramsci, A. (1981-1999). *Cuadernos de la cárcel,* (6 Tomos) México D. F.: ERA.

Grossman, H. (1979). *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*. México D. F.: Siglo XXI.

Hardt, M. y Negri, A. (2002). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.

Hardt, M. (2001). El laboratorio italiano. http://caosmosis.acracia.net/?p=766

Holloway, J. (1997). La revuelta de la dignidad. *Chiapas,* 5. México: Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM.

Holloway, J. (2001). El Zapatismo y las ciencias sociales en América Latina. *OSAL,* 4, junio. Buenos Aires: CLACSO.

Huntington, S. P. (1968). *Political order in changing societies.* New Haven: Yale University Press.

Kautsky, K. (1968). *El camino al poder.* México D. F.: Grijalbo.

Kersffeld, D. (2004). *Georges Sorel: apóstol de la violencia.* Buenos Aires: Ediciones del Signo.

Kohan, N. (2005). Rosa Luxemburg. La flor más roja del socialismo. *Rebelión*. https://rebelion.org/docs/17281.pdf

Laschitza, A. y Radzcun, G. (1977). *Rosa Luxemburgo y el movimiento obrero alemán.* La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Lenin, V. I. (1970). Séptimo Congreso Extraordinario del PC(b) de Rusia en *Obras Escogidas* (3 tomos). Moscú: Progreso.

Lenin, V. I. (1977). Notas de un publicista en *Obras Escogidas* (12 tomos). Moscú: Progreso.

Lenin, V. I. (2005). ¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Lukács, G. (1971). *History and class consciousness.* Cambridge, Mass.: MIT Press.

Luxemburgo, R. (1978). *Obras Escogidas*. Prólogo y selección de Bolívar Echeverría. México D. F.: ERA.

Luxemburgo, R. (2010) [1899]. ¿Refor*ma social o revolución?* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Luxemburgo, R. (2014) [1898]. Discursos en el Congreso de Stuttgart, 3-4 de octubre. Disponible en *Archivo de Internet*, traducido por Carlos Igor Guerrero de la versión en francés del MIA.org y transcripto por Rodrigo Cisterna https://www.marxists.org/espanol/luxem/1898/10/disc.htm

Martínez Heredia, F. (2001). *El corrimiento hacia el rojo.* La Habana: Letras Cubanas.

Matthias, E. (1971). *Kautsky e il kautskismo. La funzione dell'ideologia nella socialdemocrazia tedesca fino alla Prima Guerra Mondiale*. Bari: De Donato Editore.

Meiksins Wood, E. (1999). *Democracia contra capitalismo. Renovando el materialismo histórico.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Miliband, R. (1997). *Socialismo para una época de escépticos.* México D. F.: Siglo XXI.

Nettl, J. P. (1974). *Rosa Luxemburgo*. México D. F.: ERA.

Pereyra, C. (1990). *Sobre la democracia.* México D. F.: Cal y Arena.

Pokrovski, V.S. (1966). *Historia de las ideas políticas*. México D. F.: Grijalbo.

Salvadori, M. (1976). *Kautsky e la rivoluzione socialista, 1880-1938.* Milano: Feltrinelli Editore.

Santos, B. de Sousa. (2000). *Crítica da razão indolente: contra o desperdício da experiencia.* Porto: Edições Afrontamento.

Santos, B. de Sousa. (2006). *Renovar la teoría, crítica y reinventar la emancipación social. Encuentros en Buenos Aires*. Buenos Aires: IIGG-FCS/CLACSO.

Shachtman, M. (1938). Lenin and Rosa Luxemburg. *The New International*, 4(5), mayo, 141-144. *Archivo de Internet*, transcripto y marcado por Sally Ryan. (1999). https://www.marxists.org/archive/shachtma/1938/05/len-lux.htm

Skopcol, T. (1979). *States and social revolutions: a comparative analysis of France, Russia, and China*. Cambridge: Cambridge University Press.

Tilly, C. (1997). *El siglo rebelde, 1830-1930.* Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

Tilly, C. (2002). *Coerción capital y los Estados europeos, 990-1990.* Madrid: Alianza.

Tilly, C. (Comp.). (1975). *The formation of national States in Western Europe.* Princeton: Princeton University Press.

Tocqueville, A. de. (1995). *La democracia en América.* México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Vattimo, G. (2008). *Ecce Comu.* Buenos Aires: Paidós.

Fidel: introducción a *La historia me absolverá**

Suele decirse que hay textos, libros o discursos que son hacedores de la historia. La metáfora es expresiva pero, a la vez, engañosa. Lo primero, porque hace justicia a la extraordinaria importancia que un escrito puede excepcionalmente adquirir en el desencadenamiento de grandes procesos históricos. Pero también engañosa porque en su formulación inicial oculta un hecho decisivo: son hombres y mujeres quienes realmente hacen la historia. Las 95 tesis que el monje Martín Lutero clavara en las puertas de la catedral de Wittenberg en 1517 no hubieran pasado de ser una disputa conventual, un intrascendente berrinche del monje agustino si no fuera porque tuvieron la capacidad de captar la sensibilidad de su tiempo. Fue solo cuando las ideas del clérigo –aquel "rayo del pensamiento", apelando a la expresión utilizada por el joven Marx a propósito de este asunto– tomaron contacto con el suelo popular que se convirtieron en poderosos instrumentos de transformación social. Algo parecido puede decirse de *El Contrato Social* (1762) de Jean-Jacques Rousseau que, por supuesto, no "produjo" la Revolución Francesa ni ocasionó las guerras de la independencia de las colonias españolas en las Américas. Pero al igual que en el caso anterior, el escrito del ginebrino sintetizó, de algún modo, las aspiraciones de una época y permitió imaginar los contornos de la nueva sociedad que se estaba gestando en el vientre de la vieja. Lo mismo vale en relación a otro texto extraordinario, el *Manifiesto del Partido Comunista*, escrito por aquellos dos geniales

* Boron, A. (2005 Edición definitiva y anotada) Castro Ruz, F. [1953]. *La historia me absolverá.* (pp. 13-22). Buenos Aires: Editorial Luxemburg. Edición definitiva y anotada por Pedro Álvarez Tabío y Guillermo Alonso.

jóvenes alemanes a comienzos de 1848 y que con el correr de los años habría de convertirse en el heraldo de una nueva etapa histórica. Otro tanto puede decirse, por último, de *El Estado y la Revolución* (1917), escrito por Lenin en medio de los fragores de la primera revolución socialista de la historia. No fueron los libros, o los panfletos, sino la articulación entre estos y las luchas de los pueblos los que movieron la historia.

La coyuntura de 1953

La historia me absolverá pertenece ciertamente a este mismo ilustre género. Se trata de un alegato extraordinario, un texto impresionante, sin dudas uno de los más importantes de la historia latinoamericana tanto por su contenido como por las condiciones bajo las cuales se produjo. Como es bien sabido, el 26 de julio de 1953, un grupo de jóvenes que constituían la oposición revolucionaria a la dictadura de Fulgencio Batista –avalada y sostenida militar y financieramente por el gobierno de Estados Unidos– se propuso tomar por asalto los cuarteles Carlos Manuel de Céspedes, de Bayamo, y Moncada, de Santiago de Cuba. Esta radical decisión fue precipitada por la acelerada descomposición del régimen político batistiano y la capitulación de la oposición legal al mismo. Por ese entonces, Fidel Castro Ruz militaba en el Partido del Pueblo Cubano (PPC), una organización de vaga inspiración socialdemócrata que había sido fundado por un honesto político cubano, el senador Eduardo Chibás, como un desprendimiento, producido en 1947, del por entonces gobernante Partido Auténtico. La corrupción generalizada y la total capitulación de la dirigencia política, económica y social provocó el espectacular suicidio de Chibás (1951), transmitido literalmente "en vivo" al final de una de sus periódicas, y muy populares, alocuciones radiofónicas. Fidel permaneció en el partido y al año siguiente fue designado como candidato a diputado para las elecciones previstas para junio de 1952. Pero el 10 de marzo se produjo el golpe de Estado del coronel Fulgencio Batista, y el proceso electoral fue abortado.

Fidel había manifestado reiteradamente su disconformidad con la línea vacilante del PPC y la paralizante inoperancia de la oposición legal

ante un régimen que, en plena Guerra Fría y alentado por sus mentores de Estados Unidos, se limitaba a la denuncia y a las protestas en el ámbito del Congreso. Sin embargo, su exigencia de que el partido adoptase una estrategia de oposición extraparlamentaria –apelando con esto a la mejor tradición revolucionaria cubana– había sido desoída. La pusilánime respuesta que el PPC ofreció ante el golpe de Estado batistiano y su descarada violación de la Constitución de 1940, influida, según Fidel (2005), "por las corrientes socialistas del mundo actual", y cuyos contenidos progresistas reflejaban un momento de auge de la lucha de clases en Cuba, precipitaron la ruptura de Fidel con la dirección del PPC y su pasaje a la clandestinidad (p. 99).

Fue a partir de esos momentos cuando, bajo la dirección de Fidel, el grupo de jóvenes revolucionarios adoptó una estrategia insurreccional. Esta tenía como momento inicial la captura de un sitio emblemático de la dictadura para, a partir de ahí, precipitar la sublevación popular en una ciudad o una región. Dada la densa y prolongada tradición de lucha y rebeldía popular que, desde la época de la colonia, caracterizaban a la provincia de Oriente, cuna de las guerras de la independencia y el lugar en donde, junto con Máximo Gómez, Martí desembarcaría en 1895 para librar la que sería su última batalla por la liberación de Cuba, los revolucionarios decidieron atacar los ya mencionados cuarteles en el año en que se cumplía el centenario del nacimiento de José Martí. El ataque se llevó a cabo el 26 de julio y, debido a circunstancias que el mismo Fidel explica en su alegato, terminó en una derrota de las fuerzas insurgentes. Sesenta de los 135 integrantes del comando revolucionario cayeron, en su mayoría luego de que cesara el combate y víctimas de salvajes torturas y fusilamientos a mansalva. Fidel y un puñado de sus hombres lograron replegarse a la montaña, pero el 1º de agosto fueron arrestados por una patrulla del ejército cubano. Luego de permanecer más de dos meses en confinamiento solitario y bajo durísimas condiciones carcelarias, el 16 de octubre de 1953 comienza un proceso legal en su contra y en el cual, dada la absoluta falta de garantías, el joven abogado de 27 años decide asumir su propia defensa.

Martí, Gramsci y la "batalla de ideas"

Lo anterior es el marco político e histórico en el cual Fidel pronuncia su célebre discurso. Veamos ahora los detalles concretos, a nivel micro, de las condiciones en que lo pronunció. Por empezar, el juicio no se llevó a cabo en ningún edificio del poder judicial de Santiago sino en una pequeña sala de la Escuela de Enfermeras del Hospital Civil de esa ciudad. Para ello nada mejor que reproducir textualmente lo que una periodista, que pudo estar presente en el juicio, Marta Rojas, escribió en aquella jornada: "El acusado doctor Fidel Castro no ha hecho ni un alto en su informe, a veces alza la voz, y él mismo se contiene; en instantes se inclina sobre la mesita que tiene de frente y casi habla en secreto. A medida que habla, improvisando siempre, hay más silencio en el recinto, no se escucha ningún otro sonido más que su voz pausada, como si conversara con todos, mira fijo al tribunal que lo atiende con gusto... los soldados están apiñados en la puerta y no disimulan su atención. A veces posa su vista en el retrato de Florence Nigthingale que preside el saloncito de las enfermeras y parece que conversa con ella. No tiene ni un papel, ni un libro con él... Todas las personas que lo han escuchado comentan su talento. Improvisó la pieza completa y la coloreó con pensamientos ajenos (de juristas), con trozos de alegatos y sobre todo con las palabras textuales de José Martí. Su postura... ha despertado verdadera admiración para con el revolucionario".

El excepcional alegato de Fidel –no improvisado sino profundamente meditado y sopesado, pero que fluía de su pensamiento con la frescura de las ideas que son dichas por primera vez– pronto trascendió las paredes de la Escuela de Enfermeras. Pese a la férrea censura de prensa, el pueblo cubano había comenzado a conocer los pormenores del asalto al Moncada. En primer lugar, gracias a la irrefrenable indiscreción desatada por la elocuencia y la contundencia argumentativa de Fidel, especialmente entre los asistentes de origen popular al singular proceso judicial; y poco después, debido a la distribución clandestina del discurso, tarea a la que se entregaron con heroísmo y eficacia Haydée Santamaría y Melba Hernández una vez cumplidas sus condenas. Para Fidel era evidente que se debía hacer un gran esfuerzo para, utilizando

un lenguaje de nuestros días, ganar la "batalla de ideas". Esta no solo era necesaria para contrarrestar los efectos negativos que, para el curso de la revolución, brotaban de la derrota militar del 26 de julio. En un mensaje que Fidel logra hacerles llegar desde su cárcel en la isla de Pinos les dice que "no se puede abandonar un momento la propaganda, porque es el alma de toda la lucha". En una síntesis magistral dice "lo que fue sedimentado con sangre debe ser edificado con ideas", advirtiendo además que en su alegato "está contenido el programa de la ideología nuestra, sin la cual no es posible pensar en nada grande". De ahí su importancia decisiva. Citando a Martí diría en su alegato que "un principio justo desde el fondo de una cueva puede más que un ejército" (p. 15) La derrota militar obligaba a emprender una nueva batalla, esta vez saliendo a disputar con "las armas de la crítica" en el terreno de las ideas y el sentido común, requisito indispensable para la construcción de una nueva hegemonía. En este sentido puede decirse que Fidel aplica en la vida práctica de la lucha revolucionaria las recomendaciones formuladas, poco más de veinte años antes y también desde la cárcel, por el fundador del Partido Comunista Italiano (PCI), Antonio Gramsci: la conquista de la hegemonía es condición necesaria para el triunfo de la revolución. "La crítica de las armas" es infecunda si no va acompañada por "las armas de la crítica". Martí y Gramsci constituyen el fundamento moral y político de la estrategia de Fidel.

Los resultados quedarán a la vista cuando, forzado por el clima de opinión crecientemente adverso generado por la extraordinaria divulgación del alegato, el tirano no tuvo más opción que otorgar la amnistía a Fidel, a su hermano Raúl y otros 18 participantes del asalto al Moncada. Su liberación se produciría el 15 de mayo de 1955 y la llegada de Fidel a la estación ferroviaria de La Habana se convirtió en una manifestación multitudinaria, cuyas proporciones sobrepasaron todo lo que los jóvenes revolucionarios esperaban. La concientización y movilización del pueblo cubano instalaban el proceso revolucionario en una nueva meseta, pero exigían un cambio radical de estrategia. El exilio de Fidel en México, a partir de julio de ese mismo año, la fundación del Movimiento Revolucionario 26 de Julio y el encuentro con Ernesto "Che" Guevara

serían los hitos de una historia destinada a culminar victoriosamente el 1º de enero de 1959.

Tesis políticas

Antes de invitar al lector a sumergirse en el texto permítasenos decir algunas pocas palabras sobre su contenido. En primer lugar, su autor desmonta toda la ilegalidad e inconstitucionalidad del juicio a que se ve sometido por el Estado cubano. Juicio que, como recuerda Fidel, el propio tribunal lo había caracterizado como "el más trascendental de la historia republicana" y pese a lo cual está viciado por las más flagrantes violaciones del debido proceso (p. 11). No pudo conversar a solas con un abogado y solo se le permitió acceder a un minúsculo código; pero ningún tratado penal y ningún libro pudo llegar a su calabozo, ni siquiera los de Martí. Ya antes de su alegato final, en una audiencia sostenida a mediados de septiembre, Fidel había declarado que el Apóstol "era el autor intelectual del 26 de Julio" y que pese a que le negasen libros y tratados "traigo en el corazón las doctrinas del Maestro" (p. 20).

Fidel no se engañaba en cuanto al significado político del juicio a que estaba sometido. Era muy conciente que en él se decidiría algo que iba mucho más allá que su libertad: "se discute", nos dice, "sobre cuestiones fundamentales de principios, se juzga sobre el derecho de los hombres a ser libres, se debate sobre las bases mismas de nuestra existencia como nación civilizada y democrática. Cuando concluya, no quiero tener que reprocharme a mí mismo haber dejado principio por defender, verdad sin decir, ni crimen sin denunciar" (p. 22). Y esto es lo que Fidel hace, con extraordinaria minuciosidad, siguiendo tal vez aquel viejo aforismo atribuido a los jesuitas y que asegura que "Dios está en los detalles". Su descripción de los crímenes del régimen es precisa y detallada, al igual que su equilibrada presentación de los hechos desarrollados en el combate.

Transcurrido el primer tercio del discurso, Fidel se adentra en un análisis ya no tanto jurídico sino más político y económico-social. Allí desmonta la creencia de que el formidable poderío militar constituye

una barrera inexpugnable ante la cual se estrellaría cualquier pueblo que quisiera luchar contra una tiranía. "Ningún arma, ninguna fuerza es capaz de vencer a un pueblo que se decide a luchar por sus derechos". Cita en favor de su afirmación la revolución boliviana de 1952 y la gesta independentista de Cuba en contra del colonialismo español, que con medio millón de soldados y pese a contar con un armamento aplastantemente superior fueron derrotados por los patriotas. Podríamos agregar, con el beneficio de la experiencia histórica posterior, las derrotas sufridas por franceses y norteamericanos en Vietnam; la propia sobrevivencia de la Revolución Cubana y, más recientemente, la resistencia del pueblo iraquí en contra de la ocupación decretada por George W. Bush, como otras tantas pruebas de la verdad de aquel aserto.

Pero, ¿quién es el pueblo? En contra de todo esquematismo, y con un lenguaje con claras reminiscencias del joven Marx, Fidel dice que "entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta ... a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación" (pp. 40-41). Y ahí están los seiscientos mil cubanos sin trabajo, los quinientos mil obreros del campo, los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros, los cien mil pequeños agricultores, los treinta mil maestros, los veinte mil pequeños comerciantes, los diez mil profesionales jóvenes. "A este pueblo... no le íbamos a decir 'Te vamos a dar' sino '¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sea tuya la libertad y la felicidad!'" (p. 42). Se desprende de lo anterior una concepción del campo popular ajena al exclusivismo "obrerista" que tantos daños hiciera a la izquierda latinoamericana, al impedirle siquiera "ver" –¡no digamos incorporar a su construcción política!– a esa enorme masa de campesinos, indígenas y pobres del campo y la ciudad condenados a la invisibilidad y la negación por la condición periférica del capitalismo latinoamericano y el colonialismo intelectual de la izquierda tradicional, con algunas honrosas excepciones como la de José Carlos Mariátegui. Lo que Fidel propone en su alegato implica precisamente una ruptura con las concepciones tradicionales acerca del sujeto de las luchas emancipadoras. Plantea, en cambio, una visión amplia, abarcadora, reconciliada

con las necesidades urgentes de la coyuntura que exige la unificación de todas las fuerzas sociales oprimidas y explotadas por el capitalismo y no su dispersión en un archipiélago de organizaciones políticas y sociales, cuya desunión es garantía de su propia irrelevancia. La política de alianzas del Movimiento 26 de Julio haría de esta verdadera renovación teórica el fundamento mismo de su actuación política.

Neutralizado el chantaje militar y definido el sujeto de la transformación social, Fidel pasa a enunciar el programa concreto de la revolución. En primer lugar, devolución al pueblo de la soberanía usurpada por el tirano restableciendo la Constitución de 1940; la segunda ley revolucionaria concedería la propiedad de la tierra a colonos, arrendatarios y precaristas que ocuparan pequeñas parcelas, con una razonable indemnización a los antiguos propietarios. La tercera ley otorgaría a los obreros y empleados una participación del 30% en las utilidades de las grandes empresas. La cuarta ley revolucionaria concedería a los colonos el 55% del rendimiento de la caña de azúcar. La quinta confiscaría todos los bienes malversados por los gobernantes, la mitad de cuyo producido iría a engrosar las cajas de jubilación de obreros y empleados y la otra mitad para financiar hospitales, asilos y casas de beneficencia. La política exterior cubana sería de estrecha solidaridad con las luchas de los pueblos democráticos del continente. Otras medidas incluían la reforma agraria de la gran propiedad territorial, la reforma integral de la enseñanza, la nacionalización de los monopolios en la industria eléctrica y los teléfonos, medidas todas que deberían ser proclamadas y ejecutadas de inmediato (pp. 43-45).

Estas medidas se asentaban sobre un diagnóstico de lo que Fidel denomina en su discurso la "espantosa tragedia" por la que atraviesa Cuba, "sumada a la más humillante opresión política". El 85% de los pequeños agricultores cubanos vive bajo la permanente amenaza del desalojo; hay doscientos mil bohíos y chozas en el campo, mientras 400.000 familias viven hacinadas en barracones y cuarterías; 2.200.000 personas de la ciudad pagan onerosos alquileres y 2.800.000 carecen de electricidad. Faltan escuelas, y las que existen tienen maestros muy mal pagados. En el campo, el 90% de los niños están infestados con parásitos, y entre mayo y diciembre hay un millón de personas sin trabajo, una cifra mayor a

la de países como Francia e Italia, con una población varias veces superior a la de Cuba. "Enviáis a la cárcel al infeliz que roba por hambre, pero ninguno de los cientos de ladrones que han robado millones al Estado durmió nunca una noche tras las rejas" (p. 50).

La última parte del alegato, luego de una nueva serie de denuncias sobre el salvajismo de la represión a los atacantes del Moncada, culmina con una elaborada justificación –anclada en la mejor tradición de la filosofía política occidental– sobre el derecho a la rebelión. "Admito y creo que la revolución sea fuente de derecho" –dice en su discurso– "pero no podrá llamarse jamás revolución al asalto nocturno a mano armada del 10 de marzo" que instauró la tiranía de Fulgencio Batista (p. 85). Y en una referencia cuya actualidad se reafirma con solo echar una ojeada a la dirigencia de nuestras así llamadas "democracias" –en realidad, oligarquías apenas disimuladas tras un ligerísimo barniz de sufragio universal hábilmente manipulado– decía Fidel que Batista "vive entregado de pies y manos a los grandes intereses, y no podía ser de otro modo por su mentalidad, por la carencia total de ideología y de principios, por la ausencia absoluta de la fe, la confianza y el respaldo de las masas"(p. 86). Aludiendo a lo que en el lenguaje de nuestros días sería la tan alabada "alternancia", un atributo supuestamente propio de las democracias maduras, remata su razonamiento diciendo que el golpe liderado por Batista "fue un simple cambio de manos y un reparto de botín entre los amigos, parientes, cómplices y la rémora de parásitos voraces que integran el andamiaje político del dictador" (p. 87).

El último movimiento de esta verdadera sinfonía política que es *La historia me absolverá* lo constituye una encendida invocación a la legitimidad del derecho a la rebelión ante toda forma de despotismo. En los tramos finales de su discurso, Fidel pasa revista en primer lugar a las disposiciones de la propia Constitución de 1940, pisoteada por la satrapía gobernante, para luego internarse por el largo sendero de la filosofía política señalando, a cada paso, la forma en que sus principales exponentes defendieron a lo largo de una historia más de dos veces milenaria el derecho de los pueblos a rebelarse ante los tiranos. Desfilan así desde referencias al pensamiento político-religioso de la China y la India en sus tiempos más remotos hasta su entronque con la tradición

occidental nacida en Grecia y, desde ahí, a Roma para luego expandirse por todo el occidente europeo. Mención especial se hace de los argumentos en favor de la rebelión desarrollados por John of Salisbury, Tomás de Aquino, Martín Lutero, Juan de Mariana, Jean Calvin, John Knox, John Ponet, Johannes Althussius, John Milton, John Locke, Jean-Jacques Rousseau, Thomas Paine y también presentes en la Declaración de la Independencia de Estados Unidos y la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano surgida de la Revolución Francesa.

Luego de tamaña argumentación, "¿Cómo justificar la presencia de Batista en el poder, al que llegó contra la voluntad del pueblo y violando por la traición y por la fuerza las leyes de la república? ¿Cómo calificar de legítimo un régimen de sangre, opresión y tiranía?" Toda la tradición filosófica-política occidental condena semejante despropósito, pero el mandato que surge de las enseñanzas de Martí es aún más terminante: "cuando hay muchos hombres sin decoro hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres" y serán esos los que se rebelen contra los tiranos y las satrapías. Los jóvenes atacantes del Moncada son precisamente esa clase de hombres y mujeres necesarios para las grandes epopeyas de la liberación. Hombres y mujeres dispuestos a ofrendar sus vidas, sabedores que "morir por la patria es vivir". En el año del centenario de su nacimiento, concluye Fidel, Martí está más vivo que nunca en la rebeldía y la dignidad de su pueblo.

La fe inquebrantable en la causa de la emancipación humana y social, su absoluta convicción en el triunfo final del proceso revolucionario lo lleva a advertir a sus jueces que "ahora estáis juzgando a un acusado, pero vosotros, a su vez, seréis juzgados no una vez, sino muchas, cuantas veces el presente sea sometido a la crítica demoledora del futuro. Entonces lo que yo diga aquí se repetirá muchas veces, no porque se haya escuchado de mi boca, sino porque el problema de la justicia es eterno" (p. 80). En el cuidadoso, medido, equilibrio político y ético de su discurso el afán de justicia predomina claramente sobre el ansia de venganza. Todo esto, claro está, sobre el telón de fondo gramsciano del "optimismo del corazón". Equilibrio y serenidad que habían quedado de manifiesto al decir que "para mis compañeros muertos no clamo venganza", a pesar que se contaban entre ellos algunos de sus más cercanos

amigos. "Como sus vidas no tenían precio, no podrían pagarlas con las suyas todos los criminales juntos" (p. 78). No apela, como es usual en estos casos, a la clemencia de sus jueces para conseguir su propia libertad. "No puedo pedirla", nos dice dando muestras de su ejemplar dignidad, "cuando mis compañeros están sufriendo ya en Isla de Pinos ignominiosa prisión". Y termina con una frase premonitoria: "Condenadme, no importa, la historia me absolverá".

Bibliografia

Castro Ruz, F. (2005) [1953]. *La historia me absolverá.* Buenos Aires: Editorial Luxemburg.

De académicos, intelectuales y mercenarios*

La pesada herencia del saber y el poder colonial

Este siglo ha sido pródigo en acontecimientos que nos hablan de una nueva crisis general del capitalismo que el saber hegemónico subestima. El estallido de las hipotecas *subprime* y, más tarde, el de Wall Street fueron presentadas como perturbaciones transitorias. Sin embargo, se están devorando a todas las metrópolis capitalistas con impacto en toda la periferia del sistema. La artillería del pensamiento neoliberal descarga a escala planetaria sus mortíferos mensajes para que nos resignemos ante el holocausto social y la destrucción del planeta ocasionados por el capitalismo. Se trata de una crisis no "en el capitalismo" sino "del capitalismo". Bajo estas circunstancias no sorprende que el saber hegemónico esté signado por la "colonialidad del saber" y su correlato, la "colonialidad del poder"[1] y tenga como enemigo declarado a todo proyecto de liberación.[2]

En pocas partes del mundo este proceso podría tener más importancia que en América Latina y el Caribe, y esto por dos razones. Una,

* Este artículo conjuga ideas extraídas de Boron, A. (2017). Breve nota sobre la colonialidad de los saberes hegemónicos, el eurocentrismo y la promesa de los saberes populares. *Revista Observatorio Social de América Latina*, 1(1), 1-13; (2018). De académicos e intelectuales. *Revista Casa de las Américas*, 291 octubre-diciembre, 3-16, preparado para el onceavo Congreso Internacional de Educación Superior, realizado en La Habana del 12 al 16 de febrero y mi reciente libro (2019). *El hechicero de la tribu. Mario Vargas Llosa y el liberalismo en América Latina*. México: Akal.

1. Ver los artículos de Enrique Dussel, Walter Mignolo, Francisco López Segrera y Aníbal Quijano compilados por Edgardo Lander (2000); Roberto Fernández Retamar (2004) y de Aníbal Quijano (1992; 1999; 2200a y b).

2. Un aporte imprescindible a la hora de abordar este tema es la obra del cubano Roberto Fernández Retamar, especialmente las notas y artículos reunidos en *Todo Calibán* (2004).

porque los imperativos de la geografía nos convierten en la primera y más importante provincia exterior del centro imperial y, por consecuencia, objeto de su preferencial atención y de sus permanentes intervenciones de todo tipo en la vida de nuestras sociedades. Puede incendiarse África y hundirse por una catástrofe geológica Asia, pero América Latina estará siempre allí, como emporio de recursos naturales y anillo de seguridad de un imperio cada vez más desafiado. Para cumplir con esta misión, dice Washington, a sus gobiernos y a sus pueblos hay que enseñarles que lo que es bueno para Estados Unidos también lo será para ellos y que la seguridad del hemisferio dependerá, antes que nada, de la seguridad estadounidense. Cualquier gobierno díscolo de la región, o que no comprenda esta exigencia, debe ser removido, por las buenas o por las malas.

Hay una segunda razón: el nuestro es el continente que ha padecido la más prolongada y profunda experiencia de sometimiento colonial del planeta, fundada sobre un genocidio –que según cálculos conservadores habría aniquilado a unas sesenta millones de almas– y cuyos efectos se sienten hasta el día de hoy.[3] Ningún genocidio equivalente, en extensión y en profundidad, tuvo lugar en África o en Asia, donde las sociedades pre-coloniales existentes y los valores y sistemas religiosos imperantes sobrevivieron –no sin cambios, por cierto– al pillaje colonial. La India conservó su sistema de castas durante casi dos siglos de dominación británica; China y Vietnam mantuvieron, pese a los avatares del colonialismo, su organización aldeana; y los pueblos del África al norte y al sur del Sahara hicieron lo propio con sus identidades y territorios tribales. Si en otras partes del Tercer Mundo el colonialismo fue un rosario de enclaves o el sometimiento parcial al conquistador extranjero, en América Latina y el Caribe las sociedades precolombinas fueron simplemente arrasadas, sus poblaciones exterminadas, sus culturas destruidas y sus lenguas condenadas al olvido. Los escombros resultantes de su destrucción se combinaron con las formas de organización social impuestas por el temprano capitalismo comercial europeo del que eran portadores los

3. Según el historiador mexicano Ricardo Pacheco Colín (2002) entre hambrunas, pestes y guerras "la población indígena descendió de 65 millones a 5 millones, entre los años que corren de 1550 a 1700".

conquistadores ibéricos para dar lugar a una formación social híbrida, que no era ni lo viejo –ya sepultado– ni lo nuevo –que no podía ocultar las huellas de sus crímenes– sino algo enteramente original, marcando a fuego en el código genético de la sociedad resultante de esa catástrofe civilizatoria su condición colonial.[4]

La academia ha sido objeto de especial atención a la hora de erradicar de sus aulas toda forma de pensamiento crítico, especialmente en la economía y las otras ciencias sociales amén de las humanidades. Este objetivo fue trazado explícitamente en los primeros años de la segunda posguerra cuando intelectuales –ampliamente definidos como para incluir académicos, periodistas y "pensadores" en general pero cuyas ideas llegaban al gran público– y militares tenían que asegurar el orden social y político favorable a los intereses globales del imperio. Concibieron un impresionante programa de becas, subsidios e instituciones tendientes a captar la mente y los corazones de los hombres y mujeres de las armas y de las letras. Los resultados están a la vista: las fuerzas armadas latinoacaribeñas –con las conocidas excepciones de Cuba, Venezuela y Nicaragua– han asumido como su hipótesis excluyente de conflicto combatir al "comunismo apátrida", el "narcotráfico", el "terrorismo internacional" y, más recientemente, el "populismo". Resultado lógico si se piensa que nuestros institutos militares son educados, organizados, financiados, equipados y movilizados en ejercicios conjuntos por su par del Norte.

Entre los académicos, opinólogos, periodistas, y más recientemente, jueces y fiscales el éxito no ha sido menor. A los jugosos programas de becas y subsidios han añadido atractivos programas de "buenas prácticas" que invitan a los elegidos a observar *in situ*, en Estados Unidos, como se enseña, se investiga, se hace periodismo y se imparte justicia. Ante la crisis de la Unesco –referente por más de medio siglo en materias educativas–, el Banco Mundial (BM) se ha convertido en portavoz autorizado del gobierno de Estados Unidos en lo relativo a la "correcta línea de políticas" que deben aplicarse en una amplia variedad de asuntos;

4. Este tema constituye el hilo conductor de la obra ensayística de Octavio Paz. Aquí destacamos *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* (1982) y *El laberinto de la soledad* (1950).

entre ellos, la educación en todos sus niveles, la ciencia, y la cultura (Brzezinski, 1998, pp. 28-29). Este *ethos* mercantil de todo banco implica que la educación ya no debe ser considerada como la tarea suprema de la *polis* sino como una oportunidad de negocios. La visión de Platón sobre la educación como el cultivo del espíritu que conduce a la formación de una ciudadanía ilustrada es reemplazada por otra que conduce a la obsesiva lectura del Índice Dow Jones, o por el estudio de la Tabla de Riesgo País. A la luz de esto, la educación es una mercancía que no difiere de los granos de soja, el petróleo, los automóviles, o el atún; y, por eso mismo no merece un tratamiento especial que, según sus "expertos", solo confundiría más las cosas.[5]

El abandono de la vieja tesis que concebía a la educación como un derecho, y su reemplazo por la idea de que la educación, y sobre todo la universitaria, es un bien o un servicio y que en cuanto tal debe ser adquirido en el mercado ha tenido un profundo impacto en las universidades. El sistema educativo no puede sustraerse a los imperativos del mercado. Por tanto, la universidad debe autofinanciarse y generar ganancias; los alumnos deben pagar por adquirir ese bien, el administrador universitario asume el liderazgo institucional.[6] Todo esto, además, en el marco de un vigoroso avance de la transnacionalización de la educación superior y de la creciente gravitación de las normas de la Organización Mundial del Comercio (OMC).

En efecto, las crecientes presiones para que los países de la periferia capitalista firmen el Acuerdo sobre el Comercio de Servicios (ACS o TISA por sus siglas en inglés) conllevan en sí mismas muy serias amenazas para el futuro de las universidades públicas. El ACS es un conjunto de reglas multilaterales que regulan el comercio de servicios a nivel internacional. En los previos acuerdos el objeto de las reglas eran los bienes

5. Hay un refrán muy popular en Estados Unidos que dice que *"When all you have is a hammer, everything looks like a nail"* ("cuando todo lo que tienes es un martillo todo se parece a un clavo"). Similarmente, si todo lo que tiene a mano un banquero es un libro de Caja, con su Debe y su Haber, todo lo demás se convierte en mercancía, luego, la educación, la salud, la seguridad social, no son excepciones a esta regla.

6. El proceso es de tal gravedad que suscitó la preocupación de Derek Bok (2003), muy moderado expresidente de la Universidad de Harvard, quien escribió un libro alertando sobre los peligros de la "comercialización" de la universidad. Desde una perspectiva completamente distinta puede consultarse la obra de Alex Callinicos (2006).

y productos, no los servicios. Pero el creciente papel de estos últimos en la economía global, principalmente los servicios financieros y bancarios, promovió la introducción de un marco normativo para garantizar también la liberalización y la desregulación de estas transacciones. Bajo la fuerte presión de sucesivas administraciones norteamericanas neoliberales, la educación ha sido incluida como uno de los doce "sectores de servicios" a ser liberalizados junto con, por ejemplo, las comunicaciones, el transporte, las finanzas, el turismo y la salud. Jane Knight (2004) advierte que estos acuerdos se negocian en el más absoluto secreto, impidiendo que la sociedad se entere de lo que allí se fragua para su futuro (p. 67).

El ACS considera a la educación en todos sus niveles –desde los jardines prescolares hasta la educación superior de posgrado, la educación para adultos y cualquier otro programa educativo– como un servicio más y no como un derecho ciudadano. Entre sus elementos claves figuran: 1) Cobertura: incluye todos los servicios comercializados internacionalmente, y la educación no es una excepción. 2) Objetivos a ser modificados: todas las normas, leyes, regulaciones y prácticas consuetudinarias emitidas o toleradas por los gobiernos nacionales, regionales y locales que puedan interferir con el libre comercio internacional de servicios. Es decir, los Estados nacionales que firmen el acuerdo ya no podrán establecer normas de funcionamiento de sus sistemas educativos. 3) Obligaciones incondicionales: son cuatro y se aplican a todos los sectores de servicios: cláusula de la nación más favorecida, transparencia, resolución de disputas, y monopolios. 4) Trato nacional: lo que significa que un trato igualitario debe ser otorgado a todos los proveedores de servicios educativos, sin importar si son proveedores domésticos o internacionales. 5) Liberalización progresiva: esta cláusula indica que hay una agenda preestablecida, según la cual tras cada ronda de negociaciones debería haber un progreso en la liberalización comercial: más sectores deberían ser liberalizados y más limitaciones comerciales deberían ser removidas.

Una vez aceptado que la educación es un servicio o, en crudos términos económicos, una mercancía, no tiene sentido discutir sobre excepciones, dada la naturaleza supuestamente peculiar de este "servicio". Y

sin importar si un país ha asumido, o no, un compromiso específico para sostener las reglas de la OMC en los servicios educativos, el hecho es que las "obligaciones incondicionales" sucintamente enumeradas más arriba son imperativas para cada país que haya suscripto su ingreso a la OMC y firme los distintos acuerdos comerciales. Las reglas del ACS incluyen una cláusula de "liberalización progresiva" llamada a ejercer una determinante influencia en todos los sectores de servicios y, muy especialmente, a asegurar no solo la progresión sino también la irreversibilidad de las políticas adoptadas por un país determinado, sin importar bajo qué condiciones tuvo lugar esta acción. Debe recordarse que muchas naciones subdesarrolladas, todas ellas altamente endeudadas, fueron forzadas a aceptar la liberalización comercial como parte de las "condicionalidades" impuestas sobre ellas como requisito, con el fin de obtener nuevos préstamos para pagar su deuda externa, o para acceder a una renegociación de préstamos.

El impacto de esta inédita mercantilización de la educación sobre la vida universitaria es fácil de discernir. Si la educación es un negocio, y si se supone que los negocios están para dar ganancias, las consideraciones sobre las libertades académicas y la excelencia académica están completamente fuera de lugar. Habiendo despojado a la educación de sus valores espirituales y humanísticos como elementos clave para la formación del ciudadano, y habiéndola arrojado brutalmente a la lógica del mercado, las preocupaciones sobre las libertades intelectuales son totalmente superfluas. Más aun, bajo estas condiciones, la célebre y profunda discusión sobre la "misión" de la universidad, que encendió el debate latinoamericano en las décadas de 1950 y 1960 está definitivamente clausurada. Bajo la égida del neoliberalismo, todas las mayores instituciones de la sociedad moderna: la familia, la escuela, la universidad, los sindicatos, los partidos políticos, entre muchas otras, fueron rediseñadas para que se convirtieran en obedientes sirvientes de la lógica del mercado. Sin embargo, esta tendencia no deja de tropezar con fuertes resistencias; pero incluso para los más optimistas el futuro de la universidad está en juego, y las perspectivas no son precisamente alentadoras. En estos momentos el ACS está siendo negociado secretamente en el marco de la OMC, sin que los interesados, entre ellos la comunidad

universitaria, estén invitados a participar. El ACS es una seria amenaza al sistema de educación pública en nuestros países, principalmente a sus universidades. "Desde allí se aboga no solo por una profundización de los procesos de privatización, de los servicios más esenciales de las universidades públicas, sino por aumentar en el sector de la educación, las concesiones y privilegios a los inversionistas privados y extranjeros" (Rivera Ramos, 2017). Es decir, que en función de estos acuerdos, por ejemplo, las universidades públicas deberían autofinanciarse y dejar de recibir recursos del gobierno. Tal cosa los haría pasibles de sanciones por incurrir en "prácticas comerciales desleales", porque así como se prohíben los subsidios a las empresas para competir en el mercado mundial, lo mismo ocurrirá con los financiamientos públicos de las universidades, que deberán competir "en un pie de igualdad" con las del mundo desarrollado sin la protección del financiamiento estatal.

Cien años de la Reforma y una exhortación a revolucionar la universidad

Dadas estas condiciones, ¿se puede recuperar el pensamiento crítico en el enrarecido ámbito de la academia? No parece, y la razón es bien simple: su estructura y su lógica de funcionamiento la llevan a abjurar no solo de la célebre tesis onceava de Marx que nos convocaba a transformar el mundo, sino que, con su fanática adhesión al conocimiento fragmentado, su intransigente defensa de los estrechos campos disciplinarios y su sometimiento a los modelos organizativos y las teorías elaboradas en el capitalismo desarrollado, también han renunciado a toda pretensión de interpretar al mundo correctamente. En suma, la academia ha renunciado a querer cambiar al mundo y, en sus versiones más posmodernas, también a explicarlo. En el mejor de los casos, a interpretarlo como si la prosaica y embarrada realidad fuese apenas un texto susceptible de una multiplicidad de lecturas. Gracias al influjo que ejerce el pensamiento posmoderno, los sujetos sociales, la historia, las estructuras, el contexto internacional son prescindibles y el observador de la realidad se dedica a

concebirla como un texto, abierto a infinitas lecturas e interpretaciones en donde las categorías de verdad y falsedad están totalmente ausentes.

Para que el pensamiento crítico pueda hacer pie en la academia, primero habrá que revolucionar a las universidades. Desde hace tiempo Darcy Ribeiro, Pablo González Casanova y Boaventura de Sousa Santos denuncian la estructura anacrónica y muchas veces reaccionaria de las casas de altos estudios. Las persecuciones de quienes pensaban diferente son parte integral de la historia de las universidades: desde Tomás de Aquino, Giordano Bruno, Copérnico, Galileo, Hobbes (cuyos libros fueron quemados en el atrio de la Universidad de Oxford) hasta Marx, Simmel, Darwin y Freud. El itinerario está sembrado de grandes pensadores críticos que fueron arrojados o expulsados de los claustros universitarios. De Sousa Santos, en *De la mano de Alicia* (2003), señala que estas instituciones surgidas al promediar el medioevo europeo han demostrado una pertinaz incapacidad para asimilar el pensamiento crítico[7] hecho que lo lleva a proponer en *La universidad en el siglo XXI* (2007) la creación de la Universidad Popular de los Movimientos Sociales.

Ante esta capitulación del saber que se cultiva en las universidades se ha vuelto un lugar común hablar de la necesidad de recuperar los saberes populares. En primer lugar, para no inducir a un excesivo pesimismo, conviene recordar que si del seno de la Iglesia católica pudo brotar la Teología de la Liberación, todavía podemos abrigar algunas esperanzas. En segundo término, así como la tradición cultural europea es un abigarrado núcleo de saberes contradictorios –en donde junto con elementos decididamente reaccionarios conviven otros de naturaleza claramente emancipatoria– también para los saberes populares es válida la fórmula marxiana que afirma que las ideas dominantes en una sociedad son las ideas de la clase dominante. Y si en la sociedad capitalista solo por excepción prevalecen ideas que cuestionan el predominio de los explotadores –agravada esta situación por el fetichismo y la alienación propios de este tipo histórico de sociedad– sería ingenuo suponer que por ser "popular" un saber, que brota al interior de una comunidad también ella

7. Para no inducir a un excesivo pesimismo, conviene recordar que si del seno de la Iglesia católica pudo brotar la Teología de la Liberación, todavía podemos abrigar algunas esperanzas.

dividida en clases, pueda necesariamente ser liberador. Lo más probable es que sea exactamente lo contrario.

El supuesto de que el saber popular es invariablemente emancipatorio es insostenible a la luz de la experiencia práctica y tiene reminiscencias con la romántica noción del "buen salvaje" rousseauniano, incontaminado por las plagas de la modernidad. Una concepción, en suma, equivocada y que no permite librar un eficaz combate contra el pensamiento de la colonialidad. De hecho, en materia social los saberes populares reflejan idealizado, salvo en contadas excepciones, el orden social surcado por divisiones de clase. Por lo tanto, debemos estar alertas ante un saber popular dominante y otro dominado. Este tradicionalismo ideológico[8] se concretiza, por ejemplo en a) la naturalización del patriarcado, la misoginia y la subordinación de la mujer; b) en el prejuicio, cuando no la abierta hostilidad, hacia el "otro", el "diferente", que se traduce, por ejemplo, en la homofobia; y c) en la subestimación de los jóvenes, representando al "no-saber", en la medida en que los depositarios "del saber" son los "mayores".

Atendiendo a la profundidad de esta nueva crisis general del capitalismo es más que nunca necesario librar una batalla en el campo del lenguaje y hablar sin más ambages sobre la necesidad de la revolución. Estos son tiempos en los que la revolución anticapitalista es más urgente y necesaria que nunca antes porque, como lo recordara Fidel en la Cumbre de la Tierra (Río de Janeiro, 1992) es la propia especie humana la que está en peligro de extinción ante la implacable depredación medioambiental impulsada por el "metabolismo del capital", como enseña István Mészáros (1995). Hay que llamar las cosas por su nombre y decir que este peligro solo podrá ser aventado por la vía de la revolución, no por la de un cambio social que se detenga temeroso ante la estructura básica de las sociedades capitalistas. Tal es la gravedad de esta crisis. Conviene aquí recordar lo que decía el Che: "o revolución socialista o caricatura de revolución". Con una caricatura nada podrá resolverse, la

8. En línea con los análisis de Max Weber sobre los tipos de dominación, Gino Germani exploró a lo largo de su obra las fuentes, las modalidades y los alcances del "tradicionalismo ideológico" (1962).

crisis persistirá y se agravará, acentuando la barbarie capitalista hasta límites insospechados.[9]

Al imponer sus modalidades de trabajo, la burguesía imperial sus modelos organizativos y sus categorías teóricas, también impone su forma de explotar y dominar. A fines del siglo XIX, en su célebre *Nuestra América*, José Martí (2005) ya señalaba este carácter alienado de la universidad latinoamericana cuando escribía que "¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen". Y remataba su razonamiento diciendo que: "(C)onocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria" (pp. 34-35).

Fue debido a su clara percepción de estas realidades que José Carlos Mariátegui declarase, en la página inicial de sus célebres *Siete Ensayos*, que "No faltan quienes me suponen un europeizante, ajeno a los hechos y a las cuestiones de mi país. Que mi obra se encargue de justificarme, contra esa barata e interesada conjetura. He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indoamérica sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales".[10]

En efecto, si "fue un tremendo error la insistencia de la Internacional Comunista (IC) en hacer del marxismo una filosofía materialista de la historia que identificaba –en clave sin dudas alguna eurocéntrica– las leyes universales de movimiento que conducirían a la revolución en todos los países, no menos grave es el equívoco –alentado por ciertas versiones de la crítica a la colonialidad del saber eurocéntrico– que remata

9. Hemos examinado esta problemática de la revolución en Boron (2011). Volviendo a Mészáros (2003) y su filoso sentido del humor podemos advertir: "si todo sale mal, ¡barbarie si tenemos suerte!".

10. Esa frase figura en la "Advertencia" con la cual Mariátegui introduce el libro a sus lectores. Ver mi estudio preliminar (Boron, 2009a, 30).

en el abandono sin más del marxismo por ser este una teoría elaborada por un blanco, varón y heterosexual europeo que desembocaría en una incorregible incapacidad para percibir e interpretar las particularidades de las formaciones sociales de la periferia. Es digno de señalarse que Mariátegui (2009) adopta una postura muy inteligente y sensata porque si bien rechaza una visión incurablemente eurocéntrica y por eso mismo equivocada como la que propugnaba la IC, era muy consciente de que no se podía arrojar por la borda toda la herencia teórica europea. Entre otras razones porque para un «marxista convicto y confeso», como se autodefinía, esto hubiera equivalido a castrarse teóricamente y renunciar a la cumbre del pensamiento crítico representado por la obra de Marx y sus continuadores: "Los *Siete Ensayos* son por esto mismo la mejor prueba de que es posible realizar un notable análisis marxista sin caer en ninguna de las dos posturas polares arriba señaladas" (pp. 19-20).

Por supuesto, cuando Mariátegui hablaba del pensamiento europeo no se refería a la Inquisición o al oscurantismo de la Iglesia sino a Galileo o Giordano Bruno; no hablaba de Cecil Rodhes como profeta del colonialismo y verdugo de los pueblos coloniales sino de Fray Bartolomé de Las Casas; no pensaba en Edmund Burke o Jeremy Bentham sino en la Revolución Francesa y la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Por eso, la revalorización de Tupac Catari, Toussaint Louvertoure, Bolívar, Artigas, San Martín, Bilbao o Martí no debe hacerse arrojando por la borda los contenidos emancipadores existentes en la mejor tradición del pensamiento europeo, que incluye a Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Luxemburg, Gramsci, etcétera. Esa antinomia nos paralizaría, nos confundiría y, a la larga, sellaría nuestra derrota a manos del saber hegemónico. En otras palabras, para Mariátegui hay una Europa que produjo un pensamiento de la colonialidad pero también está la otra, que desde sus hendijas, aportó una notable y vigorosa tradición cultural emancipadora, opuesta a toda forma de dominación económica, política o ideológica y por la cual sus mentores fueron torturados, encarcelados y asesinados. Una tradición cultural, en suma, que luchó contra el oscurantismo de la iglesia, el colonialismo de las

metrópolis europeas y las injusticias que caracterizaban a las propias sociedades del Viejo Mundo.[11]

Es necesario, por tanto, vincular estrechamente nuestra agenda de trabajo intelectual con las prácticas emancipatorias de las fuerzas sociales que luchan por construir un orden social más justo en nuestros países. Se trata de un compromiso ineludible e impostergable, pero que no todos están dispuestos a honrar. Hay quienes simplemente buscan un trabajo. Cambiar el mundo es un proyecto. Formado en la tradición sociológica más ortodoxa, me enseñaron que la "neutralidad valorativa" era un requisito indispensable para desempeñar con idoneidad el oficio del sociólogo. Pocas veces se me enseñó que el primer trasgresor de esa imposible e indeseable norma fue el propio Max Weber, cuya obra teórica y cuya práctica política constituyen un rotundo mentís a tal pretensión de neutralidad. Repensando el confuso legado weberiano y su pernicioso efecto sobre las jóvenes generaciones de sociólogos vino a mi memoria un luminoso pasaje de la *Divina Comedia* de Dante en el que el círculo más ardiente del infierno lo reservó Dios para quienes en época de crisis moral optaron por la neutralidad. Los científicos sociales latinoamericanos deberíamos tratar de evitar terminar nuestros días ardiendo, merecidamente, en esas innobles llamas por haber elegido ser neutrales en un mundo tan desigual, injusto y peligroso como este.

Por eso decíamos al principio que necesitamos una revolución universitaria y no alcanza con una reforma. Algunos componentes de esta nueva universidad parecen insoslayables, a saber: una universidad que estreche más vínculos con las fuerzas sociales y los movimientos populares con actividades de educación popular y de extensión como parte fundamental de su proyecto; que garantice la autonomía universitaria para la labor científica y la promoción del debate de ideas y el pensamiento crítico sin caer en el aislamiento social; que descolonice los contenidos curriculares y las prioridades en materia de investigación de su propuesta académica; que democratice sus modelos de organización evitando tendencias burocráticas y mercantilistas, que persuada a la

11. Asunto este que muchas veces es pasado por alto por los críticos de izquierda de la modernidad, como si esta estuviese exclusivamente compuesta por siniestros personajes como Torquemada y Hitler, o que hubiera sido tan solo capaz de producir horrores como el Holocausto.

población que la despolitización las deja inerme para que los enormes poderes de las clases dominantes decidan sobre su vida.

En suma, es imprescindible otro saber, uno que ilumine los múltiples circuitos de la explotación y la dominación, que sea intransigente y profundamente anticapitalista antiimperialista, que sea capaz de denunciar que la preservación del capitalismo solo es posible al precio de continuar el genocidio de la acumulación originaria mediante la eutanasia de los pobres, la desaparición de lenguas y culturas y el ecocidio. Un saber que sortee las trampas cognitivas del pensamiento único. Un pensamiento crítico que aúne a la teoría marxista –indispensable pero sola insuficiente–, el feminismo radical en su lucha contra la tenaz sobrevivencia del patriarcado, el pensamiento poscolonial en su combate contra los saberes hegemónicos y el ecologismo socialista en la construcción de una propuesta emancipatoria integral (Boron, 2000).

El desdén (o la sospecha) en relación al pensamiento crítico en el mundo académico no es nuevo en las ciencias sociales.[12] Lo prueba el incisivo diagnóstico que Barrington Moore (1970) hiciera durante el apogeo de la revolución conductista que conquistó las ciencias sociales en la década de 1950:

> cuando cotejamos el grueso del pensamiento contemporáneo con el de figuras importantes del siglo XIX afloran varias diferencias. En primer término, el espíritu crítico prácticamente ha desaparecido. En segundo término, la sociología moderna, y quizás en menor medida también la ciencia política, la economía y la psicología modernas, son ahistóricas. En tercer término, la ciencia social moderna tiende a ser abstracta y formal. Cuando se trata de investigar, la ciencia actual despliega un considerable virtuosismo técnico. Pero ese virtuosismo ha sido conquistado a expensas del contenido. La sociología moderna tiene menos que decir acerca de la sociedad que la de hace cincuenta años.

12. Creo conveniente insistir en que estas reflexiones se aplican predominantemente al campo de las ciencias sociales. Los debates de la física cuántica, la nanobiotecnología y la astronomía, por ejemplo, no tienen por qué encuadrarse en estas especificaciones.

Cuando hablamos de pensamiento crítico nos referimos a algo que no comienza y mucho menos termina en la torre de marfil de las instituciones. El fortalecimiento y aliento del pensamiento desafiante y contestatario, no convencional, tiene orígenes diversos en la práctica social. La universidad podría ser uno de sus ámbitos, pero definitivamente no ha sido ni el único ni el más importante. Basta con recordar que Karl Marx jamás enseñó en una universidad; Friedrich Engels fue enteramente autodidacta; Lenin, Kautsky, Gramsci –para mencionar unos pocos casos aislados– no fueron admitidos como profesores; a Rosa Luxemburgo la aceptaron para expulsarla poco tiempo después. En 1905, y saliendo del ámbito de las ciencias sociales, Albert Einstein publicó su teoría de la relatividad cuando era un empleado en la Oficina de Patentes de Berna al margen de la vida universitaria suiza. Solo después de su revolución teórica en el campo de la física se le abrieron las puertas de las casas de altos estudios. Sigmund Freud solo marginalmente estuvo vinculado a la universidad. En 1885 fue nombrado *Privatdozent* de la Facultad de Medicina de Viena, en donde enseñó a lo largo de toda su carrera sin acceder a ninguna cátedra ni cobrar un salario como profesor. La teoría sobre el origen de las especies le ganó el escarnio del saber establecido a Charles Darwin y jamás fue invitado a integrarse a la universidad. Hasta donde sabemos, tampoco transitaron por los claustros universitarios como profesores José Martí y José Carlos Mariátegui y, considerando el caso argentino, lo mismo ocurrió con Arturo Jauretche, Héctor P. Agosti, Ricardo Scalabrini Ortiz y John William Cooke. Sin embargo, gran parte del pensamiento crítico de nuestro tiempo se originó en estos autores, a los cuales, hay que sumar a Fidel Castro y Ernesto "Che" Guevara, quienes tampoco enseñaron en la universidad. La grandeza de sus legados lo relaciono con aquello que Albert Hirschman llamó "el arte de traspasar fronteras".

Quien piensa de forma crítica cree en la unidisciplinariedad, es decir, en un saber integral y unificado que es lo único que permite reproducir, en el plano del pensamiento, la totalidad compleja y siempre cambiante de la vida social en donde las diferencias entre lo social, lo económico, lo cultural y lo político son, como observaba Antonio Gramsci, distinciones metodológicas que no deben reificarse y convertirse en diferenciaciones

ontológicas.[13] A diferencia del académico convencional, signado por un *ethos* elitista que hace que su obra se dirija casi exclusivamente a sus colegas y estudiantes (y ocasionalmente a alguna agencia gubernamental), la audiencia hacia la cual se dirige el intelectual público trasciende esas fronteras, y es la sociedad en su conjunto. No escribe, como aquel, apelando al lenguaje barroco, oscurantista y lleno de tecnicismos propio de los iniciados –y muy a menudo, en el caso de las ciencias sociales, repleto de innecesarias formulaciones matemáticas– que hace que sus textos solo sean comprensibles para quienes cohabitan con él, o con ella, en el gueto académico.

Tipologías de intelectuales

Dentro de la tradición marxista, Antonio Gramsci dedicó una parte de su extensa obra a la reflexión en torno a los intelectuales y su papel en la vida política y social. Desechó de plano cualquier pretensión facilista de definirlos por las características intrínsecas de su labor. Todos somos intelectuales, dijo una y otra vez. Cualquier hombre o mujer, por embrutecidos que se encuentren por la necesidad de realizar las más simples o elementales labores manuales deben apelar a un raciocinio más o menos elaborado para poder cumplir su tarea. De ahí que el teórico italiano dijera que "los no-intelectuales no existen".

Pero entonces, ¿qué es un intelectual? Lo que lo distingue como una categoría sociopolítica especial no es su permanente actividad en el terreno de las ideas sino la función que cumple en el ejercicio de la dominación política. Brevemente, en la incesante creación de las condiciones –en el terreno de la cultura, el sentido común epocal, los imaginarios sociales, los valores– que hacen posible que los grupos y clases dominantes puedan ejercer una "dirección intelectual y moral" sobre el conjunto de la sociedad y que aquellos, los poderosos, sean percibidos por el grueso

13. Desgraciadamente, la academia parece empecinarse en fracturar a la ciencia social en disciplinas tanto como a creer en la multidisciplinariedad. ¿Qué más artificial que separar a Weber, Marx, Schumpeter o Chomsky como sociólogo, economista, politólogo y lingüista? Martí era poeta, escritor, historiador, analista político, sociólogo, periodista. Tariq Alí es dramaturgo, cineasta, escritor y politólogo.

de la población como la "vanguardia de las energías nacionales" y, por lo tanto, le otorguen grados históricamente variables de consentimiento a su dominio.

En la medida en que el avance de las luchas sociales ha forzado el progreso democrático y, en consecuencia, desplazado hacia un lugar secundario (pero aún esencial, ¡no olvidar esto!) a los mecanismos represivos del Estado, que siguen prestos a ocupar el centro de la escena cuando la lucha de clases ponga en peligro la dominación del capital, la función de los intelectuales adquirió una relevancia extraordinaria que no cesa de crecer. No nos equivocamos cuando sostenemos que cuanto más avanza el proceso de democratización más trascendental resulta el papel de los "intelectuales orgánicos" que cimentan en el terreno de las ideas la supremacía de los dominadores.

Las creencias populares y las ideas socialmente aceptadas son como el papel moneda, y cuando la confianza en este se derrumba el Estado recurre a las reservas áureas para perpetuar por la fuerza la subordinación de la población a su dominio. Del mismo modo, cuando la hegemonía de una clase dominante (que Gramsci recordaba que debe ser "dirigente" antes de ser quien domine), cuando sus ideas y creencias dejan de ser las que prevalecen en la sociedad, los dispositivos represivos del Estado entran en juego y, según sea la correlación de fuerzas pueden o bien restaurar el orden o, si fallan en ese intento, ser arrollados por la insurgencia plebeya y quedar reducidos a la condición de inermes testigos del derrocamiento del viejo régimen. Esto es precisamente lo que define a las revoluciones.

En línea con todo lo anterior, Gramsci refina su análisis para distinguir entre los intelectuales "tradicionales" encapsulados o ensimismados en sus propias labores (educadores, clérigos, abogados, científicos, etcétera, encerrados en los claustros de la universidad, en sus templos, en el pequeño círculo literario de su feligresía, laica o no, dirigiendo sus palabras a unos pocos) y los "orgánicos" ligados de modo inmediato y permanente con las clases dominantes que escriben y hablan para el gran público. Lo que los diferencia no es lo que piensan y como lo hacen sino "su participación activa" en la vida práctica, como constructores y organizadores de la dominación, como permanentes agentes persuasivos,

publicistas, indoctrinadores y "educadores·" de las masas. Y que tal cosa no es un devenir accidental sino el resultado de la volición de quienes ejercen el poder lo advierte el pensador italiano cuando, apelando a un lenguaje que le permitiera sortear la censura fascista, asevera que "una de las características más relevantes de cada grupo, que se desarrolla en dirección al dominio –es decir, la burguesía en ascenso o su eventual sustituto, el proletariado (NdA)– es su lucha por la asimilación y la conquista "ideológica" de los intelectuales tradicionales, asimilación y conquista que es tanto más rápida y eficaz cuanto más rápidamente elabora el grupo dado, en forma simultánea, sus propios intelectuales orgánicos". De ahí su preocupación que la nueva clase dominante en ciernes, el proletariado, asumiese sin demoras la tarea de gestar sus "intelectuales orgánicos" o atrajese a su causa, como lo observaran Marx y Engels, a los sectores intelectuales del viejo régimen conscientes de que este tenía sus días contados y que el futuro sería obra de la fuerza social emergente.

Toda estructura de dominación se asienta sobre un inestable equilibrio de coerción y consenso. Este último, recuerda Gramsci, no es el resultado inerte y pasivo de un sentido común esclerotizado y perdurable sino que es construido y reconstruido cotidianamente. Los "intelectuales orgánicos" deben ser los diligentes "funcionarios" de las superestructuras. Rematando este razonamiento, el fundador del Partido Comunista Italiano decía que en el mundo de la sociedad civil, formado por un abigarrado conjunto de grupos y organismos "vulgarmente llamados privados" (y que no lo son, dadas las consecuencias públicas de sus acciones) tanto como en el de "la sociedad política o Estado" el papel de los "intelectuales orgánicos" es de trascendental importancia. En la primera, estos construyen la "hegemonía" que la clase dominante ejerce sobre toda la sociedad para que acepte mansamente su condición subordinada. Esta internalización de su inferioridad social, económica y cultura se funda, en última instancia, en la percepción popular que concibe a la clase dominante como la más avanzada y progresiva en el decisivo terreno de la producción y a los grupos subordinados como signados por inerradicables deficiencias de todo tipo, desde la holgazanería hasta la ignorancia, pasando por la disolución de sus costumbres, su indisciplina, vicios como el alcoholismo, etcétera. En el Estado, en cambio, el

papel de los "intelectuales orgánicos" es asegurar –incluso hasta legalmente– la sumisión, la obediencia y la disciplina de las clases subordinadas cuando, rebeldes y movilizadas, ya no "consienten" ni aceptan, activa o pasivamente, la supremacía de sus opresores.

Edward W. Said (1996), graduado de Harvard y profesor en la Universidad de Columbia, decía que en los claustros de esas universidades se sentía como un "exiliado". Distinguía al académico del "intelectual público" como aquel que hace preguntas molestas, confronta toda ortodoxia y todo dogma y que, presumiblemente, no será fácilmente cooptado por gobiernos o corporaciones". Ese personaje, según el pensador palestino, "siempre tendrá una opción: o bien ponerse del lado de los más débiles, los olvidados, los ignorados, los que no tienen voz, o hacerlo junto a los más poderosos". Por lo tanto, académicos e intelectuales públicos no siempre coinciden. La vibrante exhortación de José Martí "de pensamiento es la guerra mayor que se nos hace: ganémosla a pensamiento", y la vocación de echar su suerte junto a los pobres de la tierra es un clásico ejemplo de la actitud que debe tener un intelectual crítico y revolucionario.[14]

El academicismo es la hipérbola de la alienación de la academia, su absoluta desvinculación con el mundo "extramuros" del cual la universidad se encuentra voluntariamente aislada. Russell Jacoby (2000), historiador y crítico cultural, sostiene que los "intelectuales públicos" escriben "para ser leídos" por el gran público. El académico, en cambio, se conforma con que su obra sea escaneada e incluida en el Social Sciences Citation Index o en Scopus, y el único impacto que le interesa es el del número de veces que su paper es citado por sus colegas o sus doctorandos (p. 49). En uno de sus libros, Jacoby nos ofrece el estudio de los artículos publicados entre 1936 y 1982 por *American Sociological Review* (ASR), una de las dos principales revistas de sociología de Estados Unidos. Descubre que apenas un 5% de los mismos referían a problemas

14. Ya en las últimas décadas del siglo XX, Fidel Castro diagnosticaría con precisión la (transitoria, pero aun así muy significativa) victoria ideológica del neoliberalismo. Inspirado en las enseñanzas de Martí («Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra»), el Comandante convocó, para contrarrestarla, a las fuerzas de izquierda a librar una «batalla de ideas», expresión que desde ese momento adquirió una enorme difusión en la cultura latinoamericana.

acuciantes de ese período mientras que el grueso del contenido se dedicaba al modo en que los norteamericanos formaban pareja. En cuanto a las tres principales revistas de ciencia política norteamericanas, de un total de 924 artículos publicados durante la década de 1960, solamente 1 abordaba el tema de la pobreza, 3 la crisis urbana y 1 la guerra de Vietnam. En otras palabras, ni sociólogos ni politólogos parecen haberse conmovido por la *Gran Depresión* y el *New Deal*, el auge del neoconservadorismo, la Segunda Guerra Mundial, las guerras de Corea y Vietnam, los movimientos por los derechos civiles y la luchas de las mujeres, la aparición de los Black Panthers, las movilizaciones pacifistas y los atentados y asesinatos de John F. Kennedy, su hermano Robert, fiscal general de Estados Unidos, Martin Luther King y tantos otros, al punto de necesitar estudiarlos, analizarlos, y escribir sobre alguno de ellos.

En América Latina corremos el riesgo de subordinarnos a una agenda de investigación que nada tiene que ver con nuestra realidad social, y de ese modo recrear en la periferia la construcción de otro gueto academicista que nos aísle por completo de los problemas que afligen a nuestras sociedades. Ese es, precisamente, el objetivo del imperio en relación a nuestras universidades (pp. 156-158). No menospreciamos el debate al interior de la academia pero es imprescindible hacerlo en diálogo con los movimientos sociales, las fuerzas populares, las mujeres y los hombres que luchan por la superación histórica del capitalismo y la construcción de una buena sociedad.

El intelectual público renuncia a la pedantería academicista y expresa sus ideas con un lenguaje llano e inteligible sin dejar de ser riguroso. Las ideas están en relación con el orden social y los proyectos que dialécticamente cuestiona y pretende superar. Sabe que su misión más importante es la de ser la conciencia crítica de su época. El papel del académico convencional, en línea con lo subrayado por Michel Foucault, en cambio, es reproducir el saber y las verdades consagradas del poder dominante; respetar celosamente las fronteras disciplinarias, publicar en revistas especializadas bendecidas por el fetichizado referato de sus pares y reproducir el paradigma teórico-metodológico convencional.

Clasificar es complejo. Jean-Paul Sartre fue un intelectual. Gilles Deleuze, un distinguido académico. Zbigniew Brzezinski intelectual

público y académico de derecha asesor de todos los gobiernos norteamericanos (entre 1976 hasta su muerte, en 2017). Intelectuales públicos, sin pretensión de exhaustividad pero sí como reconocimiento y admiración: Adolfo Sánchez Vázquez, Alfonso Sastre, Arundhati Roy, Boaventura de Sousa Santos, Darcy Ribeiro, Eduardo Galeano, Edward W. Said, José Carlos Mariátegui, José Martí, Noam Chomsky, Pablo González Casanova, Paulo Freire, Roberto Fernández Retamar, Rosa Luxemburgo, Rossana Rossanda, Tariq Alí (y seguramente me estoy olvidando de muchos). Algunos fueron o son profesores universitarios pero lo significativo es que ninguno aceptó permanecer encerrado en sus claustros, escribir solo para sus pares, enseñar solo a sus alumnos y realizar sus trabajos intelectuales según el rígido formato instituido por las miserias del academicismo.

Miserias del academicismo o un excursus sobre Mario Vargas Llosa

La reflexión precedente nos obliga a introducir un par de aclaraciones. En primer lugar, sería un grave error suponer que indefectiblemente los intelectuales se identifican con el pensamiento crítico y los proyectos emancipatorios, esto es, hay intelectuales que son portavoces del formidable aparato propagandístico de la derecha. En segundo lugar, es preciso tener en cuenta que, para cumplir con esta función gramsciana de proveer una "dirección intelectual y moral" al conjunto de la sociedad, es imprescindible que los intelectuales, de uno u otro signo, lo sean de verdad. Me refiero a ser personas que posean un notable manejo del amplio y complejo conjunto de problemas que caracterizan a las sociedades contemporáneas; rigurosidad y claridad en la expresión de sus razonamientos, cuidada argumentación y constatación; y por último, sobria y sencilla oratoria porque escriben para una audiencia mucho más amplia y variopinta que sus colegas y estudiantes de la academia. Estos criterios excluyen a una subespecie que, a falta de mejor nombre, podríamos denominar siguiendo a Max Weber, el "diletante". Hay muchos ejemplos a derecha e izquierda así que dejo librado a la imaginación del lector decidir quiénes integran esa categoría.

Personalmente encuentro necesario referir aquel que considero uno de los casos más espectaculares de apostasía y conversión al neoliberalismo de un intelectual de izquierda, al menos en el ámbito latinoamericano y caribeño, por la gravitación mundial del personaje y por la amplitud del recorrido –un extenso arco que va desde un "marxismo sartreano" hipersectario hasta un neoliberalismo fanático–: Mario Vargas Llosa (VLl). Ofrezco una radiografía en movimiento de su metamorfosis política, misma que, con algunas reservas, podría identificarse con la del gran escritor, Octavio Paz[15], aunque no sean casos estrictamente comparables. El episodio revelador es un incidente acaecido entre ambos, en televisión abierta, en el marco del *Encuentro Internacional. La experiencia de la libertad*.[16]

A pedido del multimedios Televisa, organizado por la revista *Vuelta* y con el beneplácito de los poderes dominantes con la gestión presidencial de Carlos Salinas de Gortari, Octavio Paz –con colaboración de su discípulo Enrique Krauze– organiza este *Encuentro Internacional* a menos de un año de la caída del Muro de Berlín (noviembre de 1989) y antes de la disolución de la Unión Soviética (fines de 1991). La reunión fue una celebración fastuosa, inmensa y costosísima y, simultáneamente, un canto a Estados Unidos como nave insignia de la lucha por la libertad, la justicia, la democracia y los derechos humanos en el mundo. Jean-François Revel[17], uno de los héroes que VLl examina en su libro *El Llamado de la Tribu* (2018), participó como uno de los más rabiosos críticos de la experiencia soviética y más generalmente del proyecto socialista.

---

15. Paz fue uno de los mayores intelectuales latinoamericanos que en su juventud supo tener posturas críticas, a veces lindantes con el anarquismo, y viajar en plena guerra civil a España (1937) para participar en el IIº Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, convocado desde París por Pablo Neruda en solidaridad con el gobierno de la república española. Luego, se convierte en el principal "intelectual orgánico", propagandista y articulador de amplios consensos internacionales "desde fuera" para el PRI. Tarea que también desempeña su discípulo Enrique Krauze.

16. Ver la crónica del *País* en https://elpais.com/diario/1990/09/01/cultura/652140001_850215.html Una memoria sobre el Encuentro fue publicada por Christopher Domínguez Michael para la revista *Letras Libres* el 30 de noviembre 2009, en conmemoración del inminente cumplimiento de veinte años de la realización del evento. Ver http://www.letraslibres.com/mexico/memorias-del-encuentro-la-experiencia-la-libertad

17. Revel afirmó que: "Los marxistas dicen que lo que se hizo no fue marxismo, y piden otra oportunidad. Yo les contesto: no. El socialismo ha podido experimentar sus ideas sobre más de dos mil millones de seres humanos, sobre los cuales ejerció un poder absoluto. Ningún otro sistema ha tenido semejante oportunidad" (Domínguez Michael, 2009).

Un dato que apunta hacia el carácter poco académico y muy propagandístico del torneo fue un hecho insólito: contrariando toda la tradición de los seminarios académicos, fue televisado en directo durante toda su duración, entre el 27 de agosto y el 2 de septiembre de 1990. Adolfo Sánchez Vázquez, uno de los más notables marxistas hispano-mexicano, fue invitado a asistir al evento pero no a presentar siquiera una ponencia.[18] Indignado ante la andanada de calumnias e infamias que impunemente proferían los invitados, el profesor de la UNAM exigió con insistencia su derecho a réplica. Paz, en principio le había negado la palabra, pero, finalmente autorizó a Sanchez Vazquez a dirigirse al público y los televidentes.[19]

Paz compartía junto a Vargas Llosa el podio donde se empinaban los dos más grandes hechiceros del neoliberalismo en Nuestra América. Si bien estaban hermanados por su deshonroso sometimiento a los poderes fácticos del mundo actual, un inesperado y profundo desacuerdo surgió entre ambos cuando, de modo imprevisto, en un debate sostenido en un programa especial de Televisa en horario *prime time*, el peruano emitió una sentencia categórica e inapelable sobre la naturaleza del sistema político: "México es la dictadura perfecta" –y prosiguió– porque "la dictadura perfecta no es el comunismo. No es la Unión Soviética. No es Fidel Castro. La dictadura perfecta es México … es la dictadura camuflada … Tiene las características de la dictadura: la permanencia, no de un hombre, pero sí de un partido. Y de un partido que es inamovible". Y remató su diatriba con un comentario cargado de veneno pero cierto: "Yo no creo que haya en América Latina ningún caso de sistema de dictadura que haya reclutado tan eficientemente al medio intelectual, sobornándole de una manera muy sutil".

Muchos intelectuales que vivimos largos años en México compartíamos la definición del novelista peruano. Pero eran comentarios

18. Tal como me informara Sánchez Vázquez en una comunicación personal mantenida durante su posterior visita a Buenos Aires.

19. Parte de su intervención se recoge en su libro *El valor del socialismo* (2000, pp. 121-131). Se puede acceder a algunos de los temas del debate entre Adolfo Sánchez Vázquez y Octavio Paz en un video: https://www.lahaine.org/mundo.php/lel-fin-del-socialismo-realr y en https://marxismocritico.com/2015/02/25/el-fin-del-socialismo-real-debate/

que circulaban con el mayor sigilo entre los exiliados y nuestros amigos mexicanos. Ninguno hubiera jamás tenido la osadía de decir en público lo que, con la impunidad que le otorgaba su condición de ser una celebridad internacional del imperio, VLl dijo muy suelto de cuerpo. Visiblemente perturbado, Paz salió en defensa del régimen atacado: "México no es una dictadura, es un sistema hegemónico de dominación, donde no han existido dictaduras militares. Hemos padecido la dominación hegemónica de un partido. Esta es una distinción fundamental y esencial", luego de lo cual pasó a hablar de lo "bueno" que el PRI ha realizado. Terminó concediendo, sin embargo, que si bien el partido de gobierno no suprimió la libertad sí la ha manipulado.[20]

Esta intempestiva confrontación pública fue, vista a la distancia, como la pelea de dos machos alfa disputándose el liderazgo de la tribu. El más joven, VLl, salió triunfante porque era la voz del imperio, del *establishment* capitalista internacional, el Premio Nobel. Al anfitrión del evento, Paz le quedo el sabor amargo de tener que admitir una ofensa sin precedentes en su propio terruño y en su carácter de intelectual orgánico y legitimador número uno del hipercorrupto gobierno priísta, sepulturero de la gran revolución que le había dado nacimiento en México.

Muchos otros recorrieron el sendero que tomó VLl, con entusiasmo y alivio en algunos casos, con desatada excitación otros, sigilosamente por allá, con ostentación por acá. De hecho, unos cuantos participaron del encuentro en cuestión: Lucio Colletti, Daniel Bell e Irving Howe, entre los más notables. El repudio al capitalismo y su adhesión a los proyectos colectivistas que motivara a Julien Benda a proponer una reflexión sobre *La trahison des clercs* (1927), tema que luego retomaría Raymond Aron en *El Opio de los Intelectuales* (1955) debería hoy ser reemplazado por un examen del trayecto inverso: los numerosos intelectuales de izquierda que desertaron de sus convicciones cuando se derrumbó el Muro de Berlín y se avizoraba la desintegración de la Unión Soviética. Los tránsfugas

20. Una buena crónica de este incidente fue recogida por *El País*. Ver https://elpais.com/diario/1990/09/01/cultura/652140001_850215.html. Una crónica sobre el Encuentro fue publicada, mucho después, por Christopher Domínguez Michael para la revista *Letras Libres* el 30 de noviembre 2009, en conmemoración del inminente cumplimiento de veinte años de la realización del evento. Ver http://www.letraslibres.com/mexico/memorias-del-encuentro-la-experiencia-la-libertad

y renegados, en la cáustica visión de Isaac Deutscher, reaccionaron plegándose a los dictados de la arrolladora maquinaria cultural del capitalismo, pasándose sin mayores escrúpulos al bando contrario, repudiando convicciones supuestamente arraigadas y yendo a engrosar las huestes del enemigo en el gran combate ideológico en curso.[21] En una brillante recensión bibliográfica que hiciera de *The God that Failed* (un libro publicado en 1949 en donde se recogen ensayos de seis prominentes ex comunistas, entre ellos uno de los héroes de VLl, Arthur Koestler) Deutscher (1950) subrayó lo que a su juicio es una honesta autocrítica. En efecto, al explicar su abandono del comunismo, Koestler admite que:

> Por regla general, nuestros recuerdos representan románticamente el pasado. Pero cuando uno ha renunciado a un credo o ha sido traicionado por un amigo, lo que funciona es el mecanismo opuesto. A la luz del conocimiento posterior, la experiencia original pierde su inocencia, se macula y se vuelve agria en el recuerdo. En estas páginas he tratado de recobrar el estado de ánimo en que viví originariamente las experiencias [en el partido comunista] relatadas, y sé que no lo he conseguido. No he podido evitar la intrusión de ironía, cólera y vergüenza; las pasiones de entonces parecen transformadas en perversiones; su certidumbre interior, en el universo cerrado en sí mismo del drogado …. Aquellos que fueron cautivados por la gran ilusión de nuestro tiempo y han vivido su orgía moral e intelectual, o se entregan a una nueva droga de tipo opuesto o están condenados a pagar su entrega a la primera con dolores de cabeza que les durarán hasta el final de sus vidas (p. 6).

Deutscher observa, con razón, que este no necesariamente fue el caso de todos los ex comunistas. Hubo muchos que lo fueron por simple oportunismo, porque veían en el partido una avenida para su ascenso económico y social o una ruta hacia el poder. No fue ese el caso de VLl, y lo visceral

21. Julien Benda (2000). Examinamos el pensamiento de Aron en el capítulo VII (Boron, 2019). Para un breve abordaje sobre este problema ver Boron. *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* 2002 y ediciones posteriores, especialmente en el capítulo 7 en donde se esbozan algunas reflexiones sobre una sociología del pensamiento revolucionario en tiempos de derrota.

de su ataque y la cólera con que destruye todo lo que recuerde su pasado refleja exactamente eso que plantea Koestler al referirse a los que fueron "cautivados por la gran ilusión de nuestro tiempo y han vivido su orgía moral e intelectual". Ante ese desplome de un viejo mundo de sueños y utopías hecho añicos, los desilusionados se enfrentan a dos alternativas: "o se entregan a una nueva droga de tipo opuesto" –en el caso de VLl, el liberalismo– o se resignan a sobrevivir cargando hasta el fin de sus días con la traición de sus ideales pero sin reemplazarlos por sus contrarios. La apostasía secular de los ex comunistas tiene una secuencia que Deutscher describió con precisión: "casi todos … rompieron con el partido en nombre del comunismo. Casi todos ellos se propusieron defender el ideal del socialismo de los abusos de una burocracia sometida a Moscú". Pero, con el paso del tiempo "aquellas intenciones se olvidan o se abandonan. Después de romper con una burocracia de partido en nombre del comunismo, el hereje rompe con el comunismo", cruza la trinchera y comienza a disparar sus dardos contra sus antiguos camaradas (p. 7).[22] No está demás añadir que el reverso de la herejía es el dogmatismo, enfermedad que afecta casi sin excepción a todos los sistemas doctrinarios, y no solo al marxismo. Hay sectarismos en esta corriente pero también en el liberalismo, y VLl y sus amigos son un ejemplo viviente de ello. Por ello es pertinente compartir una reflexión de un peruano grande de verdad, José Carlos Mariátegui, cuando a propósito de estas cuestiones nos legó una reflexión inolvidable, sobre todo en momentos como los actuales: "La herejía es indispensable para comprobar la salud del dogma. Algunas han servido para estimular la actividad intelectual del socialismo, cumpliendo una oportuna función de reactivos. De otras, puramente individuales, ha hecho justicia implacable el tiempo.[23]

El ensayista Terry Eagleton, reconocido crítico de teoría cultural, sugiere algunas hipótesis para comprender este tránsito involutivo que, nos parece, iluminan la formidable mutación ideológica sufrida por

22. Un examen sobre este tema en el caso de España puede encontrarse en Pepe Gutiérrez-Álvarez (2017). También en Francesc Arroyo (1990).

23. Pasaje que se encuentra en Henry de Man y la crisis del marxismo. En *Obras Completas* de José Carlos Mariátegui. *En Defensa del Marxismo*. Disponible en https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/defensa_del_marxismo/paginas/i.htm

algunos ex comunistas y ex marxistas (Eagleton, 1997). A tal efecto nos propone un experimento mental: imaginar el impacto que sobre una corriente radical de ideas ejerce una derrota y una refutación práctica aplastantes, que parecen borrar de la agenda pública los temas y las propuestas de aquella no solo por lo que resta de nuestras vidas sino, tal vez, para siempre. Con el paso del tiempo los argumentos centrales de esa corriente pecan menos por su presunta falsedad que por su irrelevancia ante los ojos de sus contemporáneos. Sus críticos ya no encuentran ninguna razón para debatir con los representantes de la vieja teoría o refutar sus ideas centrales sino que contemplan a unos y otras con una rara mezcla de indiferencia y curiosidad, "la misma que uno puede tener en relación a la cosmología de Ptolomeo o la escolástica de Tomás de Aquino (p. 17).

¿Cuáles son las alternativas prácticas que se abren para los contestatarios, para los soportes sociales de aquella corriente aparentemente condenada por la historia ante una catástrofe político-ideológica como la que describe el británico? Para un marxista dogmático como era el joven VLl, todo ese mundo de verdades aparentemente inconmovibles y objetivas –de estructuras determinantes, en última instancia (y a veces no tan última), de "leyes de movimiento" que rigen la dialéctica de la historia y de causas eficientes que todo lo explican– se desvanece como una niebla matinal. Ante el derrumbe de las viejas creencias, el ahora descreído militante, perdido en las brumas de la derrota, corre en busca de una droga de reemplazo que le otorgue nuevo sentido a su vida. El lugar de las antiguas certidumbres no puede quedar vacío –la naturaleza aborrece al vacío, decía Aristóteles– y ese espacio fue progresivamente ocupado por los retazos del liberalismo y el posmodernismo, con su vistosa galaxia de fragmentos sociales, la fulminante irrupción de sujetos, azarosas contingencias que no obedecen a legalidad histórica alguna y fugaces circunstancias que emergen y se recombinan incesantemente, todo lo cual no es para los arrepentidos y renegados sino el tardío reconocimiento de la apoteosis de la libertad.

No solo el marxismo afrancesado del joven peruano se desplomó, sino con él toda la herencia teórica de la Ilustración y sus grandes relatos. Era necesario un nuevo comienzo, y reconocer que para la "sensibilidad

posmoderna" que definió el clima cultural e ideológico de la última década del siglo XX y los primeros años del actual, las ideas centrales del marxismo eran menos combatidas que ignoradas: no solo por equivocadas sino, como aseguran sus críticos, porque se habían convertido en un irrelevante arcaísmo.[24] El discurso ideológico de esta derecha que ahora pasaba a la contraofensiva se sintetizaba en unas pocas pero rotundas tesis: el Muro de Berlín fue demolido; la Unión Soviética se desintegró sin pena ni gloria, sin que nadie disparase un solo tiro en su defensa y para las nuevas generaciones de los países que conformaron la Unión Soviética esta es apenas un borroso recuerdo. El Pacto de Varsovia se disolvió en el bochorno. El capitalismo, los mercados y la democracia liberal triunfan por doquier, y ahí está la obra de Francis Fukuyama para proclamarlo (1992). No solo eso, nos dice que la misma historia ha llegado a su fin y que ya no habrá otro partido que jugar. El capitalismo se ha convertido en "*the only game in town*", como dicen los neocons norteamericanos. El imperialismo se esfuma y en su lugar dos izquierdistas posmodernizados postulan su definitiva desaparición y su reemplazo por un vaporoso, inocuo, inofensivo imperio, que no es imperialista (Hard y Negri, 2002).

La vieja clase obrera fue atomizada y pulverizada por el posfordismo y además está siendo velozmente reemplazada por la robótica; los estados nacionales aparecen en desordenada retirada, servilmente arrodillados ante el ímpetu de los mercados globalizados y la constitución de mega conglomerados empresariales de colosales dimensiones; la socialdemocracia y los viejos partidos comunistas europeos –salvo, entre estos últimos, alguna que otra excepción, por cierto que minoritaria– abrazan descaradamente al neoliberalismo; China se abre al capital extranjero e ingresa a la OMC; y el otrora llamado "campo socialista" desapareció de la arena internacional sin dejar rastros. Solo Cuba queda en pie, y

24. La situación actual ha cambiado radicalmente, y especialmente desde el comienzo de la nueva crisis general del capitalismo, gatillada por la crisis de las hipotecas subprime y el hundimiento del banco de inversión Lehman Brothers en 2008. Desde entonces el marxismo ha recuperado su lugar en el debate no solo teórico sino también práctico de nuestro tiempo. *El Capital* de Karl Marx se está vendiendo como nunca antes y hace apenas unos meses Xi Jinping recomendó a sus connacionales la lectura del *Manifiesto del Partido Comunista*.

allá lejos Vietnam, Laos y el misterio norcoreano, de casi imposible catalogación. Ante este cuadro, así presentado y martillado a diario por la ideología dominante y sus grandes medios de (des)información de masas, ¿qué hacer?

Eagleton plantea algunas opciones que iluminan no solo el itinerario que habrían recorrido intelectuales como VLl sino también muchos otros que profetizaban la inminencia de la revolución y velaron infructuosamente sus armas a la espera del "día decisivo". Percibe cuatro posibles estrategias para enfrentar el desastre. Están, por una parte, quienes hallaron su nueva droga en la derecha. Vargas Llosa, Régis Debray y Lucio Colletti ejemplifican esta primera opción: pasarse en una operación digna de un saltimbanqui al campo enemigo. Lucio Colletti, otrora un respetado filósofo marxista, con fuertes ingredientes maoístas y trotskistas, se lanzó a recorrer un espinoso sendero que lo llevó a ser dos veces electo como diputado por *Forza Italia* del neofascista Silvio Berlusconi. Régis Debray, de la guerrilla del Che en Bolivia a hombre de consulta de sucesivos gobiernos conservadores en Francia. La lista sería interminable y una breve biografía de conversos y apóstatas insumiría todas las páginas de este libro. Aparte de VLl, uno de los casos más resonantes en Latinoamérica ha sido la súbita conversión de Antonio Palocci, el ex ministro de Hacienda del gobierno de Lula, dirigente trotskista *a la lettre* en un furioso neoliberal y, ya en la cárcel por sus estafas, en ignominioso denunciante de Lula.[25]

La segunda alternativa, según Eagleton, es la de quienes permanecieron en la izquierda pero resignados y nostálgicos ante la dilución de sus convicciones por el hecho de que cuando tenían muy bien fundamentadas todas las respuestas para superar al capitalismo les cambiaron las preguntas. O, mejor, aparecieron nuevos desafíos producto de las novedades producidas por el desarrollo del capitalismo y que no están

25. Carlos Gervasoni (2004). Datos sobre este fenómeno en el caso chileno se encuentran en http://www.huellasdigitales.cl/portal/index.php/portada/47/5312-los-conversos-del-allendismo-al-capitalismo Ver asimismo la interesante nota de Higinio Polo (2004). Un caso extremo es el de Joaquín Villalobos, excomandante del Frente Farabundo de Liberación Nacional, que en 1975 ordena ejecutar al poeta Roque Dalton acusándolo de ser informante de la CIA. Villalobos defeccionó y se pasó a la derecha y fue asesor de Álvaro Uribe Vélez en la época más tenebrosa de este presidente, el tiempo de los falsos positivos y las fosas comunes. Ver http://www.rebelion.org/noticia.php?id=6000

incorporadas a las viejas preguntas. Otros, los terceros, cierran los ojos ante los agobiantes datos de la realidad y haciendo gala de un fantasioso triunfalismo creen advertir en los más tenues indicios de lucha –una movilización estudiantil, una ocupación de tierras, una fábrica recuperada, una protesta callejera– los inequívocos signos que preanuncian la inminente epifanía de la revolución. Están, por último, quienes conservan el impulso radical pero relocalizado en otra arena distinta de la propiamente política, buscando refugio y consuelo en vaporosas elucubraciones filosóficas o epistemológicas (Anderson, 1979), o en una abstrusa metafísica de lo social como lo hicieran Michael Hardt y Antonio Negri con su teoría de un imperio que ya no es imperialista (2002).

Pero nos parece que habría que agregar una quinta categoría a la taxonomía de Eagleton para incluir a quienes siguen fieles al proyecto emancipatorio del marxismo pero sin caer en la resignación, la nostalgia o la negación de la derrota, sabedores que la historia plantea nuevos retos y también que, en lo esencial, el diagnóstico marxista sigue siendo correcto aunque las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para la superación histórica del capitalismo aún no se hayan materializado, lo que no significa que no puedan hacerlo en el futuro. El propio Eagleton se inscribe en esta categoría, junto a Ellen Meiksins Wood, Adolfo Sánchez Vázquez, Manuel Sacristán, Samir Amin, Ruy Mauro Marini, Agustín Cueva y Theotonio dos Santos, y el autor de estas líneas, entre tantos otros. Un marxismo cuya vigencia ha sido puesta por enésima vez de manifiesto a partir de la gran crisis general del capitalismo desatada en el 2008 de la cual aún no se recupera (Boron, 2009b, p. 23-49).

De lo anterior se desprende que jamás debemos abandonar las armas de la crítica, sea ante los saberes hegemónicos, sea ante los saberes populares que, paradojalmente, pueden en algunos casos llegar a ser antipopulares toda vez que reafirman las bases ideológicas de sociedades profundamente injustas y explotadoras. El rechazo y la denuncia militante del saber establecido y consagrado por la academia –o por lo que el gran dramaturgo español Alfonso Sastre denominara "intelectuales bienpensantes" de la sociedad burguesa– no debe tener como reverso de la medalla la acrítica aceptación del saber popular (Sastre, 2005).

Dada la íntima e indisoluble relación entre clase, poder y saber, en todas las formas de este se ocultan los virus de la dominación y de la explotación. De lo que se trata, por lo tanto, es de apropiarnos selectivamente de esos saberes, aprendiendo a navegar a través de sus contradicciones y pugnando por hallar, en sus pliegues, los elementos liberadores así como denunciar y combatir sus componentes retardatarios y reaccionarios. En *Todo Calibán*, Roberto Fernández Retamar decía que nuestra condición colonial nos obliga a ser universales, a abrirnos a todas las expresiones del pensamiento y a construir una laboriosa síntesis crítica, inevitablemente universal, capaz de guiar las luchas por la emancipación integral no solo de América Latina sino también de toda la humanidad.

Y para interpretar y cambiar al mundo es preciso recuperar la mejor tradición del pensamiento crítico latinoamericano. Grandes contribuciones al pensamiento universal fueron hechas en nuestros países. Según muchos observadores. Latinoamérica es, de lejos, una de las regiones de mayor creatividad intelectual, cultural, estética, filosófica y musical del mundo. Y en el terreno de las Ciencias Sociales y las Humanidades no hay punto de comparación entre los aportes hechos al pensamiento liberador por América Latina y los que hicieron otras regiones del Tercer Mundo. Salvo en el caso de la India, falta en Asia una tradición de profunda reflexión filosófico-social. Los asiáticos han tenido, y tienen, grandes ingenieros y técnicos, y en ese sentido van a la cabeza de una serie de disciplinas; pero desde el punto de vista de la reflexión social, la producción asiática –insistimos, excepto en India– no es muy relevante. El caso africano es un poco más matizado, se parecen un más a los latinoamericanos por su fuerte conexión con el mundo europeo. Pero se encuentran mucho más golpeados por un proceso de devastación imperialista del cual apenas tenemos una pálida noticia.

En consecuencia, América Latina es depositaria de una responsabilidad muy especial en el marco del Tercer Mundo. Nuestros países produjeron en el pasado contribuciones teóricas de enorme significación, más allá de las críticas que hoy pudieran formulárseles. La aportación del estructuralismo en la teoría económica, realizada por gentes como Raúl Prebisch, Celso Furtado, Aníbal Pinto, María Conçeiçao Tavares, Ruy Mauro Marini, Theotonio dos Santos y tantos otros fue original y

fecunda. En el terreno de la Filosofía este continente ha dado a luz a la Teología de la Liberación (Leonardo Boff, Frei Betto, Gustavo Gutiérrez) y a la Filosofía de la Emancipación (Enrique Dusell), fieramente combatidas por la derecha internacional y por la burocracia vaticana. La Teología de la Liberación es considerada, en las principales universidades del mundo desarrollado, como una de las aportaciones más importantes a los debates filosóficos de la segunda mitad del siglo XX. Lo mismo cabe decir de los aportes de la Filosofía de la Praxis (Adolfo Sánchez Vázquez, entre otros) y la Historia y la Sociología crítica, con figuras de relieve excepcional como Pablo González Casanova, Aníbal Quijano, Florestán Fernandes, Caio Prado Jr., y Sergio Bagú, para no mencionar sino los más conocidos. América Latina revolucionó el pensamiento educacional con la obra del brasileño Paulo Freire con la pedagogía del oprimido. Y le cabe a Milton Santos, un gran geógrafo del Brasil, el mérito de haber replanteado radicalmente la visión predominante sobre la geografía en el terreno internacional. América Latina produjo también el resurgimiento de la discusión sobre la problemática del Estado que los eruditos politólogos norteamericanos de la mano de David Easton habían desterrado de la academia a mediados de la década de 1950 y reflotaron la discusión sobre el imperialismo y la dependencia, acallada ante el auge de las teorías de la modernización y el pensamiento económico ortodoxo.

Nuestra América ha sido pródiga en efectuar grandes aportes al pensamiento, pero desde fuera de la Universidad. Ni Simón Bolívar –un genio militar y un gran pensador político, a la altura de los mejores europeos de su tiempo– ni su tutor Simón Rodríguez, ni Francisco de Miranda, Francisco Bilbao, Domingo F. Sarmiento, Juan B. Alberdi o José Martí fueron hombres de la academia. Y en el antiguo Virreinato del Río de la Plata, la brillante generación de revolucionarios egresados de la Universidad de Chuquisaca –Mariano Moreno, Bernardo de Monteagudo, Juan J. Castelli, José Mariano Serrano, José Ignacio Gorriti– una de las más antiguas de las Américas, creada en Sucre en 1624, con anterioridad a la fundación de Harvard en Massachusetts, jamás pudieron regresar a enseñar en esa universidad. Lo mismo ocurrió con Manuel Rodríguez de Quiroga, uno de los actores de la independencia del Ecuador; Mariano Alejo Álvarez, de la revolución peruana y Jaime

de Zudáñez, nacido en Chuquisaca que terminó sus días en lo que hoy es Uruguay.

Honrando esa tradición, no debemos escatimar esfuerzos en nuestro empeño por recuperar una tradición de pensamiento tan crítica como la que América Latina alumbró en la segunda mitad del siglo XX, y que tiene ilustres antecedentes cuya sola enumeración requeriría de un espacio que no disponemos. Pensemos simplemente en la importancia de los aportes de los ya mencionados más arriba, a los cuales podrían agregarse Víctor Raúl Haya de la Torre de su mejor época y no en el de su posterior capitulación; José Vasconcelos; José Enrique Rodó, Aníbal Ponce, insisto, entre otros notables entre los cuales, en épocas más recientes, habría que incluir a las contribuciones de Fidel y el "Che"; de Luiz Carlos Prestes, Salvador Allende y de Hugo Chávez, y tantas otras figuras deslumbrantes de Nuestra América que sería extenso de enumerar. Sería imperdonable condenar esa rica tradición al olvido y marearnos con eso que tan acertadamente condenaba Platón hace dos mil quinientos años: el "afán de novedades", enemigo mortal del conocimiento verdadero. No se trata pues de tan solo volver al pasado y releer los viejos textos como si fueran piezas de un museo arqueológico. De lo que se trata es de recuperar sus trascendentales interrogantes más que sus comprobaciones puntuales, y proyectar todo este aparato teórico como fuente de inspiración para una renovada interpretación del presente y contribuir a la creación de nuevas síntesis teóricas capaces de guiar a nuestros pueblos en sus luchas por la Segunda y Definitiva Independencia.

Con un libro como *La llamada de la tribu*, en donde el protagonismo de los intelectuales es sobresaliente, VLl gravita profusamente como portavoz autorizado de la burguesía contribuyendo, junto con los medios de (in)comunicación y de (des)información de masas –porque no comunican y mucho menos informan– controlados por cinco gigantescos oligopolios que concentran el 80% de todas las noticias que circulan por el globo, a propagar las ideas de los intereses dominantes. La gravitación de este tipo de intelectuales orgánicos y de medios aceleran la extensión del periodismo y su conversión a servir de vehículo de propaganda salvo honrosas excepciones, arrojando por la borda su misión originaria de informar a la ciudadanía, narcotizando y despolitizando a una población

que, más que nunca, debe estar alerta como le están robando la posibilidad de decidir sobre su futuro. Contrarrestar estas nefastas influencias es precisamente uno de los motivos que me ha llevado a escribir el *El hechicero de la tribu* (2019) y recordar la función y la trascendencia política y social de los intelectuales públicos.

Bibliografía

Anderson, P. (1979). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. México: Siglo XXI.

Aron, R. (1979) [1955]. *El Opio de los Intelectuales*. Buenos Aires: Ediciones siglo XX. Traducción de Enrique Alonso.

Arroyo, F. (7 de noviembre 1990). Herejes y Renegados. Los socialistas han nutrido su partido de dirigentes procedentes de la crisis comunista. *El País*. https://elpais.com/diario/1990/11/07/espana/657932419_850215.html

Benda, J. (2000) [1927]. *La Traición de los Intelectuales*. Barcelona: Círculo de Lectores.

Bok, D. (2003). *Universities in the Marketplace: the Commercialization of Higher Education*. Princeton: Princeton University Press.

Boron, A. (1999). Pensamiento único y resignación política: los límites de una falsa coartada en A. A. Boron, J. C. Gambina y N. Minsburg (Comp.). *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, (138-156). Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2000). Epílogo. ¿Una teoría social para el siglo XXI? en A. A. Boron. *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, (211-226). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Boron, A. (2002). *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*. Buenos Aires: CLACSO.

Boron, A. (2008). *Consolidando la explotación. La academia y el Banco Mundial contra el pensamiento crítico*. Córdoba: Editorial Espartaco.

Boron, A. (2009a). Estudio preliminar en J. C. Mariátegui. *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Boron, A. (2011). ¿Comienza una revolución anticapitalista? *Cuadernos Marxistas*, 3, 10-15.

Boron, A. (2019). *El hechicero de la tribu. Mario Vargas Llosa y el liberalismo en América Latina*. México: Akal.

Boron, A. (2009b). *Crisis Civilizatoria y Agonía del Capitalismo. Diálogos con Fidel Castro*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Brzezinski, Z. (1998). *El Gran Tablero Mundial: la superioridad norteamericana y los imperativos geoestratégicos*. Buenos Aires: Paidós.

Callinicos, A. (2006). *Universities in a Neoliberal World.* Londres: Bookmarks Publications.

Deutscher, I. (1950). La conciencia de los ex comunistas. Reseña del libro *The God that Failed*, publicada en *The Reporter* (Nueva York). https://www.marxists.org/espanol/deutscher/1950/conciencia_ex-comunistas.htm

Domínguez Michael, C. (2009). Memorias del Encuentro: "la experiencia de la libertad". *Letras Libres.* 30 de noviembre. http://www.letraslibres.com/mexico/memorias-del-encuentro-la-experiencia-la-libertad

Dussel, E. (2000). Europa, modernidad y eurocentrismo en E. Lander (Comp.). *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas.* Buenos Aires: CLACSO.

Eagleton, T. (1997). Where do postmodernists come from? en E. Meiksins Wood y J. Bellamy Foster (Comp.). *In Defense of History*. NuevaYork: Monthly Review Press.

El País. (31 de agosto de 1990). Vargas Llosa: "México es la dictadura perfecta". Españoles y latinoamericanos intervienen en la polémica sobre el compromiso y la libertad. https://elpais.com/diario/1990/09/01/cultura/652140001_850215.html

Fernández Retamar, R. (2004). *Todo Calibán*. Buenos Aires: CLACSO.

Fischer, L., Gide, A., Koestler, A., Silone, I., Spender, S. y Wright, R. [1944]. *The God that Failed.* Columbia: Columbia University Press.

Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre.* Buenos Aires: Planeta.

Germani, G. (1962). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós.

Gervasoni, C. (2004). Antonio Palocci o la insoportable fe de los conversos al capitalismo en *Análisis Latino*. http://www.analisislatino.com/opinion/?id=610

Gramsci, A. (1981-1999). *Cuadernos de la cárcel*. (6 Tomos). México D. F.: ERA.

Gutiérrez-Álvarez, P. (2017). Herejes y Renegados en *El Viejo Top*. 4 de septiembre. https://www.elviejotopo.com/topoexpress/herejes-y-renegados/

Hardt, M. y Negri, A. (2002) [2000]. *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.

Jacoby, R. (2000). *The Last Intellectuals. American Culture in the Age of Academe*. Nueva York: Basic Books.

Knight, J. (2004). Crossborder Education in a Trade Environment: Complexities and Policy Implications en *The implications of WTO/AGCS for Higher Education in Africa*. Accra: Association of African Universities.

Lander, E. (Comp.). (2000). *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.

Mariátegui, J. C. (2009). *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Martí, J. (2005). *Nuestra América*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.

Marx, K. (1967) [1844]. En torno a la Crítica de la filosofía del Derecho, de Hegel y otros ensayos. Introducción en K. Marx y F. Engels. *La Sagrada Familia,* (1-15). México: Editorial Grijalbo.

Marx, K. (1967). En torno a la Crítica de la filosofía del Derecho, de Hegel y otros ensayos. Introducción en K. Marx y F. Engels. *La Sagrada Familia,* (1-15). México: Editorial Grijalbo.

Meiksins Wood, E. y Bellamy Foster, J. (Comp.). (1997). *In Defense of History*. Nueva York: Monthly Review Press.

Mèszáros, I. (1995). *Beyond Capital: Toward a Theory of Transition*. Londres: Monthly Review Press.

Mèszáros, I. (2003). *El siglo XXI: ¿socialismo o barbarie?* Buenos Aires: Herramienta Ediciones.

Moore, B. Jr. (1970). *Poder político y teoría social*. Barcelona: Anagrama.

Pacheco Colín, R. (2002). 60 millones, los indígenas muertos tras la Conquista. http://www.cronica.com.mx/notas/2002/24297.html 13 Agosto 2002.

Paz, O. (1950). *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Paz, O. (1982). *Sor Juana Inés de la Cruz o las Trampas de la Fe*. Madrid: Seix Barral.

Polo, H. (2004). "La lucidez del converso en *El viejo Topo*, 14 de octubre. Recuperado de *Rebelión*, https://rebelion.org/la-lucidez-del-converso/

Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina en E. Lander (Comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas.* Buenos Aires: CLACSO.

Quijano, A. (1992). Colonialidad y modernidad-racionalidad en H. Bonilla (Comp.). *Los Conquistados. 1492 y la población indígena de las américas*. Bogotá: Tercer mundo editores.

Quijano, A. (1999). Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina en S. Castro-Gómez, O. Guardiola-Rivera y C. Millán de Benavidez (Eds.). *Pensar en los intersticios teoría y práctica de la crítica poscolonial,* (117-131). Bogotá: Instituto Pensar.

Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina en E. Lander (Comp.). *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas***.** Buenos Aires: CLACSO.

Quijano, A. (2001a). El regreso del futuro y las cuestiones del conocimiento. *Revista critica de ciencias sociais* (61) 63-77.

Quijano, A. (2001b). Colonialidad del poder, globalización y democracia. *Utopías, nuestra bandera: vista de debate político.* (188) 97-123.

Rivera Ramos, P. (2017). La OMC y el acuerdo TISA que también se negocia en secreto. *Question Digital*. http://questiondigital.com/la-omc-yel-acuerdo-tisa-que-tambien-se-negocia-en-secreto

Said, E. W. (1996). *Representaciones del intelectual. Ensayos sobre literatura clásica.* Barcelona: Paidós. Traducción de Isidro Arias.

Sánchez Vázquez, A. (2000). *El Valor del Socialismo*. México: Itaca.

Santos, B. de Sousa. (1998) [1995]. *De la mano de Alicia: lo social y lo político en la postmodernidad.* Bogotá: Siglo del Hombre Editores/Ediciones Uniandes –Universidad de los Andes.

Santos, B. de Sousa. (2007). *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipatoria de la universidad*. La Paz: CIDES-UMSA y Plural Editores.

Sastre, A. (2005). *La batalla de los intelectuales: o nuevo discurso de las armas y las letras.* Buenos Aires: CLACSO.

Scott, J. (9 de agosto de 1994). Thinking out loud: The public intellectual is reborn. *The New York Times*, Sección B, 1.

Vargas Llosa, M. [2018]. *El llamado de la tribu*. Madrid: Alfaguara.

La pequeña Biblia de la Crisis*

Por Fidel Castro

Finalizado el evento sobre Globalización y Desarrollo con la presencia de más de 1500 economistas, destacadas personalidades científicas y representantes de organismos internacionales reunidos en La Habana, recibí una carta y un documento de Atilio Boron, doctor en Ciencias Políticas, profesor titular de Teoría Política y Social, director del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED), aparte de otras importantes responsabilidades científicas y políticas.

Atilio, firme y leal amigo, había participado el jueves 6 en el programa de la Mesa Redonda de la Televisión Cubana, junto a otras eminencias internacionales que asistieron a la Conferencia sobre Globalización y Desarrollo.

Supe que se marcharía el domingo y decidí invitarlo a un encuentro a las 5 de la tarde del día anterior. Había decidido escribir una reflexión sobre las ideas contenidas en su documento. Utilizaré en la síntesis sus propias palabras:

> Nos hallamos ante una crisis general capitalista, la primera de una magnitud comparable a la que estallara en 1929 y a la llamada 'Larga Depresión' de 1873-1896. Una crisis integral, civilizacional,

* Castro Ruz, F. (10 de marzo de 2009). *Página 12*. https://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-121232-2009-03-10.html

multidimensional, cuya duración, profundidad y alcances geográficos seguramente habrán de ser de mayor envergadura que las que le precedieron.

Se trata de una crisis que trasciende con creces lo financiero o bancario y afecta a la economía real en todos sus departamentos. Afecta a la economía global y que va mucho más allá de las fronteras estadounidenses.

Sus causas estructurales: es una crisis de superproducción y a la vez de subconsumo. No por casualidad estalló en Estados Unidos, porque este país hace más de treinta años que vive artificialmente del ahorro externo, del crédito externo, y estas dos cosas no son infinitas: las empresas se endeudaron por encima de sus posibilidades; el Estado se endeudó también por encima de sus posibilidades para hacer frente no a una sino a dos guerras no solo sin aumentar los impuestos sino que reduciéndolos, los ciudadanos son sistemáticamente impulsados, por vía de la publicidad comercial, a endeudarse para sostener un consumismo desorbitado, irracional y despilfarrador.

Pero a estas causas estructurales hay que agregar otras: la acelerada financiarización de la economía, la irresistible tendencia hacia la incursión en operaciones especulativas cada vez más arriesgadas. Descubierta la 'fuente de juvencia' del capital gracias a la cual el dinero genera más dinero prescindiendo de la valorización que le aporta la explotación de la fuerza de trabajo y, teniendo en cuenta que enormes masas de capital ficticio se pueden lograr en cuestión de días, o semanas a lo máximo, la adicción del capital lo lleva a dejar de lado cualquier cálculo o cualquier escrúpulo.

Otras circunstancias favorecieron el estallido de la crisis. Las políticas neoliberales de desregulación y liberalización hicieron posible que los actores más poderosos que pululan en los mercados impusieran la ley de la selva.

Una enorme destrucción de capitales a escala mundial, caracterizándolo como una "destrucción creadora". En Wall Street esta "destrucción creadora" hizo que la desvalorización de las empresas que cotizan en esa Bolsa llega casi al 50%; una empresa que antes

cotizaba en Bolsa un capital de 100 millones, ¡ahora tiene 50 millones! Caída de la producción, de los precios, de los salarios, del poder de compra.

"El sistema financiero en su totalidad está a punto de estallar. Ya tenemos más de U$S 500.000 millones en pérdidas bancarias, hay un billón más que está por llegar. Más de una docena de bancos están en bancarrota, y hay cientos más esperando correr la misma suerte. A estas alturas más de un billón de dólares han sido transferidos desde la FED al cartel bancario, pero un billón y medio más será necesario para mantener la liquidez de los bancos en los próximos años". Lo que estamos viviendo es la fase inicial de una larga depresión, y la palabra recesión, tan utilizada recientemente, no captura en todo su dramatismo lo que el futuro depara para el capitalismo.

La acción ordinaria de Citicorp perdió el 90% de su valor en 2008. ¡La última semana de febrero cotizaba en Wall Street a U$S 1,95 por acción!

Este proceso no es neutro pues favorecerá a los mayores y mejor organizados oligopolios, que desplazarán a sus rivales de los mercados. La 'selección darwiniana de los más aptos' despejará el camino para nuevas fusiones y alianzas empresariales, enviando a los más débiles a la quiebra.

Acelerado aumento del desempleo. El número de desempleados en el mundo (unos 190 millones en 2008) podría incrementarse en 51 millones más a lo largo de 2009. Los trabajadores pobres (que ganan apenas dos euros diarios) serán 1400 millones, o sea el 45% de la población económicamente activa del planeta. En Estados Unidos la recesión ya destruyó 3,6 millones de puestos de trabajo. La mitad durante los últimos tres meses. En la Unión Europea (UE), el número de desempleados es de 17,5 millones, 1,6 millón más que hace un año. Para 2009 se prevé la pérdida de 3,5 millones de empleos. Varios Estados centroamericanos así como México y Perú, por sus estrechos lazos con la economía estadounidense, serán fuertemente golpeados por la crisis.

Una crisis que afecta a todos los sectores de la economía: la banca, la industria, los seguros, la construcción, etcétera, y se disemina por todo el conjunto del sistema capitalista internacional.

Decisiones que se toman en los centros mundiales y que afectan a las subsidiarias de la periferia generando despidos masivos, interrupciones en las cadenas de pagos, caída en la demanda de insumos, etcétera. Estados Unidos ha decidido apoyar a las Big Three (Chrysler, Ford, General Motors) de Detroit, pero solo para que salven sus plantas en el país. Francia y Suecia han anunciado que condicionarán las ayudas a sus industrias automotoras: solo podrán beneficiarse los centros ubicados en sus respectivos países. La ministra francesa de Economía, Christine Lagarde, declaró que el proteccionismo podía ser "un mal necesario en tiempos de crisis". El ministro español de Industria, Miguel Sebastián, insta a "consumir productos españoles". Barack Obama, agregamos nosotros, promueve el "buy American!".

Otras fuentes de propagación de la crisis en la periferia son la caída en los precios de las commodities que exportan los países latinoamericanos y caribeños, con sus secuelas recesivas y el aumento de la desocupación.

Drástica disminución de las remesas de los emigrantes latinoamericanos y caribeños a los países desarrollados. (En algunos casos las remesas son el más importante ítem en el ingreso internacional de divisas, por encima de las exportaciones.)

Retorno de los emigrantes, deprimiendo aún más el mercado de trabajo.

Se conjuga con una profunda crisis energética que exige reemplazar al actual, basado en el uso irracional y predatorio del combustible fósil.

Esta crisis coincide con la creciente toma de conciencia de los catastróficos alcances del cambio climático.

Agréguese la crisis alimentaria, agudizada por la pretensión del capitalismo de mantener un irracional patrón de consumo que ha llevado a reconvertir tierras aptas para la producción de alimentos para ser destinadas a la elaboración de agrocombustibles.

Obama reconoció que no hemos tocado fondo todavía, y Michael Klare escribió en días pasados que "si el actual desastre económico se convierte en lo que el presidente Obama ha denominado década perdida, el resultado podría consistir en un paisaje global lleno de convulsiones motivadas por la economía".

En 1929 la desocupación en Estados Unidos llegó al 25%, al paso que caían los precios agrícolas y de las materias primas. Diez años después, y pese a las radicales políticas puestas en marcha por Franklin D. Roosevelt (el New Deal), la desocupación seguía siendo muy elevada (17%) y la economía no lograba salir de la depresión. Solo la Segunda Guerra Mundial puso fin a esa etapa. ¿Y ahora por qué habría de ser más breve? Si la depresión de 1873-1896, como expliqué, duró ¡23 años!

Dados estos antecedentes, ¿por qué ahora saldríamos de la actual crisis en cuestión de meses, como vaticinan algunos publicistas y "garúes" de Wall Street.

No se saldrá de esta crisis con un par de reuniones del G-20 o del G-7. Si una prueba hay de su radical incapacidad para resolver la crisis es la respuesta de las principales bolsas de valores del mundo luego de cada anuncio o cada sanción de una ley aprobatoria de un nuevo rescate: invariablemente la respuesta de "los mercados" es negativa.

Ya no está la URSS, cuya sola presencia y la amenaza de la extensión hacia Occidente de su ejemplo inclinaba la balanza de la negociación a favor de la izquierda, sectores populares, sindicatos, etcétera.

En la actualidad, China ocupa un papel incomparablemente más importante en la economía mundial, pero sin alcanzar una importancia paralela en la política mundial. La URSS, en cambio, pese a su debilidad económica, era una formidable potencia militar y política. China es una potencia económica, pero con escasa presencia militar y política en los asuntos mundiales, si bien está comenzando un muy cauteloso y paulatino proceso de reafirmación en la política mundial.

China puede llegar a jugar un papel positivo para la estrategia de recomposición de los países de la periferia. Beijing está gradualmente reorientando sus enormes energías nacionales hacia el mercado interno. Por múltiples razones que serían imposibles discutir aquí, es un país que necesita que su economía crezca al 8% anual, sea como respuesta a los estímulos de los mercados mundiales o a los que se originen en su inmenso –solo parcialmente explotado– mercado interno. De confirmarse ese viraje es posible predecir que China seguirá necesitando muchos productos originarios de los países del Tercer Mundo, como petróleo, níquel, cobre, aluminio, acero, soja y otras materias primas y alimentos.

En la Gran Depresión de la década de 1930, en cambio, la URSS tenía una muy débil inserción en los mercados mundiales. China es distinto: podrá seguir jugando un papel muy importante y, al igual que Rusia e India (aunque estas en menor medida), comprar en el exterior las materias primas y alimentos que necesite, a diferencia de lo que ocurría con la URSS en los tiempos de la Gran Depresión.

En la década de 1930 la "solución" de la crisis se encontró en el proteccionismo y la Guerra Mundial. Hoy, el proteccionismo encontrará muchos obstáculos debido a la interpenetración de los grandes oligopolios nacionales en los distintos espacios del capitalismo mundial. La conformación de una burguesía mundial, arraigada en gigantescas empresas que, pese a su base nacional, operan en un sinnúmero de países, hace que la opción proteccionista en el mundo desarrollado sea de escasa efectividad en el comercio Norte/Norte y las políticas tenderán –al menos por ahora y no sin tensiones– a respetar los parámetros establecidos por la Organización Mundial de Comercio (OMC). La carta proteccionista aparece como mucho más probable cuando se la aplique, como seguramente se hará, en contra del Sur global. Una guerra mundial motorizada por "burguesías nacionales" del mundo desarrollado dispuestas a luchar entre sí por la supremacía en los mercados es prácticamente imposible, porque tales 'burguesías' han sido desplazadas por el ascenso y consolidación de una burguesía imperial que periódicamente se reúne en Davos y para la cual la opción de

un enfrentamiento militar constituye un fenomenal despropósito. No quiere decir que esa burguesía mundial no apoye, como lo ha hecho hasta ahora con las aventuras militares de Estados Unidos en Irak y Afganistán, la realización de numerosas operaciones militares en la periferia del sistema, necesarias para la preservación de la rentabilidad del complejo militar-industrial norteamericano e, indirectamente, para los grandes oligopolios de los demás países.

La situación actual no es igual a la de la década de 1930. Lenin dijo "el capitalismo no se cae si no hay una fuerza social que lo haga caer". Esa fuerza social hoy no está presente en las sociedades del capitalismo metropolitano, incluido Estados Unidos.

Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Francia y Japón dirimían en el terreno militar su pugna por la hegemonía imperial.

Hoy, la hegemonía y la dominación están claramente en manos de Estados Unidos. Es el único garante del sistema capitalista a escala mundial. Si Estados Unidos cayera se produciría un efecto dominó que provocaría el derrumbe de casi todos los capitalismos metropolitanos, sin mencionar las consecuencias en la periferia del sistema. En caso de que Washington se vea amenazado por una insurgencia popular, todos acudirán a socorrerlo, porque es el sostén último del sistema y el único que, en caso de necesidad, puede socorrer a los demás.

Estados Unidos es un actor irreemplazable y centro indiscutido del sistema imperialista mundial: solo él dispone de más de 700 misiones y bases militares en unos 120 países que constituyen la reserva final del sistema. Si las demás opciones fracasan, la fuerza aparecerá en todo su esplendor. Solo Estados Unidos puede desplegar sus tropas y su arsenal de guerra para mantener el orden a escala planetaria. Es, como dijera Samuel Huntington, "el sheriff solitario".

Este "apuntalamiento" del centro imperialista cuenta con la invalorable colaboración de los demás socios imperiales, o con sus competidores en el área económica e inclusive con la mayoría de los países del Tercer Mundo, que acumulan sus reservas en dólares estadounidenses. Ni China, Japón, Corea o Rusia, para hablar de

> los mayores tenedores de dólares del planeta, pueden liquidar su stock en esa moneda porque sería una movida suicida. Claro está, que esta también es una consideración que debe ser tomada con mucha cautela.
>
> Estamos en presencia de una crisis que es mucho más que una crisis económica o financiera.
>
> Se trata de una crisis integral de un modelo civilizatorio que es económicamente insostenible; políticamente, sin apelar cada vez más a la violencia en contra de los pueblos; insustentable también ecológicamente, dada la destrucción, en algunos casos irreversible, del medio ambiente; e insostenible socialmente, porque degrada la condición humana hasta límites inimaginables y destruye la trama misma de la vida social.
>
> La respuesta a esta crisis, por lo tanto, no puede ser solo económica o financiera. Las clases dominantes harán exactamente eso: utilizar un vasto arsenal de recursos públicos para socializar las pérdidas y reflotar a los grandes oligopolios. Encerrados en la defensa de sus intereses más inmediatos carecen siquiera de la visión para concebir una estrategia más integral.

Si alguien toma esta síntesis y la lleva en el bolsillo, la lee de vez en cuando o se la aprende de memoria como una pequeña Biblia, estará mejor informado de lo que ocurre en el mundo que el 99% de la población, donde el ciudadano vive asediado por cientos de anuncios publicitarios y saturado con miles de horas de noticias, novelas y películas de ficción reales o falsas.

Se reproduce a continuación el texto completo de la *ponencia que Atilio Boron presentó en el XI Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo (La Habana, Cuba, del 2 al 6 marzo) a la que alude Fidel Castro Ruz.*

De la guerra infinita a la crisis infinita

Por Atilio Boron

En las páginas que siguen quisiéramos exponer algunas ideas en torno a la actual crisis capitalista, sus probables "salidas" y el papel que en ella podría desempeñar una opción socialista. Dadas las restricciones de tiempo evitaremos innecesarios tecnicismos y trataremos de plantear las cosas de forma simple, pero sin caer en simplismos.

1) Comencemos caracterizando a esta crisis por la negativa, diciendo lo que esta crisis no es. Esto es importante porque el bombardeo mediático al que están sometidas nuestras sociedades presenta a los economistas y otros publicistas del *establishment* hablando de una "crisis financiera" o "crisis bancaria". Poco antes, ni siquiera eso: se decía que estábamos en presencia de una crisis de las hipotecas "sub-prime". Se pretende, de este modo, minimizar a la crisis, subestimarla, presentarla ante los ojos de la población como un incidente relativamente menor en la marcha de los mercados y que para nada pone en cuestión la salud y viabilidad del capitalismo como supuesta "forma natural" de organización de la vida económica. El paso del tiempo se encargó de demoler todas estas falacias.

2) ¿Qué clase de crisis, entonces? Si bien estamos apenas transitando su primera fase y aun cuando aquella "no ha tocado fondo", no sería temerario pronosticar que nos hallamos ante una crisis general del sistema capitalista en su conjunto, la primera de una magnitud comparable a la que estallara en 1929 y a la llamada "Larga Depresión" de 1873-1896. Una crisis integral, civilizacional, multidimensional, cuya duración, profundidad y alcances geográficos el tiempo se encargará de demostrar que será de mayor envergadura que las que le precedieron.

3) La crisis se torna visible, inocultable, por el estallido de la burbuja creada en torno a las hipotecas "sub-prime" y luego se transmite, rápidamente, a los bancos e instituciones financieras de Wall Street, y finalmente se extiende a todos los sectores y a la economía mundial. Pero la

burbuja, y su estallido, es el síntoma; es como la fiebre que denuncia la presencia de una peligrosa infección. No es tanto la enfermedad (aunque podría argumentarse que la tendencia permanente en el capitalismo a formar burbujas especulativas también es un signo de insalubridad) como su manifestación externa, la que por momentos adquiere contornos ridículos o aberrantes. Ejemplo: la compra que efectúa en Marzo del 2008 el gigantesco banco JP Morgan del Banco de Inversiones Bear Stearns, el quinto en importancia en Wall Street, operación que se cierra por la irrisoria suma de $236 millones. Una semana más tarde el precio de esa firma se multiplicó por cinco. Pocos meses después, en septiembre, y ante la pasividad de las autoridades económicas, se produce la bancarrota de Lehman Brothers, uno de los principales bancos de inversión de Estados Unidos. Merrill Lynch, su competidor en ese rubro, es vendido de urgencia al Bank of America en 50.000 millones de dólares.

4) Se trata, por lo tanto, de una crisis que trasciende con creces lo financiero o bancario y afecta a la economía real en todos sus departamentos. Y además es una crisis que se propaga por la economía global y que desborda las fronteras estadounidenses. Todos los esfuerzos para ocultarla a los ojos del público resultaron en vano: era demasiado grande para eso.

5) Sus causas estructurales son bien conocidas: es una crisis de superproducción y a la vez de subconsumo, el mecanismo periódico de "purificación" de capitales típico del capitalismo. No por casualidad estalló en Estados Unidos, porque este país hace más de treinta años que vive artificialmente del ahorro y del crédito externo, y estas dos cosas no son infinitas ni inagotables: las empresas se endeudaron por encima de sus posibilidades y se lanzaron a realizar riesgosas operaciones especulativas; el Estado se endeudó irresponsable y demagógicamente para hacer frente no a una sino a dos guerras, no solo sin aumentar los impuestos sino que reduciéndolos y, además, los particulares han sido sistemáticamente impulsados, vía la publicidad comercial, a endeudarse para sostener nivel de consumo desorbitado, irracional y despilfarrador. Era solo cuestión de tiempo para que esta espiral de endeudamiento indefinido se detuviera catastróficamente. Y ese momento ya llegó.

6) Pero a estas causas estructurales hay que agregar otras que colaboraron en el desenlace. La acelerada financiarización de la economía, y su correlato, la irresistible tendencia hacia la incursión en operaciones especulativas cada vez más riesgosas. El capital creyó haber descubierto la "fuente de Juvencia" en la especulación financiera: el dinero generando más dinero prescindiendo de la valorización que le aporta la explotación de la fuerza de trabajo. Además, este maravilloso descubrimiento tenía la fascinación de la velocidad: fabulosas ganancias se pueden lograr en cuestión de días, o semanas a lo máximo, gracias a las oportunidades que la informática ofrece de vencer toda restricción de tiempo y espacio. Los mercados financieros desregulados a escala planetaria incentivaron la adicción del capital a dejar de lado cualquier escrúpulo o cualquier cálculo. Tal como lo recordara Michel Collon recientemente, tenía razón Karl Marx cuando escribió que "Al capital le horroriza la ausencia de beneficio. Cuando siente un beneficio razonable, se enorgullece. Al 20%, se entusiasma. Al 50% es temerario. Al 100% arrasa todas las leyes humanas y al 300%, no se detiene ante ningún crimen" (Collon, 2008).

7) Otras circunstancias favorecieron el estallido de la crisis. Sin duda, las políticas neoliberales de desregulación y liberalización hicieron posible que los actores más poderosos que pululan en los mercados, los grandes oligopolios transnacionales, impusieran "la ley de la selva," tal como lo expresara Fidel (2008) en una de sus reflexiones. Mercados descontrolados, o controlados por las pasiones y los intereses de los oligopolios que lo dominan, tenían que terminar produciendo una catástrofe como la actual. Tiene razón Samir Amin cuando dice que estamos en presencia de una crisis que no fue producida por la lucha de clases sino por la prolongada acumulación de las contradicciones propias del capital.

8) Primer dato significativo de la crisis actual: una enorme destrucción de capitales a escala mundial, proceso salvaje que los economistas convencionales dulcificaron y sublimaron, como lo hiciera Joseph Schumpeter, caracterizándolo como una "destrucción creadora" de fuerzas productivas. En Wall Street, esta "destrucción creadora" hizo que la desvalorización de las empresas que cotizan en esa bolsa llegase a casi

el 50%; en Europa, las pérdidas superan levemente esa marca. Ergo: una empresa que antes cotizaba en bolsa un capital de 100 millones, ¡ahora tiene 50 millones! Las consecuencias recesivas de tamaña destrucción de capitales son fáciles de identificar: caída de la producción, desempleo, derrumbe de los precios, de los salarios, del poder de compra. Es decir, el círculo vicioso de la depresión económica. Veamos el diagnóstico que realiza un observador sobre el panorama de Wall Street: "el sistema financiero en su totalidad está a punto de estallar. Ya tenemos más de $500.000 millones en pérdidas bancarias, y hay un billón más que está por llegar. Más de una docena de bancos están en bancarrota, y hay cientos más esperando correr la misma suerte. A estas alturas más de un billón de dólares han sido transferidos desde la Reserva Federal (FED) al cartel bancario, pero un billón y medio más será necesario para mantener la liquidez de los bancos en los próximos años" (Stathis, 2008). Para Stathis, como para muchos otros, lo que estamos viviendo es la fase inicial de una larga depresión, y la palabra recesión, tan utilizada recientemente, no captura en todo su dramatismo lo que el futuro depara para el capitalismo.

> ***a.*** Un ejemplo entre los muchos será suficiente para ilustrar esta cuestión: La acción ordinaria de Citigroup perdió el 90% de su valor en 2008. ¡La última semana de febrero cotizaba en Wall Street a $ 1,95 por acción! Un informe elaborado por una consultora financiera de la India señala que diez años atrás una acción del Citigroup le permitía a una persona ofrecer una cena para su familia en un buen restaurante indio de Nueva York. En ese entonces, el 19 de febrero de 1999, la acción de Citigroup cotizaba a $ 54,19; diez años más tarde, el 21 de febrero del 2009, esa misma acción valía apenas $1,95 (¡de un dólar devaluado!) y no alcanzaba siquiera para ordenar un plato de maníes. Sobran ejemplos de este tipo (SearchIndia, 2009).

9) Este proceso de destrucción de capitales no es neutro pues favorecerá a los mayores y mejor organizados oligopolios, que desplazarán a sus rivales de los mercados. La "selección darwiniana de los más aptos" despejará el camino para nuevas fusiones y alianzas empresariales, enviando

a los más débiles a la quiebra y aumentando la centralización y concentración de los capitales.

10) Segundo dato significativo: acelerado aumento del desempleo. En un reciente artículo, Ignacio Ramonet aportó los grandes números sobre el tema. Allí nos informa que la Organización Internacional del Trabajo (OIT) estima que el número de desempleados en el mundo (unos 190 millones en 2008) podría incrementarse en 51 millones más a lo largo de 2009. Y recuerda que los trabajadores pobres (que ganan apenas dos euros diarios) serán 1.400 millones, o sea el 45% de la población económicamente activa del planeta. En esa misma nota, Ramonet afirma que en Estados Unidos la recesión ya destruyó 3.600 millones de puestos de trabajo, a un ritmo nunca visto. La mitad durante los últimos tres meses. El total de desempleados ya asciende a 11,6 millones. Y firmas gigantes como Microsoft, Boeing, Caterpilar, Kodak, Pfizer, Macy's, Starbucks, Home Depot, SprintNextel o Ford Motor planean desprenderse de 250.000 asalariados en 2009. En la UE, el número de desempleados es de 17,5 millones, 1,6 millones más que hace un año. Y para 2009, se prevé la pérdida de 3,5 millones de empleos. En 2010, la desocupación escalará hasta el 10% de la población activa. En Sudamérica, también según la OIT, en 2009, se registrará un aumento de 2,4 millones de desempleados. Si bien los países del MERCOSUR (Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay), así como Venezuela, Bolivia y Ecuador, podrían capear el temporal, varios Estados centroamericanos así como México y Perú, por sus estrechos lazos con la economía estadounidense, serán fuertemente golpeados por la crisis (Ramonet, 2009).

11) Por lo tanto, estamos ante una crisis que afecta a todos los sectores de la economía: la banca, la industria, los seguros, la construcción, la agricultura, la minería, etcétera y que se disemina por todo el conjunto del sistema capitalista internacional. El "contagio" se produjo de inmediato en los capitalismos desarrollados y luego pasó a diseminarse rápidamente por la periferia. Cuánto más vinculados con la dinámica de los capitalismos centrales se encuentren estos países –como, por ejemplo, México u otros por su condición de signatarios de Tratados de Libre

Comercio (TLC) con Estados Unidos– más rápida será la propagación de la crisis y más profundos y perjudiciales serán sus efectos.

12) Mecanismos principales de transmisión de la crisis son los ajustes en los planes de producción de las grandes transnacionales, que dominan casi sin contrapeso las economías latinoamericanas. Decisiones que se toman en los centros mundiales y que afectan a las subsidiarias de la periferia generando despidos masivos, interrupciones en las cadenas de pagos, caída en la demanda de insumos, etcétera. En el artículo ya citado, Ignacio Ramonet observa que "Grecia ha prohibido a sus bancos que socorran a las sucursales en otros países balcánicos. Estados Unidos ha decidido apoyar a las Big Three (Chrysler, Ford, General Motors) de Detroit, pero solo para que salven sus plantas en el país. No ayuda a las multinacionales extranjeras (Toyota, Kia, Volkswagen, Volvo) instaladas en su territorio. Francia y Suecia han anunciado que condicionarán las ayudas a sus industrias automotoras: solo podrán beneficiarse los centros ubicados en sus respectivos países. La ministra francesa de Economía, Christine Lagarde, declaró que el proteccionismo podría ser "un mal necesario en tiempos de crisis". El ministro español de Industria, Miguel Sebastián, insta a "consumir productos españoles". Y Barack Obama, agregamos nosotros, promueve el "buy American!".

13) Otras fuentes de propagación de la crisis, en la periferia, son:

a. La caída en los precios de las commodities que exportan los países latinoamericanos y caribeños, con sus secuelas recesivas y el aumento de la desocupación.
b. Drástica disminución de las remesas de los emigrantes latinoamericanos y caribeños residentes en los países desarrollados. Hay que recordar que en algunos casos las remesas son el ítem más importante en el ingreso internacional de divisas, por encima de lo obtenido por las exportaciones.
c. Retorno de los emigrantes, deprimiendo aún más el mercado de trabajo, aumentando el desempleo, reduciendo los salarios y comprimiendo el nivel de consumo.

14) Pero la crisis actual muestra facetas más preocupantes que las dos grandes depresiones de los siglos XIX y XX:

a. En primer lugar, porque la que estalló en la segunda mitad del año pasado se conjuga con una profunda crisis del paradigma energético predominante basado en el uso irracional y predatorio del combustible fósil, un recurso finito y no renovable, lo que requiere imperativamente su reemplazo. La superposición de esta crisis con la crisis general del capitalismo agrava las cosas al tornar impostergable el inicio de una costosa y difícil transición hacia un paradigma energético alternativo basado en fuentes no fósiles y renovables. Tarea enormemente costosa y de por sí, en condiciones normales, nada sencilla para realizar; mucho menos ahora, cuando urge hacerla bajo condiciones tan desfavorables como las de la crisis de nuestros días.[1]

b. En segundo lugar porque esta crisis coincide con la creciente toma de conciencia de los catastróficos alcances del cambio climático. Enfrentar esta amenaza, que pone en juego el destino mismo de toda forma de vida en el planeta tierra, supone significativos ajustes en la estructura económica que decretarán la obsolescencia de algunas gigantescas empresas y facilitarán el surgimiento de nuevas unidades productivas. En otras palabras, se acelerará y profundizará la pugna inter-burguesa en el seno de las clases dominantes del sistema imperialista y las autoridades estatales tendrán que demostrar una firmeza extraordinaria para lograr imponer una solución al desafío ecológico.

1. En fechas recientes, Jeffrey Sachs ha planteado que "(l)a ideología del mercado libre es un anacronismo en una era de cambio climático, estrés hídrico, escasez de alimentos e inseguridad energética" y le plantea al presidente Obama la necesidad de un enfoque innovador para salir de la crisis. Es notable el proceso de reconversión del pensamiento de Sachs, un hombre que diseñó y aplicó las tristemente célebres "terapias de shock" en Bolivia en 1985 y luego en Polonia y la Rusia de Boris Yeltsin. Lamentablemente se queda a mitad de camino porque sigue creyendo en la posibilidad de una solución capitalista para este tipo de crisis que hoy nos abruma. Ningún sistema cuya fuerza motriz sea el afán de lucro o el imperativo de la ganancia puede resolver este desafío. De ahí la necesidad de construir una alternativa socialista (Clarín, 14 de febrero de 2009).

c. Agréguese a lo anterior la crisis alimentaria, agudizada por la pretensión del capitalismo de mantener un irracional patrón de consumo que ha llevado a reconvertir tierras aptas para la producción de alimentos en campos destinados a la elaboración de agrocombustibles. El efecto de esta política ya ha sido puesto de manifiesto en los grandes aumentos experimentados por algunos ítems básicos de la canasta alimentaria de América Latina como el maíz, provocando una descontrolada alza de precios de la tortilla en México y otros países.

15) Pero la crisis recién comienza: Obama reconoció que no hemos tocado fondo todavía, y que "tal vez los Estados Unidos deban elegir un nuevo presidente". Un agudo comentarista de esta crisis, Michael Klare (2009), escribió días pasados que "si el actual desastre económico se convierte en lo que el presidente Obama ha denominado 'década perdida', el resultado podría consistir en un paisaje global lleno de convulsiones motivadas por la economía".

16) No deja de ser sumamente significativo que frente al optimismo de varios gobernantes latinoamericanos que hablan de que sus economías están "blindadas" para resistir a pie firme a la crisis, el ocupante de la Casa Blanca piense que es muy posible que un verdadero desastre económico se precipite sobre el corazón del imperio ocasionando la pérdida de una década de crecimiento.

a. Los antecedentes históricos avalan ese pesimismo: en 1929 la desocupación en Estados Unidos llegó al 25%, al paso que caían los precios agrícolas y de las materias primas. Pero diez años después, y pese a las radicales políticas puestas en marcha en el marco del *New Deal* por Franklin D. Roosevelt, la desocupación seguía siendo muy elevada (17%) y la economía no lograba salir de la depresión. Solo la Segunda Guerra Mundial puso fin a esa etapa. Y ahora, ¿por qué habría de ser más breve?
b. La depresión de 1873-1896, duró ¡23 años! Los factores que la precipitaron fue el colapso de la Bolsa de Valores de Viena, producido

también por una burbuja especulativa ligada al precio de la tierra en París y las grandes construcciones que comenzaron en esa ciudad luego de la derrota francesa en la guerra Franco-Prusiana. Las reparaciones de guerra exigidas a los franceses y los grandes pagos que debían efectuar a favor de Alemania contribuyeron a crear las condiciones de la crisis, así como la especulación de tierras que se inició en Estados Unidos una vez finalizada la Guerra Civil relacionada con la construcción de grandes emprendimientos ferroviarios que originó otra burbuja que estalló en 1873.

c. Dados estos antecedentes, ¿por qué ahora saldríamos de la actual crisis en cuestión de meses, como vaticinan algunos publicistas y "gurúes" de Wall Street y sus "repetidores" en la periferia del sistema.

17) No se saldrá de esta crisis con un par de reuniones del G-20, o del G-7. Tampoco apelando a los inmensos rescates dispuestos por los gobiernos de los capitalismos metropolitanos. Si una prueba hay de su radical incapacidad para resolver la crisis es la respuesta de las principales bolsas de valores del mundo luego de cada anuncio o cada sanción de una ley aprobatoria de un nuevo rescate: invariablemente la respuesta de "los mercados", en realidad, de los oligopolios que los controlan a su antojo, es negativa, y las bolsas vuelven a caer. No es suficiente, dicen. Necesitamos más y más. Si fuera preciso, socializar toda la riqueza producida por el planeta y destinarla a preservar la integridad de nuestros intereses y la santidad de nuestro patrimonio.

a. Según atestigua George Soros, "la economía real sufrirá los efectos secundarios, que ahora están cobrando brío. A estas alturas, la reparación del sistema financiero no impedirá una recesión mundial grave. Puesto que en estas circunstancias el consumidor estadounidense ya no puede servir de locomotora de la economía mundial, el Gobierno estadounidense debe estimular la demanda. Dado que nos enfrentamos a los retos amenazadores del calentamiento del planeta y de la dependencia energética, el próximo Gobierno debería dirigir cualquier plan de estímulo al ahorro energético, al

desarrollo de fuentes de energía alternativas y a la construcción de infraestructuras ecológicas. Este estímulo podría convertirse en la nueva locomotora de la economía mundial" (Gardels, 2008). Bonitas palabras pero, ¿qué grados de viabilidad tiene una propuesta como esta, que ataca al consumismo norteamericano, al poder de los grandes lobbies vinculados a las industrias del petróleo y automovilística, y que implica ampliar extraordinariamente las capacidades de intervención y gestión directa del estado?

18) Se abre, por lo tanto, un largo período de tironeos y negociaciones para definir de qué forma se saldrá de la crisis, quiénes serán los beneficiados y quiénes deberán pagar sus costos.

a. Conviene recordar que en 1929, el armado de Bretton Woods, el diseño de la arquitectura económica y financiera internacional que resultó fundamental para la recuperación de la posguerra, llevó casi un año de arduas negociaciones, que culminaron con la Conferencia que tuvo lugar en esa ciudad de New Hampshire entre el 1 y el 22 de julio de 1944.
b. Que tales acuerdos, concebidos en el marco de la fase keynesiana del capitalismo, coincidieron con la estabilización de un nuevo modelo de hegemonía burguesa que, producto de las consecuencias de la guerra y la lucha antifascista tenía como nuevo e inesperado telón de fondo el fortalecimiento de la gravitación de los sindicatos obreros, los partidos de izquierda y las capacidades reguladoras e interventoras de los Estados.

19) ¿Es razonable esperar un desenlace similar a la crisis actual? Cualquier pronóstico en una situación tan volátil como esta es sumamente arriesgado, pero de partida nomás hay que tener en cuenta que existen varias significativas diferencias entre los respectivos contextos globales de la crisis.

a. En primer lugar, ya no está la URSS, cuya sola presencia y la amenaza de la extensión hacia Occidente de su ejemplo inclinaba la

balanza de la negociación a favor de la izquierda, sectores populares, sindicatos, etc. Si la burguesía europea se avino a negociar y aceptar algunas conquistas de los trabajadores no fue solo por el empeño y la fuerza por estos demostrada a lo largo de muchos años de lucha. También jugó un papel muy importante la sombra que la URSS proyectaba sobre todas esas negociaciones y esos compromisos.

b. En la actualidad, China ocupa un papel incomparablemente más importante en la economía mundial que el que en su tiempo tuviera la URSS, pero sin una importancia paralela reflejada en la política mundial. La URSS, en cambio, pese a su debilidad económica era una formidable potencia militar y política. Gracias a ello era un "jugador" de primer orden en los principales terrenos de la política mundial. China es una potencia económica, pero con escasa presencia militar y política en los asuntos mundiales, si bien está comenzando un muy cauteloso y paulatino proceso de reafirmación de sus intereses en la política mundial.

c. Pese a estas salvedades, China puede llegar a jugar un papel positivo para la estrategia de recomposición económica de los países de la periferia. Golpeada también por la crisis, Beijing está gradualmente reorientando sus enormes energías nacionales hacia el mercado interno. Por múltiples razones que serían imposibles discutir aquí, es un país que necesita que su economía crezca al 8% anual, sea como respuesta a los estímulos de los mercados mundiales o a los que se originen en su inmenso –y solo parcialmente explotado– mercado interno. De confirmarse ese viraje, es posible predecir que China seguirá necesitando muchos productos originarios de los países del Tercer Mundo, como níquel, cobre, acero, petróleo, soja y otras materias primas y alimentos.

d. En la *Gran Depresión* de la década de 1930, en cambio, la URSS tenía una muy débil inserción en los mercados mundiales. Se puede decir que era prácticamente autárquica y que, por lo tanto, no podía jugar ningún rol significativo en la crisis, sobre todo en materia económica. Podía movilizar, no sin dificultades, los partidos comunistas articulados en la Tercera Internacional. No era poco, pero tampoco era suficiente. Hoy con China es distinto: podrá seguir jugando un

papel muy importante y, al igual que Rusia e India (aunque estas en menor medida) comprar en el exterior las materias primas y alimentos que necesite, a diferencia de lo que ocurría con la URSS en los tiempos de la Gran Depresión.

e. En la década de 1930 la "solución" de la crisis se encontró en el proteccionismo y la guerra mundial. Hoy, aunque se quisiera, el proteccionismo tropezará con muchos obstáculos debido a la interpenetración de los grandes oligopolios nacionales en los distintos espacios del capitalismo mundial. La conformación de una burguesía mundial, arraigada en gigantescas empresas que, pese a su base nacional, operan en un sinnúmero de países, hace que la opción proteccionista en el mundo desarrollado sea de escasa efectividad en el comercio Norte/Norte y las políticas tenderán –al menos por ahora y no sin tensiones– a respetar aunque sea a regañadientes los parámetros establecidos por la OMC. La carta proteccionista aparece como mucho más probable cuando se la aplique, como seguramente se hará, en contra del Sur global. Bajo estas condiciones, una guerra mundial motorizada por "burguesías nacionales" del mundo desarrollado dispuestas a luchar entre sí por la supremacía en los mercados es prácticamente imposible porque tales "burguesías" han sido desplazadas por el ascenso y consolidación de una "burguesía imperial", dueña de un proyecto de dominación mundial, que periódicamente se reúne en Davos para coordinar estrategias y tácticas y para la cual la opción de un enfrentamiento militar constituiría un fenomenal despropósito. Pero eso no quiere decir que esa "burguesía imperial" no apoye, como lo ha hecho hasta ahora con las aventuras militares de Estados Unidos en Irak y Afganistán, la realización de otras operaciones militares en la periferia del sistema, necesarias para preservación de la rentabilidad del complejo militar-industrial norteamericano e, indirectamente, para los grandes oligopolios de los demás países.

20) ¿Se derrumbará el capitalismo norteamericano?

La situación actual no es igual a la de la década de 1930. Más allá de eso, hay que recordar una frase de Lenin cuando decía que "el capitalismo no

se cae si no hay una fuerza social que lo haga caer". Esa fuerza social hoy no está presente en las sociedades del capitalismo metropolitano, incluido Estados Unidos. En esa época había una disputa por la hegemonía en el seno del sistema imperialista mundial: Estados Unidos, el Reino Unido, Alemania, Francia y Japón dirimían en el terreno militar su pugna por la hegemonía imperial.

21) Hoy, la hegemonía y la dominación están claramente en manos de Estados Unidos.

a. Es el único garante del sistema capitalista a escala mundial. Si Estados Unidos cayera desencadenaría un efecto dominó que provocaría el derrumbe de casi todos los capitalismos metropolitanos, para ni hablar de la periferia del sistema. Por eso, en caso de que Washington se vea amenazado por una insurgencia popular todos acudirán a socorrerlo, porque es el sostén último del sistema y el único que, en caso de necesidad, puede socorrer a los demás.

b. Estados Unidos es un actor irreemplazable y centro indiscutido del sistema imperialista mundial: solo él dispone de más de 700 misiones, enclaves y bases militares en unos 120 países que constituyen la reserva final del sistema. Si las demás opciones fracasan, la fuerza aparecerá en todo su esplendor. Y solo Estados Unidos puede desplegar sus tropas y su arsenal de guerra para mantener el orden a escala planetaria. Es, como dijera Samuel Huntington, "el sheriff solitario". Y no hay otro.

c. Por otra parte, hay que recordar que este "apuntalamiento" del centro imperialista cuenta con la invalorable colaboración de los demás socios imperiales, o con sus competidores en el área económica e inclusive con la mayoría de los países del Tercer Mundo, que acumulan sus reservas en dólares estadounidenses. Ahora bien, ni China, Japón, Corea o Rusia, para hablar de los mayores tenedores de dólares del planeta, pueden liquidar su stock en esa moneda porque sería una movida suicida. Pero esta también es una consideración que debe ser tomada con mucha cautela y dependerá del curso de los acontecimientos.

d. La conducta de los mercados y de los ahorristas de todo el mundo fortalece la posición norteamericana: la crisis se profundiza, los rescates demuestran ser insuficientes, el Dow Jones de Wall Street cae por debajo de la barrera psicológica de los 7.000 puntos –¡descendiendo por debajo de la marca obtenida en 1997!– y pese a ello la gente busca refugio en el dólar, ¡cayéndose las cotizaciones del euro y el oro!

21) Fidel (2008), en *La Ley de la Selva*, decía que "La crisis actual y las medidas brutales del gobierno de Estados Unidos para salvarse traerán más inflación, más devaluación de las monedas nacionales, más pérdidas dolorosas de los mercados, menores precios para las mercancías de exportación, más intercambio desigual. Pero traerán también a los pueblos más conocimiento de la verdad, más conciencia, más rebeldía y más revoluciones".

a. Diagnóstico este que, en líneas generales, plantea también un autor de tan irreprochables credenciales conservadoras como Zbigniev Brzezinski. Cuando en un reciente reportaje radial se le preguntó si creía que podría haber conflicto de clases en Estados Unidos, Brzezinski (2009) respondió que "estoy preocupado porque vamos a tener millones y millones de desocupados, mucha gente pasándola realmente muy mal. Y esa situación estará presente por un tiempo antes de que las cosas eventualmente mejoren. Al mismo tiempo hay una conciencia pública de la riqueza extraordinaria que se transfirió a los bolsillos de unos pocos individuos, en niveles sin precedentes históricos en Estados Unidos. Y yo me pregunto: ¿qué puede pasar en esta sociedad cuando toda esa gente se quede sin trabajo, con sus familias dañadas, cuando pierdan sus casas? … Si el Congreso no actúa habrá un conflicto cada vez mayor entre las clases, y si la gente está desocupada y realmente golpeada, ¡demonios, hasta podríamos llegar a tener gravísimos tumultos sociales!".

22) ¿Cuáles son las alternativas para los pueblos?

a. Estamos en presencia de una crisis que es mucho más que económica o financiera. Se trata de una crisis integral de un modelo civilizatorio que es insostenible económicamente, por los estragos que está causando; políticamente, porque requiere apelar cada vez más a la violencia en contra de los pueblos; insustentable también ecológicamente, dada la destrucción, en algunos casos irreversible, del medio ambiente; e insostenible socialmente, porque degrada la condición humana hasta límites inimaginables y destruye la trama misma de la vida social.

b. La respuesta a esta crisis, por lo tanto, no puede ser solo económica o financiera. Las clases dominantes harán exactamente eso: utilizar un vasto arsenal de recursos públicos para socializar las pérdidas y reflotar a los grandes oligopolios. Encerrados en la defensa de sus intereses más inmediatos carecen siquiera de la visión para concebir una estrategia más integral.

c. En el campo popular se impone una meticulosa preparación para este nuevo período histórico signado por la crisis general capitalista. Esto ofrecerá nuevas oportunidades de lucha y abre la posibilidad, en algunos países, de conquistar si no un triunfo revolucionario al menos un avance revolucionario que mejore sustancialmente la situación de los trabajadores en la sociedad capitalista.

d. Pero también hay que ser consciente de que esta situación bien podría revertir y dar lugar a una aplastante derrota del campo popular. Sería ingenuo pensar que porque el capitalismo está en crisis su suerte está echada. Una recomposición reaccionaria del orden burgués también figura entre las posibilidades que alberga la actual coyuntura.

e. Hasta ahora las tensiones y sufrimientos provocados por la crisis se han traducido, en el mundo desarrollado, en una acelerada escalada de xenofobia y racismo. Pero el malestar social también se ha cobrado otras víctimas. En el ya mencionado trabajo, Ignacio Ramonet (2009) sostiene que "(L)as turbulencias ya han causado la caída de los Gobiernos de Bélgica, Islandia y Letonia. Se han

registrado manifestaciones en Francia, con una huelga nacional el 29 de enero y enfrentamientos violentos en Guadalupe. Los países más vulnerables de la UE: Hungría, Bulgaria, Grecia, Letonia, Lituania... también han registrado protestas y disturbios más o menos violentos". En la misma línea de preocupación se encuentra el análisis, también ya referido, de Michael Klare (2009), que dice que ya se han sucedido episodios de violencia en Atenas, Longnan (China), Puerto Príncipe (Haití), Riga (Letonia), Santa Cruz (Bolivia), Sofía (Bulgaria), Vilnius (Lituania) y Vladivostok (Rusia), mientras que en Reikiavik, París, Roma y Zaragoza, Moscú y Dublín han sido testigos de importantes protestas provocadas por el creciente desempleo y los salarios en descenso".

f. En América Latina el impacto de la crisis es inocultable. Dada la elevada extranjerización de nuestras economías y el papel crucial en que ellas desempeñan los grandes oligopolios transnacionales, las políticas de ajustes y reducción de costes que promuevan sus casas matrices son aplicadas al pie de la letra en nuestros países. Si en la gran crisis anterior, la de la década de 1930, la absorción de sus impactos más negativos fue posible por el inicio de un proceso de industrialización sustitutiva, esa perspectiva hoy se encuentra agotada o, en el mejor de los casos, tiene muy bajas probabilidades de éxito.

g. ¿Qué hacer, entonces? En primer lugar, recordar y aplicar los clásicos axiomas del leninismo que recomiendan, en coyunturas como estas, intensificar los esfuerzos en materia de organización y concientización del campo popular. Las víctimas de esta situación abarcan un amplio espectro dentro del universo de las clases explotadas y dominadas, y son precisamente estas formaciones sociales las que fueron atomizadas, desorganizadas, fragmentadas por las políticas neoliberales de los últimos treinta años. La reconstitución social, política e ideológica del campo popular es, por lo tanto, un imperativo impostergable de la hora actual. En relación a lo ideológico para convencer a la sociedad de que no hay solución dentro del capitalismo para la crisis actual, solo paliativos. La solución de fondo solo la puede ofrecer una alternativa socialista (Boron, 2008). E

insistir en lo que decía el revolucionario ruso: la única arma con que cuenta el proletariado es su organización". Por lo tanto, será preciso dejar de lado los cantos de sirena de autores como Michael Hardt y Antonio Negri (y sus epígonos en América Latina) con su romántica exaltación de la multitud y su espontaneísmo –que rechaza toda forma de organización, jerarquía, educación política, pensamiento estratégico y táctico– ingredientes seguros de una nueva y más catastrófica derrota del campo popular. No será invocando a la inconmensurabilidad de los cuerpos y su única e irrepetible individualidad como se podrá derrotar a un imperio en decadencia y acosado por una fenomenal crisis en todos los órdenes de la vida.[2]

h. Mientras que la "burguesía imperial" ha perfeccionado sus estructuras de hegemonía y dominación, sus dispositivos de formación de (falsas) conciencias y de disciplinamiento coercitivo criminalizando la protesta social y militarizando las relaciones internacionales, los sectores que constituyen el moderno proletariado se debaten en una profunda desorganización, de la cual pueden surgir actos aislados de resistencia antiimperialista pero muy difícilmente propuestas efectivas de superación del estado de cosas actual.

i. Se trata, por lo tanto, de coordinar y articular las luchas de distintos grupos y sectores sociales, cada uno de los cuales se reconoce en tradiciones políticas e ideológicas y formas de organización que le son propias. Habrá también que superar un falso maniqueísmo que enfrenta a partidos con movimientos sociales y organizaciones populares: la función de integración del vasto y complejo abanico de demandas populares que realizan los partidos –ese "príncipe colectivo" al que se refería Gramsci– constituye un aporte indispensable para encarar una exitosa lucha anticapitalista. A su vez, la enorme capacidad de los movimientos para receptar y articular las reivindicaciones puntuales y específicas de los distintos fragmentos del

2. Recordemos que un imperio en decadencia, como un régimen político atravesando la misma situación, suele ser más agresivo y mortífero en sus respuestas que otro cuyas bases de sustentación están lo suficientemente aseguradas. Ver Klare (2006) analizando la conducta del decadente imperialismo inglés y francés después de la Segunda Guerra Mundial, y su última intentona de reconstrucción de su hegemonía imperial en la aventura del Canal de Suez en 1956.

campo popular es un insumo irreemplazable para cualquier partido interesado en superar el orden social vigente.

j. En términos de políticas concretas se impone hacer consciente a la población de que la única lucha que puede arrojar un resultado positivo es plantear una oposición frontal al capitalismo. El neoliberalismo ya se ha batido en retirada, y la crítica debe entonces dirigirse no a una de las políticas o fases del capitalismo, la neoliberal, sino a la estructura fundamental de la sociedad burguesa, cualesquiera sean las formas políticas o económicas que transitoriamente asuma.

k. En línea con lo anterior, una postura netamente anticapitalista debe pugnar para que en la crisis actual no se produzcan despidos de trabajadores, para lo cual deberán fortalecerse sus organizaciones sindicales y populares; profundizarse los mecanismos de participación democrática, superando las insalvables restricciones impuestas por el modelo liberal y apelando a consultas populares o referendos para resolver las grandes cuestiones nacionales; se recupere el control de los recursos básicos de nuestras sociedades; se reviertan las privatizaciones y las desregulaciones puestas en práctica por el neoliberalismo; se lleve a cabo una profunda reforma tributaria que ponga fin a su escandalosa regresividad; resolver a favor del campo popular los desafíos planteados por la crisis alimentaria y del agua, mediante una profunda reforma agraria concebida en función de las necesidades de la época actual; fortalecer los mecanismos de integración supra-nacional, esquemas como la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP) y sus instituciones y proyectos (como Petrosur, Telesur, Banco del Sur, Petrocaribe y tantos otros) que permitan constituir un núcleo de resistencia ante las tentativas de las clases dominantes del imperio de descargar el costo de la crisis en nuestros pueblos. En suma, hay políticas concretas que son factibles y se espera sean efectivas para librar con éxito la gran batalla que nos espera (Amin, 2008; Boron, 2008; Martínez, 2009; Toussaint, 2008).

Bibliografía

Amin, S. (2008). ¿Debacle financiera, crisis sistémica? Respuestas ilusorias y respuestas necesarias. *Observatorio internacional de la crisis*. 25 de noviembre. https://www.observatoriodelacrisis.org/2008/11/%C2%BFdebacle-financiera_vir_-crisis-sistemica-respuestas-ilusorias-y-respuestas-necesarias/

Boron, A. (2008). *Socialismo siglo XXI: ¿hay vida después del neoliberalismo?* Buenos Aires: Luxemburg.

Brzezinski, Z. (2009). Hell, There Could Be Even Riots. Entrevista radial del 20 de febrero. http://finkelblog.com/index.php/2009/02/17/brzezinski-hell-there-could-be-even-riots.

Castro Ruz, F. (2008). La ley de la selva. *Granma Digital Internacional.* 11 de octubre. http://www.granma.cu/granmad/secciones/ref-fidel/art58.html

Clarín. (14 de febrero de 2009). Está naciendo un nuevo modelo de capitalismo. *Clarín*. Traducción de Elisa Carnelli. http://edant.clarin.com/diario/2009/02/14/opinion/o-01858675.htm

Collon, M. (2008). 10 preguntas sobre la crisis. *Rebelión.* 10 de octubre. https://rebelion.org/diez-preguntas-sobre-la-crisis/

Gardels, N. (19 de octubre de 2008). Entrevista a Geore Soros. "Reparar el sistema financiero no impedirá la recesión". *El País.* https://elpais.com/diario/2008/10/19/negocio/1224422068_850215.html

Klare, M. T. (2006). Beware empires in decline. *AntiWar.com.* 20 de octubre. https://original.antiwar.com/michael_klare/2006/10/20/beware-empires-in-decline/

Klare, M. T. (2009). Un planeta en el alero: ¿podrán contenerse los virulentos brotes epidémicos de la economía? *Rebelión.* 4 de marzo. Traducción para www.sinpermiso.info: Lucas Antón. https://rebelion.org/un-planeta-en-el-alero-podran-contenerse-los-virulentos-brotes-epidemicos-de-la-economia/

Martínez O. (2-6 de marzo de 2009). *La crisis, una vez más*. Ponencia presentada en el XI Encuentro Internacional sobre Globalización y problemas del Desarrollo.

Ramonet, I. (marzo de 2009). Editorial. La explosión del desempleo. *Le Monde Diplomatique en español.* https://www.mondiplo.com/la-explosion-del-desempleo.

SearchIndia. (2009). 1 Citigroup Share = 1/2 ajo Naan en Nueva York. *SearchIndia.com.* 21 de febrero. https://www.searchindia.com/2009/02/21/1-citigroup-share-12-garlic-naan-in-nyc/

Stathis, M. (2008). El Apocalipsis Financiero de los Estados Unidos anuncia la larga depresión de la década. *Mercado de Oracle.* 14 de septiembre. http://www.marketoracle.co.uk/Article6256.html

Toussaint, E. (2008). De las resistencias a las alternativas. *Comité para la abolición de las deudas ilegitimas* (CADTM). 21 de febrero. http://www.cadtm.org/De-las-resistencias-a-las

Tercera parte

Revolución en
Nuestra América

Fidel: ¡Hasta la Victoria siempre!*

> A los noventa años, falleció Fidel Castro Ruz, líder de la Revolución cubana. Su deceso fue anunciado por su hermano Raúl Castro. "Con profundo dolor, comparezco para informar a nuestro pueblo, a los amigos de Nuestra América y del mundo, que hoy, 25 de noviembre de 2016, a las 10:29 horas de la noche, falleció el comandante, el jefe de la Revolución cubana, Fidel Castro Ruz".

(Comparto una primera reflexión, en caliente, sobre la muerte del Comandante. Me enteré a noche, al cierre de la TV cubana y vi el discurso de Raúl. No pegué un ojo en toda la noche y salí corriendo al aeropuerto a cancelar mi retorno, programado para hoy, sábado al mediodía. Me quedo en Cuba a la gran despedida que se le hará en la Plaza de la Revolución. Van unas pocas ideas, deshilvanadas, salidas más del corazón que de mi cerebro. Pero siento que no puedo guardarlas para mi fuero íntimo.)

La desaparición física de Fidel hace que el corazón y el cerebro pugnen por controlar el caos de sensaciones y de ideas que desata su tránsito hacia la inmortalidad. Recuerdos que se arremolinan y se superponen, entremezclando imágenes, palabras, gestos (¡qué gestualidad la de Fidel, por favor!), entonaciones, ironías, pero sobre todo ideas, muchas ideas. Fue un martiano a carta cabal. Creía firmemente aquello que decía el Apóstol: trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras. Sin duda que Fidel era un gran estratega militar, comprobado no solo en la Sierra Maestra sino en su cuidadosa planificación de la gran batalla de

* Boron, A. (26 de noviembre de 2016). http://atilioboron.com.ar/fidel-su-legado/

Cuito Cuanevale, librada en Angola entre diciembre de 1987 y marzo de 1988, y que precipitó el derrumbe del régimen racista sudafricano y la frustración de los planes de Estados Unidos en África meridional.

Pero además era un consumado político, un hombre con una fenomenal capacidad para leer la coyuntura, tanto interna como internacional, cualidad que le permitió convertir a su querida Cuba –a nuestra Cuba, en realidad– en una protagonista de primer orden en algunos de los grandes conflictos internacionales que agitaron la segunda mitad del siglo XX. Ningún otro país de la región logró algo siquiera parecido a lo que consiguiera Fidel. Cuba brindó un apoyo decisivo para la consolidación de la revolución en Argelia, derrotando al colonialismo francés en su último bastión; Cuba estuvo junto a Vietnam desde el primer momento, y su cooperación resultó de enorme valor para ese pueblo sometido al genocidio norteamericano; Cuba estuvo siempre junto a los palestinos y jamás dudó acerca de cuál era el lado correcto en el conflicto árabe-israelí; Cuba fue decisiva, según Nelson Mandela, para redefinir el mapa sociopolítico del sur del continente africano y acabar con el apartheid. Países como Brasil, México, Argentina, con economías, territorios y poblaciones más grandes, jamás lograron ejercer tal gravitación en los asuntos mundiales. Pero Cuba tenía a Fidel.

Martiano y también bolivariano: para Fidel la unidad de América Latina y, más aún, la de los pueblos y naciones del por entonces llamado Tercer Mundo, era esencial. Por eso crea la Tricontinental en enero de 1966, para apoyar y coordinar las luchas de liberación nacional en África, Asia y América Latina y el Caribe. Sabía, como pocos, que la unidad era imprescindible para contener y derrotar al imperialismo norteamericano. Que en su dispersión, nuestros pueblos eran víctimas indefensas del despotismo de Estados Unidos, y que era urgente e imprescindible retomar las iniciativas propuestas por Simón Bolívar en el Congreso Anfictiónico de 1826, ya anticipadas en su célebre Carta de Jamaica de 1815. En línea con esas ideas, Fidel fue el gran estratega del proceso de creciente integración supranacional que comienza a germinar en Nuestra América desde finales del siglo pasado, cuando encontró en la figura de Hugo Chávez Frías el mariscal de campo que necesitaba para materializar sus ideas. La colaboración entre estos dos gigantes abrió las

puertas a un inédito proceso de cambios y transformaciones que dio por tierra con el más importante proyecto económico y geopolítico que el imperio había elaborado para el Hemisferio: el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

Estratega militar, político pero también intelectual. Raro caso de un jefe de estado siempre dispuesto a escuchar y a debatir, y que jamás incurrió en la soberbia que tan a menudo obnubila el entendimiento de los líderes. Tuve la inmensa fortuna de asistir a un intenso pero respetuoso intercambio de ideas entre Fidel y Noam Chomsky acerca de la crisis de los misiles de octubre de 1962 o de la Operación Mangosta, y en ningún momento el anfitrión prestó oídos sordos a lo que decía el visitante norteamericano. Una imagen imborrable es la de Fidel participando en numerosos eventos escenificados en Cuba –como los encuentros sobre la Globalización, organizados por la Asociación Nacional de Economistas y Controladores de Cuba (ANEC); los de la Oficina de Estudios Martianos o la Asamblea del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO, octubre del 2003)– y sentado en la primera fila de la platea, munido de un cuadernito y su lapicera, escuchando durante horas a los conferencistas y tomando cuidadosa nota de sus intervenciones. A veces pedía la palabra y asombraba al auditorio con una síntesis magistral de lo dicho en las cuatro horas previas, o sacando conclusiones sorprendentes que nadie había imaginado. Por eso le decía a su pueblo "no crean, lean", fiel reflejo del respeto que sentía por la labor intelectual.

Al igual que Chávez, Fidel fue un hombre cultísimo y un lector insaciable. Su pasión por la información exacta y minuciosa era inagotable. Recuerdo que en una de las reuniones preparatorias de la Asamblea de CLACSO nos dijo: "recuerden que Dios no existe, pero está en los detalles" y nada, por insignificante que pareciera, debía ser librado al azar. En la Cumbre de la Tierra de Río (1992) advirtió ante el escepticismo o la sonrisa socarrona de sus mediocres colegas (Menem, Fujimori, Bush padre, Felipe González, etcétera) que la humanidad era "una especie en peligro" y que lo que hoy llamamos cambio climático constituía una amenaza mortal. Como un águila que vuela alto y ve lejos advirtió veinte

años antes que los demás la gravedad de un problema que hoy está en la boca de cualquiera.

Fidel ha muerto, pero su legado –como el del Che y el de Chávez– vivirá para siempre. Su exhortación a la unidad, la solidaridad, al internacionalismo antiimperialista; su reivindicación del socialismo, de Martí, su creativa apropiación del marxismo y de la tradición leninista; su advertencia de que la osadía de los pueblos que quieren crear un mundo nuevo inevitablemente será castigada por la derecha con un atroz escarmiento y que para evitar tan fatídico desenlace es imprescindible concretar sin demora las tareas fundamentales de la revolución; todo esto, en suma, constituye un acervo esencial para el futuro de las luchas emancipatorias de nuestros pueblos.

La última cita de Fidel Castro

Mañana, 25 de noviembre, se cumplirá un año de la desaparición física de Fidel. A continuación, una nota alusiva a esa fecha tan especial.

Hace un año usted se nos iba. Los medios de todo el mundo dijeron, con ligeras variantes, algo así como "la muerte se llevó a Fidel". Pero, con todo respeto, Comandante, usted sabe que no fue así porque usted eligió el día de su muerte. Perdone mi atrevimiento pero ella no vino a buscarlo; fue usted, Fidel, quien la citó para ese día, el 25 de noviembre, ni uno antes, ni uno después. Cuando cumplió 90 años, le dijo a Evo Morales y Nicolás Maduro que "hasta aquí llego, ahora les toca a ustedes seguir camino". Pero usted también siguió su camino, aferrándose a la vida unos meses más hasta el momento preciso en que había citado a la muerte para que lo viniera a buscar. Ni un día antes, ni un día después.

¿Qué me lleva a pensar así? El hecho de que en cada una de las cosas que hizo desde su juventud siempre transmitió un significado revolucionario. La simbología de la Revolución lo acompañó toda su vida. Usted fue un maestro consumado en el arte de aludir a la Revolución y su necesidad en cada momento de su vida, pronunciando vibrantes discursos, escribiendo miles de notas y artículos, o simplemente con sus gestos. Sobrevivió milagrosamente al asalto al Moncada y ahí, de "pura

casualidad", usted aparece ante sus jueces ¡justito debajo de un cuadro de Martí, el autor intelectual del Moncada! ¿Quién podría creer que eso fue un hecho casual? Es cierto, la muerte fue a buscarlo infinidad de veces, pero nunca lo encontró: burló a los esbirros de Batista que lo buscaban en México y sobrevivió a más de seiscientos atentados planeados por la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Usted todavía no la había llamado y ella, respetuosa, esperó que usted lo hiciera.

Un hombre como usted, Comandante, que hacía de la precisión y la exactitud un culto no podía haber dejado librado al azar su paso a la inmortalidad. Revolucionario integral y enemigo jurado del culto a la personalidad (exigió que, a su muerte, no hubiese una sola plaza, calle, edificio público en Cuba que llevara su nombre) quería que la recordación de su muerte no fuese solo un homenaje a su persona. Por eso le ordenó que lo viniera a buscar justo el mismo día en que, sesenta años antes, hacía deslizar río abajo –sin encender los motores– el Granma, para iniciar con su travesía la segunda y definitiva fase de su lucha contra la tiranía de Batista. Quería de esa manera que la fecha de su deceso se asociase a un hito inolvidable en la historia de la Revolución Cubana. Que al recordarlo a usted las siguientes generaciones recordasen también que la razón de su vida fue hacer la Revolución, y que el Granma simboliza como pocos su legado revolucionario.

Conociéndolo como lo conocí, sé que usted, con su enorme sensibilidad histórica, jamás dejaría que un gesto como este –el recuerdo de la epopeya del Granma– quedase librado al azar. Porque usted nunca dejó nada librado al azar. Siempre planificó todo muy concienzudamente. Me dijo en más de una ocasión "Dios no existe, pero está en los detalles". Y en línea con esta actitud, el "detalle" de la coincidencia de su muerte con la partida del Granma no podía pasar inadvertido a una mente tan lúcida como la suya, a su mirada de águila que veía más lejos y más hondo. Además, su sentido del tiempo era afinadísimo y su pasión por la puntualidad extraordinaria. Usted actuó toda su vida con la meticulosidad de un relojero suizo. ¿Cómo iba a dejar que la fecha de su muerte ocurriese en cualquier día y sepultase en el olvido la partida del Granma y el inicio de la Revolución en Cuba? Usted quiso que cada año, al homenajear a su figura, se recordase también el heroico comienzo

de la Revolución en aquel 25 de noviembre de 1956 junto a Raúl, el Che, Camilo, Ramiro, Almeida y tantos otros.

Usted la citó y la muerte, que siempre respeta a los grandes de verdad, vino a recogerlo puntualmente. No se atrevió a desafiar su mandato. Y sus médicos tampoco, a los cuales estoy seguro les advirtió que ni se les ocurriera aplicarle medicina alguna que estropeara su plan, que su muerte ocurriera antes o después de lo que usted había dispuesto. Nadie debía interponerse a su voluntad de hacer de su propia muerte, como lo había hecho a lo largo de toda su vida, su último gran acto revolucionario. Usted lo planificó con la minuciosidad de siempre, con esa "pasión por los detalles" y la puntualidad con que hizo cada una de sus intervenciones revolucionarias. Por eso hoy, a un año de su partida, lo recordamos como ese Prometeo continental que aborda el Granma para arrebatarle la llama sagrada a los dioses del imperio que predicaban la pasividad y la sumisión para que, con ella, los pueblos de Nuestra América encendieran el fuego de la Revolución y abrieran una nueva etapa en la historia universal. ¡Hasta la victoria siempre, Comandante!

La revolución bolivariana de Hugo Chávez*

"Si yo me callo, gritarían las piedras de los pueblos de América Latina que están dispuestos a ser libres de todo colonialismo después de 500 años de coloniaje".

Hugo Chávez, entrevista radiofónica, 10 de noviembre de 2007

Nacido un 28 de julio de 1954 en Sabaneta, Estado Barinas, el paso de Hugo Chávez por la política fue raudo y estelar. Por su protagonismo, su inteligencia y su férrea voluntad, en pocos años se convirtió en un líder enorme de la Patria Grande; un digno sucesor de Bolívar y por su capacidad didáctica, aventajado alumno del gran educador del Libertador, Simón Rodríguez. Con Chávez la historia venezolana, y de gran parte de Nuestra América, pone fin a un capítulo y da comienzo a otro nuevo. La larga marcha iniciada casi exactamente un año antes del nacimiento de Chávez con el asalto al Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953, y que luego tuviera como uno de sus hitos fundamentales la guerrilla de Sierra Maestra y el triunfo de la Revolución Cubana, esa marcha, decíamos, recibió un impulso decisivo cuando Chávez asumió la presidencia de Venezuela y se convirtió en el Gran Mariscal de Campo que, con su visión de águila, Fidel había descubierto cuando la izquierda latinoamericana no daba un cinco por el de Sabaneta o, en varios casos, lo consideraba un "militar golpista". Y Fidel, como el Gran Estratega Continental, acertó en su elección porque Chávez cumplió con creces esa función en la crucial batalla librada contra el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en Mar del Plata (Buenos Aires, Argentina) en noviembre del

* Este breve texto recoge algunas notas escritas por Atilio Boron sobre Hugo Chávez Frías con quien construyó una larga amistad.

2005. Batalla que marcaría un hito en nuestra larga e inconclusa marcha por la Segunda y Definitiva Independencia de Nuestra América.

Tenemos una inmensa y variada deuda con Chávez que apenas si podemos mencionar a vuelo de pájaro en estas páginas: haber reinstalado el tema de la actualidad y la necesidad del socialismo cuando el neoliberalismo campeaba sin contrapesos en Latinoamérica y el Caribe, y parecía haberse arraigado definitivamente en nuestras sociedades; haber rescatado y repotenciado el sentimiento antiimperialista dormido por un siglo y que Cuba despertó con su heroica revolución; haber recuperado la centralidad de la unidad de nuestros pueblos y plasmado el ideario nuestroamericano en instituciones como la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), Petrocaribe[1], Telesur[2], el Banco del Sur[3], entre otros proyectos, que si no alcanzaron a despegar fue porque los otros gobiernos de la región no llegaron a entender a cabalidad el mensaje emancipatorio que enviaba el venezolano. Fue por eso que Chávez se convirtió en el enemigo público número uno del imperio, cosa que consagra definitivamente su gravitación universal en contraposición a la absoluta indiferencia que Washington le concede a la inocua ultraizquierda vociferante de América Latina, esa que hizo de su visceral crítica y repudio a Chávez el leitmotiv de su existencia. Aquel fatídico 5 de marzo del 2013 pagó con su vida su fervor antiimperialista y su audacia revolucionaria. Pero su legado vivirá para siempre.

1. Acuerdo de cooperación energética que fuera iniciativa del gobierno venezolano y se materializó en el Primer Encuentro Energético de Jefes de Estado y de Gobierno del Caribe (junio de 2005) para pautar condiciones de pago preferencial para los países caribeños que compraran petróleo a Venezuela.

2. Con sede en la ciudad de Caracas, este multimedio de comunicación multiestatal apunta a la concreción del ideal bolivariano de difundir los valores, las imágenes, las ideas de los pueblos latinoamericanos como una alternativa al discurso único de las grandes cadenas informativas y corporaciones internacionales.

3. Acta Fundacional firmada por los presidentes de la Argentina, Bolivia, Brasil, Ecuador, Paraguay, Uruguay y Venezuela (9 de diciembre de 2007).

Por aquí pasó Chávez

No podría pasar por alto en este breve recordatorio que Hugo Chávez visitó en dos ocasiones el Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini (CCC). Recuerdo especialmente la que realizó en diciembre del 2007. Fue recibido por cerca de un millar de mujeres y hombres de la cultura de Nuestra América que se agolparon para hacerle saber su firme voluntad de aunar esfuerzos para defender los procesos revolucionarios en Venezuela, Cuba y Nicaragua y avanzar en el inacabado proyecto de creación de la Patria Grande Latinoamericana.

El momento no podría ser más oportuno. Por un lado, cambios importantes estaban alterando la tradicional fisonomía de la región, siendo la maduración de una conciencia antiimperialista uno de sus rasgos más importantes. Por otro, el fracaso del neoliberalismo luego de treinta años de incontestada hegemonía ya se tornaba inocultable. El crecimiento económico que, supuestamente, sería el resultado inexorable de la aplicación de políticas "sensatas" y "pro-mercado" (junto con el abandono del supuesto "estatismo" de antaño) no se produjo o, cuando se materializó, lo hizo en niveles de crecimiento muy por debajo de los que la región había conocido con anterioridad a la pesadilla neoliberal. El "efecto derrame", ese absurdo argumento que pregona que por razones inescrutables, más cercanas a la magia que a la ciencia económica, la riqueza que se acumula en manos de las clases dominantes se derrama hacia abajo fue impiadosamente refutado por la realidad: hoy las sociedades latinoamericanas, salvo las consabidas excepciones de Cuba, Venezuela, Bolivia y Ecuador, son más injustas e inequitativas que antes, y los patrimonios e ingresos muestran índices de una regresividad escandalosa. Para colmo de males, como producto del holocausto social, económico y ecológico producido por las políticas del Consenso de Washington, la valoración de la democracia política se ha debilitado en casi toda la región, excepto en los casos arriba mencionados (Cuba es rutinariamente excluida de esta clase de mediciones porque el sesgo ideológico conservador que las informa elimina apriorísticamente a la isla al considerarla como "no democrática" y, por lo tanto, no merecedora de ser siquiera examinada).

Ante este fracaso, que por supuesto no significa que para las clases dominantes el neoliberalismo no haya sido una verdadera bendición toda vez que acrecentó su riqueza y agigantó su poder político e influencia social hasta límites desconocidos, las sociedades latinoamericanas buscaron diversas vías para salir de tan preocupante situación. Tal como se dice en el *Manifiesto de Buenos Aires,* que le fuera entregado por los asistentes al encuentro, los países protagonistas del "ciclo progresista" instalaron en el poder a gobiernos animados por un claro propósito de impulsar un conjunto de audaces reformas sociales, económicas y políticas cuyo común denominador es la aspiración de contribuir al proceso de integración de nuestros pueblos y forjar la unidad latinoamericana (Junio, 2008).

Se trata, pues, de una empresa en construcción, que tropieza con formidables obstáculos. La regla de oro del imperio es perpetuar la desunión de –y fomentar las rivalidades entre– los países de la periferia, y más particularmente los de América Latina y el Caribe, rutinariamente considerada por sus estrategas geopolíticos como el patio trasero sobre el cual es preciso mantener un control estricto. Pese a estos impedimentos, el desafío a la hegemonía norteamericana se renueva y expande día a día. Avanza, lenta y trabajosamente, pero está avanzando. El fracaso de los planes para lanzar el ALCA, enterrado en la Cumbre de Presidentes de las Américas en Mar del Plata, es una muestra elocuente de ello, como lo son los avances del ALBA. Es preciso entonces conjuntar esfuerzos y articular las diversas iniciativas puestas en marcha en el marco del ALBA robusteciendo la integración económica y política con un proceso paralelo, e imprescindible, de integración cultural y social. La sola integración económica desembocaría fatalmente en una nueva frustración, toda vez que ello representaría exclusivamente una ventaja para las grandes empresas beneficiadas con la creciente interdependencia económica y nada más. Una integración al servicio de nuestros pueblos –y no, como ocurre ahora con el Mercado Común del Sur (MERCOSUR), al servicio de las corporaciones– debe contar como uno de sus componentes fundamentales la integración cultural, sistemáticamente negada por los proyectos "integracionistas" promovidos por el imperio y sus aliados en la región.

El estadista a quien estuvo dirigido el *Manifiesto*, el presidente Chávez, llegó al CCC demorado por varios compromisos oficiales vinculados a la transmisión del mando presidencial a Cristina Fernández de Kirchner.[4] Luego de un prolongado y estruendoso aplauso de bienvenida recitó un extenso poema, sin un titubeo, sin una vacilación, con la pericia de un profesional. El ritmo, la cadencia, los tonos de su voz, las pausas, los gestos, su mirada y sus manos cautivaron a los allí presentes tanto como el contenido de la bella poesía, que reproducimos a continuación.[5]

Poema "Por aquí pasó Bolívar"

Por aquí pasó, compadre,
hacia aquellos montes lejos.
Por aquí vestido de humo
el huracán iba ardiendo
fue silbo de tierra libre
entre su manta y sus sueños.

Mírele el rastro en la paja,
míreselo, compañero,
como las claras garúas
en el terronal reseco,
como en las mesas el pozo,
como en el caño el lucero,
como la garza en el junco,
como en la tarde los vuelos,
como la nieve en el pico,
como en la noche el incendio,
como el rejón en la carga,
como la gaza en el rejo,

4. Néstor Kirchner (2003-2007) transmitía el mando como presidenta a Cristina Fernández en el que sería su primer período de gestión (2007-2011).

5. Disponible en https://www.dailymotion.com/video/x1k4pnx

como en la peña la espuma,
como el rocío en el pétalo,
como el cocuyo en el aire,
como la luna en el médano,
como el potro en el escudo
y el tricolor en el cielo.

Por aquí pasó, compadre,
hacia aquellos montes lejos.
Aquí va su estampa sola:
grave perfil aguileño,
arzón de cuero tostado,
tordillo de bravo pecho.

De bandera va su capa,
su caballo de puntero,
baquiano, volando rumbos,
artista, labrando pueblo,
hombre, retoñando patrias,
picando glorias, tropero.

Óigale la voz tendida;
sobre el resol de los médanos,
la voz que gritó más hondo
óigasela, compañero,
como el son de las guaruras
cuando pasan los arrieros,
como la brisa en la palma,
como el águila en el ceibo,
como el trueno en las lejuras,
como el cuatro en el alero,
como el eco en las tonadas,
como el compás en el remo,
como el tiro en el asalto,
como el toro en el rodeo,

como el relincho en el alba,
como el casco en el estero,
como la pena en la canta,
como el gallo en el silencio,
como el grito del Catire
en las Queseras del Medio,
como la patria en el himno,
como el clarín en el viento.

Por aquí pasó, compadre,
dolido, gallardo, eterno.
El sol de la tarde estira
su perfil sobre el desierto.

En un continente donde casi sin excepción (¡sobran los dedos de una mano!) los presidentes muestran una marcada incapacidad para comunicar algo que no sea la lectura de los áridos discursos elaborados por tecnócratas o las frases efectistas recomendadas por sus asesores publicitarios; o que si tienen que leer lo hacen con las dificultades de un niño de la escuela primaria, sin respetar las pausas o los énfasis impuestos por los signos de puntuación y dando muestras de su escasa familiaridad con la lectura; en un continente, en suma, donde desde Alaska hasta Tierra del Fuego los presidentes (otra vez, con contadísimas excepciones) no leen en el ejercicio de su primera magistratura sino escuetos "resúmenes ejecutivos" que son la única fuente en la que fundamentan sus decisiones, encontrarse con alguien como Chávez que se movía con total soltura e idoneidad en el terreno de la cultura, primero en la poesía y luego en el discurso político, fue una reconfortante bocanada de aire fresco y una voz de aliento para todos quienes pensamos que otro mundo, aparte de ser necesario, es posible.

Es que Chávez es el exponente de una síntesis cada vez más infrecuente en el mundo moderno: reconcilia la pasión con la razón, tema que ha sido desde los pensadores de la Grecia clásica hasta hoy uno de los ejes centrales de toda reflexión filosófico-política. En una era en la que la política ha sido vaciada de contenidos y significados a causa del auge

del neoliberalismo, el tecnocratismo conservador de la ciencia económica (en su condición de "saber" fundamental del capitalismo, así como la teología lo era del orden medieval) y el nihilismo posmoderno, la aparición de un político y estadista como Chávez que restituye a la política su condición de discurso de lo público, alegato a la vez intelectual y moral dirigido a la polis en búsqueda del bien común y de los intereses generales de la sociedad, no puede sino ser receptada como una inyección de optimismo. A lo largo de su intervención el presidente venezolano manejó ideas, apeló a conceptos, examinó teorías y desarrolló argumentos tantos fácticos como éticos para demostrar, en línea con las enseñanzas de Fidel, que el capitalismo nos está conduciendo a una catástrofe de proporciones planetarias, y que la única alternativa real y efectiva para la humanidad es el socialismo, el "socialismo del siglo XXI". Un discurso, en una palabra, saturado de contenidos, algo que contrasta visiblemente con su penosa ausencia en la escena política contemporánea. Basta con seguir de cerca la actual campaña por la nominación a la candidatura presidencial de demócratas y republicanos en Estados Unidos, o las recientes en España y Francia, o la última campaña presidencial argentina en la cual la ciudadanía fue agobiada con un aluvión de eslóganes y consignas cada cual más insulsa y vacía que la anterior para darse cuenta de la esperanzadora excepcionalidad simbolizada por Chávez.

En su alocución demostró ser digno heredero de esa noble tradición socialista que concebía la impostergable necesidad de transmitir su mensaje y diseminar, entre estratos cada vez más amplios de la población, su crítica a la sociedad capitalista. Tradición que encuentra en los nombres de Engels, Lenin, Luxemburg, Gramsci, Mao, Fidel y el Che algunos de sus hitos más importantes. El socialismo concebido como una empresa integral, una de cuyas dimensiones más importantes es la educación de las masas. "Explicar, explicar y mil veces explicar", repetía Lenin en las vísperas de Octubre, consciente de que además de la organización, la única arma con que cuentan las clases y capas subalternas es la conciencia crítica de los condenados de la tierra. Sin esa conciencia crítica ningún proceso emancipatorio sería posible; con ella, la mitad de la empresa ya estaba asegurada.

Chávez ratificó que es uno de los pocos estadistas con que cuenta la región. Un hombre apasionado por la lectura, de una enorme capacidad para leer toda clase de libros e informes, demostró una singular capacidad para analizar la coyuntura por la que atraviesa la región, focalizando el análisis en aspectos bien específicos para, a renglón seguido, colocarlos en el contexto regional e histórico más amplio que los ilumina y en el cual aquellos adquieren su verdadero significado.

Escuchándolo se entiende muy bien la razón por la cual el imperialismo norteamericano se empeñó en convertirlo en una figura monstruosa, satánica. Este gran comunicador es un peligro por su probada capacidad para despertar conciencias y movilizar pueblos enteros. Se requiere, por lo tanto, utilizar todo el arsenal del imperio para tratar de neutralizarlo: desde los clientes tradicionales –Vicente Fox y Álvaro Uribe entre los principales– hasta los recién llegados, como el hiper-populista arrepentido Alan García, reclutando también en este empeño a una serie de gobiernos "progres" de la región con el ánimo de "domesticar" al tigre, "moderar" y controlar al díscolo bolivariano, misión que hasta épocas recientes le fuera expresamente confiada a los presidentes de Brasil y de Chile. En esta fenomenal cruzada antichavista se enrolan los "funcionarios intelectuales" del imperio: la familia Vargas Llosa a la cabeza, junto con los sedicentes defensores de la libertad y la democracia, al estilo de Carlos Montaner, santo varón para quien la Revolución Cubana le resultaba asfixiante por la supuesta conculcación de sus libertades básicas y buscó refugio en ese santuario de la libertad y la democracia que era la España franquista; como él otros tantos, algunos conservadores y reaccionarios de cuna, otros renegados y tránsfugas que a cambio de la generosa compensación que el imperio sabe dispensar a sus operadores (en dinero, prestigio, poder) se desviven por vituperar al presidente bolivariano en un concierto que se despliega a escala universal con sospechosa unanimidad. Por eso Chávez es atacado sin clemencia ni piedad: injuriado, ofendido, calumniado, vituperado, insultado por los plumarios a sueldo de Washington, utilizando a su antojo a la "prensa libre" de todo el mundo. Ante ello, aparece el Chávez rebelde, insumiso, desafiante, insolente, burlón, agudo como un cuchillo, iconoclasta, que llama las cosas por su nombre y que, por esa transparencia de su discurso se ha ganado

el corazón de las masas no solo en América Latina sino en gran parte del Tercer Mundo. Y se ganó, también, el odio inagotable del imperio.

Al finalizar su discurso, Chávez nos ha paseado por la historia y la geografía de América Latina y el Caribe. Nos expuso una visión integral de la situación de la región, con sus conflictos internos y su inserción en la política mundial. Nos recordó la importancia de concluir el proceso iniciado por Bolívar, San Martín, Sucre, Artigas, Martí, el Che, Fidel y tantos otros que lucharon y, en muchos casos, dieron su vida por la unidad de nuestros pueblos y que por eso son figuras demonizadas por el imperio. Un discurso pletórico de significados, de sentidos morales e intelectuales que solo muy de cuando en cuando se escuchan en la región, con la salvedad de Fidel, por supuesto. Y otro detalle más: terminada su magistral intervención y finalizado el acto, Chávez se baja de la presidencia y se allana a un extenso diálogo con numerosos integrantes de su audiencia. Después sale despaciosamente del CCC y conversa, en ese largo trayecto, con quienes no pudieron estar en la atestada Sala Solidaridad. A diferencia de otros presidentes, que huyen raudamente rodeados de guardaespaldas y asesores, Chávez se queda a conversar con la gente, los saluda, escucha y les habla; aprende y enseña, en un proceso interminable que ratifica los rasgos excepcionales de su liderazgo. El libro arriba mencionado da cuenta de esa noche memorable.

Crónica de una muerte fabricada

Chávez corrió la suerte que el imperio les reserva a sus más implacables enemigos. Lo mataron con un cáncer de laboratorio, prefabricado, apelando a los más recientes avances de la nanobiotecnología (Sangronis Godoy, 2017). Chávez no fue el primero, ni será el último enemigo del gobierno de Estados Unidos en ser asesinado. Hay que tener en cuenta que Washington es un contumaz asesino serial y que también intentó eliminar a otros presidentes progresistas todos los cuales, sospechosamente, padecieron tumores malignos en la "zona alta", es decir en el cuello o la garganta: "Lula" y Dilma Rousseff (Brasil), Fernando Lugo (Paraguay), Cristina Fernández (Argentina), René Preval (Haití) y, posteriormente,

Evo Morales (Bolivia). Hasta ese momento no había noticias de que el cáncer era una enfermedad "infecto-contagiosa" y cuya población más vulnerable fuesen los líderes antiimperialistas de la región. Por supuesto que esta increíble coincidencia levantó todo tipo de sospechas sobre la inescrupulosidad de los recursos a los que apela el imperio para eliminar a quienes no están dispuestos a convertirse en nefandos ejecutores de sus designios en la región.[6] Lo que hicieron con Chávez (no funcionó con los otros líderes del progresismo latinoamericano) Washington antes lo había hecho con el "Che"; con Jaime Roldós de Ecuador; con Omar Torrijos de Panamá; con Juan José Torres de Bolivia; con los generales democráticos chilenos Carlos Prats y René Schneider; con Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz, parlamentarios uruguayos asesinados en Buenos Aires; con Orlando Letelier en el mismísimo Sheridan Circle de Washington; con Patrice Lumumba en el Congo y con los centenares, o miles, asesinados en el marco de la Operación Cóndor en la década de 1970 bajo el directo auspicio e involucramiento en el terreno de fuerzas especiales de Estados Unidos. ¿No fueron los papeles desclasificados de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) los que indicaron que hubo más de seiscientas tentativas de asesinar a Fidel Castro?

Las reglas más elementales de la criminalística establecen que para perpetrar un asesinato hace falta la concurrencia de varios factores. En primer lugar, un motivo, una razón, una causa. Washington tenía muchos motivos para asesinar a Chávez, como los tuvo para "eliminar" a los arriba mencionados. Su liderazgo regional era insoportable y con su encendida retórica impulsaba los ánimos antiimperialistas de crecientes segmentos de las sociedades latinoamericanas. Para colmo, Chávez había sido una pieza única e irreemplazable en la tremenda derrota sufrida por el principal proyecto estratégico de Estados Unidos para América

6. El doctor Carlos Cardona, médico especialista en oncología molecular, que ha estado 16 años investigando el cáncer en universidades tan prestigiosas como Cambridge y Birmingham, en Inglaterra, o en el Centro de Investigación del Cáncer Fred Hutchinson de Seattle, EEUU, confirmó la posibilidad de un asesinato inoculando células cancerígenas en una entrevista concedida al diario *ABC* de Madrid el 15 de marzo de 2013 citado en Serrano (2013).

Latina durante el siglo XXI que no era otro que el ALCA. Allí está pues el motivo.[7]

Segundo, la existencia de "sospechosos", o sea agentes o actores, individuales o colectivos, que ya hayan perpetrado un crimen de cierto tipo. En el caso que nos ocupa es obvio que el sospechoso principal es el gobierno de Estados Unidos que carga sobre sus hombros una larga lista de asesinatos dentro y fuera del país. Los de fuera ya los hemos mencionado parcialmente. En una lista (incompleta), los eliminados dentro de Estados Unidos van desde los cuatro presidentes asesinados –Abraham Lincoln, James Garfield, William McKinley y John F. Kennedy– a otros de épocas relativamente recientes como Martin Luther King, Malcolm X y Robert Kennedy. O sea, hay en ese "agente" tan especial, la Casa Blanca, una definida inclinación por este tipo de crímenes. O sea, tenemos el motivo y a un sospechoso con frondosos antecedentes en la materia, un auténtico "asesino serial".

El tercer factor: el arma homicida. Los laboratorios de biotecnología, genética, microbiología y otros semejantes –no olvidar que ese país ha utilizado en más de una ocasión ese tipo de armas en contra de poblaciones indefensas: el caso más espectacular el bombardeo con "agente naranja" a las poblaciones rurales de Vietnam– que funcionan en diversas agencias civiles y militares del gobierno de Estados Unidos son numerosos y trabajan con tecnologías de guerra nanobiológicas de última generación. No exageramos un ápice si decimos que esas verdaderas usinas de la muerte están fuera de todo control, produciendo tecnologías asesinas de un nivel de sofistificación inimaginables hasta hace apenas unos años (Vásquez-Chávez, 2013). Lo ocurrido con los otros líderes progresistas de la región es un indicio de que ese tipo de armamento "es una opción que está sobre la mesa" y que ciertamente fue utilizada. ¿Por qué? Porque una muestra del tejido canceroso de Chávez fue enviada, desde

7. El ultra-reaccionario pastor tele-evangelista y ex precandidato presidencial Pat Robertson aseveró en uno de sus programas, tan tempranamente como el 24 de Agosto de 2005, que "si (Chávez) cree que estamos tratando de asesinarlo, creo que tendríamos que proceder y hacerlo (…) sería menos costoso que ir a una guerra para derrocarlo" (AFP, 2005). No ha sido la única opinión de este tipo proferida en Estados Unidos a lo largo de los últimas décadas, primero exhortando al asesinato de Chávez y, luego, de Nicolás Maduro, a quien se intentó matar en ocasión de un desfile militar con drones equipados con bombas (4 de agosto del 2018).

diferentes países y bajo total anonimato, a los seis laboratorios oncológicos más importantes del mundo. Cinco de ellos manifestaron su sorpresa porque nunca habían visto un tumor de ese tipo, aunque la literatura contemplaba la posibilidad de su existencia. Pero uno fue más allá: dijo taxativamente que ese tumor había sido producido en laboratorio, que no era natural sino prefabricado.

Cuarto factor: la oportunidad. Es obvio que aprovechando el avance de la nanobiotecnología al cuerpo de Chávez le introdujeron, a lo largo de varios meses, elementos nanocarcinógenos en el café, el agua, en su comida, como en su pasta dental, donde sea. Esos agentes una vez que penetran en el cuerpo de la víctima desatan una proliferación descontrolada de células malignas que acaban con su vida. Pero no basta con el motivo, el agente sospechoso y el arma homicida si no puede identificarse quién o quiénes fueron los responsables de producir administrar el elemento cancerígeno. Y allí encontramos la oportunidad: quien fuera edecán de Chávez y uno de los más importantes integrantes de su primer anillo de seguridad, Leamsy V. Salazar, desertó tiempo después de su muerte y se asiló en Estados Unidos, donde fue llevado por la DEA para que diera detalles sobre las supuestas operaciones de narcotráfico realizadas por el gobierno bolivariano. Salazar se encuentra en ese país con identidad protegida y, aparentemente, habría un par de otros integrantes del equipo de seguridad de Chávez que se encuentran en su misma condición, aunque sus nombres no trascendieron por ahora al público (Resumen Latinoamericano, 2019).

Consumado el asesinato, los victimarios pensaron que con eso se acababa el chavismo. ¡Craso error! Subestimaron la inmensa obra pedagógica que realizó Chávez durante más de diez años con su "Aló Presidente". También el patriotismo del pueblo venezolano, que puede tener sus críticas al gobierno del presidente Nicolás Maduro pero que jamás recibirá alborozado la invasión de tropa enemiga alguna. Como Bolívar, Chávez vivirá eternamente en el corazón de nuestros pueblos. Fue un líder político extraordinario que a su clarividencia político-estratégica sumaba una fuerza de voluntad excepcional, una sobrehumana capacidad de trabajo y un carisma y simpatías personales que lo tornaban un interlocutor irresistible aún para sus peores enemigos. Tenía todo lo

necesario para llevar exitosamente a la práctica un proyecto de unidad latinoamericana y caribeña, y por eso nuestros enemigos –el imperialismo y sus aliados– percibieron con claro instinto de clase el peligro que entrañaba su protagonismo continental y decidieron matarlo. Lo anterior no agota la descripción del personaje: por sobre todas estas cosas Chávez fue una excelente persona, un hombre honrado, transparente y profundamente humano; inteligente como pocos, amigo leal y generoso, dotado de un fino sentido del humor; lector insaciable y apasionado al punto tal que solo Fidel se le comparaba en este aspecto. Leía a todas horas y donde tuviese un minuto sin tener que atender los asuntos del gobierno. Y lo hacía equipado con lápices, bolígrafos y resaltadores de diversos colores con los que marcaba sus libros y anotaba en un cuadernillo los pasajes más interesantes, las citas más llamativas, los argumentos más profundos de lo que estaba leyendo. Era también dueño de una memoria fabulosa, con un "disco duro" de no sé cuantos terabytes, capaz de recitar poesías, contar chistes y cantar sin parar hasta el amanecer; hombre de pueblo, profundamente de pueblo y capaz como muy pocos de comunicarse con su gente y entender sus vivencias, emociones y sus necesidades. Por eso Chávez fue Chávez, y por eso Chávez es pueblo, en Venezuela y en toda América Latina y el Caribe. Hubo quienes tras su muerte se apresuraron a cantar los himnos fúnebres del "ciclo progresista" en Latinoamérica. Los ventrílocuos del imperialismo en vano tratan de ocultar que la heroica resistencia de los venezolanos ante las brutales agresiones y ataques lanzados por Washington revela, por el contrario, que pese a las enormes dificultades y privaciones de todo tipo a que está sometido el pueblo chavista –un verdadero "crimen de lesa humanidad" perpetrado por Washington– aquel no tolerará un retorno al pasado, a aquella "moribunda constitución" que Chávez reemplazara con una pieza jurídica ejemplar. Y ese pueblo resiste, y lo hace con tanta fuerza que la oposición que pedía elecciones para acabar con el gobierno de Nicolás Maduro ahora teme ser arrasada por un tsunami chavista. Durante largos años su opción mayoritaria fue claramente extra institucional o, más claramente, sediciosa, aunque recientemente se ha producido una saludable división y una parte de los opositores apuesta a la compulsa electoral. La vía sediciosa ha demostrado ser un fracaso, tanto

como la burda intentona de Donald Trump de inventar a un "presidente encargado" y designar para ello a una eminente mediocridad como Juan Guaidó, que la realidad se encargó de demostrar que lo que pergeñó el magnate neoyorquino con la complicidad de la derecha neocolonial venezolana no fue sino una maniobra propagandística carente por completo de eficacia práctica, salvo para saquear el patrimonio de Venezuela (PdVSA, CITGO, depósitos en bancos extranjeros, etcétera). Es decir, una conspiración de dos ladrones.

Los cambios en la distribución del ingreso, la riqueza y las relaciones de poder que pueda producir un proceso revolucionario son de indudable importancia. No obstante, mucho más lo es la transformación que se operan en la conciencia de los pueblos. Los logros económicos o los avances políticos pueden revertirse, pero es harto difícil que quien por primera vez en su vida se sintió tratado como un ser humano y fue empoderado con derechos inimaginables hasta hacía pocos años esté dispuesto a arrojar estos logros por la borda. No lo hará quien aprendió que la salud, la educación, la vivienda, el transporte, la recreación, el deporte y la seguridad social no son mercancías sino derechos constitutivos de la ciudadanía, que ser venezolana o venezolano no era una cuestión meramente formal sino ser miembro pleno de una comunidad política. Quien haya experimentado todo esto difícil que acepte mansamente degradarse al rango de un súbdito, un simple habitante despojado de todo derecho y que legitime con su pasividad a un orden político que lo oprime y explota.

Y eso fue lo que Chávez hizo: revolucionar las conciencias, convertir a las y los habitantes de su país en ciudadanas y ciudadanos y volverlos protagonistas de su historia. Cambió para siempre sus conciencias e hizo trizas al imaginario que consagraba lo existente como lo único que podía existir. Soñó con otro mundo posible e invitó a su gente a soñar con él. Como buen lector de Bolívar y su mentor, Simón Rodríguez, fue un martiano ejemplar y siguiendo las enseñanzas del Apóstol cubano creyó y aplicó aquello que escribiera Martí de que era preciso "ser cultos para ser libres". Por eso erradicó el analfabetismo de Venezuela, lanzó un extraordinario programa de publicación de obras clásicas de la literatura universal y de la cultura latinocaribeña y educó incansablemente

a su pueblo durante toda su vida. La "artillería del pensamiento", para usar una expresión muy de él, fue una de sus armas favoritas en el proceso de construir una Venezuela mejor. Por eso sus enemigos no lo perdonaron, ni perdonarán al pueblo que tuvo la osadía de brindarle su apoyo y su amor y que por eso es castigado con criminales sanciones.

Concluyo recordando que hemos sido convocados –primero por Martí y Bolívar, luego por Fidel y el Che, más tarde por Chávez, como tantos otros "imprescindibles" (Bertolt Brecht) de nuestra historia–, para librar una crucial batalla de ideas contra el imperio y sus oligarquías aliadas en la región, y no habrá flaqueza alguna en este empeño…¡Venceremos!

Pequeña digresión final: una referencia que me enorgullece

En lo personal, fue motivo de inmensa satisfacción que Chávez retomara un artículo que yo había escrito para analizar la crisis general del capitalismo del 2008 y que lo publicara en una de sus "Líneas de Chávez", una suerte de bitácora donde comentaba los sucesos más relevantes de la coyuntura económica y política internacional. Dice así: "el 8 de marzo del 2009, Fidel había ofrecido una nutrida reflexión a la que tituló 'Una reunión que valió la pena' refiriéndose a la conversación que había sostenido horas antes con un común amigo, pensador e intelectual argentino Atilio Boron. Yo solo voy a tomar, de Fidel y de Atilio, varios párrafos acerca de este tan importante tema, especialmente porque creo que nuestro pueblo debe profundizar cada día más en el estudio de este fenómeno planetario. Así como creo también que es una responsabilidad de la dirigencia nacional, orientar sanamente el debate serio y transparente acerca de una crisis que continúa galopando en el horizonte mundial y a la que algunos analistas han llegado a llamar 'La crisis perfecta'. Veamos y leamos ahora con atención" (Boron, 2009). Luego de extraer largos párrafos del artículo prosigue diciendo que "he querido traer estas ideas y reflexiones a "Las Líneas de Chávez", para con ello motivar a todos ustedes, compatriotas que me leen, a seguir al detalle la evolución de la llamada 'crisis perfecta', que si bien no nos ha tocado aún, gracias a las decisiones políticas y económicas que la Revolución Bolivariana

viene tomando desde hace varios años, va llegando ya el momento estratégico en que sus impactos comenzarán a sentirse en Venezuela".

"Sin embargo, el gobierno revolucionario, con el apoyo del pueblo y los trabajadores, los campesinos, las mujeres, los estudiantes, la juventud, los partidos revolucionarios y la fuerza armada bolivariana, continuará tomando a tiempo las medidas necesarias para asegurar la continuidad de los planes de desarrollo nacional. Algunas fórmulas tácticas hemos estado revisando en los últimos días, acompañadas de sus respectivos engranajes estratégicos. Esta semana que comienza será seguramente propicia para hacer algunos anuncios, que contribuirán a fortalecer aún más la posición de Venezuela ante la crítica situación mundial. Ténganlo por seguro: ¡No habrá crisis, por más 'perfecta' que sea, que pueda detener la marcha venezolana hacia el socialismo, la independencia y la grandeza!".

Bibliografía

AFP. (2005). *Pastor pide matar a Chávez*. https://www.eluniverso.com/2005/08/24/0001/14/A91EFFE330F34B789F62E61DA4706ABE.html

Boron, A. (2009). *Crisis civilizatoria y agonía del capitalismo. Diálogos con Fidel Castro*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Junio, J. C. (2008). *Por aquí pasó Hugo Chávez Frías: Encuentro de la Cultura por la Integración de los Pueblos de Nuestra América / Pérez Esquivel, Adolfo, Chávez Frías, Hugo*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.

Resumen Latinoamericano (2016). Venezuela. ¿Chávez asesinado por su asistente personal? EEUU trata de cubrir sus huellas en el caso. https://www.resumenlatinoamericano.org/2019/06/16/chavez-asesinado-por-su-asistente-personal-eeuu-trata-de-cubrir-sus-huellas-en-el-caso/

Sangronis Godoy, A. (2017). *La Muerte de Hugo Chávez. La vida por su pueblo*. Caracas: Editorial Insurgente.

Serrano, P. (2013). Llevamos 200 años inoculando cánceres en el laboratorio. http://www.rebelion.org/noticia.php?id=165474

Vásquez-Chávez, A. (2013). La nanotecnología y el magnicidio del presidente Chávez. http://www.aporrea.org/ddhh/a162458.html

Sobre los autores y la autora

Atilio A. Boron es sociólogo (UCA, Argentina) y politólogo con un Magister de FLACSO/Chile y un Ph.D. otorgado por la Universidad de Harvard. Es Profesor Consulto de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA adscripto al Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC) y Director del Ciclo de Complementación Curricular en Historia de América Latina de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Avellaneda. Dirige el PLED, Programa Latinoamericano de Educación a Distancia del Centro Cultural de la Cooperación de Buenos Aires. Fue Vicerrector de la Universidad de Buenos Aires, Secretario Ejecutivo de CLACSO entre 1998 y 2006 y hasta fechas recientes Investigador Superior del CONICET. Escribe regularmente en *Página/12* desde 1987 y fue miembro del Consejo fundacional de Telesur. Hiperactivo en las redes sociales, escenario crucial de la batalla de ideas.

Sabrina González es Especialista en Ciencia Política y Sociología, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Argentina) y Licenciada en Ciencia Política, Diploma de Honor, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA-Argentina). Profesora de Teoría Política y Social I en la Carrera de Ciencia Política de dicha casa de estudios (desde 1997). Coordina y gestiona actividades académico-institucionales, de formación y producción editorial en el Instituto de investigaciones Gino Germani (desde 2015) y en el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO, 1999-2012).

Francisco López Segrera es Doctor en Estudios Latinoamericanos (Sorbonne). Vicerrector del Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI), Cuba (1974-1988), donde imparte periódicamente cursos sobre "Prospectiva y Globalización". Funcionario de UNESCO entre 1994 y 2002, donde se desempeñó, entre otros cargos, como Consejero Regional de Ciencias Sociales para América Latina y el Caribe y Director del Instituto de Educación Superior para América Latina y el Caribe (IESALC).

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Atilio Boron

Bitácora de un navegante.
Teoría política y dialéctica de la historia latinoamericana

Los ensayos escogidos llevan como marca común una obstinación intelectual: ¿cómo construir una reflexión en clave marxista sobre las vías para la emancipación de nuestros pueblos? A partir de un análisis de las realidades de América Latina y el Caribe, de sus historias y de sus luchas –estudiadas con las herramientas de la filosofía y la teoría política–, este libro no solo reúne uno de los más importantes programas intelectuales concebidos entre el siglo XX y el siglo XXI, además –como señala Sabrina González en su introducción– nos presenta la figura de un hacedor de espacios de diálogo con proyección emancipadora entre e intergeneracional.

ISBN 978-987-722-711-6

CLACSO